CAMINOS DE AGUA

LOS RÍOS DE CHILE





CAMINOS DE AGUA

LOS RÍOS DE CHILE



ÍNDICE

10 INTRODUCCIÓN

14
I RÍOS DEL NORTE
DESDE EL LLUTA AL LIMARÍ

16
LLUTA Y AZAPA
Valles que interrumpen el desierto
Daniela Valenzuela · Vivien G. Standen · Calogero M. Santoro

22
LOA
Un corredor de vida en la aridez más extrema del planeta
Victoria Castro

74
ARTE RUPESTRE
Obras maestras en la cuenca del Loa
José Berenguer Rodríguez

80
COPIAPÓ
De *Mama Copayapu* a San Francisco de la Selva
Gastón Castillo G. · Miguel Cervellino G.

88
EL OLIVAR
En busca de la identidad Diaguita
Paola González

94
ELQUI
Historia de un valle
Fernando Silva

102
II RÍOS DEL CENTRO
DESDE EL CHOAPA AL MAULE

104
CHOAPA
Los pastores trashumantes del Norte Chico
Valeria Maino

110
ACONCAGUA Y MAIPO
Ríos que dieron vida a los primeros habitantes
Fernanda Falabella

128
ACONCAGUA
El valle de Chili
Valeria Maino

156
MAIPO Y MAPOCHO
Cursos que definen el centro demográfico de Chile
Fernanda Falabella

176
CACHAPOAL
Reparto de indios, haciendas y agricultura
María Teresa Planella

182
MAULE
¡Al fin, un río navegable!
Valeria Maino

190
III RÍOS DEL SUR
DESDE EL ITATA AL BUENO

192
BIOBÍO
Testigo de una frontera
y esperanza de un encuentro
Armando Cartes · Leonor Adán

250
LEWFU
El río en la cosmología mapuche
María Catrileo

256
CAUTÍN E IMPERIAL
Arterias del *Ngulumapu*
Jaime Flores Chávez

262
TOLTÉN
Historias del *Troltrén*
José Ancán Jara

270
VALDIVIA
De bastión colonial a cuenca
citadina y cultural
Ricardo Molina V. · Simón Urbina A.

276
RÍO BUENO
Wenu lewfu,
el lugar de los antepasados
Ximena Urbina

284
IV RÍOS DEL EXTREMO SUR
AL SUR DEL RÍO PUELO

286
CISNES Y PALENA
¿Vías de circulación o caminos cortados?
Francisco Mena · Mauricio Osorio

294
AYSÉN
El río que da nombre a una región
Francisco Mena · Mauricio Osorio

300
BAKER
Mucho más que un río
Francisco Mena · Mauricio Osorio

334
SERRANO
Presencia humana
desde hace 4.500 años
Francisco Mena · Mauricio Osorio

342
LOS RÍOS DE CHILE
Una ética del cohabitar
para su conservación biocultural
Ricardo Rozzi

354 NOTAS
358 REFERENCIAS
366 LOS AUTORES
369 AGRADECIMIENTOS
371 CRÉDITOS

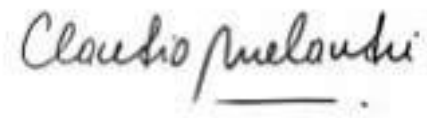


Nuestra geografía está atravesada por una gran cantidad de ríos muy disímiles entre sí. La singularidad de cada uno varía según la región donde se ubique y se asocia a la diversidad climática y relieve de cada zona. Los hay de corta longitud y pequeños cauces o muy torrentosos y de grandes masas de aguas. En el norte se caracterizan por tener escurrimientos esporádicos de bajo flujo, a diferencia de los ríos del extremo sur, que constituyen los más caudalosos de Chile.

Este libro es una invitación a conocer más en profundidad nuestro país y respetarlo. A descubrir aspectos de su geología, de sus primeros habitantes y de la historia que se ha ido construyendo por décadas y siglos, así como a entender las proyecciones de cada región geográfica.

Estos recursos hídricos, cualesquiera sean sus características, son esenciales, ricos y dadivosos porque generan vida y un ecosistema productivo. Sin embargo, ahora que el tema del cuidado del medioambiente ya no es una utopía y que se ha comprobado científicamente que el cambio climático es una realidad, preservar y proteger nuestros recursos naturales e incentivar su uso responsable parece de toda lógica, porque es determinante para el futuro de las nuevas generaciones. En Banco Santander, en particular, estamos convencidos de que debemos promover dinámicas contingentes que permitan articular un ecosistema fecundo y sostenible.

Queremos agradecer al Museo Chileno de Arte Precolombino, institución con quien mantenemos una estrecha relación de casi cuatro décadas y con la que hemos publicado libros que, consideramos, suponen un aporte al conocimiento y difusión de la tradición y proyección cultural de nuestro país. La Ley de Donaciones Culturales ha sido otro aliado que ha hecho posible esta colaboración, probablemente la más antigua del país entre una entidad cultural y una empresa privada. No puedo dejar de felicitar al equipo editor, científicos, historiadores, fotógrafos, diseñadores, artistas e impresores por el esfuerzo por sacar adelante este volumen en otro año pandémico que ha implicado cambios drásticos en nuestros sistemas de vida y de trabajo. A todos, muchas gracias.



Claudio Melandri

Presidente
Banco Santander



MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

FUNDACIÓN FAMILIA LARRAÍN ECHENIQUE

ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO

Esta serie de publicaciones que tradicionalmente ofrecemos al público con el apoyo del Banco Santander tiene como objetivo indagar acerca de nuestra identidad americana, ya sea a través de elementos culturales pertenecientes a las primeras naciones del continente, de sus sucesores, los actuales pueblos originarios, o de diferentes aspectos culturales y geográficos de América que caracterizan a este mestizaje.

Hoy tenemos el orgullo de presentar este libro sobre los ríos de Chile y su significado en cuanto a la vida de los pobladores del país y la influencia de los cursos de agua en los asentamientos, economía y sistemas sociales desde épocas precolombinas hasta la actualidad.

Para tratar este tema, hemos determinado cuatro zonas que demuestran la diversidad cultural, geográfica y biótica del país, escogiendo en cada una de ellas un río emblemático que la defina. Así, la zona norte está representada por el río Loa; la zona central, por el sistema Aconcagua-Maipo; el centro sur, por el Biobío; y Chile austral, por el río Baker. A estos capítulos se agregan recuadros que tratan de otros cursos de agua relevantes en estas zonas. Obviamente, no están tratados todos los ríos del país, lo que superaría las posibilidades de esta edición.

En su *Canto General*, Pablo Neruda convoca a los cauces de Chile, bajo el nombre de «ríos arteriales», evocando a la Pachamama, cosmogonía andina que concibe al planeta como un ser vivo en el cual la tierra es su carne, las piedras, sus huesos, y el agua, la sangre que corre por sus venas. En la actualidad, cuando asistimos a un cambio de paradigma de las relaciones humanas con la naturaleza, esta imagen resulta central para este libro. La interdependencia de los seres vivos nos la está recordando la misma naturaleza a cada instante.

El ser humano es de los últimos en haberse introducido en este sistema de interdependencia, con la diferencia de que tiene, y ejerce, las posibilidades de cambiarlo. En lo que algunos científicos llaman Antropoceno, la era en que actualmente vivimos, se están viendo las repercusiones de las acciones humanas en la naturaleza, que de ahora en adelante, salvo en lugares muy contados, ya no será totalmente natural.

La Ilustre Municipalidad de Santiago, junto al Museo Chileno de Arte Precolombino, tienen el agrado de acreditar el permanente apoyo del Banco Santander, que ha permitido difundir el patrimonio cultural americano en más de tres decenas de publicaciones, todas ellas con cuidadoso tratamiento editorial y de diseño e incorporando valiosa iconografía. Agradecemos también al equipo que nos ha acompañado en esta aventura durante muchos años y a la Ley de Donaciones Culturales, que permite realizar estos interesantes proyectos.

Carlos Aldunate del Solar
Presidente
Fundación Familia Larraín Echenique

Irací Hassler Jacob
Alcaldesa
Ilustre Municipalidad de Santiago





INTRODUCCIÓN

La presente publicación tiene por objeto indagar sobre la importancia que revisten los cursos de agua para los antiguos y actuales pueblos de Chile. Esto, que puede parecer una perogrullada, no lo es, habida cuenta de los problemas que actualmente está sufriendo el mundo con la catástrofe del cambio climático y los consecuentes episodios de sequía e inundaciones que afectan a la humanidad. En este contexto, el territorio chileno puede considerarse un verdadero laboratorio para explorar estos sucesos.

La radical aridez del norte del país, con el desierto de Atacama como protagonista, es un llamado de atención acerca de la adaptación de pueblos milenarios a sus extremas condiciones, así como una voz de alerta sobre la sustentabilidad de las ciudades costeras y las faenas mineras que viven del agua de los ríos del interior, cuyos escasos cursos disputan con los habitantes de los tradicionales pueblos de los oasis del desierto. En estas páginas recorremos el río Loa, único cauce que atraviesa estas tierras desérticas y que permitió el sustento de los primeros pueblos cazadores, pastores y caravaneros y de sus sucesores, que dejaron espléndidos testimonios de sus logros económicos, sociales y artísticos.

La zona central, cuna de la historia nacional, probablemente es la más amenazada por esta crisis global debido a su densidad de población y al hecho de ser la que más ha sufrido con las sequías e insolaciones, cada vez más severas, de los últimos veinte años, que han provocado la desaparición de los glaciares de donde provienen sus cursos de agua. Además, las cuencas de los ríos de esta zona se caracterizan por ser torrentosas, lo que implica otra dificultad para su mejor aprovechamiento. Hemos seguido los cauces más representativos, el Aconcagua y el Maipo, rastreando desde sus poblamientos originales hasta la actualidad y desde sus orígenes en los Andes hasta su desembocadura en el mar. El fuerte impacto demográfico e industrial en esta zona aumenta el riesgo de sostenibilidad urbana y económica del territorio.

Los caudalosos ríos del centro sur del país, que han sido y son el sustento de los pueblos antecesores de los mapuche y del desarrollo económico y urbano actual, no se han visto tan afectados como aquellos de más al norte, aunque las precipitaciones, antes regulares durante todo el año, han sido alteradas por períodos de sequía. Hemos escogido el Biobío como testigo de la historia de esta región, protagonista de los episodios coloniales y republicanos de La Frontera. Efectivamente, este río singular no sólo representó una frontera histórica, sino también étnica, biológica y geográfica, origen de la diversidad humana, cuna identitaria de nuestra nacionalidad. Al recorrer los ríos de esta región nos adentramos en la comprensión de la cosmogonía mapuche relativa a los cursos de agua, en los procesos bélicos protagonizados por este pueblo para luchar por sus tierras e identidad, así como en las ocupaciones coloniales y el desarrollo urbano, agrícola e industrial republicano de esta rica zona.

En el extremo sur de Chile, donde antiguos procesos tectónicos hundieron en el mar el valle central, de modo que sólo permanecieron las islas que dan fe de la sumergida cordillera de la Costa y los nevados de los Andes, los ríos adquieren una dimensión casi sobrenatural: se desprenden de antiguos glaciares gigantescos en retroceso, arrastrando toneladas de agua que inundan los escasos valles y pampas de este accidentado

territorio. Aquí, los cursos de agua son «más que un río», como atestigua el majestuoso Baker, que hemos escogido para representar a esta zona. La extraordinaria abundancia de agua de este territorio tan escasamente poblado debe observarse con cuidado, pues es síntoma del peligroso aumento de las temperaturas que están derritiendo aceleradamente los viejos glaciares, causando una elevación del nivel del mar con consecuencias insospechadas. Si consideramos que este fenómeno se está repitiendo globalmente, perjudicando a la Antártica, el Ártico y otros lugares, este proceso afectará drásticamente a las costas de todo el mundo.

Además de comunicar este grave proceso en el que estamos inmersos y en el que están incluidos los cursos de agua dulce, en este libro difundimos la historia y desarrollo cultural de las diversas zonas geográficas del país, acentuando su diversidad geológica, biológica y humana y su relación vital con los ríos, a través de textos dirigidos a lectores no especialistas.

Aunque esta publicación se organiza en cuatro grandes capítulos sobre los cuatro ríos emblemáticos de cada región –Loa, Aconcagua-Maipo, Biobío y Baker–, abarca también, mediante recuadros, otros ríos de importancia en cada una de ellas, con la finalidad de mostrar un panorama general de los recursos hídricos nacionales y su relación con los procesos históricos de esos territorios.

Esperamos que este volumen difunda tanto la importancia del cuidado de los recursos hídricos del país, cuanto la larga historia de diferentes pueblos y culturas que, aprovechando los cursos de agua, han habitado este país en los últimos diez milenios.

«

Portada: Vista desde el agua de un bajo del río Traidor, afluente del río Puelo, Cochamó, Región de Los Lagos. Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

«

Guardas: Vista aérea de deltas en Laguna Verde, Parque Nacional Conguillío, Región de La Araucanía. Fotografía de Cristián Aguirre Duffourc, 2021.

«

Página 4: El huaso y la lavandera. Juan Mauricio Rugendas, 1835. Óleo sobre tela, 30 x 23 cm. Colección Museo Nacional de Bellas Artes.

«

Página 6: Vientos del Sur. Santos Segundo Chávez Alister. 1985. Xilografía, 28,5 x 35 cm el grabado, 39 x 49 cm el soporte. Fotografía de Fernando Maldonado, 1998. Colección Fundación Cultural Santos y Eva Chávez.

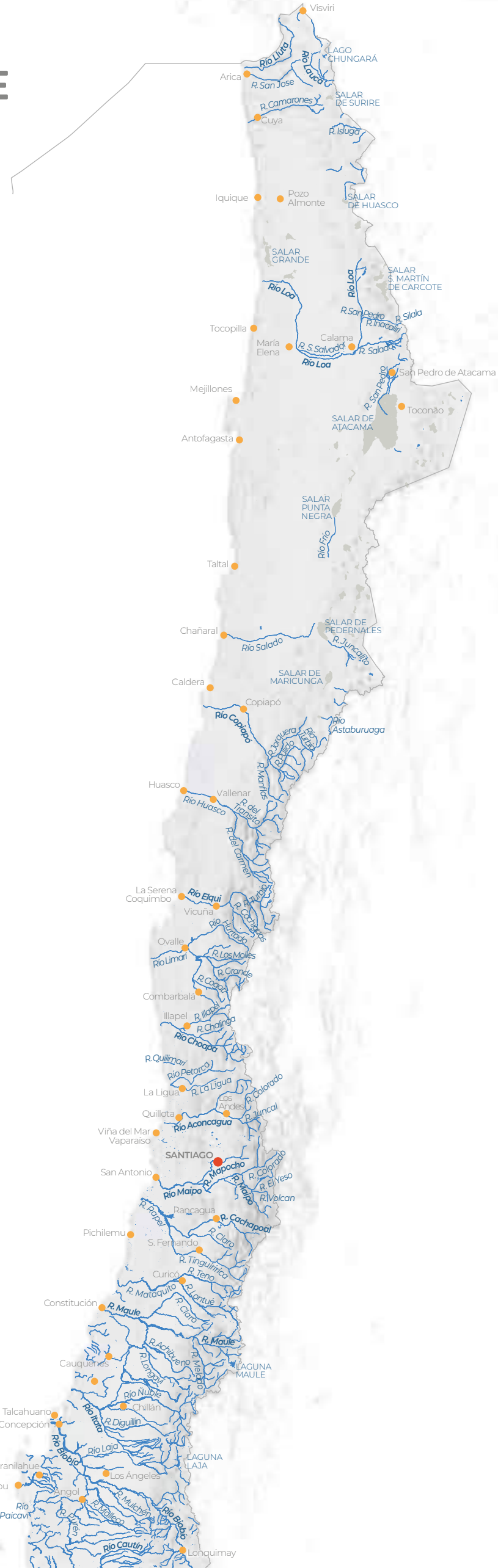
«

Páginas 8 y 9: Río Palena, Región de Aysén. Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

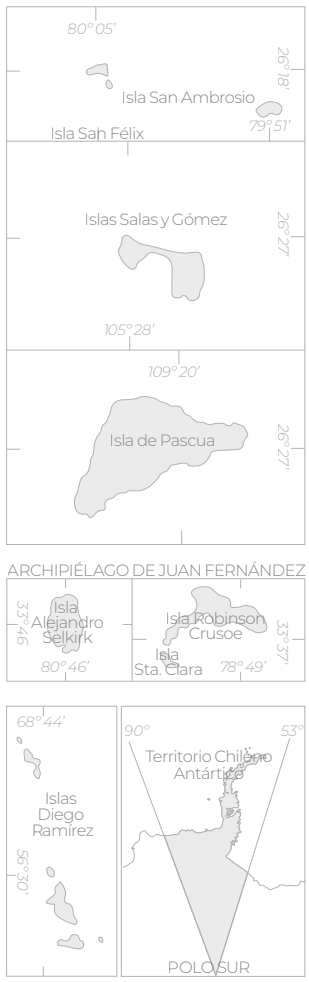
»

Páginas 12 y 13: Mapa de las principales cuencas hidrográficas de Chile. Fuente: IDE Chile. Ilustración de Carolina Videla, 2021.

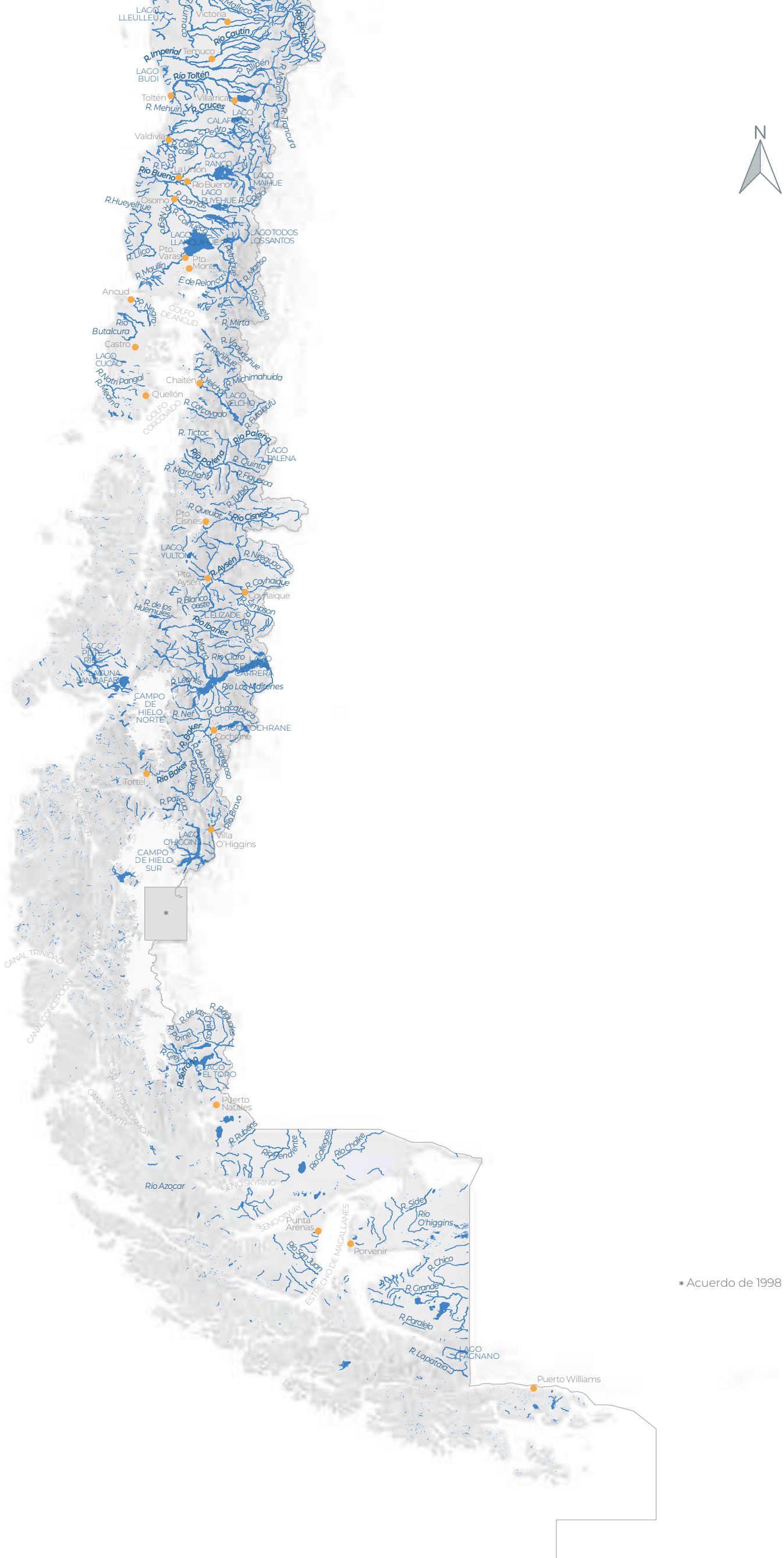
PRINCIPALES RÍOS DE CHILE



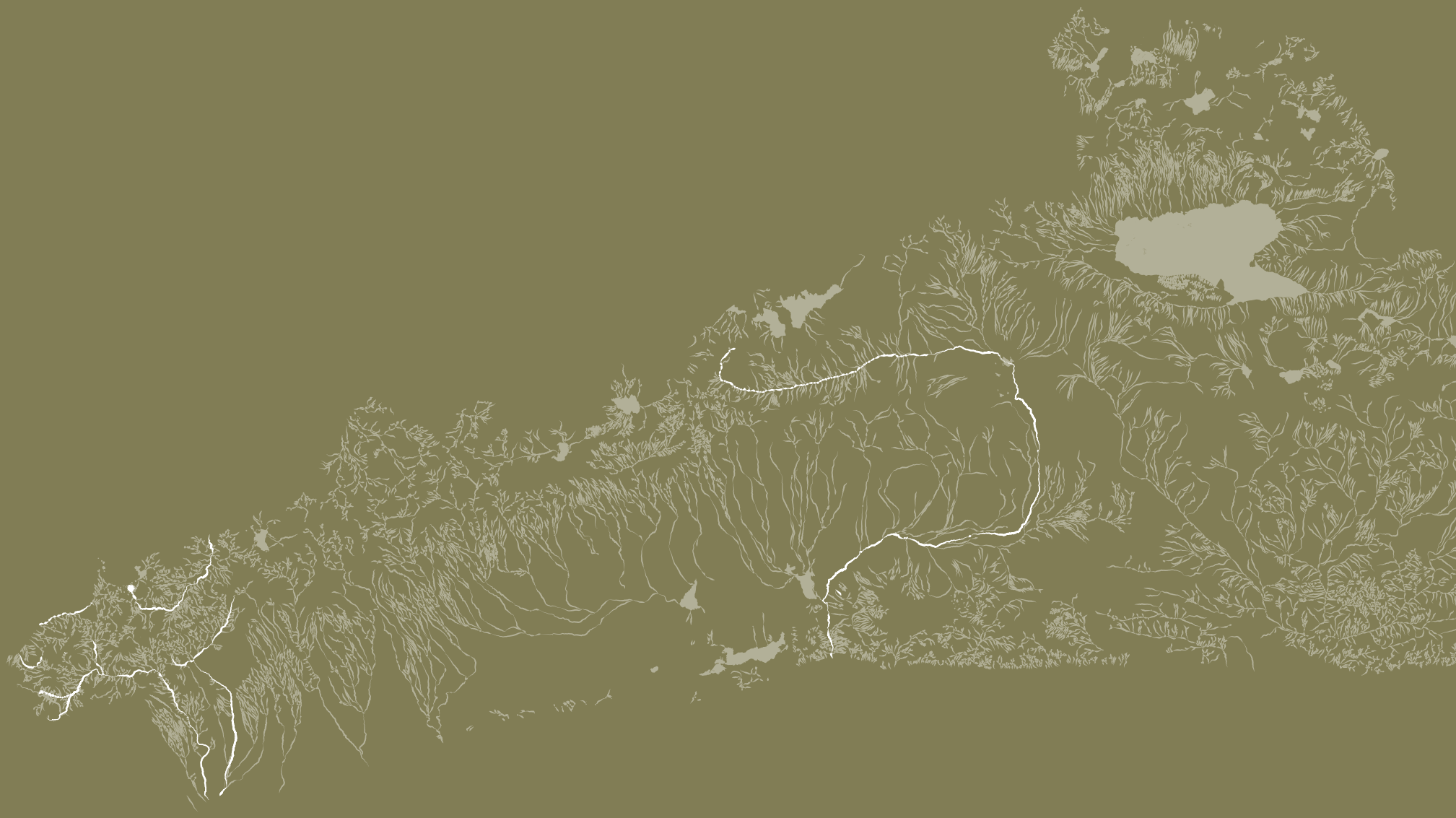
CHILE
ISLAS ESPORÁDICAS,
ISLAS DIEGO RAMÍREZ
Y TERRITORIO
ANTÁRTICO CHILENO

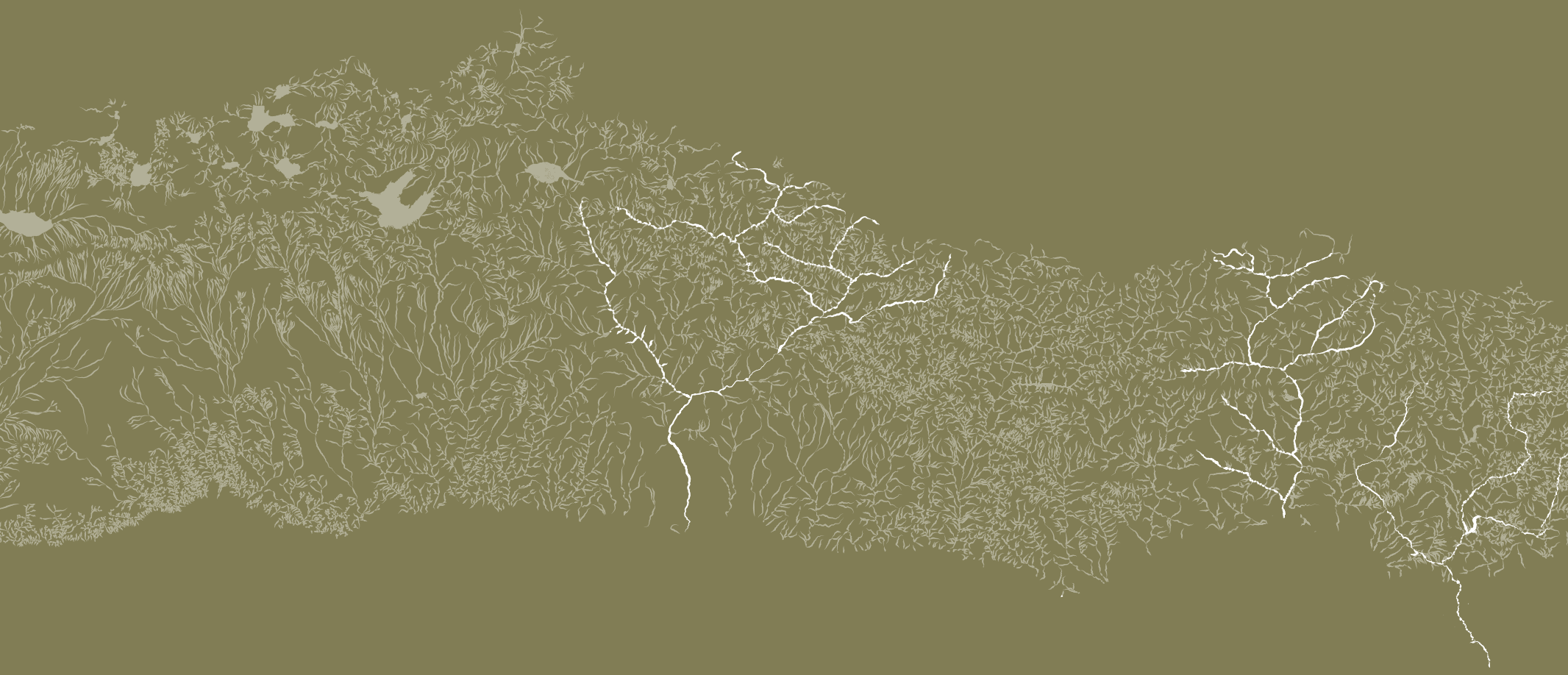


0 100 200 300 km



* Acuerdo de 1998





I RÍOS DEL NORTE

DESDE EL LLUTA AL LIMARÍ



LLUTA Y AZAPA

Valles que interrumpen el desierto[1]

Daniela Valenzuela · Vivien G. Standen · Calogero M. Santoro



Como una visión Google Earth y con más de cinco siglos de anticipación, Gerónimo de Vivar imaginativamente describió la orografía de los valles del Pacífico desde Tumbes (norte de Perú) hasta Huasco (norte semiárido de Chile):

> *En esta provincia hay ríos que proceden de las sierras y cordillera nevada, que atraviesa por toda esta tierra. De la nieve que se derrite bajan estos ríos por estos valles, y los naturales tienen abiertas muchas acequias de donde riegan sus sementeras [...] Todo el compás de tierra que está fuera de los valles es estéril y despoblado y de grandes arenales. En todo este compás de tierra que hay estos valles no llueve. En las quince y dieciséis leguas que digo que hay de la cordillera nevada hasta la mar y dentro en la mar no se sabe el compás en que no llueve. Es de Tumbes hasta el valle de Guasco [Huasco] que serán setenta leguas [337,9 km].*[2]

Este panorama socioecológico condensa muy bien la historia de los valles del extremo norte de Chile (Lluta, Azapa, Chaca y Camarones), que hoy lucen como verdes serpientes debido a las acequias y manejo de los hilos de agua que escurren intermitentemente desde la cordillera. Estos valles exorreicos forman parte de una subárea socioecológica denominada Valles Occidentales que, a su vez, integra el área Centro Sur Andina.[3] Comprende entre el río Majes, en el sur de Perú, y el río Loa, en el norte de Chile, y está disectada por quebradas con diferencias geográficas y arqueológicas contrastantes que definen tres zonas ecológico-culturales: 1) valles exorreicos (Lluta a Camarones); 2) oasis interiores y quebradas endorreicas (Tana al Loa); y 3) costa desértica de interfluvio (costa entre Pisagua y la desembocadura del Loa).[4]

‹

Valle del río Lluta. En palabras de Luis Urzúa, «Este valle ofrece un espectáculo sorprendente. Bajando del altiplano en el tren de madrugada, la vista se deslumbra en ese inmenso refugio de vegetación [...] en que la luz prodiga todas las coloraciones del verde con maravillosa armonía» (*Arica, puerta nueva.* Santiago: Editorial Andrés Bello, 1969). Fotografía de Guy Wenborne, 2012.



^

El río Camarones en su cauce alto
en el sector de valle de Ulapata.
En primer plano, un cactus candelabro
(*Browningia candelaris*).
Fotografía de Guy Wenborne, 2012.

›

Plantación de tomates en sector
de Rosario, valle del río Lluta.
Estos suelos son aptos para los cultivos
pese a la salinidad de las aguas del valle,
que contienen cloruro y sulfato
de sodio debido a las aguas del río Azufre,
principal tributario del Lluta. Fotografía
de Guy Wenborne, 2014.

La obra de verdear los valles, iniciada hace tres mil quinientos años con la introducción de la agricultura y la silvicultura, recién comenzó a completarse en la segunda mitad del siglo XX gracias a planes estatales y privados para intensificar la producción agrícola, como el aumento de pozos para extraer aguas subterráneas –que se han venido agotando– y la canalización del río Lauca desde la frontera de Chile con Bolivia. Esta obra hidráulica, construida en la década de 1940 y que abrió sus compuertas en las lagunas de Parinacota, aunque mejoró los flujos de agua en Azapa, significó un aumento en las tensiones diplomáticas con Bolivia, conflicto que escaló hasta el rompimiento de relaciones con dicho país y que todavía no se resuelve completamente. En aquella época no se consideraron tampoco los daños ecológicos ni sus efectos en las poblaciones andinas, aymara y chipaya de ambos países, dependientes de las aguas del Lauca en Parinacota, salar de Coipasa y lago Poopo.[5]

Carlos Keller[6] resaltó diferencias importantes entre estos valles: aguas más salobres y con flujos permanentes pero muy variables en el año de los valles de Lluta y Camarones, y aguas más dulces pero estacionales de los valles de Azapa y Chaca. En los cuatro valles, sin embargo, en esa época la agricultura era discontinua y con distintas valoraciones económicas y productivas.[7] Para Azapa, Keller destacó que las «tierras son de primera clase», fértiles y con clima favorable para el crecimiento de las plantas, pero los cultivos se practicaban en forma de manchas discontinuas «que interrumpen de vez en cuando la árida estepa formada por algarrobos, molles, chañares y otros arbustos y pastos».[8]



Como Antonio O'Brien en el siglo XVIII, quien trató de llevar a cabo un gran proyecto de trasvase de aguas desde cuencas altiplánicas a la pampa del Tamarugal (Pampa Iluga),[9] Keller[10] sugirió, para captar las aguas subterráneas que se pierden en el mar, la construcción de un dique subterráneo y la impermeabilización de los canales de regadío de Azapa para reducir la pérdida por infiltración. El megaproyecto de O'Brien ambicionaba irrigar el desierto para una renovación de la industria minera, la concentración de gente traída del interior y la reactivación de la economía de la Corona española para una reconquista de América.[11]

Pero este no fue el único proyecto colonial de trasvase para solucionar el problema crónico del agua en el desierto de Atacama,[12] ni esta la única época en que se plantearon intervenciones. Vestigios arqueológicos de obras hidráulicas, como la canalización desde cotas superiores hacia espacios más bajos, amplios y apropiados para la agricultura, muestran que las aspiraciones humanas por verdear el desierto tienen raíces mucho más antiguas. Keller revisó la literatura arqueológica, pero no conectó esa historia de los valles con lo que observó. Por su parte, O'Brien, que caminó por el desierto, debió ver los canales de regadío que Vivar observó en la quebrada de Tarapacá, por donde O'Brien pretendió bajar el agua cordillerana.[13]

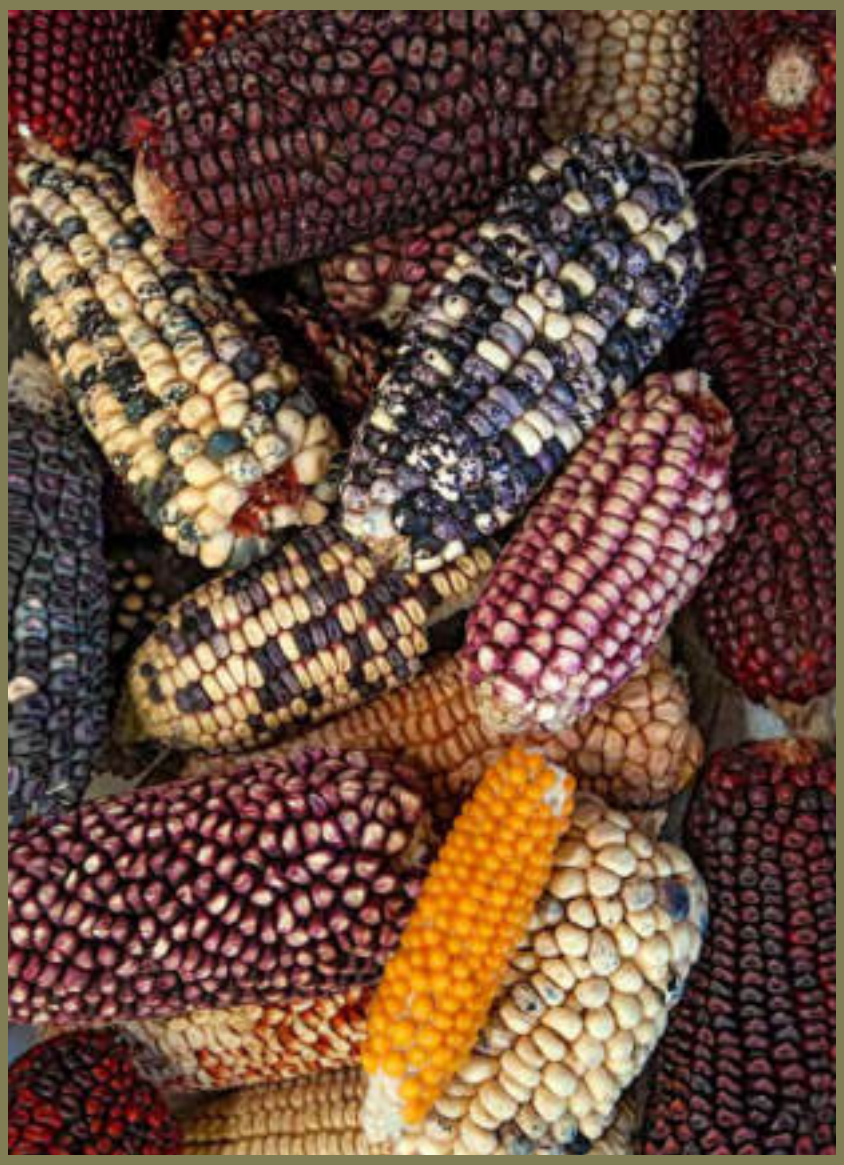
Los Valles Occidentales tienen evidencias de proyectos de agriculturización ocurridos desde el período Formativo (3500-1500 AP), vinculados a un crecimiento en el uso de plantas domesticadas y silvestres para funciones comestibles, medicinales, rituales, combustibles y forrajeras,[14] introducidas, sin excepción, desde diversas zonas de Sudamérica. Esta época de cambios coincide con un aumento de la pluviosidad en los Andes entre el 2500 y el 1000 AP, lo que redujo las condiciones áridas, cuyos efectos se multiplicaron con el manejo humano del agua para desarrollar extensas áreas de cultivo. La población se agrupó en aldeas junto a los campos con inversiones en obras civiles (canales, terrazas, tranques) y arquitecturas domésticas como las aldeas de Alto Ramírez y San Lorenzo en Azapa,[15] destinadas a funciones de congregación social. El aumento demográfico, los limitados espacios agrícolas y la irregular disponibilidad de agua generó competencia, tensiones y conflictos reflejados en un aumento de la violencia interpersonal de alta letalidad.[16] Por su parte, algunos líderes emergentes que trataban de ostentar mayor poder y prestigio intentaron controlar los espacios productivos o las fuerzas laborales, lo que promovió desigualdades sociales.[17]

Desde el 1000 AP comenzó a aumentar la aridez y se mantiene hasta hoy, lo que motivó cambios geopolíticos y mayor agitación social. Las inversiones en irrigación para manejar el agua en los valles cordilleranos generaron grandes transformaciones del paisaje, todavía visibles en la forma de extensos campos de cultivo aterrazados en las laderas de los cerros.

El agua de estas quebradas fue transformada en una palanca vital para las poblaciones prehispánicas, que desarrollaron tecnologías adecuadas para su manejo y conocimientos que se aplican hasta el día de hoy. Los cuatro valles señalados, como teclas de un piano, pusieron parte de la música y del escenario para el surgimiento y desarrollo de procesos socioculturales relativamente autónomos que resultaron en agrupaciones políticas reconocidas por una cultura material de sello regional entre 800 a 400 AP, que abarca desde los valles del sur de Perú hasta Camarones, por el norte de Chile, y es conocida localmente como cultura Arica.[18] Una de las aristas poco abordadas es el peligro invisible de los componentes químicos del agua, con elevados contenidos de elementos nocivos solubles como arsénico, boro, litio y cloruros. Las poblaciones humanas que por miles de años consumieron estas aguas fueron severamente afectadas en sus condiciones de salud.[19]

En suma, entre 1500 a 500 AP se intensificó la economía agraria y silvícola con proyectos de irrigación más eficientes, de gran escala, como los sistemas agrohidráulicos de Topaín, en el Loa superior[20] o el canal de trasvase de Socoroma.[21] También se introdujeron nuevos taxa como el chañar.[22]







Estos cursos de agua fueron vitales para la vida humana y las comunidades de plantas, animales y microorganismos, integrando ecosistemas vulnerables. Toda esta historia de manejo del agua ha dado sustento a la expansión agrícola y el aparente «crecimiento» de comunidades rurales, ciudades e industrias. Este vital elemento ha acompañado épocas de bonanza no exentas de conflictos, de transformaciones sociales y ecológicas para proyectos de desarrollo humano en condiciones muy exigentes dadas las limitadas y frágiles condiciones del desierto, donde insistimos en vivir como si el agua estuviera disponible en grandes cantidades. Por los valles y quebradas ha corrido de todo, pero lo que menos corre ahora es agua, y la que lo hace está contaminada por efecto de las intervenciones humanas; que deberían transitar, urgentemente, hacia políticas innovadoras y sustentables, y hacia la toma de decisiones políticas, económicas y culturales que consideren el paisaje con todos sus seres bióticos y abióticos.

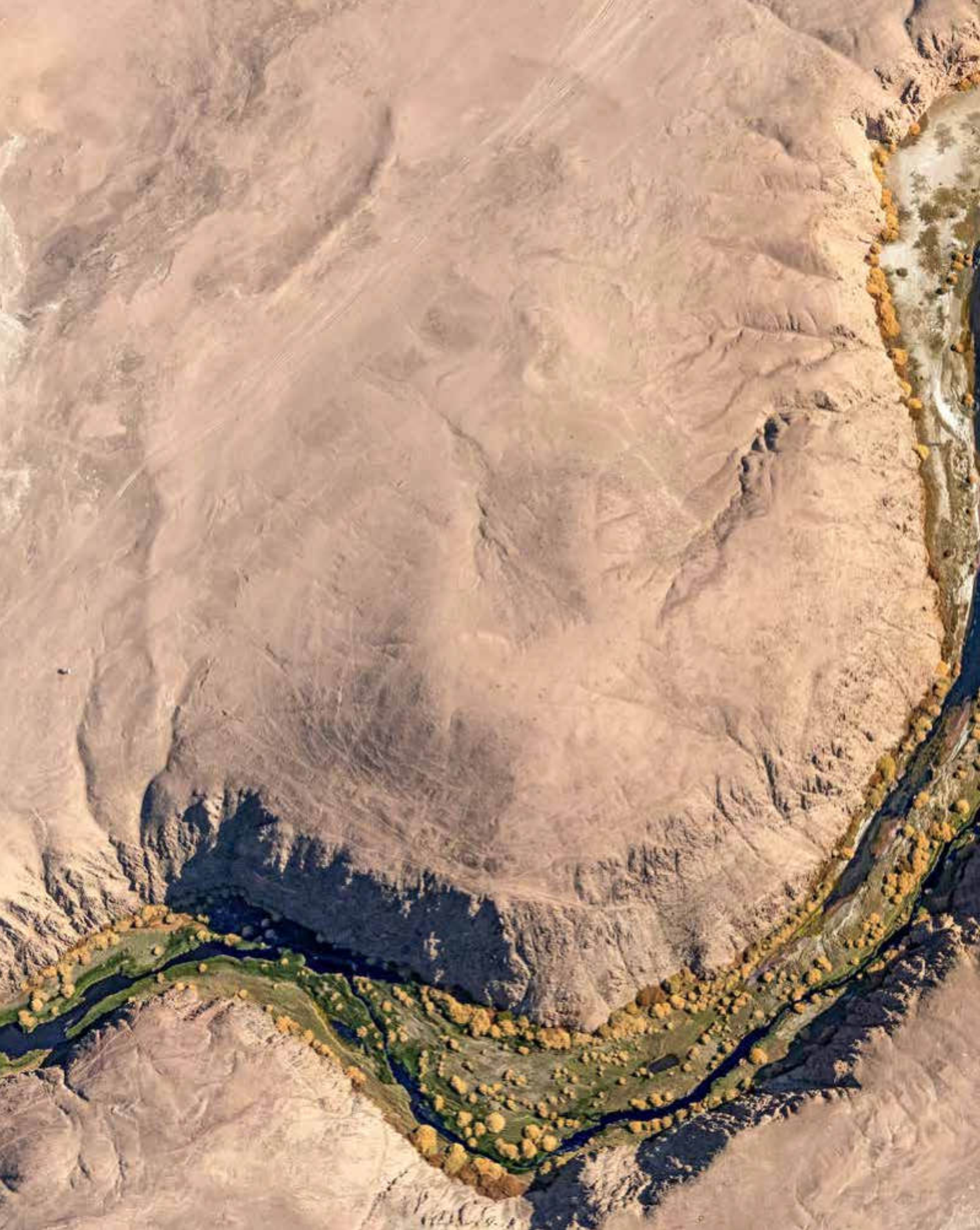
^

Izqda.: El río Camiña posibilita el riego en esta zona, donde se cultivan ajos, choclos, zanahorias, cebollas, alfalfa y también frutales como manzanas, ciruelas, membrillos, tunas y tumos, convirtiendo esta quebrada en uno de los oasis más bellos del desierto de Atacama por su contraste entre los áridos cerros y el verde y cultivado valle. Fotografía de Guy Wenborne, 2012.

Dcha.: Río Camarones. Esta improvisada presa, construida mediante bolones de piedra y otras rocas más grandes, tiene como objetivo subir el nivel del agua y desviar un pequeño cauce para los canales de regadío. El lugar está en uso y es de construcción y mantención recientes. Fotografía de Guy Wenborne, 2012.

‹

Camiña. Estas terrazas de cultivo están emplazadas en la quebrada de Camiña o de Tana, donde nacen los manantiales de Agua Amarilla y Agua Verde, o Apolinario y Margarita, que brotan a los pies del cerro Pumire. Fotografía de Guy Wenborne, 2009.

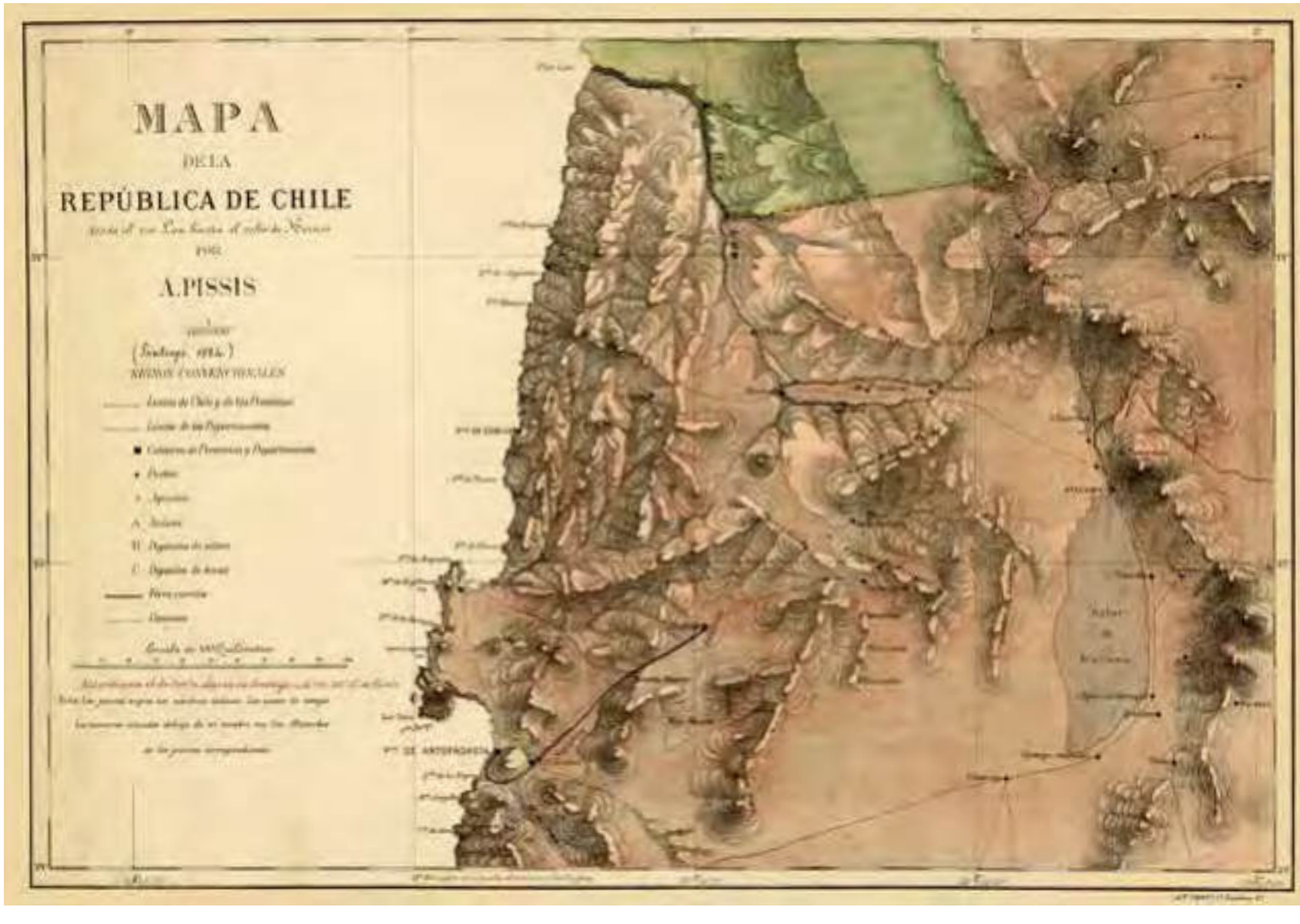


LOA

Un corredor de vida en la aridez más extrema del planeta

Victoria Castro

En la vasta Región de Antofagasta se despliegan dos grandes cuencas centrales: la del salar de Atacama, en el sector meridional de la provincia de El Loa, y la del río Loa, en el sector septentrional.



«

Río Loa en el sector del tranque Sloman.
El tranque, situado un par de kilómetros más abajo
de la foto, es una represa hidroeléctrica construida
en el curso del río Loa, en pleno desierto de Atacama,
que buscaba dotar de energía eléctrica a las maquinarias y
campamentos mineros de varias oficinas.
Fotografía de Guy Wenborne, 2017.

^

«Mapa de la República de Chile
desde el río Loa hasta el Cabo de Hornos».
La imagen es el primer pliego de un total de quince.
Pedro José Amado Pissis, 1884. Material cartográfico.
Colección Biblioteca Nacional de Chile,
disponible en Memoria Chilena.

›

Río Loa. El Loa es el río más largo y uno de los más
vulnerables de Chile, entre otros motivos por la extracción
de sus aguas para uso productivo y de aprovisionamiento
en medio de la actual crisis climática.
Fotografía de Guy Wenborne, 2010.

Introducción

El río Loa recorre 440 kilómetros desde sus nacientes, en el volcán Miño, hasta su desembocadura en Caleta Huelén, en el océano Pacífico, entre las ciudades de Iquique y Antofagasta. En su trayecto fluye en dirección sur, recibiendo los significativos aportes del río Salado, hacia el que han convergido numerosos y esenciales afluentes de agua dulce, como los ríos Toconce, Caspana, Curte y Ojalar y otros pequeños cursos de agua. El Loa se desplaza entre cordones montañosos hasta la latitud de Chiu Chiu, a 2.300 m.s.n.m. En esta sección de oasis de pie de puna, el río toma una leve dirección al oeste, cruza el oasis de Calama y entra en la pampa, donde recibe los efímeros aportes del río San Salvador. Desde esa latitud, toma dirección norte hasta alcanzar el oasis de Quillagua y hace su último giro al oeste hasta su desembocadura,[1] un espacio riquísimo desde el punto de vista ecológico en medio del vasto desierto. En efecto, el río Loa constituye un hábitat seguro para más de una veintena de especies de aves y otra fauna local y es considerado un corredor biológico desde el altiplano hasta la costa, así como para el ser humano.[2]

Desde sus nacientes en el volcán Miño, el Loa crea extensas áreas de pastos en sus orillas, permitiendo la existencia de un modo de vida estanciero pastoril hasta el presente; en esta sección de su curso superior, también ofrece sus generosas paredes para el arte rupestre.

En el trayecto, la cuenca del río Loa alberga diferentes pisos altitudinales entre el altiplano intermontano de la región, atravesando formaciones vegetacionales extraordinarias como el pajonal, ecotono de camélidos, desplegando verdes bofedales amplios y vegas ribereñas a diferentes alturas, cruzando tolares ricos en diversidad de plantas y sus diferentes usos en la precordillera, y abriéndose en los oasis de pie de puna.[3] Sólo en las riberas del río es posible encontrar algunas especies de plantas, pues domina la pampa desértica hasta Quillagua, a treinta kilómetros del mar, último oasis y lleno de vida en su pasado prehispánico.[4]

El conocimiento de la profundidad temporal y de las formas de ocupación de los territorios y su interacción con la biodiversidad permiten comprender mejor a las comunidades que hoy habitan estos espacios, además de otorgar un sentido identitario a las prácticas que en ellos se realizan. Por esto describiremos a continuación la información arqueológica e histórica, para luego pasar a la relativa a las comunidades actuales que habitan estos territorios.[5]



Respecto a la vegetación, hay grandes formaciones regionales: el altiplano intermontano de la Región de Antofagasta es rico en diferentes gramíneas y matorrales que constituyen una fuente de recolección y pastoreo de camélidos. En las altas laderas de los cerros se crían el pajonal y la yareta; luego la precordillera contiene formaciones fuente de muchos recursos medicinales, de construcción y otros usos: el tolar. Las formaciones azonales están constituidas por bofedales y vegas.

Desde cerca de los 2.700 m.s.n.m. ya prácticamente no hay vegetación, salvo por los verdes manchones que crea el río Loa en sus orillas.

Un rasgo notable del paisaje altoandino son los cerros, que acompañan esta travesía fluvial hasta el ingreso del río a la pampa.

Las montañas andinas son consideradas por los pueblos originarios la fuerza vital, controladora del clima y dispensadora del agua para la fertilidad de ganados y cosechas. Los glaciares que dan origen a los ríos y las cumbres que congregan las nubes de tormenta contribuyen a sustentar sus poderes. Al mismo tiempo, el cerro entraña peligros y esconde fuerzas que pueden desatarse, causando desgracias y calamidades. Para los pobladores que actualmente viven a los pies de estas montañas, inmersos en este paisaje, los cerros también contienen los espíritus de los ancestros: moran en las montañas, razón por la cual son respetadas y veneradas, y envían la lluvia o la sequía como premio o castigo al comportamiento ritual de los mortales.[6] Estas ideas son parte de una ontología andina que se remonta a muchos siglos anteriores, como lo ha demostrado la arqueología.[7]





El mundo prehispano: desde el poblamiento al Inca

Pueblos cazadores y recolectores

Es al menos desde hace diez mil años[8] que se inicia la conformación de un paisaje integrado, único y a la vez diverso, sobre el que se construirán identidades, con sus procesos de continuidad y cambios, para conformar el paisaje humano que conocemos hoy, en el siglo XXI, en torno al río Loa y sus transformaciones.

Las primeras ocupaciones humanas corresponden al Arcaico Temprano (11000-8000 AP), un largo período de grupos cazadores-recolectores en esta cuenca desde el 11000 al 1400 a.C. Durante este tiempo, la gente ocupó abrigos rocosos ubicados en las quebradas, como es el caso de los sitios El Pescador, Chulqui y el Alero Toconce, y también espacios abiertos. Se movieron a lo largo de la transecta altitudinal, más arriba o más abajo de la quebrada, dependiendo de la estación del año, para obtener lo necesario para vivir: agua, vegetación para diversos fines, animales para cazar y canteras para confeccionar herramientas duraderas.[9] Hubo épocas más benignas y otras más drásticas climáticamente hablando durante este largo período.

Hacia el año 2000 a.C., las condiciones sociales y ambientales de este largo proceso de ocupación inicial motivaron el desarrollo de nuevos asentamientos, más estables y circunscritos.[10] En algunos lugares con buenos recursos forrajeros, especialmente asociados a pastos permanentes, se dieron condiciones que estimularon una mayor coexistencia entre los seres humanos y los camélidos, promoviendo posiblemente una adaptación progresiva que permite dar cuenta de al menos dos ejes de domesticación y también la creación de dos vocaciones socioeconómicas de énfasis diferenciados: por una parte, todo el sector del Alto Loa, desde el Miño hasta cerca de su confluencia con el río Salado, ofreció las condiciones necesarias para el pastoreo de dedicación casi exclusiva y asentamientos más bien dispersos, manteniendo alta movilidad; por otra parte, en los oasis de pie de puna y en la sección de quebradas desplegadas entre los 3.000 y 3.600 m.s.n.m., en la subregión del río Salado, el espacio fue óptimo para el paulatino desarrollo de aldeas asociadas a una economía agropastoril que a nivel regional se vincularon siempre con el altiplano de Sud-Lípez.

Grabados de estilo Taira en el Alero de Taira, Alto Loa. Este alero, de unos tres metros de alto por diez de largo, posee un sinnúmero de petroglifos de gran belleza. Aquí se aprecian representaciones de camélidos, suris, perdices y aves fantásticas. Fotografía de Fernando Maldonado, 1986.

Alpacas en el nacimiento del río Lauca, en el bofedal Parinacota. Al fondo se ven nublados los Payachatas, conformados por los volcanes Parinacota y Pomerape. Fotografía de Guy Wenborne, 2017.

Todo esto sucede entre 3.000 y 2.000 años antes del presente en sociedades que siempre mantuvieron las prácticas de caza y recolección a pesar de las transformaciones. Disminuye la movilidad y se produce una concentración social que hace evidente, paulatinamente, una tradición cultural, fuertemente enraizada en sus propias formas de vivir. Entre las expresiones que han acompañado estas sociedades y que perduran al menos hasta la época colonial, se encuentra el arte rupestre.[11]

En Caleta Huelén, el área de desembocadura del río Loa, tempranamente se presenta una tradición arquitectónica costera que caracterizará al norte y sur de este eje, todo el asentamiento característico de la costa arreica, mostrando la diversificación regional, aunque siempre con vínculos entre costa y tierras altas.[12]

Los pueblos cazadores-recolectores nunca dejaron estas actividades, que fueron complementarias a los cambios que algunas de ellas procesaron, adaptando una economía agrícola y pastoril, con distintos énfasis diferenciados. En este contexto y con la domesticación de camélidos en los Andes, fue evidente el desarrollo de las redes de tráfico de caravanas de llamas, que luego transportaron diversos tipos de bienes desde lejanas distancias.[13]

›

Río Loa y laguna de Chiu Chiu. La existencia de la laguna Chiu Chiu, también llamada Inca Coya, es todo un misterio para científicos e investigadores, quienes afirman que es alimentada por aguas subterráneas provenientes del río Loa que, desembocando por medio de napas en el río Salado, discurren al costado de la laguna.
Fotografía de Fernando Maldonado, 2001.

˘

Nacientes del río Loa a 3.900 metros de altura; al fondo, el volcán Miño. Debido a que el río Loa comienza su andadura a los pies del volcán, este ha quedado incorporado a la extensa Reserva Nacional Alto Loa, un área silvestre protegida única que destaca por encontrarse a más de 3.000 metros de altura e inserta en el desierto más árido del mundo. Punto de referencia para las rutas precolombinas, transitadas por chasquis y pastores, el volcán Miño ha estado ligado cosmogónicamente al culto del agua y a la ceremonia de limpieza de canales, pudiéndose encontrar en su falda y cumbre sitios arqueológicos ceremoniales.
Fotografía de Fernando Maldonado, 1988.





Nacen las aldeas y la agricultura

Los arqueólogos caracterizan el tiempo que transcurre en estas regiones aproximadamente entre los años 1400 a.C. y 900 d.C. como período Formativo,[14] pues en él se producen transformaciones socioeconómicas de gran trascendencia para los pueblos que habitaban este territorio.

Durante esta época la llama fue domesticada en diversos lugares de los Andes, entre ellos en el área circumpuneña, lo que sugiere diversos centros de domesticación independientes; con toda certeza, en la cuenca del salar de Atacama,[15] y muy posiblemente, en la localidad de Chiu Chiu, donde existió una gran aldea con recintos circulares que ha sido llamada Chiu Chiu 200. Aquí vivió una población estable de pastores de llamas, complementando sus requerimientos con la recolección de plantas y la caza del guanaco y otros animales más pequeños entre los años 800 a.C. y 200 d.C.[16] Este período se caracteriza por una creciente intensificación de las redes de intercambio entre las tierras altas y la costa, como demuestran los sitios arqueológicos asociados a los senderos y a los puntos de llegada, a través de artefactos y ecofactos encontrados en las rutas: por ejemplo, la gente consumió productos del mar en localidades de oasis tan alejados del litoral como Chiu Chiu, Calama y Quillagua.[17]

Dentro de estas vías de conexión de mayor cobertura regional, el río Salado empieza a definir contactos preferenciales con el altiplano de Bolivia, en la región de Sud Lípez, y con el salar de Atacama, evidenciados tanto por el asentamiento como por el flujo de cerámicas y materias primas líticas a través de senderos sobre los 3.000 m.s.n.m.. Por otra parte, el Alto Loa estableció comunicaciones hacia el oeste con Guatacondo, como muestran los senderos troperos.



Río Salado, Atacama. Este río nace de la confluencia de más de treinta vertientes termales en una hoyada a los pies del volcán El Tatio. En su curso medio recibe las contribuciones de los ríos Toconce y Caspana y finalmente desemboca en el Loa. Al fondo de la imagen se divisa el volcán Paniri, que majestuosamente vigila toda esta zona precordillerana. Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2010.

El Formativo en el río Salado es un período que comprende un tiempo largo y une la época de cazadores-recolectores con una época posterior de pleno desarrollo agrohidráulico y pastoril hacia los años 850-900 d.C.[18]

Entre los años 1400 y 500 a.C., la población de este sector se distribuye en asentamientos habitacionales de dimensiones discretas a campo abierto y se caracteriza por un profuso empleo de aleros rocosos como áreas de extracción y trabajo de materiales líticos, caza, recolección y vivienda, como el Alero Toconce. La gente parece preferir los ámbitos de confluencia de ríos en las quebradas altas de la zona. A este momento se le asocia un arte rupestre de estilo naturalista, con la representación de grandes camélidos grabados en las paredes rocosas y pictografías en rojo de tamaño pequeño dentro de los aleros, que muestran camélidos y figuras humanas;[19] también se encuentran fragmentos alfareros, lo que indica la amplitud en el manejo de nuevas tecnologías y sus posibilidades de intercambio, que hacia el 500 a.C. son más evidentes porque esta alfarería se populariza a nivel regional, encontrándose, además, en el Loa Medio y Alto Loa.[20] Hacia estas fechas, hay asimismo una horticultura que deja restos de producción de maíz en aleros, donde se conjuga con la existencia de una actividad pastoril, como, por ejemplo, en el Alero Chulqui.[21]

En síntesis, durante este tiempo los habitantes hacen uso de abrigos rocosos en las quebradas y espacios abiertos en la pampa y las vegas. Se conocen también las primeras aldeas en el río Salado como Chulqui o Incahuasi y asentamientos aledaños a las vegas de Turi.

En definitiva, entre los años 100 a.C. y 900 d.C. se siguen ocupando aleros rocosos asociados a la caza, recolección, vivienda y pastoreo de camélidos; se construyen, en el borde de la vega, la aldea de Turi, compuesta por recintos de barro con grandes cimientos de piedra, y en la quebrada, la discreta aldea de Chulqui.[22] Se puede apreciar, por ejemplo, la consolidación de una economía agropastoril en la riqueza y diversidad de textiles. Además, existe evidencia de la minería, la metalurgia y un fuerte énfasis en el intercambio de productos. En la aldea



de Turi se documenta un tráfico interregional entre pueblos del Salar de Atacama, el noroeste argentino y el altiplano boliviano, asociada a este grupo de pastores. Hay cambios también en los estilos de arte rupestre.

Paulatinamente, por el mismo curso del Loa, se fueron afianzando los vínculos entre las poblaciones del Loa superior, con los oasis de pie de puna de Calama y Chiu Chiu en el Loa Medio y Quillagua en el Loa Inferior, alcanzando hasta Guatacondo, una tradición que ha perdurado hasta tiempos recientes.[23]

El curso medio del río Loa transcurre desde su confluencia con el río Salado, cerca de Chiu Chiu. En esta localidad se forma una extensa vega de pastos permanentes que fue fundamental para el establecimiento humano. Un comportamiento similar se dio también en otro oasis, el de Calama. Ambas localidades son espacios que ofrecen muchas condiciones para la horticultura y el pastoreo, especialmente por ser cruces obligados de caminos. De algún modo, cada oasis va conformando una microidentidad regional. En este espacio, el cementerio «Regimiento Chorrillos de Calama» fue ocupado intensamente en este período, al menos desde el año 880 hasta alrededor del 200 a.C., y los materiales cerámicos, líticos y textiles que se han encontrado allí permiten asegurar sus nexos con diferentes lugares del salar de Atacama, del río Salado y con el extenso cementerio de Topater, a 2.400 m.s.n.m.,[24] en donde se puede reconocer, gracias a la buena preservación de los materiales arqueológicos, el desarrollo de un tráfico con bienes procedentes de la costa pacífica, el altiplano y la selva. Hay cestería, algodón hilado, instrumentos musicales, pescado seco, conchas del mar Pacífico, frutos y semillas.[25] Las especies vegetales son de diversas procedencias, tanto silvestres como cultivadas o domésticas, y entre otros hay quínoa, maíz, porotos, calabaza y algarrobo. El oasis de Calama es un punto neurálgico de encuentro entre senderos provenientes de los más diversos pisos ecológicos.[26] Destaca en esta zona un espacio notable por su largo período de ocupación, datado desde el Formativo hasta finales del siglo XVII: el «sector Peuco», con varios sitios y fechados correlacionados por fragmentos cerámicos.[27]



Descendiendo por el Loa Medio hacia la pampa, se encuentra la aldea del río San Salvador, un curso de agua que crece a expensas de aguas subterráneas y que fluye hasta la posta de Chacance, paralelo al río Loa. Se trata de un asentamiento pequeño que entregó muchos datos nuevos, especialmente sobre el consumo de pescado, la recolección de algarrobo y la movilidad que involucró a personas que se movían desde y hacia la costa.[28] Entre este lugar y su desembocadura, de vez en cuando se asoman manchas verdes gracias a una efímera surgencia que, aunque la mayoría de las veces procede de aguas salobres, ofrece una nota verde al tránsito de viajeros humanos y no humanos. Es lo que sucede, por ejemplo, con Quebrada Amarga, un lugar en donde se encuentra un arte rupestre figurativo que representa peces y camélidos.[29] Imposible no mencionar el gran despliegue de geoglifos que se articulan en torno a la ruta y caminos entre Calama y el Loa bajo, particularmente en Chug Chug.[30]

El Loa inferior comprende ámbitos de pampa baja, y especialmente costeros, en el desierto que se despliega al norte y sur de la desembocadura. Es un espacio en el que se desarrolla una identidad local que integra elementos propios e innovadores en sus prácticas ceremoniales y arquitectónicas, donde destacan estructuras de forma tumular que, en muchos casos, constituyen monumentos funerarios y que son evidentes a partir de esta época formativa, como sucede en el antiguo oasis de Quillagua.[31]

Este lugar fue profusamente habitado y visitado desde tierras altas, sobre todo desde el norte por la costa, desde al menos el año 700 a.C.; paulatinamente fue configurándose una identidad local, con nexos específicos hacia Calama por el norte y la Región de Tarapacá por el sur. Las posibilidades de acceso a recursos e intercambio con estas zonas han sido bien documentadas a partir del estudio de sus materialidades, como alfarería y textiles.[32]

La evidencia más cercana al mar en la historia formativa del río Loa se encuentra justamente en el ámbito de su desembocadura, en la localidad de Caleta Huelén, extendiendo su presencia cultural al norte y sur de este punto central.[33]

En este largo período, profundas transformaciones en el quehacer de las sociedades de esta época se expresan en las múltiples innovaciones que van incorporando sellos propios a nivel regional, como el desarrollo de la arquitectura en barro, la concentración de los espacios de funebria o los magníficos textiles de lana de camélido, con marcas identitarias que dan cuenta de las relaciones con otras regiones, por ejemplo, en cerámica proveniente del altiplano boliviano y del noroeste argentino. La metalurgia del cobre se expresa en toda clase de sitios distribuidos por el Loa. Una de las actividades conspicuas desde esta época en adelante es la extracción minera.[34] Las evidencias prehispánicas conocidas comprenden más de diez siglos de explotación desde cerca del 200 d.C. hasta tiempos tardíos prehispánicos, en sitios como San José del Abra,[35] Cerro Turquesa y San Pedro de Conchi, donde se extrajeron minerales de cobre como la turquesa, crisocola y otros afines, de alto valor ceremonial en tiempos prehispánicos. Se asocian a los sitios áreas de acopio, descarte y chancado de minerales, habitacionales, corrales, bodegas y sectores de uso ceremonial. Sitios semejantes, e incluso El Abra, continúan en actividad en épocas coloniales y republicanas.[36]

La base de estas innovaciones ya está lograda. Es una época de bonanza y bienestar con logros expresivos notables, como el arte rupestre desplegado en las paredes de los cañones de los ríos en todo el curso superior del Loa. Escenas fantásticas de cazadores-pastores, como aquella de la confluencia de los ríos Caspana y Salado, por ejemplo,[37] y en el Alto Loa, ya desde épocas arcaicas.[38]







‹

Algarrobo. El *Prosopis chilensis* o algarrobo es un árbol tolerante a la sequía, las sales y la arena cuyos frutos representaron una importante fuente de alimento para los pueblos originarios, encontrándose registros en tal sentido en tumbas del norte de Chile de hace más de nueve mil años. Fotografía de Guy Wenborne, 2012.

›

Arriba: Pieza de cobre con forma de camélido. 7 x 6,9 cm. Colección Museo Regional de Atacama.

Al centro: Puco, cultura originaria Atacameña. Contenedor abierto de perfil simple, tiene labio redondeado, cuerpo hemisférico y base plana. Elaborado en cerámica modelada de color anaranjado oscuro. Alto 52 mm, diámetro máximo 136 mm. Colección Departamento de Antropología, Universidad de Chile.

Abajo: Jarro. Vasija pulida, simétrica, restringida con cuello, inflectada, con un asa en arco de correa en posición vertical labio-cuerpo. Alto 91 a 110 mm, diámetro máximo 121 mm. Colección Departamento de Antropología, Universidad de Chile.



Tableta para aspirar alucinógenos decorada con motivos Tiwanaku.
Período Medio (500-900 d.C) de San Pedro de Atacama.
Fotografía de Fernando Maldonado, 2001.
Colección Museo Arqueológico R. P. G.
Le Paige, S. J., San Pedro de Atacama.

Presencia de vestimentas Tiwanaku en Arica y Atacama.
Un chamán, abajo a la derecha, realiza un «pago» u ofrenda ceremonial quemando *k'oa*, incienso extraído de una planta resinosa del lugar. Lleva un gorro de cuatro puntas polícromo, mientras que el personaje situado encima lo lleva bícromo, así como una camisa con mangas y faja. A su izquierda, del cuello del hombre cuelga un *siku* o instrumento musical de viento, mientras que la señora a sus pies lleva una camisa de parches teñida con técnica de amarras. Ilustración de José Pérez de Arce, 1997. Fotografía de Fernando Maldonado. Colección Museo Chileno de Arte Precolombino.

Entre los años 400 d.C y 900-1000 d.C., en la cuenca del salar de Atacama se da un desarrollo muy diferente al del Loa y sus afluentes, fuertemente vinculado a la cultura Tiwanaku.[39] Hasta donde se conoce, la sociedad loína evolucionó desde el Formativo sin mayores influencias de Tiwanaku y sus comunidades continuaron creciendo e innovando hacia un marcado dominio de técnicas agrohidráulicas que se hará evidente hacia los años 950-1000 d.C.

El tráfico de caravanas sigue ampliándose en este tiempo y los nexos con las poblaciones del salar de Atacama, Loa Medio, noroeste argentino, Bolivia y la costa arreica continúan. Como ya lo indicamos, la fuerte presencia de la sociedad Tiwanaku en el área de San Pedro de Atacama se manifiesta en el Loa de manera muy diferente y leve. En el arte rupestre del Alto Loa aparece la figura de un personaje sentado en un altar zoomorfo bicápite que representa a la imagen de la puerta del sol de Tiwanaku, con algunos registros escasos en el Loa Medio[40] y en los oasis de Chiu Chiu, Calama y Quillagua. Otro indicador son los gorros de cuatro puntas, que estarían vinculados a este tráfico.[41] Estos textiles han sido asociados a un religión chamánica, vinculada en tiempos prehispánicos a objetos que aluden al uso de sustancias psicoactivas, conocido clásicamente como «complejo del rapé», un ejemplo más de las estructuras ontológicas subyacentes en los mundos andinos.

Un aspecto cada vez más presente lo constituyen los caminos que conectaron el altiplano con el mar y que han sido cruciales para los vínculos humanos, los que asumen nuevas alternativas a través del tiempo. Toda la cuenca del Loa y su vecina, la del salar de Atacama, están transitadas por estas rutas; algunas de ellas han sido estudiadas sistemáticamente con sus materiales arqueológicos asociados, dando cuenta de las relaciones de complementariedad entre la cuenca del Loa y la costa pacífica, y en donde los oasis de pie de puna han jugado un rol fundamental; ello sucede, por ejemplo, con las vías que conectaron Calama y el norte de Tocopilla por la pampa y Tocopilla con Quillagua,[42] incluyendo la localidad de Chug Chug, famosa por sus geoglifos.[43] Estas rutas se mantienen activas desde alrededor del 400 d.C. hasta el período colonial, cuando su uso decrece por la ocupación de otras alternativas.





Entre los años 1000 y 1400 d.C., en el llamado período Intermedio Tardío, las sociedades del Loa conforman unidades políticas independientes, probablemente en algo similares en su organización a la forma tradicional del siglo XX. Son sociedades de rango, con jerarquías por prestigio en la función de ciertos cargos más que por un poder político puro. Se trata de autoridades consensuadas para dirigir y organizar a la población en torno al bienestar común, compartiendo una forma de ver el mundo que se expresa muy claramente en su arquitectura.[44] Hay rasgos distintivos en cada lugar habitado de esa época: poblados fortificados, aldeas en ladera, grandes extensiones de campos de cultivo con sofisticados sistemas de distribución del agua. En el Alto Loa se encuentran ampliamente representadas las estructuras de «muro y caja», que han sido interpretadas dentro del contexto del tráfico de caravanas como sitios de función ceremonial.[45]

Hay extensos cementerios prehispánicos en Chiu Chiu, Lasana y Calama que habían sido ocupados previamente y volvieron a utilizarse en esta época.[46]

Se puede asegurar que durante este período, los habitantes del Loa interactuaron fuertemente con poblaciones asentadas en lugares distantes y accedieron a bienes de todo el transecto costa-altiplano, reforzando sus relaciones con el noroeste argentino y el altiplano meridional de Bolivia, nexos que seguirán siendo evidentes en la época incaica y colonial indígena. De ello dan muestra la diversidad y multiplicidad de asentamientos en los oasis de Chiu Chiu y Calama, en el valle de Lasana, y en las otras localidades mencionadas. Algunas formas del habitar son cercanas a la tradición altiplánica y otras, a la del desierto.

Así, existen aldeas aglutinadas, como es el caso de Topaín, un poblado en altura sin muro de circunvalación: un cerro isla, donde se ha seguido el ritmo de la topografía para construir los recintos de manera muy autónoma, con materiales del mismo lugar asociados a sus propios campos de cultivo,[47] a medio camino entre el gran asentamiento del *pukará* de Turi, los cerros de Cupo y el magnífico despliegue agrohidráulico vinculado a las vertientes de los pies del majestuoso cerro Panire y también a Topaín. La diversidad de tipos de asentamiento incluye desde aldeas aglutinadas con muros de circunvalación, conocidos como los *pukará* de Turi y Lasana, hasta poblados en ladera, como Likán en Toconce, Talikuna en Caspana, Paniri en las quebradas intermedias y Topaín, que fue ocupado desde la base del cerro hasta su cumbre, todos ellos asociados a un patrón estanciero al servicio de una exitosa economía agropastoril, con énfasis diferenciados de acuerdo a la gradiente altitudinal[48] y con complejos sistemas para el cuidado del agua y la producción asociada.

Estos extensos sistemas agrohidráulicos atestiguan la importancia de las prácticas agrícolas y una fuerte inversión laboral por parte de estas comunidades en la construcción y mantenimiento de estas obras de ingeniería, que abarcan complejos sistemas de terrazas, como en Toconce,[49] andenes, canales y acequias. Tanto en Paniri como en Topaín existe una compleja red de canales asociada a campos de cultivo; esta última ha sido estudiada en detalle y demuestra la existencia de estas tecnologías a partir de este período, así como sus transformaciones en los siglos siguientes vinculadas a ampliaciones y remodelaciones. En definitiva, un sofisticado sistema de manejo del agua para una alta eficiencia, que se demuestra en estructuras de irrigación, reservorios, acueductos y represas para regar extensas áreas de cultivo.[50]

El cuidado y manejo del agua ha sido una labor constante en estos territorios que debió implicar una administración coordinada de las diferentes unidades domésticas, así como acuerdos y tensiones, siempre asociados a un modo de habitar que debió contar con direcciones comunitarias que activaran, en conjunto, las esferas políticas, tecnológicas y ceremoniales para un uso y consumo óptimos.

‹

Vista aérea del poblado de Turi, zona del río Salado. La localidad de Turi es una pequeña aldea de pastores que está ubicada junto a las vegas de Turi, una zona de bofedales formados por aguas subterráneas de los deshielos. Aquí se ubica el *pukará* de Turi, la ciudad fortaleza más grande de la cultura Atacameña, emplazado sobre una oscura colada de lava en la cuenca alta del río Salado, con construcciones en piedra volcánica. Fotografía de Fernando Maldonado, 2001.





‹

Detalle del Alero Santa Bárbara: pictografía de figura antropomorfa de estilo Santa Bárbara II, Alto Loa.
En el Alto Loa, estas representaciones se concentran alrededor de la localidad de Santa Bárbara, por lo que algunos investigadores han planteado que la elección de este lugar guardaría relación con la presencia de un ensanchamiento del cañón del río Loa en ese sector, que habría favorecido los asentamientos y el desarrollo de actividades de pastoreo y horticultura a partir del período Medio.
Fotografía de Fernando Maldonado,1986.

›

Alero de arte rupestre en Atacama.
Fotografía panorámica de Tomás Munita Philippi, 2018.

En el plano inclinado que desciende desde el Miño hasta Chiu Chiu, en los asentamientos ligados directamente al río Loa, durante este período continúan predominando las viviendas dispersas asociadas a la vida de énfasis pastoril. El asentamiento de Santa Bárbara perdura en uso hasta fines del siglo XX, documentando, además, la movilidad de arriería desde tiempos prehispánicos, pero también coloniales y republicanos.[51] En alturas superiores a los 3.600 m.s.n.m., los complejos habitacionales son dispersos y probablemente utilizados por extensas familias como las representadas en los sitios de Bajada del Toro Oriente, Taira, Quinchamale y La Isla,[52] y se relacionan directamente con los recursos para los rebaños de camélidos, tan necesarios para la reproducción de la vida en todos los niveles. Gracias a las recuas de llamas, domesticadas siglos atrás, se organizan y manejan caravanas para el intercambio de productos de diferentes ecologías desde la alta puna hasta el mar.[53]

En Toconce se presenta un énfasis mayor de la tradición altiplánica durante el período Intermedio Tardío, que se inicia hacia el 800 d.C. Sus asentamientos ocupan las tierras situadas entre los 3.000 y 4.000 m.s.n.m. de las subregiones de río Salado y río San Pedro, en el sector septentrional de la provincia de El Loa y la región de Lípez del altiplano meridional, en el sur de Bolivia. Se conocen más de una veintena de sitios de esta filiación en ambas vertientes de la subárea circumpuneña, siendo el de mayores dimensiones el sitio de Likán, en Toconce. Las formas de ocupación del espacio son muy



diferentes a las de las poblaciones de la tradición del desierto y estos asentamientos cuentan con al menos tres áreas bien definidas: 1) un poblado; 2) *Chullpas*, que, en términos generales, son estructuras en forma de torreones con un vano generalmente a media altura del muro, que a veces muestran materialidades asociadas a rituales, y que se utilizaban como depósitos de almacenaje de alimentos o repositorios funerarios;[54] y 3) extensos y complejos sistemas agrohidráulicos. Los estudios arqueológicos realizados en Toconce documentan ampliamente el uso ceremonial de la arquitectura chullparia en esta localidad, arquitectura que también se encuentra en Turi y Paniri.[55]

En Caspana, junto con una mayor intensidad de la ocupación, se aprecia una diversificación de los espacios utilizados y de los tipos de asentamiento durante este período. Entre los años 1000 y 1500 d.C. la población vive en aldeas, como Talikuna, y también en estancias en diferentes sectores, a veces asociados a extensos campos de cultivo y pastoreo como Mulorojte.[56] Se enfatiza la ocupación de las quebradas y todos los cursos de agua dulce permanentes, así como los sectores forrajeros altos para el pastoreo,[57] desarrollándose una intensa actividad agrícola, basada en andenerías. Los nexos entre esta población y el área de San Pedro de Atacama en la cuenca del salar son más evidentes, sin descuidar otros con el altiplano meridional y el noroeste argentino. En este sentido, Caspana participa de una equilibrada relación entre tierras altas donde se funde lo «altiplánico» y lo «propiamente atacameño».[58]

Durante este período Intermedio Tardío las gentes del río Loa, especialmente de Caspana y los oasis, tienen fuertes vínculos con sus vecinos de la puna de Atacama. En el río Salado presentan marcados rasgos de una interacción con el altiplano, análoga a la que, más tarde, refleja la presencia del Tawantinsuyu incaico. Los grandes asentamientos se encuentran en lugares de amplio dominio visual en altura, como Turi, dominando la extensa vega en la pampa del mismo nombre, y Lasana, construido en el borde del cañón del Loa, con aglutinamientos de más de 600 recintos en el *pukará* de Turi, a 3.000 m.s.n.m., y alrededor de 400 recintos en Lasana, hacia los 2.300 metros de altitud. La admirable pared lítica de este último valle está llena del arte de petroglifos y pinturas rupestres.[59] Controlando el valle, estos asentamientos muy probablemente funcionaron desde esta época como importantes centros administrativos y ceremoniales que se erigieron como lugares propicios para la reunión de las poblaciones.[60]



De tamaño considerable, el poblado fortificado de Chiu Chiu, erigido sobre el cañón del Loa, se encuentra saqueado y fue reusado por lo menos hasta el siglo XX, de lo que dan cuenta sucesivas edificaciones asociadas al espacio original, construido hacia el año 1000 d.C. Es un asentamiento en el que los restos de maíz son muy abundantes, así como la recolección de frutos de chañar y algarrobo, junto a corrales usados para los camélidos domésticos. Un rasgo particular son los depósitos de almacenaje subterráneos. Hay una vinculación esencial con el aledaño valle de Lasana: Chiu Chiu aporta agua para el riego de este valle a través de canales, para un área de cultivo que une en esta época ambas localidades. En síntesis, una sólida economía agropastoril, con significativo aporte de la recolección vegetal y su abundante vega.[61]

En las cercanías del oasis de Calama, cerca de los 2.400 m.s.n.m., donde el río Loa en su curso medio escurre ancho y libre de cañones antes de ingresar a la pampa desértica, se han encontrado extensos cementerios prehispánicos, como Chunchuri. En esta zona, el arte rupestre, a diferencia del Alto Loa, exhibe un énfasis en la representación antropomorfa, ornitomorfa y de motivos geométricos, sugiriendo una variante regional diferente a la de las tierras altas. Entre los materiales ofrendados destacan los textiles.[62]

Quillagua, oasis que tuvo bosque de algarrobos, tamarugos y chañares y que se encuentra en pleno desierto, entre la cordillera y el mar, fue regado generosamente por las aguas del río Loa en el pasado prehispánico, colonial y hasta inicios del siglo XX.[63] Tiene una larga historia que vincula a su población no sólo a las tierras altas, sino también hacia el área de costa y valles de Tarapacá. Una zona atractiva y obligada para los viajeros que han recorrido el desierto.[64]

El Loa en el Tawantinsuyu: la esfera incaica

Entre el año 1400 y el 1536 d.C. aproximadamente, se impone la presencia inca con la incorporación del área al Tawantinsuyu.[65] Esta se habría dado principalmente a través de vínculos políticos, estableciéndose alianzas con las autoridades atacameñas y recibiendo influencia en la cerámica, religión, arquitectura y la reocupación y creación de caminos que unían los oasis piemontanos, incorporándolos a una extensa red vial.[66]

La presencia del Tawantinsuyu es muy clara también en la explotación minerometalúrgica. Se intensificaron y perfeccionaron la producción minera, agrícola y ganadera agrícola; se agregaron rasgos estilísticos a las artes y en todo su dominio. A lo largo y ancho del territorio se construyó el Qhapaq Ñan, aquella extensa red de caminos longitudinales y transversales, con centros de paso, *tampu*, y servicios de mensajeros, *chaskiwasi*, para administrar y controlar los territorios anexados.[67]

‹

Oasis de Quillagua.
El río Loa se presenta superficial en un valle abierto y ancho en que se desarrolla algo de agricultura con sistemas de canales para conducir y repartir el agua.
Fotografía de Guy Wenborne, 2012.

›

Chullpa en Likan, Toconce.
Estas estructuras con forma de torreón y un pequeño vano, localmente conocidas como *chullpas*, tuvieron funciones de almacenamiento, pero al mismo tiempo estuvieron sacralizadas por ofrendas permanentes y en algunos casos cumplieron, también, funciones funerarias.
Fotografía de Fernando Maldonado, 1988.



El sistema de «amojonamiento» o demarcación incaico formó parte de una política de organización o reorganización de los territorios sometidos, que habría operado a partir de estrategias e instituciones andinas socialmente arraigadas. El término «medir» parece ser la traducción española a una serie de prácticas de distribución del espacio social y productivo, así como de organización del desplazamiento y las comunicaciones en un extensísimo territorio. El Qhapaq Ñan representaba uno de los ejes que ordenaban y articulaban el sistema de control y dominio del Tawantinsuyu y, en ese contexto, los «hitos», «mojones» o *tupus* del camino no parecen ser elementos azarosos del trazado vial. Su distribución irregular, así como su presencia diferenciada como hitos solitarios, en pares o en hileras, sugiere que se trataba de estructuras cargadas de significado y que pudieron comportarse como elementos polisémicos, respondiendo a distintos significados o funcionalidades según el contexto y las características con que se presentaran.[68]

Las relaciones que establece el Inca con la población local en estos territorios aparentan ser las de una política de integración



Pastoreo en Turi. Situado a 3.000 metros de altitud,
Turi es un caserío aledaño a una extensa vega, la cual se desarrolla a expensas de un afloramiento acuífero proveniente de las aguas termales de los Baños de Turi. El aprovechamiento de la Vega de Turi es óptimo por parte de varias comunidades, a través de formas tradicionales de usufructo del recurso. Aunque no siempre existe demarcación de la vega, los pastores saben qué sector pueden utilizar.
Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2010.

que aprovecha el manejo del ambiente y sus recursos de la zona, con fines bien concretos como las actividades mineras y un sustrato estable de alojamiento, estadía y alimentación seguro, para el tránsito desde tierras altas hasta la costa y de su movilidad hacia territorios más sureños. Es por eso que se aprecian modalidades diversas de ocupación del espacio y formas de relación también diferentes, alcanzando los ejes del dominio ideológico compartido en el culto a las montañas y/o elaboradas estrategias políticas simbólicas.

El Qhapaq Ñan ha sido estudiado en todo el vasto territorio desde Colombia a Chile central[69] y así también en las diferentes secciones de su presencia en el río Loa. Sobre la base de nuestras prospecciones postulamos que uno de los tramos del camino inca penetraba desde el altiplano sur de la actual Bolivia, región del Sud Lípez, en un sector vecino a la actual localidad de Alota y cruzaba por Ollagüe y/o el Portezuelo del Inca, bajando a las cuencas del río Loa y el río Salado por Colana. Desde allí seguía hacia Paniri y llegaba a Turi, uno de los asentamientos que el Inca transformó en un centro administrativo de importancia regional. A partir de Turi, el camino continuaba hacia el sur, articulando el asentamiento minero de Cerro Verde y la localidad de Caspana.[70] Desde el cerro Pabellón del Inca, puerto de acceso a la zona de Lípez, y hasta Chiu Chiu se distingue el camino del Inca y su decena de asentamientos asociados reconocidos, entre los que mencionamos Miño 1 y 2 (Kona Kona) y Cerro Colorado.[71]

Todos los caminos se construyeron para acceder a un bien preciado, pero muy especialmente para comunicar poblaciones, que en este caso representaron fuerza de trabajo, mediada por arreglos diplomáticos, de reciprocidad asimétrica, ceremoniales y una vasta gama de posibilidades combinadas con diferentes énfasis, más heterogéneas que uniformes.



La arquitectura inca

En cualquier lugar, una estructura inca se reconoce por su estricto apego a cánones geométricos ortogonales y por el predominio de edificaciones rectangulares. En el Loa se distinguen claramente los asentamientos de Miño y Cerro Colorado (prácticamente a la vera del río), la intervención monumental en el asentamiento preincaico de Turi y Cerro Verde, cerca de Caspana.[72] Se pueden distinguir formas de diseño inca, como *qancha*, *Qallanqa*, *Qollqa* o *ushnu*.

La sección del río Loa que corre derecho con rumbo norte-sur hasta su confluencia con el río Salado, se reconoce como Alto Loa y es un sector en donde este afán minero es muy evidente, como puede reconocerse en los asentamientos de Miño 1 y 2, así como en el enclave minero de Qollawasi y en el Abra Incahuasi del complejo minero homónimo, de donde se extraía principalmente la seudomalaquita y la calcoalumita.[73]

En río Salado y sus afluentes, si bien hay sitios mineros con impronta inca, como Cerro Verde, cerca de la localidad de Caspana, el área en general se distingue más bien por su despliegue de complejos agrohidráulicos para una agricultura de escala significativa y extensas áreas de pastoreo. En Cerro Verde se puede apreciar como los Inca sacralizaban efectivamente el paisaje, cualquiera fuera la esfera de realidad que estuviera presente. Asociada a la extracción minera, se construyó una plataforma ceremonial típicamente incaica, conocida como *ushnu*.

Talikuna presenta algunos rasgos arquitectónicos compartidos: escaleras, hornacinas, muros dobles, puertas con dintel de piedra, lajas alineadas enterradas a modo de cajas y poyos. Cabe destacar que lo incaico se registraría en las distintas clases de contextos depositacionales y/o funcionales locales, mostrando una sugerente relación con los contenedores de líquidos y un énfasis festivo, pero también con otras actividades, como la intervención de la producción alfarera a través de la incorporación de la cerámica «pasta con mica», que a partir de estos momentos caracterizaría la industria regional posterior.[74]





La Estancia Mulorojte está en la quebrada homónima, ubicada en las faldas de la ladera norte del cerro Morros de Cáblor, al sur del río Caspana, aprovechando un pequeño anfiteatro natural a una altura de 3.800 m.s.n.m.. Aunque este sitio es de envergadura menor que Talikuna, su localización es muy privilegiada en cuanto a recursos para las actividades agropastoriles. Se encuentra a tres kilómetros de las vegas de Cáblor, a una distancia similar de las vegas de Chita y del principal tributario del río Caspana, la laguna de Qoyer.[75] Como en Talikuna, algunos rasgos arquitectónicos incaicos del sitio son las «cajitas» de piedra, las hornacinas, algunos muros dobles y los poyos, mientras que la cerámica también da cuenta de que durante el período Tardío el Inca intervendría sobre las distintas actividades domésticas, produciendo cambios en la producción alfarera local y un incremento de los contenedores para líquidos, posiblemente por un aumento de la actividad festiva,[76] vinculada al trabajo y a ceremonias.

^

Terrazas de cultivo del pueblo de Caspana. Esta forma de cultivo en las laderas andinas, también llamada de andenes, consiste en planicies escalonadas delimitadas por pequeños muros, que son regadas por inundación, permitiendo que el agua circule entre ellas por gravedad a través de canales. Asentados principalmente en oasis, valles y quebradas del Alto Loa, estos pueblos Atacameño y Quechua usaron esta tecnología para aprovechar el agua en los terrenos de laderas y trasportar el agua para contribuir a la seguridad alimentaria de sus comunidades. Fotografía de Fernando Maldonado, 1986.

‹

Arquitectura indígena en el poblado llamado Cupo, en la zona de la ladera suroeste del volcán Paniri. Fotografía de Guy Wenborne, 2012.

^

Vista aérea del *ayllu* de Catarpe. *Ayllu* es una palabra indígena para referirse a la comunidad y al terreno que ocupa.
En la meseta, se pueden observar las ruinas del centro administrativo desde donde el Inca controlaba el tráfico de productos desde y hacia los oasis del salar de Atacama.
Fotografía de Fernando Maldonado, 2010.

›

Arriba: Pieza arqueológica perteneciente al juego de dados, proveniente de excavaciones realizadas en Mulorojte y aldea Talikuna (cerca de Caspana). Se encuentra en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.
Desde tiempos del Inca, se habrían utilizado estos dados tanto con fines lúdicos (el juego de la *pichca*) como con fines rituales.
Fotografía de Fernando Maldonado, 2004.

Abajo: Grabados de estilo Santa Bárbara I, Alto Loa.
En un bloque rocoso de la rinconada homónima se aprecian representaciones de caravaneros y llamas cargadas.
Fotografía de Fernando Maldonado, 1986.

En ambos asentamientos existen evidencias de una actividad muy singular que habría representado el nexo entre la población local y el Inca, un vínculo de eficacia simbólica dentro de las formas de dominación. Tanto en un recinto de Talikuna como en otro de Mulorojte se han encontrado unos pequeños objetos líticos grabados de forma piramidal de aproximadamente 2 x 2,5 centímetros en la base y 1,2 centímetro en la punta, que han sido reconocidos como una especie de dados usados en esta época por parte del Inca o su representante. Al parecer, el juego de la *pichca* y otros sirvieron al Inca para ganar tierras para sí y, al mismo tiempo, para donar y entregar tierras.[77] Dentro de la estructura de organización sociopolítica, extendida al Collasuyu, se trataría de formas de dominio y traspaso del poder local al aparato estatal.[78]

Una de las manifestaciones de arte rupestre asociadas al Inca se encuentra en Quebrada Seca, cerca de Toconce:[79] se trata de la representación, esculpida en un peñón, con el motivo de terrazas agrícolas y canales, coronada por petroglifos

formados por una hilera de camélidos ejecutados con líneas rectas. Hay maquetas de campos de cultivo que también se encuentran en el cañón del río Loa, cerca de Chiu Chiu, y que han sido vinculadas a la ocupación incaica.[80] En cuanto a otras escenas, predomina la representación de camélidos, que generalmente aparecen como diseños independientes o en escenas de caravaneo, atados por una soga y guiados por una figura humana, también de manufactura esquemática.[81]

De acuerdo a los pobladores de tierras altas del Loa del siglo XX entrevistados por nosotros, el Inca renombró algunos lugares y cerros, de algún modo apropiándose y compartiendo el paisaje a su gusto.[82] Por ejemplo, Topaín, al que nos hemos referido, puede ser una modificación de Topa Inca Yupanqui, porque justamente está a medio camino de un trazado del Qhapaq Ñan que une las localidades de Cupo, Paniri y Caspana, pasando a sus pies. De algún modo, al renombrar e intervenir el paisaje el Inca se apodera de él y ejerce su dominio.[83] En esta misma categoría de eficacia simbólica entrarían las representaciones de los pequeños «dados» líticos ya descritos.







^

Recreación de la toma del pukara *de Quitor por Francisco de Aguirre*. La fortaleza de Quitor, defendida por los campesinos guerreros de Atacama, fue finalmente abatida por Aguirre, quien ordenó de inmediato la decapitación de los derrotados, cuyas cabezas fueron clavadas en picas en los muros del *pukara*. Ilustración de José Pérez de Arce, 1997. Quitor, San Pedro de Atacama (*ca.* 1550 d.C.). Fotografía de Fernando Maldonado. Colección Museo Chileno de Arte Precolombino.

›

Río Loa, sector de *pukara* de Lasana. El *pukara* de Lasana está ubicado en un pequeño valle, donde los lugareños mantienen sus huertas gracias a las aguas del río Loa. Fotografía de Guy Wenborne, 2012.

De la época colonial a las repúblicas

La dominación ibérica en el continente americano produjo cambios y transformaciones irreversibles en las sociedades prehispánicas,[84] a menudo violentos y dolorosos para la población originaria de toda América, de México al sur. A los problemas iniciales, como cambios en la dieta, formas de trabajo y epidemias, se unieron otros aspectos, como el proyecto de evangelización, todo ello derivado de una política expansionista sin precedentes en estas latitudes. En definitiva, se enfrentan dos modos de ser en el mundo, de habitar, de percibir el tiempo y el espacio, de hacer historia.[85]

Hacia 1560 (de acuerdo a las delimitaciones administrativas coloniales), el Corregimiento de Atacama quedó comprendido dentro de la Audiencia de Charcas, dividido entre Atacama La Alta y Atacama La Baja, que tuvo como cabeza de doctrina a Chiu Chiu, los pueblos de Ayquina, Caspana, Calama, el asiento de Conchi y localidades de estancias en los pisos altos a partir de los 3.000 metros de altitud; por tanto, en esta repartición queda comprendida gran parte de la cuenca del Loa. En su jurisdicción también quedaba incluida la ensenada de Cobija, en la costa arreica, un punto de llegada de los tantos caminos que conectaban tierras altoandinas y costa pacífica.[86] Dentro de los hitos presenciales tempranos de esta época, destaca la construcción de la iglesia de Chiu Chiu en el siglo XVI.

En términos generales, en los papeles coloniales la población de las tierras altas de la Región de Antofagasta es mencionada homogéneamente como Atacameña. La burocracia colonial identificó bajo ese nombre a toda la población que habitaba el territorio delimitado por la Administración española como Atacama, señalando que hablaban una lengua «por sí»,[87] la lengua cunza, hoy prácticamente desaparecida.



Durante los siglos XVI y XVIII, en Atacama La Baja hay una fuerte presencia de forasteros, especialmente de gente de Lípez y Pica. Estas personas coinciden en Chiu Chiu y Calama, lugares inevitables en el tráfico entre la costa de Cobija y el altiplano. En las tierras altas del río Loa, aunque ambos grupos buscan espacios con buen forraje para actividades ganaderas, ocupan diferentes lugares. En los registros eclesiásticos del siglo XVII, los lipes aparecen asentándose en lugares como Ayquina, Caspana, Toconce e Inacaliri, situados todos sobre los 3.000 metros de altitud en las subregiones de río Salado y río San Pedro, afluentes del Loa. Se llega incluso a decir que Atacama es «tierra de Olipes».[88] En cambio, los de la doctrina de Pica ocupaban las estancias ganaderas ubicadas en los bordes del río Loa,[89] posiblemente en aquel sector del Loa superior en donde el plano inclinado asciende paulatinamente desde la actual localidad de Conchi, pasa por Lequena y alcanza las nacientes del río a los pies del volcán Miño,[90] ya que este territorio conecta con localidades de la actual Región de Tarapacá.

Además de esta movilidad a larga distancia, la gente de ambas Atacamas se mueve a distancias de uno a cuatro días de camino dentro de su territorio, viviendo por largos períodos en esos lugares o transitando por temporadas, tal como acontece al menos hasta mediados del siglo XX. Hubo contactos frecuentes entre ambas Atacamas, sea a nivel de unidades domésticas y de sus actividades económicas, sea en razón de situaciones coyunturales que debieron afrontar conjuntamente, como la rebelión indígena del siglo XVIII, liderada en la región por el ayquineño Tomás Paniri.[91] Tomando en consideración estas situaciones, se puede aseverar entonces que existe una diversidad en las poblaciones, basada en esta trama de relaciones tejida por diferentes grupos.

Bosquejada la población indígena y su movilidad territorial, interesa ahora revisar un aspecto de la Administración española en los siglos XVI y XVII para Charcas y Atacama, de acuerdo a los documentos coloniales. Se trata de la actividad eclesiástica y, particularmente, del proceso de evangelización y la religión indígena. Estos problemas, por lo demás inseparables en este contexto, tocan directamente este tema de estudio y son también parte del ambiente necesario para comprender y situar la extirpación de idolatrías en Atacama.

Es posible delinear la actividad eclesiástica en estos territorios, desde 1536 hasta fines del siglo XVII, prácticamente año a año, aunque los datos se encuentren dispersos en distintos trabajos y manuscritos y su calidad no sea pareja. Para introducirnos en el tema recurriremos inicialmente a las síntesis elaboradas por Vargas Ugarte, Barnadas y Casassas,[92] pero al mismo tiempo a otras fuentes particulares.

En los inicios de la colonización, Atacama es percibido como una ruta entre el virreinato del Perú y la Capitanía General de Chile y, más singularmente, como un nexo entre la costa pacífica y el altiplano oriental. Esta situación de tránsito perdura hasta bien avanzado el siglo XVI y en ese sentido, se considera que este territorio representaría un caso de «conquista retardada» en términos de su sometimiento; durante este período, la conducta de la población local hacia los españoles es, en general, más bien hostil, y la reacción hispana, explícitamente violenta hacia los indígenas.[93]

No obstante, aun cuando no pueda hablarse de una evangelización efectiva en la primera mitad del siglo XVI, sabemos que en toda empresa de conquista española en los territorios americanos siempre estuvo presente la figura del cura. En este sentido, ya en 1536 junto a Diego de Almagro viajaban sacerdotes que probablemente cantaron sus



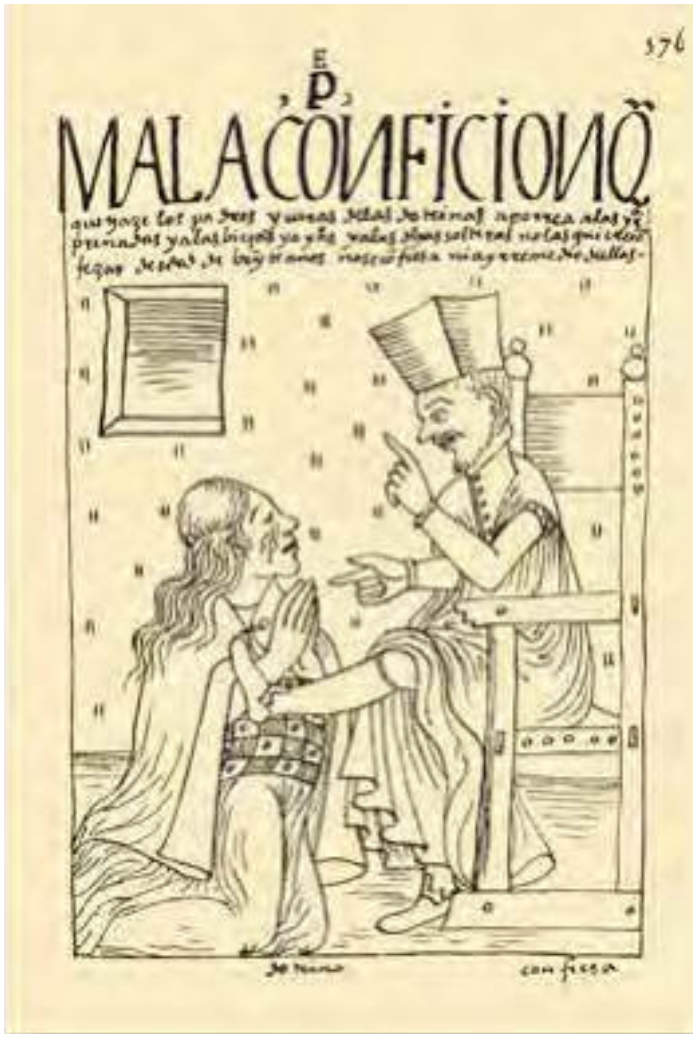


misas en Atacama; la misma situación se vivió en 1540, durante la estadía de dos meses de Pedro de Valdivia en las tierras atacameñas.[94]

Pero no es sino hasta 1557, un año crucial para los indígenas de toda la región, cuando conocemos acciones más concretas por parte del clero dentro del proceso de evangelización que va de la mano con la incipiente pacificación de Atacama. La paz se sacralizó no sólo con rituales andinos, sino también con el consentimiento de los indios Atacamas de ser bautizados y con el deseo de los españoles de ponerlos en conocimiento de la «santa fe católica», situación en la que se vieron asimismo involucrados inicialmente los indios de Casavindo, al otro lado de la cordillera.[95]

Gracias al laborioso trabajo de José María Casassas, contamos con una información mucho más detallada de la actividad eclesiástica en Atacama durante el siglo XVII, una época de fuerte evangelización y extirpación de las idolatrías en los Andes a partir de los mediados de la centuria.

El territorio de Atacama, para los efectos eclesiásticos de su evangelización, quedó comprendido en un principio en el Obispado del Cuzco, fundado en 1538; a partir de 1552 formó parte del Obispado de La Plata, situación que perduró hasta que estas tierras quedaron incluidas en el espacio geopolítico chileno a fines del siglo XIX. Como señala Casassas, la administración parroquial parece haber estado siempre a cargo del clero secular, tanto en el curato de Atacama La Alta como en el de Atacama La Baja. Don Fernando de Altamirano es el primer sacerdote del que se tienen noticias. En 1614 declara que hacía «muchos años» que había sido cura y vicario de la provincia de Atacama y posteriormente fue nombrado para una Ración en la Iglesia Metropolitana de La Plata.[96]





‹

De izquierda a derecha: «El primer embajador de Uascar Inga al embajador del emperador de Castilla: Diego de Almagro y Martin Guaman Malqui de Ayala, hacia 1600.»

«Fraile franciscano con un indígena, hacia 1600.»

«Visitador eclesiástico golpeando a una mujer indígena, siglo XVI.»

«Indígenas orando en una iglesia, siglo XVI.»

Todas las imágenes pertenecientes a: Felipe Guamán Poma de Ayala. *Nueva corónica y buen gobierno* (codex péruvien illustré). París: Université de Paris, Institut d'ethnologie, 1936. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Memoria Chilena.



^

Fiesta de san Francisco, patrón de Chiu Chiu. Cada 4 de octubre en este pueblo se realiza una procesión en homenaje al santo. Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2009.

›

Iglesia de san Francisco de Chiu Chiu, 1966. Abajo se aprecia el cauce del río Loa. Colección Museo Histórico Nacional.

A partir de 1611, se cuenta con la valiosa información que entrega el *Libro de Varias Ojas* de la parroquia de Chiu Chiu, que ya hemos mencionado. Como en tantos otros casos referidos a Charcas, cuando los papeles se encuentran, desaparece la idea de marginalidad para dar paso a una visión llena de contenido, mucho más cotidiana y compleja a la vez. Estas hojas fueron reunidas por el propio cura de la época, don Bernardo López, y comprenden desde 1611 a 1698. Se deduce, entonces, que desde 1611, la iglesia de Chiu Chiu estaba en funcionamiento bajo la advocación de san Francisco de Asís. Se efectuaban matrimonios entre indígenas, tanto en Chiu Chiu como en Calama, que recibía el nombre de iglesia de Chunchor; también se reconoce la iglesia de Ayquina, con su vicario. Se ofrecen asimismo los nombres de los principales curacas: don Andrés Titicuna, de Chiu Chiu; don Alonso Balter Coquina, principal del pueblo de Ayquina; su curaca don Diego Tocoa y Estevan Sotar y Andres Viltiquibir, alcaldes de este pueblo. El sacerdote a cargo les solicita que cada pueblo entregue a la Iglesia una chacra de trigo y maíz para el sustento de la doctrina.

En 1622 entra en escena el cura Francisco de Otal, bautizando a originarios del altiplano de Lípez: «En San Fran[cis]co de Chio chio, en siete de agosto de 1620 años, bauticé, puse óleo y crisma a Fran[cis]co Condore, hijo natural de Pedro Yana, de Chuquilla, provincia de Lipes, y de Catalina Yero, natural de Quimi, provincia de los Lipes, que han habitado dos años en Toconce» [sic] Otal aparece muy activo en distintos pueblos del Loa, bautizando, casando, visitando. En 1624 se encuentra realizando matrimonios en Calama: desposa a Bautista *Penca*, «nacido y bautizado en el pueblo de Nuestra

Señora de Copacavana de Ayquina, hijo legítimo de Hernando Yeri y Catalina Choco, indios *lipes* del pueblo de Cavana»;[97] estos hechos refrendan el fuerte nexo entre gente de Lípez y de Atacama La Baja al que aludíamos para tiempos prehispánicos y de paso, nos da a conocer la advocación del pueblo de Ayquina durante el siglo XVII a la Virgen de Copacabana. En el presente se la celebra como la Virgen de Guadalupe, siendo la segunda festividad religiosa del Norte Grande que congrega el mayor número de visitantes, más de ocho mil. En la actualidad, tanta es la afluencia de personas foráneas a la comunidad por este extendido culto mariano, que los comuneros atienden y participan de esta ceremonia de tres días, alrededor del 8 de septiembre, pero hacen su propia celebración durante el mes de diciembre, antes de Navidad.[98]

Francisco Otal reside, sin duda, en forma permanente en Chiu Chiu y el *Libro de Varias Ojas* demuestra cuánta actividad desplegaba bautizando y casando a personas naturales de la zona y a gente originaria de Lípez, quienes se desposan entre ellos o con pobladores de la doctrina y sus anexos, como Ayquina, Caspana, Paniri, Lasana o Chunchor, particularmente a partir de 1630. Otra alianza que se manifiesta es el casamiento entre hombres originarios de Chiu Chiu o Lasana y mujeres del *ayllu* de Conti Tuqui, de la doctrina de Atacama La Alta. Mientras se atisba el proceso de evangelización cotidiano, en esencia a través de los bautismos y casamientos, otras noticias aparecen en papeles diferentes.

Durante el siglo XVII se reconocen dos pueblos principales: Ayquina y Caspana y sus estancias asociadas.

La localidad de Caspana está ubicada 85 kilómetros al noreste de la ciudad de Calama, en uno de los afluentes del río Loa, a 3.350 m.s.n.m.. Su actual comunidad indígena reconoce como límites de su territorio los cerros del Tatio por el este, el río Salado al norte (límite con la localidad de Toconce), la confluencia del río Salado con el Caspana por el oeste (límite con la comunidad de Ayquina) y la localidad de Río Grande al sur.[99] En pleno siglo XXI, aún dispone de sus aguas, que nacen a los pies de sus cerros tutelares Coyer y Cáblor y que se captan para la agricultura comunal antes de que fluyan hacia el Salado.



Ayquina hoy es una aldea de patrón aglutinado. Construida en una quebrada seca en la ladera del cañón del Salado, tiene una población de habitantes originarios y una mayoría que reside temporalmente en su pueblo, en las vacaciones escolares y laborales; con ocasión de sus principales ceremonias la cantidad aumenta muchísimo. Habitan en forma permanente el lugar comuneros que no han migrado a la ciudad y otros que regresaron a reestablecerse luego de su jubilación, situación que es recurrente en toda la cuenca del Salado y en el Alto Loa. La gente de Ayquina posee más de diez hectáreas de terrazas de cultivo y una extensa vega aledaña de patrón estanciero. Forma parte de su territorio la extensa vega de Turi, que es de usufructo común.

La historia de su iglesia se remonta a 1612, dato que, junto con otros, cubren el período hasta 1641. A modo de síntesis, en 1612 se menciona una «iglesia de Ayquina» y en 1616, el pueblo figura dando tres cargas de maíz para el cura de Chiu Chiu. En 1619 la comunidad tiene un cacique principal. Como ya se acreditó, abundan las referencias a matrimonios y bautizos durante todo el siglo XVII, con una presencia significativa de indios lipes, que residen tanto transitoria como permanentemente en el lugar. En 1675 aparecen cuentas por «hechura de la Iglesia de Ayquina»;[100] en las revisitas de los siglos XVIII y XIX se lo nombra como el pueblo más pequeño de la región (siete originarios y tres forasteros en 1787).

Es el cura Francisco de Otal quien se integra a la segunda campaña de extirpación de idolatrías realizada en el virreinato del Perú, ejerciéndola, justamente, sobre los pueblos de Atacama La Baja. Su probanza de méritos describe con lujo de detalles qué sucedía en estas tierras con las deidades de los pueblos, entregando sus nombres y procediendo a quemas y castigos. Relata que fue avisado de que en la víspera de la noche de san



Juan, coincidente con el solsticio de invierno, los principales se encontrarían en una cueva para hacer ceremonias paganas, quemar inciensos y asar cuyes en honor a sus creencias. Luego visita los pueblos y procede a quitarles las figuras de sus deidades: Socomba en Ayquina, Sintalacna en Caspana y, especialmente, Sotar Condi, el picaflor, «como aquel a quien todos los indios de estas Provincias teniamos por Dios teniendolo nuestro Padre en la mano bestido de cumbe con su pillo [cintillo] y Plumas en el de oro y Pajaro flamenco...».[101] Esta habría sido una deidad de tiempos del Inca o inclusive anterior, reafirmada como tal bajo su dominio, y estaría asociada al oeste, las montañas y el lugar de los difuntos. Los picaflores, cualificados desde tiempos coloniales hasta la actualidad como el pájaro que «renace», se dice que desaparecen en invierno para retornar en primavera, haciendo referencia al fenómeno de sopor o letargo estacional durante el invierno austral. Según algunos autores, eran considerados embajadores divinos de esta estación en que se abren los capullos y empiezan a germinar las plantas, de modo que contienen todo un sentido de la fertilidad.[102]

El proceso de evangelización continuó en estas tierras y hoy la población andina tiene una férrea fe católica, sustentada en sus cultos marianos y santos patronos, que concentra también las fuerzas de la naturaleza y no se contradice con las concepciones animistas del paisaje.

Durante el siglo XVIII fue el ayquineño Tomás Panire quien lideró la rebelión regional contra la dominación colonial, vinculada a las rebeliones andinas de Tupac Amaru.[103] El linaje de los Panire domina así el paisaje mediante la presencia de humanos y no humanos, de ancestros y sus descendientes, hasta la actualidad en el siglo XXI, con la efectiva presencia del *mallku* Paniri, cerro tutelar de la comunidad de Ayquina.

A partir del siglo XVII, las poblaciones de la Región de Antofagasta reciben un fuerte proceso de evangelización. Es así como elementos como el culto mariano y a ciertos santos de la cristiandad hace que se convierten en las patronas y patronos de estos pueblos, y sus iglesias cobijan a la Virgen de Guadalupe (Ayquina), de la Candelaria (Caspana) y a san Francisco (Chiu Chiu). Por su parte, la gente y los territorios de Toconce y Cupo, que fueron parte hasta el siglo XX de Ayquina como tierras de pastoreo altoandino y de grandes extensiones de terrazas para el cultivo sobre los 3.200 m.s.n.m., hoy son pueblos independientes, donde Santiago es el patrono de Toconce y san José lo es de Cupo.



^

Picaflor del Norte, valle del Río Azapa.
Esta especie (*Rhodopis vesper vesper*)
es la que se considera más común actualmente en el Loa:
se encuentra en Tarapacá y en Antofagasta,
desde Calama hasta los 3.500 metros de altura.
Tuvo mucha importancia entre las deidades atacameñas.
Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2013.

‹

Capilla en la fiesta del patrón san Francisco, Chiu Chiu. La
iglesia, la más antigua que se conserva en Chile,
está construida de adobe, en tanto que su techo fue
levantado en madera de cactus, chañar y algarrobo y
para su ensamblaje sólo se utilizaron amarras de cuero.
Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2009.





^

Fiesta de san Francisco, patrón de Chiu Chiu.
En las fiestas religiosas de los pueblos del altiplano chileno se mezclan las tradicionales costumbres atacameñas con las creencias cristianas.
Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2009.

›

Fiesta de santa Cecilia en Caspana.
Santa Cecilia es venerada en su calidad de patrona de la música.
Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2009.

La fe en los pueblos andinos es muy sólida y compleja. El culto mariano y a los santos es, en la actualidad, bastante explícito en cada comunidad, coexistiendo con las deidades de los cerros y la santa tierra Pachamama. Por ejemplo, san Antonio de Padua es quien protege a las llamas, pero también es celebrado en junio en diferentes localidades, como Estación San Pedro, ubicado en el plano inclinado que baja desde Inacaliri. En Ollagüe y en Toconce santa Cecilia es la patrona de los músicos; san Roque, de los perros; y así una constelación de santos son conmemorados dentro del calendario económico ceremonial, con una conspicua presencia en las iglesias.[104]

Durante el siglo XVIII transcurre la vida cotidiana impregnada de alta movilidad entre la vertiente oriental, el río Loa desde las tierras altas y la costa. Cada territorio verde en esta transecta es visitado por el intenso desarrollo y diversidad de la arriería.[105]

El tráfico de caravanas de llamas sigue siendo una práctica propia de los pueblos originarios desde época prehispana, pero durante el siglo XVI y XVII,[106] aunque no desapareció, fue superada por la arriería colonial a lomo de burros, una



actividad muy frecuente asociada al tráfico de minerales desde el altiplano boliviano a la costa de Cobija y al traslado de pescado seco desde la costa hacia el interior.[107] En el siglo XIX, sin dejar estas actividades, se incrementa el movimiento de ganado vacuno desde el noroeste argentino[108] hacia las salitreras pampinas; el tráfico y engorde de ganado durante esta centuria involucró fuertemente áreas obligadas de paso como los oasis de pie de puna, entre ellos Chiu Chiu y Calama, en donde se cosechaban cantidades de alfalfa para los animales, forraje esencial en su dilatado viaje por la pampa hacia las salitreras o la costa. También es una época de huellas carreteras.

Un rasgo que en ocasiones acompaña rutas y caminos de difícil acceso es el arte rupestre colonial, por ejemplo, en la posta de Santa Bárbara, en las riberas del Loa, un nodo y paso obligado que conectó hacia la Pampa del Tamarugal y también con la ruta a Potosí. Aquí se puede apreciar una transformación visual desde camélidos esquemáticos a caballares o el petroglifo que representa la cruz del calvario, tal vez también usada para denotar el poder de la evangelización. Otro motivo recurrente es el tema de los jinetes, que aparecen a menudo en paredes rocosas ya intervenidas con figuras prehispánicas.[109]

En el año 1879, la guerra del Pacífico significó otra vez mucho dolor para tres naciones, sus poblaciones y sus territorios involucrados, después de lo cual se definen a principios del siglo XX los nuevos límites geopolíticos que nos rigen hasta el presente, el río Loa incluido.[110]

En síntesis, el siglo XIX significó nuevas reestructuraciones y rearticulaciones sociales y económicas[111] para las personas en un mundo de profundos cambios que, con sus dinámicas y actualmente vertiginosas transformaciones, no ha vencido el amor que la gente siente por su tierra.

Paisajes y pueblos originarios en los siglos XX-XXI. Continuidades y cambios

La población originaria actual de las tierras altas de Antofagasta se distribuye en las dos grandes cuencas de la región: el salar de Atacama y el río Loa. Mucho se ha escrito sobre ellos en estos dos últimos siglos y en forma cada vez más creciente, consciente y respetuosa, desde sus propios relatos, que son vivencias de sus experiencias de vida, sus tradiciones y costumbres que abren caminos insospechados para comprender esta unidad del paisaje en la cual todo cohabita, humano y no humano. Lo que nutre esta sección del Loa, así llamada en el siglo XX, pertenece a los relatos orales que la población originaria compartió con diferentes investigadores; muchas de estas personas son las abuelas, abuelos, madres y padres de los actuales pobladores.[112]

Desde las nacientes del Loa hasta el pueblo de San Pedro de Conchi, el asentamiento tradicional ha sido más pastoril, y los vívidos relatos de don Leandro Aimani y don Nicolás Aimani así lo atestiguan.[113] Esta zona del Loa superior ha sido bien estudiada arqueológicamente desde sus épocas de caza y recolección, actividades que nunca han dejado de practicarse. Su historia cubre un largo tiempo de ocupación, ligado fuertemente al modo de vida pastoril con asentamientos dispersos aledaños al río y caracterizado por su profuso arte rupestre en las paredes líticas que flanquean el curso fluvial.[114]

En la otra sección alta del Loa, la cuenca del Salado, la historia también se remonta a épocas pretéritas. Los generosos relatos de los actuales pobladores[115] remiten a una economía agropastoril que alcanzó a ser vigorosa hasta inicios del siglo XX. Luego, paulatinamente, ha ido decreciendo debido sobre todo a la escasez del agua.[116] No obstante, la gente que



reside en pueblos y estancias es, sin duda, cohabitante de un paisaje que organiza su vida cotidiana y comparte con todo lo que conforma esta convivencia: cerros, ríos, quebradas, pampas y altiplano, llenos de vida. Lugares todos cargados de significación, porque en su forma de concebir, el mundo está vivo y hay que respetar a todos los elementos que lo conforman, humanos y no humanos.

Cada lugar es nombrado, significado y evocado, construyendo una red de vida de honda significación para todos y cada uno de sus pobladores. Es un territorio transitado, vívido y vivido, que no deja nada al azar. En estos espacios se construye la red de relaciones ecológicas, sociales y políticas bajo una esfera de sacralización dinámica singular. Esta forma de ver el mundo tiene continuidades y también cambios hasta el presente. De igual modo, ciertas entidades, como los ancestros, son fundamentales en su vida. Los pueblos originarios andinos son devotos de la Pachamama, la santa tierra, inserta en sus tradiciones y costumbres. Esta relación implica un despliegue permanente de esfuerzos por parte de cada familia a fin de contentar y potenciar positivamente estas fuerzas telúricas y otras sacralizadas, como los cerros tutelares, el agua y, especialmente, los antepasados o *abuelos*, que prodigan la fertilidad y posibilitan la reproducción de la vida en todas sus expresiones.[117]

Este paisaje es la estructura, el soporte de las memorias y de la historia de estos pueblos, aludiendo directamente al poder transformador de la humanidad en la naturaleza y a la relación de interdependencia con ella,[118] al mismo tiempo que les hace parte de una ontología andina enraizada en una tradición social que, a pesar de las múltiples transformaciones a través de los siglos, los sustenta.

‹

Pastoreo en Caspana. Esta localidad, ubicada en la quebrada formada por el río Caspana, afluente del Salado, se caracteriza por las terrazas agrícolas, así como por pastizales que permiten el pastoreo de llamas, ovejas, y cabras. Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2010.

›

Agricultores en Chiu Chiu, Atacama. Esta localidad, bañada por el río Loa y por el Salado, constituye uno de los mayores centros de producción agrícola de la zona. Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2010.







‹

Los comuneros vuelven a casa después de la tradicional fiesta de «limpia de canales» en Toconce. Es tradición de los pueblos andinos realizar la limpia de canales de regadío de forma comunitaria, a la vez que como rito propiciatorio agrícola. Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2009.

›

Limpia de canales, Toconce. Las ofrendas de vino, chicha, harina y hojas de coca forman parte de este evento ritual en el que se solicita que el agua corra todo el año por el canal. Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2009.

El sistema de veneración a las altas cumbres está, de alguna manera, relacionado con el culto de los antepasados en tres niveles de sacralidad ascendente: el nivel más inmediato estaría compuesto por los parientes fallecidos, cuya disposición guarda cierta relación con la ubicación de los volcanes tutelares, que reciben ofrendas y sacrificios durante las ceremonias del calendario ceremonial. El segundo nivel sería el de los «abuelos», «gentiles» o «antiguos» moradores precolombinos de la región, que son profundamente reverenciados y a los que hacen ofrendas y sacrificios en los lugares en que moraron, clasificados como «abuelares», «gentilares» o «antigüedades», y que comprenden poblados, silos, corrales, terrazas de cultivo, canales y otros vestigios hoy abandonados; esta reverencia de que son objeto los «gentiles» se basa en su sabiduría. El tercer nivel, representativo de la más alta sacralidad, estaría compuesto por las *achachilas* –combinación de antepasados elevados a niveles míticos y lugares de origen de los linajes–, que han adoptado la forma de cerros, volcanes, piedras u otros lugares prominentes y que son denominados *mallku* o señores; en estas alturas se encuentran las «mesas», altares donde las divinidades viven gozando de una muy buena vida, tomando alcohol y mascando coca.[119] Fundamentalmente la riqueza de los cerros se mide por sus minerales, porque tienen agua y porque son dueños de los animales que han prestado a los seres humanos. Por lo que tienen y especialmente por lo que dan. La idea de que originalmente fueron seres humanos, los autoriza a poseer ciertas cualidades, como la avaricia y la generosidad para con ellos. Según los conocedores de las costumbres en los pueblos, no todos los cerros son hombres: hay algunos femeninos a los cuales se les confiere mayor riqueza. El poder de los *mallku* está impregnado de la capacidad y el poder del Inca.[120] El dominio inca en la región fue tan gravitante, que hasta hoy se encuentra presente en la toponimia, la tradición, el mito y el culto hacia los cerros, donde el Inca habita, modifica el paisaje y ejerce control sobre el destino del mundo. Los ritos de las comunidades actuales en el calendario ceremonial a lo largo del año, tales como la «limpia de canales» o el «floramento del ganado»,



también invocan constantemente la presencia de las altas cumbres. De esta manera, se presentan serios indicios para considerar que la existencia de una creencia sobre la sacralidad de los cerros en las quebradas altas de Atacama tiene bastante más de un milenio de vigencia.[121]

> *De cerro negro p'allá tenían plata enterrado, los gentiles. Y después vinieron los reinca. Dicen que trajinaban a los reinca en andas. Los reinca conversaban con cerro, con todo; aquel cerro que se ve allá en el San Pedro... en medio del cerro hay un volcán. En una peña hay una iglesia de los reinca. Ahí dicen había campana de oro.*[122]

Hay una jerarquización de los *mallku*, *wamani* o *apus* en cada región de los Andes y las tierras altas del norte de Chile, no es una excepción. Algunos son muy poderosos y ricos, como Paniri *mallku*, también llamado *mallku* Paniri. *Mallku* Paniri es la deidad tutelar más significativa para la gente de Ayquina. Aunque es invocado en la mayoría de las costumbres tradicionales, su capacidad de hacer producir lluvias benéficas para una buena siembra y para los pastos del ganado es explicitada en las peticiones que se le hacen con ocasión de la limpia de canales.[123]

En la zona, cada unidad doméstica tiene un orden en el nombrar a los *mallku* y así también los pueblos; algunos, como el volcán Linzor, contienen en sí la dualidad masculino/femenino (*mallku tata* y *mallku talla*).

Junto a toda esta religiosidad, durante el siglo XX, los pobladores del Loa enseñaron y transmitieron sus conocimientos sobre los pisos ecológicos, la flora y la fauna, constituyendo una sistematicidad científica diferente de la ciencia académica, de la cual esta se ha nutrido.[124] Estos conocimientos, insertos en una filosofía y ciencia indígenas entretejidas en la vida cotidiana, son parte del patrimonio de nuestra nación pluriétnica, que en tanto sean valorados, contribuirán a la construcción de nuestra identidad sobre la base de las diversidades que la conforman.



La arqueobotánica ha logrado producir un conocimiento cada vez mayor de los restos vegetales de los sitios arqueológicos,[125] lo que viene a confirmar la larga tradición de saberes sobre el paisaje que hoy tienen los pueblos originarios.[126] En el Loa, las etnocategorías ecológicas y las unidades de vegetación son, en cierto sentido, análogas a la ciencia universitaria; sin embargo, las categorías indígenas son más comprehensivas y, en su integración del paisaje, nos dan a conocer no sólo la geomorfología, los pisos altitudinales o la fisonomía de la vegetación, con sus usos y función, sino también cómo son integrados en su sistema de costumbres y tradiciones. Las especies vegetales son utilizadas como medicina, forraje, alimento, construcción, para artesanías y para rituales, al tiempo que son incluidas dentro de distintas unidades del paisaje: la chacra, el campo tolar, el cerro donde crece el pajonal de gramíneas altoandinas y plantas en cojín tan valiosas como la yareta, prácticamente el mejor combustible natural del mundo.[127] No son escogidas al azar por los seres humanos: como en otros ámbitos, son nombradas, seleccionadas, clasificadas y utilizadas de acuerdo a los principios normativos de cada cultura, que también define cómo, dónde y cuándo recolectarlas. El color de las hojas, la calidad del humo que producen o el color de las flores, por ejemplo, son cualidades con un valor cultural, que orientan sus taxonomías tradicionales.

Veamos algunos ejemplos sobre la fauna silvestre y doméstica.[128] Los restos arquefaunísticos y arqueobotánicos recuperados en los sitios estudiados durante la época prehispánica demuestran la utilización de una amplia variedad de especies, tanto silvestres como domésticas. En el caso de los restos faunísticos, se observa una gran diversidad taxonómica que va disminuyendo con el paso del tiempo. El registro se compone mayoritariamente de guanacos (*Lama guanicoe*), vicuñas (*Vicugna vicugna*) y llamas (*Lama glama*). Junto a ellos se encuentra abundante fauna menor, para diferentes usos como materias primas, fines alimenticios y, probablemente, otras funciones que en algunos casos la etnografía documenta como de uso ritual. En este variado conjunto se encuentran roedores como vizcachas (*Lagidium viscacia*), chinchillas (*Chinchilla lanigera*), cholulos (*Ctenomys* sp.), ratón chinchilla o amo (*Abrocoma cinerea*), además de zorros (*Pseudalopex griseus*). También aves como suri o ñandú (*Pterocnemia pennata tarapacensis*) y parinas o flamencos (*Phoenicoparrus andinus* y *Phoenicopterus chilensis*), de las cuales se han recuperado asimismo cáscaras de huevos.



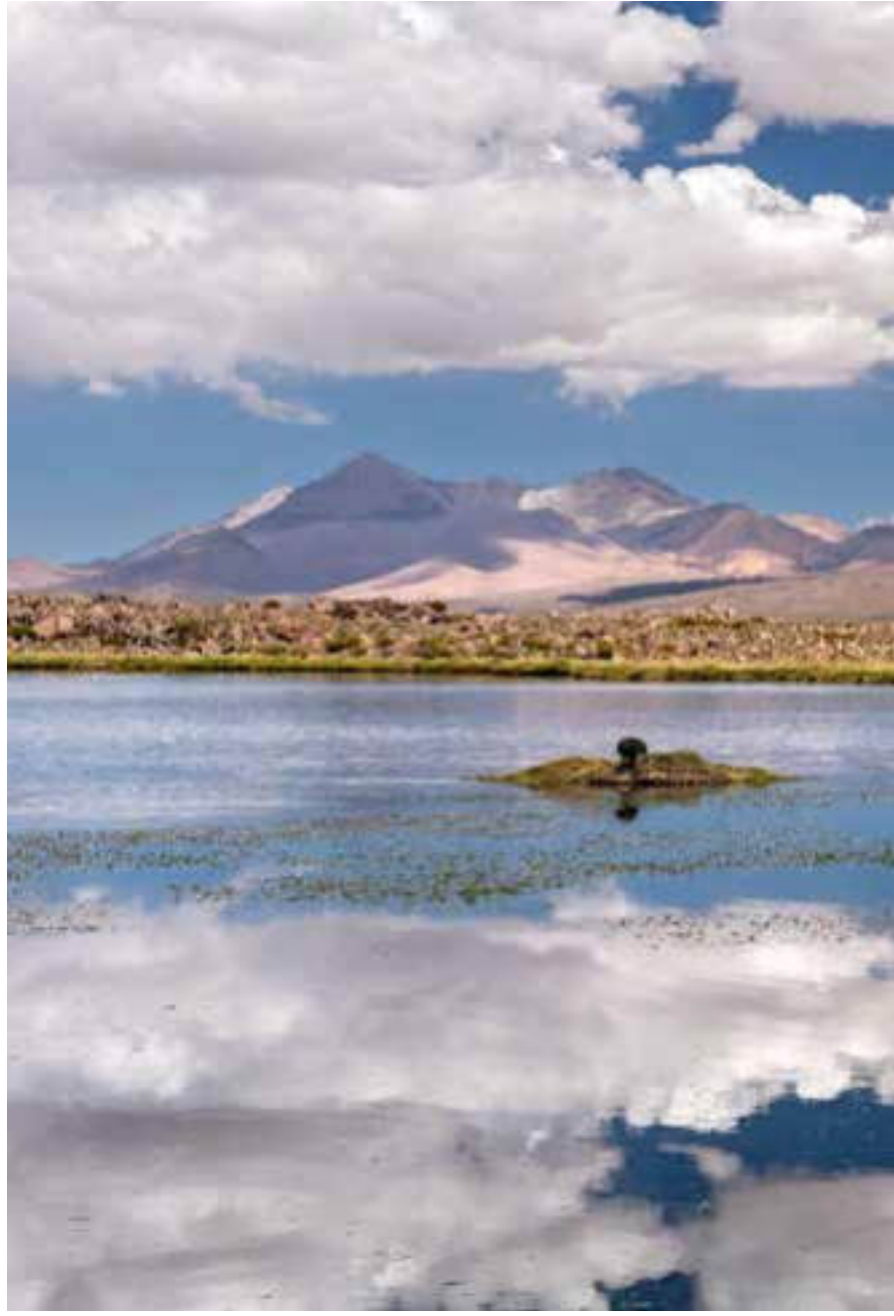


Arriba: Zorro chilla (*Lycalopex griseus*), Parque Nacional Pan de Azúcar. Este zorro es una especie muy adaptable, pudiéndose encontrar en climas tan adversos como las planicies desérticas del norte de Chile. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2007.

Abajo: Vizcacha (*Lagidium viscacia*) en el salar de Surire. Este roedor habita en zonas cordilleranas, en terrenos secos y pedregosos donde pueda esconderse de los pumas. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2013.

Flamencos chilenos (*Phoenicopterus chilensis*) en la laguna Chaxa. Este cuerpo de agua superficial, situado en el centro del salar de Atacama, es considerado uno de los mejores lugares de Chile para observar flamencos ya que sus aguas, ricas en plancton y microinvertebrados, permiten a estas aves alimentarse. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2017.





‹

Chañares. El *Geoffroea decorticans* destaca por su extraordinaria adaptación al clima árido. Sus raíces alcanzan siete metros de profundidad y forman un impresionante sistema entre las plantas. Fotografía de Guy Wenborne, 2012.

›

Taguas. La *Fulica armillata* no sube a zonas cordilleranas y típicamente habita en lugares de aguas calmas. También se registra en la desembocadura del Loa. Fotografía de Guy Wenborne, 2014.

Plumas y huevos son preciados hasta hoy en términos nutricionales y rituales. Se registran, además, tortolitas de la puna (*Metriopelia aymara*), *kiula* o perdiz de la puna (*Tinamotis pentlandii*), aves acuáticas como las taguas (*Fulica cornuta* y *gigantea*) y piuquén o guayata (*Chloephaga melanoptera*).[129] Sólo en un yacimiento ubicado en la serranía de Tuina se registraron algunos restos de taruca (*Hippocamelus antisensis*), ahora inexistente en el área de estudio pero que, debido a las condiciones más húmedas y favorables, durante el Holoceno Temprano habría alcanzado una mayor distribución.[130]

El conocimiento de la fauna en el mundo andino está íntimamente ligado a todos los niveles del paisaje, y las personas originarias se refieren a ella haciendo alusión a los lugares que habita, de qué se alimenta y su utilidad práctica para el ser humano. Además, existiría un orden cosmológico o natural en el que todos estos elementos tendrían un «dueño», ya sea humano o no humano, divinidades o antepasados. Existe un tiempo mítico primigenio donde los gentiles o *chullpas* habitaron la tierra antes de la salida del sol; eran seres sabios en íntima comunicación con la naturaleza.[131] En este tiempo anterior a la domesticación de los animales y plantas, la llama de los *chullpas* (los antepasados anteriores al Inca) era la vicuña; la perdiz o *p'isaqa*, su gallina; su quínoa y papas corresponden a variedades silvestres actuales. Los gentiles están asociados a un mundo de continuidad entre los seres humanos y las deidades.[132]

En la zona del río Salado, en la región del Loa superior que comprende comunidades asentadas entre los 3.000 y 4.200 metros de altitud así como los pastores que viven en estancias en el Alto Loa, en Arcas, Ichunito, Santa Bárbara o Taira, por nombrar algunos lugares,[133] las llamas son consideradas la mayor riqueza. En todo el mundo andino, tener un rebaño de llamas numeroso era fundamental por su valor ceremonial y práctico, a la vez que un ahorro frente a gastos imprevistos de la unidad familiar. Cada llama provee en la trasquila de seis a ocho kilos de lana. Salvo muerte por accidente, no



se consumen ni venden sino en ocasiones de ceremonias específicas, dentro de un ciclo calendárico religioso anual bastante lleno de conmemoraciones, casi mes a mes en promedio. Las llamas son las que tienen más movilidad y su ciclo anual comprende distintos pisos ecológicos.

En cuanto a las alpacas, a principios de 1990 el Servicio Agrícola Ganadero (SAG) ofreció en esta zona a cada unidad doméstica el regalo de cinco alpacas, a condición de que luego les fuera devuelto un ejemplar. Todas las unidades que se consideraron capaces de cuidarlas aceptaron el total ofrecido o, al menos, un macho y una hembra reproductivos. En los pisos más bajos (3.000 m.s.n.m.) las alpacas se mantienen todo el año en la vega, específicamente en el corral, alimentadas con alfalfa; en la mañana y en la tarde se llevan a la vega a comer pasto fresco y tomar agua. En lugares más altos (3.400 m.s.n.m. y más) la alpaca se deja libre en la transición tolar-pajonal, pero en un radio relativamente cercano al pueblo. Hay variedad de pastos frescos y agua suficiente para que beban en las vertientes y ojos de agua.

Los ovinos han llegado a ser mayoritarios en las vegas. En los pueblos también se mantienen ovejas, las cuales reciben pasto (alfalfa y unquillo, *Baccharis juncea*, y otras especies)[134] en el corral, antes de mediodía; después son conducidas a la vega por el pastor y sus perros. La oveja no puede pastar sola, como es el caso de llama y alpaca. Se la lleva también a la quebrada y se utiliza, además, la broza de las andenerías y las champas del canal de riego.

Los caprinos son una adquisición más tardía y aunque son valorados por su leche (para elaborar quesos, consumo familiar, intercambio interno y venta), son considerados remolones para pastorearlos y más lentos que las ovejas. En la segunda mitad del siglo XX, un caso de manejo se desarrolló en la localidad de Turi. Los lugareños organizaron una cooperativa para poner en marcha una lechería con el fin de producir queso de cabra. El resultado fue tan exitoso que en esa época el producto se comercializó incluso en los supermercados de Calama.



Las unidades familiares residentes en el Loa suelen tener algunos burros, principalmente para transporte y carga, a veces en pequeñas recuas para el intercambio entre comunidades. Hasta mediados del siglo XX, según cuentan los antiguos pobladores, las caravanas de llamas partían de Copacoyo y Toconce hacia Atacama en marzo y abril, época de recolección de los frutos de chañar y algarrobo en los oasis de pie de puna. Los arrieros (caravaneros) iban en burro, conduciendo de diez a veinte llamos cargados con charqui.

El pastoreo es preferentemente realizado por mujeres. A partir de mediados del siglo XX y por razones vinculadas al sistema escolar, los niños de ocho a diez años de ambos sexos y adolescentes sólo pueden ejercer esta tarea en las épocas de vacaciones. Existe la flexibilidad necesaria, de acuerdo a la situación particular de cada unidad doméstica, para buscar apoyo externo cuando disminuye la cantidad de pastores debido a que los niños deben ser enviados a escuelas de concentración de frontera o a la ciudad más próxima, al servicio militar obligatorio para los muchachos o al trabajo de minería, ferrocarril, turbinas, vialidad u otros servicios, en el caso de los jefes de familia. Para solucionar la falta de pastores se recurre al pasteaje por períodos definidos entre las partes: así, una pastora puede tener una cantidad en pasteaje, por ejemplo, de 30 corderos para pastorearlos con los propios, si su rebaño no excede de unos 60 a 70 ovinos.[135] Hay una fina práctica de rotación ganadera entre los pisos ecológicos y las unidades del paisaje con el fin de maximizar la diversidad del forraje y obtener una buena alimentación, multiplicación y mantención del ganado, camélido principalmente.

Minería, pasado y presente[136]

En plena globalización del siglo XXI, en este mundo coexisten comunidades más y menos tradicionales. Toda la población habla castellano y se mantiene conectada con los centros urbanos por temas vinculados mayormente a la educación, el trabajo asalariado y el comercio de su producción agrícola y ganadera, esta última cada vez a menor escala. Es notoria la incorporación de elementos de la cristiandad a partir de la fuerte extirpación de idolatrías, como el culto mariano y la veneración de ciertos santos, así como, en menor medida, del pentecostalismo y de la educación formal instruida por el Estado de Chile, homogeneizadora y chilenizante.[137] Las lenguas nativas habladas prácticamente han desaparecido, pero se mantienen en la toponimia local y especialmente en el conocimiento vernáculo del universo de plantas y fauna silvestres de las tierras altas. [138]

‹

Pastoreando en los tapiales del *ayllu* Conde Duque, San Pedro de Atacama. Las aguas del río San Pedro permiten que, mediante canales de regadío, el *ayllu* Conde Duque cuente con predios de alfalfa, destinada a la alimentación del ganado ovejuno. Fotografía Fernando Maldonado, 1984.

›

Salar de Talar, Atacama. También llamado Piedras Rojas, por una serie de grandes bloques de piedra de ese color que se encuentran en la orilla, destacan los matices gris rojizo de los cerros que rodean el blanco salar y las aguas del lago salado, de un pálido tono azul verdoso, además del color amarillo intenso que le confiere la «paja brava» que crece a esta altura. Fotografía de Cristián Aguirre Duffourc, 2018.



Este largo fluir entre el altiplano y el mar ha sido profundamente intervenido por obras vinculadas al desarrollo de la minería[139] y a la necesidad urbana, siempre creciente, respecto del agua. La Región de Antofagasta contiene grandes recursos mineros, sobresaliendo actualmente el cobre y el litio. Desde el siglo IX, esta labor extractiva y productiva ha estado presente en la vida de los loínos.

Efectivamente, en el presente y como ocurrió durante el período colonial y republicano, el territorio, los recursos y, en consecuencia, la población están sometidos a diversas presiones, tensiones y acuerdos por parte del Estado asociado a las grandes empresas de explotación minera, que requieren de enormes volúmenes del agua, energía y geotérmica que se encuentran en este paisaje y que involucran a todas sus formas de vida. Estas tensiones manifiestas y latentes afectan a la calidad de vida y enfrenta a los habitantes de la zona a una permanente negociación en distintos niveles de complejidad, a la que se suma la migración progresiva a las ciudades de Calama y Antofagasta y la necesidades de estudio y oportunidades laborales.

^

Chuquicamata, Atacama. Esta mina a cielo abierto, considerada en su momento una de las más grandes del mundo en su tipo, recibió originalmente concesiones de agua de los ríos San Pedro, Toconce y Lequena para su funcionamiento. Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2011.

›

Río Loa a su paso por el viaducto de Conchi. Este puente, originalmente construido para el ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, tiene una altura de 103 metros sobre el río, lo que lo convierte en uno de los más altos de Chile. Fotografía de Guy Wenborne, 2014.

Primero fueron las concesiones al ferrocarril y luego, ampliamente, las concesiones mineras y del agua potable para las ciudades.[140] Las dulces aguas del río Toconce fueron entubadas y la gente tuvo que adaptarse a turnos fatigosos para regar sus terrenos agrícolas, así como a la pérdida paulatina del usufructo de un vasto territorio, diverso en recursos vegetales de diferentes usos.[141]

El agua del Loa, sus afluentes, las vegas ribereñas y las aguas subterráneas y termales han ido disminuyendo dramáticamente, en especial el agua de mejor calidad. Así, magníficos bofedales de altura se han convertido en inhóspitos salares por el uso industrial y urbano. La gran vega de Inacaliri, de ser un lugar de pastos lleno de vida, se transformó en un salar desértico debido a la instalación de azufreras que, además, envenenaron a grandes rebaños de camélidos. Otro tanto ocurrió en los Ojos de San Pedro y Quillagua. El agua que alimenta la vega de Turi fue salvada por los comuneros de Ayquina en sedes judiciales.[142] Como segunda excepción, la comunidad de Toconce ganó un litigio para recuperar «la cuarta parte de sus antiguos derechos de agua»[143] a la Dirección General de Aguas. Existe un registro de las batallas que han acometido las diferentes comunidades del Loa por defender estos derechos, lo que demuestra la resistencia por parte de los pueblos originarios a abandonar su modo de vida tradicional y la posibilidad de crear un turismo sustentable.[144]

La merma constante del agua, la necesidad de acceso a la educación formal y las fuentes de trabajo asalariado han obligado a realizar migraciones forzosas desde los antiguos pueblos hacia la ciudad, con la consecuente disminución de la riqueza de un modo de vida tradicional. Todo ello lo vio y advirtió un estudio realizado a mediados del siglo XX, señalando los riesgos de la «racionalización del riego y de las obras asociadas a la minería», [145] que hoy son de tal envergadura que nos llevan a pensar la crisis del agua a nivel no sólo del otrora generoso río Loa, sino de la nación entera.



Adicionalmente, en los últimos decenios, «las napas subterráneas han descendido varios centenares de metros, debido a su sobreexplotación y a que las precipitaciones en la zona andina son cada vez más escasas y erráticas, efecto del cambio global». En este contexto, las tasas actuales de extracción se presentan como insostenibles. La presión sobre un recurso finito, el aumento de los conflictos socioambientales, las fallas y problemas regulatorios del sistema chileno y la relación de las personas con el agua, sumado a los efectos del cambio climático, evidencian la urgente necesidad de articular profundos cambios que caminen hacia un equilibrio.[146]

Los ecosistemas nativos son cada vez más frágiles, producto de una explotación no siempre planificada, y a veces han sido sacrificados por una visión de progreso. Ello ha atentado contra modos de vida tradicionales indígenas que conservan saberes ancestrales, muchos de los cuales pueden ser considerados en beneficio de un desarrollo de signo positivo para ellos mismos y para la sociedad en su conjunto.

Hay una responsabilidad del Estado en cuanto que debiera hacer un esfuerzo sostenido en considerar los saberes de los pueblos del río Loa, que son los mayormente afectados por la gran minería del cobre. El Estado no ha escuchado la sabiduría de los pueblos originarios en el cuidado del agua, en su uso y finalidad. La población urbana no ha sido educada en buenas prácticas en el uso del agua. Es necesaria una educación comunitaria urgente y, en cuanto a los empresarios, una actitud ética y moral. Buscar medios tecnológicos más sustentables y respetar los acuerdos de protección hacia la población, que existen, pero no se aplican. Recién ahora se empiezan a buscar soluciones macroefectivas, como puede ser la construcción de plantas desalinizadoras de agua de mar. Sería una visión muy estática y esencialista suponer que estos conocimientos y tradiciones no han sufrido alteraciones



en el tiempo; sin embargo, existe una matriz básica que se manifiesta en identidades bien definidas entre los pueblos.

Esta raigambre en sus costumbres y tradiciones permite generar una imagen del pasado por parte de los pueblos originarios. Un pasado desde el presente, que reafirma su identidad y los nutre en cómo ser en el mundo actual. Esta historia le otorga un sentido a sus saberes y a sus quehaceres. Sobre estas bases, se solidifica una noción colectiva, como un artefacto multifuncional, integrando los distintos elementos que forman su esfera de realidad. Lo que hacen y piensan, el paisaje natural y el paisaje socialmente construido, su historia y su sentido.

Nuestra sociedad mayor debiera desarrollar la capacidad de valorar las diversidades biológicas, sociales y culturales que enriquecen a una nación y que tuvieron base en modelos de pensamiento fundamentados en una conciencia socioambiental, que promueve la solidaridad intra e intergeneracional, el respeto por la heterogeneidad y la integración en un concepto inclusivo de paisaje.[147]

Río San Pedro, afluente del río Loa.
Al fondo se ve el volcán San Pedro, de 5.974 m.s.n.m.
Fotografía de Guy Wenborne, 1998.





›

Río Loa, La imagen aérea muestra el río Loa como un profundo tajo en el desierto más árido del mundo, el de Atacama. Fotografía de Guy Wenborne, 2018.







ARTE RUPESTRE

Obras maestras en la cuenca del Loa

José Berenguer Rodríguez

Con la excepción de los geoglifos, las antiguas manifestaciones gráficas (grabados y pinturas rupestres) de la hoya hidrográfica del río Loa se hallan casi exclusivamente en valles y quebradas. Este artículo ofrece una síntesis de algunos de los principales estilos de arte rupestre del río Loa en una secuencia temporal.

Estilo Kalina

A fines del período Arcaico Tardío (4000 a 1500 a.C.), uno de los más antiguos estilos es Kalina, cuyos sitios se encuentran principalmente en el brazo superior del río Loa (de aquí en adelante, Alto Loa). Kalina se caracteriza por representaciones naturalistas de camélidos de diferentes tamaños, ejecutadas mediante finos grabados e incisiones. Los animales son representados en forma lateral, con cabeza triangular, una o dos orejas verticales o dirigidas hacia atrás, sólo dos extremidades y sin indicación de pies.[1]

Las imágenes se localizan en paredones abiertos y abrigos rocosos del cañón del río y omiten las representaciones de humanos y otros animales.

El único símil de Kalina fuera de la cuenca del Loa es el estilo Puripika, consistente en camélidos naturalistas grabados en pequeños bolones de piedra, que fueron encontrados en campamentos al norte del salar de Atacama. Sus ocupantes eran cazadores que estaban iniciando la domesticación de camélidos,[2] por lo que este arte rupestre puede haber sido parte de «un culto auspiciatorio y de fertilidad en torno a llamas domesticadas», tendiente a asegurar simbólicamente la sobrevivencia de estos primeros rebaños.[3] Varios paneles muestran hembras con fetos en el vientre —como si se tratara de ecografías—, algunas de las cuales tienen la cabeza vuelta hacia atrás, un gesto, al parecer, típico de las madres en el instante del alumbramiento.

‹

Grabados de estilo Kalina en el Alero San Antonio, Alto Loa. En la imagen se observan representaciones de camélidos, incluyendo hembras con fetos en sus vientres. Fotografía de Fernando Maldonado, 2017.

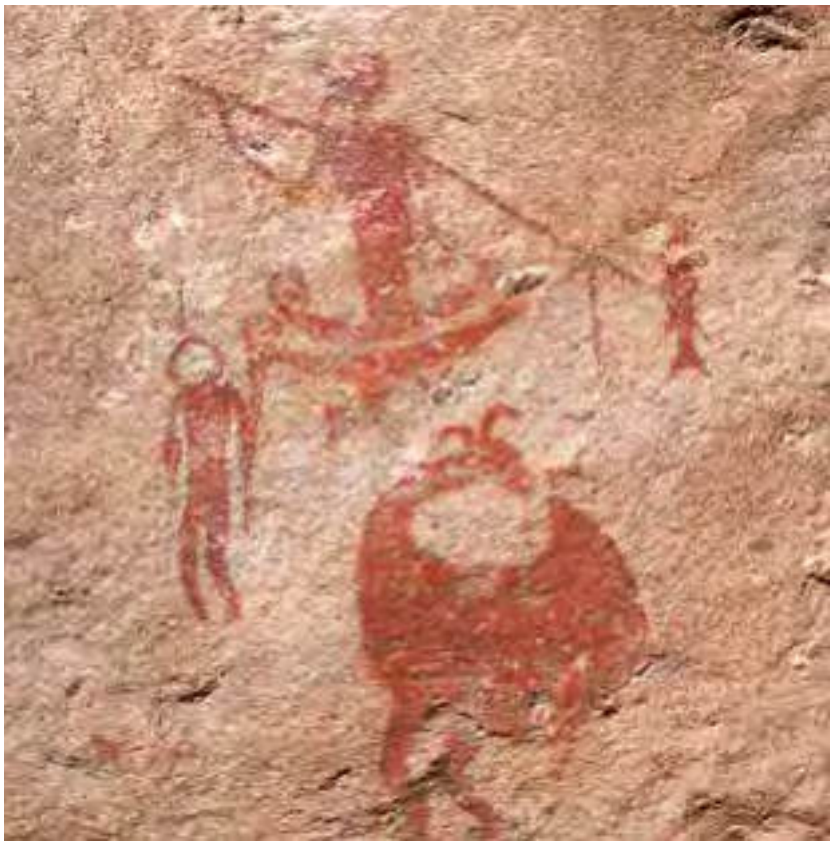


Estilos Taira y Confluencia

Kalina se configura como un precursor estilístico e iconográfico de Taira, un estilo que ha ha sido atribuido al período Formativo Temprano (1500 a 1 a.C.) y que prolifera en muchas quebradas de la región, a una altitud de entre 2.500 y 3.300 metros, en un arco de 330 kilómetros entre 21° y 24° latitud sur. En el valle del Alto Loa se encuentra en cuevas utilizadas como refugios temporales, en las paredes del cañón y en bloques aislados, todos cerca de vegas.[4] En el valle superior del río Salado, el más importante afluente del Loa, las imágenes de estilo Taira se encuentran solamente en las paredes rocosas, particularmente en las confluencias de los ríos.[5]

El estilo Taira consiste en representaciones naturalistas de camélidos de diferentes tamaños, principalmente mediante grabado o pintura y, menos a menudo, mediante una combinación de ambas técnicas. Pese a que el cuerpo de los animales es presentado de perfil, se observan las dos orejas y las cuatro extremidades, como si sus artífices quisieran mostrarlos simultáneamente de frente, desde atrás y de lado. Más escasas son las imágenes antropomorfas, que hasta ahora sólo se registran en unos pocos sitios del Alto Loa, siempre en posición de perfil y por lo general desnudas, portando artefactos alargados y objetos similares a tambores. Otros elementos, hasta el momento privativos del Alto Loa, son los orificios y la representación de vulvas y falos.[6] De mayor distribución en las quebradas, pero en mucha menor cantidad, son las figuras de felinos. Asimismo prominente es la representación de aves asociadas a camélidos en los sitios del Alto Loa, donde hay imágenes de suris (*Rhea* sp.), parinas (Phoenicopteridae), kiulas (*Tinamotis* sp.) y aves sin referentes reconocibles en la naturaleza. En el río Salado, en cambio, son más comunes las imágenes de wallatas (*Cloephaga* sp.) y otras especies de ánades.

Los paneles con representaciones de camélidos y aves se encuentran, por lo general, en lugares donde hay manantiales, como parte de una cosmogonía pastoril relacionada con la fertilidad y la multiplicación de los rebaños. Basándose en este y otros argumentos, los camélidos del estilo Taira han sido identificados como llamas.[7] No sólo eso: el arte rupestre y la disposición de las rocas en el Alero Taira, un abrigo rocoso del río Loa situado a unos 90 kilómetros al noreste de Calama, sugieren que en el lugar los pastores realizaban ceremonias para la reproducción de dichos animales, en conexión con los manantiales de las proximidades y con la constelación de la Llama y su Cría.





Otro notable estilo de arte rupestre de esta época es Confluencia, que hasta el momento se ha encontrado exclusivamente en la cuenca alta del río Salado. Se trata de pinturas que mezclan en una misma composición figuras antropomorfas con zoomorfas, generalmente camélidos,[8] pintadas en rojo y en rojo-amarillo, de preferencia en el interior de abrigos rocosos de uso transitorio y con menos frecuencia en el exterior, inmediatamente fuera del área de reparo de los aleros. El balsero ensartando un pez con su arpón y la extraña figura de un ser mitad camélido y mitad humano del Alero El Pescador, en el río Caspana, son interesantes ejemplos de este estilo. Las pictografías de Confluencia se caracterizan por el pequeño tamaño de las figuras (unos veinte centímetros de alto), siempre de perfil, la acentuación de los rasgos anatómicos y su dinamismo. En el Alero Los Danzantes, en el mismo río, los antropomorfos aparecen desnudos o vestidos con un faldellín, provistos de un penacho o portando artefactos alargados en las manos, presumiblemente propulsores y dardos.[9] Algunas representaciones de camélidos erguidos en sus patas traseras evocan seres humanos, aludiendo, quizás, a ceremonias en las que se tornaban difusos los límites entre «animalidad» y «humanidad». Una investigación comparó las proporciones corporales de los camélidos reales con los del arte rupestre, concluyendo que si bien los animales de Confluencia son especies silvestres, los de Taira son efectivamente llamas.[10]

^

Izquierda: Pictografías de estilo Confluencia en el Alero el Pescador, río Caspana. Se puede apreciar la representación de un balsero arponeando un pez, un ser antropomorfo con cabeza vacía y un individuo mitad humano y mitad camélido. Fotografía de Fernando Maldonado, 1986.

Derecha: Pictografías de estilo Confluencia en el Alero de Los Danzantes, río Caspana. Se distingue la representación de individuos antropomorfos de cara vacía portando varas en las manos y vistiendo largos faldellines. Fotografía de Fernando Maldonado, 1996.

‹

Alero Taira. Situado a 90 kilómetros al noreste de Calama, este alero constituye un abrigo rocoso del río Loa. Fotografía de Guy Wenborne, 2012.





Los estilos La Isla y Cueva Blanca

El período Formativo Tardío (1 a 1000 d.C.) en las quebradas subandinas del río Loa coincide con la aparición de dos estilos de arte rupestre cuyas imágenes indican la incorporación de las comunidades locales en redes de interacción interregionales: La Isla, en el valle del Alto Loa, y Cueva Blanca, en la cuenca alta del río Salado.

Más que como estilo, La Isla se comporta como una iconografía rupestre, ya que sus principales íconos tienden a repetirse bajo diferentes modalidades estilísticas.[11] El más usual es un individuo antropomorfo con apéndices que irradian de la cabeza, representado de frente y con los brazos alzados, con un cetro o propulsor en cada mano, a veces con un faldellín y en ocasiones con atributos felínicos. En ciertos casos aparece sólo la cabeza radiante y en otros se encuentra sobre un trono de un camélido de dos cabezas. Hay versiones tanto grabadas como pintadas en rojo, en paredones rocosos del interior del cañón, cerca de vegas y a la vista de cualquier persona que circule por el valle. Grabados y pinturas del personaje de los brazos alzados se pueden observar en Lasana, en quebrada Yalquincha y en el salar del Rincón (Jujuy), alrededor de 270 kilómetros al sureste del Alto Loa, entre otros lugares.

Las imágenes de La Isla y Cueva Blanca son iconográficamente similares a las que aparecen en textiles del período Formativo,[12] en tabletas de madera para el consumo de sustancias psicotrópicas, en geoglifos y petroglifos de la vecina Región de Tarapacá y en esculturas de Tiwanaku. Estas similitudes a larga distancia sugieren intercambios de información, donde ciertas imágenes circulan a través de extensas redes de interacción, siendo probablemente reinterpretadas en cada contexto cultural.

Estilos Santa Bárbara y Quebrada Seca

Santa Bárbara, en el Alto Loa, y Quebrada Seca, en el río Salado, constituyen los estilos de arte rupestre más representativos del período Intermedio Tardío (1000 a 1400 d.C.) de la hoya hidrográfica del río Loa. Conspicuas en ellos son, una vez más, las imágenes de llamas, sólo que en este período se vuelven esquemáticas, con gran economía de líneas, síntesis formal y carencia de dinamismo.[13] Aparecen aisladas, en pares o dispersas en un panel, vistas de lado, con una oreja erguida o doblada hacia adelante, cuerpo angosto, cola doblada hacia abajo, dos extremidades rectas y en tamaños que rara vez sobrepasan los veinte centímetros de alto. Los grabados de estilo Santa Bárbara se localizan en paredes rocosas del cañón, en bloques aislados o en los muros de las viviendas, mientras que los de Quebrada Seca están en los muros del poblado de Turi, un enorme asentamiento del Intermedio Tardío más tarde intervenido por los incas,[14] así como en las paredes de las quebradas, junto a terrazas de cultivo, corrales, silos, yacimientos mineros y senderos de acceso al monte.

Precedidos a veces por una figura antropomorfa, los camélidos de estilo Santa Bárbara y Quebrada Seca forman en ocasiones filas de varios animales unidos por una cuerda. Otros llevan un bulto a sus espaldas a modo de costales o talegas. Estas representaciones convencionales de la llama, particularmente de la llama carguera, pertenecen a una modalidad muy difundida en los Andes Centro-Sur,[15] cuya evidencia más temprana tal vez se encuentra en algunas vasijas de Tiwanaku, pero recién se populariza después de la caída de este

Estado altiplánico, cuando el tráfico de caravanas alcanza su punto más alto.[16] Santa Bárbara y Quebrada Seca son expresiones rupestres cuyas particularidades estilísticas seguramente fueron desarrolladas dentro de la región, pero, a juzgar por la amplia distribución geográfica de esta iconografía, su origen se encuentra en otras partes, acaso en grupos de pastores y caravaneros que sobrevivieron a la fragmentación de la esfera de interacción de Tiwanaku a comienzos del período Intermedio Tardío. Miles de imágenes de llamas aparecen en grabados, pinturas y geoglifos junto a rutas de caravanas a lo largo de una vasta área del desierto. En este sentido, conviene destacar el campo de geoglifos de Chug Chug, adyacente al curso del río Loa Medio.

En el siglo XV, los incas arriban por primera vez a la Región de Antofagasta. Hasta la fecha no se ha encontrado en el río Loa ningún estilo de arte rupestre que pueda atribuirse fehacientemente a dicha cultura, pero algunos autores postulan que parte de los camélidos esquemáticos grabados en los muros del poblado de Turi y en sitios como Bajada del Toro, en el Alto Loa, fueron hechos durante del período Tardío o Inca.[17] En cualquier caso, los estilos Santa Bárbara y Quebrada Seca persistieron durante la ocupación incaica de la región, como se aprecia en el caso de los escutiformes pintados en las paredes del Alero Santa Bárbara, al parecer realizados por individuos del noroeste de Argentina trasladados a la región en el período Inca para trabajar en las minas de cobre y turquesa, como las de Conchi Viejo y San Antonio del Abra.





Conclusión

Podría concluirse que las diversas expresiones estilísticas e iconográficas del arte rupestre de la hoya del río Loa fueron dispositivos simbólicos que desempeñaron diferentes funciones. Grabar y pintar las rocas, así como modificar el desierto trazando enormes figuras en su superficie, funcionaron, muchas veces, como transacciones rituales con las divinidades para asegurar la subsistencia, pero también medios discursivos tanto para ejercer el poder como para expresar identidad cultural. Ambos aspectos han estado estrechamente involucrados en el proceso de construcción social del mundo atacameño durante al menos los últimos cinco mil años.

^

Arriba: Grabados de estilo Santa Bárbara I, Alto Loa. Representaciones de personajes antropomorfos con cascos, pieles de felinos moteados y abajo, caravana de llamas unidas por una cuerda. Fotografía de Fernando Maldonado, 1986.

Abajo: Diseños de «maquetas» y camélidos grabados en una roca de Quebrada Seca, río Toconce. Fotografía de Fernando Maldonado, 1986.

‹

Arriba: El estilo de arte rupestre La Isla, situado en un meandro de este nombre en el Loa, presenta estos grabados, uno de los cuales es este ser antropomorfo con cabeza radiada, sentado en un altar con cabezas de camélidos. Fotografía de Fernando Maldonado, 2010.

Abajo: Pictografías aguas arriba del Alero de Taira. Aquí aparecen pictografías de un suri o avestruz andina y una figura antropomorfa de aspecto simiesco. Fotografía de Fernando Maldonado, 1986.



COPIAPÓ

De *Mama Copayapu* a San Francisco de la Selva

Gastón Castillo G. · Miguel Cervellino G.

A nuestros queridos amigos Hans Niemeyer, arqueólogo de inspiradora pasión, y Sixto Aróstica, arriero de sabias andanzas. Fueron ríos también, en donde germinamos oyendo el llamado de cantarinas aguas.

‹

Río Copiapó, sector Las Juntas. Según el naturalista Ignacio Domeyko, «A donde se estrecha y parece terminar este valle, tres ríos se juntan para formar uno solo, el de Copiapó: estos ríos son el Jorquera, el Pulido y el Manflas, cuya confluencia se llama Las Juntas» (*Jeología*. Santiago: Imprenta Cervantes,1909). Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

Bordeando vegas y salares coronados por cerros tutelares, bandas de cazadores alzaron campamentos a 4.000 m.s.n.m. entre paños de recursos hídricos que gota a gota generaron las cuencas formativas de los ríos Salado y Copiapó. La disponibilidad de materia prima para confeccionar herramientas de caza, el movimiento de caudal en caudal, la adaptación a condiciones sumamente rigurosas y la sapiencia y los pies ligeros para seguir a ñandúes y camélidos les hacía innecesario descender y encajonarse en la estrechura de los valles.

En estos valles se gestó una historia más tardía respecto a las correrías de los trashumantes cordilleranos en la Región de Atacama, limitando con el cordón fronterizo de Argentina y con las cuencas cerradas de los salares Maricunga, Negro Francisco y Laguna Verde, en una superficie de 18.400 kilómetros cuadrados en La Junta, donde los caudales del Jorquera, Pulido y Manflas forman el río Copiapó.

Enfrentando por el norte el desierto más árido del mundo, desde La Junta sólo hay una distancia de 130 kilómetros hasta el océano Pacífico, corredor hídrico que a partir del siglo XIX concitó la atención de muchos estudiosos.[1]

Llegan las aldeas y la agricultura

Son épocas de pueblos sedentarios, agricultores ajustados al ritmo de las aguas colindantes que aumentan intempestivamente con chubascos de gran intensidad, provocando bruscas bajadas de quebradas que modifican el paisaje local, aquello que los actuales lugareños llaman «roturas de nubes». La agricultura se ejercía a través de acequias que derivaban agua de quebradas laterales y a veces del mismo río. En los albores de la era cristiana, la naturaleza de grutas como Cueva del León permitió almacenar excedentes de cosechas a la vera del río Ramadillas, tributario del Pulido, a 2.115 m.s.n.m., donde, evocando la descripción hecha por Niemeyer en 1998: «...por debajo de los 40 centímetros de guano de cabra, había una potente ocupación compuesta por mucho material vegetal de plantas silvestres de la zona, como carrizo, paja brava y cola de zorro entre las gramíneas; molle, restos de brea, berraco, algarrobo, chañar y otras ramas de árboles y arbustos, pero por sobre todo hay que destacar la existencia de buena cantidad de semillas de plantas cultivadas, de mazorcas y granos de maíz amarillo y morado; de cucurbitáceas y porotos morados y overos (F*aseolus vulgaris*)...». Agregamos a esto cordelería de fibra vegetal y «una gran variedad de puntas de proyectiles en calcedonia, al lado de numerosas lascas pequeñas y astillas producto de la talla de la calcedonia».[2]

Con la sequedad del Despoblado de Atacama mordiendo los talones de quien arribe desde el septentrión al «San Francisco de la Selva» o «Valle de la posesión» de los impávidos ibéricos, el plateado *Copayapo* de las crónicas propició el latir de aldeas, siendo el valle del Pulido donde los pueblos habitaron empinadas laderas mediante la excavación de plataformas, mientras que en los planos más bajos demarcaron reducidos espacios cuadrangulares carentes de paredes, a lo más, un bajo pircado.





El arrinconamiento de las aldeas respecto al paso del río y el mimetismo de las mismas en medio de gruesos pedregales insinúa escaramuzas defensivas por el control de la tierra que van desde los poblados Molle a Ánimas durante ochocientos o novecientos años.

Algarrobas, chañares, calces y cultivo de algodón, describió el cronista Vivar como flora local durante el siglo XVI, aunque ya en los primeros sesenta años de la era cristiana, el tejido a telar de algodón cubría la piel de moradores en Carrizalillo Chico. El algarrobo denota haber tenido un rol protagónico, porque si los frutos producían chicha, las ramas y emparrillados formaban parte de túmulos funerarios insertos entre las habitaciones, acentuando el hábito de convivir con los muertos, como en Cabra Atada. El empleo de esteras de carrizo para depositar los cuerpos o los rellenos de los mismos con paja de cortadera y hojas de litre iban a la par con las colectas de productos para hacer bebidas, harinas, etc., cosechándose vainas de algarrobo, frutos de pimiento boliviano, drupas de chañar y semilla del carbonillo. Ello, sumado a la crianza de llamas y cacería practicada por quienes vivían en torno a vegas como El Torín, a 2.600 m.s.n.m.

Luego, los pueblos Ánimas ligados al Pulido (Puntilla Blanca, Quebrada Seca, Cabra Atada) y Copiapó (La Puerta) se mezclan con componentes Aguada procedentes de parajes trasandinos. Ya no se convive con los muertos y los túmulos funerarios están a cierta distancia de los poblados, aunque a la vista de los parientes.

Las tierras y acequias vecinas a las viviendas, las azadas y morteros de piedra, derivan de viejas tradiciones, así como la guarda de excedentes agrícolas, graficada en un par de graneros de barro escondidos en grietas del acantilado de Quebrada Seca. El río está en todo, desde la humedad para la fructificación de la caña, convertida en astiles donde





calzar labradas puntas de flechas, en el amasijo del barro para levantar los depósitos, en el cántaro con que apaciguar la sed y en la germinación de semillas de pacul, algarrobo, poroto, zapallo, calabaza, maíz, celosamente resguardados. Chalas de maíz, cordeles de lana y fibras vegetales constan también en el inventario, sugerencias directas, en el caso de la cordelería, de actividades ganaderas: hatos de llamas, lo más probable.

La presencia de mineros Ánimas cruzando el inclemente despoblado para la explotación de la mina de Las Turquesas, a casi 3.000 m.s.n.m., demuestra que a lo menos desde el siglo VIII d.C. era menester moverse en terrenos climáticamente adversos.

Materializada la mixtura entre incas, diaguitas y copiapoes, continúan eclosionando las aldeas. La piedra, adobes, adobones y tapiales remozarán la línea constructiva. El acceso a vegas cordilleranas propicias para la crianza de camélidos se torna relevante dado que, según palabras de Niemeyer en sus continuas excursiones por esas alturas, a orillas de los aguajes «el inca hizo instalaciones arquitectónicas destinadas a proveer un mejor pie para la explotación en la crianza de camélidos»,[3] al tenor de una geografía sagrada significativamente plagada de adoratorios de altura y en el dominio de los cerros «dadores de agua»,[4] las *Apu* o ancestros protectores de los campos de cultivo.[5]

Por su parte, en los tramos intermedios del río Copiapó «tres silos o *kolkas* contiguas» parecen haber tenido acceso por techos a base de tortas de barro («Fuerte de Juan Bohón»), mientras que, asociadas al *pukará* de Punta Brava, bajo un planchón rocoso había corontas de maíz cubiertas por ramas, y dentro de una cueva se hallaron semillas de porotos.

A estas alturas comienza una minería a escala antes desconocida, expresada en Viña del Cerro y sus veintiséis hornos de fundición, procesamiento de minerales, población circulante, etc.,[6] reiterando el rol alcanzado en la economía política del Imperio incaico respecto a la elaboración de bienes de prestigio en una cadena de producción de largo alcance. Se amalgama cobre de extracción local y estaño, que bien podía ser obtenido en el sur de Bolivia o noroeste argentino, para el uso del preciado bronce estañífero en manos de orfebres trasandinos.[7]

Aun cuando en Copiapó no se produjo una transformación agrícola de relevancia para los incas,[8] sí fueron trascendentes la «geografía sagrada» y el Qhapaq Ñan en la mina Las Turquesas, garantizando, además, acceso al agua como recurso estable, luego que lo más fiable en el despoblado eran el nacimiento del río Salado y las aguadas y vertientes de Quebrada de Chañaral Alto.[9]

Dado que en el desierto había «xaqueyes de muy poca agua»,[10] la acuífera copiapina continuó sustentando salidas a plena pampa, y así hubo que llenar «...muchos zaques de cueros de piernas de cordero y ovejas...» en la aventura de Tupac Inca Yupanqui desde Copiapó al territorio atacameño;[11] destino que Almagro también vivió en carne propia en su áspero regreso al Perú.

De arriba abajo: Collar de cuentas de turquesa. Minerales y metales estaban dentro de los objetos que más activamente participaban de las redes de intercambio, el ceremonialismo religioso y el simbolismo político y étnico durante el período Medio. Fotografía de Fernando Maldonado. Colección Museo Arqueológico R. P. G. Le Paige, S. J., San Pedro de Atacama.

Punta de proyectil tallada en piedra. Este instrumento lítico se usaba como cabeza de proyectil arrojadizo. Alto 4,8 cm. Colección Museo Regional de Atacama.

Punta de proyectil perteneciente a la cultura Las Ánimas. De forma triangular alargada, bordes aserrados y base plana, está elaborado en piedra tallada bifacialmente y con retoque continuo. Colección Museo Regional de Atacama.

Punta de proyectil perteneciente a la cultura Las Ánimas, Período Medio. Elaborada en piedra tallada bifacialmente con retoque continuo en los bordes. Color rosado. Largo 39 mm. Colección Museo Regional de Atacama.

Arriba: Valle de Camiña. Las laderas de Camiña suelen estar compuestas por *takanas* o terrazas con el fin de obtener mayor superficie de cultivo y es en estos terrenos donde generalmente se cultiva el maíz, por ser más rústico y resistente en suelos carentes de buena fertilidad natural. Fotografía de Guy Wenborne, 2008.

Abajo: Frutos del pimiento (*Schinus molle*). Colección Alamy.

A la vez, ganado ovejuno, viñedos, quintas de frutales, molinos para procesar trigo, obrajes, aguas y servidumbres, tierras vacas, etc., complejizan la cotidianeidad del léxico de aquí en más. El río, llamado *Mamas* desde tiempos de la memoria quechua,[12] continúa su ligazón con los seres humanos, solo que esta vez está en juego la opresión de los naturales, el amasijo de fortunas, las ruedas del mercantilismo y otras vicisitudes. En esas condiciones, familiares cerros como el Teynahuco de Camasquil, y otros entre Copayapo y Chamonate, a saber, Puntoc, Zelbata, Pismel, Talpop, Ototnanchote, Chechilguques, Paycanten, Mole, Cola, Pominto y Chamonate, pierden lugar en el imaginario colectivo local.

El despojo de tierras tuvo lugar «entre la llegada de los europeos y el inicio del período republicano, [...] no siendo posible "contener el peso que supuso el extractivismo agrominero en desmedro de los intereses del grupo encomendado del valle..."».[13] Los juicios entablados por caciques o mandones golpean las puertas de un poder centralizado: «Entre 1762 y 1787 los sectores del Pueblo de Indios de San Fernando y la Villa de San Francisco quedaron sin agua en varias ocasiones debido al total acaparamiento de la misma por parte de los hacendados de las zonas altas del valle...».[14] Los Tacquía, Guanitay, María Che, Chamisca, Macayto, Normilla, Alcota, Alquinta, Chillimaco, Sasmai y otros tantos habitantes legaron descendencia para la presente reetnificación bajo el parámetro de la identidad Diaguita, cruzada con una dosis mapuche desde los primeros edictos coloniales.

Igualmente se perfilan las historias de collas y changos, perseverando pastores trashumantes cordilleranos mestizados con sangre aimara (Quispe, Mamani, entre otros) en las tierras altas del río Salado hasta el río Jorquera y otras latitudes sureñas de abrevaderos y forrajes para ganado menor.[15] Se rememoran las incursiones de los Jerónimo a las heredades de la familia Aróstica (Iglesia Colorada, río Pulido) tras la compra de mulares o los campamentos en Quebrada La Puerta, La Guardia o Quebrada Patón, al amparo de la familia Quispe.[16] En la costa, un proceso de etnogénesis marca el devenir de los changos, acometidos por lo que fue un temprano dominio de los Aguirre sobre la suerte de sus ancestros «camanchacas»,[17] imbuidos en la pesca y salazón del congrio de caleta en caleta, portando balsas y equipaje ligero, según pudieran moverse libremente ante la presión de intereses foráneos.[18]





Se dice que «en el siglo XVIII comienza la expansión de las actividades mineras, la que modificará notablemente la distribución de bosques y tierras despejadas en la región».[19] Desde entonces, primarán un exacerbado extractivismo, el empobrecimiento de la cuenca, ley de turnos, derechos de agua, mercado del agua, monocultivo, tirantez entre la minería y la agricultura por el menguado recurso, galopante aridez, etc., además del volumen de agua (destilada por el alto contenido en sales alcalinas que estropeaba las calderas[20]) y leña (importada desde otras latitudes) requerido para el ferrocarril y las fundiciones del siglo XIX. Porque la «vegetación lujuriante y salvaje [...] los bosques impenetrables de chañares, de algarrobos, de espinos y de olivillos...», deletreados por Sayago,[21] es puesta en una más acorde perspectiva al estimarse que debido a «las condiciones climáticas imperantes, las regiones del norte del país nunca fueron boscosas...».[22]

Al cabo de los siglos transcurridos, para muchos hablar hoy del río *Mamas*, otrora significante de río Copiapó, no debe retrotraer recuerdo alguno de cuando era deidad para los hijos del agua milenaria[23] en el vivificante flujo nortino.

^

Arriba: «Plaza de Copiapó, hacia 1860.» Rodulfo Amando Philippi. *Viage al Desierto de Atacama: hecho de orden del gobierno de Chile en el verano 1853-54*. Halle en Sajonia: Librería de Eduardo Anton, 1860. Colección Museo Histórico Nacional.

‹

Viña del Cerro, centro administrativo y minero inca en Copiapó. Fotografía de Fernando Maldonado, 2010.



›

Río Huasco en el puente de Huasco Alto. El río Huasco, que nace de la confluencia de los ríos El Carmen y El Tránsito, corre desde la cordillera, a alturas superiores a los 5.000 m.s.n.m., hasta el océano Pacífico. Fotografía de Guy Wenborne, 2013.



EL OLIVAR

En busca de la identidad Diaguita

Paola González





A comienzos de la era cristiana, arriban al norte semiárido las primeras comunidades agroalfareras, representadas por el complejo cultural El Molle, caracterizadas por el empleo de tembetás y pipas T invertidas y por la manufactura de alfarería monocroma. Este período se denomina Agroalfarero Temprano y se reconoce en los valles de Copiapó, por el norte, hasta el Limarí, por el sur.

Los primeros indicios de esta cultura en el valle de Elqui fueron descubiertos por Cornely[1] en la localidad homónima. En el valle de Elqui estas comunidades evidencian una alta movilidad. Sin embargo, aún existen muchas interrogantes en cuanto a la cronología y evolución cultural de las comunidades del complejo cultural El Molle en el norte semiárido. Destacamos al respecto que el sitio La Turquía, en el valle de Limarí, cuenta con dataciones radiocarbónicas que señalan una antigüedad que sobrepasa el primer milenio de nuestra era, caracterizándose también por un mayor grado de sedentarización.[2]

La periodificación vigente para las culturas alfareras del norte semiárido considera la existencia de un período Medio, representado por el complejo cultural Las Ánimas (Figura 1), el cual se extendería aproximadamente entre los años 800 a 1.200 d.C.[3] En tanto, la cultura Diaguita chilena se ubicaría entre los años 1.000 a 1.470 d.C. (período Intermedio Tardío). Este período es interrumpido por la llegada del Inca al norte semiárido chileno y la incorporación de los Diaguita al Tawantinsuyu, evento que da inicio al período Diaguita-Inca o período Tardío (1.470-1.536 d.C.).

Este es el marco cronológico-cultural vigente donde se sitúan las recientes investigaciones realizadas en el sitio arqueológico El Olivar. Se trata de un hallazgo sobresaliente que aporta nuevos derroteros y perspectivas para comprender el pasado prehispánico de las culturas alfareras del valle de Elqui y, más ampliamente, de la prehistoria de la Región de Coquimbo.

Entre los años 2015 y 2017 se realizaron extensas excavaciones arqueológicas en el sitio El Olivar,[4] localizado a cuatro kilómetros al norte de La Serena. Esta investigación fue motivada por el hallazgo de osamentas humanas durante la construcción de la doble vía de la Carretera Panamericana entre La Serena y Vallenar.[5] La caracterización arqueológica del sitio identificó ocho áreas funerarias, veintinueve conchales y rasgos habitacionales (pisos de habitación, fogones y estructuras), que dejaron en evidencia la riqueza arqueológica de este hallazgo.

Río Elqui. En el norte semiárido de Chile se desarrolló a lo largo de seis siglos la cultura diaguita, un pueblo que se asentó en los valles de los ríos Elqui, Limarí y Choapa. Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

Artesano Diaguita (*ca.* 1500 d.C.). Es muy probable que los Diaguita fueran tan hábiles en las técnicas textiles como en la cerámica. Ilustración de José Pérez de Arce, 1985. Fotografía de Fernando Maldonado. Colección Museo Chileno de Arte Precolombino.







Figura 1. Tipos cerámicos del complejo cultural Las Ánimas en el valle del Elqui.

Izqda.: Ánimas IV: Entierro N° 183. Rescate arqueológico El Olivar (R.A.E.O.).

Dcha. arriba: Ánimas III: Entierro N° 39. R.A.E.O.

Dcha. abajo: Ánimas I. Pieza N° Inventario 123. Museo Arqueológico de La Serena.

Fotografías de Paola González, 2017.

Izqda.: Río Elqui.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

Dcha.: Figura 2. Entierro de un hombre acompañado (izqda.) de remo fabricado a partir de mandíbula de cetáceo.
Entierro N°169. R.A.E.O.
Fotografía de Paola González, 2017.

Los restos arqueológicos recobrados se vinculan principalmente a comunidades Ánimas y Diaguita, en todas sus fases. Destaca también el hallazgo de conchales de la cultura El Molle, poco densos y estratigráficamente más profundos.

Las labores de rescate se centraron en una densa área funeraria, donde se recobraron 212 entierros primarios, 44 entierros secundarios, 56 camélidos articulados, tres cánidos y una cantidad considerable de vasijas cerámicas, artefactos de piedra, hueso y metal. El cuidadoso registro de estos contextos arqueológicos permite dar cuenta de importantes asociaciones que perfilan roles sociales y arrojan luz acerca de aspectos simbólicos e ideológicos de estas comunidades en el ámbito de la muerte. Se trata de una enorme ventana que permitirá avanzar en la comprensión de las sociedades agroalfareras del norte semiárido con una profundidad inédita. Aspectos tales como cronología, vinculaciones genéticas, calidad de vida, relaciones de género, alimentación, prácticas mortuorias, arte visual, simbolismo y cosmovisión, entre otros, están siendo abordados por las investigaciones en curso. Un importante cúmulo de evidencias apoya la idea de que las comunidades Ánimas y Diaguita no son entidades culturales diferentes.[6] En efecto, la continuidad detectada en las ocupaciones habitacionales y funerarias, así como la identidad en las elecciones tecnoestilísticas en la elaboración de vasijas cerámicas e instrumentos líticos, óseos y metálicos, sostienen la teoría de que se trata de un mismo grupo cultural. A estos argumentos se agrega el hallazgo de vasijas Ánimas II y III, tradicionalmente enten-

didas como prediaguitas, junto a vasijas Ánimas IV y Diaguita Transición en contextos funerarios. Asimismo, se cuenta con fechados RC14 que señalan que la práctica de entierro junto a camélidos articulados se extendió en el tiempo con posterioridad al 1.200 d.C.

Estos resultados condujeron a la necesidad de redefinir la secuencia cultural manejada hasta la fecha para el período Medio e Intermedio Tardío, al menos en lo que se refiere al valle de Elqui. En este sentido, Cantarutti y González[7] proponen distinguir un período Protodiaguita, en el cual se sientan las bases de lo que más tarde sería la cultura Diaguita chilena. En este momento, coexisten manifestaciones culturales propias de los Ánimas, incluyendo el empleo de vasijas Ánimas II y III, en conjunto con manifestaciones culturales que se entendían como más tardías, como las vasijas Ánimas IV y Diaguita fase I. Asimismo, se registran vasijas polícromas novedosas, que presentan unidades mínimas diaguita en versiones toscas y rudimentarias (Figura 3). Se trata de comunidades que manejan la técnica de policromía y realizan vasijas con rasgos antropo-zoomorfos. Otro rasgo característico es el entierro de personas junto a camélidos articulados. Posteriormente, se identifica un período Diaguita Preincaico, en el cual se aprecia una consolidación de la alfarería diaguita con crecientes niveles de estandarización, al tiempo que desaparecen los entierros junto a camélidos articulados. La iconografía abstracta y simétrica alcanza un gran desarrollo. Finalmente, se reconocen en el sitio El Olivar evidencias de contacto entre Incas y Diaguita. El sector, recientemente excavado, posee una identidad local Diaguita muy marcada, que se mantiene en tiempos incaicos. La influencia inca es escasa y se restringe a la ejecución de diseños de origen cuzqueño sobre vasijas de formas locales o mixtas Inca-Diaguita (Figura 6).







Los estudios bioantropológicos realizados en adultos señalan la presencia de una población sana, dedicada a prácticas agrícolas, caza, recolección de productos marinos y labores artesanales, donde el esfuerzo físico era cotidiano. Destacamos el caso de un hombre adulto acompañado de un remo realizado en mandíbula de cetáceo (Figura 2). Este hombre muestra marcadas inserciones musculares a nivel de extremidades superiores e inferiores y refuerzo óseo en las articulaciones de los brazos, que pueden ser vinculadas a la actividad de remar. También se identificó exostosis en su oído derecho. Esta patología se asocia al contacto continuo con aguas frías, lo cual sugiere una fuerte vinculación con actividades ligadas al mar (por ejemplo, buceo). Algo semejante ocurre con las marcadas inserciones de los músculos flexores presentes en las falanges de los dedos de la mano, observadas en mujeres y asociadas a implementos textiles, como vichuñas, agujas y torteros (Figura 4), utilizados en la producción de textiles. Existe también una alta tasa de mortalidad infantil. Los subadultos conforman un 63% de la muestra. En tanto, estudios morfométricos efectuados en 56 camélidos articulados[8] sugieren la existencia de llamas de gran tamaño, llamas pequeñas y guanacos. Esto hallazgos señalan que, en los inicios de la cultura diaguita, la actividad de pastoreo de camélidos fue muy prominente, lo que explica los profundos vínculos entre humanos y camélidos en el ámbito mortuorio.

Dentro de las prácticas sociales más relevantes y que se mantienen constantes desde el período Protodiaguita hasta el período Diaguita Inca, se encuentra el consumo de polvos psicoactivos mediante el uso de espátulas de hueso de camélido y una concha de ostión o almeja. Este ajuar se complementa en





algunas ocasiones con pinzas de bronce y una cuenta verde (Figura 5). Las ofrendas de este tipo se asocian a personas adultas y están presentes en la mitad de los ajuares masculinos y un 12,5% de las ofrendas femeninas registradas. Esto nos habla de una práctica bastante extendida en la población, no asociada únicamente a líderes religiosos o chamanes. El estado de trance asociado a esta práctica se encuentra estrechamente vinculado con la naturaleza del arte visual diaguita preincaico, de cualidades semejantes al arte óptico.[9] Estas prácticas chamánicas pueden relacionarse también con una cosmovisión de tipo animista. En el ámbito mortuorio, indicios de esta ideología se observan en el estrecho vínculo existente en los entierros de humanos junto a camélidos. Destacamos que la ofrenda cerámica se asocia al animal en la mayoría de los casos . El empleo de piedras huacas en la cercanía de entierros de infantes y neonatos evidencia también estas creencias animistas. Otro ejemplo es el quiebre intencional de vasijas, no necesariamente asociadas a tumbas, así como la ofrenda de vasijas intencionalmente perforadas («matadas»).

La llegada de Diego de Almagro a tierras diaguita en el año 1536 dio inicio al proceso de conquista española. Las estrategias de extirpación de idolatrías y el trabajo forzado en *mitas* mineras y agrarias afectaron gravemente la supervivencia de su notable cultura.[10] Sin embargo, su herencia cultural se mantuvo viva en los valles transversales que conforman su territorio, expresada en prácticas tales como bailes chinos, agricultura tradicional, manufactura alfarera, textilería de telar, cestería, herbolaria y pequeña minería, entre otras. En el año 2006, el Estado chileno reconoció oficialmente la existencia del pueblo Diaguita, comenzando así un vigoroso proceso de revitalización cultural y etnogénesis, enriquecido también por los avances en el conocimiento arqueológico.



Arriba izqda.: Figura 4. Detalle de torteras de hueso (Entierro N° 52). R.A.E.O. Estas piezas se utilizaban como pesos de hilado pero también como adornos.

Arriba dcha.: Figura 5. Ofertorio de entierro N° 82. R.A.E.O. Se observan espátulas, pinzas de bronce, cuentas de piedra verde y un cristal prismático que podrían constituir la ofrenda mortuoria de un chamán.

Abajo: Figura 6. *Kero* doble con diseños de origen Inca y Diaguita (Entierro N° 59). R.A.E.O. Fotografías de Paola González, 2017.

‹ *Arriba*: Desembocadura del río Elqui, zona cercana al Olivar. La desembocadura del río Elqui, una extensa zona de dunas y pantanos, corresponde a un humedal que está flanqueado por predios agrícolas y una creciente zona residencial. Fotografía de Guy Wenborne, 2014.

Abajo: Figura 3. Vasijas polícromas novedosas del período Protodiaguita. De izqda. a dcha.: Jarro biglobular antropomorfo y taza antropomorfa polícroma (Entierro N° 182); Jarro globular de cuello evertido polícromo (Entierro N° 58). R.A.E.O. Fotografías de Paola González, 2017.

ELQUI
Historia de un valle

Fernando Silva



›

«Plano de la ciudad de La Serena.» Amédée François Frézier, 1717. *Plan de la ville de La Serena. Scituée a la Côte du Chily par 29d. 55' de lat Australe au bas de la Vallée de Coquimbo a un quart de lieües de la Baye du meme nom.* 24 X 37 cm. Colección John Carter Brown Map Collection.

˅

Valle del Elqui. Encajonado entre colinas imponentes y en un entorno de extrema aridez, este místico valle es atravesado por el río del mismo nombre, que nace en la cordillera de la confluencia de los ríos Turbio y Claro. Fotografía de Guy Wenborne, 2012.





El río Elqui, conocido antiguamente como Coquimpu, está formado principalmente por los ríos Turbio y Claro, que se unen en el pueblo de Rivadavia; corre setenta y cinco kilómetros hacia el oeste, en medio de un valle estrecho y feraz, que sólo se ensancha en las proximidades de La Serena. El río baña el costado norte de esta ciudad y desemboca en la bahía de Coquimbo.

El asentamiento peninsular

Para los integrantes de la hueste de Pedro de Valdivia, el valle del Elqui fue «el más vistoso e ancho» de los que habían conocido desde el despoblado, según afirmó Gerónimo de Vivar.

Los indígenas vestían como los del Huasco y tenían ritos y costumbres similares, si bien lenguas diferentes. La producción agrícola, facilitada por canales de riego construidas por el Imperio inca, comprendía maíz, frijoles, quínoa, papas y zapallos. En el valle podían verse algarrobos, chañares, sauces, molles y abundantes arrayanes, brea (*Tessaria absinthioides*) y barraco (*Escallonia illinita*). Y en lo alto de los cerros, «unos árboles a manera de madroños», de muy buena leña para el fuego, que podrían ser el guayacán (*Porlieria chilensis*). Registró el cronista Vivar la existencia de grandes minas de oro, así como de cobre y otros metales.



^

Viñas en el valle del Elqui, 2017.
El valle se beneficia del recurso hídrico del río Elqui, así como de largos períodos de sol durante el año, para el cultivo de uvas para exportación y para la producción local de pisco.
Fotografía de Sernatur.

›

Fiesta de la Virgen de Andacollo.
26 diciembre 1836. El naturalista francés retrató la fiesta en honor a la Virgen del Rosario de Andacollo, donde los indios andacollinos sacaban a pasear a la Virgen mientras la celebraban con danzas típicas. Claudio Gay. *Atlas de la historia física y política de Chile.*
París: Imprenta de E. Thunot, 1854.
Colección Iconográfica Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile.

Para tener el camino abierto al Perú, Valdivia había decidido fundar una ciudad a la entrada del valle del Elqui, pese a que entre Copiapó y Aconcagua no había más de tres mil naturales. El relativo bajo número de aborígenes pudo obedecer a la política del Inca de trasladar grupos humanos de un sector a otro del imperio. Así, un catastro de topónimos aborígenes del valle muestra que el 41,9 por ciento corresponde al quechua; el 27,6, al mapuche; el 2,7, al aimara; el 1,3, al cunza; e igual porcentaje al diaguita.[1]

En 1544 Juan Bohón fundó el poblado de La Serena en el lugar llamado Tequirqui por los indígenas, «dos leguas del puerto, en el remate de una barranca muy cercana a la playa del mar, y de otra parte a un río».[2] A fines de ese año Valdivia acudió para nombrar al primer cabildo y repartir, según el conquistador, entre cien y doscientos indios[3] para alrededor de diez vecinos. Es probable que también concediera mercedes de tierras,[4] pero ignoramos el detalle por la pérdida de la documentación del cabildo a raíz del incendio de la ciudad en 1680 provocado por el inglés Bartolomé Sharp.

En 1549 el pueblo fue asaltado e incendiado por los indígenas, y muertos sus catorce moradores e hijos. El alzamiento fue reprimido y ese mismo año Francisco de Aguirre refundó La Serena,[5] que en 1552 recibió su escudo de armas y el título de ciudad.[6]

Pese al aumento de vecinos, no parece haberse incrementado las encomiendas de indios, aunque es indudable la amplia presencia de indios de servicio, de indios de depósito —el nuevo estatuto de los indígenas al suprimirse la esclavitud de los capturados en la guerra— y de indios libres asentados por contratos de trabajo.

Los siglos coloniales

El valle del Elqui adquirió sus características inconfundibles durante los siglos XVII y XVIII. La ocupación de la cuenca se hizo con rapidez, como prueban las numerosas capillas construidas tanto en los pueblos de indios como en las estancias.[7]

En el sector inferior del valle del Elqui las extensas mercedes de tierras dieron origen a estancias dedicadas a la ganadería, con sus subproductos de sebo y cordobanes, y la crianza de mulas. Los jesuitas fueron dueños de dos estancias, ambas denominadas La Compañía: una frente a La Serena, en la ribera norte del río, y otra frente a Vicuña, al sur del río.

Muy tempranamente se inició en Elqui el cultivo del trigo. Los terremotos que en 1687 destruyeron la red de canales de los valles costeros del Perú, junto a la peste del polvillo negro, que ataca a los trigos blancos y candeal,[8] hundieron la producción cerealista del virreinato[9] y desde fines del siglo XVII y hasta 1735, el valle se convirtió en gran productor del cereal.

Todos los frutales provenientes de la península se aclimataron. Por otra parte, la extracción del cobre y del oro en Elqui, principalmente en Andacollo, permitió absorber como mano de obra a los numerosos mestizos e indios libres, que formaban una temida masa de vagabundos y ladrones,[10] y producir objetos de cobre, como pailas, braseros, morteros, tachos, alquitaras y alambiques. Destacaron en la actividad de batir el cobre los indios «caldereros».

El crecimiento acelerado de la población llevó a intentar la extensión de los cultivos a sectores cubiertos por la vegetación xerofítica propia de la región. Al desmonte por motivos agrícolas se sumó el producido por la minería, con la consiguiente pérdida de la vegetación y el deterioro del suelo. La crisis de 1735-1740, debido al descenso del precio del cereal, originó la sustitución del trigo por la vid. Por razones climáticas, la parte superior del valle del Elqui y del valle del río Claro y sus afluentes se convirtieron en el centro de la producción vitivinícola y de destilados, productos que se comercializaban en Copiapó, Santiago, Valparaíso y Lima.[11]

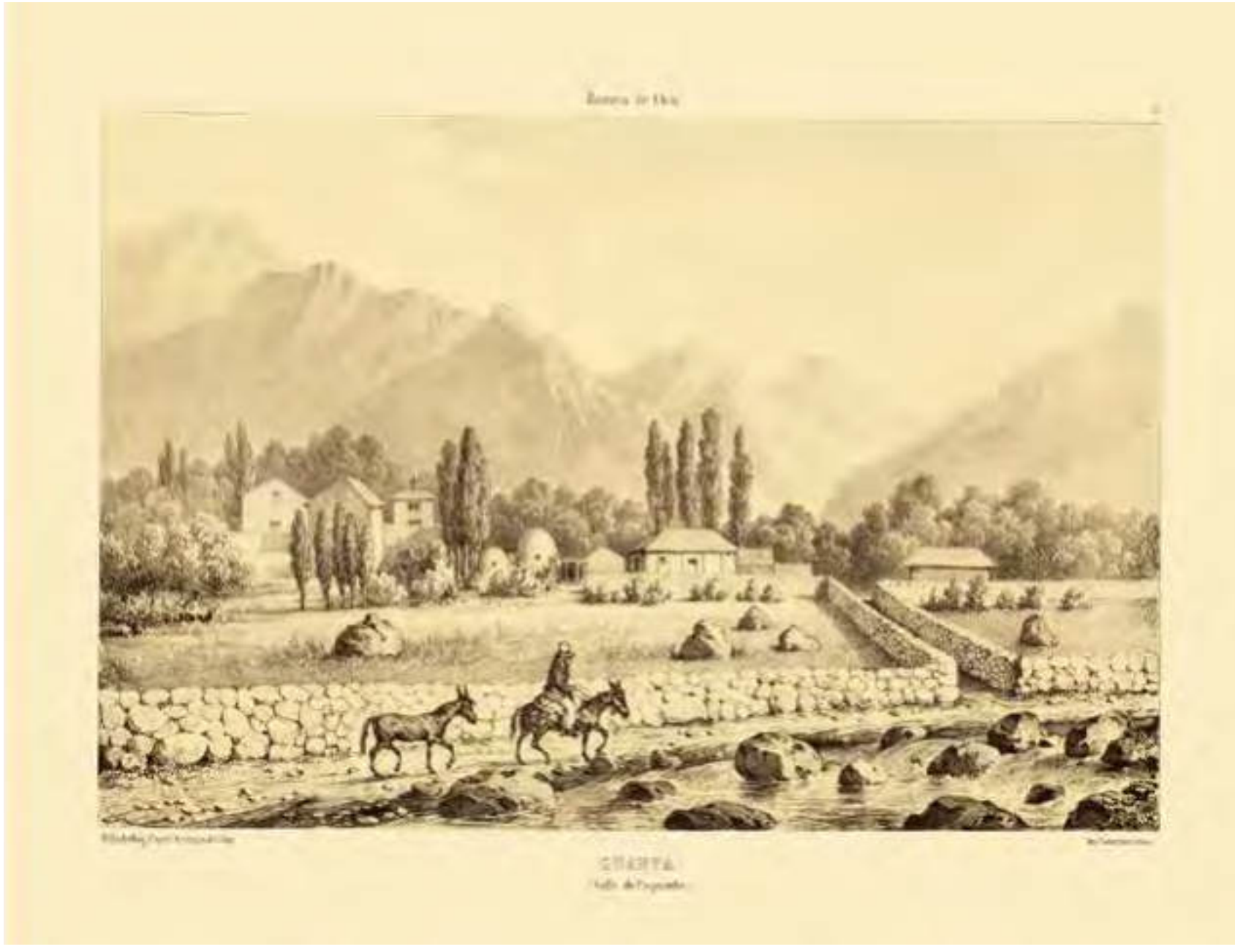


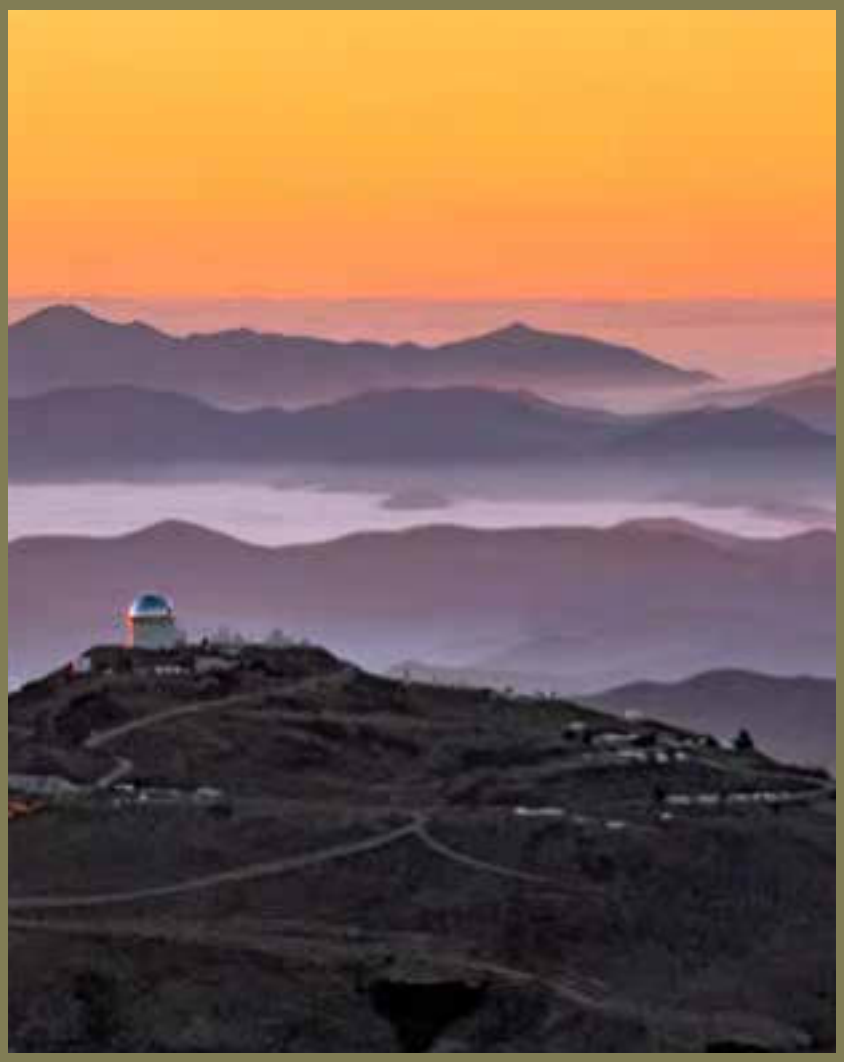
Los siglos republicanos

En 1833 se creó en la provincia de Coquimbo el departamento de Elqui, cuyos límites fueron fijados en 1853. Su capital, Vicuña, fue fundada en 1821 en la ribera norte del río Elqui, en terrenos de la hacienda Marquesa Alta. Desde entonces Vicuña se convirtió en la cabecera administrativa de la parte alta del valle, mientras que de la parte inferior lo fue La Serena. Este último sector mostró su vocación por los cultivos anuales —maíz, cereales, papas—, papayos y chirimoyos, mientras que la ganadería se dirigió a la lechería y a la engorda. En esa parte del valle se construyeron dos importantes obras de regadío: la que permitió regar La Pampa, al sur de La Serena, para satisfacer la demanda local de verduras y frutas; y el canal de Bellavista, prolongado para regar los extensos llanos de Pan de Azúcar, al suroriente de Coquimbo.[12]

Desde Vicuña comenzaba el sector vitivinícola, al que, debido a su clima seco y caluroso, se agregó una especialización en duraznos e higos, además de una ganadería trashumante, que desplazaba ovinos y bovinos desde los pastos de la costa en el invierno a las veranadas cordilleranas. Ya antes de 1870 existía una sólida industria pisquera, si bien la introducción de cepas francesas hacia 1880 no tuvo éxito hasta fines del siglo XX. En un sector de irregular pluviosidad anual, estas iniciativas fueron posibles por una sostenida labor de construcción de canales de regadío. Sólo en el siglo XX el Estado construyó dos embalses: La Laguna y Puclaro.

En 1825 se produjo el descubrimiento del fabuloso yacimiento de plata de Arqueros, al norte de La Serena.







La minería de la plata continuó en Condoriaco, Rodeíto y Quintana, en tanto que el cobre y el oro siguieron extrayéndose de Andacollo, Brillador y La Higuera. Durante el siglo XX se sumaron los yacimientos de hierro de Romeral, al norte de La Serena, y de oro de El Indio, en la hoya del río Turbio.

La falta de buenas vías de comunicación fue la debilidad de Elqui. Durante el gobierno de José Joaquín Pérez se inició la construcción de un camino, labor interrumpida por la guerra con España. Aunque en 1862 se había tendido la vía férrea de La Serena a Coquimbo, sólo en 1883 se inició el tramo entre La Serena y Rivadavia. Pero la gran avenida de 1888, junto con destruir numerosos predios agrícolas en el río Claro, inhabilitó completamente el ferrocarril, que no se volvió a construir hasta 1903.[13]

Desde la década de 1960, una nueva actividad, la astronomía, se desarrolla en el valle del Elqui, con la construcción del enorme observatorio del cerro Tololo en 1967.

^

Dcha.: El Observatorio InterAmericano de Cerro Tololo (CTIO) visto desde Cerro Pachón. Fotografía CTIO/NOIRLab/NSF/AURA/ J. Fuentes.

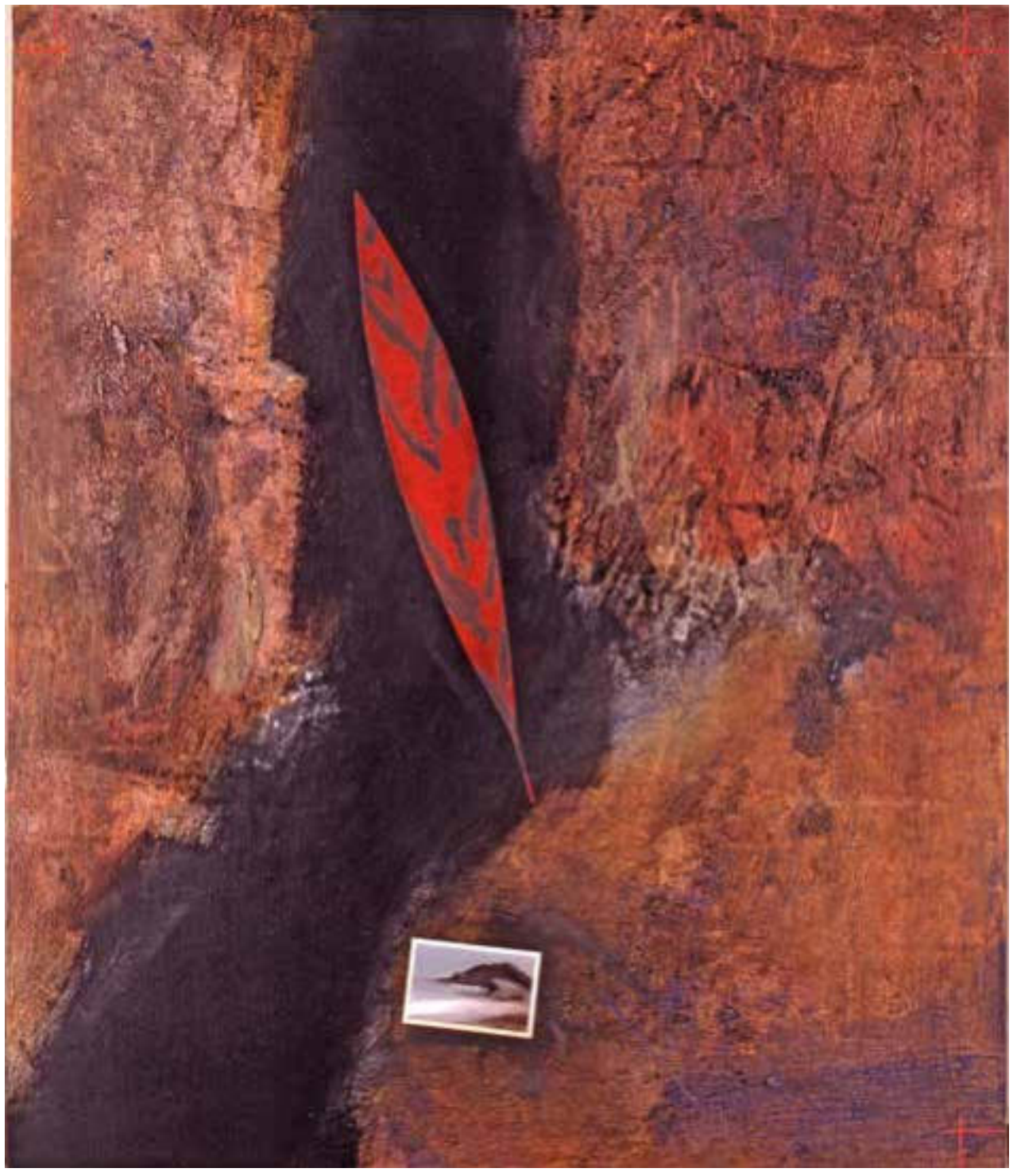
Izqda.: Valle del Elqui. La imagen de los viñedos en contraste con los cerros pelados y la iglesia es pura belleza. Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

‹

Guanta, valle de Coquimbo. Esta estampa muestra la actividad agrícola, circunscrita a los valles con disponibilidad de agua. Gay delineó los campos sembrados y las arboledas en medio de cerros descubiertos de vegetación. Claudio Gay. *Atlas de la historia física y política de Chile.* París: Imprenta de E. Thunot, 1854. Colección Iconográfica Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile.

Sangre de pampa inmortal,
breve surtidor lejano,
¿quién se robó tu caudal
y te ha dejado descalzo?

Doris Araya, profesora, «Romance del río Loa»
(premio Primera Jornada de Poesía, Antofagasta 1948).



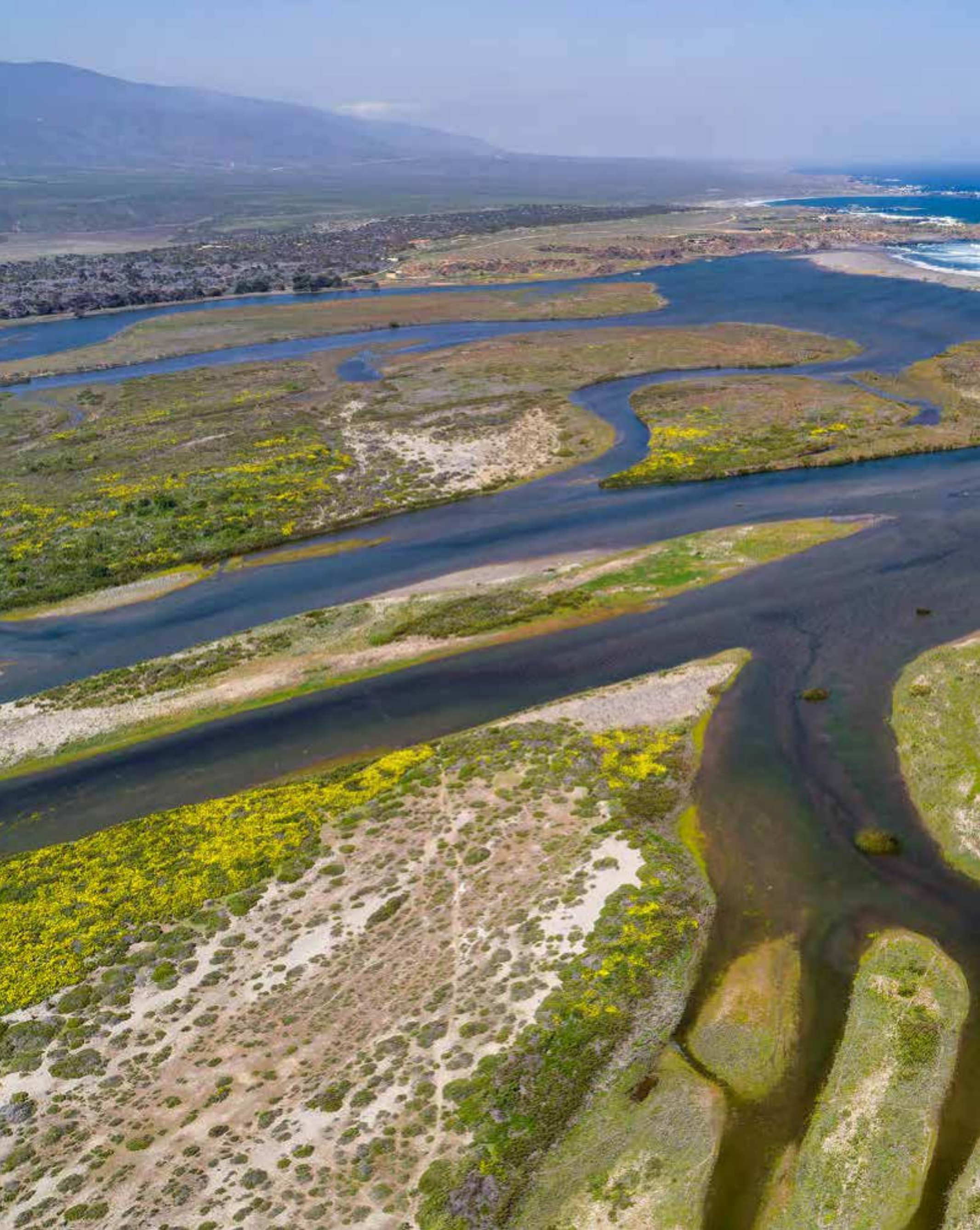
Río en Atacama. Benito Rojo, 1992.
Acrílico y óleo sobre tela, 180 x 155 cm. Colección particular.





II RÍOS DEL CENTRO

DESDE EL CHOAPA AL MAULE





CHOAPA

Los pastores trashumantes del Norte Chico

Valeria Maino

El río Choapa nace en la cordillera andina de la reunión de los ríos Totoral y del Valle, que drenan la vertiente poniente del cordón limitáneo internacional. Este río desarrolla su curso de 160 kilómetros con rumbo al noroeste hasta la junta en el Canelillo con su afluente principal, el río Illapel. El Choapa, así reforzado, mantiene dirección al oeste-noroeste hasta desembocar en el Pacífico en la rada de Huentelauquén.

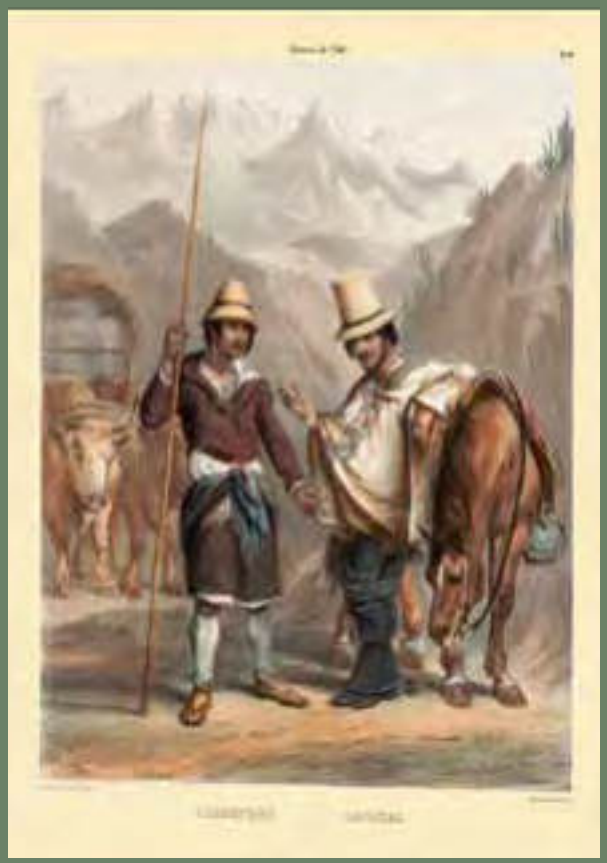
El afluente de mayor importancia del curso inferior es el estero de La Canela, que concurre por su lado norte, a diez kilómetros del mar. Quedan a su vera los pueblos de Canela Alta y Canela Baja, creados por los lavaderos de oro. Llega por el sur al Choapa el estero Millahue, muy cerca de su desembocadura.

El gasto medio anual del río Choapa en Cuncumén alcanza los 8,42 metros cúbicos por segundo, según una estadística de treinta años. El agua de esta cuenca es aprovechada en el regadío. En 1990 había unas 21.000 hectáreas bajo canal, pero con el riego por goteo, esas cifras han aumentado.

La vegetación natural en la cuenca es variada. Entre los árboles están el maitén, quillay, algarrobo, boldo, litre, lun y espino; los arbustos son pacul, huañil, palo negro, olivillo, trupa, atutemo, talhuén, palqui, maqui, alcaparra y puya. En los cerros crecen cactáceas columnares y rastreras. En primavera florecen variedades de lirios y añañucas. En algunas quebradas del curso medio hay palmas chilenas. En la caja de los ríos salen juncáceas, sauces, colas de zorro, chilcas, breas, romeros y otras plantas del género *Baccharis*. En la alta cordillera crecen pastos duros, llaretas y formaciones de vega.[1]

‹

Rada de Huentelauquén, desembocadura del río Choapa.
Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2016.



^

Izqda.: Carretero y capataz.
Estos dos «tipos» de personas aparecen representados con sus indumentarias características y rasgos propios de sus oficios, insertos en un paisaje peculiar.

Dcha.: Chelinga, Illapel. Claudio Gay, 1854.

Atlas de la historia física y política de Chile. París: Imprenta de E. Thunot. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Memoria Chilena.



›

Hacienda o mansión de campo.
A la izquierda, se aprecian unos hombres trillando el maíz; a la derecha, un matadero donde la carne se cuelga a secar. Frente a la casa, la tienda de la hacienda y una mujer y un niño que se dirigen al mercado a caballo para vender flores y leche. Peter Schmidtmeyer. Dibujo de George Scharf, el mayor. Grabado de Rowney & Forster. Litografía coloreada a mano.15,5 x 24,8 cm. *Viajes a Chile sobre los Andes, 1820-1821.* Londres: Longman, Hurst, Rees, 1824. Colección John Carter Brown Library, Brown University, Providence.

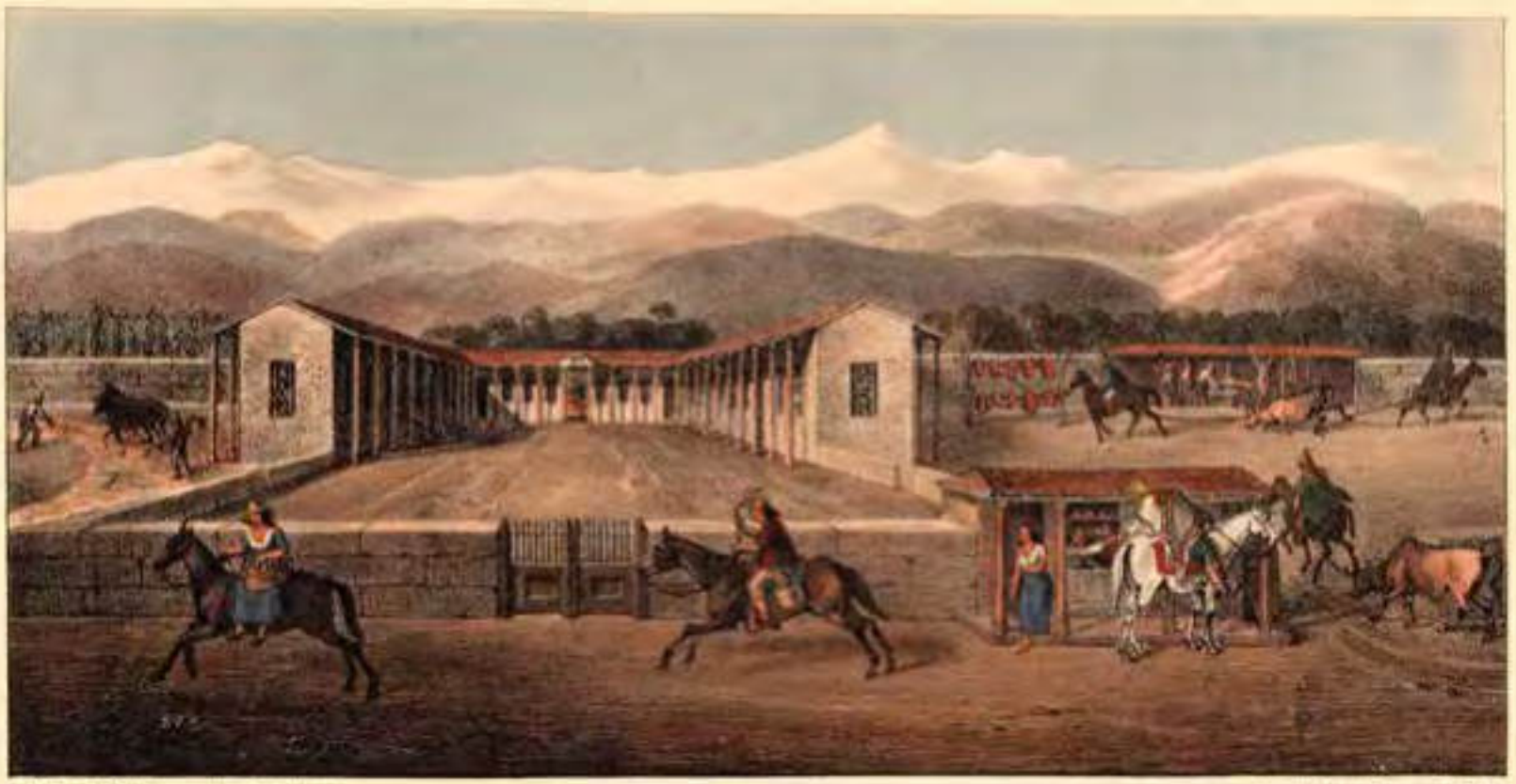
La hacienda del Choapa

La hacienda del Choapa se mantuvo en una familia y una institución por más de tres siglos. Su última propietaria fue Matilde Salamanca, hija de Isabel de Zavala y Bustamante y de Manuel Silvestre Salamanca Cano de Aponte, nacido en Villa de Mora, en Burgos (España), venido a Chile con su tío Gabriel Cano de Aponte, gobernador entre 1717 y 1733. Salamanca fue maestre de campo, general, brigadier de los Reales Ejércitos, caballero de la Orden de Santiago, gobernador y capitán del Reino de Chile entre 1734 y 1737.

En ese entonces, la hacienda del Choapa se componía, de cordillera a mar, de doce fundos: Cuncumén, Chillepín, Tranquilla, Coirón, Llimpo, Quelén, Las Casas, Tahuinco, El Tambo, Limáhuida, Las Cañas y Las Vacas.

En 1843, la Junta de Beneficencia acordó fundar un pueblo en torno a las casas de Matilde Salamanca, tarea que cumplió Bruno Larraín Aguirre, presidente de la misma y nieto del marqués de Montepío. Esta villa se llamó Salamanca en honor a su dueña; se bautizó la plaza como Aguirre, en recuerdo del marqués; y las calles norte-sur llevaron los nombres de los benefactores de la Casa de Huérfanos. También Larraín solicitó al Congreso en 1864 cambiar el límite entre las provincias de Coquimbo y Aconcagua para volver al de 1826, sin conseguirlo. Este límite dividía estos fundos, quedando en Coquimbo Cuncumén, Llimpo y Las Casas, y en Aconcagua, Tranquilla, Coirón, Quelén, Tambo y Tahuinco.[2]

En 1928, el gobierno de Carlos Ibáñez dictó la Ley de Colonización, iniciándose con la parcelación del fundo Las Casas. Hasta 1941 no hubo mayores cambios, pero el gobierno prohibió a la beneficencia seguir con los arriendos. Después hubo otros proyectos fiscales y terminó con la Ley de Reforma Agraria de 1960, que se inicia en el valle del Choapa.



Hacienda or Country Mansion.

La trashumancia

El interés por la trashumancia se ha acentuado en los últimos años. Existe la preocupación por que pueda desaparecer, por el uso de camiones para mover los animales o por las formas de administrar un plantel, con el ganado estabulado y alimentado con productos preparados, que no necesita pastar en las cordilleras. Además, inhiben esta costumbre los controles sanitarios a la partida de los rebaños y las fronteras, aunque el turismo vendría en ayuda de esta milenaria tradición.[3] En efecto, Francia tiene planes de protección y en las fechas de subida de los ganados a los Pirineos, la ruta se llena de turistas, que pueden alimentar a los corderitos y observar la esquila de las ovejas, apostando cuánto demorará cada pastor en esta faena.

La trashumancia se efectúa siempre por las mismas rutas; así se crearon los caminos. El sur de Italia era atravesado en la época romana por vías, que luego cambiaron su nombre por *tratturi*. En los reinos españoles eran conocidas como *cabañas* en Aragón, *carredadas* en Cataluña, *azadores* en Valencia y *cañadas* en Castilla. Estas rutas lindaban con los cultivos aldeanos y el habla constante terminó denominando «cañada» a cualquier camino por donde pasaran las ovejas. Los ganaderos, agrupados en la Mesta, acudieron a la Corona por un privilegio que asegurara su paso por los pueblos, donde tenían problemas con los agricultores, de modo que en 1273 Alfonso X les concedió el privilegio de la anchura de la Cañada Real, de noventa varas (setenta y cinco metros). Los Reyes Católicos ampliaron las penalidades para los que entorpecieran la trashumancia. Una vez que introdujeron los ganados en América, los españoles trataron de imponer la legislación de la Mesta, a pesar de los factores geográficos adversos. Así se hizo en Santo Domingo y México.

En Chile, según los historiadores, no se aplicaron estas leyes, a pesar de que era el único país con clima mediterráneo en Iberoamérica. Sin embargo, existen indicios de la Mesta en las rutas llamadas «cañadas», como la Cañada en Santiago, que conserva los setenta y cinco metros de ancho de la Cañada Real. La anchura de las cañadillas era la mitad, como en la Cañadilla de Olivares y la Cañadilla de la Chimba, que hoy corresponden a las avenidas Brasil e Independencia, que fueron, con la Alameda, las calles mayores de Santiago hasta 1872.

^

Fiesta de la Trashumancia
y del Criancero Caprino. Illapel, 2013.
En esta fiesta costumbrista celebrada en diciembre, miles de cabezas de ganado caprino parten a las veranadas en los sectores cordilleranos y los crianceros atraviesan la ciudad con sus animales, siendo despedidos por la comunidad.
Colección I. Municipalidad de Illapel.

›

Majada en Cuncumén, Salamanca, 1948.
La trashumancia en esta región puede desaparecer pronto si se mantienen las condiciones climáticas de los últimos años, que muestran promedios de precipitaciones muy bajos y, por tanto, la extinción de la vegetación natural, condenando a los cabreros más pobres y sin tierras a eliminar su ganado.
Papel fotográfico opaco, monocromo. 17,3 x 23,5 cm. Enciclopedia Chilena 1948-1971.
Colección Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.

La trashumancia en Chile

La trashumancia existe en Chile desde la Conquista y se conoce como «veranadas». Esta costumbre de mover los rebaños en las mismas estaciones se mantuvo por siglos entre el río Limarí y los ríos Longaví y Perquilauquén, cuando la matanza se hacía en marzo o abril, una vez que se bajaba el ganado de la cordillera. Hasta la década de 1970, en Farellones, durante el verano, las ovejas pastaban en las pistas de esquí. Lo mismo ocurría en los valles cordilleranos del Maipo, en las termas del Flaco, al interior de río Tinguiririca, en Curicó y en la laguna del Maule.

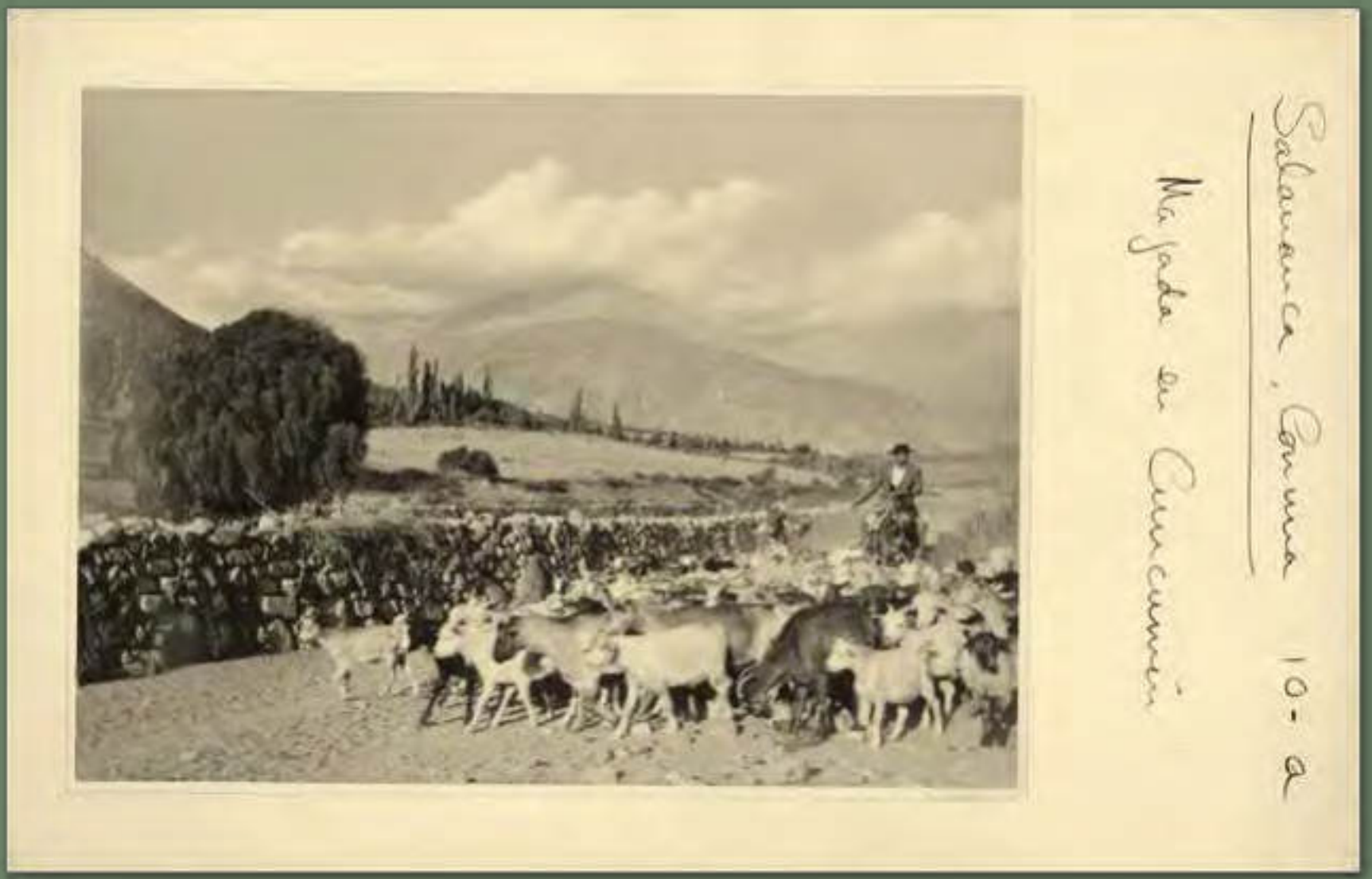
En las provincias de Aconcagua y Coquimbo, la trashumancia era una actividad propia de los grandes fundos de la costa, cuyos propietarios pagaban a los hacendados de la cordillera por cada cabeza de ganado que subía. Claudio Gay, que analizaba los cultivos en la zona central a mediados del siglo XIX, señalaba: «En las montañas de la cordillera de la Costa y en la de los Andes, ocupan las alturas miles de vacunos y ovejas, que pasan de una hacienda a otra por falta de cierros. Al bajar los rebaños antes del invierno se separa el ganado y se marca».

Ese paisaje ha variado en estos ciento cincuenta años, dejando el piedemonte de los Andes con una vegetación muy raleada, mientras que en la cordillera de la Costa los árboles nativos están sólo en ciertos lugares porque se han reforestado con especies extranjeras.

La trashumancia en el Choapa

La antigua hacienda del Choapa se había especializado en la cría de animales mayores y menores, para producir sebo, cuero y charqui, o animales en pie, de venta a las minas del norte. Cuando la Casa de Huérfanos recibió estos fundos, estaban arrendados a los mineros del valle. Como ellos movían a los inquilinos a distintas partes del campo, no se veían casas ni cultivos, pero podían tener animales. En 1887, se calculaba que los valles del Choapa e Illapel mantenían cincuenta mil vacunos y caballares, noventa y cinco mil ovejas y cabríos, y mandaban anualmente al norte casi once mil animales. Muchas de estas reses subían a las veranadas, de noviembre a marzo, ocupando hasta las vegas de Calingasta, en la provincia de San Juan (Argentina).

Actualmente la hacienda de Cuncumén, en el valle del Choapa, pertenece a la minera Los Pelambres, igual que la mina Pachón, al otro lado de los Andes, lo cual le ha permitido organizar la trashumancia siempre que los crianceros de veinte mil cabras cumplan las normas de conservación del medio ambiente, las exigencias sanitarias del Servicio Agrícola Ganadero y las de las autoridades argentinas, facilitando que los ganados puedan alimentarse, sin exceder la capacidad de pastura de los sitios asignados a cada rebaño. Por más de veinte años, los registros han ido mejorando anualmente. A la partida de los rebaños, los crianceros pasan por las calles de los pueblos, siendo celebrados por los vecinos.





ACONCAGUA Y MAIPO

Ríos que dieron vida a los primeros habitantes

Fernanda Falabella

Entre la cordillera y la costa, en esta zona existió desde hace más de doce mil años un modo de vida cazador-recolector que poco a poco fue evolucionando hacia la horticultura y el sedentarismo. Los grupos Bato, Llolleo, Aconcagua y, por supuesto, el Inca son algunas de las comunidades que se asentaron al borde de lagunas, esteros y vertientes.

Exploración y ocupación inicial

Los indicios más antiguos hasta ahora conocidos de presencia humana en la cuenca del Aconcagua se encuentran en el sitio Piuquenes (10160 a 9130 a.C.) y, en el caso del Maipo, en El Manzano 1 (10140 y 8564 a.C.), ambas zonas cordilleranas.[1] Estas primeras exploraciones encontraron en el sector andino una serie de condiciones apropiadas para un modo de vida cazador-recolector que —con variaciones en el tiempo— perduró hasta la República. La cordillera presentaba varios atractivos: reparos rocosos para guarecerse de las inclemencias del tiempo, plantas silvestres comestibles, guanacos, vegas ricas en pastos, rocas de muy buena calidad para la confección de instrumentos y, por cierto, numerosos cursos de agua que sirvieron de derroteros para moverse en estos accidentados parajes, desde el llano hasta los portezuelos que conectan con la vertiente oriental de los Andes.

Con el paso del tiempo, estos grupos fueron aprendiendo a conocer los recursos en estos parajes y en la costa, adaptando sus técnicas para la obtención de alimentos. Así, las puntas de lanza pedunculadas iniciales se cambiaron por puntas más pequeñas que se lanzaban con estólicas para cazar los animales a mayor distancia. Si bien es posible que las mismas bandas transitaran desde la costa a la cordillera aprovechando la disponibilidad de recursos en distintas épocas del año, los análisis químicos de individuos de la hoya del Maipo muestran lo contrario. Los grupos que habitaban el litoral se movían a lo largo de la costa y los de la cordillera circulaban entre esta y el llano central.[2]





Hacia los años 3000 a.C. empiezan a ocurrir algunos cambios trascendentales. Los circuitos de movilidad se amplían a lugares previamente inexplorados y los grupos utilizan cada vez más las semillas y frutos silvestres, lo que incluye el consumo de quínoa (*Chenopodium quinoa*), producto cultivado que los cazadores-recolectores obtenían de la vertiente oriental de los Andes.[3] Estas transformaciones culminan poco antes del inicio de la era cristiana, cuando se incorpora la horticultura, la producción de alfarería y nuevas formas de territorialidad, donde el sedentarismo afectó las maneras como cada comunidad se organizó en el espacio y se integró a esferas sociales y políticas más amplias. Estas transformaciones fueron paulatinas, se incorporaron a ritmos diferentes y varios grupos de cazadores-recolectores continuaron su vida intracordillerana hasta tiempos históricos.

^

Estero Monos de Agua, en el Parque Andino Juncal, afluente del río Aconcagua en la alta cordillera. Las aguas de este río reciben el aporte de la nieve, de los glaciares, de los glaciares rocosos y de las corrientes subterráneas. Fotografía de Guy Wenborne, 2012.

‹

«Red de caminos trasandinos incaicos en el Chile semiárido.» Valles del Aconcagua, Maipo y Cachapoal. Rubén Stehberg L. *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile*. Santiago: DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1995 (Santiago: Mantor). Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Memoria Chilena.

«

Cajón del Maipo, camino a Baños Morales. Este gran valle se formó hace más de 45 millones de años, cuando el choque de las placas de Nazca y del Pacífico levantaron el fondo oceánico, dando lugar a este maravilloso macizo andino. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2018.

Sedentarismo, horticultura y alfarería

Transformarse en horticultores, aunque sea de forma parcial, implica adaptar el estilo de vida a las necesidades del ciclo cultivo-cosecha de las plantas, que requieren que se prepare un terreno apropiado y permanecer un tiempo algo más prolongado cerca de los huertos para el cuidado de las plantas durante su desarrollo.[4] El primer producto cultivado en Chile central fue la quínoa, que se encuentra entre los desechos alimenticios de la mayoría de los sitios de las comunidades alfareras iniciales (300 a.C. a 300 d.C.). Como no es muy demandante durante su crecimiento, debió integrarse bastante bien a la movilidad que tradicionalmente mantuvieron los primeros horticultores para la obtención de su alimento, pero poco a poco habría influido en la transformación del sistema de asentamiento y de la organización social. A partir de este momento, las pequeñas unidades familiares fueron poblando los valles previamente deshabitados, de preferencia zonas planas al borde de lagunas y rinconadas con esteros y/o vertientes.

La alfarería, por su parte, significó la disponibilidad de contenedores que se podían poner sobre el fuego para calentar y cocer alimentos, ampliando el espectro de productos que el cuerpo podía digerir, pero también limitó la movilidad durante su manufactura. Las vasijas como los cultivos pasaron a ser elementos distintivos tanto en el plano funcional como simbólico.

Río Maipo en sector Isla de Maipo.
La comuna de Isla de Maipo recibe su nombre debido a que esos territorios eran atravesados por diversos brazos del río Maipo, formando en medio una gran isla.
Fotografía de Guy Wenborne, 2012.



Bato y Llolleo

Entre los 200 a 400 años d.C. se consolidaron dos grupos socioculturales, Bato y Llolleo, que compartieron el espacio contemporáneamente y ocuparon los distintos rincones de las cuencas del Aconcagua y el Maipo, conviviendo sin conflictos aparentes.

Los grupos Bato (200 a 1200 d.C.) mantienen muchas similitudes con los modos de vida cazador-recolector en el instrumental lítico de manufactura muy cuidada, dieta en gran parte basada en recursos silvestres (fauna menor, peumo, frutilla silvestre, ciperáceas, leguminosas), movilidad dentro de sus territorios y comunidades basadas en unidades familiares pequeñas de escasa integración social a escala regional. La horticultura era de baja escala: sembraban fundamentalmente quínoa, pero aparecieron las primeras evidencias, aunque escasas, de maíz (*Zea mays*) y de madi (*Madia sativa* Mol.), además de calabazas, de uso como contenedores, a juzgar por sus reproducciones en cerámicas. Producían alfarería con un estilo propio: asas en forma de mamelones, decoraciones con pintura roja y hierro oligisto, incisiones lineales y punteadas, a veces rellenas de blanco. Usaron tembetás como adorno labial, sin duda un distintivo frente a los grupos vecinos. La desembocadura del río Aconcagua fue un sector de gran densidad ocupacional Bato. La dispersión de estos grupos fue hacia el norte, hasta el estero Los Molles (cuenca del río La Ligua), pero también ocuparon, aunque en forma más espaciada, el sur, hasta más allá del río Maipo, por la costa y el interior.

Los grupos Llolleo (400 a 1200 d.C.), en cambio, se distinguían por sus collares de pequeñas cuentas azuladas de piedra y una alfarería de gran destreza técnica, con jarros pintados con bandas en zigzag rojas, decorados con hierro oligisto o modelados con representación de caras humanas, animales o cucurbitas y ollitas con incisiones reticuladas en el cuello. Fueron plenamente horticultores y sedentarios. Cultivaron un conjunto variado de especies, maíz (*Zea mays*), porotos (*Phaseolus* sp.), calabazas (*Lagenaria* sp.) y zapallos (*Cucurbita* sp.), además de quínoa (*Chenopodium quinoa*) y magu (*Bromus mango*), poácea actualmente extinta que los pueblos originarios de Chile cultivaban para su alimentación.[5]



Ninguno de estos grupos desarrolló sistemas de regadío; debieron asegurar la provisión de agua con las lluvias estacionales, vertientes y escurrimientos naturales, donde instalaron sus huertos. Los Bato usaron preferentemente las inmediaciones de paleolagunas y bordes de esteros; los Llolleo, en cambio, ocuparon más las terrazas de los ríos. Esta diferencia seguramente deriva de las nuevas necesidades que impuso el maíz para su cultivo, el que se consolidó y fue mucho más importante en la dieta entre los Llolleo. El maíz para ellos tuvo valor alimentario y ritual e influyó en su percepción y relación con los ríos y el agua. En el sitio El Mercurio, en la planicie entre el río Mapocho y el cerro Manquehue, se encontraron restos de chicha de maíz en algunos jarros depositados con los difuntos.[6] El uso de la chicha entre los pueblos originarios de los Andes tiene una larga tradición y estuvo vinculado a su importancia social y simbólica en las fiestas y los rituales. Conlleva un simbolismo asociado a la reproducción de la naturaleza y la vida. Su preparación requiere del concurso de piedras de moler y agua. Si bien no tenemos cómo conocer las visiones de mundo de los grupos Llolleo, es muy sugerente la importancia que adquirieron los bolones del cauce de los ríos en estas actividades. Estos fueron colectados para transformarlos en molinos y manos de moler que luego eran enterrados con las mujeres, algunos de ellos previamente inutilizados. Al mismo tiempo, los bolones naturales formaban parte de la parafernalia funeraria, cubriendo o rodeando los entierros.

La población Llolleo habitaba en caseríos de una o más viviendas, dispersos desde el Valle Central al mar, pero formando agrupamientos entre las comunidades familiares más cercanas y separados de otros por espacios vacíos. Ocuparon también los valles cordilleranos para actividades estacionales. Se ha constatado una gran diversidad en los tamaños y densidades de estos agrupamientos: algunos fueron más estables y permanentes en el tiempo; otros se ocupaban esporádicamente.

Los grupos Llolleo, al permanecer el año completo en sus viviendas, desarrollaron mecanismos de integración social con sus vecinos y con comunidades más alejadas por medio de relaciones de parentesco, lo que fue generando una trama social que les aseguraba acceso a territorios más amplios y protección frente a situaciones de sequías o pérdida de las cosechas. Estudios químicos que han comparado la dieta y el lugar de residencia de los individuos Llolleo cuando niños y de adultos muestran que algunos se iban a vivir a otros lugares, seguramente después del matrimonio, y la gran mayoría de estos eran mujeres. Este flujo humano, las visitas a parientes y ciertas instancias de congregación periódicas tuvieron como consecuencia la dispersión de los estilos artefactuales en la gran cantidad de sitios Llolleo conocidos hasta hoy desde la cuenca del Aconcagua al Maipo y más allá de sus confines.



Arriba: Jarro, cultura Complejo Llolleo. En el sector medio del cuello se encuentra modelado un rostro humano con perfil de cejas y nariz continuo y ojos grano de café. La boca está realizada en decoración lineal incisa y sobre el labio inferior se aprecia la silueta de un tembetá. 11,5 x 85 cm. Modelado de arcilla, greda. Colección Museo Regional de Rancagua.

Abajo: Tembetás, cultura Complejo Llolleo. Período Alfarero Temprano. El tembetá es un adorno labial que aparentemente habrían usado los varones adultos. Colección Museo Regional de Rancagua.

Cajón del río Yeso. Formado a partir de los deshielos del Paso del Portillo, el Yeso, junto a los ríos Colorado, Volcán y Mapocho, son los principales afluentes del río Maipo. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2013.

Los grupos Aconcagua

Hacia el 1000 d.C. se produjo una transformación profunda en los patrones culturales. Cambiaron los adornos personales, las técnicas de producción, materias primas, formas y decoraciones de la alfarería, los instrumentos líticos y sus formas de uso, los implementos para inhalar y/o fumar, los ritos mortuorios se realizaban en cementerios de túmulos, las formas de entierro y la posición en que se disponían los individuos es radicalmente diferente, los cultivos alcanzaron mayor desarrollo y se advierten nuevas formas de manejo de los animales. No obstante, una gran cantidad de sitios habitacionales de esta época coincide espacialmente con sitios Llolleo o Bato, lo que devela una recurrencia en el uso de ciertos lugares como parte de un proceso social de construcción de paisajes culturales y de una memoria histórica perpetuada a través de generaciones. También sugiere que es un cambio que ocurre en el seno de las mismas poblaciones del área.

›

Jarro y taza, complejo cultural Aconcagua,
decorados en negro sobre un engobe naranja.
Período Agroalfarero Tardío.
Colección Museo Nacional de Historia Natural, Chile.

˅

Viñedos en el lecho del río Aconcagua,
en el sector de Panquehue.
Al fondo, en el horizonte,
se ve la cumbre del cerro La Campana.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.





A estas poblaciones se las ha llamado Aconcagua porque fue cerca de este río donde los investigadores encontraron por primera vez sus evidencias arqueológicas a comienzos del siglo XX. Estos grupos expandieron y consolidaron la horticultura. La quínoa, los porotos y el maíz tienen mayor tamaño y variedad, lo que supone su manipulación y un uso más generalizado de los cultivos.[7] Su importancia en la dieta se aprecia también en el incremento de molinos de canal amplio y manos de moler y en las ollas de cocina, que presentan mucho hollín en las superficies exteriores, señal de exposición prolongada al fuego, y paredes con altos índices de conductividad, lo que las hace altamente eficientes para la cocción. Pero lo más significativo es la fuerte dependencia del maíz para su alimentación, que ha sido develada por los análisis químicos de restos humanos. Ellos demuestran que el maíz fue muy importante en la alimentación de los niños y que, entre los adultos, hubo mayor consumo en los hombres que en las mujeres.[8]

El maíz tiene requerimientos muy exigentes de suelo y humedad, lo que les hizo buscar terrenos fértiles cerca del agua. La localización de los asentamientos de los grupos Aconcagua apunta en esa dirección, pues usaron de preferencia las terrazas cercanas al agua. Los encontramos en las riberas del Aconcagua y del Maipo-Mapocho, así como a lo largo de sus afluentes. En el litoral los sitios se encuentran a ambos lados de las desembocaduras, así como en espacios cercanos a esteros y lagunas costeras. Además de los sitios permanentes, hay registros de movimientos estacionales con instalaciones en la cordillera, los que parecen estar vinculados a la obtención de materias primas líticas y/o al uso de veranadas para la caza o apresamiento de guanacos. Estos se llevaban y aguachaban en los asentamientos, donde se criaban para aprovisionarse de carne y cueros, aunque no llegaron a tener animales domesticados como la llama. Vivían en caseríos dispersos asociados a pequeños campos de cultivo, con viviendas de materiales perecederos, aunque en algunos casos se han reportado basamentos de piedra. Estudios en la zona sur de la cuenca de Santiago muestran que se ubican «ni muy lejos ni muy cerca» unos de otros, no más cerca de 1,3 kilómetros y no más lejos de 4,1 kilómetros. Si bien no hay evidencias de un aumento demográfico, los sitios residenciales son más densos que en el período anterior, por lo que se ha sugerido que eran habitados por un mayor número de personas.[9]



Otro cambio importante se dio en los ritos funerarios. Los cementerios de túmulos, que se han considerado característicos de los grupos Aconcagua, están concentrados en la cuenca del Aconcagua y al norte del río Mapocho y son de tamaños muy dispares.[10] Como ejemplo, Huechún-1 tiene 19 túmulos, El Algarrobal, en Til Til, 21, El Valle Chicauma cuenta con 102 túmulos y Hacienda Lliu Lliu, en Olmué, con 300. Su existencia implica un espacio público común para actividades que convocan a personas más allá del núcleo familiar residencial, lo que habla de nuevas formas de organización social y política.

Los análisis de la cerámica han revelado que la producción alfarera se realizaba en las comunidades, validando la idea de una autosuficiencia económica a nivel residencial y de que el famoso «estilo» Aconcagua se dispersó y se mantuvo a través del tiempo gracias a los contactos personales desde el río Aconcagua hasta el río Cachapoal. A la vez, existían diferencias en la frecuencia de uso de distintos tipos de cerámica y sutiles variaciones en el color del pigmento, en el tono de las arcillas y en la frecuencia de los motivos de las vasijas Aconcagua Salmón, que muestran mayor cercanía social entre los habitantes del curso medio de los ríos con los de la costa y aquellos del valle central con los de la cordillera. La decoración con motivos abstractos y geométricos de color negro sobre el fondo de tono salmón se prestaba para expresar códigos sociales que fueron seguramente comprendidos y compartidos por la población. El trinacrio, presente en todas las escudillas en su superficie externa, ha sido considerado un probable ícono de identidad grupal.

La presencia inca

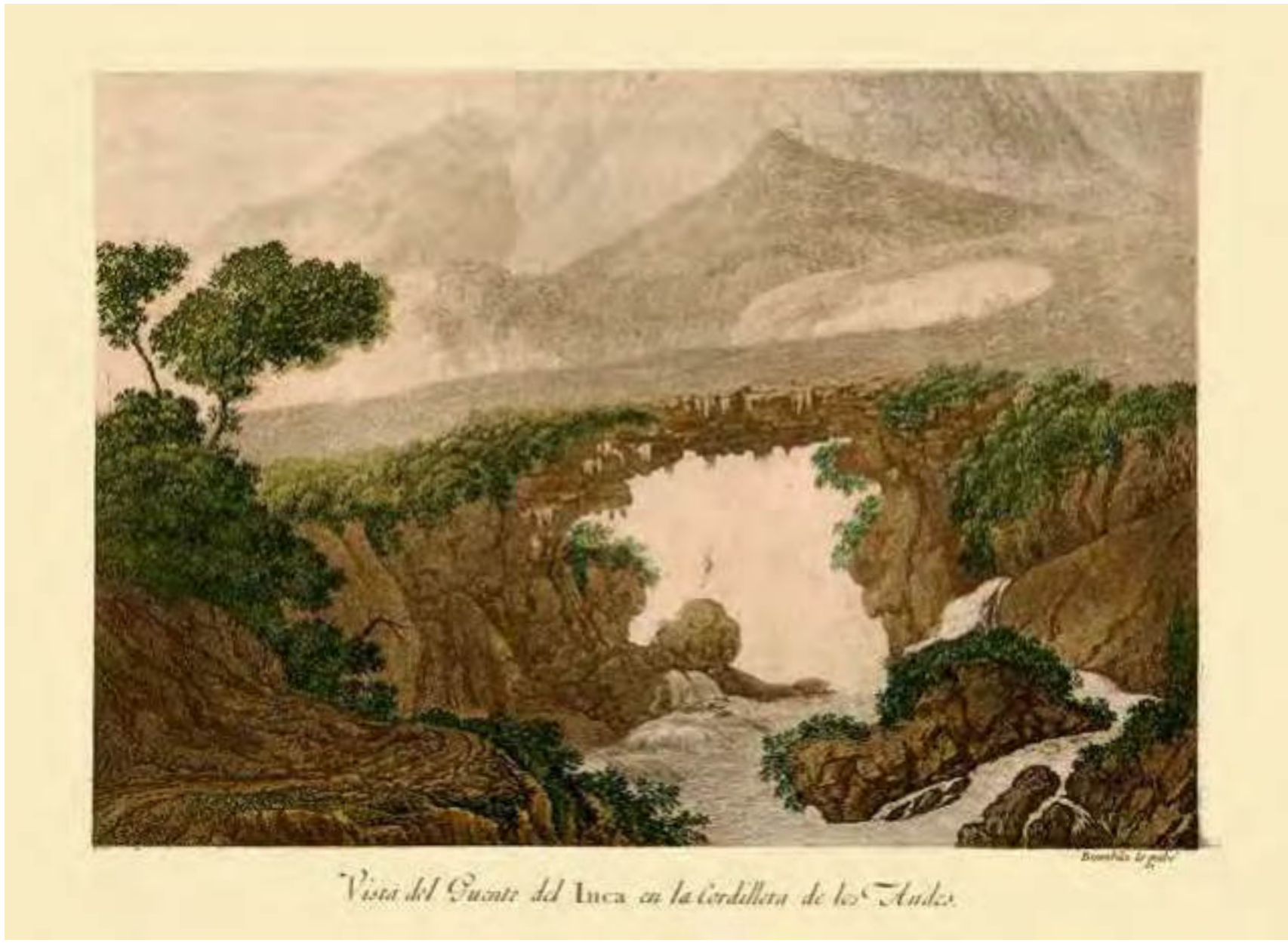
Huestes incas, integradas también por indígenas Diaguita, llegan al valle del Aconcagua hacia el 1400 d.C. o un poco antes. El río Aconcagua representó un punto clave para el Qhapaq Ñan o camino del Inca para conectar las rutas de las vertientes este y oeste de la cordillera de los Andes, lo que se concretó a través del paso de Uspallata, el mismo Camino Real a Cuyo de la Colonia y por donde pasó el Ejército Libertador en 1817. Se debieron superar grandes desafíos climáticos y topográficos para abrir esta ruta y construir tambos para la alimentación y el descanso de los viajeros y sus animales. Uno de estos es el tambo Ojos de Agua, en el río Juncal, última parada antes de subir la cordillera hacia Mendoza o descansar llegando en sentido contrario. Disponía de muchos recintos rodeados por un muro y *qolqas* para almacenar víveres, desde alimentos muy proteicos como pescados y carne de camélidos, hasta otros ricos en carbohidratos como el maíz, papa, poroto y ají.[11] Al poco tiempo encontramos las evidencias incas en el valle del Maipo.

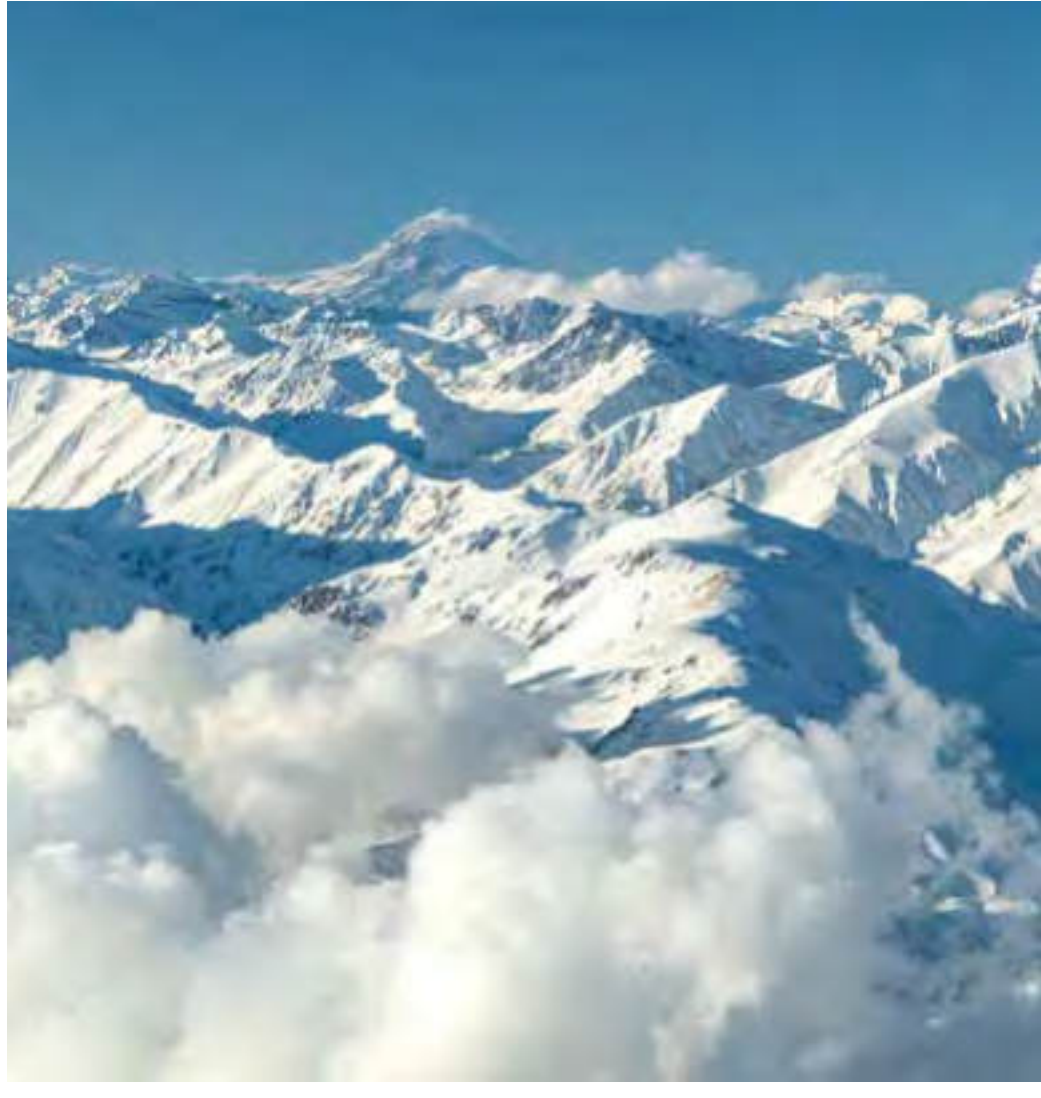
‹

Cerro El Roble. Desde su cumbre, la cuarta más alta de la cordillera de la Costa, se tiene una completa vista de los valles del Aconcagua, Til Til y Olmué. En esta imagen es perfectamente distinguible el monte Aconcagua. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2015.

›

Vista del Puente del Inca en la cordillera de los Andes. Esta formación geológica es un peculiar fenómeno natural sobre las aguas termales del río Cuevas. Dibujo y grabado de Fernando Brambila. Madrid, 1798. Litografía. Colección Museo Histórico Nacional.





›

Cordillera central, cerro El Plomo. Escogido por los incas como Apu («guardián»), este cerro, uno de los más imponentes de los valles centrales, abastece generosamente de agua a los ríos Mapocho y Maipo desde sus glaciares. Fotografía de Guy Wenborne, 2018.

˅

Aríbalo inca. Cerámica alisada y pulida, engobe y pintura. Alto 55 cm, diámetro mínimo 11,5 cm, diámetro 41 cm, ancho 47 cm, espesor 0,9 cm. Proyecto «Bajo la Lupa». Subdirección de Investigación. Servicio Nacional del Patrimono Cultural. J.P Turén 2019. Colección Museo de Historia Natural de Valparaíso.



La estrategia no fue de dominio, sino de reciprocidad que aprovecha las relaciones previas entre los Diaguita y los Aconcagua para lograr una integración en vez de una confrontación; no obstante, marcaron claramente su jerarquía imponiendo sus principios ideológicos, alterando el paisaje e imponiendo sus códigos visuales. El resultado de esta estrategia fue la instalación selectiva de espacios públicos con construcciones de piedra, algo inédito en la zona, en la cima de cerros para festividades y en las altas cumbres de los cerros Aconcagua y El Plomo para realizar la Qapacocha. Asimismo, desplegaron un mundo de representaciones visuales en la cerámica y en los petroglifos que destacaba los principios ordenadores del mundo inca, como la dualidad y la cuatripartición. Trazaron y mejoraron rutas longitudinales y transversales que unían puntos de interés. Intensificaron la agricultura, abriendo nuevas acequias, y emprendieron la extracción de minerales. Se distinguieron también por sus herramientas y distintivos de metal y recuas de llamas de carga, todo esto previamente desconocido en la zona. La impronta que dejaron fue desigual y heterogénea, reflejo de las relaciones dispares que lograron establecer con las distintas comunidades y *lonkos* locales.

En el Aconcagua, el cerro Mercachas fue el espacio público más imponente, con una gran meseta de 300 metros cuadrados en la cumbre, a 500 metros sobre el nivel del valle y amplio dominio del curso medio-superior del valle. Tiene un muro perimetral y recintos rectangulares y debió ser usado para actividades públicas y religiosas esporádicas. Estaba próximo a la instalación



denominada «paredones del inga», a la acequia indígena Quechibuica, a varios cementerios y al extenso sitio habitacional con muros de pirca doble El Castillo, posible asiento del famoso Michimalongo, jefe de la mitad superior del valle, de acuerdo con Vivar (1966 [1558]).[12] Similares características tiene el espacio del cerro Mauco, cerca de la desembocadura, con una altura de 728 metros, muro perimetral y estructuras de piedra, que debió funcionar también para fiestas religiosas. El cerro La Cruz, cerca de Catemu, en cambio, cumplió otras funciones. Destaca por la gran cantidad de objetos de cobre y de plata (barras, punzones, aros, espirales, campanilla, cinceles y hachas), grandes contenedores, vasijas decoradas, restos alimenticios e instrumentos musicales, por lo que se ha interpretado como un lugar no sólo de fiestas sino de intercambio en la que habrían participado locales y foráneos.[13]

Uno de los sectores que muestran una presencia fuerte del inca es la zona ocupada actualmente por la ciudad de Santiago, cerca de donde se encontraban los «paredones del inga» documentados en los mapas del siglo XVI. Varios edificios públicos próximos a la Plaza de Armas[14] están construidos sobre lo que fue un asentamiento de época inca de donde se han recuperado restos fragmentados de vasijas del más puro estilo cusqueño.[15] Otro conjunto importante se ha recuperado en Quilicura, donde se han encontrado varios cementerios que destacan no sólo por la gran cantidad de ofrendas en las tumbas sino por algunos individuos con tratamientos especiales, como uno que poseía dos *keros* idénticos, signo de estatus, usados en libaciones entre señores, o la tumba que corresponde al entierro de más de diez niños acompañados de un ajuar extraordinario, con numerosas vasijas, plumas y cuentas de collar.[16] Otro sector, si bien no tan prolífico en cantidad de sitios, tiene alta connotación política y ritual: es la zona del cerro de Ramón, a unos 1.900 m.s.n.m., donde se construyeron cuatro estructuras rectangulares de piedra que parecen estar asociadas a la existencia de saltos de agua, fenómeno natural altamente preciado en la cosmovisión incaica.[17] Además, a los pies del cerro se encontró el famoso cementerio La Reina, donde se enterró a personajes de muy alto rango. Las tumbas tenían un túnel estrecho de entrada a una cámara o bóveda subterránea donde se depositaba al individuo. Luego del entierro, se cerraba la cámara con una pirca y se llenaba el túnel con tierra y piedras. Entre los objetos más extraordinarios se encuentran láminas de oro cosidas en textil, *keros* de madera, individuos en andas de madera, adornos de oro y plata, pinzas de cobre, clava de cobre de seis puntas y muchos esqueletos de llamas, además de al menos 58 vasijas de estilo inca y diaguita.[18]

Para los incas, el agua, los cerros y las rocas eran *apus* (señores) y *guacas* (sitios sagrados). En la cumbre del cerro El Plomo, a 5.430 metros de altura, subiendo por el río Mapocho, se realizó una de las ceremonias más importantes para el Tawantinsuyu, la Qapacocha, que establece un vínculo ritual directo entre el Cuzco y una provincia. Según relatan las crónicas, los participantes irían primero a una gran fiesta al Cuzco para luego volver a sus lugares de origen y ser sacrificados. Allí construyeron una plataforma circular y tres recintos rectangulares de piedra, en el mayor de los cuales instalaron a un niño de unos nueve años, con todo el pelo trenzado, quien, inconsciente bajo los efectos de chicha, murió congelado y rodeado de los bienes más preciados: su vestuario de fino tejido, una pulsera y un distintivo de cobre, una bolsa con coca, finos tejidos, llamas de oro y pequeños objetos de mullu (concha de *Spondylus* del Ecuador de alto contenido simbólico) y una pequeña figura humana de plata ricamente vestida a la usanza inca. Esto es lo que se logró recuperar del conjunto ceremonial, que debió contener más ofrendas, ya que en el año 1954, cuando unos arrieros bajaron al niño a Puente Alto, el lugar había sido previamente saqueado.[19] Otro conjunto ritual se ubicó en la cumbre del cerro Peladeros, a 3.920 m.s.n.m. Próximo a él se han descubierto tramos de un camino que lleva a otro conjunto de estructuras en Laguna del Indio.[20]

Quienes participaron de estas ceremonias debieron ser los grupos locales, que entablaron las relaciones más directas con los incas, adoptando sus códigos culturales y la profunda simbología inmersa en sus rituales. Ello permite pensar en un nuevo sistema de autoridades, más jerárquico que el de las comunidades Aconcagua, pero conviviendo con el sistema tradicional en muchas otras partes de la región. En efecto, otros sectores habitados muestran escasa influencia inca o se advierte mayor mezcla de lo inca con las tradiciones locales previas.[21]

Estudios recientes han reconstruido los caminos utilizados durante el siglo XVI al norte del río Mapocho, entre los que habría dos rutas incaicas paralelas: el «camino antiguo del Inga»,[22] con pircas construidas a ambos costados, y el «otro camino del Inga» —más al oeste—; ambos se unían para continuar al sur como «camino de Chile o del Inga». Articulados con los caminos construyeron tambos e instalaciones con distintos fines en colinas y cerros: en el cerro Chena, un pukará o fortaleza cerca de San Bernardo; en Collipeumo, cruzando el Maipo hacia el sur; en Chada, cerca de la Angostura de Paine, a una jornada de camino desde Chena; y en el cerro El Peral, en la margen izquierda de la quebrada que aún conserva el nombre de Quebrada del Inca.[23] En la planicie que rodea estos cerros existen sitios residenciales de las poblaciones Aconcagua locales, lo que muestra como las estrategias de penetración de los incas implicaban relacionarse con la población local e intervenir el paisaje con elementos propios de su contexto simbólico: las construcciones rectangulares de piedra canteada y las alturas. Desde aquí la ruta cruzaba un portezuelo que conectaba la cuenca del río Maipo con la del Cachapoal.

Los incas mejoraron los sistemas de riego e introdujeron nuevos cultivos. Por vez primera se encuentra ají (*Capsicum* sp.) y papa (*Solanum tuberosum*). Desde el río Mapocho se sacó la acequia madre o «acequia de Guachuraba», que pasaba por el portezuelo Collo (El Salto) y se dejaba caer formando un humedal, desde donde se desprendieron numerosas acequias menores para regar el llano al norte del cerro San Cristóbal (Huechuraba, Conchalí y Quilicura). Otras se dirigían al sur del río para regar Vitacura, Apoquindo, Tobalaba y Peñalolén. Esto significó ampliar las tierras para el cultivo, que con anterioridad estuvieron restringidas a zonas próximas a los esteros o vertientes. No obstante, contrario a lo esperado por la ampliación de los cultivos, el consumo de maíz entre la población de la cuenca del Maipo disminuyó, probablemente a consecuencia de que esas cosechas estuvieron destinadas al acopio de maíz que debía mantener el Inca para las celebraciones y comensalidad en sus relaciones políticas con los locales.



Momia inca encontrada en la cima del cerro El Plomo. Se trata del cuerpo congelado de un niño de unos ocho años de edad, sacrificado por los incas aparentemente en la ceremonia de la Qapacocha. Fotografía de Fernando Maldonado, 2006.



›

Laguna del Inca.
En la cordillera de los Andes, a apenas 45 minutos en auto de Santiago, sorprende este ojo de agua oculto en un llano a dos mil metros de altura.
Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2019.



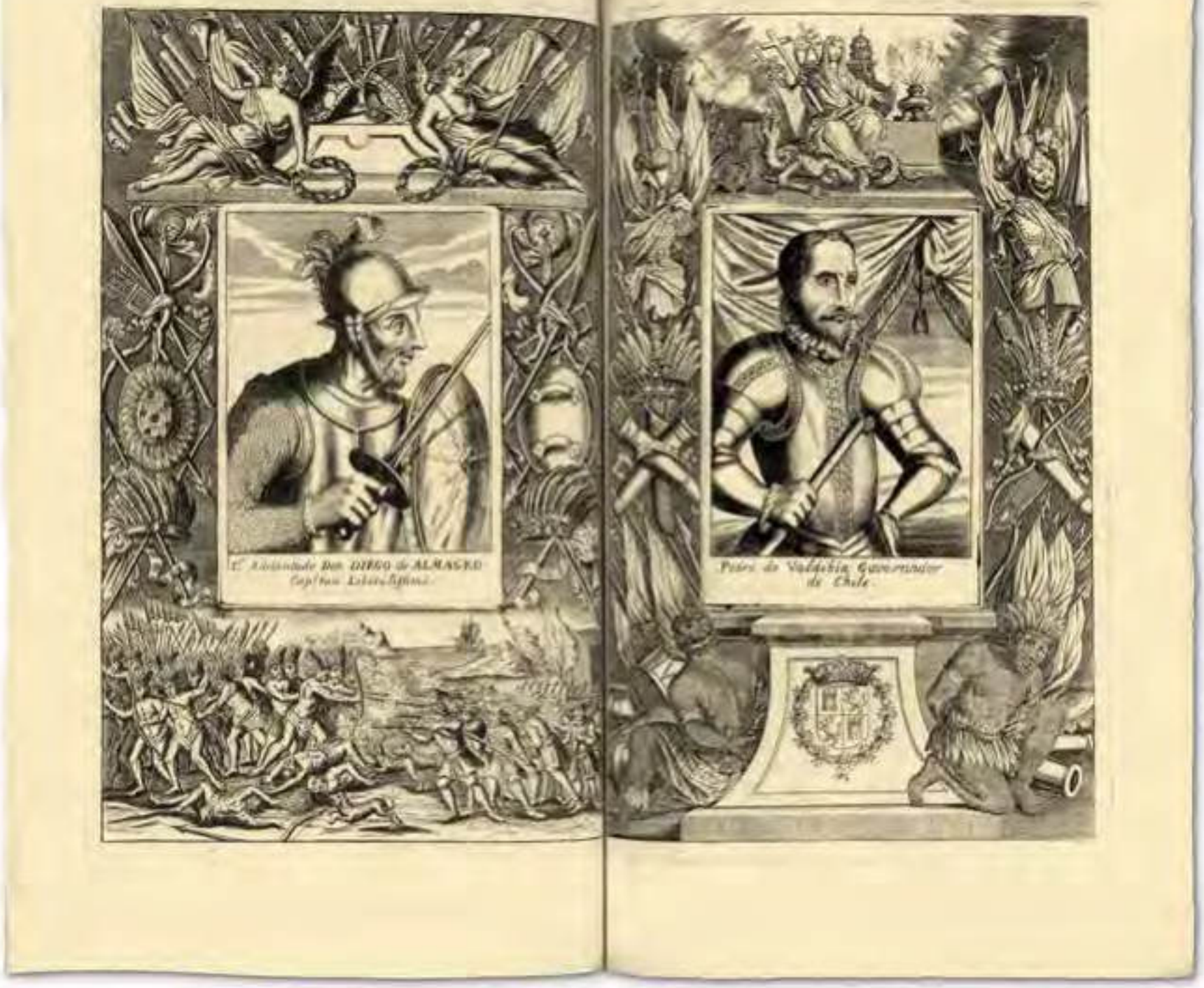


ACONCAGUA

El valle de Chili

Valeria Maino

Desde la época prehispánica, el valle del Aconcagua era el mejor trabajado del país. Si bien en un primer momento los cultivos agrícolas, la ganadería y sus productos derivados y la materia prima de la minería se destinaron al consumo local y para uso de la Corona española, tras la Independencia y con el desarrollo del comercio pasaron a exportarse al extranjero desde el puerto de Valparaíso.



El valle de Chile o Aconcagua a la llegada de los conquistadores

En el valle del Aconcagua pasó el invierno Diego de Almagro y su hueste antes de iniciar el retorno al Perú. Este adelantado y conquistador se había desilusionado del Chile real al no encontrar ciudades, riquezas ni una abundante población. Este grupo de militares retornados fueron vistos como unos fracasados, pero tras las sangrientas guerras civiles en Perú entre almagristas y pizarristas, el capitán Pedro de Valdivia volvió a concebir la idea de una conquista de Chile.

Así, después de exponer sucesivos argumentos favorables y de reiterados ruegos, el marqués Francisco Pizarro terminó nombrándolo teniente de gobernador y capitán general

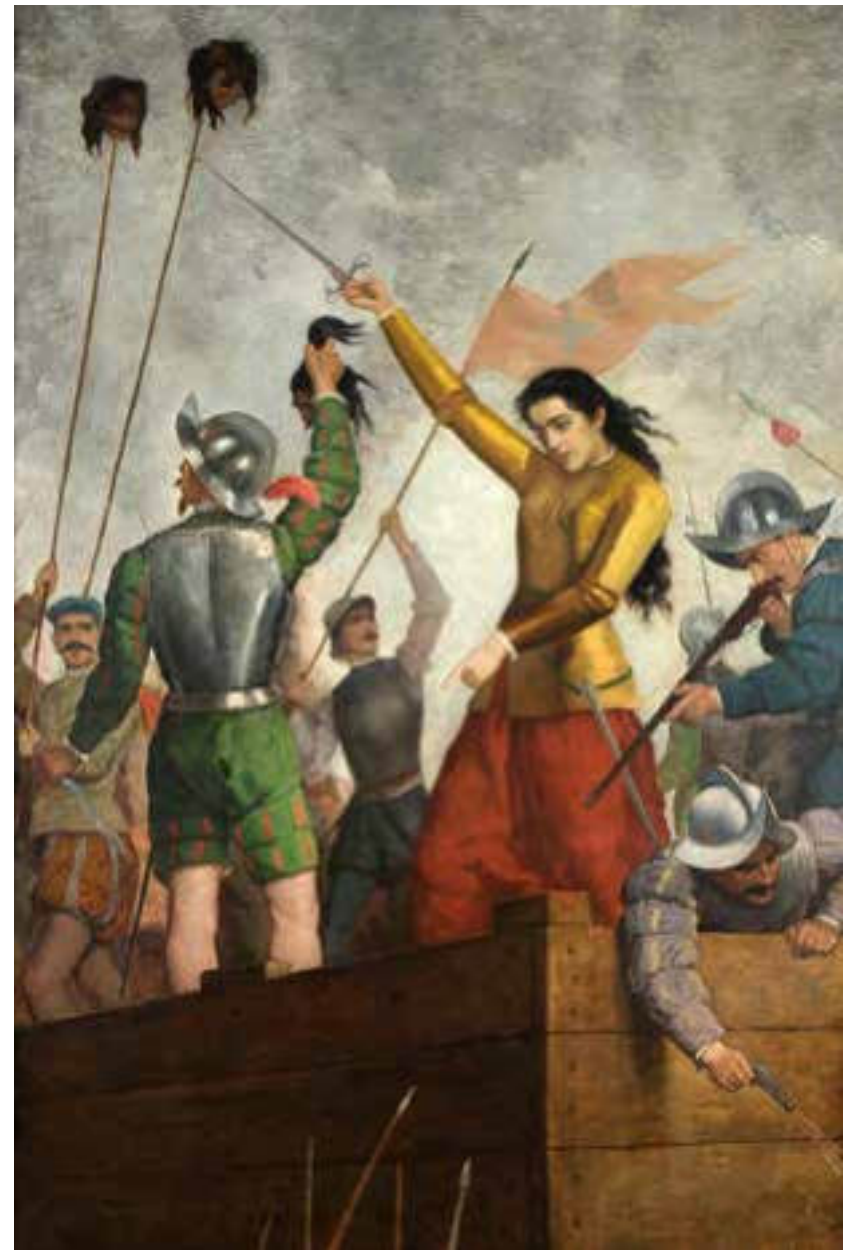
de los reinos de Chile el 11 de abril de 1538.[1] Sin embargo, el desprestigio de este país pesaba entre los españoles y le iba a costar a Valdivia reunir hombres que lo acompañaran a esta aventura. Desde su salida del Cuzco hasta San Pedro de Atacama, parando en distintos lugares, fue recibiendo a grupos de soldados que venían de otras exploraciones fracasadas y conocían a Valdivia.

Finalmente, Valdivia llegó al «valle de Chile», o de Aconcagua, pero siguió sin detenerse hasta el valle del río Mapocho, donde fundó la ciudad capital del país. Invitó a los caciques para que fueran a conversar con él, pero Michimalonko, de Aconcagua Arriba, no aceptó la invitación y desafió a los españoles a muerte. En vista de su rebeldía, Valdivia volvió al valle de Aconcagua y, con un grupo de jinetes, derrotó a los indios y tomó preso a su líder quien, tras su captura, le mostró a Valdivia los lavaderos de oro del estero de Marga Marga y puso a sus indios a trabajarlos.

Sin embargo, Michimalonko organizó una rebelión, con ayuda de unos diez mil indios, desde Aconcagua a Cachapoal. Este alzamiento ocurrió con gran sigilo, matando a los españoles y sus yanaconas en Marga Marga y a los que construían un batel en Concón, a la vez que asaltaban la ciudad de Santiago, que incendiaron. En medio del humo, se distinguió por su temerario valor Inés de Suárez, que mató a los caciques presos. Era un 11 de septiembre de 1541.

Pedro de Valdivia organizó la reconstrucción y castigó al cacique Tanjalonko cortándole los pies, como ejemplo desalentador para nuevas insurrecciones. Después, en 1546, se reservó para sí la mayor merced de tierras del valle de Aconcagua, que incluía las tierras de Limache, Quilpué y Marga Marga, desde la cuesta de la Dormida hasta Colmo, en Concón, continuando por la costa hasta el estero de Marga Marga y subiendo por ese valle hasta Lampa, en la vertiente oriental de la cordillera de la Costa. En diciembre de 1553 Valdivia murió a manos de los indios en Tucapel, dejando la estancia en su testamento al obispo Rodrigo González Marmolejo.[2]

A partir de 1550, el valle de Aconcagua se convirtió en un territorio con escasos habitantes a consecuencia de los enfrentamientos y las enfermedades que trajeron los conquistadores, desconocidas y letales en este continente. Vivar dice que quedaban mil quinientos indios, cuando antes fueron miles, por lo que hubo que traer a encomendados de otros lugares, incluso del otro lado de los Andes.



^

Inés de Suárez en defensa de la ciudad de Santiago.
Inés de Suárez es un personaje extraordinario por sus propios méritos. Hazañas como hallar agua en medio del desierto, salvando a la tropa de perecer de sed, o descubrir una conspiración contra Valdivia, son aspectos que le granjearon respeto. La acción que mayor gloria le significó fue su crucial y cruento papel en el ataque a Santiago, dirigido por el toqui Michimalongo.
José Mercedes Ortega, 1897. Óleo sobre tela, 206 x 138 cm.
Colección Museo Histórico Nacional.

‹

A la izquierda, el «Adelantado Don Diego de Almagro Capitán Liberalissimo» y a la derecha, «Pedro de Valdibia Governador de Chile». Antonio de Herrera y Tordesillas, 1728. *Historia general de los hechos de los castellanos.* Grabado, 20,2 x 16,2 cm.
Colección John Carter Brown Library, Brown University, Providence.

«

Río Aconcagua, con el cerro Aconcagua al fondo. En la cordillera de esta zona nacen innumerables quebradas por las que bajan más de veinte esteros que vacían sus cristalinas aguas en cuatro lagunas y ocho ríos, los cuales a su vez riegan cinco valles interiores y recorren siete cajones cordilleranos.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

›

Ingenio de cobre. Peter Schmidtmeyer, 1824.
Litografía, 16,3 x 24,3 cm. Colección John Carter Brown Library,
Brown University, Providence.

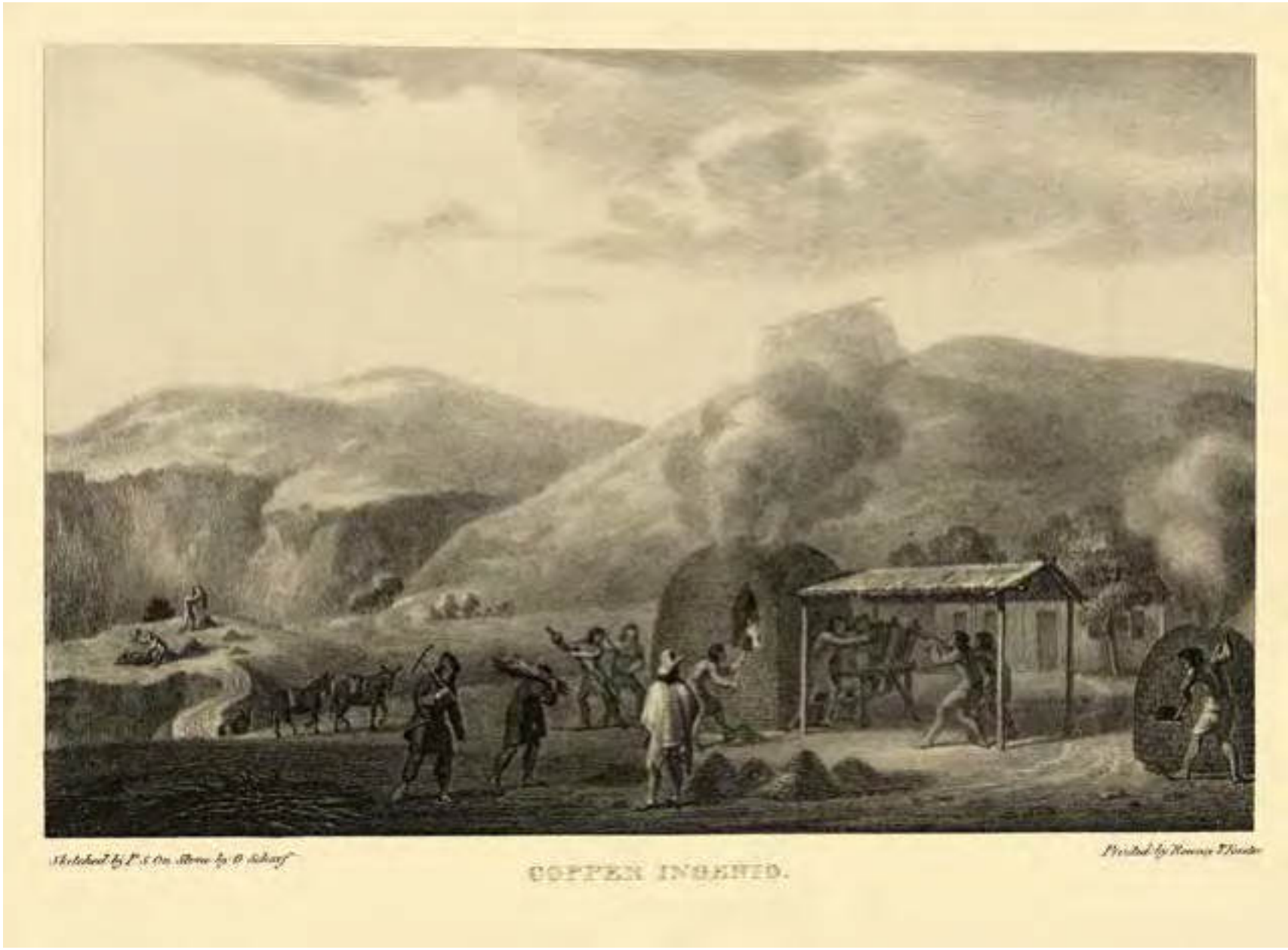
˅

El rapto (El malón). En esta escena de una batalla entre los mapuches y los españoles, Rugendas retrató el terror que el rapto de las mujeres producía en el imaginario de la población blanca. Juan Mauricio Rugendas, 1834.
Óleo sobre tela, 43,2 × 50,8 cm.
Colección particular.

Los siglos coloniales

Por mucho tiempo pesó la falta de mano de obra indígena, que sería la causa de la introducción de esclavitud negra en Chile. Rolando Mellafe calculaba que, en 1540, la población nativa del actual territorio chileno era de un millón de habitantes; en 1570 había unos siete mil europeos y criollos, más diez mil mestizos, 450.000 indios pacíficos y 150.000 sin someter, y unos siete mil negros. Cincuenta años después, en 1620, los europeos y criollos eran quince mil; los mestizos, cuarenta mil; pero los indios pacíficos se redujeron a 230.000, mientras que los libres eran 250.000 y los negros, 22.000.[3]





El oro

En un primer momento, el interés por tener encomendados fue para ocuparlos en los lavaderos auríferos y en las minas de cobre. La falta de mano de obra, que se agudizó a fines del siglo XVI, hizo que se paralizaran los lavaderos de oro. El padre Ocaña dice: «La gente de Coquimbo tiene muchas minas de oro, como Andacollo, Nuestra Señora, Espíritu Santo y Chualoco. Pero es oro suelto, no de veta y lo recogen lavándolo. Los coquimbanos son pobres por la falta de indios que laven oro y trabajen en otras minas».[4]

Estas minas de oro siguieron siendo importantes por varios siglos. Hasta el presente se trabaja el yacimiento de Andacollo y en el de Chigualoco se lavó oro hasta 1960. Lo mismo ocurría en 1935 con la Sociedad Explotadora Aurífera de Ocoa y la Sociedad Minera Marga Marga. Durante la Segunda Guerra Mundial entraron en actividad muchos lavaderos y minas de oro incentivados por el gobierno, cuando las monedas europeas perdieron valor y el oro resultó el mejor medio de cambio.

La ganadería

La mano de obra indígena para desempeñar labores rurales en la zona central fue en parte suministrada por el ejército de Arauco, creado a inicios del siglo XVII, con las capturas realizadas en la zona al sur del río Biobío, según una Real Cédula de 1608 que autorizaba al ejército a reducir a la esclavitud a los indios que fueran sorprendidos en rebeldía, con armas en las manos. Esta medida fue un poderoso incentivo para las campeadas del ejército en territorio indígena, donde los soldados apresaban a los indios guerreros y se llevaban cautivos a sus mujeres e hijos, a los que vendían a buenos precios en la zona central o en Perú. Hubo todo tipo de abusos con esta licencia, que dio lugar a que los indígenas se rebelaran violentamente en 1655, con efectos devastadores hasta el río Maule. En 1683 terminó esta bárbara medida gracias a otra Real Cédula, poniendo fin a una de las causas que alimentaba la guerra fronteriza.[5]

Por falta de mercados para los productos agrícolas y sin trabajadores para los cultivos, se prefirió en estos siglos la ganadería, tanto de vacunos, caballares, burros y mulas, como de ganado menor, de cabras y ovejas. Para esta faena se solicitaba al gobernador o al cabildo la concesión de terrenos —llamados estancias— donde poner al ganado, sin que la misma asegurara la propiedad de las tierras. Estos territorios extensos se concedían también con las serranías, lomas, cerros y vertientes.





A su vez, los pobladores de las ciudades solicitaron mercedes de tierras para los cultivos básicos y los árboles frutales europeos. Los futuros propietarios debían hacer la «toma de posesión» y la medición correspondiente, tarea que efectuaba el alarife y que se estampaba en un documento oficial.[6] Estas mercedes se encontraban en terrenos planos en torno a las ciudades y eran de poca extensión, generalmente entre 200 y 400 cuadras, y dieron paso a las llamadas *chacras*, expresión quechua que significa «huerto».

Las grandes estancias y mercedes de tierras en Aconcagua darían origen en el siglo XVIII a haciendas más conocidas y de gran valor, como Pucalán, Purutun, Colmo, Rautén, Tabolango, San Isidro, Lliu Lliu, La Palma, Marga Marga, Ocoa, Olmué, Limache, Quilpué, Quillota, Viña del Mar o Las Siete Hermanas.[7] Algunos de sus dueños aparecen antes de 1594 entre los exportadores de bienes ganaderos al Perú.

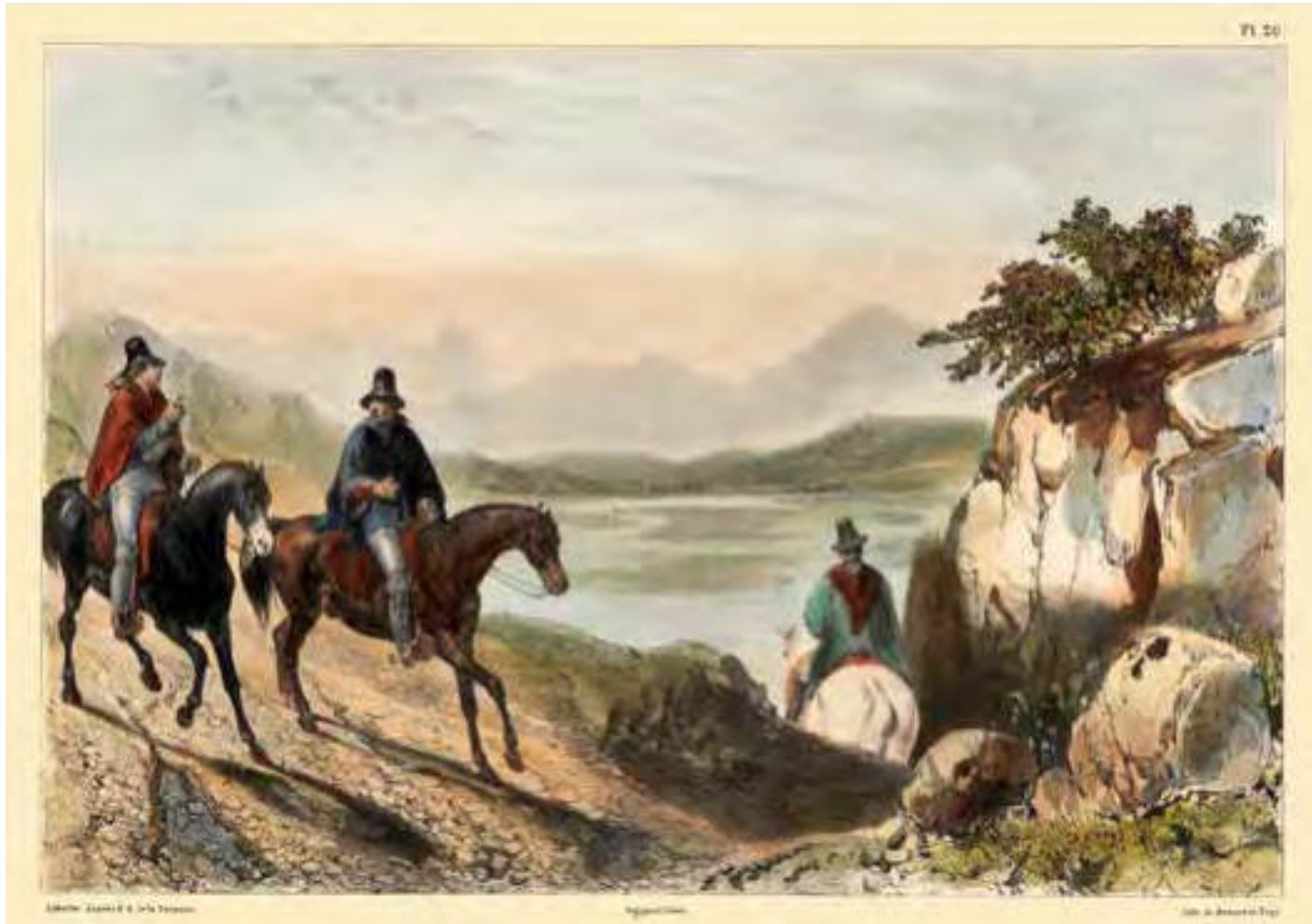
Los productos más cotizados de este sector eran los cueros de cabra, con los que se preparaban los cordobanes finos y las badanas para la confección de zapatos, bolsos y tafiletes. También se producían cordobanes de capado, cordeles trenzados de cuero, como los lazos campesinos, o aquellos con los que se amarraban los horcones y las vigas de los techos de las casas y las bodegas para darles firmeza, tanto que algunas todavía se conservan. Además, estaban las suelas de los cueros de vacuno, con las que se fabricaba todo tipo de calzado y botas, los cofres de viajes, los grandes arcones, las sillas, sillones y la bella sillería de cuero repujado y taraceado de los coros eclesiásticos, y las puertas interiores y de vaivén, estas últimas típicas de las iglesias parroquiales cuando escaseaba la madera. Asimismo, los cueros gruesos se usaban para recubrir los techos de las casas en los lugares de poca precipitación que carecían de greda para fabricar tejas, como Illapel, o también se utilizaban para cubrir la carga más delicada, que podría dañarse con la lluvia y la brisa marítima en los viajes de las lanchas y faluchos de alta mar, como los quesos mantecosos que se elaboraban en algunos fundos ganaderos de Aconcagua y Casablanca y que se exportaban a Lima desde Valparaíso.

^

Valle del Aconcagua. En segundo plano se visualiza parte del cauce del río, rodeado por terrenos de color gris y verde claro, y al fondo, el Aconcagua nevado. Thomas Jacques Somerscales, 1881. Óleo sobre tela, 72,5 x 125,5 cm. Fotografía de Pablo Maldonado. Colección Museo de Bellas Artes de Valparaíso.

‹

Planta y descripción del valle de Aconcagua, 1900. Material cartográfico. Mapa color, pintura de agua, 31 x 43 cm. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Memoria Chilena.



^

Huasos de los alrededores de Valparaíso y Santiago. Edmond Bigot de la Touanne, 1828. Figuras por Víctor Jean Adam, litografía de León Jean Baptista Sabatier e impreso por Benard y Frey. Litografía/Huella 192 x 272 mm/Hoja 335 x 490 mm. Colección Museo Histórico Nacional.

›

Afluente del río Aconcagua.
Sus afluentes principales son el río Colorado, el Putaendo, el Juncal, Río Blanco, Pocuro y Limache.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

De la carne de vacuno se fabricaba charqui, carne seca o tasajo español, que se secaba al aire libre bajo unas ramadas abiertas y se guardaba en grandes líos que se enviaban a los puertos del norte y al Perú para el consumo cotidiano de los mineros, así como de los sirvientes domésticos. Pero el producto estrella de la ganadería era el sebo, que se extraía de todos los animales sacrificados, se freía en grandes fondos metálicos y luego se amoldaba. Los chicharrones que quedaban de las frituras se empleaban en la confección del pan ordinario o galleta campesina; además, se hacían velas y jabones.

La necesidad de sebo para cirios en el virreinato del Perú era enorme, tanto para la iluminación de las numerosas iglesias, conventos, santuarios y oratorios, como para el uso cotidiano de velas en las habitaciones y salones de las casas de familias españolas y criollas, y el gasto en las viviendas de los indígenas. Desafortunadamente no se tienen muchos datos de esta exportación, que se hacía desde los puertos de Valparaíso y Concepción, porque en 1594 se liberó del impuesto de almojarifazgo a los productos agropecuarios chilenos exportados al Perú.[8]

El ganado en estas estancias no requería de cuidados. Los vacunos estaban libres y desamparados frente a los ataques de pumas y cóndores, mientras se encaramaban en los contrafuertes andinos en busca de pastos tiernos y de las aguadas y fuentes termales que existen en esos lugares. Las estancias carecían de cierros; apenas en algunos casos se hacían fosos profundos en los deslindes de las propiedades para que los animales no pudieran cruzarlos. Para defender los escasos cultivos existentes en los llanos, se hacían cierros altos de tapia tejada o se juntaban ramas de espino para levantar un cierro de varios metros de ancho y de alto, capaz de evitar la intromisión de los vacunos hambrientos y el paso de las intrépidas cabras, que se comían sin problemas los grandes cactus y la corteza de la vegetación espinosa.

Los animales se bajaban de los cerros dos veces al año, a principios de primavera y después de Semana Santa. Los jinetes pasaban días corre-teando a los vacunos para llevarlos al llano, donde se separaban, marcaban y contaban las crías. Para detener a las reses que se arrancaban, los campe-sinos tiraban el lazo a todo galope o atrancaban a los animales contra las varas del ruedo. Estos lances eran celebrados por sus compañeros de maniobras y ya, al inicio del siglo XVIII, a los más diestros los empezaron a llamar «huasos». Los pri-meros que ponen por escrito esto son Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en 1743, cuando, estando en Concepción, dicen que esos hombres son hábi-les «para lanzar el lazo a toda carrera de caballo» y que «es preciso, en pegando el lazo, que cierre para que sujete [...] y correr a toda fuerza, con lo cual no dan tiempo a que se pueda zafar».[9] Esta faena campesina habla también de la firmeza y destreza de los mismos caballos, de mediana alzada, descendientes de las jacas y rocines de Ronda, en Andalucía, que regaló a algunos estan-cieros don García Hurtado de Mendoza y que se cruzaron con los que trajo Pedro de Valdivia.[10]

En las estancias que tenían ovejas, las mujeres empleaban la lana de la esquila, teñida de distintos colores con hierbas locales, para tejer las frazadas en unos telares rústicos, hacer los ponchos listados corrientes —los finos eran delgados y estaban tejidos con lana de vicuña— y fabricar la bayeta, una tela basta y gruesa, con algo de pelo, que se empleaba para confeccionar la ropa de los campesinos.



Los cultivos

Los únicos cultivos industriales que había a comienzos del siglo XVII eran los de caña de azúcar (*Saccharum*), originaria del área tropical húmeda del sudeste asiático, y cáñamo *(cannabis sativa*), también asiático, de la zona templada. La plantación de caña de azúcar se llevó a cabo en el valle de La Ligua en el sector del Ingenio, nombre que recuerda esta actividad. Después, la caña fue reemplazada por las importaciones de azúcar del Perú, hasta que en el siglo XVIII se la volvió a plantar en el valle de Elqui.

El cáñamo, que se sembraba en La Ligua y Aconcagua, se empleaba en la confección de alfombras, esteras, sacos rústicos, jarcia –cordelería para manufacturar los aparejos y cabos de los barcos– e hilo de acarreto. De las semillas del cáñamo se extraen aceites pesados, con los cuales se fabrican pinturas y jabones. En la colonia, se elaboraban con las fibras del cáñamo cantidades apreciables de cordeles de distintos diámetros y firmeza para diversos usos, incluso se hacían las mechas de los cañones, arcabuces y mosquetes y los pabilos para las velas, productos del Aconcagua que abastecían las necesidades del país y de los vecinos.[11]

^

San Felipe. Pedro José Amado Pissis.
Acuarela sobre papel, 42 x 27 cm.
Colección Museo Histórico Nacional.

›

Una trilla. Claudio Gay, 1854.
Atlas de la historia física y política de Chile. París: Imprenta de E. Thunot.
Colección Iconográfica Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile.

El trigo

Por el gran terremoto de Perú del año 1687, se destruyeron las grandes obras hidráulicas prehispánicas y también los canales matrices recubiertos, de los cuales partían acequias enladrilladas que permitían regar las grandes extensiones dedicadas a los cultivos de trigo. Esta catástrofe natural obligó a los mercaderes peruanos, que importaban productos de la ganadería chilena desde Valparaíso y Concepción, a comprar también en estos puertos los miles de fanegas de trigo faltantes, cantidad que representaba un cuarto del total del consumo habitual del Perú.

Para los hacendados chilenos, este cereal no era un cultivo importante, ya que los habitantes de Santiago lo sembraban en sus chacras, junto con las papas, legumbres, maíz y zapallos, y lo mismo pasaba en Aconcagua, pero desde esa época, para abastecer esta demanda externa, se hicieron grandes siembras en las cercanías de los puertos: en Quillota, Casablanca e Ibacache, en Melipilla, por donde iba el camino a Valparaíso, y en los alrededores de Concepción. Pero los mercaderes peruanos siguieron comprando la misma cuota de trigo, que era de 150.000 a 170.000 quintales métricos, durante el siglo XVIII, cifra que se podía cumplir con holgura con apenas quince mil hectáreas de siembras.[12]

A esta demanda se unió la necesidad de abastecimiento del ejército de Arauco, con mil quinientos soldados. Para ello, hubo estancias del rey donde se sembró trigo, como en la isla Santa María, como informaba Alonso de Ribera.[13] También, a lo largo del camino de Melipilla a Casablanca, lo mismo que por el de carretas, construido bajo el gobierno de don Ambrosio O'Higgins a fines del siglo XVIII y que salía de Santiago directo a la cuesta de Lo Prado, Curacaví, cuesta de Zapata, Casablanca y de ahí al puerto de Valparaíso, se fueron construyendo molinos de harina.

A comienzos del siglo XIX, cuando se abrió el mercado del Pacífico para el trigo chileno, las siembras aumentaron bruscamente y se mejoraron los molinos con la llegada de los técnicos norteamericanos en molinería.



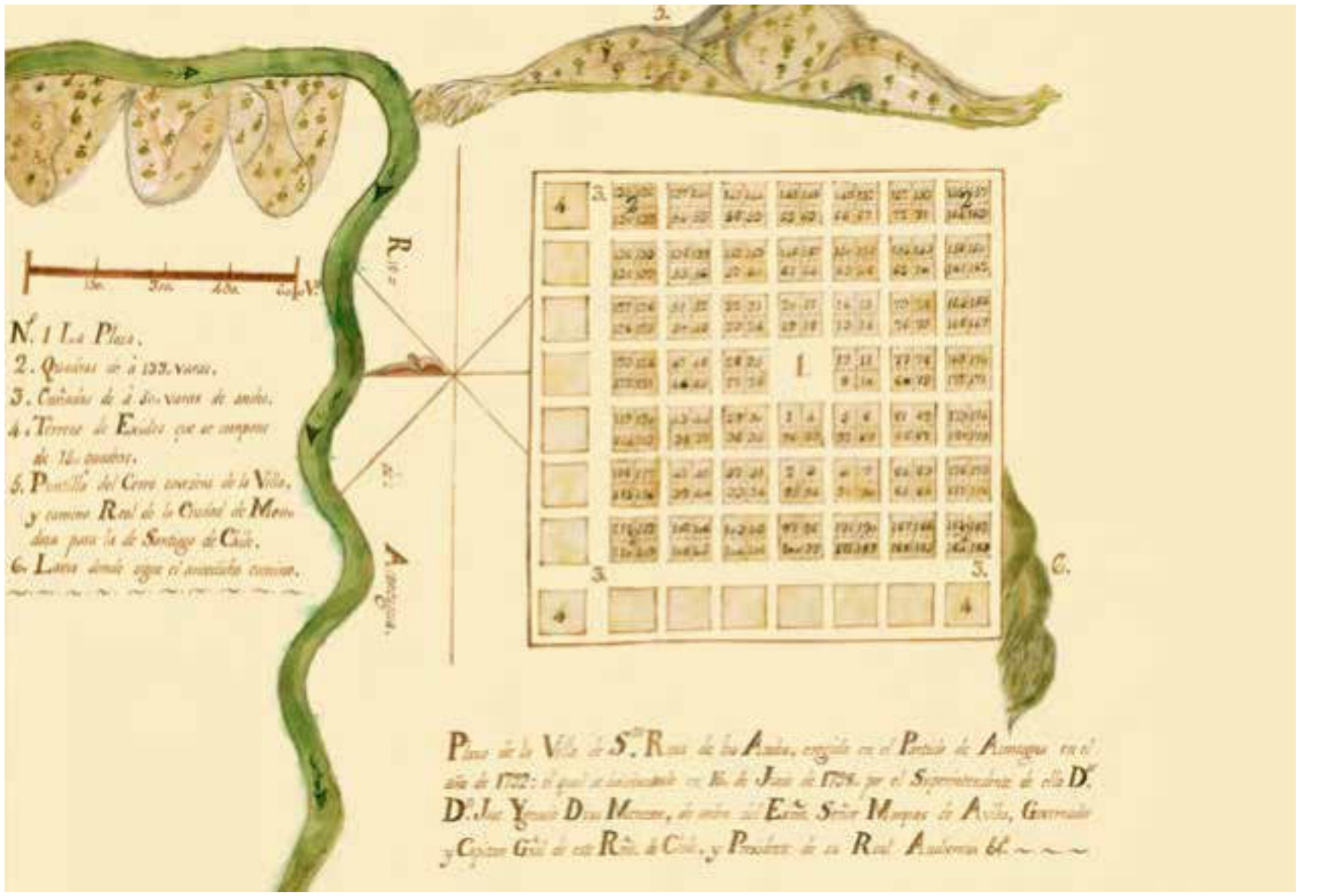
La minería en la segunda mitad del siglo XVIII

La minería decayó después del siglo XVI, momento de esplendor con los placeres de oro, aunque en la segunda mitad del siglo XVIII volvería a experimentar un auge importante con los descubrimientos de los minerales de plata de Agua Amarga y de oro y cobre en muchos lugares de los valles transversales. En la expedición de los hermanos Heuland, a fines de ese siglo, se dieron noticias de los yacimientos de oro, plata y cobre que recorrieron desde Copiapó hasta Aconcagua. Visitaron varias minas de oro y plata en Putaendo, así como otras de cobre en el valle de Aconcagua, como Las Coimas.[14]

Según Humboldt, al analizar en 1804 los datos de la minería chilena que encontró en Lima y compararlas con las cifras de Nueva Granada y México, la libertad de comercio declarada por la Corona en 1778 había cuadruplicado el valor del comercio de México, mientras que los mercaderes de Lima hacían un gran negocio con el cobre chileno, pues compraban el quintal a no más de siete pesos y en Cádiz se lo pagaban a cuarenta. También indicaba que el cobre chileno formaba parte del circuito económico de los balleneros norteamericanos: adquirían cobre en las playas solitarias y lo vendían bastante caro en los puertos chinos de Cantón y Macao. Además, calculaba que Chile era el segundo productor de oro en América, después del virreinato de Nueva Granada, superando con mucho a los virreinatos de México, Perú y del Río de la Plata, pero si a ese valor se le sumaba el oro que no pagaba el quinto real porque salía de contrabando, la producción aurífera de Chile debía ser un 66 por ciento mayor.[15]

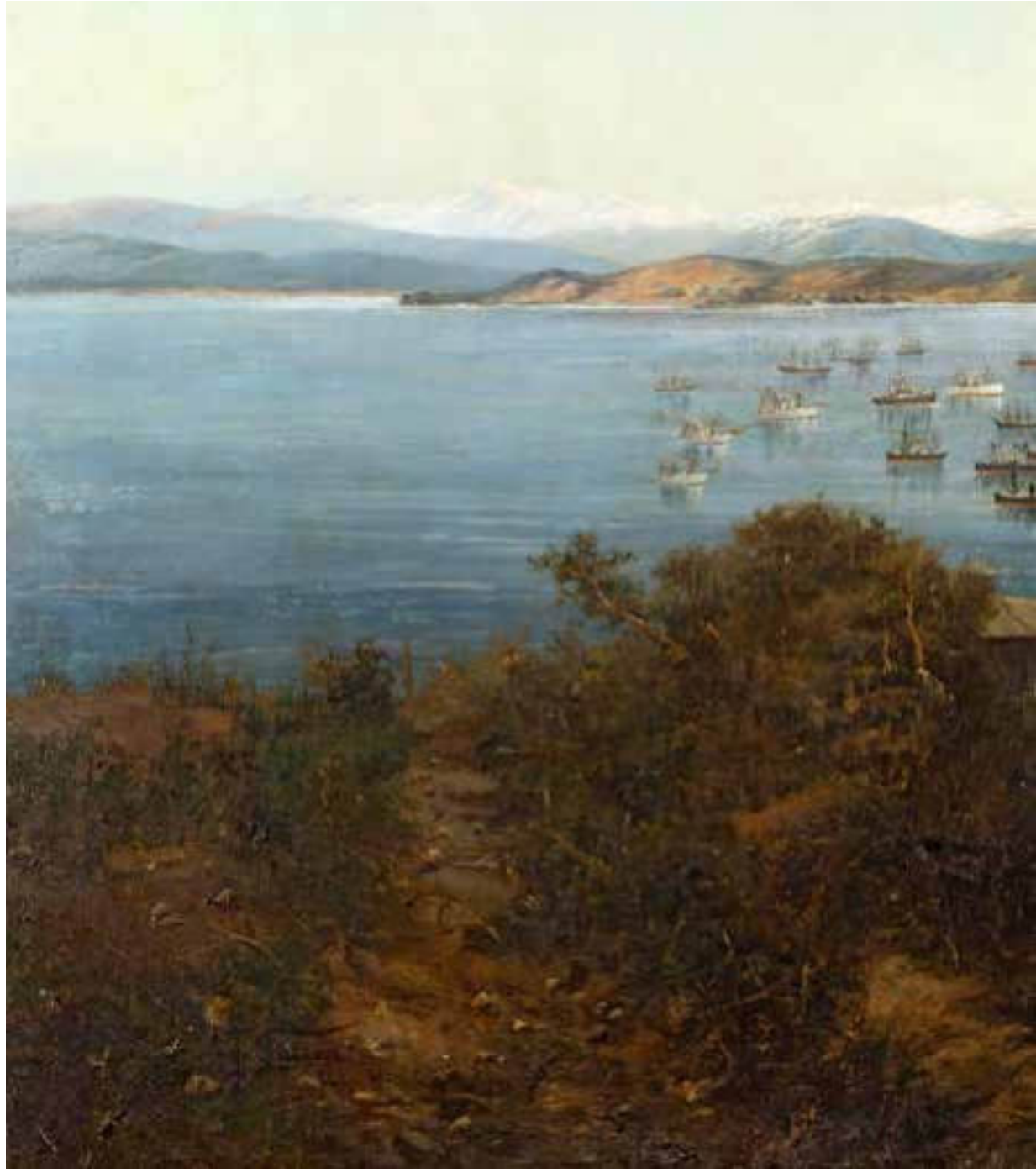


También, con la libertad de comercio entre los puertos españoles y algunos iberoamericanos, el comercio marítimo español aumentó rápidamente con la exportación de sus productos manufacturados y los de distintos países europeos, que se pagaban con oro, plata y cobre, lo cual incentivó la producción de estos metales en América. Con la creación del virreinato del Río de la Plata en 1776, Chile perdió su provincia de Cuyo, al lado oriental de los Andes, con las ciudades de Mendoza, San Luis y San Juan, donde muchas de sus haciendas y estancias ganaderas pertenecían a chilenos que residían en Santiago. Por estos vínculos y por la lejanía a los puertos atlánticos, estas localidades siguieron comerciando con los puertos chilenos a través del paso cordillerano de Uspallata (llamado actualmente Cristo Redentor), que baja al valle de Aconcagua. Este aumento del movimiento trasandino, sumado al proveniente de Paraguay, llevó a las autoridades españolas a fundar Santa Rosa de los Andes en 1798, donde se estableció la aduana. El tráfico comercial hacia el Pacífico perduró hasta la construcción de la red de los ferrocarriles argentinos, después de 1870, que acercó esta región de Cuyo —ubicada a más de mil kilómetros al interior— al puerto de Buenos Aires.



«Plano de la Villa de Santa Rosa de los Andes, erigida en el Partido de Aconcagua en el año de 1792.» Jose Ignacio Dias Meneses. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Memoria Chilena.

Mineros. Claudio Gay, 1854. *Atlas de la historia física y política de Chile.* París: Imprenta de E. Thunot. Colección Iconográfica Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile.



›

Vista de Valparaíso.
La actividad comercial tras la independencia convirtió a Valparaíso en el emporio comercial del Pacífico, debido a que los barcos mercantes que debían atravesar el estrecho de Magallanes encontraban aquí el lugar más seguro para almacenar y redistribuir sus mercancías.
Theodor Olhsen, 1891. Colección particular.

˅

Valle de Aconcagua camino de Uspallata.
Las ciudades de la antigua provincia chilena de Cuyo siguieron comerciando con los puertos del Pacífico a través de este paso transandino.
Pedro José Amado Pissis, 1857.
Acuarela sobre papel, 270 x 194 mm.
Colección Museo Histórico Nacional.



Independencia y desarrollo económico

El valle del río Aconcagua y su provincia tendría su momento de esplendor con el paso del Ejército Libertador de los Andes. Esta fuerza militar se dividió para cruzar la cordillera de los Andes: unos batallones pasaron por el portezuelo de Los Patos, bajando al valle de Putaendo; otros cruzaron por Uspallata para llegar a Santa Rosa de Los Andes; y otros, con menos soldados, atravesaron por pasos más al sur, hasta el del río Teno. La división que comandaba O'Higgins se enfrentó en Chacabuco a las fuerzas realistas, donde los patriotas ganaron ese 12 de febrero de 1817. Por muchos años el 12 de febrero fue celebrado como la fiesta patria, pero después de la guerra del Pacífico esta fecha fue reemplazada por el 18 y 19 de septiembre.

Con la independencia, se abrieron los puertos al tráfico comercial con todos los países, poblándose los puertos con extranjeros. Lo que más les interesaba a estos comerciantes era el cobre, especialmente a los ingleses, que entraban a la India, donde este metal era muy apreciado. Así, pronto llegaron los mercaderes del puerto principal y los ricos mineros de Copiapó y Coquimbo para invertir en el valle de Aconcagua.



Desde la época prehispánica, este valle era el mejor trabajado del país, y en la década de 1820 ya se habían introducido arados europeos y empezado a construir canales de riego. Eduard Poeppig indica que de aquí provenía la mayoría de los cereales que se transaban en Valparaíso para enviarse al extranjero. En ese momento estas haciendas estaban sobrevaluadas, porque no se consideraban sus condiciones naturales, sino su renta excesiva de un doce por ciento anual, lo cual sólo se explicaba por la falta de caminos en otras localidades.[16]

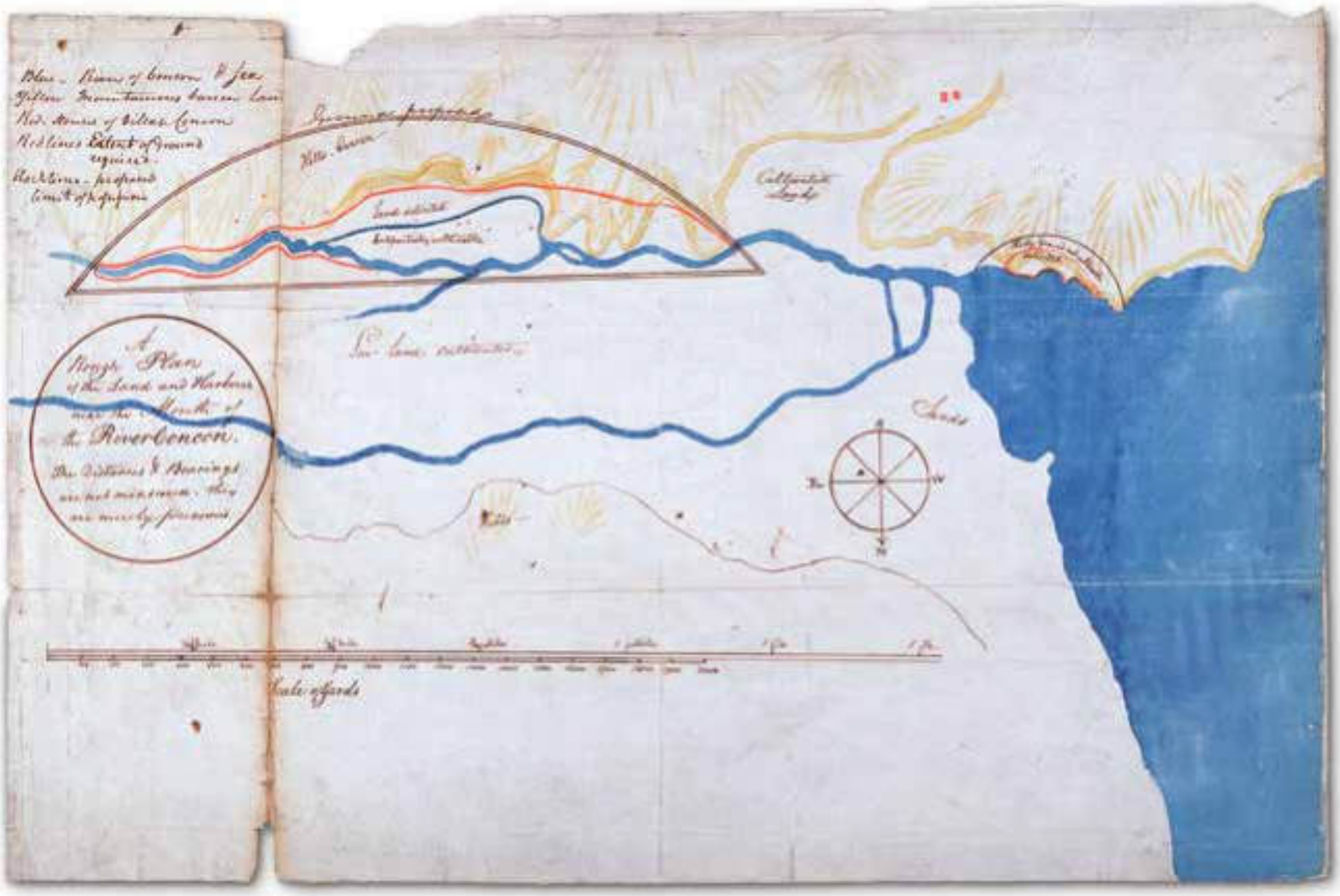
Desde los años de 1830 fueron llegando mineros ricos, como Ramón Subercaseaux Mercado y su hermano José Antonio, dueños de dos bergantines, con minas de cobre en Atacama, fundos en el valle de Copiapó y mina de plata en Coquimbo (Arqueros), quienes compraron en 1849 la hacienda de Colmo —en la desembocadura del río Aconcagua, en su ribera norte— a los Díaz Gana, heredada de su padre José Antonio Díaz de Salcedo y Díaz de la Fuente, que la había recibido gratuitamente, por aprobación del Congreso en 1827, a solicitud de su primo, el presidente Francisco Antonio Pinto Díaz. Uno de los hijos de esta familia, José Díaz Gana, se haría millonario con el descubrimiento de la plata de Caracoles en 1870, riqueza con la que compró valiosas propiedades rurales, como la hacienda de La Calera, en Aconcagua.

Los Subercaseaux dedicaron la hacienda de Colmo a la crianza de ovejas y vacunos para llevarlos vivos al norte. En 1859, a la muerte de Ramón, la heredó su hija Victoria, quien se casó en 1867 con su primo, Benjamín Vicuña Mackenna. En sus manos se plantaron árboles frutales y miles de eucaliptos a orillas del río, siendo los primeros ejemplares de ese litoral, junto a los de la hacienda de Viña del Mar. En el presente, es un sector urbanizado, donde hay casas y hoteles de buen nivel de construcción.[17]

La hacienda de Concón, en la ribera sur del Aconcagua, frente a Colmo, era de Rafael Maroto, el rubio general realista vencido en Chacabuco y Maipú, que se había casado en 1815 con la única heredera de estas tierras, Ana Cortés García, a donde regresó después de la primera guerra carlista en 1839. Volvió en 1846 a Concón, ya viudo, y administró esta hacienda hasta 1853.[18]

Vichiculén había sido en el siglo XVIII parte de la enorme hacienda de Llaillay, en el sector noreste del cerro El Roble, que se dividió en 1803. Pertenecía a Agustín Vial Santelices desde 1827, pero la trabajó su yerno Manuel Rengifo, quien fue ministro de Hacienda de Joaquín Prieto y de Manuel Bulnes. Como la ganadería no daba lo suficiente, Rengifo imitó a otros terratenientes con negocios mineros y construyó varios hornos para fundir cobre, aprovechando la disponibilidad de leña de espino, con alta capacidad calórica. En esa época era corriente que los fundidores adulteraran sus pastas, por ello Rengifo selló sus barras de cobre con el nombre de Vichiculén, siendo el primero en certificar su origen. A su muerte, en 1845, su familia vendió la hacienda a José Santos García Sierra, descendiente de una familia de hacendados y mineros de Combarbalá. García se casó en 1813 con Mercedes Agüero Astorga. Hizo fortuna como fundidor y minero de cobre en El Manantial de Catemu, por lo que fue catalogado como millonario. Para sus hornos, compró Vichiculén como monte de leña. José Santos murió sin hijos y el fundo, heredado por su esposa, lo administraron los primos del marido, José y Wenceslao Letelier Sierra, nacidos en Combarbalá en los años de 1820.





En 1875 Vichiculén se encontraba entre los veinticinco fundos de mayor valor en el país gracias a la eficiente administración de José Letelier Sierra, que lo trabajaba desde 1858. Doña Mercedes Agüero, a su muerte en 1878, lo deja como único heredero de Vichiculén, más chacras en Quilpué y Curimón, minas de cobre en Aconcagua y sus propiedades urbanas de San Felipe y Santiago. Como él y Wenceslao poseían en el valle de Aconcagua los fundos de Santa Teresa y Las Mazas, de gran valor, con Vichiculén reunieron un tercio de la hacienda original de Llay-Llay. En 1872 compraron con Valeriano Pinochet la hacienda de Aculeo, al sur de Santiago, a donde trasladaron la fundición de cobre de Vichiculén y el criadero de caballos chilenos que José estaba formando. De común acuerdo, en 1878 estos hermanos separaron sus propiedades, quedando Aculeo para José y el resto de los fundos de Aconcagua para Wenceslao.

Como Vichiculén era de secano, se hicieron inversiones en riego: en 1905 había 139 hectáreas regadas; en 1923, 376, plantadas de cáñamo, tabaco, álamos y eucaliptos, forraje para un plantel lechero y engorda de ganado que se traía del sur. Cuando los descendientes de Wenceslao Letelier vendieron Vichiculén a Francisco Soza Cousiño en 1980, había 680 hectáreas bajo riego, plantadas con frutales de exportación.[19]



Arriba: Plano de la hacienda de Concón y establecimiento minero de lord Tomás Cochrane, Quillota, 1836. En la desembocadura del río Concón (en azul) se puede apreciar un pequeño puerto. Colección Mapoteca Archivo Nacional Histórico.

Abajo: Hacienda Santa Rosa de Colmo. La casa patronal de la hacienda, morada de los últimos tres años de vida de Benjamín Vicuña Mackenna, fue declarada Monumento Histórico en la Región de Valparaíso en 1987. Fotografía anónima, 24,20 x 18,30 cm. Colección Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna.

Cerro El Roble. Desde su cumbre, la más alta de la cordillera de la Costa, se pueden observar el océano Pacífico y el cerro Aconcagua, así como los bosques de robles (*Nothofagus macrocarpa*) que le dan nombre. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2014.



El ferrocarril, la valorización de las tierras y las quintas frutales

En 1849, William Wheelwright obtuvo la concesión por treinta años para construir y administrar un ferrocarril entre Valparaíso y Santiago, asegurándole el fisco un interés del cinco por ciento anual por diez años y por un capital de seis millones de pesos. Como demoraba la constitución de la sociedad, en 1852 el gobierno la organizó por siete millones, siendo sus accionistas Matías Cousiño, por ochocientos mil pesos, y doña Candelaria Goyenechea de Gallo, por seiscientos mil, ambos accionistas del ferrocarril de Copiapó y millonarios de Chañarcillo, además de Josué Waddington, inglés, comerciante en Valparaíso y millonario desde 1830, que contribuyó con otros seiscientos mil. El resto del capital lo puso el gobierno, para lo cual obtuvo un crédito en Europa. Al final, con los errores y las correcciones de la ruta, este ferrocarril costó más de once millones de pesos. En 1857 llegaba a Quillota, en 1862 alcanzaba Llaillay y finalmente entraba a Santiago en septiembre de 1863.[20]

Con el ferrocarril se valorizaron los puntos intermedios entre Viña del Mar y Quillota, donde muchos porteños compraron quintas con frutales para destinarlas a lugares de descanso dado el buen clima, con poca oscilación térmica y una humedad que no baja de 68 por ciento al mediodía. Desde el siglo XVIII, se introdujeron en Quillota frutales tropicales procedentes del Perú, como el chirimoyo, el lúcumo, el palto y la papaya pequeña. En el siglo XIX se adaptan frutales de Japón, como el níspero y el caqui.





El ferrocarril trasandino y el esquí

El viaje en ferrocarril era una actividad social y un paseo para la juventud que veraneaba en los fundos del valle de Aconcagua. Las estaciones se llenaban de gente esperando a los invitados que iban a pasar el día desde Viña del Mar o Valparaíso e incluso desde Santiago. Era común que las personas se bajaran en distintas estaciones para ver a amigos y luego siguieran el viaje hasta otra estación, para terminar llegando a su destino final en el último tren nocturno. Un viajero español de fines del siglo XIX, impresionado por el ambiente en los andenes, decía: «Hay demasiado lujo, el andén es una exposición de trajes femeninos… Las *ladies* y las *misses* van vestidas de tal manera, que sin cambiar un hilo de su traje podrían llamar la atención en Regent Street».[21]

El ferrocarril trasandino lo construyeron los ingenieros chilenos Juan y Mateo Clark durante la segunda mitad del siglo XIX, inaugurándolo en 1914. Con las facilidades de acceso que daba este ferrocarril a las altas montañas, pronto se desarrolló la práctica del esquí, que se había puesto de moda en los Alpes suizos. Los inicios del hotel Portillo se remontan a 1930, cuando el Regimiento Andino decidió contar con un refugio en el lugar e iniciar a sus soldados en la práctica del esquí. El primer hotel estaba lejos de su emplazamiento actual, que goza del panorama de la laguna del Inca y cuya construcción empezó en 1939. Entretanto, el 10 de enero de 1934 un gigantesco aluvión proveniente del glaciar del río Plomo, pasando por el cajón del río Mendoza, destruyó más de cien kilómetros de vías férreas, quedando inservible por diez años la parte argentina del trasandino.[22] Este tren, de trocha angosta, salía de Los Andes rumbo a Portillo y llevaba carros con sillones y mesas donde se podía jugar y beber aperitivos.

^

Dcha.: Ferrocarril Trasandino. Este transporte fue el intento de Chile y Argentina por mantener sus privilegios comerciales ante la inminente construcción del canal de Panamá. Fotografía de Einar Altschwager, ca. 1940. Negativo sobre vidrio, 15 x 10 cm. Colección Museo Histórico Nacional.

Izqda.: Estación Caracoles, Ferrocarril Trasandino Los Andes-Mendoza. Fotografía de Enrique Mora Ferraz, 1930. Tarjeta postal, monocromo gelatina sobre papel, 14 x 9 cm. Colección Biblioteca Nacional Digital de Chile.

‹

Viaducto de Los Maquis. Esta estructura de hierro de 117 metros de largo pasa por encima del estero de Chimbarongo, afluente del río Tinguiririca. Antiguamente fue usado como parte de la ruta del ramal de San Fernando a Pichilemu. Fotografía Díaz y Spencer, *ca*. 1885. Papel positivo monocromo, 32,2 x 24,5 cm. Colección Museo Histórico Nacional.



^

Palmar de Ocoa. Se trata de la población de palma chilena (*Jubaea chilensis*) más grande del país. Fotografía de Guy Wenborne, 2016.

›

Arriba: Juana Ross de Edwards, siglo XIX. Gran filántropa, construyó y mantuvo tres hospitales, seis asilos, un hospicio, un orfanato y numerosas escuelas. Colección Archivo Patrimonial Brügmann.

Abajo: casa de la familia Errázuriz-Urmeneta, *ca.* 1891. Pareja en coche a caballo, frente a la casa antigua del fundo Panquehue. Fotografía papel positivo monocromo, 19,6 x 11,3 cm. Colección Museo Histórico Nacional.

Inversiones en el riego de las haciendas en la segunda mitad del siglo XIX

José Tomás Urmeneta, el millonario del cobre de Tamaya, quien tenía acciones del Ferrocarril del Sur, pero no del de Valparaíso, compró la hacienda de Limache en 1860 con sus regadores de un canal de riego del río Aconcagua, iniciando varias transformaciones en el campo, las instalaciones y en las bodegas. Esta hacienda había sido de los jesuitas, como San Pedro, Ocoa, Colmo, las Palmas y otras de este valle.

Este empresario hizo plantar una viña de 115.000 cepas francesas de las clases pinot, cot, cabernet, gamet y sauvignon; los vinos se vendían embotellados, en cajas de doce unidades, dentro y fuera del país, y además la viña fabricaba coñac. También mejoró el ganado vacuno con toros finos ingleses y se preocupó de seleccionar y mejorar los ovejunos con ejemplares de raza. Mediante movimientos de tierras, pudo contar con dieciocho potreros nivelados bajo riego, donde se sembraba trigo, cebada, maíz, pasto y alfalfa; se construyó una casa elegante, parecida a las inglesas, con jardines floridos y rodeada de bosques, que Benjamín Vicuña Mackenna llamaba el *chateau*.[23] También construyó la iglesia de Limache, donde está enterrado junto a su esposa.

Su yerno, Maximiano Errázuriz Valdivieso, compró en 1872 la hacienda Gran Panquehue, en el departamento de Los Andes, en nombre de la empresa de fundiciones Urmeneta y Errázuriz, en principio por los enormes turbales que existían y que esperaba utilizar como combustible para las fundiciones de cobre de Guayacán y Tongoy. Al final, Errázuriz compró esta hacienda para sí mismo al no resultar el negocio de la turba, dada su escasa capacidad calórica para las fundiciones. Mejoró los terrenos con drenaje y riego y se

decidió a plantar una viña de cepas francesas de trescientas hectáreas; más del doble se dedicaban a granos; otras más a nogales y cáñamo; y otras a cultivos.[24]

Estos fundos y haciendas siguieron aumentando de valor por la plusvalía que les daba el ferrocarril y por las mejoras constantes que hacían sus dueños. Según el catastro de 1897, las más valiosas en este valle de Aconcagua eran, en el departamento de Los Andes, Panquehue, de la testamentaría de Maximiano Errázuriz, y San Vicente, en Calle Larga, de Javier García-Huidobro; en el departamento de San Felipe, San Regis, antigua propiedad del marqués Felipe Cortés y que a fines de siglo era de Rodolfo Hurtado, y la hacienda Quilpué, que estaba al borde del ferrocarril, pero fuera de la hoya del río Aconcagua, perteneciente a Juana Ross de Edwards, una de las personas más ricas de Chile. Las otras haciendas que existían a mediados del XIX, a fines de siglo estaban divididas.[25]





Las industrias del valle en los siglos XIX y XX

Junto a las múltiples minas de cobre, plata y oro y las no metálicas, de cal y cemento, la calidad de los productos de los fundos, haciendas y quintas de este hermoso y ubérrimo valle lo hacían un lugar ideal a los ojos de los inversionistas de diferentes industrias. Aquí están las primeras fábricas de papel de estraza y de papel hilado de corteza de palma chilena, del fundo Las Palmas de Ocoa. Aparecen también las fábricas de tallarines, de tabacos, de sémola, galletas y confites, de muebles, persianas, ventanas y puertas, de pinturas, jabones y perfumes, curtiembres, imprentas y conservas de frutas.

La más sobresaliente de estas industrias fue la Compañía de Cervecerías Unidas S.A., formada por dos cervecerías que se fusionaron en 1890, creando la Fábrica Nacional de Cerveza de Limache. Luego, en 1901, se unió la fábrica de Carlos Cousiño, en Providencia (Santiago), pasando a llamarse Compañía Cervecerías Unidas S.A., con una producción de veinticuatro millones de botellas de cerveza.

La otra fábrica de grandes proporciones fue la Sociedad Fábrica de Cementos Melón, que funcionaba en La Calera, produciendo cementos de alta calidad con el material que se extraía de los cerros de La Calera y de los de la hacienda de El Melón. Con este cemento se pudo abandonar el importado; se construyeron en Santiago edificios de gran calidad, como iglesias, el Club de la Unión, Banco de Chile, Banco Hipotecario, la Bolsa de Comercio y muchas residencias de las calles Londres y París, en el barrio de San Francisco.









Fue unos de los cementos preferidos para la construcción de muelles portuarios, instalaciones salitreras y grandes fábricas de Santiago.[26]

La Primera Guerra Mundial ayudó a que surgieran fábricas manufactureras, sustituyendo así las importaciones de Europa y Estados Unidos. El gobierno fomentó estas industrias, de diferentes especialidades según la experiencia de los inmigrantes, donde los capitalistas estaban dispuestos a invertir. Entre los productos reemplazados, estaban los vinos franceses, el coñac, el whisky y otros licores, así como los cigarrillos, la ropa, los zapatos y otras cosas útiles. Las fábricas se propagaron por las provincias de Valparaíso y Aconcagua.

En Viña del Mar existían fábricas desde el terremoto de 1906, cuando varios porteños se trasladaron allá, pero en el valle de Aconcagua las cosas se dieron de a poco. Quillota, en 1923, se distinguía con tres molinos de cilindro; también con una fábrica de conservas de frutas y legumbres, una refinería de sal, una curtiduría, dos fábricas de calzado, otra de cigarros y cigarrillos, una de escobas, otra de vino de quina y una textil.

^

Izqda.: Interior de industria conservera El Escorial, ubicada en Panquehue, San Felipe, V Región, *ca.* 1940. Fotografía Zigzag, Quimantú. Colección Museo Histórico Nacional.

Dcha.: Instalaciones de la Compañía de Cervecerías Unidas en Providencia, 1930. Negativo sobre vidrio. 18 x 13 cm. Colección Museo Histórico Nacional.

‹

Izqda.: Ensacadura de fosfato en industria Melón. Pool fotográfico Zig-Zag, 1954. Papel positivo monocromo. Colección Museo Histórico Nacional.

Dcha.: Bolsa de Comercio de Santiago. Fotografía de Odber Heffer. Fondo Odber Heffer Bissett. Colección Archivo CENFOTO, Universidad Diego Portales.



Valle del Aconcagua.
Esta tierra de campos siempre se ha caracterizado por su eterna fertilidad, hoy más incierta debido a las reiteradas sequías que acarrea el cambio climático.
Fotografía de Guy Wenborne, 2012.

Además, contaba con dos barracas de maderas, que elaboraban a pedido las piezas que se necesitaban, y una fábrica de tejidos de alambres. En Limache estaba, además de las Cervecerías Unidas, la fábrica de pasta Carozzi y la Compañía de Molinos; y fuera de los alimentos, una fábrica de ladrillos, clavos, oxígeno y otra de pólvora. No faltaba una fábrica de jarcias y cordelería y dos de escobas, más la Fundición Peña Blanca.

En Los Andes, había tres fábricas de conservas de frutas y legumbres, la de pasta Moltedo, tres curtiembres, dos de calzado, otra de escobas y una de cigarros, cigarrillos y tabaco, una de yeso y abono y tres fundiciones.

San Felipe tenía cuatro fábricas de bebidas gaseosas, una de hielo, otra de cerveza, una de almidón, tres barracas, una fábrica de jarcias y cordeles, dos de escobas, dos curtidurías y dos fábricas de calzado, cuatro molinos de trigo y una fundición, además de contar con la Compañía de Luz Eléctrica de San Felipe, que daba servicio a la comunidad. También funcionaba en 1923 la Sociedad Balneario y Aguas Minerales Jahuel, que daría fama a esa zona, creándose otros baños termales que siguen en actividad.[27]



Los fundos y haciendas en el siglo XX

Los fundos y haciendas llegaron a su máximo esplendor en la década de 1920, cuando se construyeron residencias modernas y paisajistas europeos diseñaron los últimos parques. Esos años fueron de mucha riqueza gracias a las salitreras del norte, que le producían al fisco ingresos suficientes para costear los gastos públicos y mantener al país funcionando, sin tener que exigir casi ninguna contribución.

El crac internacional de 1929 desencadenó una crisis de tales proporciones que Chile no se recuperó hasta cuarenta años después, cuando en 1969 alcanzó el mismo valor de las exportaciones que en 1920.[28] Los fundos perdieron valor debido a la poca rentabilidad causada por las medidas económicas de los gobiernos de 1938 en adelante, que favorecieron la industrialización y no la agricultura.

Con el terremoto de 1960, el gobierno ejecutó la reforma agraria, usando como modelo la productividad de las tierras de Aconcagua.

En esta provincia, entre 1964 y 1973, se expropiaron fundos, o se los tomaron. Después, la CORA (Corporación de Reforma Agraria) devolvió aquellos no pagados y distribuyó las parcelas entre los asignatarios de los cancelados. Luego vino un cambio radical, las tierras subieron de precio y empezaron las compras a los asignatarios, formando nuevamente grandes haciendas.

La agricultura posterior a 1980 fue altamente eficiente, con riego tecnificado, podas y desinfecciones programadas y tareas especializadas en los huertos. Lo mismo pasó con los vacunos, especializados en carne y leche, mientras que el ganado menor, de cabras y ovejas, se redujo a las cifras del siglo XIX. En el valle del río Aconcagua se aprecian a simple vista estos cambios, como las nuevas plantaciones en los cerros y los huertos. Los chirimoyos, paltos y lúcumos se mantienen, más las plantas ornamentales de interior y las flores, de distintas variedades y colores, que alegran el paisaje de este mágico valle.



›

Valle del río Yeso. Caballos y vacas se ven diminutos en contraste con las montañas que los rodean. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2018.



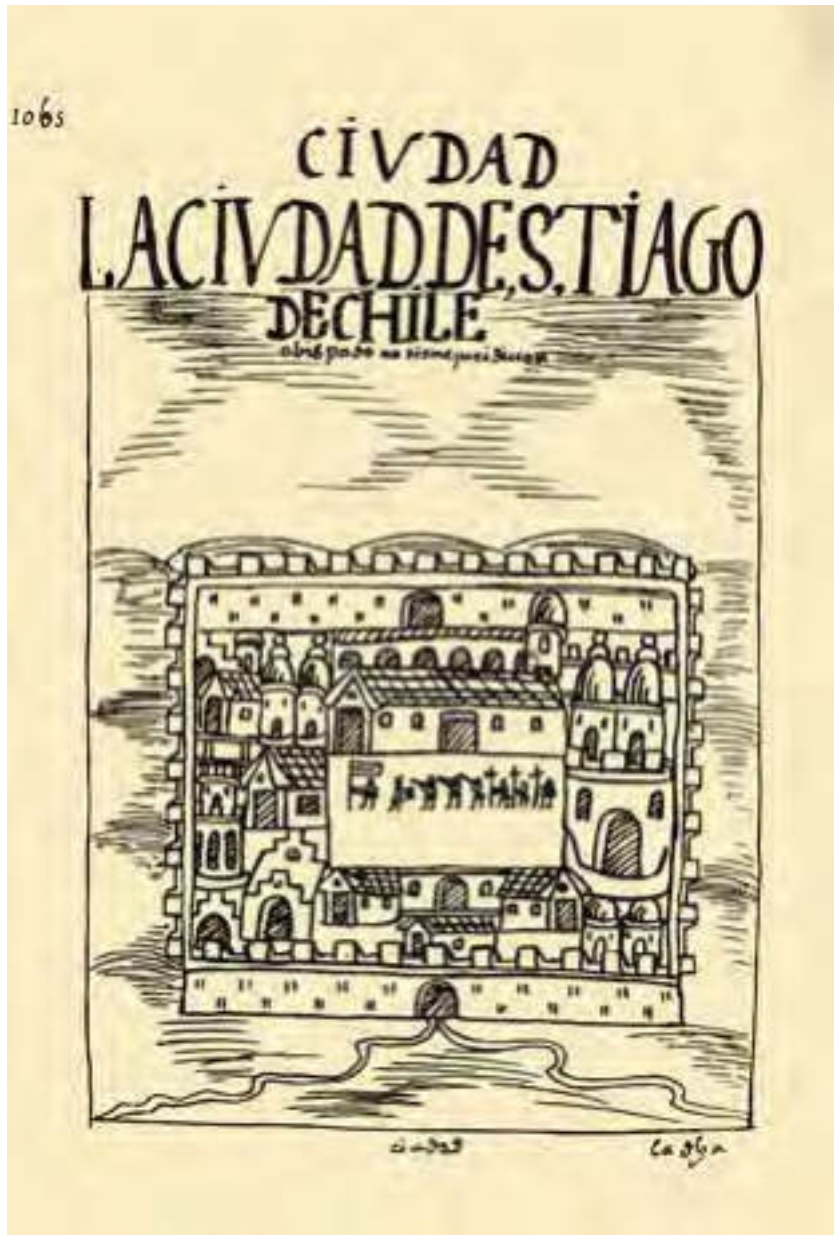


MAIPO Y MAPOCHO

Cursos que definen el centro demográfico de Chile

Fernanda Falabella

En diciembre de 1540 Pedro de Valdivia, al mando de ciento cincuenta españoles, con algunos compañeros de Almagro y un número indeterminado de indígenas del Perú, arriba al tan deseado valle del Mapocho.



^

«La ciudad de Santiago de Chile, hacia 1600».
Felipe Guamán Poma de Ayala. *Nueva crónica y buen gobierno.*
Transcripción, prólogo, notas y cronología Franklin Pease.
Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1980.
Colección Biblioteca Nacional de Chile,
disponible en Memoria Chilena.

›

La fundación de Santiago. Esta pintura, todo un referente del imaginario nacional, muestra al fondo el idílico paisaje del valle del Mapocho, con el río serpenteando a los pies de los personajes.
Pedro Lira, 1888. Óleo sobre tela, 500 x 250 cm.
Colección Museo Histórico Nacional.

«

Confluencia de los ríos Maipo y Mapocho.
La extraordinaria luz del atardecer atraviesa el esmog de la Región Metropolitana y hace que los ríos y la carretera se confundan.
Fotografía de Guy Wenborne, 2007.

Contacto entre los naturales y europeos

Fueron once meses de arduo camino. Valdivia entró por la ruta que habían utilizado los incas, instaló un campamento al norte del río Mapocho, entre el cerro Blanco y el San Cristóbal, y desde ahí mandó a su gente a explorar los alrededores. Encontraron varios caseríos indígenas.[1] Desde la mirada europea, el sector cumplía con las ordenanzas de las Leyes de Indias para fundar un pueblo: terreno muy fértil, leña, pastos, metales, aguas dulces, naturales para proveer servicio y alimentos, vías de comunicación y alejado de pantanos y animales ponzoñosos. No sabemos de forma cierta las razones que llevaron a Valdivia a seguir el consejo del *lonko* del valle del Maipo[2] de construir su ciudad en la ribera sur. Lo cierto es que el día 12 de febrero de 1541 se fundaba la ciudad de Santiago de Nueva Extremadura al sur del río Mapocho.[3]

Valdivia luego convocó a una reunión a los jefes de esos caseríos para advertirles que venía en nombre del rey de España



a tomar posesión de esas tierras, que si obedecían y servían a los españoles serían bien tratados.[4] Nos imaginamos el choque de mentalidades y lo poco que debieron comprender los locales de lo que les estaban hablando, lo que significaba «fundar un pueblo», ser cristiano, servir o poseer las tierras. Más allá del problema del idioma, esos conceptos no existían entre ellos.

La población que entra en contacto con Valdivia y su gente eran los descendientes de los antiguos grupos Aconcagua, algunos de los cuales —unos más, otros menos— se hallaban aculturados por la visión de mundo de los incas y su tecnología minera y agraria. Su forma de vida estaba articulada dentro del sistema de parentesco, en el que por cierto reconocían a un *lonko* o jefe de familia y se identificaban con los territorios que habitaban, pero no contemplaban la idea de autoridad ni de propiedad o dominio individual sobre el agua ni las tierras. No acostumbraban a nuclearse en «pueblos» ni aldeas; tenían sus caseríos familiares a distancia unos de otros, en lugares estratégicos para acceder a los recursos silvestres que necesitaban para alimentarse, proveerse de leña para el fuego, para medicinas, fabricar instrumentos y hacer sus sementeras, así como relacionarse con los parientes para visitas, fiestas, rituales y para la ayuda mutua. Quienes para los españoles eran todos «naturales» que se vestían, hablaban y vivían igual, tenían sus propias microidentidades ancladas a un territorio. Pero ese territorio no era necesariamente un espacio continuo, como lo eran las provincias hispanas.

^

Río Maipo. Su cuenca es utilizada para proveer de agua potable a la zona metropolitana, así como para el riego de las cosechas. Fotografía de Guy Wenborne, 2012.

›

Serenos, Crieurs de Nuit a Santiago (Chili). La aparición de serenos en Santiago revela las crecientes dificultades para gobernar la noche. León Jean Baptiste Sabatier, 1828. Grabado sobre papel. Dibujante: Edmond Bigot de la Touanne. 33,6 x 49 cm. Colección Museo Histórico Nacional.

Ellos solían tener tierras separadas de sus caseríos que formaban parte de los espacios que podían utilizar para la caza, recolección y sembradíos. La documentación temprana, en especial los juicios de tierras, recoge claramente esta manera local de concebir el territorio. Los indios de Colina y Lampa contaban con potreros en la cordillera, y los últimos, además, ajieros en el manantial de Liray, en Batuco. Los indios de Puangue accedían a tierras cerca del río Maipo para sembrar los años de sequía, el cacique de Melipilla tenía tierras al sur del Maipo y pescadores en la costa, y el cacique de Talagante disponía de tierras en el valle de Mallarauco.[5]

La autoridad, llamada por los españoles «caciques» y «principales», refleja dos niveles de las redes de parentesco en familias extendidas donde el lonko (cacique) o cabeza principal conformaba una red con hermanos, hijos y sobrinos de unas tres generaciones.[6] Pero, a diferencia de la autoridad española, su poder se basaba en el prestigio, en su capacidad de convocatoria para trabajos comunitarios, en la cantidad de parientes, en su generosidad para invitar a fiestas y ofrecer mucha comida y bebidas. Tenían una gran capacidad de oratoria, ya que eran quienes hablaban en las reuniones. Pedro de Valdivia algo entendió de esta organización social y la naturaleza de la autoridad pues, para repartir las primeras encomiendas en 1541, asignaba al «cacique» con todos sus principales e indios a un determinado encomendero, a modo de unidad familiar.

Estos indígenas de los alrededores de los valles del Maipo-Mapocho, en los primeros tiempos colaboraron con los españoles. El cronista Vivar[7] relata que les proveyeron de maíz, guanacos, perdices, palomas y pescado para el sustento y les ayudaron a construir sus casas. Al cabo de unos meses, sin embargo, empezaron las rebeliones, que culminaron con el famoso asalto y quema de la ciudad de Santiago,[8] en ese entonces construida enteramente de madera y paja. A decir de Pedro de

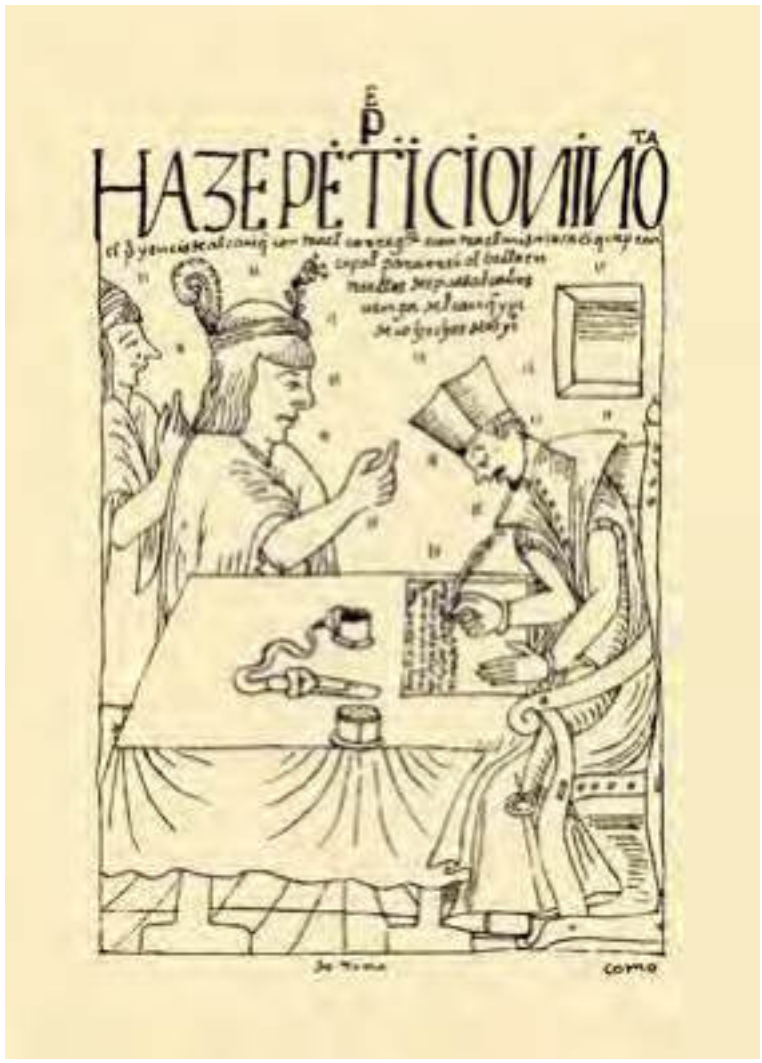
Valdivia en carta al emperador Carlos V, salvaron apenas «dos almuerzas de trigo, un poco de maíz, dos cochinillas, un puerco, una gallina y un pollo». Por un par de años los locales se negaron a sembrar para los españoles, quemaban sus sementeras, se fugaban a los cerros y a tierras del sur. El estado de enfrentamiento duró unos años, pero, a la larga, la población local no pudo más que someterse. Esto se materializó a través de encomiendas y mercedes de tierra.

Los valles del Maipo-Mapocho fueron los que se colonizaron más tempranamente por la cercanía a Santiago ya que el deseo de los capitanes era tener sus chacras cerca de la ciudad. Se requería mano de obra para las faenas agrícolas, cuidar animales, conseguir madera y leña para los hogares, para el servicio doméstico y, especialmente, para los lavaderos de oro que funcionaban en Marga Marga y otros lugares. Como los indígenas no disponían de bienes para tributar, tenían que ofrecer su trabajo y pasaron a ser servidores de los encomenderos.[9] A veces los encomenderos se establecían entre los indígenas que les habían asignado y estos mantenían sus caseríos intercalados con las tierras de los españoles; en otros, ellos eran trasladados y aislados de sus redes familiares. Si bien la encomienda no daba derecho sobre la tierra, los encomenderos empezaron a pedir mercedes de tierra junto a sus indios.



SERENOS, CRUCES DE RUTA A SANTIAGO.







Las mercedes de tierra concedían la propiedad de la tierra en forma gratuita. Se adjudicaban para distintos fines: para solares dentro de la ciudad, para chacras asociadas a los solares, chacras en la periferia, como estancias para el ganado, como espacio para construir molinos o como trapiches para moler los minerales.[10] Toda La Dehesa, ocupada originalmente por los Guaycoches, se destinó a potrero para los caballos; en todo el llano del Maipo (Apoquindo, Vitacura, Macul y Peñalolén) se entregaron mercedes para chacras. Se dice que «no quedó vara sin repartir»[11] y que «el territorio de las actuales provincias de Valparaíso y Santiago era dominado decisivamente por propietarios españoles en 1604».[12] Estas propiedades ocuparon las mejores tierras; se intercalaron con zonas donde se mantuvieron caseríos indígenas que seguían cultivando sus productos tradicionales, pero muchos de ellos fueron trasladados y sacados de sus tierras. Un caso paradigmático es la historia de los indios de Pomaire.[13] En 1583 Tomás Pastene recibió una merced en Curacaví, caserío y tambo indígena del que era encomendero, y trasladó a esa población a tierras baldías en un rincón del valle de Pico. Ese es el origen del «pueblo de indios» de Pomaire, tan conocido en



tiempos actuales por su artesanía en greda. Años después se venden las tierras que ellos poseían por el camino antiguo de carretas hacia el atajo de Zapata, en Nemocalán. A modo de ejemplo, a comienzos del siglo XVII se habían concedido más de treinta mercedes en todos los sectores del valle de Puangue y los indios quedaron reducidos a los de Pomaire, Pico, Guechún y Melipilla, con entre doscientas y cuatrocientas cuadras según las *Mensuras* de Ginés de Lillo de 1604.[14] Otro cambio importante fue la instalación de un obraje en el pueblo de indios de Melipilla para fabricar ropa para los ejércitos que iban al sur. Son los indios de este caserío quienes trabajaron en esta nueva industria junto con indios trasladados especialmente para este fin desde Pichidegua, a los cuales se les asignaron tierras para sus viviendas en la zona.

A comienzos del siglo XVII las comunidades originarias se habían desestructurado casi completamente y quedaba poco de la organización prehispana. En términos de la unidad socioterritorial originaria, se habían juntado comunidades alejadas, sin relaciones de cercanía espacial ni parentesco, en una misma encomienda; asimismo, se había separado una misma comunidad en distintas encomiendas. Se trasladaron comunidades completas a sectores baldíos o de otras comunidades para que fueran ocupadas por los españoles. Los mecanismos de cohesión social y de cooperación, basados en las juntas donde se ofrecía comida y bebida, se persiguieron y prohibieron porque se entendieron como simples «borracheras». Los «caciques» fueron muchas veces elegidos y nombrados por los españoles, evadiendo los canales tradicionales y de acuerdo con sus intereses, de modo que empezaron a ejercer la autoridad bajo principios de mando diferentes y relacionándose directamente con el español en desmedro de sus «indios». Por último, la cristianización y la imposición de la monogamia alejaron a la población originaria de sus tradiciones ancestrales.

^

Cajón del Arenas, río Maipo. El valle del cerro Arenas tiene un ecosistema único, en donde podremos ver glaciares, montañas de colores y cauces como el río Volcán o los esteros La Engorda, Morado y Marmolejo. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2014.

‹

Arriba: «Visitador de tierras».

Abajo: «Notario y cacique».

Ambas hacia 1600. Felipe Guamán Poma de Ayala. *Nueva crónica y buen gobierno* (codex péruvien illustré). París: Université de Paris, Institut d'Ethnologie, 1936. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Memoria Chilena.





La economía del siglo XVI se había basado en gran medida en el oro.[15] Si bien en la cuenca del Maipo existían escasas minas y de poca envergadura, prácticamente todos los encomenderos en esa época tenían indios «deteneros» o peones mineros que eran enviados por varios meses a lavar oro al estero Marga Marga.[16] Con el agotamiento de las vetas y la disminución del número de indios que se podía destinar a estas labores, en el siglo XVII la ganadería y la agricultura cobraron relevancia para la economía del reino. Las nuevas estrategias económicas incentivaron la posesión de grandes extensiones de terreno o estancias. Estas se formaron juntando mercedes de tierras, agregando terrenos circundantes a los que ya se poseían y evitando la división de los predios entre herederos. Ejemplo de ello es la gran estancia de Pico que ocupó todo el valle de Pico, a excepción de las tierras donde vivían los indios de Pomaire. Situación análoga se vivió en los valles vecinos y en la cuenca de Santiago.[17] Estas grandes propiedades, convertidas en haciendas, fueron uno de los pilares fundamentales de la estructura social chilena y caracterizaron el espacio rural en la zona central hasta entrado el siglo XX.

Esto requirió obras de regadío mayores. Se sacaron grandes acequias del río Puangue, como la de Curacaví que servía a la hacienda de San Diego y la del Maipo que regaba el valle de Pico, la misma de tiempos prehispanos que entraba al valle por el portillo de Pomaire y que movía el molino de la hacienda. Con el tiempo y el aumento de las zonas regadas empiezan los conflictos por las aguas. En 1778 el pueblo de Pomaire demandaba a la hacienda de Pico porque el molino estaba consumiendo casi toda el agua de la acequia y porque no la limpiaban, lo que reducía significativamente sus posibilidades de riego en las tierras que le quedaban. Las superficies regadas hasta mediados del siglo XIX no eran mucho mayores que las mensuradas por Ginés de Lillo a comienzos del siglo XVII. Luego, nuevas técnicas ingenieriles de regadío cambiaron el paisaje de estos valles al incorporar tierras áridas a la agricultura mediante canales de nueva envergadura que se perforaban a través de los cerros mediante túneles como el canal de las Mercedes de 120 kilómetros, que perforó la cuesta Barriga con un túnel de 1.500 metros de largo, o el canal de Mallarauco.[18]

En forma paralela, las autoridades comienzan a fundar villas, núcleos poblacionales en los que convivían españoles y mestizos. Entre estas podemos mencionar la fundación de la villa San José de Logroño de Melipilla en 1742, que conllevó la expropiación de las tierras de los indios de Melipilla y de Pichidegua, quienes fueron trasladados al pueblo de El Bajo de Melipilla, cerca del río Maipo, la villa San Jerónimo de la Sierra de Alhué en 1755, la de San José de Maipo en 1792 y la de San Antonio, reconocida como puerto en 1790. Otros núcleos surgieron de manera espontánea bordeando los caminos o en torno a iglesias rurales.

Durante el siglo XVIII en toda la zona central los pueblos de indios fueron desapareciendo.[19]

^

Santiago. La ciudad se aprecia a lo lejos, desde el acceso al valle por el camino de Valparaíso, la ruta por la que llegaba la gran mayoría de los viajeros del siglo XIX desembarcados en el puerto. Dibujo de Juan Mauricio Rugendas, litografía de François Joseph Dupressoir, *ca.*1840. París. Litografía/ Hoja 261 x 373 mm. Colección Museo Histórico Nacional.

‹

Monumento Natural El Morado. Este cerro, que contiene el glaciar San Francisco, descarga sus aguas en el río Volcán, afluente del río Maipo. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2015.

›

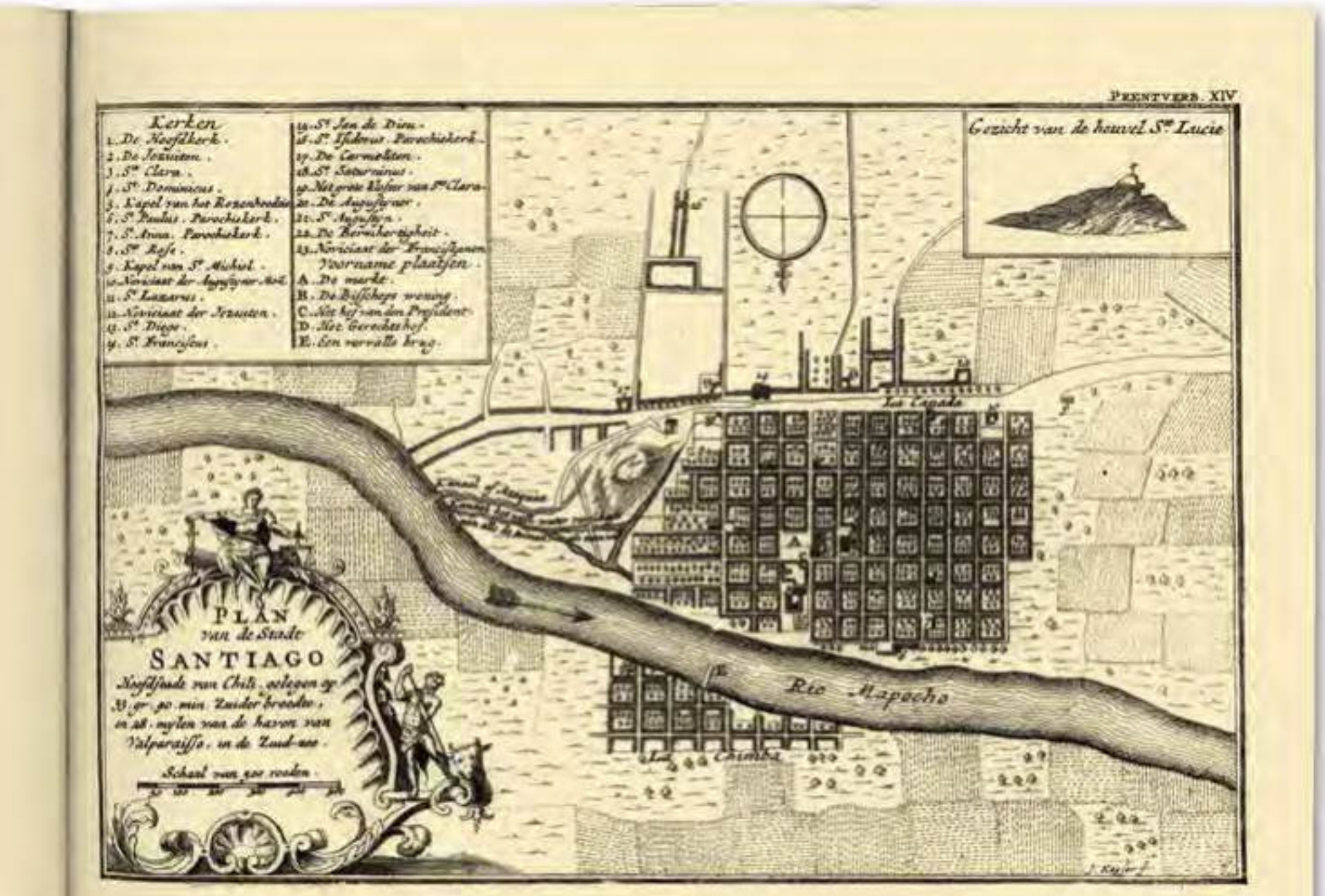
Vista del valle del Mapocho. Esta vista desde el cerro Santa Lucía tiene como fondo el paisaje de la cordillera nevada, con los cerros El Plomo, El Altar y La Paloma. Claudio Gay, 1854. *Atlas de la historia física y política de Chile*. París: Imprenta de E. Thunot. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Memoria Chilena.

˅

Plan van de Stadt Santiago Hoofdstadt van Chili. El mapa, además de iglesias, órdenes religiosas e instalaciones municipales, muestra el río Mapocho y los canales de él derivados. Incluye un inserto del cerro Santa Lucía. Amédée François Frézier, 1718. («Plano de la ciudad de Santiago»). Grabado, 13,9 x 20,5 cm.
Relation du voyage de la mer du sud aux côtes du Chily et du Perou. París, 1718. Colección John Carter Brown Library, Brown University, Providence.

El río Mapocho de la Colonia a la República

El tema de las aguas de riego, en una zona mediterránea, es de vital importancia y así lo fue desde la Conquista en la zona central de Chile. En las primeras mercedes otorgadas por Pedro de Valdivia, se describía el trazado de las acequias con sus nombres, ya que delineaba por lo general el límite de las tierras y sugerían buenos suelos para el cultivo.





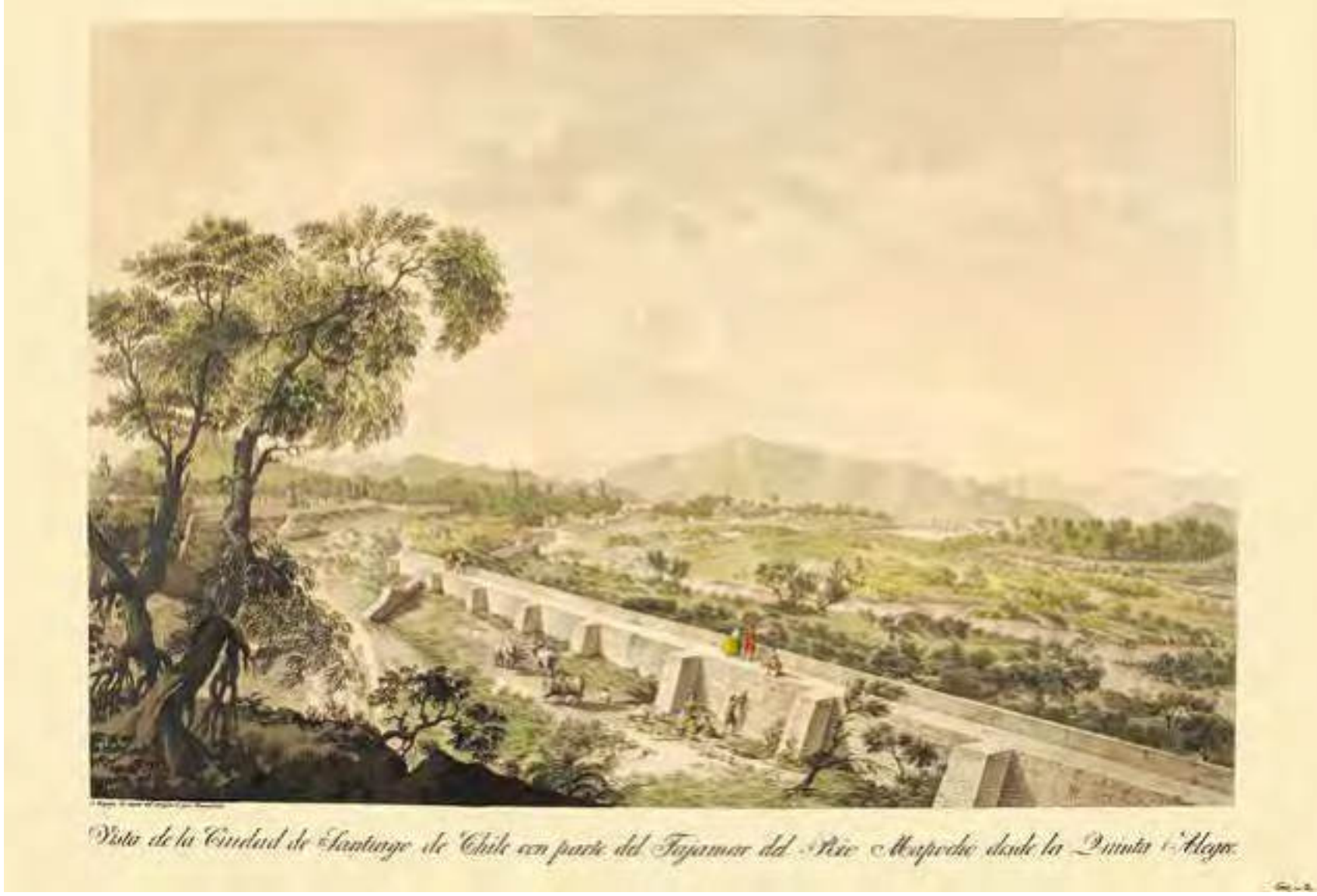
Agua para las chacras, los molinos y la ciudad

Desde la fundación de Santiago del Nuevo Extremo el río Mapocho fue parte constitutiva de la ciudad. Se hacía presente para entrar a ella desde los caminos del norte y para quienes venían desde el sur. La cruzaba en toda su extensión, de oriente a poniente, dándole su identidad. La plaza Mayor se ubicó dos cuadras hacia el sur y desde allí el alarife Gamboa trazó ocho calles que corrían en la dirección del río y quince en sentido contrario, configurando ochenta manzanas. Cada manzana con cuatro solares fue provista de agua a través de una red de acequias interiores procedentes de un canal principal del río Mapocho, a la altura de la actual plaza Italia, que bordeaba el cerro Santa Lucía, seguía el declive natural del terreno hacia el poniente y se dividía en acequias que bajaban por el medio de las manzanas. Estas cubrían las necesidades de riego para las chacras de los solares y para el aseo de la ciudad. De todas ellas se disponía libremente porque no faltaba para cubrir las necesidades de una zona aún escasamente poblada. En el plano de Frézier de 1712, entre los canales que salen del Mapocho se lee la siguiente leyenda: «Canal que suministra de agua a todos los jardines y a todas las calles cuando se quiere» y muestra detalladamente los dos canales principales y las ocho acequias interiores que cruzan cada manzana de la ciudad. Sólo a fines del siglo XVIII empezó a regularse el uso del agua en períodos de escasez.

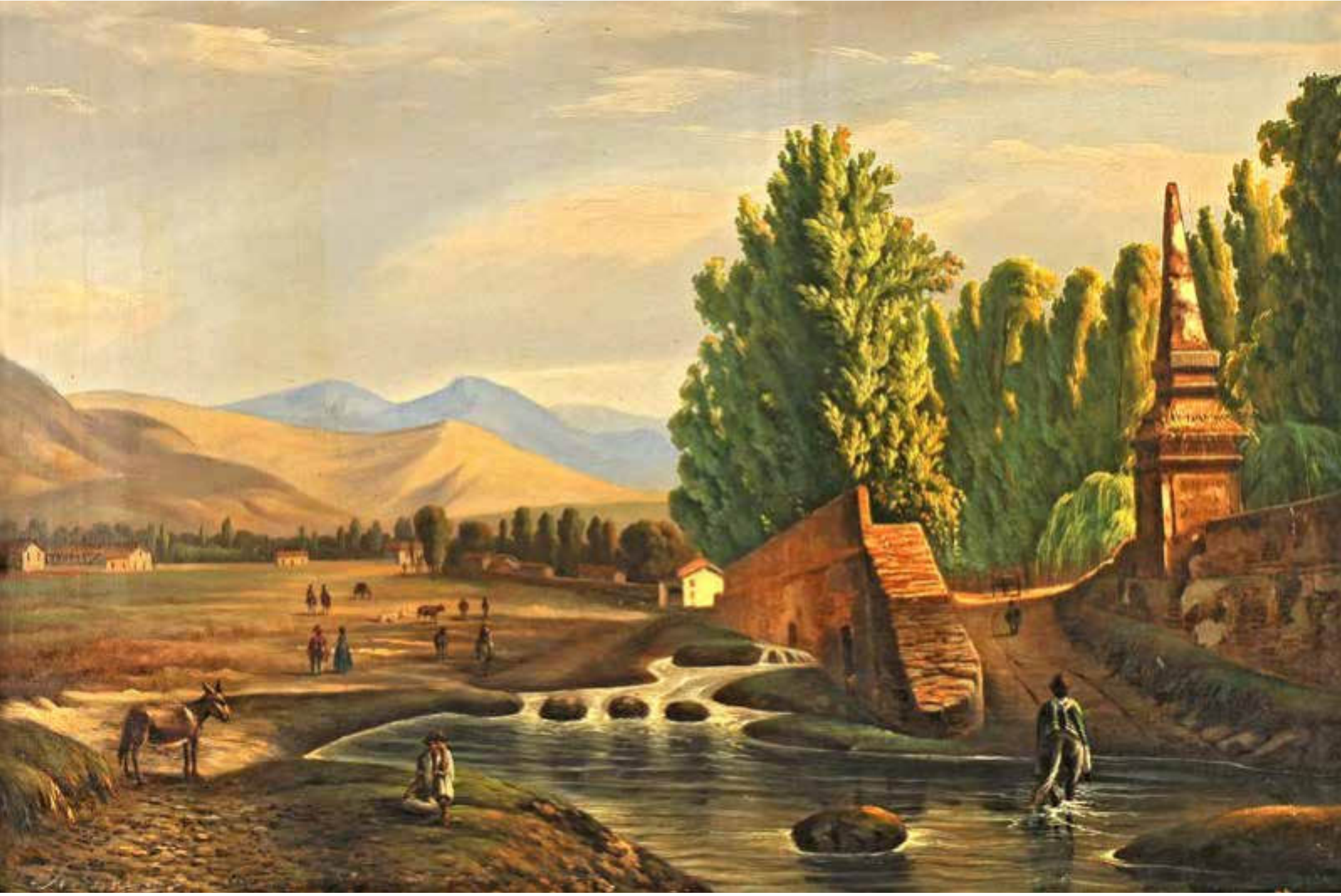
Las aguas del río fueron igualmente importantes para mover los molinos para la molienda del trigo que proveía harina para hacer el pan. En el siglo XVI se instalaron molinos en los costados del cerro Santa Lucía. El del lado norte, junto al Alto del Puerto, frente a la calle Merced, era de Bartolomé Flores. Él lo donó luego, en 1567, al hospital del Socorro y construyó otro a su lado. El del sur, donde está la entrada actual al cerro, era de Rodrigo de Araya. En el sector de Renca se construyeron varios molinos que sacaban sus acequias del sector suroriente del cerro San Cristóbal.

Las mismas aguas del Mapocho tuvieron que abastecer de agua para beber a los habitantes durante los primeros años. Estas llegaban turbias y arrastraban basuras en el camino, por lo que a fines del siglo XVI, por problemas de salubridad, se destinaron para este fin las aguas del cerro Ramón y las vertientes de Tobalaba, que eran puras y cristalinas. Las aguas se llevaron a la ciudad por un canal a tajo abierto que llegaba hasta la plaza de Bello (Baquedano), se almacenaba en estanques de ladrillos conocidos como «cajitas de agua» y desde allí, una rama seguía por tubos de greda a unos seis metros de profundidad hasta la plaza Mayor (Plaza de Armas). Los vecinos la sacaban de una fuente, servicio que se mantuvo hasta mediados del siglo XVII.

Para las chacras extramuros se usaron las mismas acequias que existían de tiempos preconquista, las que se fueron mejorando y ampliando. En 1577 se sacaban 1.453 «bateas» del río Mapocho.[20] Así, tanto en las mensuras de Ginés de Lillo como en planos hasta el siglo XVIII, nos volvemos a encontrar con acequias que llevan los nombres originales de Apoquindo, Tobalaba, Huechuraba, Quilicura, algunas precisando «acequia nueva de...» para marcar la diferencia con las más antiguas. Fueron estas las aguas que hicieron crecer las primeras semillas de trigo europeo para el pan, cebada para caballos y bovinos, frutales y viñedos. Cuando la agricultura pasó a ser una actividad de exportación y a mayor escala, las obras de regadío se incrementaron. Los españoles debieron complementarlas en los siglos siguientes con nuevos canales, porque a veces no corría agua por el río. A fines del siglo XVIII había cincuenta y dos tomas de agua en el río Mapocho.[21]



Vista de la Ciudad de Santiago de Chile con parte del Tajamar del Río Mapocho desde la Punta Alegre.



En torno a su cauce se fueron también desarrollando actividades públicas de esparcimiento y sociabilidad.[22] El río originalmente corría muy tranquilo por una caja ancha y pedregosa y se podía cruzar en épocas normales de una banda a otra. Las carretas, caballos y peatones bajaban a sus orillas salvo en épocas torrentosas. Cuando se levantó el nuevo puente de Palo en 1762 se le diseñaron rampas en los extremos para acceder a la ribera. Esta práctica continuó incluso cuando estuvo construido el puente de Cal y Canto, como ilustran bellamente varios cuadros de la época. Cuando se construyeron los tajamares, se incorporó un paseo peatonal sobre el muro entre las actuales Plaza Italia y calle Miguel Claro. Así, el «paseo del Tajamar» funcionó como el principal paseo público de Santiago, y también fue el eje para la formación de plazas públicas, como la plaza de Bello, creada por Rodrigo de Quiroga en lo que es hoy José Miguel de la Barra, donde más tarde se construyó la cancha de Gallos. Del mismo modo, los grandes parques urbanos en las costaneras del río se desarrollaron sobre los suelos ganados al río con su canalización y continúan floreciendo en sus riberas hasta el día de hoy.

^

Vista de los tajamares del Mapocho. Esta vista, a las alturas de la actual calle Providencia, casi frente a la calle Condell (por el monolito o pirámide conmemorativa de la obra), muestra un escarpe que permitía el descenso de carretas desde el plano de la ciudad al lecho del río, ya fuera para cruzarlo o para realizar alguna labor en las aguas. Giovatto Molinelli, *ca.* 1855. Óleo sobre tela, 59 x 79 cm. Colección Museo Histórico Nacional.

‹

Vista de la ciudad de Santiago de Chile con parte del tajamar del río Mapocho desde la Quinta Alegre. Fernando Brambila,1798. Grabado sobre papel, 44 x 62,5 cm. Colección Museo Histórico Nacional.

El Mapocho, de río salvaje a río domesticado

El río Mapocho tiene una hoya cordillerana muy extensa, que corresponde a la mitad de su recorrido. Avanza por cajones estrechos y con un fuerte desnivel hasta que llega al llano, donde la mayor parte del año escurría tranquilamente como un simple riachuelo dentro de un amplio cauce de unos 400 metros de ancho que atravesaba el valle central en toda su extensión, de oriente a poniente. Alimentado por los deshielos y las lluvias, los caudales más potentes se producen cuando llueve con altas temperaturas capaces de derretir los hielos. En esos momentos, se vuelve muy torrentoso, con grandes crecidas que arrastran rocas, lodo y todo lo que encuentra el agua a su paso: son los aluviones. Antes de los procesos de urbanización, se esparcía libremente por vías alternativas, ampliando el área de arrastre para sus copiosas aguas, mas no producía daño en el entendido que quienes habitaban en la región lo conocían, directamente o por tradición oral, y respetaban esas trayectorias. La ciudad de Santiago se interpuso al flujo de las aguas desde su fundación y mutiló las vías de escape milenarias para dar origen a una historia de dulce y agraz, ofreciendo sus aguas benéficas, pero también provocando desastres.

El primer evento de esta naturaleza en los registros históricos lo relata Pedro de Valdivia, que señala que en 1544 las lluvias y tempestades fueron tan monstruosas que pensaban que se iban a ahogar. Los indígenas, por su parte, también relataron que nunca habían visto algo así, pero que oyeron de sus padres que en tiempos de sus abuelos algo parecido había ocurrido.[23] Otros años de fuerte correntía se sucedieron.

›

Río Mapocho. Carretas junto al río, al fondo Puente de Palos. Esta imagen habría estado tomada a la altura de Avenida Recoleta y San Antonio y aparece el Puente de los Pacos, que surge de las bases del Puente de Palo. Papel positivo monocromo. Colección Museo Histórico Nacional.

˅

Pont de Santiago sur le Rio Mapocho (Chili). Louis Phillippe Alphonse Bichebois, 1828. Dibujante: Edmond Bigot de la Touanne. Grabado sobre papel, 33,2 x 49,7 cm. Colección Museo Histórico Nacional.





En 1574 el agua llegaba hasta la cincha de los caballos y varios habitantes fueron arrastrados por las aguas al querer cruzar la calle. En 1609, hubo un verdadero diluvio que destruyó la acequia que traía las aguas del cerro Ramón a la ciudad. Relata el padre Rosales en 1877 que el Mapocho se salió una o dos veces «de madre» por abril y junio, hacia el surponiente por la Cañada y hacia el norponiente por la Cañadilla (actual Independencia). En mayo de ese año otra riada arrasó con el molino de Juan González. Años después, en 1618, otro desborde por la Cañada puso en peligro el claustro de las monjas clarisas, que tuvieron que ser rescatadas y refugiarse en la catedral. Tales eran los daños que el Cabildo encomendó a Ginés de Lillo, famoso agrimensor, que emprendiera la construcción de defensas que contuvieran las aguas del río durante esos episodios. Estos fueron los primeros tajamares del Mapocho, que contuvieron los aluviones en los entornos de la ciudad por al menos ciento cincuenta años.

En abril de 1748 se sufrió otro episodio de magnitud, conocido como la «avenida grande». Las aguas rompieron los tajamares existentes en todo su largo y botaron el puente de siete arcos de mampostería, construido hacía menos de setenta años. La ciudad fue completamente inundada por varias vías. Las acequias se llenaron de sedimentos. El gobernador Ortiz de Rosas ordenó entonces levantar unos segundos tajamares con un muro de cal y piedras de cinco cuadras de largo. En definitiva, los nuevos tajamares fueron encomendados al famoso arquitecto Joaquín Toesca, se construyeron paralelos a los antiguos en el sector céntrico, llegando al oriente hasta la actual calle Condell, y vieron la luz en 1808.

Nuevos episodios continuaron minando la seguridad de la ciudad. En 1827 el río se salió hacia el sector norte de Santiago. Un día del mes de junio de 1850 que llovía muchísimo, mucha gente fue al puente de Palo para observar desde lo alto los torbellinos del río, se aglomeraron a un costado y el puente cedió, cayendo a las aguas al menos nueve personas. En el mes de marzo de 1856 cedieron los tajamares cerca de los molinos del Carmen. Por último, la noche del sábado 14 de julio de 1877, apodada «noche triste», se inundó completamente el barrio de la Chimba y derrumbó el antiguo puente de Palo. En 1888 las aguas torrenciales del río rompieron varios arcos del imponente puente Cal y Canto, el que fue luego destruido completamente.

^

Puente de Cal y Canto.
El sitio para edificar el puente se determinó porque en ese punto el cauce del Mapocho era más amplio, las corrientes fluían con menos velocidad y el terreno era más firme, lo que permitiría sostener los pilares de esta monumental obra.
Ramón Subercaseaux, *ca.* 1880.
Óleo sobre madera, 32 x 40,4 cm.
Colección Museo Histórico Nacional.

›

La canalización del río Mapocho.
La motivación principal de esta intervención fue incorporar a la ciudad los relegados barrios de «ultra-Mapocho».
Rafael Correa Muñoz. Pintura, 181 x 107 cm.
Colección Museo O'Higginiano y de Bellas Artes de Talca.

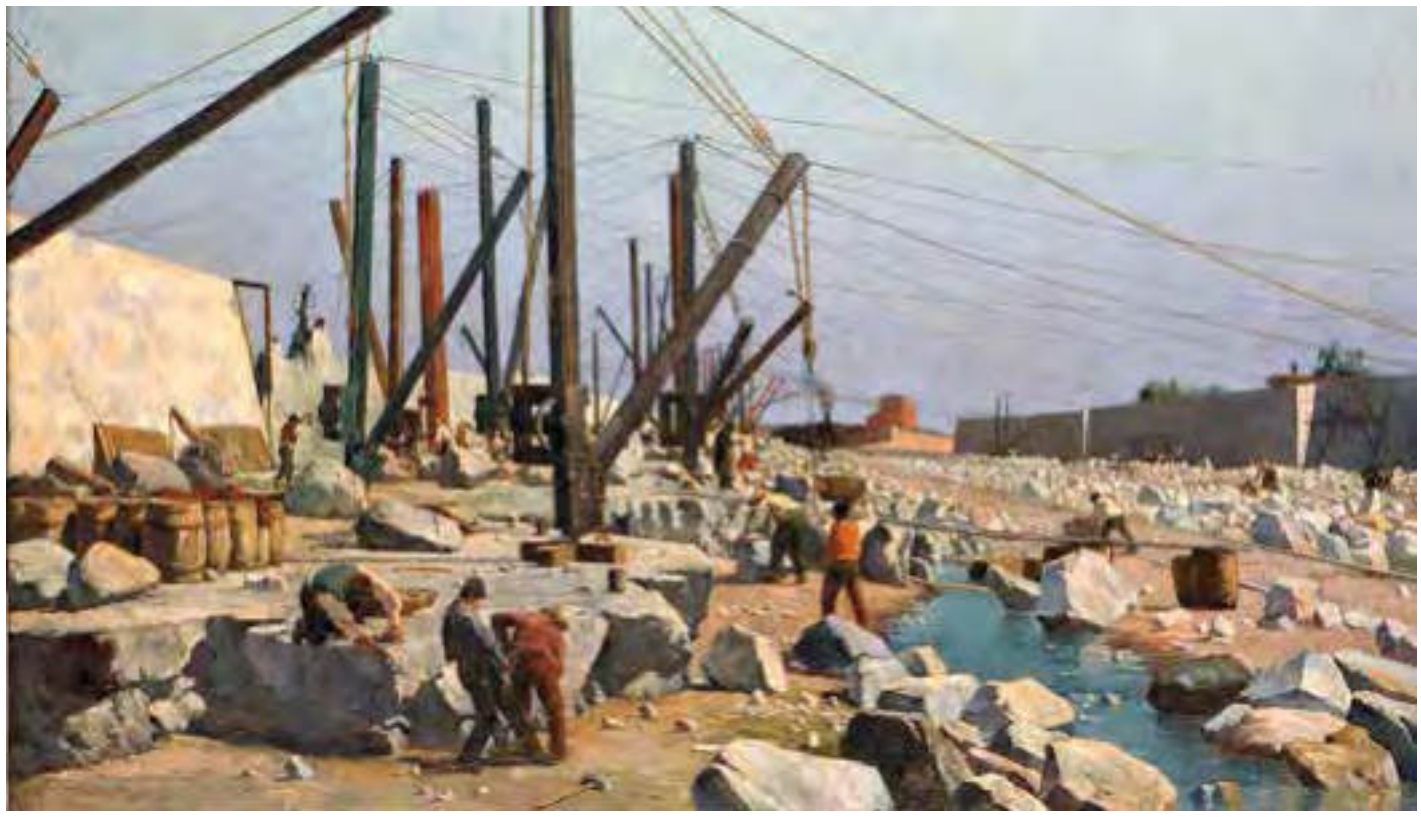
Estos desastres llevaron a la idea de encauzar el río Mapocho dentro de un canal artificial para contener los altos caudales temporales y evitar los desbordes. Este proyecto fue parte de una restructuración paisajística de Santiago, con nuevos puentes, parques y costaneras. A fines del siglo XIX el desarrollo urbano había ampliado los límites de la ciudad y la tecnología había avanzado enormemente en cuestiones ingenieriles y de materiales disponibles para las obras. El río ya no era concebido como un caudal libre que simplemente cruza la ciudad, sino que surge la visión de un río urbano que contribuye como paisaje y como paseo dentro de la misma.[24] La canalización se inicia en 1888, con mampostería en piedra y adoquines en el fondo, con una extensión de 2.605 metros, ancho de 42 metros y muros laterales de 4 metros de altura. La obra, que concluye en 1892, iba desde la actual plaza Italia hasta la calle Manuel Rodríguez; luego se extendió hacia el oriente hasta la calle Román Díaz. El río Mapocho había sido domesticado.

El canal San Carlos

Como contraparte al eterno ciclo de años lluviosos y aluviones, se producían en la zona central años de sequía cuando llovía escasamente y las aguas de los ríos apenas alcanzaban a proveer las necesidades de la población. La escasez hídrica en los llanos entre el río Mapocho y el Maipo fue evidente desde la conquista. Sin embargo, no fue hasta que ocurrieron los episodios brutales de sequía durante el siglo XVIII que se consideró seriamente traer hacia Santiago más agua desde el vecino río Maipo.

En 1726 el gobernador don Gabriel Cano de Aponte, a raíz de una gran sequía, solicitó la elaboración de un proyecto de canal que uniera ambos ríos. Esta obra tuvo una historia muy complicada, con diversas propuestas para el trazado, varios estudios de ingeniería y de suelos, constantes interrupciones por problemas financieros, laborales y de circunstancias políticas, sin que faltaran los climáticos y sus inundaciones. Tuvieron que transcurrir casi cien años para que esta idea se convirtiera en realidad. Fue recién el 20 de agosto de 1820 cuando Bernardo O'Higgins logró inaugurar el canal San Carlos de Maipo.

En la actualidad, su existencia significa el abastecimiento de miles de hectáreas productivas de la cuenca de Santiago situadas entre los ríos Maipo y Mapocho que, de otra manera, serían infértiles, así como agua potable para la población. Además, constituye el gran y único cauce recolector de aguas lluvias de la zona oriente de Santiago y un complemento para la energía eléctrica. Fue la obra de regadío de mayor envergadura financiada con fondos del Cabildo de Santiago y de la Real Hacienda. El canal San Carlos, que recibió su nombre del rey Carlos III, tiene 32 kilómetros de largo, corre de sur a norte por el pie de monte hasta el río Mapocho, su capacidad es de treinta metros cúbicos y riega aproximadamente 15.500 hectáreas mediante una red de canales que en total cubre unos doscientos kilómetros de longitud. Es manejado por la Sociedad Canal del Maipo.[25]





›

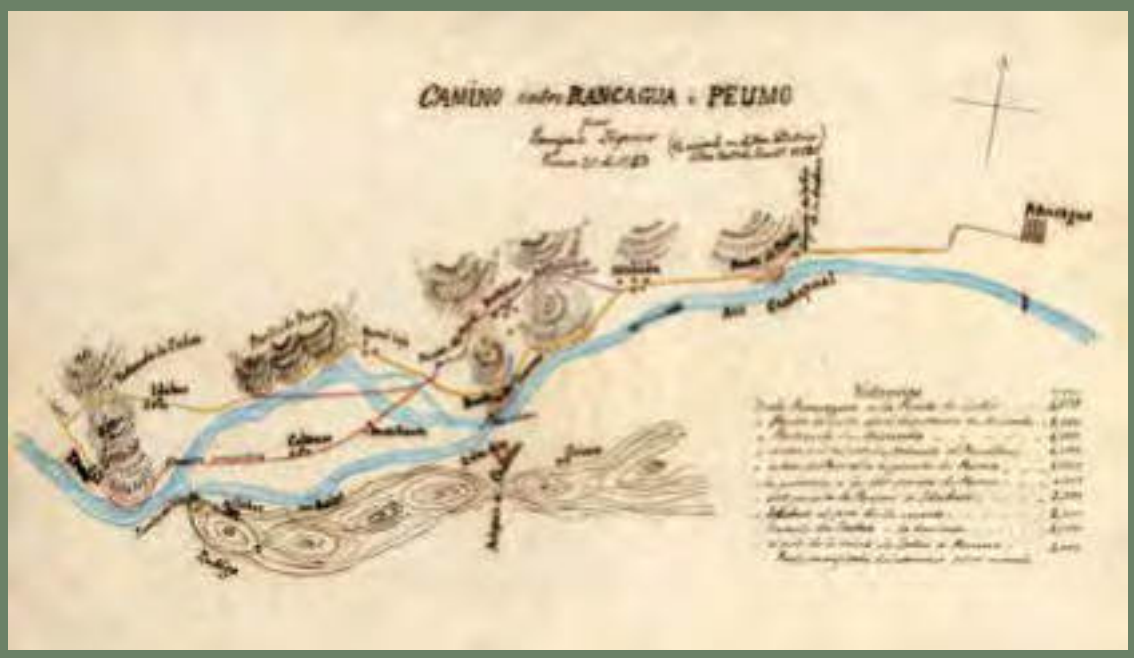
Santiago de Chile. El Mapocho llega a Santiago desde las cumbres nevadas de la cordillera de los Andes, bordea el cerro Manquehue y se pierde entre los rascacielos del centro de la ciudad. Fotografía de Guy Wenborne, 2014.

RÍO CACHAPOAL

Reparto de indios, haciendas y agricultura

María Teresa Planella

Antes de la apertura del paso de Angostura hacia el valle de Rancagua, las comunicaciones viales hacia el sur de la cuenca del Maipo y la localidad de Chada se desarrollaban por el antiguo camino de la cuesta de Chada, que llevaba a dicho valle y al río Cachapoal, mencionados en distintos episodios históricos desde los primeros escritos conocidos del siglo XVI.



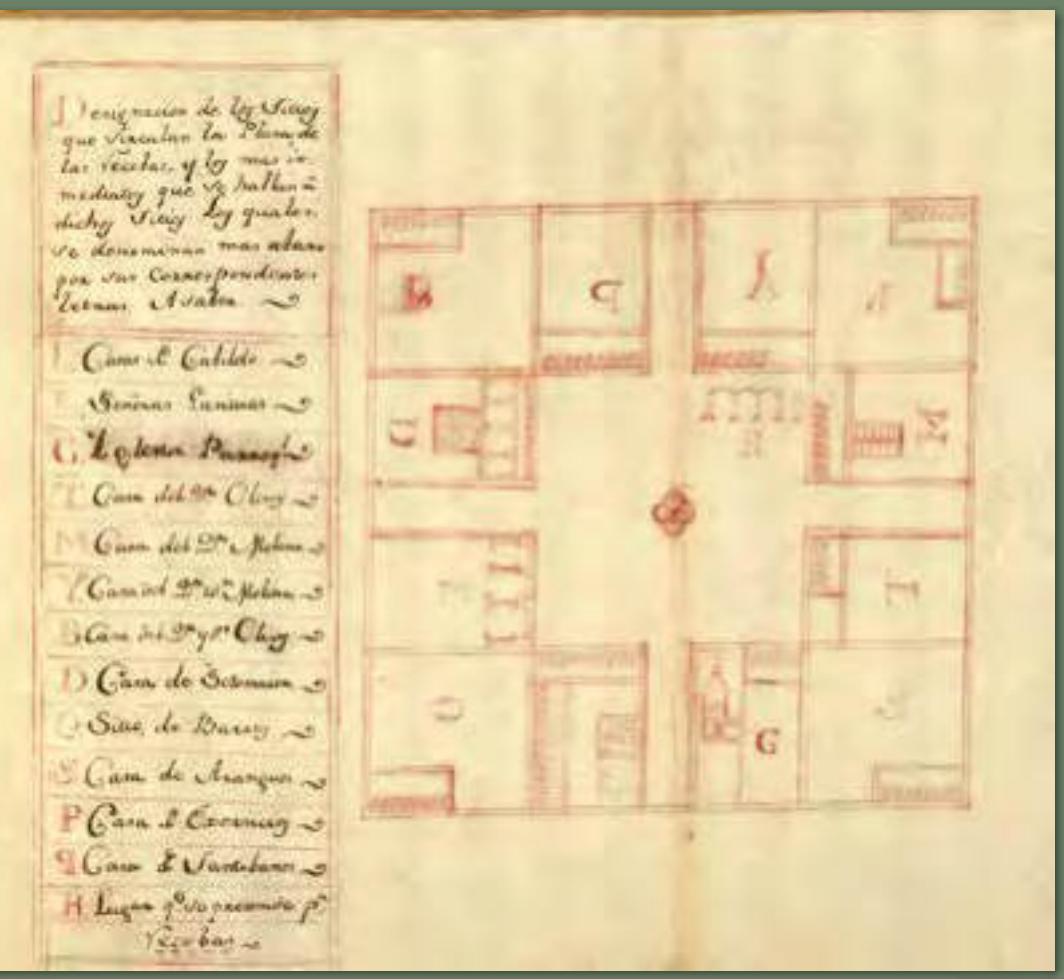
«Camino entre Rancagua i Peumo». El mapa registra el camino que venía desde Rancagua a Peumo, donde se pueden identificar cerros y algunas localidades como Lo Miranda, Doñihue, Coltauco o Idahue, así como algunos pasos. Enrique Jequier, 1863. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Memoria Chilena.

La Crónica de 1558 de Gerónimo de Vivar[1] relata que Pedro de Valdivia «...se salió de la ciudad y caminó hasta el rrio de Cachapoal, donde los yndios tenán hecho/ un fuerte. Estava con ellos un señor que se dezia Cachapoal, de donde el rrio llamaron por esta causa Cachapoal». En 1580 Mariño de Lobera[2] lo señala como Cachapoari.

Pese a que se mantuvo durante largo tiempo el desconocimiento de lo que significaba este caudaloso curso de agua para quienes habitaban «desde sus antepasados» en este valle fluvial, estudios arqueológicos han revelado que el río Cachapoal tuvo una incidencia destacable en la instalación y permanencia de tempranos asentamientos humanos en sectores aledaños a sus riberas, al menos anteriores a los inicios del primer milenio d.C. en adelante. A su vez, trabajos en etnohistoria han logrado fundamentar que este río constituyó un eje natural, protagonista e impulsor de dinámicas territoriales y sociales que ocurrieron a través del siglo XVI e inicios del XVII en el valle entonces llamado de Rencagua.

Río Pangal. Desde las faldas del cerro Picos del Barroso descienden las aguas que forman el río Paredones, que se alimenta de los glaciares de la alta cordillera. Cuando se le une el estero Flores, cambia su nombre a Pangal, río que desemboca en el Cachapoal. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2019.





Aspectos seleccionados del río Cachapoal

Nace en la cordillera de los Andes de la Región de O'Higgins, en glaciares a los pies de las cumbres de Pico del Barroso y Nevado de Piuquenes. En una curvatura que efectúa hacia el norte, en plena depresión intermedia, se ubica la actual ciudad de Rancagua, fundada como Villa de Santa Cruz de Triana en 1743. En este ámbito del valle tiene como afluente el estero Las Cadenas, otrora llamado Tenidahuel, que aporta aguas de regadío a amplios sectores. Con intensas crecidas estacionales, desbordándose y dañando las bocatomas e infraestructuras de riego, su cruce era posible en sectores de vado como el de frente a Punta de Miranda, o por un puente colgante de cuerdas y mimbre que ya existía en 1545 y que en 1834 se menciona como «ese antiguo puente que estaba a diez y ocho cuadras al oriente del actual».[3]

Relación con caminos antiguos

Además del Camino Real a Malloa, que en Punta de Miranda derivaba al poniente hacia «los pormocaes», en 1631 se registra la existencia de un trazado que venía desde Cuyo y un paso cordillerano hacia la localidad de Rencagua.[4] A fines del siglo XVIII, Fray Antonio Sors[5] anota que «los indios que viven en la cordillera que mira a la capital de Santiago tienen su comunicación por Cachapoal y se llaman chiquillanes...». Esta ruta, que bordea un tramo del río, continúa utilizándose por los arrieros. Otro camino, el de Rabanal, en el siglo XVI y XVII conducía al margen del río Cachapoal hacia el mencionado puente colgante.

El río y asentamientos prehispánicos

Estudios arqueológicos corroboran que los vestigios de ocupación de las tierras del valle de Rancagua se corresponden con la existencia actual de cursos de agua.[6] Esto concuerda, según datos etnohistóricos de 1611, con la distribución territorial de los asientos y parcialidades de los «naturales del valle» en relación a sus acequias.[7]

En este sentido es también significativa una instalación asignada al período Tardío ubicada en un cerro isla en medio del valle de Rancagua, con fechas UCTL 1430 d.C., 1480 d.C. y 1530 d.C., que da cuenta del avance del Tawantinsuyu hacia el río Cachapoal.[8] El sitio presenta muros defensivos, un conjunto de estructuras y numerosas *collcas*. El hallazgo de restos carbonizados de quínoa, maíz, madi, semillas de *Heliantus* sp., gramíneas y semillas de frutos silvestres en estas estructuras indica actividades de almacenamiento.[9] Se presume que su presencia activó una mejora y ampliación del trazado de acequias preexistentes ya que en un documento de 1611 se menciona que la acequia principal del cacique Juan Noyco Renricaren, con su bocatoma en el río, llegaba «a los pies del fuerte del *ynga*» luego de un recorrido de unos dieciséis kilómetros.

Un aporte de la etnohistoria para comprender la dinámica del sistema territorial y social existente en el valle de Rencagua a mediados del siglo XVI e inicios del XVII, y su relación de dependencia con el río Cachapoal, se produce en los documentos históricos que se conservan en el Archivo del Convento de Santo Domingo de la ciudad de Santiago.[10] Entre ellos, algunos fechados entre 1579 y 1611 son sustantivos en relación al tema del acceso a las aguas del río. Destacan aquellos referidos a un litigio, sus correspondientes probanzas y «bista de ojos», entre dicho convento, que usufructuaba de una merced de tierras de seiscientas cuadras en el valle otorgada en 1604, y el capitán Alonso de Córdova, «el *moço*», por la servidumbre de una antigua acequia de regadío existente en su encomienda, adjudicada por Rodrigo de Quiroga en 1579. La fundación en 1583-84 e instalación de un obraje de «paños y sayales» dieron origen a que Córdova solicitara el acceso a las aguas de dicha acequia, la cual pertenecía al linaje de una de las parcialidades de «naturales» del valle. Para tal efecto, el cacique Joan Renricaren le vendió «seis a ocho cuadras», rematadas en pública almoneda en «doscientos pessos de oro de contrato».

A través de intérpretes, salen a la luz testimonios obtenidos durante las probanzas, que refuerzan su valor documental al ser emitidos por los mismos «naturales» del valle, con asiento en este «desde tiempo inmemorial». Se describe y reitera la división ancestral del valle en tres asientos y tres parcialidades, cada uno con su correspondiente acequia de regadío con una denominación propia de la parcialidad o con el gentilicio del jefe de linaje a que correspondían, y sus bocatomas en puntos diferentes de la ribera fluvial. Existía cierta categorización entre ellas y sólo una era aludida como «principal». Las crecidas del río y la destrucción de las bocatomas ocasionaban gran perjuicio al riego y sembradíos. El goce de las aguas de estas acequias por parte de los naturales encomendados era respetado por el encomendero Córdova, como asimismo la práctica tradicional de «limpia» organizada cada año para su mantención y en que se ayudaban «los unos a los otros aunque tienen acequias diferentes».



Pipas, equipos de fumar.

Arriba: Cultura Complejo Llolleo. Período Alfarero Temprano. Largo 4,6 cm, diámetro máximo 1,7 cm, diámetro mínimo 1,4 cm, Peso 19 g.

Centro: Cultura Complejo Llolleo. Período Alfarero Temprano.

Abajo: Período Alfarero. Modelado de arcilla. Largo 5,3 cm, diámetro máximo 1,7 cm, diámetro mínimo 1,4 cm, peso 15 g.

Colección Museo Regional de Rancagua.

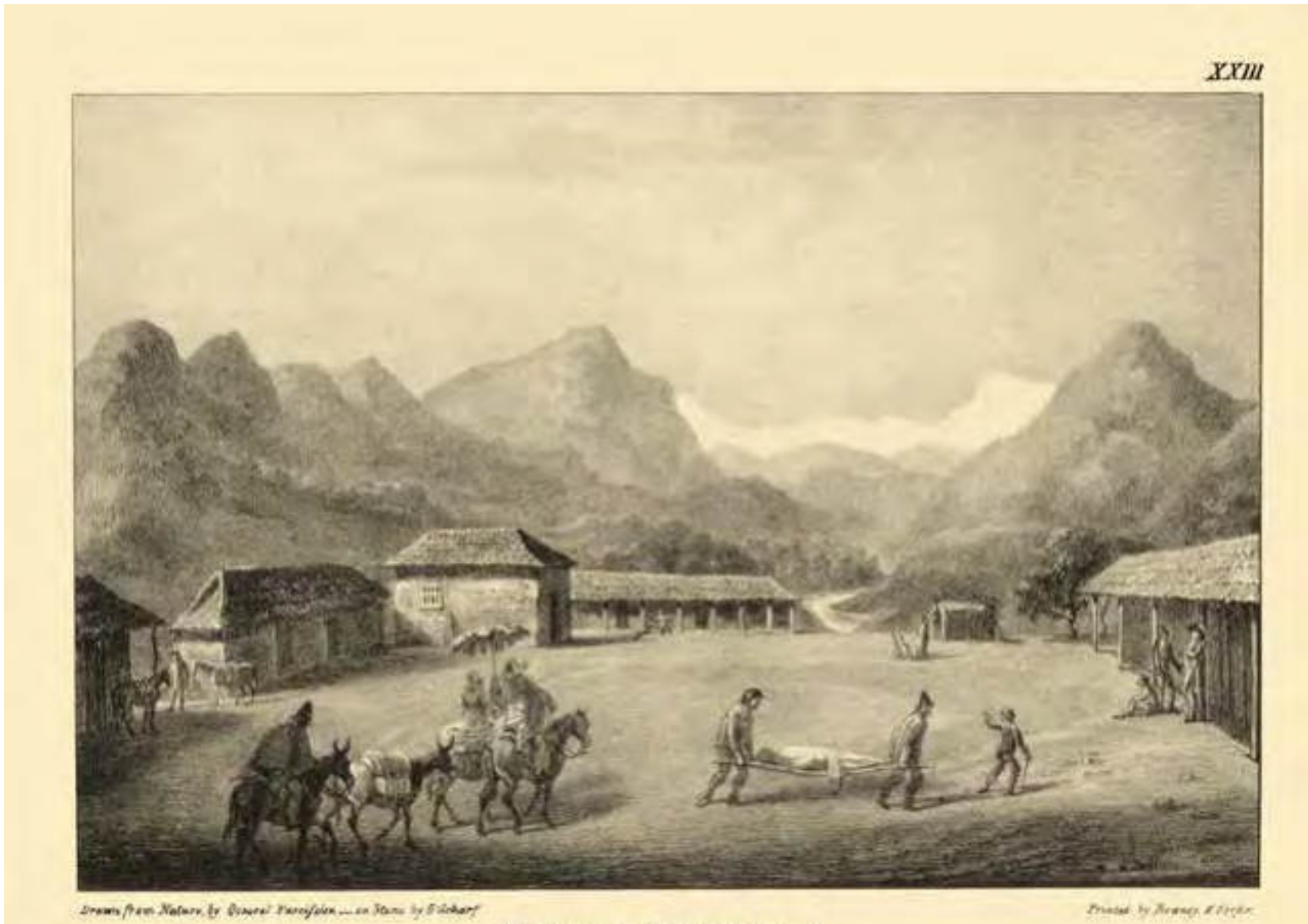
Arriba: Río Cachapoal. El nombre de este afluente del Rapel en mapudungún significa «lugar reverdecido». Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2016.

Abajo: Villa Santa Cruz de Triana,1801. 1 plano. Designación de los sitios que vinculan la plaza de las Recobas y los más inmediatos... El trazado de la actual Rancagua constó de 64 manzanas divididas en cuatro cuadrados llamados solares, a los que se dotó de agua. Para ello, se construyó el primer canal con agua traída desde el Cachapoal. Estas aguas provenían de otro canal que fue construido en tiempo de los incas. Colección Mapoteca Archivo Nacional.

Cada parcialidad integraba a un conjunto de miembros que compartían lazos de parentesco determinados por ascendencia patrilineal y a aquellas mujeres adscritas según la norma de patrilocalidad. El asiento y parcialidad de Rencagua y Tambo viejo, correspondía al cacique principal Calluyncare o Calbuyncare y sus hermanos, el cacique Juan Noyco Renricaren y Luis Tureubulan, las hermanas de estos y el hijo de Juan Noyco, Pedro Llencopillan. Estas tierras estaban ubicadas en el tramo de «primeras aguas», su acequia se denominaba «asequia antigua principal de Juan Noyco» y parte de su trazado servía de límite con las tierras de Llobcaven. El asiento de Llobcaben o Llobcavin correspondía a la parcialidad del cacique don Alonso, su padre, el cacique don Antonio, y su esposa doña Beatriz, natural de Curimon, su abuelo don Felipe Biluculpeu y la esposa de este, Francisca Payneli, hija de Calluyncare. La acequia que usufructuaban se menciona como acequia antigua de Llobcaben. Por último, el asiento y tambo de Andelhue, Antelhue o Andaloe, en el sector poniente del valle, hacia Punta de Cortés, era señalado como de la parcialidad de Pedro Lebcay, cuya acequia desaguaba hacia el interior en el estero de Tenidahuel, hoy Las Cadenas.

En estas tierras se encuentra el sitio arqueológico La Granja,[11] cuya investigación aporta un trasfondo cronológico y cultural importante como asentamiento ya existente desde los albores del primer milenio de nuestra era.

Estos antecedentes permiten visualizar cómo situaciones críticas de falta de aguas de riego en uno de estos asientos, Llobcaven, por daños en su bocatoma, dieron origen a enlaces de matrimonio



circunstanciales concertados entre miembros de una parcialidad y otra. En los documentos consultados puede leerse el testimonio de Pedro Llencopillan:

> *que por auer faltado el agua a las tierras de Llobcaven*
> *por auerse segado la asequia...*
> *por hauerse casado una prima de este testigo hija de un*
> *hermano de su padre con el padre de don Antonio*
> *y aguelo de don Alonso casique que oy es, su*
> *padre de este testigo truxo a los susodichos a que*
> *sembrasen en las tierras de las ygueras*
> *que llaman Llancague que eran del padre*
> *de este testigo y alli estubieron algun tiempo sem-*
> *brando sus sementeras por razón del dicho parentesco...*

Se concluye que el río Cachapoal tuvo un papel preponderante no sólo en su dimensión de proveedor de oportunidades y recursos para el asentamiento humano, sino en la dinámica de las relaciones de parentesco que formaban parte del tejido social de las parcialidades que habitaron el valle de Rancagua en el siglo XVI y primera década del XVII.

^

El río Cachapoal. El torrente fluye desde las altas cumbres de los Andes hasta la ciudad de Rancagua, formando profundos cañones. Antonio Smith, 1870. Óleo sobre tela, 100 x 146 cm. Colección Museo Nacional de Bellas Artes.

‹

Baños de Cauquenes. La utilización de sus aguas termales, a orillas del río Cachapoal, se remonta al período prehispánico. Los naturales de estas tierras sabían de sus propiedades curativas y las utilizaban. James Paroissien, 1824. Dibujo de George Scharf el mayor. Grabado de Rowney & Forster. Litografía, 16,5 x 24,5 cm. Viajes a Chile sobre los Andes, 1820-1821, de Peter Schmidtmeyer. Colección John Carter Brown Library, Brown University, Providence.

MAULE

¡Al fin, un río navegable!

Valeria Maino

Durante la colonia se navegaron ocasionalmente algunos ríos, como cuando se enviaron desde Concepción unas embarcaciones al Biobío para que el ejército del gobernador, García Hurtado de Mendoza, cruzara a su margen sur, o cuando este mismo gobernador mandó, para volver al Perú en 1562, que fuese a buscarlo un navío a La Ligua. Todavía el derrotero indicaba que una chalupa podía entrar a la caleta que conduce al río La Ligua, como ratificó el capitán FitzRoy en 1835; pero en 1875, este río ya no llegaba al mar y sus aguas se perdían en los médanos de esa costa.[1] En Osorno, por el alzamiento indígena de 1599, algunos habitantes huyeron en un batel, bajando por el río Rahue hasta el río Bueno, para llegar al mar y seguir a Chiloé, donde se refugiaron. En el siglo XIX, se navegó el río Rapel, lo mismo que el curso inferior del Maipo, en lanchas planas.[2]

Río Maule.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.



Los ríos han servido por siglos como límites políticos de las provincias, como sucedía con la ribera norte del Maule, cuando era la frontera colonial de la provincia de Santiago, mientras que su margen sur marcaba el inicio de la de Concepción. Los efectos culturales de este límite se mantenían en el siglo XIX, según el ingeniero francés Augusto Charme, quien decía en 1853:

> *Alejadas las dos partes como lo serían por una distancia infinita, las poblaciones de las orillas no parecen pertenecer a una misma nación, y la diferencia que, bajo todos los aspectos, existe entre ellas, es tan notable que el lenguaje vulgar la caracteriza por la denominación de «otro Chile», dada por el habitante del sur a la parte de la República situada al norte del Maule.*[3]

El Maule era el primer río, de norte a sur, que no tenía vado para cruzarlo, siendo necesario contar con algún tipo de trasbordo en el valle central, en El Morro y en la desembocadura. Este servicio, llamado el «barco del rey», se remataba anualmente y la embarcación utilizada tenía un piloto al timón y tres marineros que remaban y sostenían la embarcación en los desembarques. Al inicio de la República, con la apertura portuaria al comercio internacional, el cambio de nombre de Nueva Bilbao por el de Constitución y la declaración de Puerto Mayor en 1828, se empezó a navegar el Maule desde Perales, en la confluencia con el Claro.

Fue un desafío encontrar la embarcación adecuada para navegar este río, que tiene bajos arenosos, lleva piedras y cuya corriente es fuerte. Bernardo O'Higgins creía que la lancha plana del Maule la había diseñado el inglés Carlos Rogers, pero su autor fue Juan Gualberto Lopetegui, valdiviano, cuya lancha *Descubridora* sería el modelo para las otras, que se irían perfeccionando, aumentando la altura a la vela para adquirir mayor velocidad.[4]



La navegación interior

Según la época del año, la red navegable cambiaba, siendo en promedio unos 85 kilómetros. En 1864, según el intendente Manuel Salustio Fernández, esta vía «se podía extender hasta el río Cauquenes, como él lo había navegado, lo mismo que el río Perquilauquén».[5] Pedro Lucio Cuadra, en 1868, decía que el Maule «es navegable por embarcaciones de doscientas toneladas hasta su confluencia con el Loncomilla [...] como también el Perquilauquén y el Cauquenes, por su poca pendiente».[6] Un siglo después, se navegaba desde La Bodega, en el Perquilauquén, hasta Constitución.[7]

Con el cambio a Puerto Mayor, los agentes navieros construyeron bodegas en Constitución para recibir las mercaderías de Europa y de otros lugares y almacenar los productos agrícolas que las lanchas traían al puerto. Así, aparecieron los molinos y las bodegas ribereñas. El mayor producto de exportación era la madera, indispensable en los pueblos del norte y en los desiertos de Bolivia y Perú, sea como troncos, tablas, duelas de barriles y toneles, astas de banderas, ventanas, puertas y piezas navales o leña; después venía el trigo, harina, maíz, alfalfa, charqui, legumbres, quesos, frutas secas, ropa y frazadas. Estas mercaderías se despachaban en los veleros de Constitución o en las mismas lanchas, de 18 a 24 toneladas, que ahí se construían para ser vendidas en los puertos intermedios, hasta el Callao.

Al regreso a Perales, las lanchas demoraban varios días; si no había viento, debían sirgarlas. El tráfico fue creciendo, con nuevas bodegas, y el ambiente se volvió alegre con cantos y peligrosas carreras. Estos desórdenes los detuvo el ministro del Interior Álvaro Covarrubias, dictando una ordenanza para los marinos del Maule, en 1865, por los reclamos de muchos agricultores, aquejados por las pérdidas de sus cargas y el descuidado trabajo de estos lancheros semidesnudos, que escandalizaban a las señoras viajeras.[8]

Este reglamento se aplicó también en el Biobío. Aquí, se obligaba a estos marineros a vestir de blanco y los que se ocupaban del cruce debían llevar una

gorra marinera blanca con letras bordadas que dijeran «Pasaje». Estas tripulaciones debían navegar las noches de luna, aprovechando la brisa que sopla hacia el mar. Esta normativa explica los bellos nocturnos de Somerscales, los cuadros de Orrego Luco, Swinburn, Lira y pintores posteriores.

Esta marinería vivía en Constitución y sus vecindades, o en la villa de San Javier de Loncomilla, fundada en 1852 a orillas de este río, aunque al principio algunos convivían con sus familias en sus lanchas. Tomás Montecino así lo novela en 1946 en *Los Guanayes*, donde los marinos, vestidos de blanco y morenos por trabajar a pleno sol, se asemejaban al guanay, ave de pecho blanco y cuerpo negro. La navegación no tuvo competencia hasta 1875, cuando el ferrocarril cruzó el Maule por un puente mecano, quedándose la carga.

El cambio es muy notorio: en 1874 había 576 lanchas tripuladas por 2.291 marineros y al otro año se redujo a 121 lanchas y 434 navegantes. ¿Qué se hicieron los demás? Por lo que se sabe, formaron parte de las tripulaciones de las embarcaciones que iban al norte, donde se ocupaban para cargar los veleros de altamar. Asimismo, el terremoto de Tarapacá, en 1877, provocó un maremoto que destruyó los muelles y las lanchas portuarias,[9] y pronto llegó la guerra del Pacífico, donde estos tripulantes se enrolaron en la Armada.

La navegación interior disminuyó aún más con el ramal de Talca a Constitución. Las obras terminaron en 1915, poniendo fin al servicio de pasajeros entre la estación de Pichimán o de Banco de Arena a Constitución.[10]



Hombres en un velero a orillas del río Maule, *ca.* 1922.
Fotografía 7 x 11,3 cm. Colección Museo Histórico Nacional.

Lanchones del Maule nocturno.
Estas embarcaciones efectuaban el tráfico comercial desde el entonces navegable río Loncomilla hasta el Maule y luego Constitución. Thomas Somerscales, *ca.* 1870.
Óleo sobre tela, 77 x 104 cm. Colección particular.



Plano del río Maule desde su barra a la quebrada Honda.
Imprenta Litográfica Lebas, 36,5 x 96,3 cm. Fotografía de Viviana Rivas.
Colección Museo O'Higginiano y de Bellas Artes de Talca.







El vapor llega al Maule

Desde 1794, cuando se fundó Nueva Bilbao, hubo varios naufragios en la desembocadura. Así sucedió con la fragata de Ignacio Irigaray y la *San Vicente*, de los hermanos Cruz y Bahamonde; en 1820, se hundieron en la barra cinco barcos, más la fragata *Cazadora* y la balandra *Fortunata*, del Estado.[11]

Estas desgracias se producían por la falta de viento del suroeste, que obstruye el cerro Mutrún, impidiendo a los veleros tomar el canalizo con un mejor ángulo. Los comerciantes pidieron al gobierno solucionar el problema, mientras Bernardo O'Higgins, desde Lima, recomendaba al gobierno la compra de un vapor en 1842 para reconocer los ríos del sur, con base en el Maule, para atoar los veleros en la barra.[12] En este proyecto se compraron tres vapores. El tercero, cuyo capitán era Leoncio Señoret, gobernador marítimo del Maule,[13] naufragó en la costa del río Imperial en 1855, por lo que el gobierno compró otro vapor *Maule*, en 1857, con 100 caballos de fuerza y dos ruedas. En 1861, fue reemplazado por el *Independencia*, que tenía el doble de fuerza.[14]

En ese tiempo, traficaba al Maule el vapor *Fire Fly*, de Carlos Lambert, el primero que entró al río en 1849. La sociedad del Paquete del Maule, dueña del vapor de igual nombre, empezó la carrera a Valparaíso en 1861, compitiendo con la PSNC. La otra sociedad de Constitución fue la Compañía Nacional de Vapores, fundada en 1864. Ambas navieras formarían la Compañía Sudamericana de Vapores (CSAV) en 1872, la naviera más antigua del mundo, cuyo servicio finalizó en 1910.

En 1883, Constitución perdió su categoría de Puerto Mayor por el creciente tonelaje de los barcos. El puerto siguió con la construcción de embarcaciones menores hasta el cierre de los astilleros en los años noventa. Hoy es un activo puerto pesquero.

^

Boca del Maule.
Thomas Somerscales, *ca.* 1880.
Acuarela sobre papel, 20 x 31 cm.
Fotografía de Pablo Maldonado.
Colección Museo de Bellas Artes de Valparaíso.

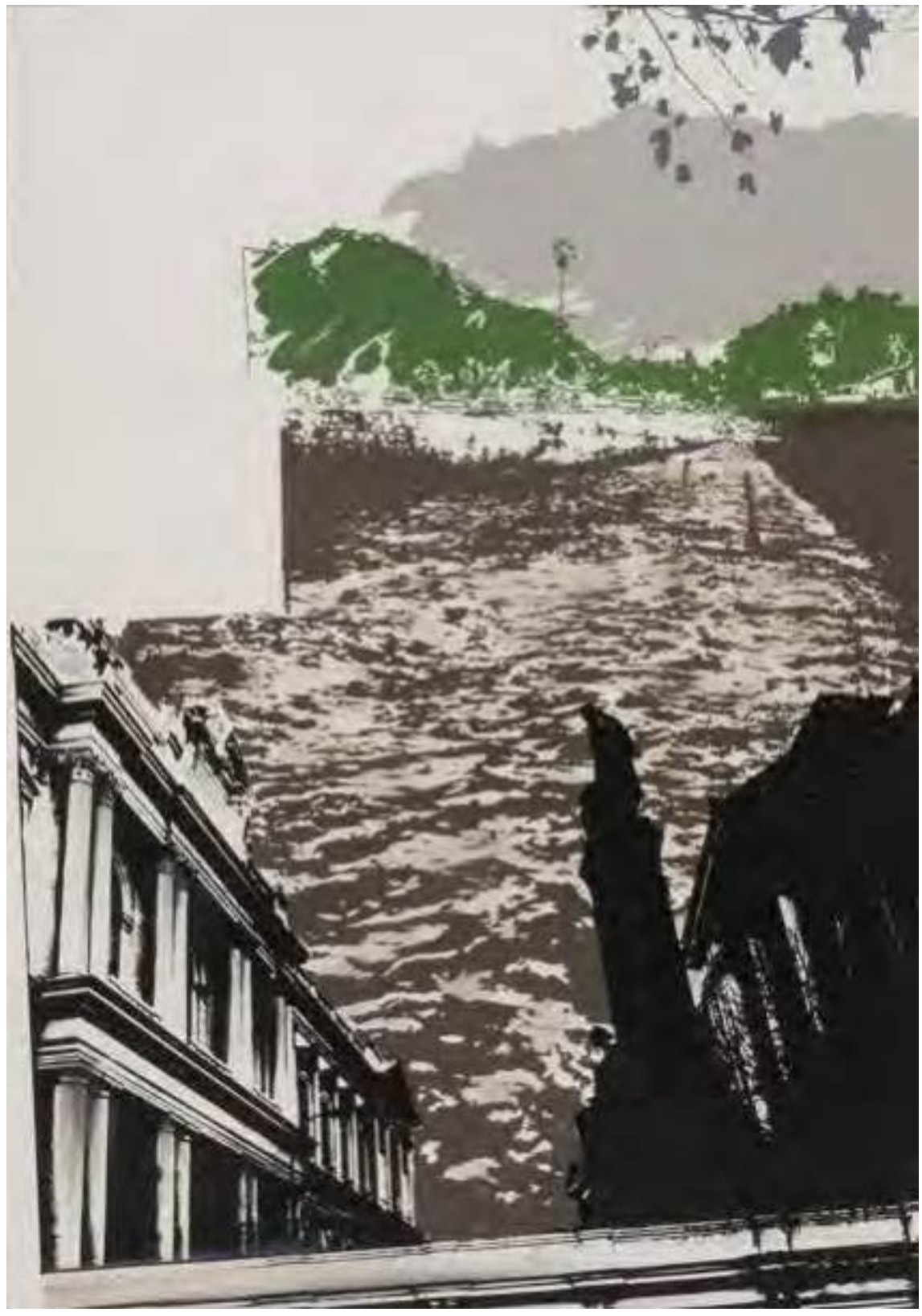
‹

Arriba: Astilleros del río Maule, Talca.
Los astilleros en las riberas del Maule surgieron debido a la necesidad de embarcaciones que transportaran madera y otros productos de la cuenca.
Fotografía de Domingo Ulloa, *ca.*1960.
Colección Archivo Fotográfico,
Archivo Central Andrés Bello,
Universidad de Chile.

Abajo: Puente sobre el río Maule, 1930.
El puente Banco de Arena se encuentra en la desembocadura del río, próxima a Constitución.
Se eleva 7,5 metros sobre el nivel del agua.
Fotografía de R. Boock, 13 x 18 cm.
Negativo sobre vidrio.
Colección Museo Histórico Nacional.

La vida que yo he pasado
en el puente del Mapocho
haciendo fuego con huaipe
y tapado con gangocho.

Roberto Parra, «La vida que yo he pasado».



Mural de Santiago. Enrique Zamudio, 1990.
Grabado. Colección Museo Chileno de Arte Precolombino.

CAMINOS DE AGUA

LOS RÍOS DE CHILE







III RÍOS DEL SUR

DESDE EL ITATA AL BUENO



BIOBÍO

Testigo de una frontera y esperanza de un encuentro

Armando Cartes · Leonor Adán

Piraguamonte, piragua, piragua, xevizarizagua;
Biobío, que mi tambo le tengo en el río.
Yo me era niña pequeña, y enviáronme un domingo
à mariscar por la playa del río de Biobío,
cestillo al brazo llevaba de plata y oro tejido;
hallárame yo una concha, abrila con un cuchillo;
dentro estaba el niño Amor, entre unas perlas metido;
asiome el dedo y mordiome; como era niña di gritos.
Biobío, que mi tambo le tengo en el río...

Félix Lope de Vega Carpio, 1625[1]

A orillas del río

Las sociedades habitantes de los territorios entre el Biobío y el golfo de Reloncaví se han asentado en las riberas o inmediaciones de magníficos ríos que vertebran paisajes construidos social e históricamente. La sociedad mapuche ha sido definida como una «sociedad ribereña», cuyos asentamientos, distribuidos en torno a los múltiples cursos de agua, se organizarían en torno al gran *futa leufu* o río de la tierra, en equivalencia al *wenu leufu* o río celeste.[2] La población mapuche, preexistente a la ocupación hispana, se estructuraba mediante diferentes niveles de agregación sociopolítica y territorial, constituyendo el *lebo* una unidad fundamental. Se ha planteado que la propia voz *lebo* derivaría de *leufu*, «río», señalando la relevancia de los cursos fluviales en la articulación e interacción de las poblaciones.[3]

Los ríos drenaron geografías diversas dominadas por los bosques templados y sus variadas formaciones. Un territorio con mil mesetas, recovequeado entre lagos, humedales, volcanes, y contenido por la cordillera de los Andes, la cordillera de la Costa o de Nahuelbuta y el inmenso océano Pacífico, en el que se reconocía en secciones longitudinales el *lafken mapu* o territorio de la costa, el *lelfun mapu* o los valles intermedios y el *pire* e *inapire mapu* en los piedemontes y regiones cordilleranas.[4]

A la vez fronteras y espacios de interacción, los ríos de estas latitudes constituyen rutas que encuentran y enfrentan poblaciones. Prácticas cotidianas, ciclos vitales, procesos económicos, ocupaciones y episodios violentos han tenido lugar en torno a los ríos de las actuales regiones del Biobío, La Araucanía, Los Ríos y Los Lagos. La vida simbólica y el imaginario histórico son tributarios de estas aguas, los poderosos cursos fluviales y el amplio mar al poniente.

En 1629 Francisco Núñez de Pineda y su amo Maulicán se cautivan mutuamente tras un peligroso episodio en el paso del Biobío. Francisco, sobre



un valiente «rocín maloquero», recorre las corrientes rápidas en las que «nos desaparecimos los unos de los otros… [y] no supe si estaba en el agua, en el cielo o en la tierra». Desechando la posibilidad de escapar, se reencuentra con su regocijado amo, quien le señala que «si hasta ahora tenía voluntad y fervorosa resolución de rescatarte y mirar por tu vida, con esta acción que has hecho me has cautivado de tal suerte, que primero me has de ver morir a mí, que permitir padezcas algún daño». Prodigiosa transformación y encuentro que ocurre en las fragosas e inquebrantables aguas del río. Más al sur y siglos más tarde el cacique Pascual Coña, transcrito por el padre Wilhelm de Moesbach a comienzos del siglo XX, relata las ceremonias de los antiguos nobles araucanos, cuya vida finalizaba navegando. El «huampo-ataud» que servía de último refugio y embarcación hacia la isla de los muertos era rellenado de chicha, pan y carne asada para «que tenga para comer el alma allende el mar». Una autoridad se dirige a todos los presentes señalando: «Entregamos, pues, hoy a la tierra a nuestro cacique; habiendo ya muerto, se transformó en polvo, y no quiso vivir más; ya se ha reunido con la gente del occidente; se fue a la isla de los antepasados».[5]

«

Río Biobío en sector Talcamávida, Región del Biobío.
Cuando Pedro de Valdivia pasó por aquí en 1546 y 1550,
le llamó la atención el recodo que hacía el río,
la posición estratégica del lugar, los cerros montañosos
y la abundante población indígena que se veía por doquier.
Fotografía de Guy Wenborne, 2018.

˅

Río Biobío en sector Troyo, Región del Biobío.
En esta zona resalta a simple vista un bosque exuberante
y único de especies nativas tales como ñirres,
lengas y las milenarias araucarias.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.



Cuencas fluviales y bosques templados

Entre el Biobío y el seno del Reloncaví se suceden sistemas fluviales que han organizado el asentamiento humano. Así es como entre el Biobío y el Imperial-Toltén se asentaron las poblaciones identificadas como mapuche, que contaban con una significativa diversidad interna; desde el río Valdivia hacia el sur, los huilliches o habitantes del *Futahuillimapu*, además de los juncos o cuncos, puelches y poyas, identificados en los siglos coloniales. La zona cordillerana más al norte constituye el territorio de los pehuenche y ruta fundamental para el mantenimiento de redes con los mapuche trasandinos. Los desarrollos coloniales, con modificaciones, asentarían sus propias jurisdicciones sobre la territorialidad ya existente, fundada entre los ríos que, como señalara el jesuita Diego de Rosales, «corren por las provincias rebeldes».[6]

›

Lago Icalma, Región del Biobío.
Rodeado por araucarias milenarias, el lago Icalma,
cuyo nombre significa «espejo de agua»
debido al reflejo de los cerros en el lago,
es una de las dos fuentes del río Biobío.
Fotografía de Guy Wenborne, 2011.

˅

Rives du Bio Bio a six milles de Concepción
(«Orillas del Biobío a seis kilómetros de Concepción»).
Louis Le Breton, 1838. Litografía coloreada, 33,6 x 47,9 cm.
Colección Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile.



La trayectoria del Biobío comprende una gran extensión y nace en plena cordillera de los Andes, en la ribera oriental de la laguna Galletué. Recibe luego las aguas de la laguna Icalma y de ríos como el Liucura, el Rahue, el Pehuenco, el Mitranquén y el Lonquimay, que drenan las laderas orientales del cordón montañoso occidental. Hasta desembocar en la zona de San Pedro, al norte del golfo de Arauco, recorre 380 kilómetros y su cuenca abarca prácticamente dos grados de latitud, desde los 36°46' a los 38°48' de latitud sur.[7]

Los bosques templados en sus diversas formaciones caracterizan el paisaje regional. Desde los ríos Ñuble e Itata dominan los bosques caducifolios, que tienen entre sus especies características al roble o *hualle*. La zona de la cordillera de Nahuelbuta, entre la costa y los valles de la depresión intermedia, alberga bosques de araucaria o *pewen*. Hacia el sur del río Toltén, al bosque deciduo se suma el bosque laurifolio o siempreverde, conocido también como selva valdiviana y portador de una significativa biodiversidad. La zona andina presenta formaciones montano mixtas con especies como la araucaria, lenga y coihue. Como los ríos, los bosques definen paisajes dinámicos que evolucionan a lo largo del tiempo como resultado de diferentes factores, entre los que se cuenta la acción humana. La presencia de los bosques participa del entramado cultural y simbólico de los habitantes regionales, así como de sus tradiciones, manufacturas y producción económica.[8]





Maneras del habitar e historias ocupacionales

Desde hace al menos seis mil años las comunidades humanas han habitado en las inmediaciones del río Biobío, desarrollando economías basadas en la caza-recolección y pesca, sumando luego durante los períodos alfareros prácticas hortícolas y agrícolas.

Las primeras ocupaciones registradas en torno al Biobío se emplazan en las porciones costeras de las actuales provincias de Arauco y Concepción, modeladas por diversos factores a lo largo del tiempo: regresiones y transgresiones marinas, eventos cataclismáticos como los grandes terremotos que han afectado la región o la sedimentación fluvial que ha caracterizado la porción media y baja del Biobío. La línea de costa no ha sido siempre la misma: la desembocadura del Biobío constituía un gran delta archipelágico, dando lugar a un golfo que ha unido antiguas islas, quedando más alejadas otras como Santa María y Quiriquina.[9]

En la bahía de Concepción y el golfo de Arauco se localizan los asentamientos humanos más tempranos investigados hasta la fecha. Se trata de campamentos que configuran densos conchales en los cuales se ha preservado parte de la cultura material de estas primeras comunidades, así como los recursos marítimos y costeros aprovechados. Se conocen algunas fechas cercanas al 6000 AP en la zona de Coronel y Lebu y se han estudiado yacimientos hacia el 4500 AP en torno al curso del Andalién, así como en la porción norte del sector

de la desembocadura del Biobío en las localidades de Rocoto y Chome. Las características de estas ocupaciones las vinculan con otras próximas en la costa hacia Tirúa e inclusive más al sur, como Valdivia y la zona de Chiloé. Las prácticas de navegación permitieron a las poblaciones ocupar espacios insulares cercanos a la costa, como Quiriquina y Santa María, además de la isla Mocha, que se encuentra más retirada.

Las comunidades organizadas seleccionaron espacios en las desembocaduras de los ríos o ambientes fluvio-deltaicos, como los sitios Rocoto 1 en el Biobío, y Bellavista 1 y Playa Negra 1 en el Andalién, además de caletas protegidas y terrazas altas. La condición ecotonal de estos espacios permitía el acceso a recursos marinos y fluviales, a los bosques de la cordillera de la Costa y a los sistemas estuarinos y los diversos humedales emplazados en la zona.[10]

Los conchales conformados en los yacimientos documentan ocupaciones intensas y las diferentes especies de moluscos señalan, además, las variaciones en la temperatura media de la Tierra, que provocarían diversas oscilaciones glacioeustáticas marinas. Los tempranos habitantes de los ambientes marinofluviales practicaron la recolección marina, con registros de gasterópodos y bivalvos como ostras, navajuelas, lapas, locos y caracoles (*Ostrea chilensis, Concholepas concholepas, Fisurella picta, F. crassa, Tagelus dombeii, Crepidula Philippiana*), y en baja proporción, crustáceos y equinodermos. Entre las actividades de pesca se ha encontrado principalmente jurel y sierra, y en menor proporción merluza y róbalo, así como la caza de otáridos o lobos marinos y delfines. Aves como pingüinos y cormoranes, además de algunas pocas aves acuáticas no marinas, completan el conjunto faunístico aprovechado por los grupos costeros.

Diagnóstico de las prácticas pesqueras son los frecuentes litos modificados como «pesas de red», las cuales pudieron ser usadas tanto en líneas de pesca, con o sin anzuelo, como en redes e inclusive en otros métodos, como espineles, canastos o jaulas. El instrumental lítico distingue algunos proyectiles característicos como las puntas talcahuanenses, junto a otras puntas pedunculadas y cuchillos, mayoritariamente sobre rocas de granos gruesos disponibles localmente. Otros artefactos fueron manufacturados sobre huesos de mamíferos y aves, como también sobre restos conquiológicos.



Izqda. arriba: Anzuelo. Largo 42 mm, ancho 7,5 mm, espesor 6 mm. Material: concha de choro zapato *(Choromytilus chorus).*

Izqda. abajo: Punzón. Largo 117,5 mm, ancho 7 mm, espesor 6 mm. Material: hueso de ave.

Dcha. arriba: Cuchillo. Largo 121 mm, ancho 53 mm, espesor 18 mm. Material: concha de choro zapato *(Choromytilus chorus).* Cultura Cazadores-Recolectores. Período Arcaico Tardío. Isla Mocha, Lebu.

Dcha. abajo: Pesa de red. Probablemente usada para pescar. Material: guijarro de basalto ovalado. Espesor 12 mm, largo 45 mm, ancho 30,5 mm. Peso 26,5 g.

Colección Museo de Historia Natural de Concepción.

Lago Galletué, Región del Biobío. Rodeado de montañas por tres lados, el lago es una de las dos fuentes del río Biobío. Fotografía de Guy Wenborne, 2011.



Un rasgo distintivo de estas primeras ocupaciones es la presencia de enterratorios, tal como ocurre en Bellavista 1 y Playa Negra 9, ambos localizados en las riberas del río Andalién, en el entonces amplio delta del Biobío. Hace cerca de cuatro mil años las comunidades instaladas en los campamentos costeros dieron sepultura a sus difuntos junto a los conchales, agrupándolos y acompañándolos de emplantillados de piedras, quemas y ofrendas malacológicas y líticas. Algunos de ellos conservaron elaborados collares de dientes de mamíferos y ocre rojo en los cuerpos. La expresión cuidada de estos rituales mortuorios, práctica que presentan otras poblaciones costeras meridionales, es indicativa de la construcción de identidades y territorialidades en los paisajes costeros y fluviales.

En el sector cordillerano del Biobío se han estudiado arqueológicamente evidencias de tempranas comunidades alfareras. Se han localizado asentamientos tempranos cercanos a los inicios de la era cristiana en Huequecura, Trapa Trapa, Pichipehuenco (Lonquimay) y Callaqui, todos ellos asociados a afluentes del Biobío. Así, sabemos que estas comunidades alfareras aprovecharon los recursos altoandinos, incluyendo circuitos de movilidad que acercaron a ambas vertientes andinas. Pichipehuenco 2, por encima de los mil metros, representa un asentamiento habitacional a cielo abierto ocupado tempranamente por comunidades alfareras, revalorizado luego en distintos momentos históricos. Situado en un sector de nevadas invernales, señala prácticas de movilidad asociadas a la estacionalidad, conocimiento desarrollado para habitar el sector pampeano-cordillerano del Alto Biobío con el sistema de invernadas y veranadas, vigente hasta tiempos actuales por parte de las poblaciones pehuenche.[11]

El Biobío y la cordillera permitieron la conexión de amplios territorios y el tránsito de poblaciones y recursos a través de los numerosos pasos cordilleranos, relacionado con sitios ubicados en actual territorio argentino.[12] Otros antecedentes han sido provistos en la laguna del Laja, más al norte, integrando un panorama de la historia de la ocupación temprana en el sector alto de la hoya del Biobío aún por dilucidar.

El acceso a los sectores altoandinos y el tránsito hacia la pampa permitieron la integración de sistemas parentales y la complementariedad de recursos valiosos para la vida social y económica de las poblaciones alfareras prehispánicas e históricas. Materias primas, ganados, manufacturas, recursos vegetales y conocimientos fueron compartidos por los diversos derroteros de las abras cordilleranas. Recurrentes son las expresiones de arte rupestre que evidencian la relevancia simbólica de estos pasos. Así, a principios del siglo XX se describían los poderes de ciertas piedras grabadas o modificadas que habilitaban estos viajes en diferentes porciones de la cordillera hasta los 42° de latitud sur; en la zona del Biobío se conocen los registros de Vilucura, Callaqui, Maloñehue, entre otros. En la piedra de Curalhue, boquete de Callaqui, nos relata Cañas Pinochet que «cuantos viajan por el boquete, indios, arrieros chilenos o arjentinos i demás jente sencilla, pagan tributo a esta piedra, de adoración primero, en especies en seguida». En las tacitas se desarrolla el «*mari-mari* o el depósito en los hoyos de las ofrendas, que consisten en carne, pan, harina, dinero, cigarros, etc.».[13]

Se evidencia la concepción del territorio como un agente activo, integrado entre sus diferentes componentes, entre ellos la acción humana.

Parque Nacional Nahuelbuta, Región del Biobío. Vista desde el mirador Piedra del Águila hacia el océano Pacífico. Fotografía de Guy Wenborne 2013.







^

Izqda.: Jarro arqueológico. Cultura Complejo El Vergel.
Período Alfarero Tardío. Lebu. Alto 21,5 cm, diámetro 20,1 cm.

Dcha. arriba: Vasija cerámica. Cultura Complejo Pitrén.
Alto 8 cm, diámetro 6,6 cm.

Dcha. abajo: Botella. Cultura Complejo Pitrén.
Período Alfarero Temprano. Alto 140 mm, diámetro máximo 143 mm,
diámetro mínimo 75 mm. Técnica enrollamiento anular.

Material: cerámica.
Colección Museo de Historia Natural de Concepción.

Las aguas y fuerza de los ríos dialogan con otras materialidades como estas piedras poderosas. Tanto en el sector Alto del Biobío como en la cordillera de Nahuelbuta, destacan formidables bosques de araucarias, que permitieron el sustento y la complejidad social de la mano de la práctica de la recolección de los frutos del *pewen*. Así nos informa en el siglo XVII Diego de Rosales, afirmando que entre los pehuenche «cada uno tiene su pedazo de cordillera señalado, y heredado de sus antepasados [...] y suelen coger, quando el año es bueno, tantos, que tienen para tres y quatro años, conservándose frescos en pozos y silos de agua». Los mismos, añade el viajero Poeppig en el siglo XIX, permitían antiguamente el suministro «de grandes cantidades de pehuenes al comercio, en Concepción y Valdivia, desde donde se los vendía también a Valparaíso y Lima».[14]

A lo largo del Biobío encontramos diferentes evidencias de ocupaciones alfareras del primer siglo de nuestra era, conocidas como Complejo Pitrén. Estas provienen de sitios habitacionales a cielo abierto o en cuevas y aleros, otras forman parte de los característicos cementerios del período. Las comunidades alfareras Pitrén comparten una alfarería común que se distribuye desde el Biobío hasta la zona de Osorno y Purranque, y que se emparenta además con sociedades contemporáneas de la zona central del actual territorio chileno, identificadas como Bato y Llolleo. Lo anterior señala la participación de estos habitantes del Biobío en esferas culturales amplias en las cuales, por cierto, se comparten regularidades a la vez que se manifiesta variabilidad interna, configurando identidades culturales regionales.

Museos y colecciones privadas de Concepción, Cañete y Angol conservan piezas completas de vasijas Pitrén, indicativas de cementerios regionales ubicados en los cursos fluviales que conforman la hoya del Biobío. Uno de ellos es el sitio de La Tereña, en Angol, zona que albergará luego poblaciones portadoras de grandes urnas alfareras hacia el siglo XII. Similares son otros cementerios emplazados en la isla Mocha y en la zona de Tirúa, más al sur. En la costa de Concepción y Arauco se han identificado diversos yacimientos con ocupaciones alfareras tempranas, algunas claramente asimilables a Pitrén y otras, al norte de Lebu, que documentan cierta singularidad local.

Otras expresiones de estas ocupaciones tempranas se localizan al interior, en los valles de Purén-Lumaco y en la zona del río Renaico, en la Cueva de Los Catalanes.[15] La proliferación de ciertos materiales como instrumental lítico en rocas cordilleranas como la obsidiana, turquesas y metales a partir del año 1000 d.C. sugiere mayor complejización social, mecanismos de distinción y, por supuesto, participación en circuitos amplios de interacción.[16]

Estas poblaciones alfareras tempranas del Biobío, como parte de un proceso regional, se hacían agricultoras, incorporando a las prácticas de recolección, caza y pesca, cultivos como el poroto, el maíz y la quínoa. Las islas Santa María y Mocha, como el sitio costero El Arenal, registran evidencias de estos cultígenos, lo cual se amplía a la zona de Angol y Purén Lumaco.[17] Esta significativa transformación en el modo de vida se consolidaría en la denominada cultura El Vergel, caracterizada inicialmente en el fértil valle de Angol y extendida entre los ríos Biobío y Toltén.

Los conjuntos alfareros identificados en la cuenca del Biobío y las subcuencas costeras de Arauco señalan la participación del territorio en el proceso global de La Araucanía y de constitución de identidades territoriales que los escritos hispanos vendrían a documentar sin soslayar la complejidad del sistema político que buscaban someter. La zona del Biobío exhibe manifiestas similitudes con desarrollos septentrionales como Aconcagua, Diaguita y Viluco, que lo hacen parte de procesos de andinización,[18, 19] frontera y espacio de interacción de la expansión imperial incaica.

El Biobío y sus poblaciones, desde momentos prehispánicos, expresan la riqueza de la pluralidad cultural mediante la coexistencia de tradiciones marítimas, fluviales y cordilleranas, generando un sistema de asentamiento complejo, distante del todo de aquella visión que lo concibió como agreste, disperso y atomizado. Las palabras de Pedro de Valdivia a su rey son suficiente encomio para dar cuenta de la poderosa sociedad indígena y el territorio que comenzaban a cohabitar: «... otro día torné a pasar el río con cincuenta de a caballo, dejando el campo desta otra banda, e corrí dos días hacia la mar en el paraje de Arauco, donde topé con tanta población que era grima».[20]

Ciudades, caseríos y otras instalaciones

Describe el Biobío el jesuita Rosales asemejándolo al Rin y al Escalda en Flandes, asegurando que «el que ha conservado el dominio deste Rio se ha hecho señor de la tierra».[21] El número de sus poblaciones y la riqueza de sus tierras se fundaban en un desarrollo prehispánico de larga data, organizado en torno a principios sociales como la relación con los antepasados y la memoria vinculada a los territorios; la estructura parental y las formas de la riqueza; la relevancia de la oralidad; el fuerte dinamismo de los asentamientos y los eventos de concentración y desconcentración.[22] Desde una visión hispana temprana que magnificó la prodigalidad del territorio y sus poblaciones, pasando por otra de fines del siglo XIX que los estigmatizó como salvajes y atomizados, los estudios históricos y arqueológicos han avanzado en reconocer asentamientos estables y densamente ocupados en modalidades de caseríos, linajes y poblaciones asociadas a territorios. Una sociedad mapuche con una profunda historia que a partir del siglo XVI se encontraría con un nuevo proyecto imperial, iniciando siglos de vida social, interacción, conflicto, cotidianeidad y resistencia.

Desde el Biobío al sur, las poblaciones mapuche, con sus consecuentes diferenciaciones regionales, se organizaban en distintos niveles de agregación sociopolítica y territorial, configurada por alianzas entre *lebos*.[23] La ocupación hispana reconoció el Estado o Estados de Arauco, conformados por diferentes provincias o agrupaciones,[24] dos de las cuales alcanzaban hasta el Biobío: la provincia o Estado de Arauco, costera, en la porción septentrional de la actual provincia homónima, y, más al oeste, la provincia de Mareguano y Catiray, que se emparentaba con aquellas *reguas* instaladas al norte del Biobío en Rere, Gualqui y Tarochina; en el sur, completaban el Estado las provincias de Tucapel, siguiendo por la costa, y Purén al interior. En la resistencia que dirige el toqui Ainavillo en 1550 Penco y Talcahuano se congregan con Nube, Itata, Renoguelen, Guachimavida, Mareande y Gualqui, los primeros en enfrentar a los invasores españoles.[25] Finalizado el siglo XVI aquellas congregaciones eran identificadas como *ayllarewe*, literalmente «nueve *rewe*». En algunos casos podían ser siete, *relguerewe*, o cinco, *quechereguas*.[26]

El asentamiento se configuraba por caseríos, cuya unidad residencial básica era la *ruka*. La variabilidad de estas habitaciones se evidenciaba en los materiales empleados, sus tamaños o el número de puertas. Algunas, en las zonas pantanosas, se construían sobre barbacoas o encatrados de madera, como los palafitos que hoy conocemos. El cronista del joven gobernador García Hurtado de Mendoza, Pedro de Oña, describe las viviendas de las poblaciones costeras en Talcahuano como rudos ranchos, dispuestos y ágiles a defenderse de los recién llegados: «Mas los de Talcaguano, como vieron/ La bélica nación allí venida,/ Apercibieron luego su partida/ En góndolas y balsas que tuvieron;/ Sus hijos y mujeres los siguieron, / Dejando soterrada la comida, / Y las desiertas chozas y moradas, / Ya de los propios dueños saqueadas».[27]

Los espacios residenciales configuraban una red compuesta, además, por las áreas de cultivo, los montes y las rutas. Otras áreas productivas propias de los espacios costeros fueron las denominadas pesquerías o *challuntuqueum* que, según el capitán Mariño de Lobera, en los veranos podían recibir hasta tres mil personas. Sin duda, uno de los espacios de mayor relevancia lo constituían las «juntas».[28] Aquellos emplazamientos y la oralidad permitían la actualización de las tradiciones, el establecimiento de acuerdos y contrataciones, como también los planes guerreros de ataque y defensa. Estos lugares, mencionados con distintos términos en mapudungun y castellano –*regua*, *cahuín*, consejo, acuerdo, bebedero, *coyag*, entre otros–, constituyen espacios sagrados que articulan la red parental y política, expresando la unidad

política y ritual del *lebo*.[29] El encomendero de Millapoa, en los términos de la ciudad de Concepción, recibe en su título al cacique, sus principales y sujetos «del dicho *lebo* y de su parcialidad y bebedero», asignando al bebedero el sentido de lugar que congrega y vincula poblaciones.[30] Algunos de estos espacios fueron reconocidos como *alibenes* emplazados en bosques escogidos, verdaderas alamedas en torno a ríos y cursos de agua.

Indios jugando chueca.
La chueca se jugaba como parte
de una celebración que incluía bailes,
comida, bebidas de chicha y plegarias.
Giuseppe Erba Odescalchi, 1821.
Grabado, aguatinta, coloración a mano.
14,7 x 21,1 cm. *Il costume antico e moderno...* Milán.
Colección John Carter Brown Library,
Brown University, Providence.







^

Dcha.: Columna del fuerte de Arauco, siglo XVII.
El fuerte de Arauco fue fundado por Pedro de Valdivia
en la zona donde confluyen los ríos Conumo y Carampangue.
Colección Museo Histórico Nacional.

Izqda.: Piedra conmemorativa de la construcción del fuerte
de Arauco, *ca.* 1596. En los más de tres siglos que duró la guerra
de Arauco, el fuerte fue destruido y reconstruido varias veces.
Fotografía de Pablo Maldonado, 2021.
Colección Museo Histórico Nacional.

›

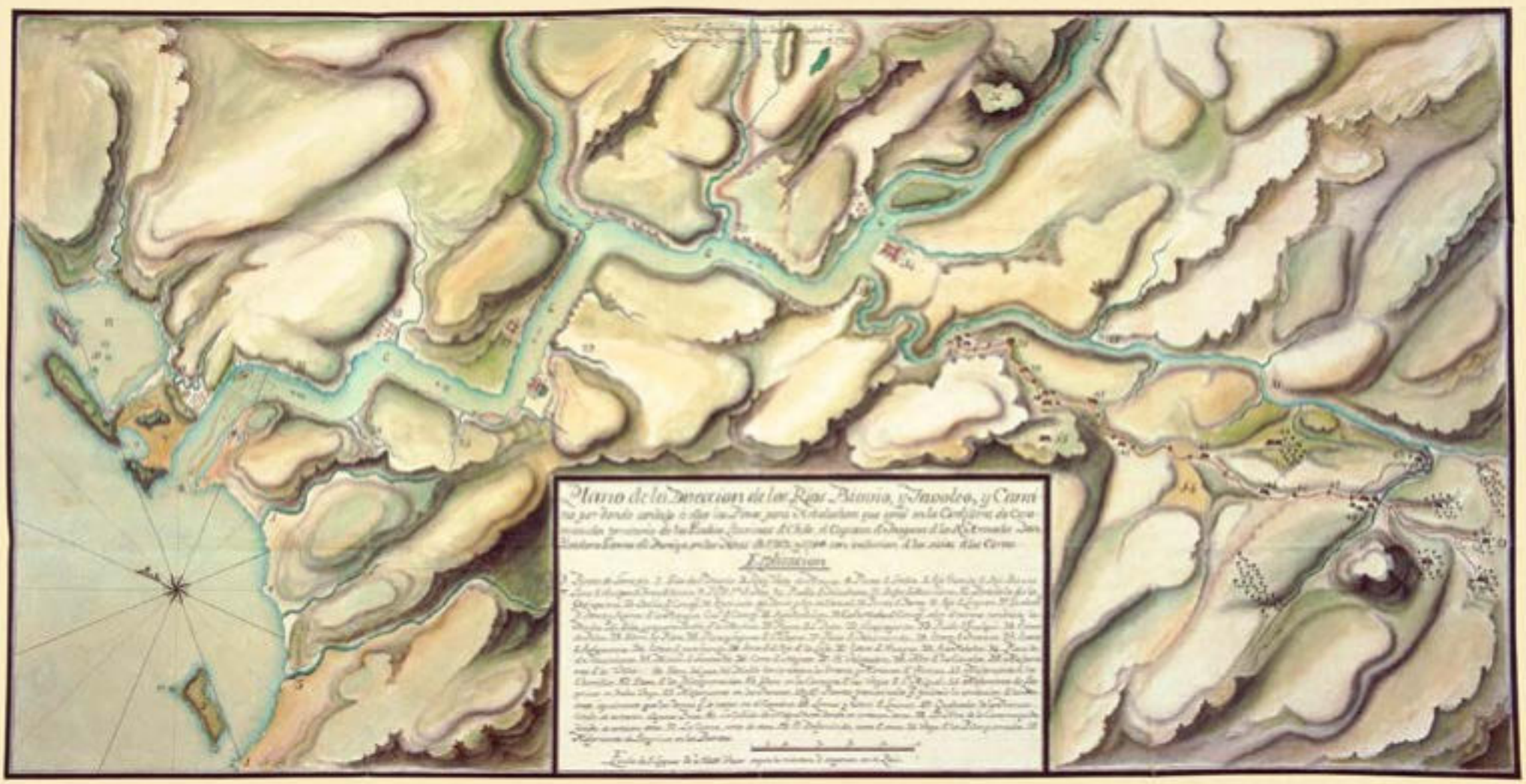
«Plano de la dirección de los ríos Biovio y Tavoleo y camino por donde condujo
a ellos los Pinos para Arboladura que cortó en la cordillera de Caramávida,
territorio de los indios llanistas de Chile, el Capitán de Fragata
de la Rl. Armada Don Isidoro García del Postigo, en los Años de 1783
y 1784 con inclusión de los sitios de los cortes.»
Colección Ministerio de Cultura y Deporte. Archivo General de Indias, España.

Así como los ríos, los bosques fueron fundamentales en las formas de habitar y significar los territorios. El paisaje forestal a la llegada de los españoles se conformaba por la alternancia entre tierras despejadas y bosques.[31] Tal composición a modo de mosaicos permitía sectores llanos en Concepción, Arauco, Angol y a corta distancia pasos, montes y quebradas inexpugnables.

En las serranías de la cordillera de Nahuelbuta, sobre la margen sur del Biobío, en terrenos escarpados y montuosos se instalaron otros asentamientos conocidos como fuertes, descritos tempranamente en fuentes históricas y probablemente de origen prehispánico. Algunos famosos durante el siglo XVI fueron el fuerte de Catiray, cercano a Concepción, y más arriba el de Negrete, entrando a las tierras cordilleranas de los coyunche. Catiray era reconocido ritualmente ya que en él la fortuna había acompañado frecuentemente a la resistencia mapuche.[32] Estos recintos, además de aprovechar emplazamientos protegidos y estratégicos junto a ríos y sectores altos, fronteras internas y cruces de caminos, conformaban

redes en fronteras internas y cruces de caminos. Así ocurría con Mareguano, Catiray y Quiapo, conectando hacia la costa de Tucapel. De Negrete nos cuenta el padre Luis de Valdivia, en 1613, que era una verdadera atalaya para el control del Biobío, desde donde incursionaban grupos locales que luego «pasaban a por lo alto de Biobio y de Pichangui i en cojiendo los caballos se retiraban por el cerro de Negrete, que era retirada breve i segura donde tenían emboscada».[33]

La temprana instalación de fuertes hispanos, a su vez, generó espacios de interacción y los primeros indicios de cohabitación. A la vera de diversas instalaciones hispanas, como el fuerte de Arauco, en 1560, se asentaron los denominados indios amigos: «Ellos son los que toman lengua, los que vadean los ríos, cortan los caminos, reconocen los pasos».[34] Muchos de estos recintos se levantaron junto al Biobío o en cursos que le tributan. Así sucedía junto al bebedero de Millapoa en 1608, donde se encontraban reducidos parte de los catirayes, o bien junto al fuerte de Cayuhuano, en las inmediaciones de Mulchén-Santa Bárbara, río arriba. Para 1613 el jesuita Luis de Valdivia documentaba la coexistencia de comunidades «de paz», reducidas junto a las instalaciones hispanas o en sus propios territorios: «La primera *ayllaregua* próxima al río de Biobío habrá como ochenta indios de guerra, porque los demás están en el fuerte de Cayuhuanu reducidos y estos ochenta están repartidos en Boquilemo, Nunculco, Hueregue, Quilaco, Rucaalhue, Cutemo, Maputuel, Pilgen y Chichaco, que son sus nueve *reguas*».[35]



La fundación de ciudades y la instalación de los vecinos constituyó, sin duda, principal empresa para los nuevos habitantes del Biobío. En la fértil bahía de Concepción se fundó y reconstruyó Penco desde 1550 sobre la marina y junto al río Andalién, reedificándose al ritmo de los ataques indígenas y los desastres naturales. Sede de la primera Audiencia de Chile, crecería durante las primeras décadas como centro de la Gobernación de Chile hasta 1573, cuando esta se suprimió. El gran terremoto de 1751 determinaría su mudanza al valle de La Mocha, su actual emplazamiento, en las inmediaciones del lugar al que en el siglo XVII se habían trasladado forzadamente las familias mapuche de la isla Mocha. Se extendía entre el Andalién por el norte y el Biobío por el suroeste; por el oeste el espacio se completaba con las lagunas de Galindo y las Tres Pascualas.[36]

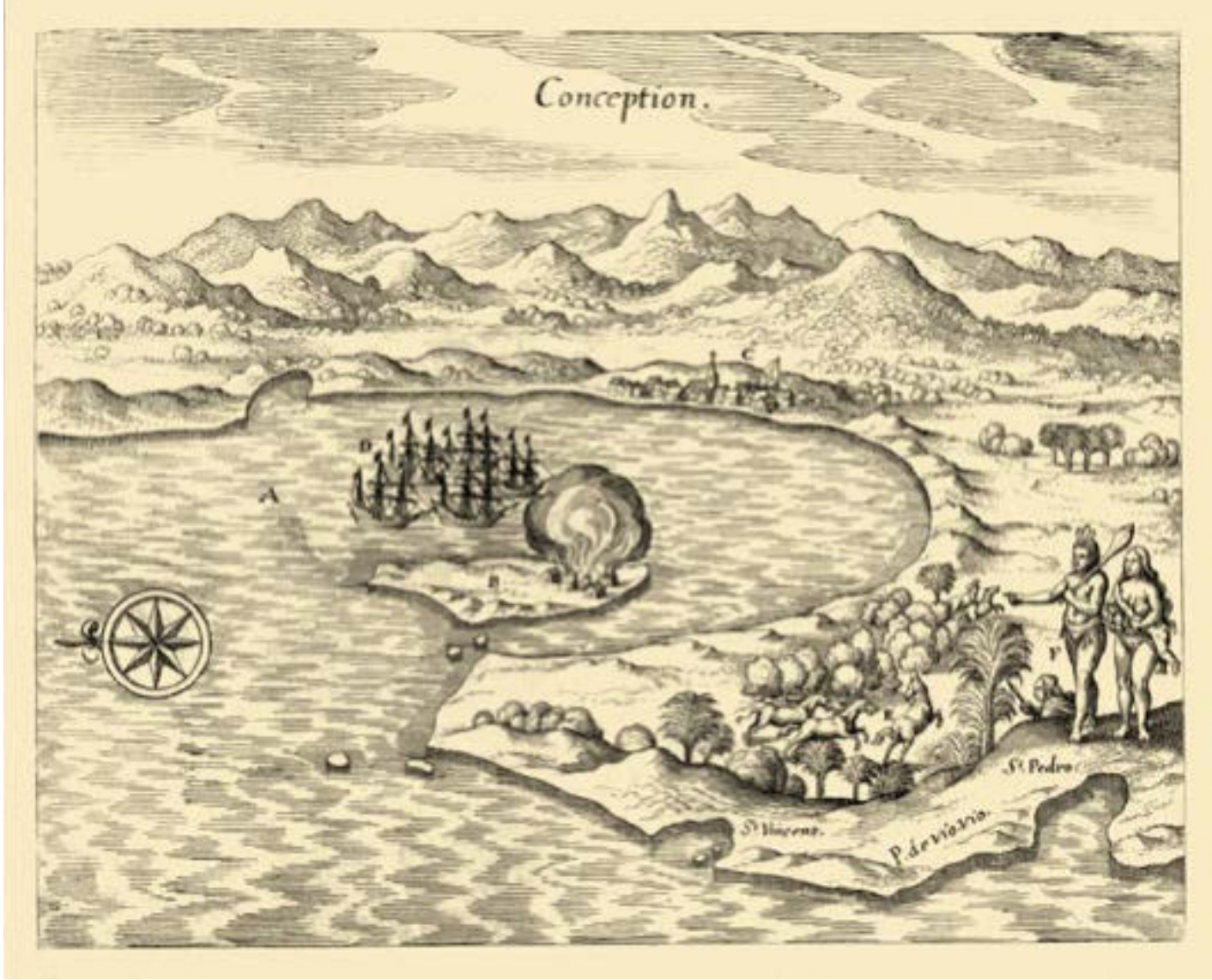
Otras ciudades del siglo XVI fundadas en la hoya del Biobío fueron Los Confines y Santa Cruz de Coya. Estas instalaciones urbanas se asentaron en torno a los espléndidos ríos de la región, permitiendo ampliar los circuitos de movilidad y, por supuesto, demandando la fuerza de trabajo y conocimientos de las poblaciones que ya ocupaban estos lugares. Así, Los Confines, luego Angol, se instalaría en la confluencia de los ríos Malleco



y Huequén, avanzando la ocupación hacia La Imperial. Santa Cruz de Oñez, también sobre el Biobío, en las cercanías del río Rele, fue fundada por el gobernador Martín García Oñez de Loyola en 1595. Alentado por los resultados de sus tempranas paces o requerimientos y por el reinicio de la explotación aurífera, instaló esta efímera ciudad para el control territorial y poblacional. Abandonada luego de la muerte del gobernador y el gran alzamiento, se la conocería también como Santa Cruz de Coya en honor a la esposa de Oñez de Loyola que habitara en la región, la ilustre Ñusta Beatriz Clara Coya, descendiente del último Inca Sayri Inca Tupac.[37]

Entre ciudades y fuertes se instalaron, además, áreas productivas como el famoso asiento minero de Quilacoya.

Se conoce también de la producción vitivinícola desde la llegada de los españoles, inicialmente en chacras familiares como las de Hualpén o Tomé, extendiéndose luego a Quilacoya y la Isla de La Laja. Con la instalación de la frontera del Biobío y el ejército profesional, estas se extenderían en diferentes en valles y estancias del Biobío. En el partido de Buena Esperanza se mantenían al menos treinta y dos viñas con más de cuatrocientas mil plantas.[38]



Izqda.: La Mocha. En 1615, tras cruzar el estrecho de Magallanes, la flota de Joris van Spilbergen realizó su primera parada en la isla Mocha, donde se produjo el encuentro con sus habitantes. Joris van Spilbergen,1619. Grabado, tinta sobre papel. 14,6 x 21,2 cm. Publicado por Nicolaes van Geelkerchen, en Leiden.

Dcha.: Delineatio insulae Conceptionis. En primer plano se aprecia el asentamiento de la actual Talcahuano, incluyendo Punta de Biobío, San Pedro, San Vicente y la isla Quiriquina. Al fondo, el asentamiento original de Concepción antes de ser trasladada al interior, junto al río Biobío. Hieronymus Galler, 1619. En *Americae pars undecima: seu Descriptio admirandi itineris ... qua ratione in Meridionali plaga freti Magellanici novum hactenusque icognitum in mare Australe transitum patefecerit*. Publicado en Oppenheim.

Colección John Carter Brown Library, Brown University, Providence.

Biobío frontera, Biobío borde

El gran alzamiento mapuche de fines del siglo XVI, la destrucción de las ciudades y la recuperación territorial que llevó adelante la sociedad originaria, determinaron por parte del proyecto hispano la instalación de un conjunto de fortificaciones sobre el río, definiendo lo que se conoció como la raya del Biobío. Alonso de Ribera, avezado militar, se abocó a la empresa, dirigida a lograr el control espacial mediante la construcción de fuertes en las entradas a las tierras de las poblaciones alzadas, con el propósito de avanzar una vez controladas las poblaciones locales circundantes. Paralelo a este proceso se instalaba el ejército pagado, elementos ambos que volverían a dinamizar la configuración socioterritorial en el Biobío.

Durante el siglo XVI los españoles hicieron y deshicieron fortificaciones, algunas ganadas a posiciones indígenas. Sus localizaciones señalan maneras de habitar y controlar un territorio fluvial, en el cual la movilidad necesariamente incluía los cursos de agua. Así ocurre, por ejemplo, con el fuerte San Felipe de Austria, instalado primeramente en 1585 y reconstruido, luego, como fuerte Santa Lucía junto a Yumbel, en las cercanías del río Claro; Nuestra Señora de Halle, en las inmediaciones de la abandonada Santa Cruz, más próximo al Biobío; Santa Fe y Nacimiento junto a la desembocadura del Vergara en el Biobío; Negrete en el Bureo.[39]

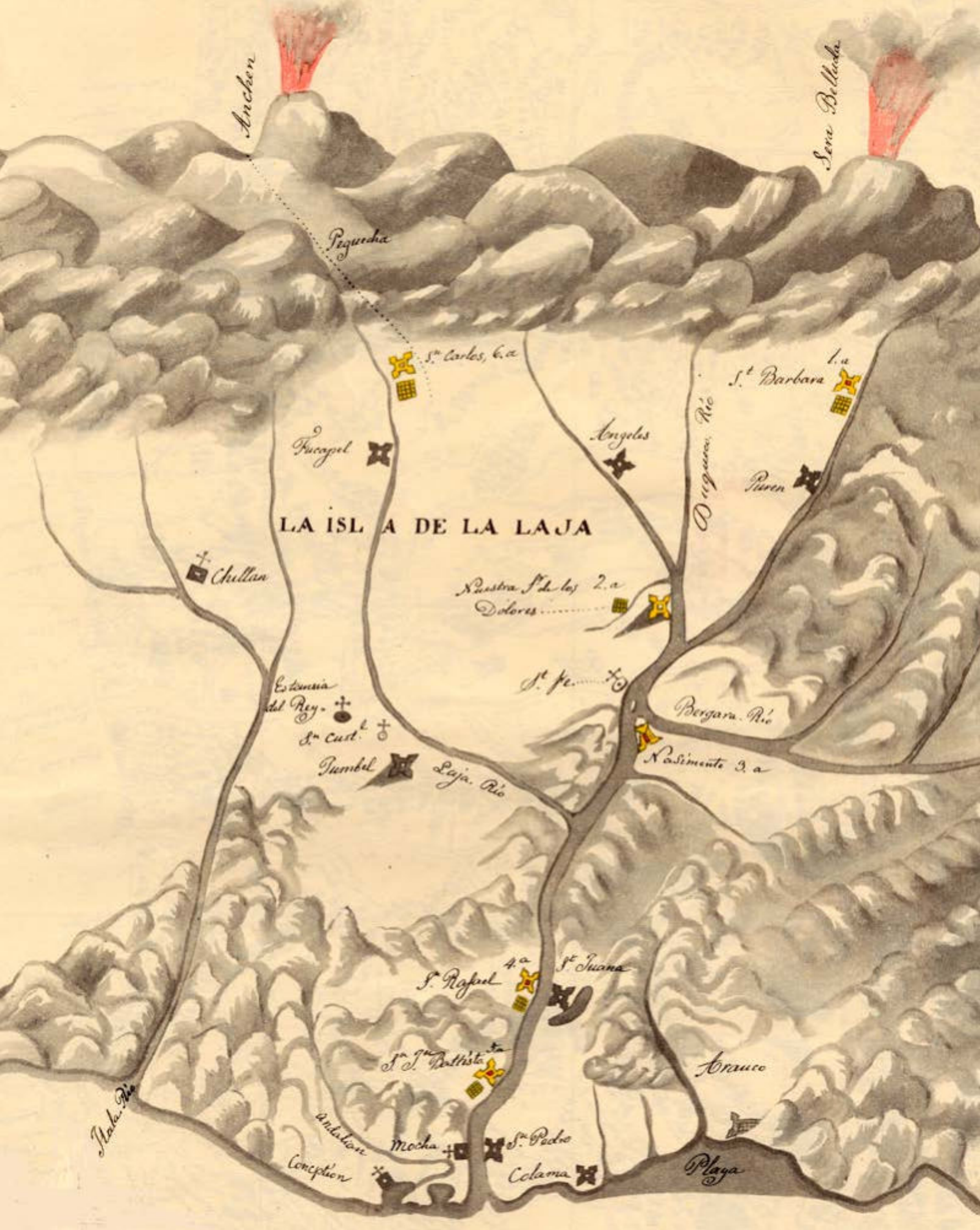
La instalación de estos fuertes, además de crear y proteger la frontera, generó conjuntos domésticos de indios amigos o reducidos, quienes habilitaron relaciones comerciales y familiares con las comunidades de tierra adentro. Surgían entonces estos espacios de interacción y relaciones sociales que el capitán Jerónimo de Quiroga describía en el siglo XVII como de mutuo provecho: «...es preciso y conveniente ayudar a los amigos para que ellos nos ayuden a develar a nuestros enemigos [...] Unidos siempre con los amigos se hace difícil que el enemigo nos rompa, como suele hacerlo cuando nos halla separados y solos en nuestras plazas».[40]

Al comercio y tratos que se realizaban desde estas plazas, que incluía, entre otros, el negocio de «piezas» tomadas en guerra, se sumaban los costos de mantención de estas obras militares y sus guarniciones, dinamizando el desarrollo económico regional. Crecía igualmente la instalación de estancias agrícolas y ganaderas. Entre 1650 y 1700 recibieron mercedes vacantes en la Isla de la Laja unos treinta y nueve propietarios, élite política, económica y territorial conformada por capitanes, comisarios e inclusive un castellano. Esta amplia zona, una de las pocas del obispado de Concepción que aún conservaba tierras vacantes, vio el desarrollo entre el Biobío y el río Laja de una «tozuda ruralidad». Al momento de la fundación de la villa de Los Ángeles en 1781, muchos de sus propietarios se obstinaban en instalarse en la moderna traza urbana.[41]

Junto a estos emplazamientos militares tuvo lugar en el siglo XVIII un conjunto de parlamentos hispanoindígenas, práctica diplomática vigente desde momentos previos. Tierra adentro, es decir, al sur del Biobío, las agrupaciones indígenas fortalecieron nuevas estructuras organizativas y territoriales como los *butalmapus*, que les permitían coordinadamente hacer frente a los intentos de avances territoriales y conflictos con la sociedad hispanocriolla instalada en los puestos de frontera. Con posterioridad al alzamiento de 1723 y el consecuente repliegue de las fortificaciones de la margen sur del Biobío, se realizó en 1726 el parlamento de Negrete, en la ribera norte del mismo.

›

Croquis de la Isla de Laja, 1757. José Toribio Medina, 1924. *Cartografía hispano-colonial de Chile: texto con noticias históricas*. Santiago de Chile: Imprenta Universidad. Patrimonio cultural común. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Memoria Chilena.



Anchon
Sera Belluda
Peguecha
Sn Carlos, 6.a
St Barbara 1.a
Fucapel
Angeles
Duquesa Rio
Puren
LA ISLA DE LA LAJA
Chillan
Nuestra Sra de los Dolores 2.a
St Fe
Estancia del Rey
Sn Cust.l
Bergara Rio
Nasimento 3.a
Tumbel
Laja Rio
St Rafael 4.a
St Juana
Sn Jn Battista 5.a
Arauco
Itala Rio
Andalian
Mocha
Sn Pedro
Conception
Colama
Playa

›

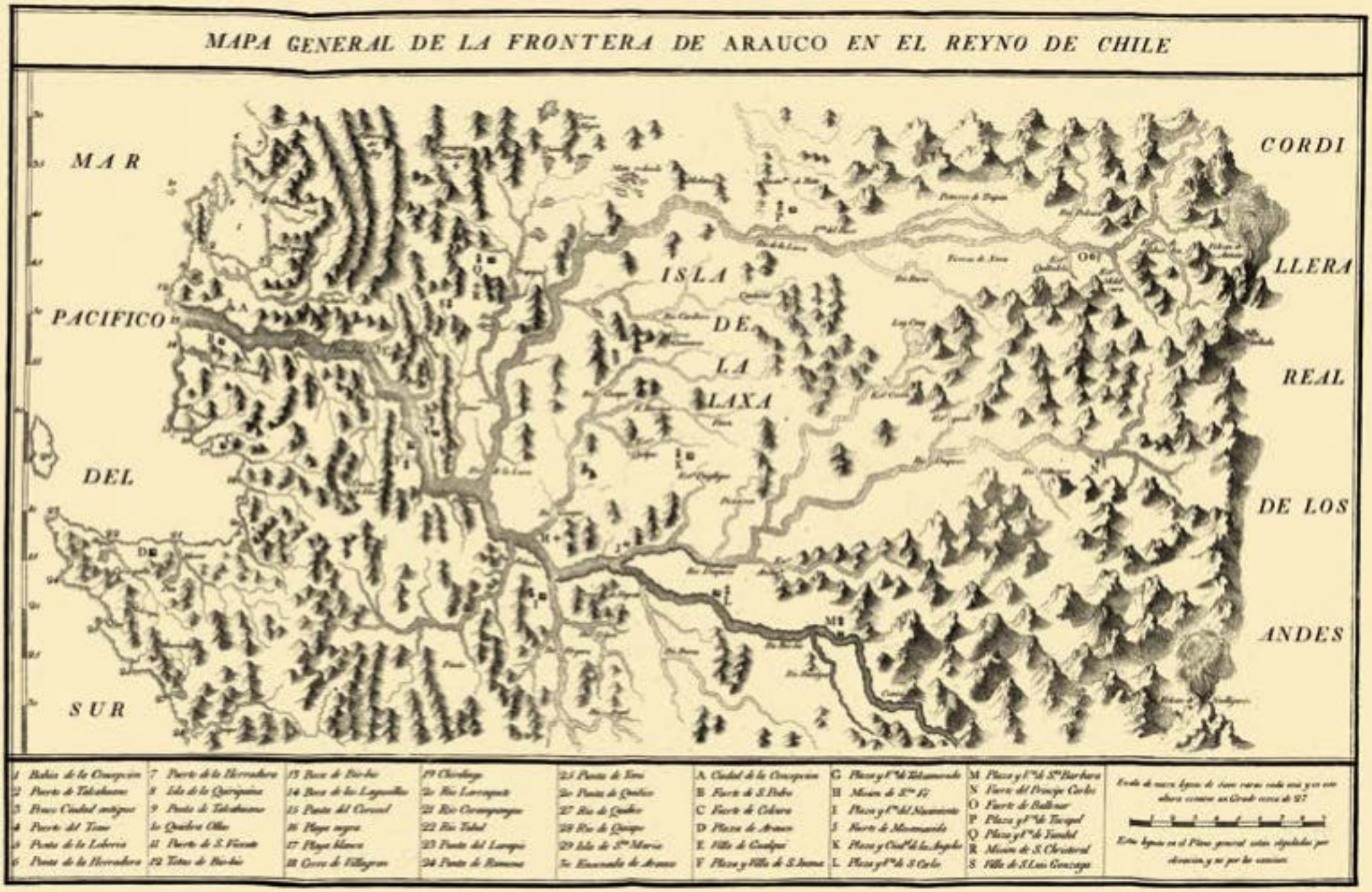
Parlamento del presidente Ambrosio O'Higgins.
Negrete, 3 marzo 1793. El parlamento de Negrete,
presidido por O'Higgins y los cuatro *butalmapus* de la Araucanía
(costa, llanos, precordillera y cordillera, con sus respectivos caciques
gobernadores), más dos representantes de los huilliches
que habitaban al sur del río Calle-Calle, se organizó para reafirmar
los acuerdos que, entre otros, asegurasen la paz entre las distintas
facciones indígenas y el libre tránsito de misioneros, tropas, mercaderes
y correos por los caminos que unían Concepción con Valdivia y Chiloé.
Claudio Gay, 1854. *Atlas de la historia física y política de Chile.*
París: Imprenta de E. Thunot.
Colección Iconográfica Archivo Central Andrés Bello,
Universidad de Chile.

Los parlamentos generaron espacios híbridos de intercambio cultural en los cuales, junto a las funciones político jurídicas, se desarrollaron eventos sociales significativos para hispanocriollos e indígenas.[42] La realización de ellos permitió el establecimiento o ratificación de lo «tratado», —su aspecto formal y jurídico—, a la vez que la aceptación de «los principios indígenas del arte de hacer política».[43] Su impacto económico tanto para la puesta en marcha del evento, como por los intercambios que allí ocurrían, fue fundamental. En torno al Biobío en el siglo XVIII se sucedieron parlamentos en Tapihue (1716, 1738, 1746, 1774), Concepción (1724, 1735, 1759), Nacimiento (1724, 1764), Negrete (1726, 1771, 1793, 1803) y Lonquilmo (1783-84).[44]

El alzamiento de 1723, el terremoto de 1751 y principalmente la implantación de políticas borbónicas en el gobierno de Chile, determinaron la implementación de mejoras en el sistema de fortificaciones del Biobío. Las plazas de la Frontera más que

›

«Mapa general de la frontera de Arauco en el Reyno de Chile».
Abate Don Juan Ignacio Molina, 1795. *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile.*
Colección Biblioteca Digital Hispánica.





unidades disgregadas debían entenderse como partes de un mismo engranaje. Aun escasamente estudiadas, al tratarse de fortificaciones interiores y no costeras, son de fundamental interés en la comprensión de la Escuela Hispanoamericana de Fortificación Abaluartada.[45] En la proyección del fuerte de Nacimiento es posible observar una planta trapezoidal, «un quadrilongo desigual y a manera de cola de golondrina» como se anota en 1756, adaptación original a la geografía del lugar. Su traza interna, como se observa en planos posteriores, demuestra una progresión radial, distinta a la dominante y reiterativa estructura en damero.[46]

Se inicia, igualmente, en el XVIII la instalación de villas mediante el impulso de la Junta de Poblaciones y los preceptos desarrollados por el jesuita Joaquín de Villarreal. La evolución de estos asentamientos se inicia en el Biobío en 1742 con Nuestra Señora de Los Ángeles en la Laja, seguido de Santa Juana, Hualqui, Santa Bárbara, San Luis de Gonzaga de Rere y San Carlos de Yumbel. Hito fundamental, por cierto, es el traslado de Concepción a su actual emplazamiento.[47]

Diversas instrucciones orientaron este proceso urbano: entre ellas se señalaban la relevancia de la proximidad al río, disposición de tierras para cultivos, solares que permitesen la extensión de las casas y corrales, reservando una cuadra para plaza, en cuyos frentes se instalará la iglesia y la casa de la villa.[48] Estos emplazamientos crecieron empleando la materialidad y conocimientos locales; en 1759 Los Ángeles, sin solares vacíos, contaba con cien ranchos de paja y cinco casas de teja.[49] La arquitectura con barro, crudo y cocido, caracteriza aún el paisaje regional, en el cual la impronta urbana de las misiones completaba conjuntos como el de Rere, incluyendo palmas chilenas (*Jubaea chilensis*), joya botánica del Reino de Chile.[50]

Ciudades trasladadas y refundadas, fuertes indígenas y mixtos, villas, poblaciones reasentadas y movilizadas, materialidades mixtas, paisajes transformados, forman parte del proceso de configuración de la nueva fisonomía del río Biobío, en la que confluían culturas y modos de vida distintos, tensionados y desafiados a un mismo territorio en el que coexistir.



›

Río Laja.
El espinillo (*Ulex europaeus*), que cubre los campos con su flor amarilla, es una maleza invasiva que, por su amplia distribución, amenaza la agricultura y la silvicultura dado que ocupa terrenos dedicados a dichas actividades productivas. Fotografía de Guy Wenborne, 2018.





La navegación y el cruce del Biobío

En el imaginario de los habitantes de la cuenca del Biobío, está siempre presente la utopía de un río navegable. Muchos sueñan con ver surcar cargueros, como en el Rin y sus canales, entre el valle central y su desembocadura. Otros *recuerdan* que otrora era recorrido por decenas de barcas, hasta que el corte de los árboles, por los excesos de la industria maderera, habría terminado por cubrir su cauce de arena. ¿Cuánto hay de verdad en esta imagen idealizada del pasado? ¿Podría volver a navegarse? Responder estas preguntas exige sumergirse en las aguas turbias de la historia.

La llegada del vapor potenció el uso vial de los ríos, pues hizo posible remontar barras y subir o bajar los cursos de agua, sin depender del viento, del esfuerzo de palanqueros o recurrir a la sirga. Ríos como el Maule, el Imperial, el Biobío o el Bueno se convirteron en importantes rutas de transporte; en sus riberas se concentraron las industrias y la población; en sus márgenes surgieron ciudades y pueblos.[51] Fue la edad de oro de la navegación fluvial.

Del *Butalevu* a la raya del *Biu-Biu*

Los mapuche llamaban al río de varias formas —*Ribimbi, Biu-Biu, Butalevu*— y lo cruzaban en *wampos*, balsas talladas de un tronco, o simplemente a nado. En tiempos prehispánicos, una abundante población habitaba en torno al Biobío, en particular en la zona costera. Es una de las razones por las que Pedro de Valdivia decide renunciar a sus tierras en Santiago y encomendar los indígenas de la vasta zona que se extiende desde Concepción hasta la punta Lavapié, en el golfo de Arauco. Las minas de oro de Quilacoya, entonces muy productivas, requerían una mano de obra abundante para su beneficio.[52]

En 1546, en su primer viaje al sur, Pedro de Valdivia ve frustrado su intento de atravesar el río en balsas debido a un ataque indígena. En febrero de 1551 logra su propósito, esta vez con ciento veinte hombres de caballería y cincuenta infantes, rumbo al sur, donde fundaría La Imperial.[53] Cuando Alonso de Ercilla atraviesa el Biobío con la expedición de García Hurtado de Mendoza, en noviembre de 1557, se utilizan barcas para cruzar a la tropa y la artillería. El cruce demoró seis días, durante los cuales la expedición estuvo en extremo peligro de ataque.[54] Ya antes Francisco de Villagra había intentado el mismo cruce, en el verano de 1554.

‹

Mapuches sobre un *wampo* (embarcación hecha con un tronco ahuecado). Fotografía de 1940. Colección Museo Histórico Nacional.

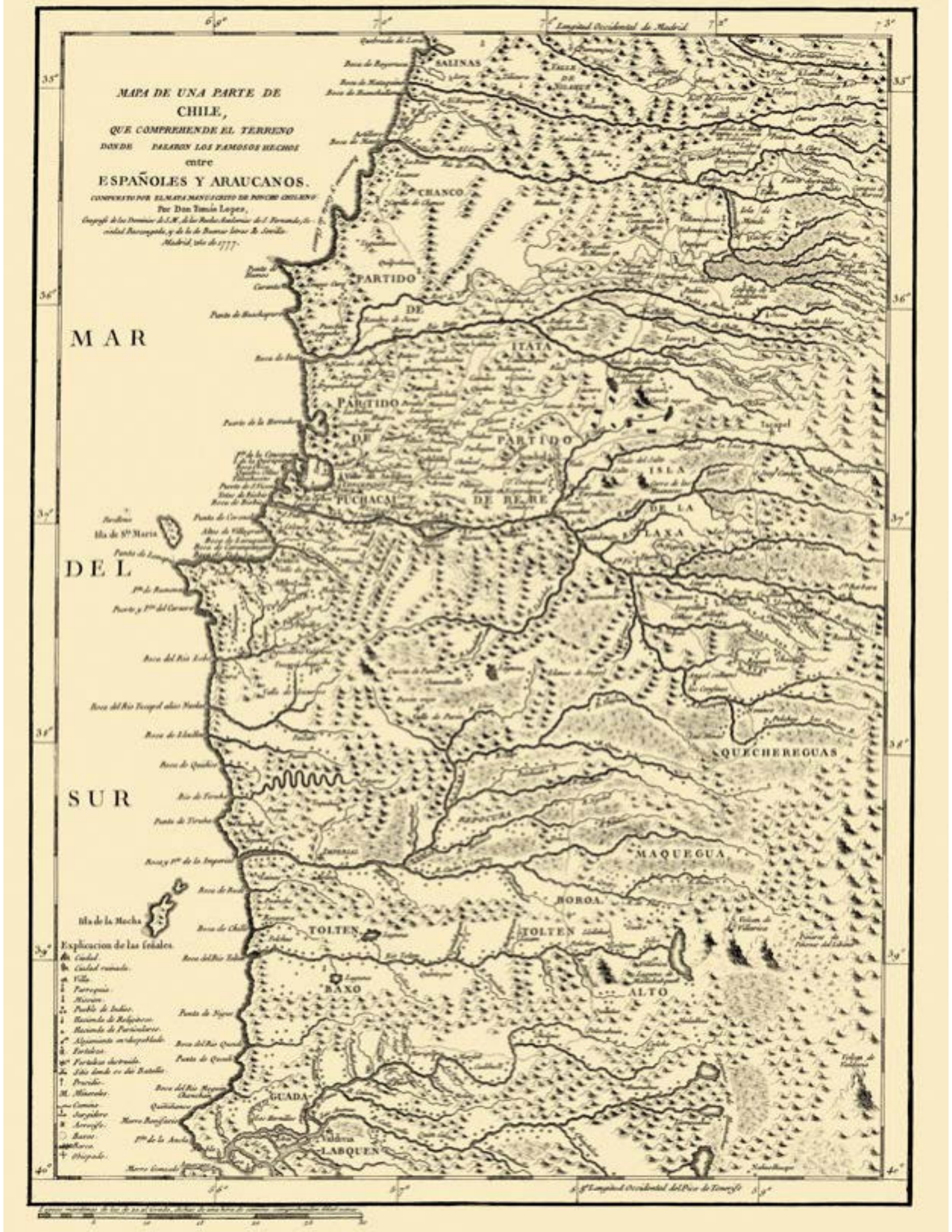
›

Salto del Laja. Se dice que, en tiempos ancestrales, el sitio era un lugar de culto donde se juntaban los ancianos para pensar y mascar piñones, y donde los más jóvenes se transformaban en «hombres» si lograban pasar caminando el salto de mayor tamaño. Fotografía de Guy Wenborne, 2018.



La grave derrota de las fuerzas hispanas en Curalaba, que implicó la pérdida de la mayoría de las ciudades y fuertes del sur, transformó al río en el límite virtual y, más tarde, pactado, de la ocupación española. Surge así la *raya del Biobío*. Con el gobernador Alonso de Ribera (1601-1605 y 1612-1617) comienza a erigirse la línea de fuertes que caracterizó la guerra fronteriza. Ribera era un militar avezado en la guerra de Flandes y fue quien primero comprendió que la contienda de Arauco necesitaba de una hueste permanente.[55] Él mismo señala, en informe al rey, que levantó dos fuertes en el sector de Guaneras, a los que dotó de tres barcos para facilitar el pasaje del río. En «las juntas del Biobío y la Laja», dice, «puse dos pontones más para que pudieran pasar caballos». Funda el fuerte de Nacimiento, en el encuentro del Vergara y el Biobío, y en 1604 «he hecho el fuerte de San Pedro de la Paz, por donde entra el Biobío en la mar, y puesto en él otro barco para facilitar aquel pasaje, que es muy importante, porque aquel puerto cubre la Concepción y su comarca...»[56] La ubicación de los fuertes, la dotación de naves y el cuidado de los pasos muestran la importancia estratégica que tenía, para el experimentado gobernador, la navegación y el cruce del Biobío.

A comienzos del siglo XVII, el río era navegable desde Santa Fe hasta Concepción en invierno y verano, pero en balsas chatas. Los sectores más complejos iban de Chepe a Palco, más el valle de Talcamávida, según reporta el mismo gobernador Ribera, en razón de los bajos y canales que resultan del extremo ensanche del río. Así, si bien el río ha sido siempre navegable, las condiciones han sido similares en el tiempo, esto es, islas y bancos de arena dinámicos, bajo caudal en verano, una barra casi impasable y acceso sólo a barcas chatas, lo que lleva a desmitificar la idea de un río originalmente navegable y que se embancara por acción antrópica.[57]


MAPA DE UNA PARTE DE
CHILE,
QUE COMPREHENDE EL TERRENO
DONDE PASARON LOS FAMOSOS HECHOS
entre
ESPAÑOLES Y ARAUCANOS.
COMPUESTO POR EL MAPA MANUSCRITO DE PONCHO CHILENO
Por Don Tomás Lopez,
Madrid, año de 1777.
MAR
DEL
SUR
SALINAS
CHANCO
PARTIDO
DE
ITATA
PARTIDO
DE
PUCHACAI
PARTIDO
DE RE RE
ISLA
DE LA
LAXA
QUECHEREGUAS
MAQUEGUA
BOROA
TOLTEN
TOLTEN
BAXO
ALTO
GUADA
LABQUEN
Isla de Sta Maria
Isla de la Mocha
Explicacion de las señales
Ciudad
Ciudad ruinada
Villa
Parroquia
Mission
Pueblo de Indios
Hacienda de Religiosos
Hacienda de Particulares
Alojamiento en despoblado
Fortaleza
Fortaleza destruida
Sitio donde se dió Batalla
Presidio
Minerales
Camino
Surgidero
Arrecife
Baxos
Barco
Obispado
Longitud Occidental de Madrid
Longitud Occidental del Pico de Tenerife

Durante el siglo XVIII, la navegación continúa siendo eminentemente estratégica y con el sentido militar de proveer los fuertes y asegurar la línea de frontera. A mediados de ese siglo se produce el traslado de la ciudad de Concepción al valle de la Mocha, donde actualmente se encuentra, a orillas del Biobío y muy cerca del mar. A pesar de su situación fluvial, el río fue más una barrera de defensa que una vía de comunicación. Así lo señalaba el conocido informe de Manuel de Amat hacia 1770:

> *Auméntase de la confluencia de muchos Rios caudalosos que por él desaguan, sin embargo de sus muchas aguas y suaves corrientes no pueden subir por él embarcaciones de vela assi porque tiene angosta la Boca y un farellón grande en el medio. [...] Es río invariable y sirve de barra y deslinde, a cuyas orillas están las plazas de la Frontera en los parages por donde pueden tener pasage los barcos, o balzas, para procurar las radiciones de los barbaros, porque desde el Biobio para el Sur están las tierras ocupadas de Indios Aucaes, esto es no reducidos a política no religión...*[58]

No se equivocaba pues unos años después, en 1773, en razón de una sublevación general, hubo que trasladar a Chepe, colina situada al extremo poniente de Concepción, el fuerte de San Pedro, ubicado en la orilla sur. A diferencia de la ciudad de Valdivia, Concepción nunca fue considerada una ciudad puerto; de hecho, al consolidarse su traslado al valle de la Mocha, se le concedió Talcahuano como «puerto de surgidero» el 5 de noviembre de 1764, fecha considerada de su fundación. El modesto malecón de Chepe siguió recibiendo carga y pasajeros hasta avanzado el siglo XX.

En los años de la Independencia, numerosos eventos violentos tuvieron por escenario el río o sus alrededores. Recordemos unos cuantos: el martirio de Pedro Andrés de Alcázar y su tropa en el vado de Tarpellanca, sobre el Laja, en septiembre de 1820; el combate de San Pedro;[59] el del cerro Gavilán, en mayo de 1817, que incluyó la participación de lanchas cañoneras dispuestas en el río.[60] En esa época trágica, que en el Biobío se prolonga hasta 1830 por las contingencias de la llamada Guerra a Muerte, el río recuperó su condición de frontera de guerra, como en los días más aciagos de la Conquista.



Retrato de don Manuel de Amat y Junyent.
Pedro Jose Dias, 1773. Óleo sobre tela,
201 x 136 cm. Wikimedia Commons.
Colección Museu Nacional d'Art de Catalunya.

«Mapa de una parte de Chile, que comprehende
el terreno donde pasaron los famosos hechos
entre Españoles y Araucanos, compuesto
por el mapa manuscrito de Poncho Chileno.»
D. Tomás Lopez, 1777. Mapa grabado, 38 x 28 cm.
Colección John Carter Brown Map Collection.



El Biobío en la temprana República

El XIX puede ser considerado el Siglo de Oro de la navegación del Biobío. Hubo lanchas, planas, balsas, vapores y hasta uno extraordinario, de paletas, que hizo imaginar una gran vía acuática. Pero fue un siglo muy corto. El tráfico masivo recién comenzó hacia 1830, cuando la economía del trigo impulsó el comercio en la Frontera; la decadencia se inició con la llegada del ferrocarril, en 1871. Desechada la posibilidad de un transporte multimodal, esto es, combinando el río y la vía férrea, la competencia feroz terminó por privar de viabilidad económica y apoyo público al tráfico fluvial.

Ya hemos visto que, en tiempos coloniales, los ríos operaban como barreras y se cruzaban por vados conocidos, en especial durante el verano, o por los embarcaderos establecidos, en los «barcos del rey», pagando un peaje fijado por la autoridad.

Entre 1750 y 1830 transcurrió la época de gloria de la navegación fluvial en Europa, en la que una red de canales artificiales conectó los ríos y permitió que las cargas recorrieran el continente hasta que los ferrocarriles, más rápidos y ubicuos, redujeron su importancia relativa. El auge de los canales fue lo que observó Bernardo O'Higgins durante sus años en Inglaterra. Instalado en el Perú, en el exilio, estudió las posibilidades de la navegación en ríos y costas chilenas, así como las oportunidades que abría el vapor. Propuso un completo plan de exploraciones hidrográficas de los ríos, desde el Itata hasta el Aysén, incluyendo el Bueno, el Toltén, el Cautín, el Lebu y, por supuesto, el Biobío. Su plan, entregado en 1842, a días de su muerte, al representante del gobierno de Manuel Bulnes, se cumplió íntegramente en las décadas siguientes.[61]

La exploración del Biobío se concretaría entre noviembre de 1862 y abril de 1863. Un grupo de marinos, comandados por Manuel Thompson, reconoció el curso del río en forma sistemática, desde la desembocadura hasta Callaqui, en la cordillera, incluidos sus principales afluentes. El viaje fue penoso. Los expedicionarios remontaron el río desde la misma desembocadura hasta San Carlos de Purén; desde Nacimiento, a la sirga, es decir, remolcados por una cuerda; luego debieron continuar a pie por las orillas. El tramo más complejo para la navegación se situaba entre Talcamávida y Quilacoya, donde el ancho del río superaba los dos mil metros. Estas dificultades y el ensanchamiento del cauce resultan similares a lo observado en tiempos coloniales.[62]

Thompson da cuenta de que un vapor y ochenta lanchas se desplazaban por el río al tiempo de su exploración, todas ellas embarcaciones de fondo plano: «Parecían grandes bateas con cubierta», dice. Las velas sólo servían con viento en popa; en

^

Manuel Thompson. En 1861 Thompson fue designado jefe de la comisión exploradora del río Biobío y sus afluentes.
Fotografía de Spencer y Cía., ca. 1880.
Colección Museo Histórico Nacional.

›

Nuestro carruaje de viaje. En 1853 llega a Santiago la congregación de monjas de la Sociedad del Sagrado Corazón y marca un hito en la escolarización femenina chilena. A los pocos años, se ven sus establecimientos en Talca, Concepción, Valparaíso y Chillán; a fines de siglo, en Lima y Buenos Aires. La religiosa inglesa Catherine Nicholl (1834-1913) plasma sus viajes por el territorio en un conjunto de acuarelas de 1874, conservadas como un preciado tesoro por la congregación. A falta de tren, largos tramos se realizan en una particular diligencia, cuya altura les permite vadear los ríos, transitar por rutas pedregosas y detenerse continuamente en posadas para descansar ellas y los fieles caballos.
Catherine Nicholl, 1874. Acuarela, 16,8 x 25,5 cm.
Fotografía de Fernando Maldonado, 2021.
Colección Archivo Provincial Sociedad del Sagrado Corazón, Santiago.

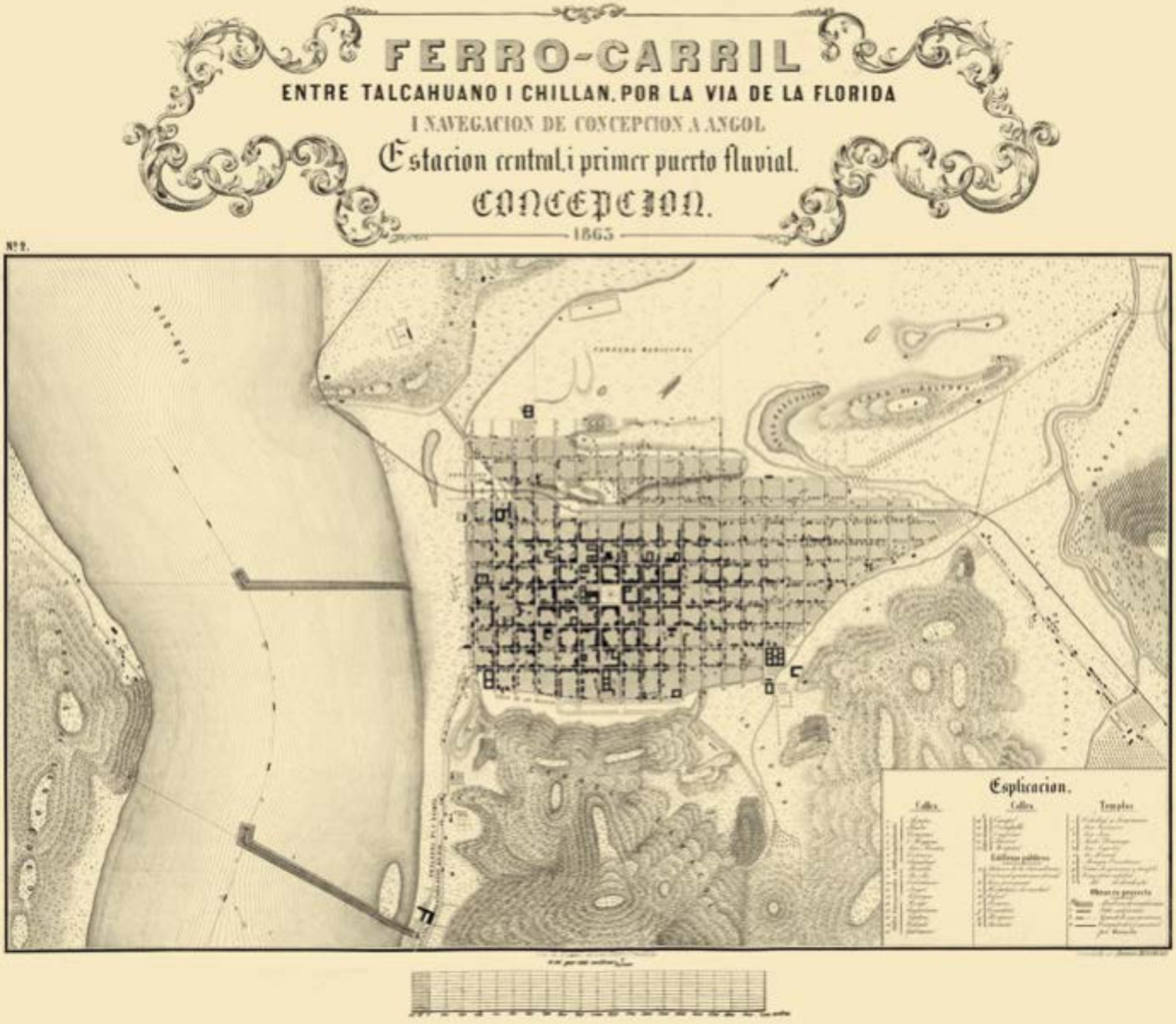


Notre Voiture de Voyage.

caso contrario, empleaban palancas, apoyándolas en el fondo. Con estos medios, el tráfico era lento. Tomaba veinte días cubrir los casi cien kilómetros que separaban a Concepción de Nacimiento.

Para mejorar las condiciones de navegabilidad, Thompson sugería canalizar el río en los tramos más complejos y cercanos a la capital de la provincia mediante un sistema de palizadas enterradas, a fin de estrechar el cauce y ahondarlo. Las ventajas de su proyecto eran económicas, pero también políticas, pues se relacionaban con la integración pacífica de La Araucanía y sus habitantes. En las palabras de Thompson:

> *Todas las personas que conocen las comarcas del Sur regadas por el Biobío, lamentan i con razon, que las tierras más feraces de Chile se encuentren en su mayor parte, no sólo en poder de los indolentes Araucanos, sino que aquellas que pertenecen a verdaderos chilenos no sean trabajadas con ardor, por el desaliento que infunde la suma dificultad del trasporte de los productos. Verdad es que la canalizacion del Biobío. además de exijir mucho dinero, sería obra de algunos años; pero las ventajas tambien serian inmensas. Los pueblos del Sur situados en La Araucania, estan llamados a ser de los mas importantes de Chile, tanto por la benignidad del clima cuanto por la diversidad de sus productos. Los Araucanos, la raza de mejor sentido comun entre todos los indios de America, mui bien sabian lo que valia su pais, i por eso aún hoy disputan sus terrenos palmo a palmo. Chile pierde pues infinito, mirando con indiferencia el bello i valioso territorio Araucano. Para conquistarlo poco a poco por medios pacificos, reportando al mismo tiempo utilidad a la nacion, es preciso comenzar por hacer algunos sacrificios para el arreglo del Biobío. Canalizado, se avivará el comercio, se desarrollara la industria tanto agrícola como mineral; porque las faciles vias haran ventajosas las importaciones i esportaciones. Los indios por la fuerza tendran que ponerse en contacto con la concurrencia de comerciantes, plantadores i mineros, i entonces ya no sera un problema la civilizacion de ellos.*[63]



^

«Ferrocarril entre Talcahuano i Chillán, por la vía de La Florida i navegación de Concepción a Angol. Estación Central, i primer puerto fluvial, Concepción.» Levantado por Pascual Binimelis, 1863. Material cartográfico, 1 mapa, blanco y negro, 41 x 69 cm. Sala Medina / Mapas. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Biblioteca Nacional Digital de Chile.

›

Vista del Biobío. Asombrada por el majestuoso Biobío, Nicholl lo pinta varias veces y lo caracteriza como «el río más grande de Chile». Con vivos colores exalta la flora local de sus «pintorescos bordes», la cordillera omnipresente, las diferentes embarcaciones a remo y vela, para sólo sugerir la presencia del naciente ferrocarril. Catherine Nicholl, 1874. Acuarela, 16,8 x 25,5 cm. Fotografía de Fernando Maldonado, 2021. Colección Archivo Provincial Sociedad del Sagrado Corazón, Santiago.

Algo similar había propuesto unos años antes el ingeniero Pascual Binimelis, autor de un proyecto de ferrocarril, pero partidario de combinarlo con la navegación por el río.[64] Nada de esto llegaría a concretarse.

En 1834 sólo había dos pasos para cruzar el Biobío mediante pequeñas embarcaciones, San Pedro y Santa Juana. El pasaje que se cobraba era de medio real por persona, un cuartillo por los niños y un real por un caballo ensillado.[65] Para 1856, eran veintidós las lanchas encargadas de la navegación en el departamento de Lautaro, sumando 240 toneladas y una tripulación de ciento veinte hombres. En 1854 se construyó el primer vapor en Concepción, el *Quilteu*, propiedad de Pascual

Binimelis, que tiraba de las lanchas Biobío e Itata. El vapor *Sotomayor*, por su parte, conectaba el Biobío desde Concepción hasta Nacimiento, con una pequeña escala en Santa Juana. En 1862, el boleto de primera clase para el tramo de Concepción-Santa Juana tenía un valor de cuatro pesos, dos pesos el de segunda y un peso el de tercera.[66] El vapor *Sotomayor* fue adquirido en San Francisco, Estados Unidos, y rearmado en Talcahuano. Navegó hasta la boca del Biobío e ingresó por ella. El barco sólo pudo remontar el río hasta la altura de Chiguayante, donde quedó definitivamente varado por la poca profundidad del caudal.[67]

Ramón Subercaseaux, en sus *Memorias de ochenta años*, cuenta un viaje en vapor por el río hacia 1860. Su relato muestra el *Far West* que entonces era la Frontera:

> *Nos llevó un vapor curiosísimo que hacía ahí su negocio mientras se trabajaba en el ferrocarril; era una especie de remedo de los vapores de río norteamericanos, con las calderas en la proa y la máquina en la popa, moviendo una rueda posterior que impulsaba toda la armazón. Por los costados del barco se extendía una plataforma… allí nos sentábamos todos en hilera a gozar de las variedades del paisaje, de la vista del agua trasparente y de los remansos del río.*[68]

En las décadas de 1860 y 1870, el río seguía poblado de lanchas y barcazas que remontaban el Biobío y sus principales afluentes, como el Laja, el Vergara, el Renaico y el Malleco. Subían hasta Nacimiento, aunque con muchas dificultades, pues el río era dinámico y se modificaban los canales y bancos de arena.





En 1855, el gobierno de la República otorgó las primeras concesiones de navegación a particulares para la explotación del tráfico de cabotaje y pasajeros; al año siguiente la navegación a vapor fue subvencionada. Desde 1868, se exigía un mínimo de tres viajes al mes entre Concepción y Nacimiento. Durante 1878 la frecuencia de viajes aumentó a tres por semana, pero cubriendo sólo el itinerario desde Concepción a la localidad ribereña de Malvoa, cerca de San Rosendo.[69]

Ya para entonces el ferrocarril le hacía fuerte competencia a la ruta fluvial. El proyecto original de Pascual Binimelis proponía construir la vía por los llanos de La Florida para que no compitiera por las cargas agrícolas con la navegación del Biobío, pero el gobierno optó por construirla por la orilla del río, lo que significó la sentencia de muerte para el tráfico fluvial.[70]

La operación del ferrocarril de San Rosendo a Talcahuano, además, facilitó la comunicación con la urbe de los habitantes de Santa Juana y la ribera norte. Debían atravesar en botes y lanchones a Talcamávida y de ahí tomar el tren a la ciudad.[71] El vecino Orlando Pereira recordaba: «Se pasaban todos en el bote ahí, sus doce, catorce personas. A la vela, con un mástil con una lona que era impulsada por el viento». Carlos Abedenour añade que el viaje «se demoraba casi una hora. Sí, porque tenían que remar río arriba; de vuelta demoraban menos, porque venían a favor de la corriente». Así cruzaban miles de personas: comerciantes, estudiantes e incluso las monjas dominicas para acercarse al tren, hasta que la construcción en 1943 del puente carretero sobre el Biobío y la posterior terminación del camino por la ribera sur, que permitió el tránsito de buses, hizo preferir la ruta terrestre.[72]



Los puentes sobre el Biobío

En octubre de 1876, una atrevida y millonaria viajera inglesa, Lady Brassey, llega a orillas del Biobío en su ruta a Concepción y rumbo a Santiago. Su viaje en el yate *Sunbeam* se había iniciado en julio en Chatham, Inglaterra. Una breve estadía en Lota la convenció de conocer algo del país por vía terrestre. El cruce no fue nada fácil, según cuenta en sus memorias.[73] Llegó al gran río a las seis de la tarde, cuando el vapor que lo cruzaba ya no operaba. Una propina permitió conseguir que seis hombres en una lancha velera accedieran a llevar el pesado carruaje hasta la otra orilla. Una vela y largas pértigas impedían que la corriente los llevara río abajo. A ratos había tres metros de profundidad, pero a menudo no más de uno. El bote no lograba acceder a la otra orilla y los caballos se negaban a entrar al agua barrosa. La tarea sólo se consiguió luego de mucho mojarse, empujar, chillar y «me temo», dice la viajera, «blasfemar».[74] Ya en la orilla, la carroza partió al galope hasta el hotel Comercio. Así de complicado era el cruce, aun para quien no carecía de recursos.

Tren a vapor cruzando el Biobío. Del libro *Centenario de 1910, una historia fotográfica*. Gentileza de Ricardo Herrera Floody. Colección Rodrigo Millán Armijo.

Viaje de Chillán a Concepción. Con románticas pinceladas propias de su tiempo, Nicholl inmortaliza caminos, aguas, gentes y costumbres. La belleza, soledad y calma que transmiten estas ilustraciones buscan mostrar la naturaleza intacta del paisaje del fin del mundo. Catherine Nicholl, 1874. Acuarela, 16,8 x 25,5 cm. Fotografía de Fernando Maldonado, 2021. Colección Archivo Provincial Sociedad del Sagrado Corazón, Santiago, Chile.

Es por eso que la construcción de un puente era una ambición antigua en la ciudad. *El Correo del Sur*, el 21 de abril de 1855, apuntaba que una tarea importante del próximo municipio debía ser «Fomentar el proyecto de construir un puente sobre el Biobío, o procurar el establecimiento de una lancha de vapor en el pasaje, como se ha proyectado». El intendente, por su parte, en 1857 señalaba la necesidad de construir un puente de lanchas, «que no costaría más de veinticinco a treinta mil pesos, según cálculo aproximativo, o la asignación de una pensión anual a los empresarios de lanchas de vapor».[75] Como se aprecia, veinte años después el puente seguía siendo una utopía; sólo el vapor operaba malamente. Recién en 1889, gracias al capital y la tecnología ingleses impulsados por la industria del carbón, la empresa The Arauco Company Limited construyó el gran puente ferroviario, que todavía opera.

Para la construcción de un puente carretero, inicialmente de madera, habrá que esperar a 1934. También fue iniciativa de una empresa privada, aunque finalmente el Estado debió completarlo, tras múltiples vicisitudes. Se inauguró el 15 de mayo de 1943. Llevaba oficialmente el nombre de su

›

Puentes sobre el río Biobío, Región del Biobío.
Los puentes Ferroviario, Llacolén y Chacabuco
unen la ciudad de Concepción (izqda.)
con San Pedro de la Paz (dcha.).
Fotografía de Guy Wenborne, 2018.



constructor, Enrique Curti Cannobio, mas se lo conocía como Puente Viejo. Tuvo una larga vida de servicio, no exenta de cambios y dificultades, hasta que el terremoto del 27 de febrero de 2010 lo derribó como un dominó.[76]

Para entonces, ya se había construido, a poca distancia, el llamado puente Llacolén, inaugurado en febrero de 2000 y de mucho mejor estándar.[77] Antes, más cerca de la desembocadura, se levantó el hoy llamado puente Juan Pablo II, inaugurado en 1974. Con 2.310 metros, es el más largo de Chile y también su ingeniería es obra de una compañía inglesa, W. H. Gifford & Partners. A los anteriores, se sumó el puente Chacabuco, construido con urgencia luego del terremoto de 2010, como una estructura de mecano y luego de sólido concreto. Su nombre oficial fue cambiado recientemente a Puente Bicentenario Presidente Patricio Aylwin Azócar. Por situaciones relacionadas con las poblaciones de la ribera norte y el antiguo proyecto de soterrar la vía férrea, no ha podido ser completado en su totalidad. En los próximos años deberían iniciarse las obras del puente Industrial, situado cerca de la desembocadura, y de un nuevo puente ferroviario que reemplace al actual, que ya agotó su vida útil.

Más arriba en el cauce existen muchos otros puentes y proyectos. Mencionemos sólo el puente ferroviario La Laja, parte original del ferrocarril Talcahuano-Chillán y reemplazado en 1890 al que luego se le agregó una estructura peatonal y otra para el paso de vehículos. En años posteriores, se inauguró un nuevo puente carretero que conecta San Rosendo y Laja. Y un gran proyecto, que ha demorado en ver la luz, es el llamado puente Amdel. De 1.209 metros de extensión, uniría las rutas 0-884 y 0-60, beneficiando el intercambio de productos entre Santa Juana y Hualqui, así como San Rosendo, Laja, Yumbel y Nacimiento, mejorando su conectividad con la capital regional.







Interés por recuperar la navegación en el siglo XX

Si bien el tráfico fluvial ha perdido su atractivo, la ambición de regularizar el río Biobío y convertirlo en navegable nunca ha desaparecido. Varios proyectos se han sucedido para dragar el río y encajonarlo, de manera de profundizar su cauce. En 1922, Arturo Yunge, agricultor de la ribera norte, solicitó un permiso para hacer un canal de navegación hasta Talcahuano, antiguo proyecto que nuevamente se descartó. Durante la Segunda Guerra Mundial, la aguda escasez de combustible hizo mirar al río con la idea de navegarlo mediante vapores planos con combustible de madera, para bajar los productos agrícolas de los grandes fundos de Ñuble y de Los Ángeles hasta Concepción. El proyecto fue estudiado por la subsección de Vías Fluviales del Ministerio de Obras Públicas, pero no fue ejecutado.[78] En 1950, el auge de la industria forestal y de celulosa en Laja y Nacimiento llevó a pensar en el río para el transporte de rollizos en balsas hechas con los mismos troncos. Esta era una práctica antigua en el Biobío, aplicada artesanalmente hasta la década de los 60.[79]

Más recientemente, en la década de los 80, hubo un movimiento, liderado por el agricultor e ingeniero Enrique Matthei Jensen, para recuperar el cauce y ganar terreno en las riberas mediante la plantación de una variedad de sauce, con muchas raíces, que en poco tiempo podría recuperar decenas de hectáreas.[80] Se realizaron múltiples gestiones y se formó la Corporación Prorío para impulsar la iniciativa.[81] Por desgracia, no se ha logrado, más allá de pruebas piloto, el objetivo de volver real el imaginario biobense de un río navegable.

¿Volverán las lanchas y veleros al Biobío? En la actualidad, el río se baja en kayaks y botes inflables, a pesar de la pérdida irreparable de ciertos cañones cordilleranos, inundados por las represas. De vez en cuando se ve un hidrodeslizador, tratando de sortear los bancos de arena. Parecería que la sequía y el cambio climático conspiran en contra del sueño de los penquistas. Quién lo sabe. Mientras el río traiga aguas, habrá esperanza.

^

Agua de las Niñas, Concepción. El barrio Agua de las Niñas (actual Pedro de Valdivia) se llamaba así porque desde el cerro Caracol fluía un torrente cristalino que desembocaba en el río Biobío, donde las familias que se dirigían en carreta a la ciudad paraban a limpiarse el polvo del camino. Fotografía de Odber Heffer. Fondo Odber Heffer Bissett. Colección Archivo CENFOTO, Universidad Diego Portales.

‹

Río Biobío, Región del Biobío. En 1545, Pedro de Valdivia escribió en una carta al emperador Carlos V: «...y otro día anduve cuatro leguas e dí en un río muy grande, donde entra en la mar, que se llama Bio Bio...» Fotografía de Guy Wenborne, 2013.



Recorrido histórico del Biobío

Para observar cuánto pasa y cuánto queda del paisaje humano que vieron aquellos empeñosos marinos como Thompson y su expedición, comenzaremos el recorrido en la desembocadura misma, la que, hoy como ayer, ofrece una barra irremontable para las embarcaciones regulares. Frente a ese lugar, en 1544, el navegante genovés Juan Bautista Pastene tomó posesión de *la tierra* para la Corona española. Y lo hizo desde el buque *San Pedro* que comandaba, por no permitir otra cosa el temporal reinante. Mirando hacia el sur, a su derecha, se hallaba la costa de Arauco, que tantos dolores sufriría en las décadas siguientes. Muy cerca de la boca del río, se encuentra hoy la población Boca Sur, en la comuna de San Pedro de la Paz. Allí transcurre el relato *Desembocadura*, de Daniel Belmar. Le sigue una larguísima playa de arenas negras volcánicas que alcanza hasta la comuna de Coronel.

Mirando a su izquierda, hacia la ribera norte del río, Pastene pudo contemplar los acantilados y rompientes de la península de Hualpén. Son unas dos mil doscientas hectáreas, convertidas en Santuario de la Naturaleza en 1977 por su alto valor ecológico, aunque también albergan hoy un polo industrial que reúne a Enap y otras industrias. Por el norte, se halla la playa de San Vicente. En ese lugar se produjo, en marzo de 1813, el desembarco de la Escuadra al mando de Antonio Pareja, dando inicio a la fase bélica de las guerras de emancipación.[82] En la misma bahía, desde 1948, se halla la gran usina de Huachipato.[83]

A la desembocadura y a Hualpén se refiere Diego de Rosales en el *Flandes Indiano*: «Dos leguas de la ciudad de la Concepción se esconde Bíobío en el mar sin alterarse jamás en sus crecientes y menguantes que no le alcanzan por estar en alto su terreno [...] es muy conocido por un cerro llamado Gualpén, que quiere decir su nombre "Veo alrededor", porque desde él se descubre toda la campaña».[84] En el corazón de la península existen dos cerros simétricos, conocidos con el nombre de Tetas del Biobío, que se elevan unos 240 metros. Estas «pirámides de granito», como las llamara Ignacio Domeyko,[85] eran muy útiles a la navegación. Según Rosales, «descúbranse

de muy lexos, y por ella enderezan la proa los navegantes al puerto de la Concepción». Y en medio del cauce se sitúa un gran peñón, llamado Pompón, unido al continente por una lengüeta de tierra.

En la península de Hualpén, además, se encuentra el parque Pedro del Río Zañartu, donación del filántropo homónimo a la ciudad de Concepción. Comprende un parque de 552 hectáreas y su casa habitación, Monumento Histórico Nacional, a la espera de restauración desde el terremoto de febrero de 2010.[86] El parque formaba parte de antiguos fundos lecheros y ganaderos que unían Talcahuano y Concepción. Hoy la península forma parte de la comuna de Hualpén, establecida en 2004.[87]

‹

Embouchure du BioBio une des haideurs de la baie St. Vicent (Talcahuano) («Desembocadura del Biobío desde las alturas de la bahía San Vicente»).
Ernst Goupil, 1838. Acuarela sobre papel, 229 x 408 mm.
Colección Museo Histórico Nacional.

›

Península de Hualpén, Región del Biobío.
El arco que describe la bahía a la izquierda es la misma playa que aparece en la acuarela de Goupil (página contraria), sólo que vista desde el otro lado.
Fotografía de Guy Wenborne, 2018.





›

Izqda.: Vue de la Ville de Talcaguano et du Port de la Conception (Chili). («Vista de la ciudad de Talcahuano y el puerto de la Concepción, Chile»). 21,3 x 26,2 cm.

Dcha.: Vue de la ville de la Conception (Chili). («Vista de la ciudad de Concepción, Chile»). 20,8 x 26,3 cm.

Louis Choris, 1826. Litografías coloreadas a mano. Impresas por Paul Renouard. Colección John Carter Brown Archive of Early American Images.

Aunque actualmente el río desemboca en una salida única, en el pasado habría sido un delta. Toda la faja costera y, por cierto, también la península de Hualpén, al decir de Eduard Poeppig en 1830, «constituyó antiguamente archipiélago, que se transformó en continente en una época no muy lejana de la nuestra, debido a un retroceso del mar».[88] El científico encuentra por doquier ejemplares de moluscos fósiles de la formación cretácica, animales marinos que poblaron, incluso, el promontorio de Hualpén, «otra isla del pasado», según el viajero.

En forma periódica, con las crecidas del Biobío, el fenómeno volvía a repetirse. Así lo observó don Pedro del Río desde su casa en Hualpén: «Ha subido el río, coincidiendo la avenida con las grandes mareas en las vegas en varios puntos, uniéndose con los brazos del mar o bahía de San Vicente, formando un gran canal».[89] La idea de abrir una vía que conectara el río con la bahía señalada era recurrente. En 1852, el ingeniero Campbell estudió la posibilidad de construir un ferrocarril entre Concepción y Talcahuano o bien la alternativa de potenciar la navegación por el río, conectándolo al puerto por un canal. Su estudio no fue concluyente, pues estimó que era previo y necesario introducir la navegación fluvial a vapor. «Por ahora un camino común bien construido surtiría todo objeto útil», concluye.[90]

En 2006, con ocasión de las grandes inundaciones de aquel año, el estuario de Lenga se cubrió totalmente de agua y el río y la bahía volvieron a conectarse. Tal vez no resulte sorprendente si recordamos que, hace apenas unos cientos de años, el mismo valle de la Mocha en que se emplaza hoy la ciudad fue paleocauce del Biobío y se conectaba por diversas lagunas y canales que atravesaban



la ciudad con el río Andalién. Hoy sólo sobreviven cinco lagunas urbanas, pero en el pasado eran muchas más. El crecimiento de la ciudad, los rellenos y el elevamiento del suelo a consecuencia de los terremotos hacen olvidar el pantanoso origen del valle.[91] No por nada el obispo de Concepción, José de Toro y Zambrano, se oponía al traslado de la ciudad desde Penco a este lugar, señalando:

> *[...] ese lugar es enfermizo, por la mucha humedad, por las continuas nieblas, por ser un lugar bajo, circundado de lagunas en que se crían varias sabandijas (...) aquel lugar tan húmedo a quien los apasionados llaman Paraíso, no habiendo un árbol en él (...) no lo es sino de romeros de la tierra, de ratones, culebras, y otras inmundas sabandijas que en él se crían por la humedad de las lagunas que le circundan: esto es lo que siento de aquel lugar...*[92]

Efectivamente, la llegada a la ciudad desde su puerto implicaba cruzar tierras húmedas y pantanosas. En el Concepción de 1800, el borde del río aparecía cubierto de humedales y pequeñas lagunas que se fueron rellenando con el tiempo. Cuando soplaban los vientos, además, se levantaban polvaredas de arena que hacían inhóspito el sector. Se pobló de inmigrantes pobres e indígenas, dando origen a la población costanera, más varias poblaciones obreras importantes, como Prieto y Cruz y Pedro del Río. En el límite poniente del casco histórico, junto al río, se encuentra el cerro Chepe, en cuya base se hallaba el puerto fluvial y, desde 1890, el punto de salida del puente ferroviario. Del otro lado de la colina, se emplaza, desde 1823, el cementerio de Chepe, actual Cementerio General de Concepción. «En la bitácora de la ciudad marina», decía Fernando Campos, «Chepe era el puerto final».[93]



La pobre navegabilidad del río, unida a las circunstancias señaladas, explica que la ciudad haya elegido darle la espalda y construir el ferrocarril en 1871. Transcurridos ciento cincuenta años, esta condición no logra revertirse del todo. Se han dado pasos importantes, en todo caso, desde fines del siglo pasado, con el plan de recuperación Ribera Norte, que implicó la construcción de un parque y una costanera, viviendas sociales y un sólido enrocado para contener el río. En marzo de 2018 se inauguró allí el Teatro Regional del Biobío, pero todavía hay desafíos pendientes, como el largamente postergado soterramiento de la vía férrea y el desarrollo de calles, servicios y áreas verdes.

Al otro lado del río, en la ribera sur, se sitúa la comuna de San Pedro de la Paz, bendecida con una larga costa, dos grandes lagunas, humedales y el río. Aunque recién nace como comuna en 1995, entró muy temprano a la historia de la conquista de Chile. Fue en 1604, en efecto, cuando el gobernador Alonso de Ribera fundó el fuerte de San Pedro. El gran desarrollo urbano recién comenzó en la década de 1960 con la construcción de la Villa San Pedro y la población Huertos Familiares.[94] Desde el año 2000 ha experimentado un crecimiento residencial y comercial muy intenso, con una vía costanera sur actualmente en diseño. Como Concepción, sin embargo, no ha logrado establecer una adecuada conexión urbana con el río.

Volviendo a la ribera norte, en paralelo a la vía costanera, una avenida recorre el barrio Pedro de Valdivia, antes llamado Agua de las Niñas y residencia de las colonias extranjeras de alemanes, ingleses y franceses. La vía era el camino de acceso a la ciudad desde Hualqui y Rere; hasta 1941, era la ruta del tranvía; y desde 1871 al presente, la vía del tren que conecta con San Rosendo y el interior. El camino pasa por La Mochita, donde está la captación de agua de la ciudad. En el sector existió una misión jesuita, a la cual se trajeron, a fines del siglo XVII y por orden del gobernador José del Garro, los habitantes mapuche

de la isla Mocha, a fin de evitar que colaboraran con los navegantes ingleses u holandeses, enemigos del imperio.[95] La misión y sus habitantes nativos, llegados antes de que se concretara el traslado de la ciudad, justifican el nombre de valle de la Mocha con que se conoce el sitio del actual Concepción.

Siguiendo por la ribera se llega a Chiguayante, localidad semirrural hasta 1900, cuando vivió un gran desarrollo textil con empresas como Chilean Mills, Caupolicán y Machasa, para luego derivar a otras industrias.[96] Establecida como comuna desde 1996, hoy su vocación es residencial y de servicios. La habitan ochenta y cinco mil personas y es parte del Gran Concepción.

A Chiguayante se llega por una hermosa costanera que espera ser continuada hasta Hualqui. Esta comuna es una localidad muy antigua; en sus tierras se halla Quilacoya, famosa por las minas de oro que explotara el mismo Pedro de Valdivia.[97] San Juan Bautista de Hualqui fue capital de la provincia o Corregimiento, después Partido de Puchacay. Es comuna desde 1925. Por allí pasaba el Camino Real, que conectaba con Puchacay, Rere y el interior.[98]

^

Península de Hualpén, desembocadura del Biobío.
En este lugar, una importante barra impide la navegación
de embarcaciones, incluso de escaso calado.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

‹

Vista de la boca del río Biobío, Concepción.
Fotografía de 1904. Tarjeta Postal.
Colección Museo Histórico Nacional.

›

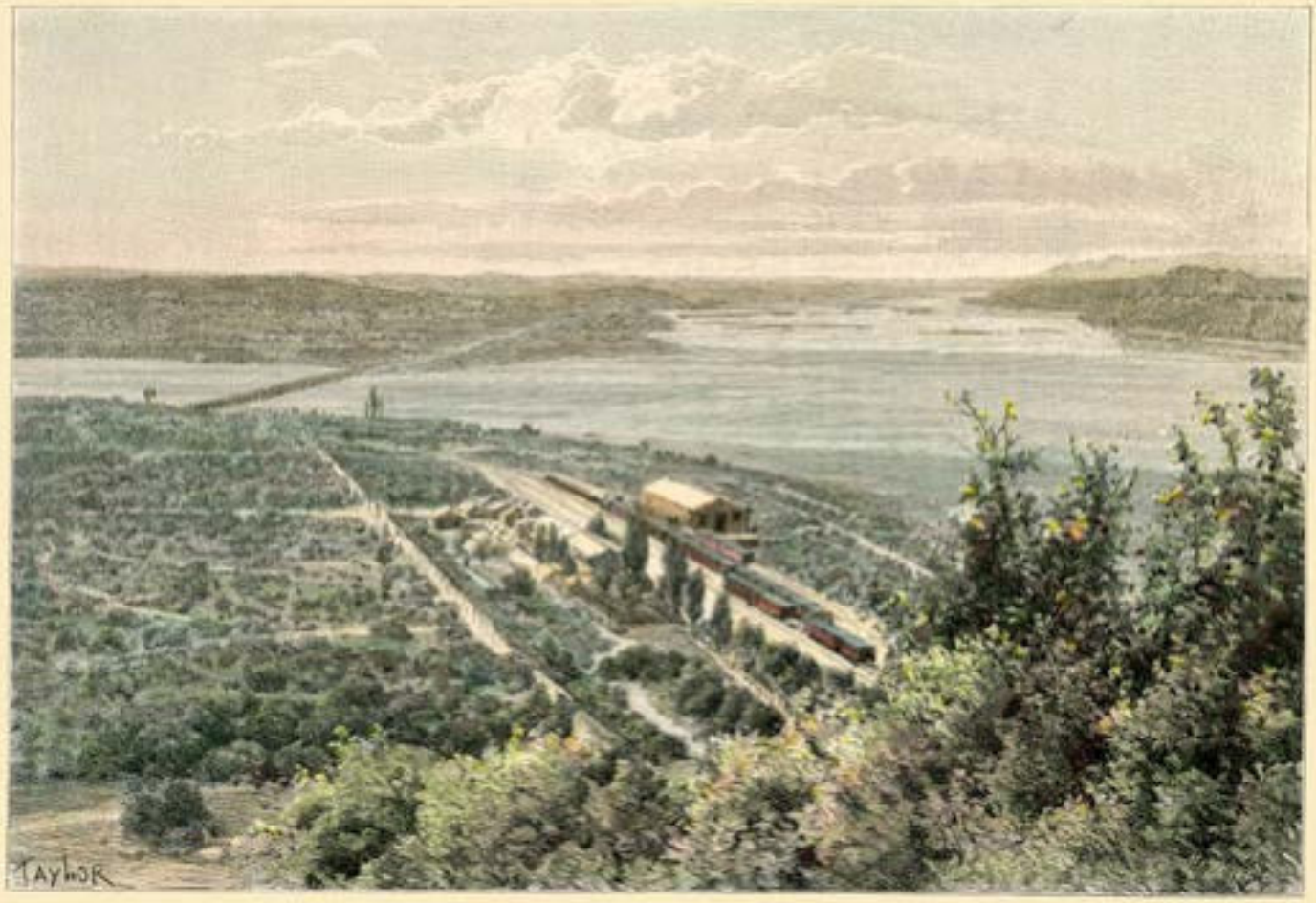
Confluent du Río Laja et du Biobio, Vue Prise Devant San Rosendo.
(«Confluencia del Río Laja y el Biobío, vista frente a San Rosendo»).
La imagen muestra la estación, construida unos años antes de la fundación del pueblo. Taylor. Litografía, papel. Alto 26 cm, ancho 35,2 cm. Grabador: Maynard.
Colección Museo de Historia Natural de Concepción.

˘

Confluencia de los ríos Laja y Biobío, Región del Biobío.
Al fondo se aprecia la localidad de San Rosendo y en primer plano, la ciudad de Laja, con la laguna La Señoraza asomando a la derecha.
Fotografía de Guy Wenborne, 2018.

Más allá se encuentra Talcamávida, importante cuando el vado de Catiray conectaba ambas orillas, dando origen al fuerte de Santa Juana de Guadalcázar y luego a la ciudad homónima.[99] Fundada por Luis Fernández de Córdoba en 1626, Santa Juana ha vivido una azarosa existencia. Fue escenario de varios episodios sangrientos en las campañas de la Conquista y otras posteriores, como en la llamada Guerra a Muerte. Era el paso necesario en la ruta que conducía a Colcura, Arauco y luego al fuerte de Tucapel, por la loma de Patagual. El río marcó su destino como vado y puerto intermedio en la ruta a Nacimiento.[100]





CONFLUENT DU RIO LAJA ET DU BIOBIO - VUE PRISE DEVANT SAN ROSENDO.

Hasta aquí discurre la parte más ancha del río, poblado de islas en que crecen variados tipos de gramíneas. En la bruma, decía Fernando Campos, aparecían como una «escuadra de islas fantasmagóricas» que se modificaban con las estaciones, complicando la siempre dificultosa navegación del río.[101]

Luego de cruzar la cordillera de la Costa, el río se interna en el Valle Central y comienza a estrechar su cauce. Se encuentra con el río Laja, su principal tributario, en un punto principal desde la perspectiva estratégica, urbana y de las comunicaciones. Es uno de los vértices de la isla del Laja, que fue tan importante en tiempos de la conquista.[102] Cuando se construyó el ferrocarril, según hemos visto, se optó por la ruta a orillas del Biobío, transformando San Rosendo en el lugar de la casa de máquinas y maestranza inauguradas en 1873; su carbonera es Monumento Nacional. Aunque los trenes han reducido mucho sus frecuencias y se han levantado las vías en varios tramos, el llamado tren «corto» Laja continúa en operaciones e incluso ha mejorado sus servicios con nuevas máquinas.[103] Se ha incentivado su carácter turístico, pues discurre a orillas del río por una ruta escénica.

Es el lugar que eligió Isidora Aguirre en *La pérgola de las flores* como domicilio de origen de su Carmela. Consultada la dramaturga, comentaba que todo había surgido en un viaje del tren nocturno a Concepción. Despertó en la mañana, descorrió el velo y vio un lindo pueblo bañado por la luz del alba y a una mujer campesina, con su canasto, caminando rumbo a la estación… Era Carmela.

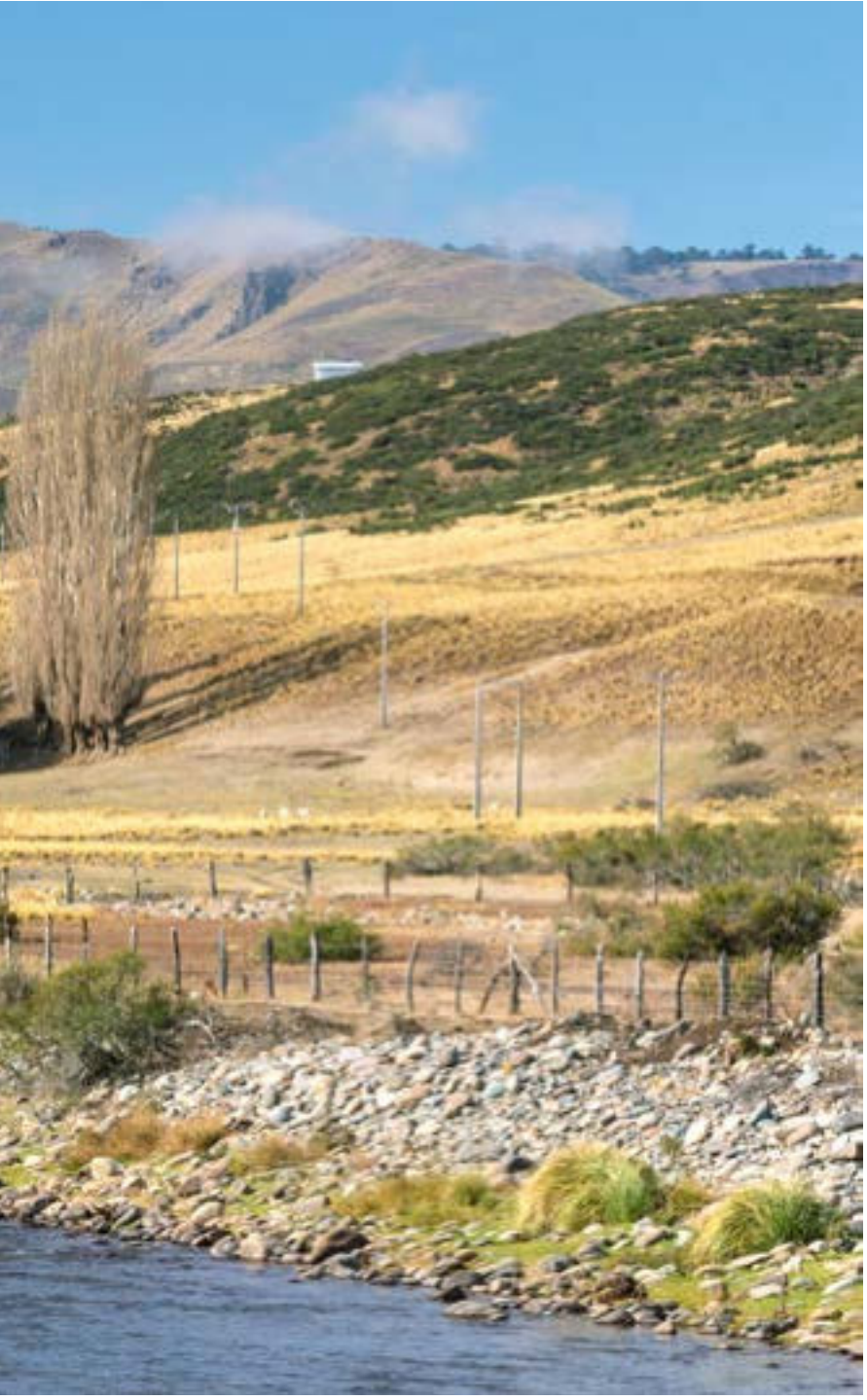
Al otro lado del río, se encuentra la ciudad de La Laja,[104] capital de la comuna de Laja, surgida en 1891. Era «una aldea dormida de la provincia del Biobío» hasta que en 1959 se inauguró allí la planta de celulosa de la Compañía de Papeles y Cartones (CMPC).[105] Significó un rápido aumento de la población, nuevas infraestructuras y caminos, pero como ha ocurrido en Nacimiento y otras localidades que han recibido grandes instalaciones industriales, la contaminación ha sido el lado oscuro de la expansión económica. Actualmente residen en la comuna algo más de veintidós mil personas.



Nacimiento es otro punto importante en la ruta.[106] El fuerte original, también obra del gobernador Alonso de Ribera, fue fundado el 24 de diciembre de 1603, de ahí su nombre. Fortaleza porfiada, sufrió su destrucción en varias ocasiones, siendo siempre reconstruida.[107] La ciudad como tal la fundó el gobernador Manuel de Amat y Junient en 1756. Se sitúa en la confluencia del río Vergara, punto clave en la penetración de la Frontera. Desde su puerto, a los pies del fuerte, salía el trigo de las haciendas, la madera y las curtiembres. En Nacimiento, Guillermo Gleisner, inmigrante llegado de Hamburgo, fundó en 1856 la gran casa comercial que llevó su nombre[108] y que funcionó sin interrupción hasta mediados de la década de 1970. En el siglo XX, también la industria cambió el destino de Nacimiento, pues es sede de una importante planta de celulosa de CMPC.

En Nacimiento converge el río Vergara con el Biobío. Según Solano-Asta-Buruaga, el primero originalmente se llamaba Pecoiquen, pero luego toma el nombre de Vergara en memoria de Gaspar de Vergara, uno de los compañeros de Pedro de Valdivia «y uno de los primeros pobladores de la ciudad de Los Confines, que obtuvo en merced terrenos por la parte inferior de esta hermosa corriente».[109] Era Nacimiento en 1863, cuando lo visitaba Thompson, el punto principal de la Frontera. El explorador le asignaba un futuro promisorio:

> *No puede menos de llegar a ser uno de los pueblos más importantes del país, cuando como cabecera de provincia dirija las operaciones de colonización en el territorio araucano. A pesar de ser en la actualidad tan mezquino el comercio en la frontera, Nacimiento parece ser un puerto de mar i efectivamente que lo es interior; pues a él llevan de todas partes las producciones para embarcarlas allí, i en seguida trasportarlas a la costa o a los pueblos que se han fundado en La Araucanía.*[110]





La realidad fue distinta a lo que Thompson avizoraba. El tren llegó a Talcahuano en 1872 y en 1884 se aprobó su prolongación desde Angol al fuerte Victoria. La vía fluvial fue perdiendo importancia y los puertos riberanos languidecieron.

En las décadas siguientes se completó la ocupación de La Araucanía, proceso que, con luces y sombras, llevó a integrar la región al Estado nacional. En 1852 se había creado la Provincia de Arauco y, por ley de octubre de 1875, surge la Provincia de Biobío y el Territorio de Colonización de Angol. El proceso de ocupación tuvo varias etapas y se completó en 1883 con la refundación de Villarrica.[111] Se realizó mediante la construcción y avance de líneas de fuertes en el Malleco y el Cautín, entre negociaciones y enfrentamientos militares,[112] y significó una reducción dramática de las tierras mapuche, cuestión que hoy es una herida abierta y tema de debate público.[113]

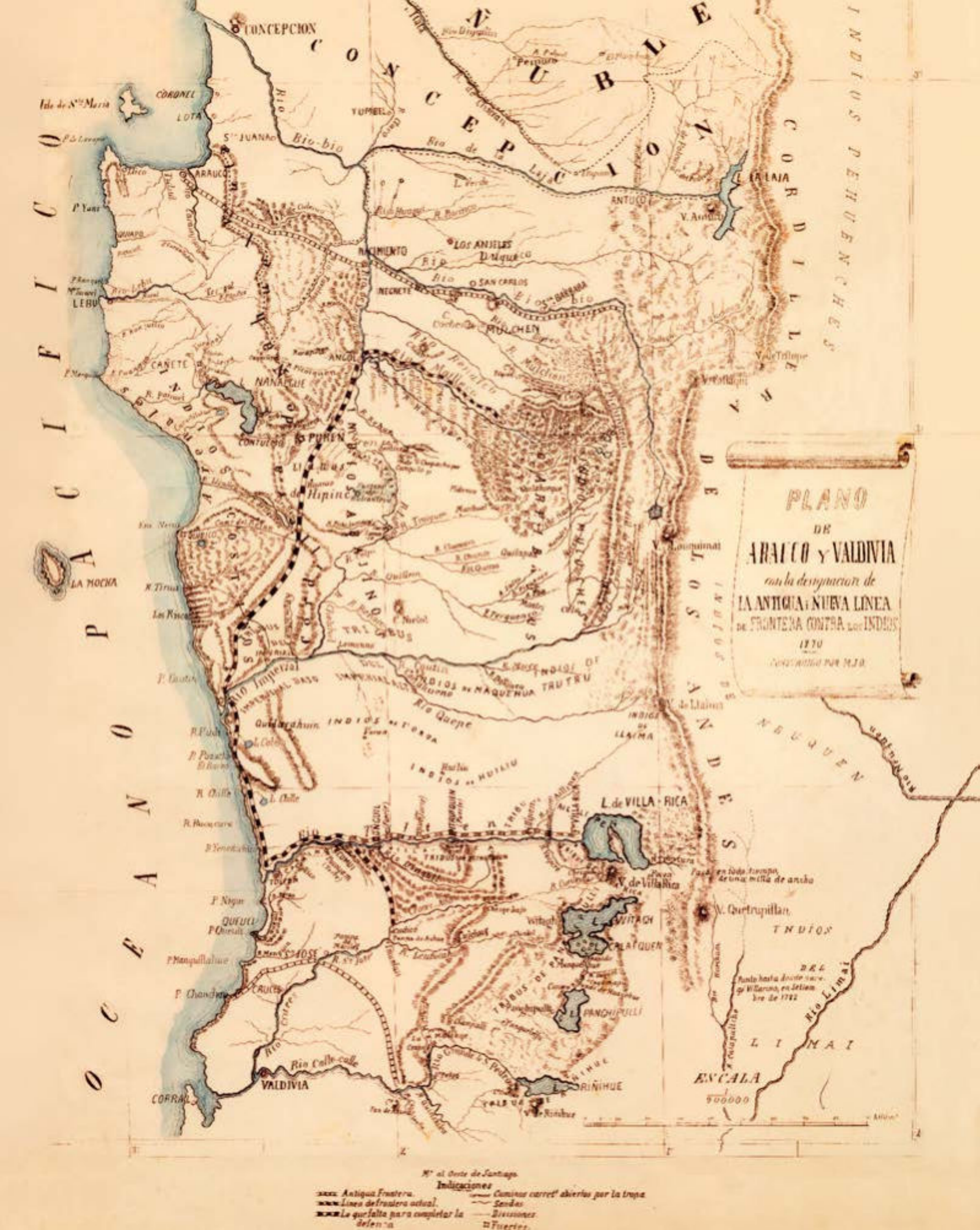
En verdad, la ocupación de La Araucanía había comenzado antes de 1850, de manera espontánea, con la instalación de miles de migrantes libres al sur del Biobío, que adquirieron tierra de diversas formas y se integraron a la sociedad fronteriza.[114] La expansión de la frontera agrícola, impulsada por la demanda de trigo que produjo el aumento de población mundial y, en particular, la fiebre del oro en California y Australia, empujaron la ocupación, obligando al Estado a intervenir.[115] Después del levantamiento de 1859, que produjo el incendio de Negrete y la destrucción de varias haciendas, el Estado se decidió a «pacificar» la región.[116] Se realizaron diversas exploraciones, como las de Leoncio Señoret por el río Lebu[117] y de Thompson por el Biobío. En 1861 se funda Mulchén,[118] y Lebu al año siguiente.[119] También en 1862 se refunda Angol, la antigua Ciudad de los Confines,[120] y en 1868, Cañete, sobre las ruinas del fuerte de Tucapel.[121] Ambas eran ciudades de la Conquista, desaparecidas luego de Curalaba en 1598.

^

Sikil (pectoral). Cultura originaria Mapuche. Material: plata martillada en frío. 29,5 x 8,5 cm. Colección Museo Histórico Nacional.

‹

Río Liucura, afluente del río Biobío, muy próximo al pueblo Liucura en el paso internacional Pino Hachado, Alto Biobío. Fotografía de Guy Wenborne, 2013.


PLANO
DE
ARAUCO Y VALDIVIA
con la designacion de
LA ANTIGUA Y NUEVA LINEA
DE FRONTERA CONTRA LOS INDIOS
1770
CONCEPCION
ÑUBLE
CORDILLERA DE LOS ANDES
INDIOS PEHUENCHES
INDIOS DE NEUQUEN
OCEANO PACIFICO
CORONEL
LOTA
ARAUCO
LEBU
CAÑETE
LA MOCHA
ANTUCO
LA LAJA
LOS ANGELES
NACIMIENTO
SAN CARLOS
MULCHEN
ANGOL
NANAHUE
PUREN
Rio Imperial
Rio Quepe
L. de VILLA-RICA
V. de Villa Rica
V. Quetrupillan
L. WITACH
L. CALAFQUEN
L. PANGHIPULLI
RIÑIHUE
VALDIVIA
CORRAL
Rio Limai
ESCALA
900000
Indicaciones
Antigua Frontera.
Linea de frontera actual.
Lo que falta para completar la defensa
Caminos carret.s abiertos por la tropa
Sendas
Divisiones
Fuertes.



La línea de Frontera ya no estaría en el Biobío, sino en el Cautín. La fundación de Temuco en 1883 consolida la ocupación.

Entre 1880 y 1930 llegan, de manera espontánea y también motivados por la acción de la Agencia de Colonización, colonos de varias naciones europeas: suizos, vascofranceses, alemanes, italianos, españoles, ingleses y hasta *boers*.[122] Recordemos la colonia italiana de Capitán Pastene,[123] los alemanes llegados a Contulmo[124] y los ingleses y escoceses que se incorporaron a las minas de carbón de Lota y Coronel.[125] Menos conocido es el episodio de la llegada de doscientas familias de origen neerlandés, provenientes de Sudáfrica, a la zona de Pitrufquén. Se calcula en cien mil personas sus descendientes en Chile.[126]

En la actual Ruta 5, que hoy, concesionada, permite atravesar raudamente —quizás demasiado rápido— la Vieja Frontera, se halla San Carlos de Purén. Se originó en el fuerte del mismo nombre, construido inicialmente al sur del Biobío y luego trasladado a la ribera norte como parte del sistema de fuertes del Biobío del Reino de Chile. Cuando Thompson lo visitó, se hallaba «medio destruido por los montoneros aliados a los indios el año 59»; no obstante, «la situación de este pueblo es bellísima; pues está fundado entre el Biobío y el Duqueco. Los terrenos de sus alrededores son llanos i magníficos para la agricultura [...] Tiene una regular iglesia, un mal recinto i dos escuelas fiscales. El comercio se reduce a trigos i a compra de animales a los indígenas».

Desde allí partió el gobernador Manuel de Amat y Junient hacia el oriente, siguiendo el curso del Biobío, el 8 de octubre de 1756, en demanda de un punto previamente elegido. Era el lugar de Nequehue, donde fundaría un fuerte que luego devendría una ciudad: Santa Bárbara, nacido en tierras pertenecientes, curiosamente, al convento de las Monjas Trinitarias de Concepción, en medio del país pehuenche. Tuvo en sus inicios trescientos sesenta habitantes, que incluían 65 hombres, 59 mujeres —todas casadas— y 236 niños y jóvenes.[127] Según el informe de 1803 de Juan de Ojeda, «Esta plaza está situada con mucho acierto en el borde septentrional del peinado risco que forma la caja del gran río Biobío», muy cerca del camino «que los indios pehuenches de aquellas riberas y de los países orientales trafican en comercio con los españoles, y por donde en tiempo de guerra han hecho sus entradas a la hostilidad, saqueo y merodeo de las haciendas».[128]

Actividad en campo mapuche. Fotografía de Martin Thomas, *ca.* 1960. Colección Museo Chileno de Arte Precolombino.

«Plano de Arauco y Valdivia con la designación de la Antigua i Nueva línea de Frontera contra los Indios, construido por Manuel J. O., 1870.» Material cartográfico, 1 plano, 36 x 50 cm. Sala Medina. Patrimonio cultural común. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Biblioteca Nacional Digital de Chile.



^

Vista de una balsa cargada de bueyes y carretas cruzando un río no identificado. Fotografía de Einar Altschwager, *ca.*1930. Negativo flexible, 10 x 15 cm. Colección Museo Histórico Nacional.

›

Lago Galletué, Región del Biobío. Esta laguna, junto a la laguna Icalma, conforman el lugar de nacimiento del río Biobío. Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

Según Thompson, que pasó por ahí rumbo al origen del Biobío, Santa Bárbara era un regular caserío, «que mantenía un activo comercio con los indígenas de ultracordillera. Las cosas más notables que tiene son: un buen recinto con sus respectivos cuarteles, una buena iglesia i dos escuelas fiscales.» En aquel tiempo su población eran seiscientos habitantes, hoy son algo más de trece mil.

Al frente de Santa Bárbara se encuentra la comuna de Quilaco. Nació como una casa misional con el nombre de Purísima Concepción de Quilaco. En torno a esta se formó el pueblo, que se conectaba mediante una lancha con Santa Bárbara hasta que se construyó el puente, característico de la localidad. De sus cuatro mil habitantes, la mitad son rurales, lo que no sorprende pues su economía se centra en la ganadería y la agricultura. El puente se construyó recién en los años 60 del siglo XX gracias a la Alianza para el Progreso. Antes de eso, el cruce era penoso. El testimonio de infancia de un antiguo vecino lo grafica: «Antes para ir a Santa Bárbara había que ir en lancha [...] yo me iba llorando todo el camino, porque en la lancha echaban carretas con bueyes, animales, entonces con el movimiento de la lancha los animales se movían y yo pensaba que se iban a caer y nos iban a pisar a nosotros...».[129]

Arriba en la cordillera, pero a orillas del Laja, se encuentra Antuco, «agua del sol». Es una pequeña comuna de cuatro mil habitantes en pleno territorio pehuenche que a través del Boquete de Antuco, por el paso Pichachén, se comunica con La Pampa argentina. Recordemos que Las Canteras, situada muy cerca, fue heredad del gobernador Ambrosio O'Higgins y luego de su hijo Bernardo, quien, hallándose en el exilio en Perú, la vendió al general Manuel Bulnes, futuro presidente de Chile. Don Ambrosio hizo construir el fuerte de Ballenar. Semiabandonado durante largos años, recién en 1874 Antuco recibe el título de villa. Hoy Pichachén es el paso internacional de la Región del Biobío, que todavía espera inversiones indispensables para la seguridad de la ruta y la comodidad de los viajeros.





La gran cuenca del Biobío

El Biobío ha sido tan significativo en la conformación geohistórica de la región que ha concluido por darle su nombre. No siempre fue así. Recordemos que la Provincia de Concepción nace con las provincias que se establecen en 1826, con ocasión de las leyes federales. El Biobío fue siempre el corazón articulador del territorio, aunque todavía no le daba su nombre.

El «Biobío» aparece en la nomenclatura administrativa con la creación de la provincia homónima en 1875, con capital en Los Ángeles. Durante el siglo XX hubo varios intentos de crear regiones más grandes que las veinticinco provincias que designara la Carta de 1925. Se habló de polos de desarrollo y de regiones.

En 1964, comenzando la administración de Eduardo Frei Montalva, surge la Región del Biobío como proyecto piloto. Reunía, todavía sólo para fines de coordinación, a las provincias de Ñuble, Biobío, Concepción, Arauco y Malleco. El año 1974, ya durante el régimen militar, a propuesta de la Comisión Nacional de Reforma Administrativa (Conara), se crean las actuales regiones y la VIII Región recibe la denominación de Región del Biobío. Desde 2018, a su vez, se eliminan los números y se moderniza la ortografía, de manera que hoy sólo existe como Región del Biobío.

Graficando la preponderancia de los ríos en el centro sur de Chile, se estableció, en 2007, la Región de Los Ríos; más al norte, la Región del Maule, siempre unida a su gran río. La relevancia de las cuencas en la configuración geoeconómica de los territorios ha hecho que en la actual división recuperen su centralidad, que se extiende incluso a la denominación, reivindicando la importancia de los caminos de agua.



Piñones de *Araucaria araucana* (Araucariaceae). Los pehuenches los consumían hervidos o tostados y también los utilizaban para hacer chicha y como medicina. Sur de Chile. Colección Alamy.

Pehuenche atravesando un bosque de araucarias, durante la época de cosecha de piñones en otoño, en la Reserva Nacional Ralco. Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2010.

La Región del Biobío reúne a un millón y medio de personas, de las cuales casi dos tercios habitan en el llamado Gran Concepción. Más del ochenta por ciento de la población de la cuenca es urbana. Esta comprende el territorio de treinta y un comunas, distribuidas en diversas provincias de las regiones del Ñuble, Biobío y La Araucanía. En la zona alta del río, que corresponde al área preandina, en particular en las comunas de Santa Bárbara y de Lonquimay, subsisten unas diecinueve comunidades del pueblo pehuenche u «hombres del piñón».



Mujer mapuche tejiendo junto a niño. Fotografía de Robert Gerstmann, *ca*. 1940. Colección Museo Chileno de Arte Precolombino.





^

Pescando en la barra del río Biobío antes de llegar al mar.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

›

Río Biobío, Región del Biobío. Al fondo se observa
una de las represas de este río, de gran potencial hidrológico.
El Biobío tiene una gran significación espiritual para el pueblo mapuche,
pero ha pasado a contener tres centrales con megaembalses,
lo que ha producido dificultades con el pueblo originario.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

En sectores del Valle Central y la costa habitan grupos mapuches cada vez más numerosos y organizados, incluso en sectores urbanos, en la medida que más personas van recuperando su identidad y asumiendo su etnicidad. Estos pueblos representan un patrimonio cultural muy importante de la cuenca, pues se les asocia con valores como la vida en comunidad, la solidaridad y la armonía con el medio natural.

El río Biobío fue objeto de un gran proyecto de investigación titulado *Gestión de los recursos hídricos de la hoya hidrográfica del río Biobío y su área costera adyacente*, conocido como Proyecto EULA. Desarrollado entre los años 1989 y 1993 en la Universidad de Concepción,[130] examinó el medio natural, pero también sus dimensiones sociales, incluida la historia.[131] El estudio incluyó análisis sobre la calidad del agua del río, para lo cual se planificaron campañas de muestreo de las aguas, específicamente, en el área de Nacimiento y Concepción, localidades que reciben una alta descarga de efluentes industriales y urbanos.[132]

El estudio de EULA estableció que una superficie de 1.153.031 hectáreas, equivalentes a un 48 por ciento de la cuenca, exhibe daños moderados a muy severos de erosión hídrica.



En el sector de secano interior y sector oriental de la cordillera de la Costa incluidos en la cuenca, un 91,9 por ciento del terreno se clasifica de erosión moderada a muy severa. El daño se atribuye al cultivo del trigo practicado por largos años, por lo que muchos suelos tienen ya sólo aptitud ganadera o forestal. El embancamiento del río en su parte media y terminal, dicen los investigadores, es consecuencia del proceso de erosión de su cuenca.

La buena noticia es que una porción significativa del territorio, superior a cien mil hectáreas, pertenece al Sistema Nacional de Áreas Silvestres Protegidas del Estado. Se reparten entre el Parque Nacional Laguna del Laja, la Reserva Nacional Ralco, el Monumento Natural Contulmo, la Reserva Nacional Alto Biobío y la Reserva Nacional Altos de Pemehue.[133] Más cerca de Concepción y la desembocadura, mencionemos el Santuario de la Naturaleza de Hualpén y la Reserva Nacional Nonguén, que espera su momento para convertirse en Parque Nacional.

Hasta hace treinta años, la explotación del río para la generación de energía se concentraba en la subcuenca del río Laja, que contenía tres centrales hidroeléctricas.[134] En las décadas siguientes, en medio de un gran conflicto ambiental, agravado por la situación de familias pehuenches del sector, se construyen en el mismo Biobío las centrales de Pangue, Ralco y Angostura.[135] Para asegurar el suministro constante han debido construirse grandes embalses, que han modificado el régimen de la cuenca y generan problemas de uso con otras actividades y poblaciones. Algo similar ocurre con el uso industrial, que otrora era responsable de mucha de la contaminación del río. La agricultura demanda mucha agua, como ocurre con la población, cada vez más numerosa, que vive en su cercanía. De ahí que se haya sugerido la formación de una corporación o mecanismo similar que incorpore a todos los actores e interesados con una mirada de sustentabilidad. En cualquier caso, en el siglo XXI se hace necesario avanzar hacia un manejo integral y participativo de la cuenca.



›

Laguna de La Laja, Región del Biobío. El volcán Antuco se eleva drásticamente sobre la laguna, a la que dio lugar tras antiguas y violentas erupciones que represaron el valle. Al fondo, la Sierra Velluda. Fotografía de Guy Wenborne, 2018.



LEWFU

El río en la cosmología mapuche

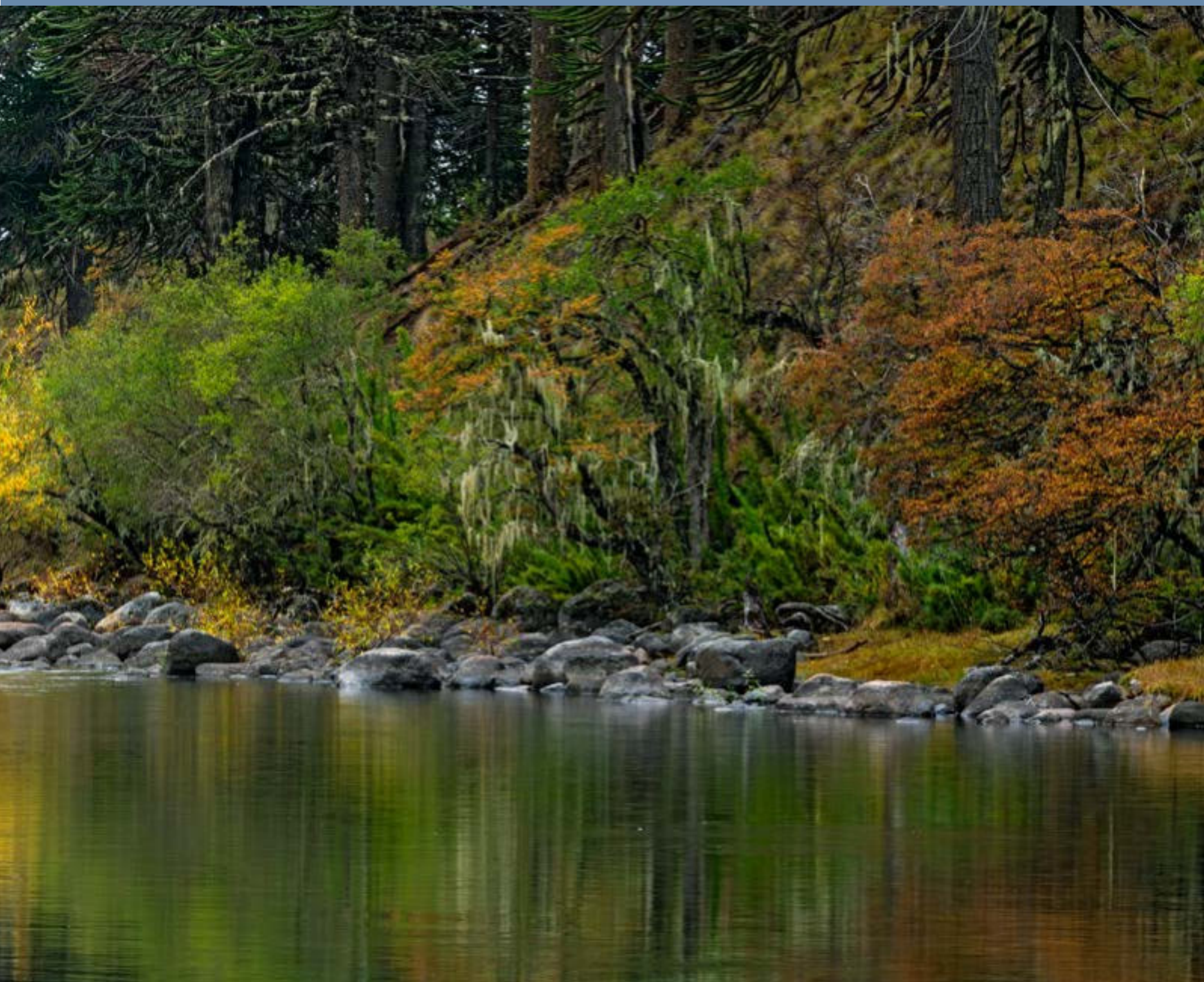
María Catrileo

Las amplias superficies de áreas verdes y frondosas que bordean los ríos permitieron al mapuche potenciar la integración entre la naturaleza y la comunidad, utilizando colectivamente el territorio habitado. El libre acceso a los ríos y lagos albergó al pueblo y sus habitantes, quienes compartieron los beneficios prácticos del espacio, creando simbologías que fortalecieron la protección y defensa de las aguas junto con todos los elementos de la naturaleza.



La denominación del río Biobío, conocido como *Fütalewfü* («río grande») en mapudungun, no tiene una significación definitiva. No obstante, algunos investigadores como Rodolfo Lenz sugieren que hace alusión a una pequeña avecilla que corre y grita por los caminos. Bertha Koessler, por su parte, en una de las leyendas recolectadas por ella en los altos cordilleranos de la Novena Región, da cuenta de un pájaro mitológico que sólo de vez en cuando se hace ver y oír. Se llama *fürüfürüwe*, tiene la voz muy sonora y su silbido se escucha a gran distancia, recorriendo el mundo entero. Según sus observaciones, para los antepasados era el nombre poético del viento.

Río Biobío, Región del Biobío.
Para los mapuche, el río Biobío es una fuente de inspiración venerada y respetada.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.





Este río nace en la cordillera de los Andes y junto a sus numerosos afluentes drena el sector sur de la Región del Biobío. La mayor humedad al sur de este curso de agua permitió el crecimiento abundante del bosque nativo en la cordillera de la Costa y precordillera andina, en donde aún se encuentran el hualle, el coigüe, la lenga, el *lawal* (alerce) y el mañío. En las alturas al sur del Biobío, en la cordillera de Nahuelbuta, permanecen el *pewen-mamüll* o pino araucaria y el ñirre.

Desde el punto de vista material y práctico, los mapuche utilizaron las aguas del Biobío como fuente de subsistencia, medio de transporte y espacio de defensa durante la guerra con los conquistadores. Desarrollaron una tecnología que les permitió realizar actividades de pesca en canoas que siempre funcionaron adecuadamente para el abastecimiento de peces y también como transporte a través del río para comunicarse con otras comunidades rodeadas por abundantes y apacibles esteros, corrientes y lagos que la literatura colonial de Chile describe a través de la experiencia de diversos autores

tales como Pineda y Bascuñán quien, a su llegada al lugar en el año 1629, describe el Biobío como de «precipitadas corrientes» y extremadamente caudaloso. A partir de esta descripción, podemos colegir que los guerreros mapuche tenían pleno conocimiento del río, pues guiaban a otros que necesitaban atravesarlo a nado, o bien a caballo en los vados más superficiales, hasta alcanzar las islas de descanso durante las travesías. La energía, la valentía y la perseverancia en su afán de atravesar esta barrera fluvial durante los enfrentamientos, fue valorada y premiada por Francisco de Pineda y Bascuñán después de ser tomado prisionero por los indígenas. En su obra *Cautiverio feliz* describe el paisaje de aquel tiempo como «esteros con orillas de frescas alfombras matizadas de diversas flores para divertir la vista».

‹

Alto Biobío en el sector de Troyo. En esta parte poco visitada, el río Biobío se esconde entre parajes de una belleza escénica impresionante. Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

›

Izqda.: canelo (*Drimys winteri*). El árbol sagrado de los mapuche está presente en casi todos sus ceremoniales. Colección Alamy.

Dcha.: Vue des montagnes de Biobio près de la Ville de la Conception (Chili). («Vista de la sierra del Biobío cerca de la ciudad de la Concepción, Chile»). Louis Choris, 1826. Litografía coloreada a mano, 21,1 x 26,7 cm. París: Impreso por Paul Renouard. Colección John Carter Brown Archive of Early American Images.





Desde el punto de vista espiritual, la forma de adaptación gradual de los mapuche en su medioambiente natural fortaleció la mantención, el respeto, la defensa y la utilización adecuada de las aguas junto con todos los elementos de la naturaleza en general. Al respecto, aún sigue la contienda por la protección del río y sus afluentes, con la finalidad de detener los planes desmedidos en el desarrollo de plantas hidroeléctricas en la Región del Biobío, los cuales perjudican el espacio ancestral.

El río Biobío para los mapuche es un río terrenal en cuyas riberas los ancestros construyeron varios linajes. Durante el enfrentamiento con los españoles, su cauce delimitó la frontera entre ambos grupos, de modo que se desarrolló la navegación hacia el río Imperial y el río Toltén, principalmente. No obstante, durante la guerra hubo tiempos de consideración y colaboración con los afuerinos en el sentido de entregar algunos conocimientos e información sobre las características de

›

Un machitún. En primer plano, unas mujeres cocinan o realizan un sahumerio mientras una guagua cuelga en una camilla. Al fondo, alrededor de un enfermo, un grupo de machis realizan rogativas mientras el resto observan. Claudio Gay, 1854. *Atlas de la historia física y política de Chile*. París: Imprenta de E. Thunot. Colección Iconográfica Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile.

˅

Izqda.: Retrato de señora mapuche.

Dcha.: Hombre mapuche en acto ritual junto a dos *chemamüll*. El hombre está ofrendando manzanas a estas estatuas de madera antropomorfas, que se alzan en un campo de rogativas.

Fotografías de Martin Thomas, *ca.* 1960. Colección Museo Chileno de Arte Precolombino.







las aguas, sus partes transitables y las alertas de peligros en la utilización de las caudalosas corrientes del *Fütalewfü*.

El léxico del mapudungun o lengua mapuche contiene un conjunto de símbolos que se refieren a las características de cada denominación ideada por el grupo cultural según su tradición. Así, el río Biobío y otras corrientes de agua son fuentes de inspiración veneradas y respetadas, pues, junto a los seres humanos, forman parte de las categorías que actúan como límites dentro del sistema conceptual en la definición de las realidades diarias.

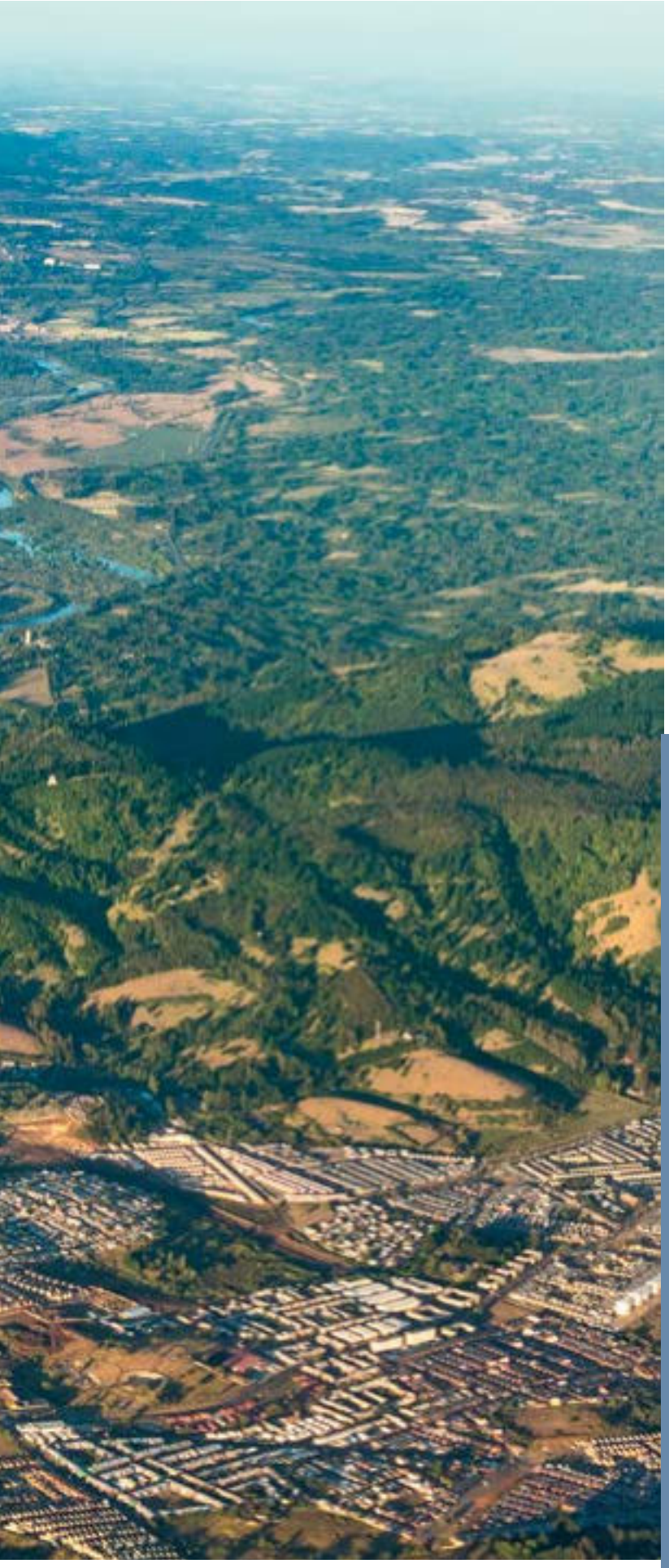
A la llegada de los conquistadores, el Biobío o *Fütalewfü*, al igual que otros, era regulado por una taxonomía orientadora con varias categorías que definen las partes del río. Este tipo de información era utilizada para alertar sobre las condiciones de viaje y la correspondiente cautela. En este caso, esta agrupación secreta distingue al *Ngenko* o dueño de la aguas que protege secretamente al río y la permanencia de sus cauces superficiales y profundos; el *ngilawe* o vado tiene varias características, tales como el *molun* o vado equivocado, el cual no es apto para atravesar; *pekanngilawe* o vado que a primera vista parece conveniente utilizar, pero con precaución; *puñngilawe* o vado engañoso que puede producir problemas; *alükonnulu* o vado que presenta poca profundidad y es fácil de atravesar; *pepinon* o vado en donde se puede atravesar con facilidad; *wichor* o remolino de aguas profundas e intransitables; *tripakon* o crecida de la aguas; *mangiñ*, inundación o crecida grande; y finalmente, *llufü* u hondura quieta de gran profundidad en donde existe peligro. Aquí *Ngenko* observa a las personas que llegan al río, debiendo solicitar el permiso correspondiente antes de ingresar en él de acuerdo a lo establecido por las creencias.



CAUTÍN E IMPERIAL

Las arterias del *Ngulumapu*

Jaime Flores Chávez



Vista aérea de Temuco con el río Cautín.
Fotografía de Gerhard Huedepohl, 2014.



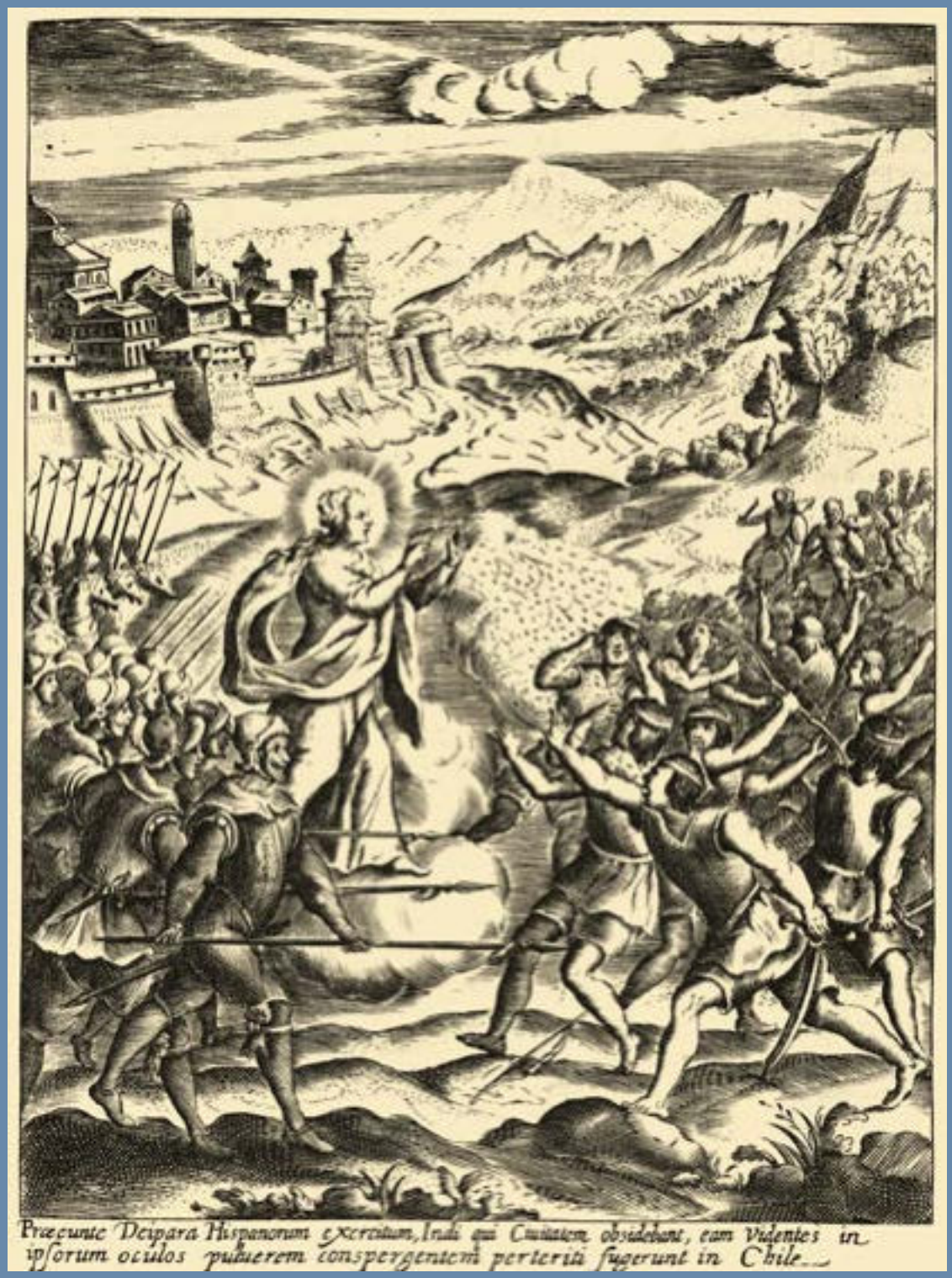
Tiatol (prendedor de plata).
Cultura originaria mapuche. La tradición oral cuenta que la madre Luna, después de una disputa con el Sol, derramó lágrimas tan ardientes que se convirtieron en plata. Rescatando esa leyenda, los mapuche han trabajado con maestría este metal. 11,5 cm x 15 cm.
Colección Museo Histórico Nacional.

La Araucanía es un territorio cruzado de este a oeste por el río Cautín-Imperial. Nace en la cordillera de Las Raíces, próximo al volcán Lonquimay, y luego de 230 kilómetros desemboca en el océano Pacífico. Es una arteria de vida que, junto a sus afluentes, irriga extensos y generosos valles.

Los antiguos habitantes del Cautín

Antes de la llegada de los españoles, los estudios arqueológicos reconocen una significativa presencia humana en el territorio de La Araucanía. Por ello no es de extrañar que la cuenca del Imperial acogiera, hasta el presente, la mayor concentración de población, al tiempo que marcaba una de las rutas hacia el *Puelmapu* o tierras transcordilleranas. Estos viajes fueron adquiriendo un sentido ritual que motivó rogativas y ofrendas en algunos lugares del trayecto. Uno de estos era la «famosa piedra de Retricura, objeto de veneración para los indios», poco antes del paraje de Malalcahuello. Generación tras generación, los mapuche efectuaban allí una invocación y entregaban ofrendas para una travesía sin inconvenientes.[1] Los misioneros buscaron apropiárselo bajo fórmulas católicas y renombraron dicho hito como Piedra Santa.

El Cautín también constituía un espacio de poder territorial, particularmente cuando la ganadería se estructuró en la base de su economía. Tranapuente y la vega que se extiende hasta su desembocadura; Ragñintuleufu en la zona de Boroa; o Truf Truf, próximo a la actual ciudad de Temuco, constituían importantes vados en el *Gulumapu*, o territorio mapuche al oeste de la cordillera. Allí se fueron concentrando poblaciones y se consolidaron liderazgos que permanecen hasta el presente.



^

«Españoles guiados por Pedro de Valdivia son ayudados por el milagro realizado por María Madre de Dios que aterroriza a un grupo de nativos americanos [araucanos] salpicándolos de polvo.» Alonso de Ovalle, 1646. Grabado 18,2 x 13,4 cm. Colección John Carter Brown Archive of Early American Images.

›

Río Cautín. Al fondo se eleva imponente el volcán Villarrica. Fotografía de Augusto Domínguez, 2018.

La ocupación hispana, conflicto y relaciones fronterizas

Cuando Pedro de Valdivia cruzó el río Biobío, desencadenó una serie de procesos que fueron conformando lo que conocemos como el territorio de La Araucanía. En carta a Carlos V informa de que, tras cruzar el Biobío, llegó «a otro río poderoso, llamado en lengua desta tierra Cabtem, que es como Guadalquevir y harto más apacible y de un agua clara como cristal y corre por una vega fertilísima».[2] En su ribera ubicó un lugar apropiado y fundó la ciudad que llamó La Imperial. La resistencia indígena fue inmediata, produciéndose el primer enfrentamiento en las aguas del Cautín.[3]

La numerosa población indígena de la comarca era un atractivo para los españoles y al año siguiente, Valdivia «los repartió y encomendó» a ochenta «vecinos».[4] Pero la resistencia no disminuyó y La Imperial, al igual que las otras ciudades fundadas por los españoles en La Araucanía, constituyeron un objetivo permanente de los alzamientos indígenas. Hacia finales del siglo XVI, con el triunfo indígena de Curalaba,



la presencia española en el territorio quedó fuertemente debilitada. El alzamiento general devino en un asedio y despoblamiento de las ciudades del sur. A partir del siglo XVII y hasta mediados del XIX, los asentamientos hispanos y chilenos estuvieron ausentes en el *Gulumapu*. En dicho período se fueron consolidando las «relaciones fronterizas», enmarcadas en una serie de parlamentos o *koyang*. Uno de los más significativos se materializó en la ribera del río Quillen, que da nombre al parlamento de 1641. El principal acuerdo fue establecer el río Biobío como frontera entre el Estado español y la nación mapuche. Como este, otros *koyang* se desarrollaron en el entorno del río: en la antigua Imperial, los de 1593, 1663 y 1683; en Boroa, el de 1651. Durante el período republicano nuevos parlamentos se efectuaron en su cuenca: en Boroa en 1837, en Quillen en 1847, en La Imperial en 1867. En este último, el principal compromiso contraído con las parcialidades lafkenches, cholcholinas, maquehuanas y boroanas fue no establecer fuertes en su territorio, lo que se rompió con la fundación de Lautaro y Temuco, provocando un fuerte rechazo mapuche que derivó en el último alzamiento general en 1881. Poco más de un siglo después, el 1 de diciembre de 1989, las riberas del Cautín fueron escenario de una reunión entre el candidato a la presidencia de Chile, Patricio Aylwin, y las organizaciones indígenas mapuche, huilliche, aymara y rapa nui, conocido como Acuerdo de Nueva Imperial. Uno de los compromisos principales consignado en el acta fue «el reconocimiento constitucional de los pueblos indígenas y de sus derechos económicos, sociales y culturales fundamentales»,[5] compromiso aún no cumplido.



La riqueza de las tierras del Cautín y la ocupación militar

Las tierras del Cautín fueron atractivas para los españoles, pues los lavaderos de oro de La Imperial le permitieron tener a la ciudad «mitra i catedral antes que a Santiago».[6] Su prosperidad fue afectada por el terremoto de 1575, el lento declinar de la producción en la década siguiente y las permanentes hostilidades indígenas. Luego de la independencia de Chile, este territorio comenzó a ser explorado por naturalistas, así como por el ejército y la marina. Conocer y describir su geografía y habitantes constituyó una tarea preferente, dando origen a diversos artículos, libros, memorias, informes y cartografía. Así, por ejemplo, en su viaje a La Araucanía, Ignacio Domeyko describe el paisaje y se entrevista con un grupo de caciques de la zona del Imperial. Para él, faltaba reconocer «con prolijidad la boca del río Imperial, para ver qué partido se pudiera sacar de aquel punto de la costa que es la verdadera llave del territorio indio».[7] En este sentido compartía la opinión de otros, antes y después de él, que identificaban al río Cautín como un punto estratégico en el control de La Araucanía. La fertilidad de sus terrenos y la abundante población asentada en su ribera y entre esta y la del río Toltén, los llevaba a dicha convicción. La lectura de diversos informes y memorias militares que, con profusión, comenzaron a ser redactadas a partir de mediados del siglo XIX, identificaron este lugar como el «corazón de La Araucanía», sosteniendo que cualquier estrategia que buscara derrotar a los mapuche sería inútil si no lograba asentarse en este territorio.





El Estado nación en la cuenca del Imperial

En adelante, se intensificó el despliegue de otros dispositivos de intervención y transformación, como las misiones religiosas, las vías de transporte, la llegada de nuevos habitantes y la fundación y consolidación de asentamientos urbanos. Una sucinta mirada permite apreciar que las misiones religiosas se desplegaron a ambos lados del río: al norte, en manos de franciscanos; y al sur, a cargo de capuchinos.[8] Por su parte, la conectividad por vía marítima-fluvial jugó un rol gravitante en las acciones bélicas, primero, y económicas, más tarde. Luego de 1881-83 el contexto fue cambiando y posibilitó una inmigración masiva a estos parajes, consolidando poblados como Lautaro, Temuco, Nueva Imperial, Carahue y Puerto Saavedra gracias a la dinámica económica de la zona. La llegada del tren hasta Carahue en 1910 generó el decaimiento de la navegación por el Imperial. El colofón fue dado por el hundimiento de los vapores *Cautín* y *Helvetia* en 1948, que causó el fallecimiento de 200 y 44 personas, respectivamente.

Sin duda, este río contiene la complejidad de las relaciones forjadas durante tantos siglos entre mapuche y *wingkas*. Pedro de Valdivia consigna que los habitantes de esta tierra lo llamaban «Cabtem», pero su afán fundador lo lleva a renombrarlo como la ciudad que establece en su ribera. Prontamente el término hispano de Imperial se va imponiendo en las crónicas y la cartografía; no obstante, el nombre original se resiste a desaparecer, se mantiene en la oralidad y resuena en los oídos de los cronistas, que lo señalan en sus escritos como «Labten», «Cagten», «Cabten», «Cabtena», «Cayten», «Cauten». También el río constituye un punto de frontera al interior de La Frontera: por una parte, es un espacio que permite la navegabilidad en el tramo próximo al mar; por otra, establece una demarcación de una serie de parcialidades mapuche; un límite frente al avance español, primero, y chileno, después; una zona de refugio frente al asedio del invasor; una arteria que nutría y nutre el «corazón de La Araucanía».



^

Arriba: Panorámica de Temuco. Imagen tomada desde el cerro Conunhuenu. En primer término se ve el río Cautín y el puente ferroviario, ahora desarmado. Postal fotográfica (gelatina sobre papel). Colección Museo Histórico Nacional.

Abajo: Pareja de ancianos mapuche que llevan parte de la indumentaria tradicional de la cultura: él, con *makuñ* o poncho, y ella, con una *üküllа* o manta negra que cubre la espalda y aros de plata. 1946. Colección Museo Histórico Nacional.

‹

Arriba: Prendedor de tres cadenas, *ca.* 1850. Cultura mapuche. Material: plata martillada en frío. Laminado, plata calado. Plata champlevé. 25,5 cm x 9 cm. Colección Museo Histórico Nacional.

Abajo: Río Cautín en primavera. El río Cautín es el principal afluente del Imperial, en atención a su caudal. Fotografía de Cristián Aguirre Duffourc, 2020.



TOLTÉN

Historias del *Troltrén*

José Ancán Jara



En el capítulo XVI, titulado «Viaje a la Argentina (abril a diciembre de 1882)»,[1] incluido en el conocido e invaluable relato del ciudadano mapuche Pascual Coña, del lago Budi, memorias estructuradas en clave de literatura oral tradicional que dictó al fraile capuchino Ernesto Wilhelm de Moesbach a principios del siglo XX, se describe con detalle de lugares, personas y circunstancias, un extenso viaje de ida y retorno hacia tierras orientales realizado por Coña y una numerosa comitiva de *lonkos* principales y sus acompañantes de distintos territorios del por entonces recién ocupado *Wallmapu*. Tal viaje, lleno de acontecimientos y a la postre fracasado en su objetivo último, en su extensión total alcanzó a cubrir desde las orillas de océano Pacífico hasta Buenos Aires.

La motivación central de aquel desplazamiento debió su origen a la desmedrada situación en que habían quedado distintas agrupaciones mapuche a ambos lados de la cordillera, traducida en muertes, encarcelamientos y despojo territorial.

Como se sabe, la ocupación militar y política a la que había sido sometida justo en esos años la población mapuche en las dos vertientes de los Andes, aún no terminaba de permear por completo la estructura territorial que esta sociedad mapuche se había dado tras largos siglos de habitar y recorrer aquella «amplia plataforma extendida entre dos mares». Es en esta situación extrema cuando se recurre indistintamente a las autoridades de ambos países en un postrer intento por validar la unicidad del *Wallmapu* ante su inevitable quiebre. Es por ello que la delegación mapuche, siguiendo antiguas formas, intenta primero parlamentar con el presidente de Chile: «Quiero hablar con el presidente, pidió Painemilla. Habló pocas palabras con él; el presidente Santa María casi no hizo caso de su informe sobre el levantamiento».[2]

Tupu (alfiler de plata).
Cultura Mapuche. Martillado en frío, laminado y repujado. 26,5 x 11 cm.
Colección Museo Histórico Nacional.

Río Toltén, Provincia de Cautín, Región de La Araucanía.
Las aguas transparentes del Toltén, que nace en la desembocadura del lago Villarrica, se mezclan con los colores de la vegetación nativa.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.



Tras aquel diálogo de sordos, una vez arribada la comitiva a Buenos Aires logra entrevistarse ni más ni menos que con Julio Roca, el artífice de la conquista del Desierto: «A eso contestó el presidente Roca [a Painemilla]: "Puesto que has ayudado tanto, ¿qué recompensa te dio entonces tu presidente?" "Nada me dio", contestó Painemilla. Entonces se rió el presidente Roca y contestó: "Debes tener un dechado de presidente que no te dio nada"».[3]

El itinerario seguido por la comitiva *gülu-che* había comenzado en Raukenwe (actual Piedra Alta), en el lago Budi en la costa, para luego ir haciendo camino por la red de relaciones sociales ya establecidas y llegar a orillas del río Toltén (*Troltren*),[4] a la altura del actual Pitrufquén, evento que se menciona someramente en el relato, para luego tomar la huella o *rüpü* que desde hacía muchos años remonta este importante cauce por su ribera sur hasta llegar al lago *Mallolafken* o Villarrica, desde donde se accedía hasta los boquetes cordilleranos de *Trankura* y *Likiñe*, por los cuales transitó la expedición, atravesando la cordillera.

La ancha y extendida red de *rüpü* (huellas) inscritas dentro del territorio mapuche ancestral obedecía a una lógica en la que se entremezclaban la topografía y las redes societarias asociadas a ese paisaje. Dentro de este orden, los cauces acuáticos de ríos y lagos, además de sus respectivos afluentes y cursos tributarios, junto a los asentamientos humanos generalmente cercanos a sus orillas, desempeñaban un rol preponderante: «Los caminos —*rüpü*— no estaban trazados al azar en el medio de ese territorio, pues bien correspondían a comunicaciones y tráficos que existieron por estas tierras ya desde antes de los españoles. Muchas de las huellas de consideración, sobre todo aquellas con sentido oeste/este, utilizaban como referencia el curso de los ríos y en complemento a su corriente, los escogidos sitios donde estos torrentes podían ser vadeados por las excursiones de viajeros».[5]

Ubicado en un paraje a todas luces estratégico de acuerdo a aquel razonamiento, Pitrufquén, el lugar del linaje *Lef*, lo más cercano a un poblado criollo quizás, dada la cantidad de habitantes que contenía a mediados del siglo XIX, se ubicaba en un punto clave a orillas del *Troltren Lewfü*, río principal en cuyas orillas se ubica hasta hoy la ciudad del mismo nombre.[6]

En esa «sociedad ribereña» se extendían las antiguas posesiones del *longko* Paillalef y su familia. En el año 1860, así lo describió el viajero alemán Paul Treutler, deteniéndose en la significativa disposición de la residencia del jefe: «Pitrufquén se halla situado en la orilla sur del Toltén, ocupando una faja de terrenos feraces que parece haber servido de lecho a las aguas del río i tiene una estensión de cerca de legua i media sobre cinco cuadras poco más o menos en su mayor anchura, cerrada al sur por un llano elevado [...] La reducción de Pítrufquén se compone de cerca de doscientos cincuenta habitantes. La morada del cacique está situada hacia el oeste en el llano alto, dominando todo el valle [...] desde su nacimiento de la laguna de Villa-Rica hasta cerca de Dónguil por parte del oeste».[7]

Apreciando el territorio mapuche autónomo en su totalidad, la ubicación del *lof* de los Paillalef constituía, sin duda, un estratégico punto nodal desde hace mucho tiempo dentro de la encrucijada de huellas que conectaba varios territorios mapuche. Las fuentes coinciden en afirmar que tanto la red de parentescos establecidos como el acceso relativamente expedito a esas tierras potenciaban su carácter de gran centro de comercio, entre los mapuche y también entre estos con comerciantes de todo tipo que llegaban allí a intercambiar sus productos, particularmente desde Valdivia.

‹

Entierro del Cacique Cathiji en Guaneque, mayo 1835. Claudio Gay, 1854. *Atlas de la historia física y política de Chile.* París: Imprenta de E. Thunot. Colección Iconográfica Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile.

›

Lago Budi, Región de La Araucanía. El único lago salado de Latinoamérica desemboca en el mar y se caracteriza por sus tradiciones mapuches ancestrales. Fotografía de Guy Wenborne, 2017.





La importancia geopolítica de Pitrufquén y, en particular, del río Toltén como eje articulador de ese territorio, fue avizorada por el propio Cornelio Saavedra en 1866, quien en su plan de ocupación del territorio mapuche autónomo lo señaló como punto estratégico a partir del control del espacio costero por el ejército chileno. Para ello inauguró las plazas ribereñas de Toltén, Queule, Quidico y Lebu, las cuales deberían ser reforzadas posteriormente por fortines militares en las líneas de ríos importantes, como efectivamente ocurrió, especialmente con el establecimiento de la Línea del Toltén.[8]

Además, durante esa primera fase del proceso de ocupación, se investigó desde sus desembocaduras el potencial de navegación hacia el interior de varios ríos, entre estos, obviamente el Toltén. Tal empresa le fue confiada al teniente 1° de marina Francisco Vidal Gormaz, quien en 1867, en su calidad de comandante del navío *Maule*, fue comisionado por el alto mando para realizar estas exploraciones en el contexto del proceso de anexión del territorio mapuche contenido dentro de las coordenadas aludidas. Al término de este reconocimiento, en una semblanza de tipo etnográfico, Vidal Gormaz da cuenta del carácter de frontera del Toltén:





> *Es de notar que los indios del Imperial i ribera N.[orte] del Tolten hacen un verdadero contraste con las tribus que habitan al Sur de este último rio, estos son de maneras suaves i de tono natural al paso que aquellos son altaneros hasta el groserismo i ásperos en su trato i en el tono: parecen que tienen la conciencia de la fuerza i el derecho del libertinaje. Los indios de Queule i de Mehuin no pasan de ser unos mansos corderos (...) su continuo trato con los fronterizos de Valdivia ha refinado sus vicios...*[9]

Completamente inscrito en el devenir de la historia mapuche y fronteriza, de modo especial en el proceso de ocupación ideado y en sus comienzos ejecutado por Saavedra en 1866 para después ser finalizado con la llegada a Villarrica a comienzos de 1883, sintomáticamente es el río Toltén especial protagonista de ambos hitos, literalmente desde su desembocadura hasta su nacimiento en el lago *Mallolafken* o Villarrica.

Es así que el 24 de diciembre de 1866, en la desembocadura del Toltén, donde ya existía una misión capuchina, Saavedra, acompañado de su ayudante, el sargento mayor Gregorio Urrutia, el mismo que comandaría a fines de 1882 la columna militar que refundaría Villarrica, además del citado Vidal Gormaz, celebra un parlamento con Millapi, *longko* principal del territorio, y su gente, a los cuales convence de que la presencia allí de tropas es para protegerles de eventuales invasiones extranjeras. En similar puesta en escena, una suerte de parábola que anunciará la relación contemporánea entre el Estado y los liderazgos mapuche, el 30 de diciembre de 1882, en el sector de Putuwe, a la entrada de las ruinas de la antigua Villarrica, se lleva a cabo también un parlamento con las autoridades mapuche. Allí, supuestamente, Penchulef de Putuwe y Epulef de Villarrica habrían decidido entregar «voluntariamente» las ruinas de la antigua ciudad y sellar así el término del proceso de ocupación, a orillas del *Mallolafken*, en el nacimiento del *Troltren Lewfü*.

^

Izqda.: Retrato del capitán de navío don Francisco Vidal Gormaz. Fotografía formato cabinet de Suc. Arenas, 1903. Colección Museo Histórico Nacional.

Dcha.: Retrato de un religioso de la orden de los capuchinos leyendo un texto a un grupo de mapuches, *ca.* 1920. Al fondo se observa una ruca y el entorno campestre del sur de Chile. Colección Museo Histórico Nacional.

‹

Arriba: El río Toltén, Región de La Araucanía. El Toltén presenta excelentes condiciones para practicar la pesca deportiva ya que posee una gran abundancia de especies salmonídeas. Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

Abajo*: Araucanos.* La lámina muestra a una familia araucana en medio del exuberante paisaje del sur de Chile. El poncho del hombre está decorado con grecas obtenidas por técnica de reserva. A la izquierda un niño jugando palín (chueca). Claudio Gay, 1854. *Atlas de la historia física y política de Chile.* París: Imprenta de E. Thunot. Colección Archivo Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Memoria Chilena.



›

Río Futaleufú.
El Futaleufu, que desemboca en el lago Yelcho, serpentea en medio de un paisaje de verdes extraordinarios que permiten disfrutar de rápidos y saltos intermedios, además de valles de origen glacial. Fotografía de Guy Wenborne, 2013.



VALDIVIA

De bastión colonial a cuenca citadina y cultural

Ricardo Molina V. · Simón Urbina A.







La cuenca del río Valdivia corresponde a un sistema hidrológico trasandino. Recibe nombres distintos en sus secciones constituyentes: San Pedro, Calle Calle, Valdivia[1] y, en tiempos prehispánicos y coloniales, junto a la ciudad, Guadalafquén.[2] En el transcurso del último milenio se convirtió en una «cuenca cultural» caracterizada por asentamientos diversos desde el punto de vista étnico y demográfico, permeada e influida por procesos históricos desiguales y combinados.

Desde su nacimiento en el lago Lácar (Argentina), recorre de este a oeste territorio chileno, irrigando cerca de cuatrocientos kilómetros lineales en la actual provincia de Valdivia. Alberga una increíble biodiversidad adaptada a un régimen climático templado lluvioso próximo a los 2.000 milímetros anuales, que alimentan el caudal amplio y sereno de sus aguas navegables. Su recorrido, situado entre un volcanismo andino activo y cercano y la permanente influencia oceánica, culmina en la afamada bahía de Corral (puerto de Valdivia), que recibe como tributo constante sus aguas.

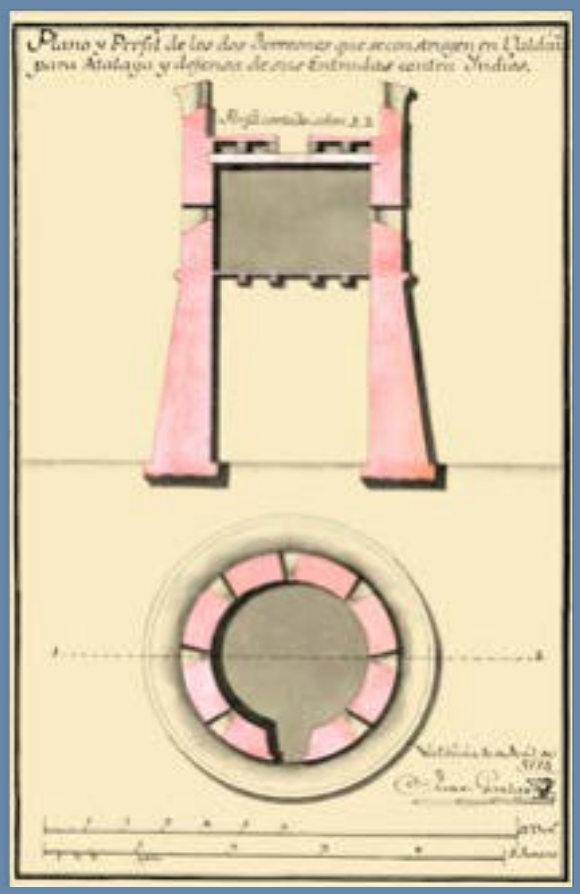
El río es una «construcción regional» donde intervienen todos sus habitantes, humanos y no humanos. El poblamiento del territorio precordillerano hace diez mil años (lago Calafquén) y del litoral hace cinco mil (Chan Chan) da las primeras luces sobre las ocupaciones en la cuenca del río Valdivia en los milenios recientes, articulando mediante rutas de movilidad estacional distintas zonas vegetacionales.[3]

^

Panorama de la Avenida Arturo Prat en Valdivia. La costanera es el espacio público más conocido de Valdivia y está construida en la ribera sur del Calle-Calle que, tras unirse al río Cau-Cau, pasa a tener el mismo nombre que la ciudad. Fotografía de autor no identificado, 1910. Negativo sobre vidrio, 18 x 13 cm. Colección Museo Histórico Nacional.

‹

Río Valdivia, Región de Los Ríos. La Isla Teja (dcha.) queda unida a la ciudad de Valdivia por el puente Pedro de Valdivia. A la izquierda de la imagen se aprecia el islote Haverbeck. Fotografía de Guy Wenborne, 2018.



Más tarde, a mediados del siglo XVI, con la llegada de los conquistadores españoles, la fundación (1552) y refundación (1647) de Valdivia hasta la independencia en 1820 y, posteriormente, el arribo de diversas familias de otros puntos del país e inmigrantes alemanes a mediados del siglo XIX,[4] a los que se sumaron en el siglo XX otros grupos extranjeros, otorgarían una nueva fisonomía y envergadura a los asentamientos que se ubican en las riberas del Valdivia, así como mayor diversidad a la historia regional.[5]

Los testimonios arqueológicos y documentales tempranos (previos a 1600) señalan distintas ocupaciones humanas a lo largo del río Guadalafquén, renombrado como Valdivia en 1544 por Juan Bautista Pastene. En efecto, las pobladas encomiendas hispanas, a la sazón ubicadas en la zona precordillerana, curso medio e inferior de este río, se relacionan con localidades cuyos antecedentes se remontan, según fechados absolutos, al siglo XI (Paillaco, en la salida sur de Valdivia) y XII (Isla Teja).[6] La fundación de la propia ciudad en 1552, «sobre» un campo de palín y adyacente a un caserío mapuche huilliche compuesto de razonables casas y alamedas plantadas a mano, como se desprende de los relatos de Vivar[7] y Mariño de Lobera,[8] dan una clara imagen de la relevancia política adquirida por la confluencia del Guadalafquén (Valdivia) y el caudaloso Maimilli (Cruces). Estudios etnohistóricos mencionan otros asentamientos indígenas en el siglo XVI en distintas zonas pobladas en el curso inferior y medio: Ainil, Angachilla, Guadalafquén, Palpalén (Antilhue) y Quinchilca.

^

Izqda.: Plano y perfil de los dos torreones que se construyeron en Valdivia para atalaya y defensa de sus entradas contra corsarios. Juan Garland, 1774. Material cartográfico. Colección Archivo Nacional Histórico.

Dcha.: Puerto de Valdivia en el siglo XVII y el fuerte de los holandeses La Fortaleza. Material cartográfico, sin firma. Sala Medina. Patrimonio cultural común. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Memoria Chilena.

›

Isla de Mancera, provincia de Valdivia, Región de Los Ríos. Ubicada en la desembocadura del río Valdivia, alberga el castillo San Pedro de Alcántara, ordenado construir por el virrey del Perú debido a la necesidad de enfrentar la amenaza de piratas y corsarios y las expediciones de las potencias rivales. Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

Los testimonios que describen la cuenca del río Valdivia han proliferado en directa asociación a la fundación de la ciudad homónima.[9]

Entre los más tempranos, se encuentran los registrados por Gerónimo de Vivar, testigo presencial de la fundación, quien indica que Pedro de Valdivia consideró «tan buena comarca y sitio para poblar una ciudad y ribera de tan buen río, y teniendo tan buen puerto [...] Con todos los vientos se puede entrar en este puerto seguramente cualquier navío —como tengo dicho— hasta la ciudad»,[10] cuestión que, sabemos, había sido verificada previamente considerando «[...] la pretensión que Valdivia llevaba. Desde aquel asiento mandó algunos hombres de la mar fuesen con algunas canoas el río abajo hasta la boca de la mar y viesen si tenía puerto para navíos».[11]

El padre dominico Fernando de Lizárraga, a propósito de su nombramiento como obispo de La Imperial, destaca en el valle del río Valdivia y afluentes la presencia de «[...] oro que subía de ley; parte de ello se sacaba de sus términos».[12] También, Lizárraga refiere al gran terremoto y tsunami de 1575 que afectó a la ciudad y que causó grandes pérdidas, incluyendo su remodelación urbana.[13] La magnitud del sismo, descrito con todo detalle en la *Crónica del Reino de Chile* de Mariño de Lobera, da cuenta del posterior aluvión o «Riñihuazo», que en la memoria regional es análogo a la catástrofe de cuatro siglos después (mayo de 1960).

Sin perjuicio del restablecimiento de la paz mediante parlamentos concertados a inicios del siglo XVII[14] y de los planes para la repoblación de Valdivia,[15] otros registros escritos se inscriben en el arribo de la escuadra holandesa en 1643 a las ruinas del primitivo núcleo urbano. Luego que los holandeses hicieran abandono del enclave, tras el fracaso por instalar una colonia, las fuerzas españolas enviadas por el virrey del Perú, don Pedro de Toledo y Leiva, desde el Callao (1645), logran instalar una plaza fortificada con la categoría de presidio.[16] Desde esta época y hasta 1740, Valdivia dependerá administrativa, financiera y militarmente del virreinato peruano.[17]

Todo el sistema defensivo instalado en el curso del río Valdivia, con fortalezas y puestos de distinto rango —castillos, fuertes y baterías—, aprovecharán la conectividad que provee el río. En el gran concierto continental es, qué duda cabe, el eslabón clave en la cadena marítima que comunica a la nueva fortaleza con el estrecho de Magallanes, Castro, Concepción, Valparaíso, Arica, Lima y Guayaquil.



Las inmejorables condiciones portuarias sostienen a la población, que dependía de la recepción periódica del «real situado» proveniente de Lima y Valparaíso (sueldos, insumos, alimentos e información).

Los establecimientos ribereños de la época prehispánica y colonial modelaron y fueron modelados por el río. Ejemplo de ello son las misiones religiosas en la segunda mitad del siglo XVIII, así como las instalaciones capuchinas que les siguieron, ya en pleno período republicano.[18]

Las actividades económicas y la conectividad entre las zonas costeras y fluviales interiores quedan articuladas vitalmente por la red hidrográfica de los ríos valdivianos, dando lugar a oficios y actividades propias asociadas a los cursos de agua existentes. Astilleros y carpinterías de ribera, caletas de pescadores, ferias, convoyes fluviales, muelles para botes y balsas, pequeños puertos más otras instalaciones, han dado vida al escenario regional con nitidez desde el lapso colonial.

El proceso de independencia y la «toma de Valdivia» por Lord Cochrane en el verano de 1820, fueron posibles gracias a las características litorales y la intercomunicación fluvial de este sistema defensivo. Su curso canalizó la ofensiva que desplazó a las tropas del rey hacia Chiloé y desde sus riberas, el almirante desembarcó en la ciudad y ascendió a la plaza por la actual calle Libertad.[19]

En la segunda mitad del siglo XIX, Valdivia experimentó un auge económico industrial asociado al emprendimiento impulsado por personas chilenas de origen alemán instaladas al amparo de las políticas de inmigración selectiva del Estado.[20] En efecto, entre 1870 y 1930 aproximadamente, Valdivia y la región tuvieron un desarrollo económico excepcional para la época, lo que hizo dinamizar la actividad fluvial, convirtiéndose el río en un eficiente medio de transporte y comunicación, especialmente entre Valdivia, puntos interiores y el puerto de Corral. En esta época el río y sus infraestructuras y el urbanismo fluvial de la ciudad, constituyeron el camino o bien la carretera que conectó a la provincia de Valdivia con el mundo occidental en pleno proceso de globalización.[21]







Ya en el siglo XX y luego de la decadencia económica tras la Primera Guerra Mundial y la crisis internacional de los años 30, las políticas de gobierno llevaron a sustituir el modelo de dependencia por otro que le otorgara mayor autonomía sobre la base de crear industrias nacionales bajo el impulso estatal. A principios del siglo XX, con la llegada del ferrocarril la ciudad quedó conectada con la capital y, a mediados de la centuria, se construyen puentes de gran envergadura sobre los ríos Calle Calle y Valdivia que permitieron mejorar la conectividad local, integrando los espacios de la ciudad separados por los brazos fluviales. Hacia fines de la década de los 80 fue posible levantar el puente Cruces, optimizando la comunicación con la zona costera de Niebla y Corral. Recientemente, la construcción finalizada en 2015 del puente Santa Elvira ha permitido integrar de manera más eficiente y fluida el sector de Collico con el de Las Ánimas. En el futuro, la construcción del puente Los Pelúes, que fortalecerá la conectividad con la Isla Teja y la franja costera, la activación de la red de taxis fluviales en el área urbana de Valdivia y otros proyectos de este tipo de obras públicas, muestran el sello identitario y el destino ineludible de la ciudad: convivir por siempre y para siempre con su río.

^

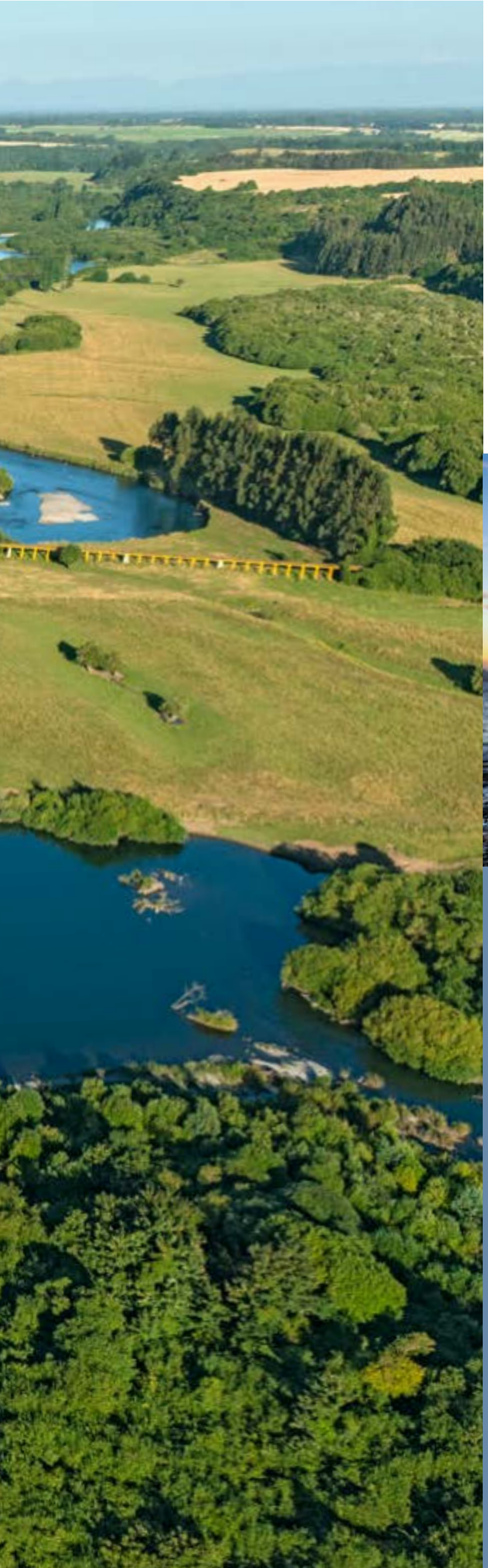
Feria Fluvial de Valdivia. Este mercado comercializa productos de chacarería y marinos, provenientes por vía fluvial de comunidades ribereñas y costeras. Fotografía de Carolina Videla, 2014.

‹

Dcha.: Valdivia, industrias de Isla Teja. Aparecen seis industrias: Molino Hoffmann Hnos., refinería de azúcar CRAV, mueblería Herrmann, fábrica de calzados Rudloff, curtiembre Rudloff y maltería Anwandter. Fotografía de Gerardo Saelzer Biel, año 1920. Colección Museo Histórico Nacional.

Izqda.: Regatas en Valdivia. Fotografía de pool fotográfico Zig-Zag. Colección Museo Histórico Nacional.





RÍO BUENO

Wenu lewfu, el lugar de los antepasados

Ximena Urbina



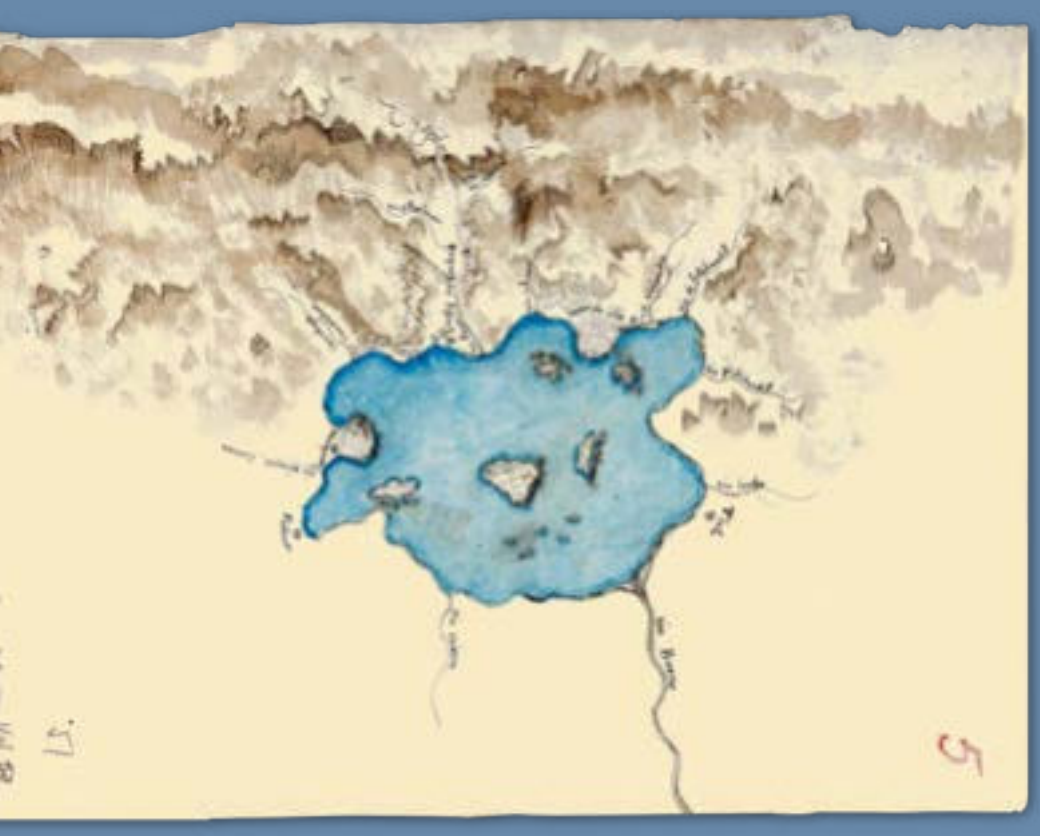
Desde el lago Ranco, en la precordillera andina, se descuelga el río Bueno, extendiéndose desde los 39°50' hasta los 41°05' de latitud sur y recorriendo ciento treinta kilómetros antes de llegar al océano Pacífico. Su cuenca marca el límite entre las regiones de Los Ríos y Los Lagos. En 1674 el jesuita Diego de Rosales le dio tres nombres: Guadalab-quen, Llinquí y Llinquileubu («que quiere decir río de ranas»).[1] Francisco Asta-Buruaga dice, en 1899, que también se le llamaba «Huenuleuvu, "río de arriba", viniendo a quedar con el del título por la corrupción de Huenu en Bueno».[2]

^

Lago Ranco, cerca de Puerto Nuevo, lodge Fundo Ranco.
Fotografía de Cristián Aguirre Duffourc, 2018.

‹

Río Bueno, Región de Los Ríos.
El puente ferroviario, con su característico color amarillo, destaca en el entorno de árboles verdes y tierras fértiles.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.



Este majestuoso y remanso río, como lo llamó Espinoza en 1897,[3] abarca las provincias de Valdivia, Osorno y Llanquihue. Su cuenca irrigaba el corazón del área poblada por huilliches al momento del contacto, quienes vivían en un ambiente «rico en recursos naturales aprovechables, gracias a la diversidad de medios ambientes que ocupaban (cordillera, valle y costa)»,[4] en el que desarrollaron la agricultura a tala y roza para sembrar papas, maíz, habas, lino, ají, etc., domesticaron el chilihueque y practicaron la recolección de frutos de la tierra y del mar.[5] La primera visión española del río es de 1558: «Dimos en un río muy hondable y caudaloso y en tierra poblada y sin monte [...] es tierra fértil de maíz, frijoles y papas».[6] La fama de fertilidad de sus llanos nació en ese momento.



‹

Arriba: Croquis del lago Ranco, 1836. Publicado por Claudio Gay. Material cartográfico. 1 mapa color, 22 x 30 cm. Colección Mapoteca Archivo Histórico Nacional.

Abajo: Río Bueno. Este curso fluvial sostiene el trabajo agrícola de la Provincia del Ranco y recibe tributo de los ríos Pilmaiquén, Llollelhue y Rahue. Fotografía de Cristián Aguirre Duffourc, 2020.

›

Ganadería en la zona del sector Cocule, entre el río Bueno y el río Pilmaiquén, Región de Los Ríos. Fotografía de Cristián Aguirre Duffourc, 2020.



La «línea» del río Bueno

La primera mitad del siglo XVII estuvo marcada por las malocas españolas como represalia ante la «gran rebelión» mapuche-huilliche (1598-1604)[7] que destruyó Valdivia y Osorno. El río Bueno se constituyó, entonces, en una frontera.

En 1654 ocurrió la «batalla de río Bueno», acción ofensiva española para «castigar a los indios de Osorno y Cunco».[8] Pero, al contrario, estos cayeron sobre los españoles, «metiéndolos a lanzadas en el río y atropellándolos unos sobre otros». El imposible vado convirtió al río en el cementerio del ejército español y la rotunda derrota hizo que se fraguara el «alzamiento» de 1655, anulando las esperanzas de penetrar tierra adentro.

No hubo otros intentos hasta que en la segunda mitad del siglo XVIII se impulsó la vertebración del territorio. Desde Valdivia se avanzó con cautela, logrando fundar un fuerte en la ribera sur del río Bueno, al que se llamó fuerte de San Fernando. Sin embargo, en 1759 fue atacado «por cuatro mil juncos» (o cuncos), acción que fue inmortalizada en un poema impreso en Lima en 1767, haciendo el nombre del río aún más famoso.[9]

Estas relaciones dieron fundamento a una nueva versión de la antigua creencia en la ciudad de los Césares,[10] cuyos pobladores —se creía ahora— eran los descendientes de los españoles que habían huido de Osorno cuando fue destruida en 1602. En 1758 el cacique Marimán había informado a los de Valdivia sobre «un pueblo de españoles en una isla que forman dos ríos o uno que se parte en dos, nombrado Canelec», mientras que al otro año Ancamilla declaró que «sabía de público y notorio» que de la otra parte de la laguna de Puyehue había distintas poblaciones de «aucahuincas».[11]

En 1777, gracias al «amistamiento» con los caciques se fundó al otro lado del río el fuerte Purísima Concepción y la misión de San Pablo Apóstol de Río Bueno en tierras donadas por el cacique Paillatureu.[12] En sentido inverso, a fines de 1787 los caciques Tangol y Catiguala, temerosos por los preparativos bélicos de Chiloé para ampliar sus tierras, ofrecieron al rey «los terrenos hasta la orilla del mar y río Bueno hasta Chiloé» a cambio de protección.

Pero en 1792 un levantamiento destruyó la misión de Río Bueno. El sofocamiento posterior fue «a sangre y a fuego» y, ante tanta destrucción, los caciques acordaron la paz en 1793 en el tratado de las Canoas. El gobernador Ambrosio O'Higgins tomó el asunto en sus manos y refundó Osorno en 1796. Para entonces ya se habían establecido dos nuevas misiones al sur del río: San Bernardino de Sena de Quilacahuín y San Juan de Capistrano de Cuyunco. El río Bueno, por fin, dejaba de ser un límite.



Navegación y ciudades

Ninguna mención específica hay sobre balseos para cruzar el río, aun cuando sabemos que las canoas monóxilas eran utilizadas por los indígenas en los cuerpos de agua del sur de Chile.

En el contexto de los reconocimientos hidrográficos de la Armada nacional, el del río Bueno fue encomendado a Manuel Señoret, quien lo ejecutó entre 1875 y 1878.[13] Su informe[14] es de enorme valor por su elocuencia y detalle, de la vida natural y cultural del río desde su boca hasta el lago Ranco. Por entonces, la mayor parte de las embarcaciones que lo navegaban eran vapores de la Compañía Industrial de Valdivia que salían desde el puerto de Corral. Pero, hasta el lago Ranco no podía ascender ninguna embarcación porque sus rápidos eran insuperables.[15]

Desde entonces (fines del siglo XIX) y hasta mediados del XX, el río Bueno tuvo un rol fundamental en el desarrollo del comercio, que consistía en la importación de sal, cueros al pelo, artículos de primera necesidad y mercaderías varias. Se exportaban granos, maderas de construcción, suelas, cueros en bruto, aves, ganado lanar y cerdos.[16] A sus orillas, Trumao se impuso como un importante centro comercial. Alemanes y franceses se instalaron en Trumao, Río Bueno y La Unión, con curtidurías, molinos hidráulicos y cervecerías,[17] que convirtieron al río en la vía de comunicación protagonista.

En cuanto al tránsito terrestre norte-sur, el ferrocarril alcanzó el río al construirse un puente ferroviario sobre él para unir Valdivia y Osorno y, en sentido inverso, oeste-este, en 1883 llegó el primer grupo de colonos al lago Ranco, cuya principal actividad fue la explotación de bosques. Hizo que se construyera el ramal ferroviario Punta de Rieles en 1937. Todo lo anterior significó la paulatina ocupación del territorio por población no huilliche, con la consecuente destrucción de los bosques nativos.[18]

^

Trumao. Hasta la llegada del ferrocarril, Trumao fue un verdadero pueblo de comerciantes y un nodo de comunicación y transporte de mercaderías. Fotografía de Odber Heffer. Fondo Odber Heffer Bissett. Colección Archivo CENFOTO, Universidad Diego Portales.

›

Arriba: Croquis de las líneas antiguas y nuevas del camino público de Valdivia a La Unión y de los senderos abiertos entre Valdivia y la Tregua, 1855. Publicado por Guillermo Frick. Material cartográfico, 1 mapa, 41 x 65 cm. Fondo Ministerio del Interior. Colección Archivo Nacional Histórico.

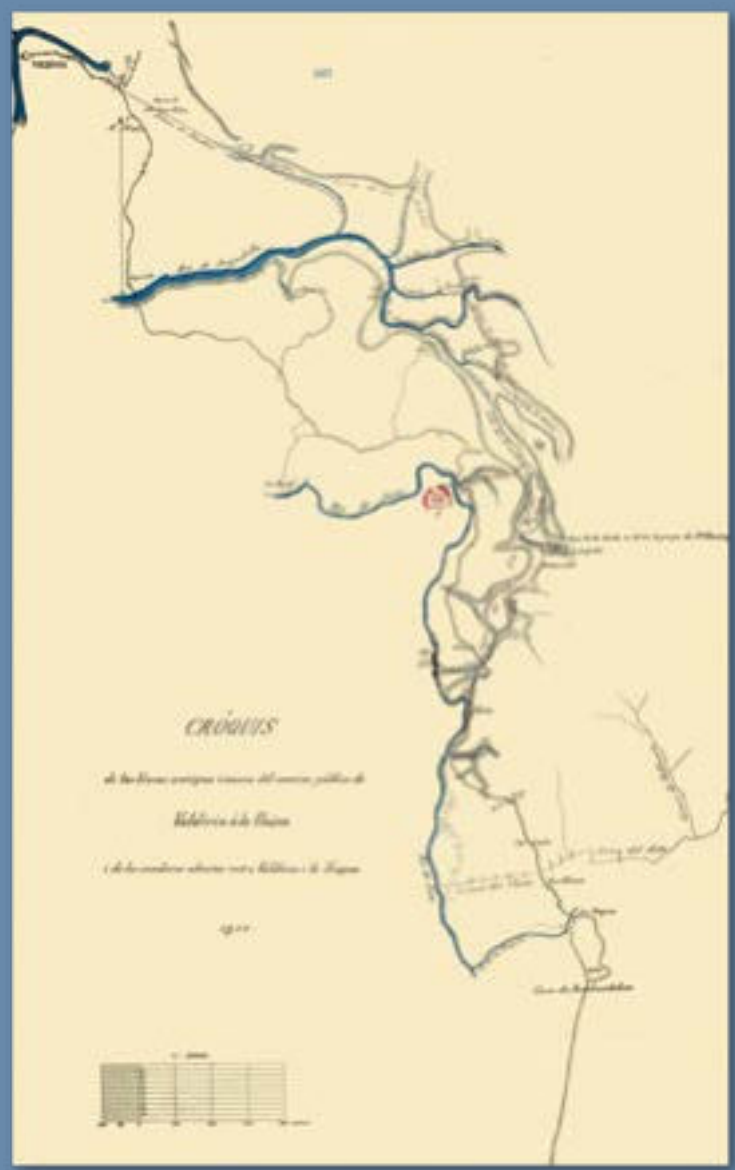
Abajo: Fuerte San José de Alcudia. Este fortín se encuentra construido sobre la cima de un barranco y domina el río Bueno desde una altura de cincuenta metros. Fotografía de Cristián Aguirre Duffourc, 2020.

Pero el maremoto de 1960 subió por el río Bueno, destruyó para siempre el puerto de Trumao y la navegación quedó restringida al curso inferior. Se impuso, como parece ser el destino del territorio de Chile, la lógica norte-sur.

En la actualidad la zona comprendida entre los ríos Bueno, Pilmaiquén y el lago Puyehue es fértil y próspera, destacando su producción ganadera, lechera y de remolacha azucarera. El uso del suelo es principalmente de praderas y bosque nativo y mixto. En Osorno, Río Bueno y Lago Ranco se concentra una creciente actividad agroindustrial.

Las orillas del río ofrecen testimonios del pasado, como el puerto de Trumao, del que sólo quedan los pilotes de roble de muelles y bodegas de los inmigrantes vascofranceses, la iglesia de la misión capuchina o el puente ferroviario, prefabricado en Francia en 1893 e instalado a ocho metros sobre el agua. En Río Bueno, el fuerte San José de Alcudia, de 1793, aún domina el río desde la cima de un barranco.

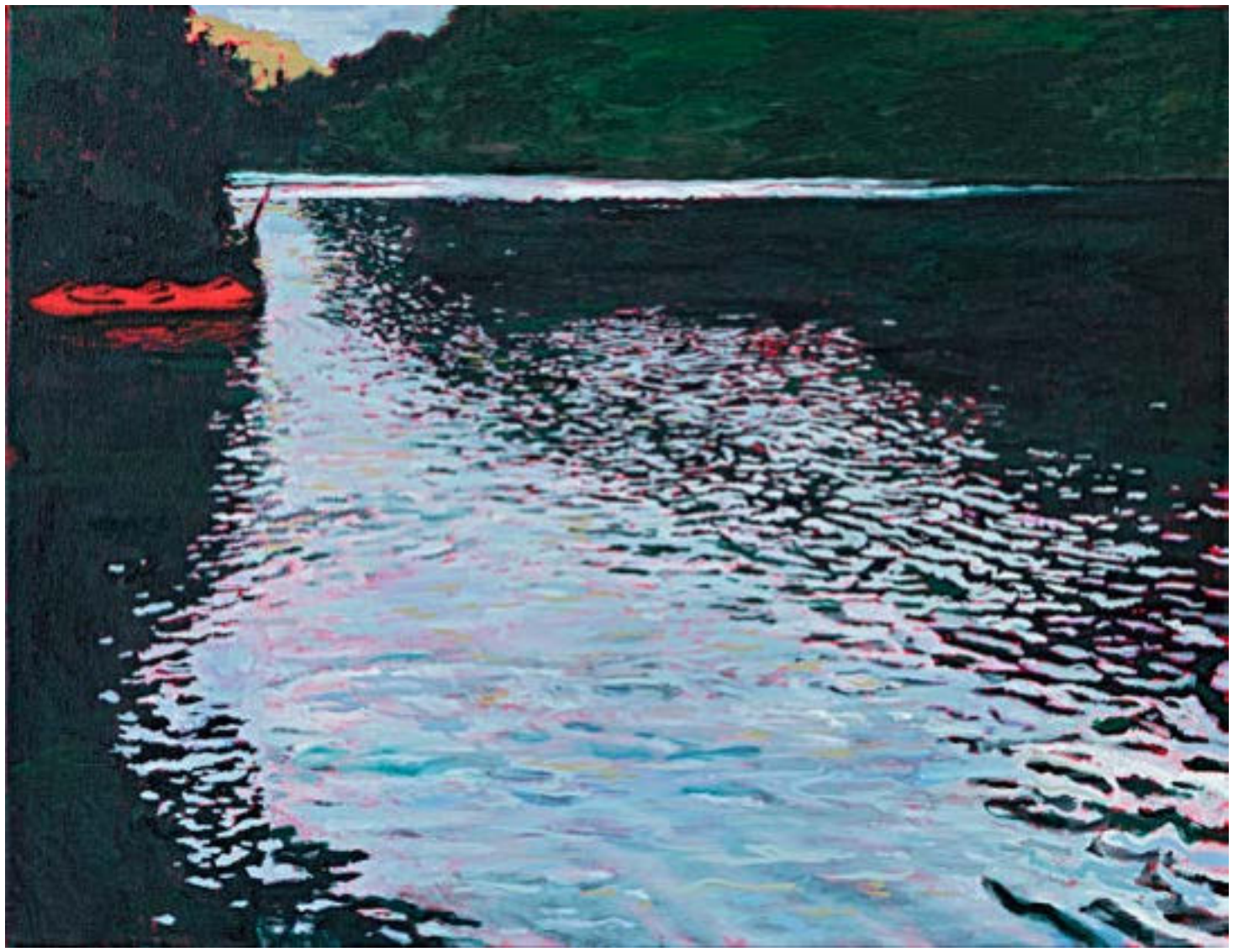
Lo tranquilo y cristalino de sus aguas ha incentivado el desarrollo turístico, ofreciendo vegetación nativa, con aves y mamíferos que visitan los humedales de ambas orillas cada invierno.



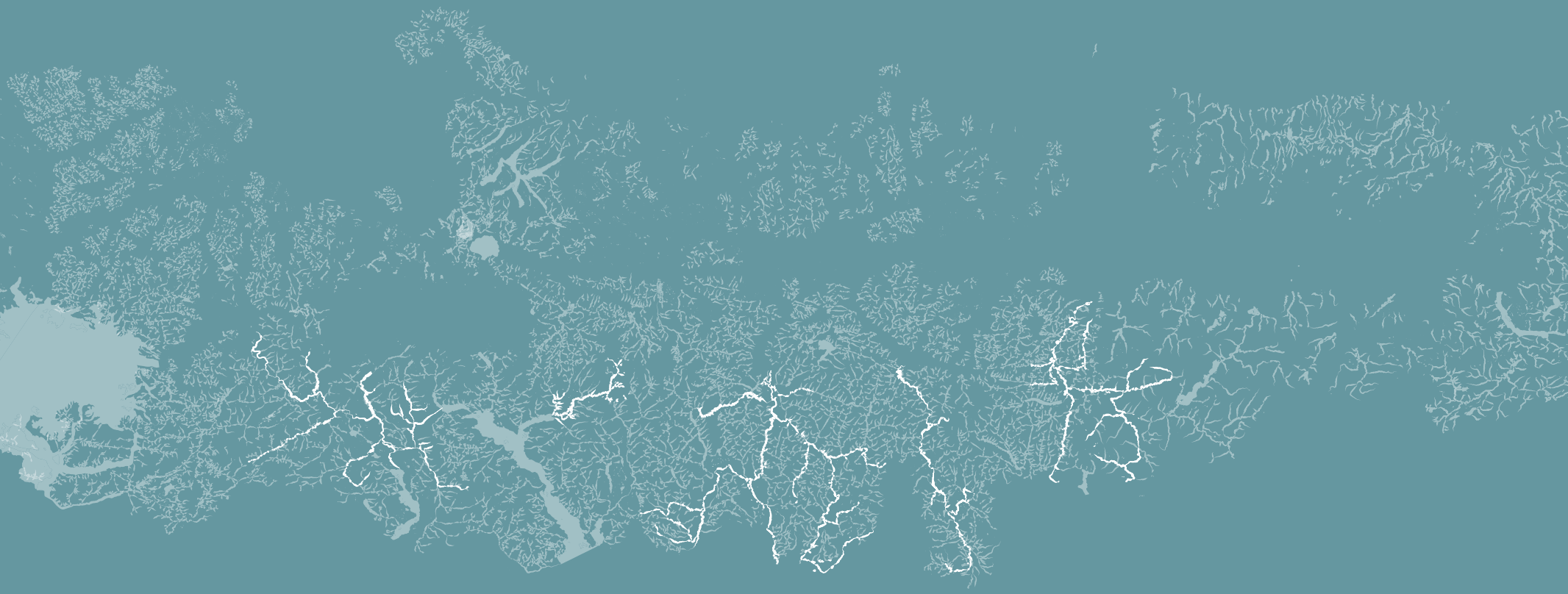


Ya se ve ya, el Biobío,
para y divísalo mío.

Gabriela Mistral, *Poema de Chile*.



Territorio Pehuenche. Alejandro Quiroga, 2019.
Óleo sobre tela, 55 x 65 cm. Colección del artista.





IV RÍOS DEL EXTREMO SUR

AL SUR DEL RÍO PUELO

* Acuerdo de 1998

CISNES Y PALENA

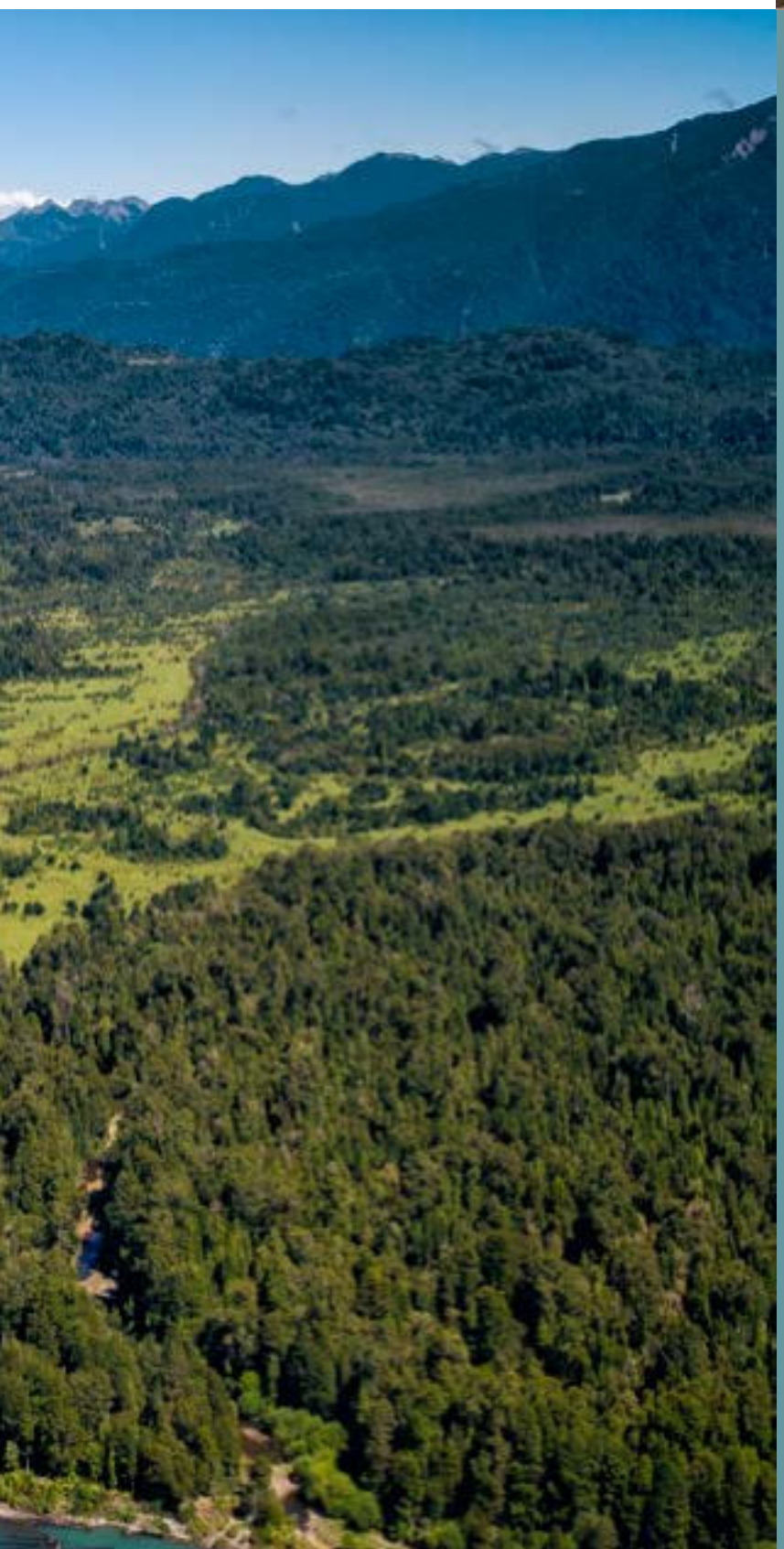
¿Vías de circulación o caminos cortados?

Francisco Mena · Mauricio Osorio





Puerto Cisnes. Carretera Austral, Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo. Este poblado de pescadores se encuentra en la bahía del canal de Puyuhuapi, en la desembocadura del río Cisnes y frente al Parque Nacional Isla Magdalena. Fotografía Sernatur, 2017.



Río Palena. El río Palena es navegable de cordillera a mar y es uno de los cursos fluviales más singulares y reconocibles de la Patagonia, por su origen en la pampa y el trayecto que sigue hasta desembocar en el océano Pacífico. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2019.

La circulación humana en las hoyas hidrográficas de Patagonia septentrional, los ríos Cisnes y Palena, no ha sido fácil a lo largo de la historia de su ocupación y poblamiento. Si en el presente podemos recorrer por vía terrestre ambos cursos fluviales, por caminos más o menos seguros, la historia de la circulación en ambas cuencas demuestra grandes dificultades y adaptaciones de los grupos que las fueron reconociendo en sus distintos tramos, comenzando siempre en sus extremos: las nacientes de ambos ríos o sus desembocaduras.

En el valle del río Cisnes hay restos que datan de la transición Pleistoceno-Holoceno.[1] Hace veinte años nadie hubiera imaginado ocupaciones prehistóricas en el aparentemente impenetrable bosque lluvioso y siempreverde del río Cisnes en su tramo inferior, pero desde entonces diversos estudios han documentado su presencia en al menos un sitio y un breve período hace unos 2.500 años.[2] Respecto al curso superior y medio del río, han sido investigados muy intensamente y es sin duda uno de los valles mejor conocidos de Aysén desde un punto de vista arqueológico.[3]

La historia humana en este valle comienza hace unos doce mil años. Aunque no se conocen sus evidencias directas en esta zona, los pocos y toscos instrumentos, así como el tipo de roca usada para hacerlos tienen una clara raigambre en aquellas planicies. La coincidencia de eventos de quemas y estas tempranas ocupaciones se interpreta como señal de que el ser humano provocó los incendios, lo que es convincente puesto que no se han hallado partículas de carbón antes.[4]

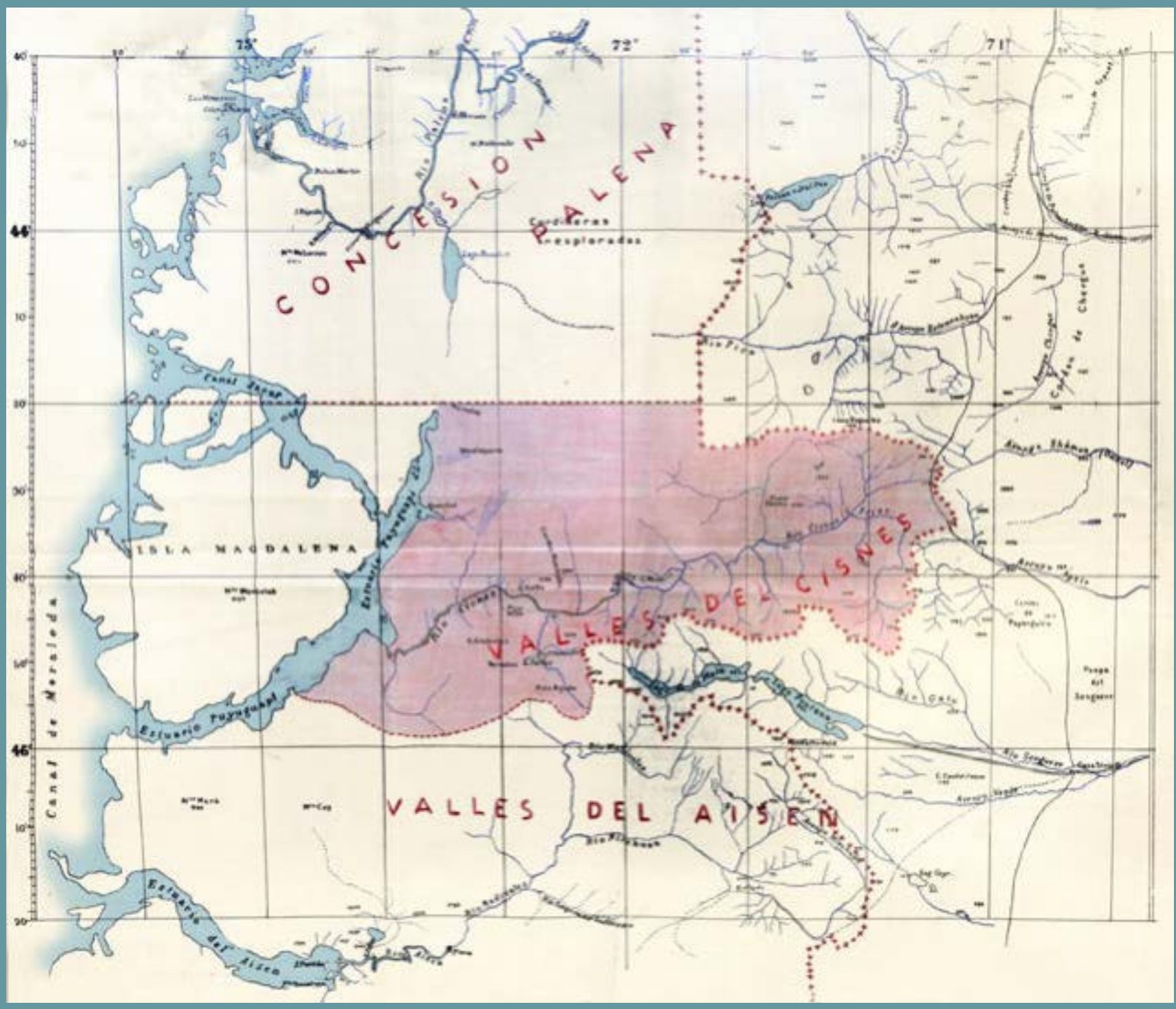
›

Río Cisnes. Este río se forma de la unión de varios arroyos que nacen al pie occidental del cordón limítrofe con Argentina y se caracteriza por múltiples accidentes geográficos como gargantas, rápidos, saltos, marmitas gigantes y rocas. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2013.

˘

Plano de concesión del río Cisnes, 1905. Plano sin número que indica los límites de la concesión Rodríguez y Allende, a partir de la que se formó la Estancia Cisnes, de la empresa Anglo-Chilean Pastoral Co. Colección Archivo Nacional de la Administración, Fondo Ministerio de Colonización, Volumen 1186.

En períodos más secos, la escasez de recursos en las «pampas» orientales y la mayor apertura de los bosques río abajo habrían permitido incursiones más al oeste, aunque sin alcanzar el Pacífico. A diferencia de cuencas más complejas al sur (Baker, Aysén) y al norte (Palena), el río Cisnes corre directamente al oeste, conectando el ambiente propio de los tehuelche y sus antecesores terrestres con el de los canoeros de Patagonia occidental, cuya posible relación ha sido descartada hasta ahora con evidencias convincentes.





No sabemos si hubo algún tipo de contacto en cuencas más septentrionales como la del río Palena, cuya prehistoria permanece sin investigar. No podemos descartar, sin embargo, incursiones antiguas, ya que en época histórica la ocupación humana se produjo desde ambos extremos de las cuencas fluviales. En la desembocadura del río Palena, por ejemplo, hubo hacia fines del siglo XIX un intento promovido por el Estado para colonizar el valle irrigado por este río, partiendo desde una colonia fundada en 1888 en la isla Leones. El proyecto duró poco más de una década, siendo abandonado por motivos diversos, como la mala administración de la colonia, la guerra civil de 1891 y posteriormente el progresivo abandono estatal, tal vez motivado por las presiones del Estado argentino sobre la línea limítrofe. La tensión fronteriza en el área motivó entonces el reconocimiento científico y geográfico de todas las hoyas hidrográficas de Patagonia occidental.[5]

La colonización de los valles del Palena y de otros ríos de la cuenca se produjo desde la segunda década del siglo XX, cuando ingresaron desde Argentina familias campesinas a valles cordilleranos como Futaleufú, Palena y Lago Verde. Dos décadas más tarde, grupos familiares provenientes de Chiloé y Puerto Montt utilizaron la isla Leones y las edificaciones de la antigua colonia como centro de operación para iniciar el poblamiento de los valles bajo y medio del río Palena. Pero serán las décadas del cincuenta y sesenta las de mayor actividad colonizadora, produciéndose así el contacto entre pobladores fronterizos y costeros. El uso del río como vía de comunicación fue crucial en este proceso de poblamiento.

El Palena fue también uno de los ríos preferidos por diversos aventureros para realizar incursiones en busca de la mítica Ciudad de los Césares. De estas exploraciones no quedaron registros escritos, pero sí relatos que fueron parcialmente recogidos en crónicas coloniales. Por lo mismo se piensa que el nombre del río pudo haberse gestado en época colonial,[6] asociado al avistamiento de ballenas, aunque otros autores[7] plantean un posible origen indígena de este topónimo.



^

Río Palena, Región de Aysén.
Su último tramo puede ser recorrido en kayak de mar, deporte para el que este río es un referente a nivel mundial. También se desarrolla la pesca recreativa.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

›

Arriba: Otto Uebel, Juan Augusto Grosse con una pipa, Karl Ludwig y Emilio Latorre, primer poblador de Cisnes, apoyados en un bote, *ca.*1935. Autor anónimo. Gentileza de Luisa Ludwig. Colección Museo Regional de Aysén.

Abajo: Max Junge en la proa de un bote plegable en el lago Risopatrón, 1932. Autor anónimo. Autorizado derecho de uso por Luisa Ludwig. Colección Museo Regional de Aysén.

El río Cisnes, en tanto, fue descubierto el 5 de febrero de 1873 por el marino chileno Enrique Simpson, quien lo bautizó así al observar gran cantidad de cisnes de cuello negro en la desembocadura, de los cuales cazó algunos ejemplares. Debieron pasar veintiseis años para que la expedición del geógrafo Hans Steffen, junto a un grupo de avezados chilotes y a su propio equipo, lograra por primera vez recorrer toda la extensión del río en sentido oeste-este, navegándolo en algunas secciones y caminando por el enmarañado bosque ribereño en otras, hasta salir al valle superior abierto.

La primera ocupación en esta cuenca la podemos situar con certeza en el curso superior de la misma, con la instalación hacia 1906 de una empresa ganadera de capitales ingleses, llamada Anglo-Chilean Pastoral Co. Pese a que una de las obligaciones de dicha empresa era establecer una vía de conectividad con el Pacífico, sus controladores nunca la concretaron y además impidieron la ocupación de tierras por parte de colonos libres que intentaban ingresar desde territorio argentino.

Hacia 1919, Juan Dun, quien fuera primer administrador de la Sociedad Industrial del Aysén, junto a otros inversores compra la propiedad de la empresa ganadera, que pasa entonces a llamarse Estancia Río Cisnes. Dun será el primero en recorrer el río Cisnes en sentido este-oeste con el objetivo de conocer los confines de las tierras pertecientes a la estancia, acompañado de su hija y algunos peones. Lograron llegar a la desembocadura sin novedad.

En dicha zona no se produciría una ocupación efectiva sino hasta inicios de los años treinta, después de que se concretara, en 1932, una expedición desde la costa hacia el interior del valle, cuyos responsables fueron Max Yunge y Juan Augusto Grosse y que también convocó a trabajadores chilotes. Los primeros ocupantes, que habrían estado relacionados con las labores

de dicha exploración, se asentaron en las riberas norte y sur de la desembocadura del río. También llegaron familias de origen huilliche que ya conocían y ocupaban intermitentemente localidades archipelágicas y otras de tradición mapuche que se asentaron en zonas alejadas. Hacia los años cincuenta la población había aumentado, ocupando terrenos sobre la bahía ubicada al norte de la desembocadura, donde surgiría el poblado de Puerto Cisnes. En la misma década comenzó el proyecto de colonización de la bahía del fiordo Puyuhuapi.

Finalmente, el curso medio del río fue ocupado por familias campesinas que se fueron internando desde el este y que de a poco fueron consolidando Villa La Tapera. La acción estatal que a fines de los años setenta impulsaba con fuerza la apertura del camino longitudinal austral, definió erigir en esta zona un poblado, al que se llamó Villa Amengual y cuya inauguración ocurrió hacia 1981. De este modo, la cuenca del río Cisnes cuenta hoy en día con tres localidades unidas vía terrestre por un camino que bordea el río.







›

Río Puelo.
Sus aguas de color turquesa, rodeadas por una frondosa vegetación nativa y pronunciadas montañas, encandilan por su belleza.
Fotografía de Guy Wenborne, 2014.





AYSÉN

El río que da nombre a una región

Francisco Mena · Mauricio Osorio

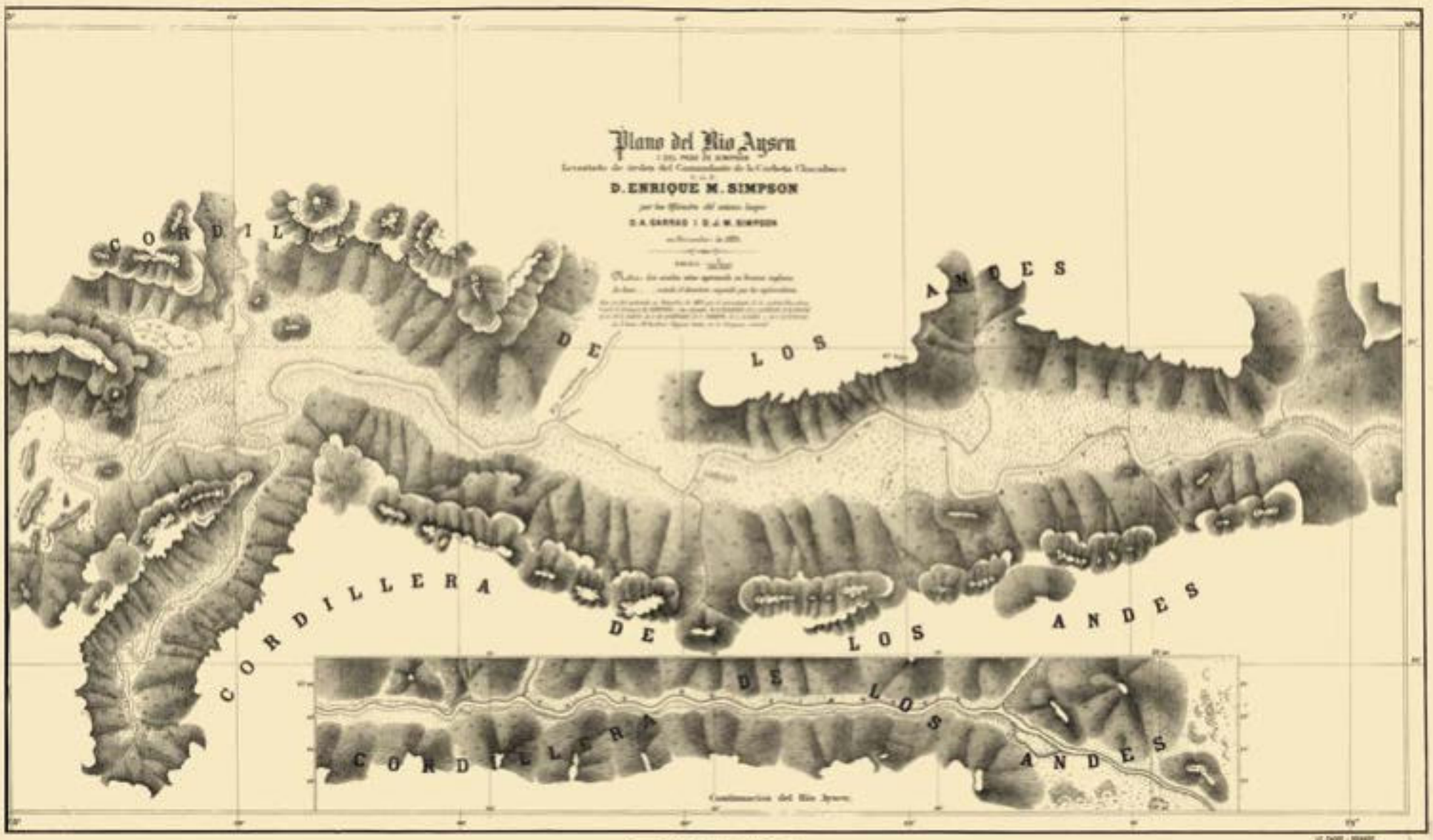
En casi todo el territorio continental del país, el enjambre de arroyos que da origen a los ríos sólo se da en la cordillera. Apenas bajan al valle, los ríos enfilan directo hacia el mar, de este a oeste. Pero en Aysén la cordillera es más baja y prácticamente se vive en ella. Acá los ríos van en todas direcciones. Otra diferencia con el resto de Chile es que acá los valles son más importantes que los pueblos, ya que estos no existían y las casas de los pobladores se dispersaban por el campo. Los principales atractores de población fueron las escuelas y los puertos, vías de entrada y salida para cada río, lago o sector costero. Es por eso que tenemos localidades con nombres como Puerto Tranquilo, Puerto Ibáñez, Puerto Guadal o Puerto Murta. Pero también tenemos Coyhaique o Mañihuales, Valle Simpson, El Blanco o Puerto Aysén, en la gran cuenca del río al que se refiere este recuadro. El río Aysén da incluso nombre a la región.

‹

Río Aysén a su paso por Puerto Aysén. Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo. El río Aysén nace de la confluencia del río Simpson con el río Mañihuales y desemboca en el fiordo Aysén. Fotografía de Guy Wenborne, 2017.

›

«Plano del río Aysén y del paso de Simpson, Enrique Simpson,1871. Material cartográfico levantado de orden del comandante de la corbeta *Chacabuco* C. de F. D. Enrique M. Simpson, por los oficiales del mismo buque, D.A. Garrao y D.J.M. Simpson en diciembre de 1871.» Litografía Cadot i Brand, 1871. 1 mapa ; 47 x 81 cm. Colección Mapoteca Biblioteca Nacional de Chile/ SHOA.



Aunque el origen y significado de este nombre se sigue discutiendo, es claro que se refiere al gran fiordo que se interna por la cordillera hacia el oriente. Por extensión, los antiguos canoeros y los navegantes huilliches y chilotes llamaron Aysén al río del fondo, maridaje de aguas dulces y saladas invitando a adentrarse más allá. Y eso es precisamente lo que hizo el almirante Enrique Simpson en 1870, encargado por el gobierno de Chile para levantar cartas de los canales de esta embrollada región. Logró internarse alrededor de cuarenta kilómetros, cuando el río ya se hace imposible de navegar. Unos cien años antes, el misionero jesuita José García se había referido a él como «el río de los Desamparados» y muchas veces en los mapas coloniales aparece como Potrero de los Rabudos, reflejando la brumosa creencia de que ahí vivían indios con cola. La confluencia era, entonces, lo único que se conocía de este misterioso río que se internaba por los bosques tierra adentro y que, en realidad, es una ínfima porción de una enorme cuenca que comenzó a explorar en 1896-97 el geógrafo Hans Steffen.[1] De hecho, a poca distancia encontró otro gran río que corría desde el norte, al que llamó «Mañiguales». Decidido a remontar su curso, la partida se dividió, delegando a Óscar Fischer la exploración del curso principal hacia el este. Fischer llegó hasta otra confluencia de ríos, optando por remontar el que bajaba desde el este, al que llamó Coyhaique, y cuyas riberas se veían mucho más despejadas que las del curso que llegaba por el sur, bautizado Simpson en honor al primer explorador de la cuenca. En la terraza sobre esta importante bifurcación surgió, hacia 1929, el pueblo de Coyhaique, que hoy es la capital regional.

Estas exploraciones abrieron paso a un inmenso mundo[2] para los navegantes venidos de Chiloé, que fueron poco a poco conformando diversos poblados en el litoral y en esta «bisagra» entre el mundo de los canales y los valles interiores: Puerto Aysén.





Que el río Coyhaique se llame conforme a su aspecto en las nacientes («paradero de las lagunas») revela que aquella era la zona más visitada en la prehistoria y que su extremo inferior, donde confluye con el Simpson y se encuentra la ciudad de Coyhaique, era rara vez visitado. De hecho, aunque hay rumores de hallazgos arqueológicos cerca, no hay ningún sitio importante conocido en la zona de bosques.

Es decidor también que los pocos sitios arqueológicos registrados en esta subcuenca estén en ambientes abiertos esteparios en el paraje conocido como Punta de Monte, donde se encuentra una gran cueva con arte rupestre visitada desde hace unos cinco mil años y relativamente cerca de las de Baño Nuevo, en las cabeceras de otra subcuenca del río Aysén, ocupada desde comienzos del Holoceno. Estas son las evidencias más antiguas de presencia humana en la cuenca del río Aysén, y sabemos que fueron ocupadas continuamente desde entonces.[3]

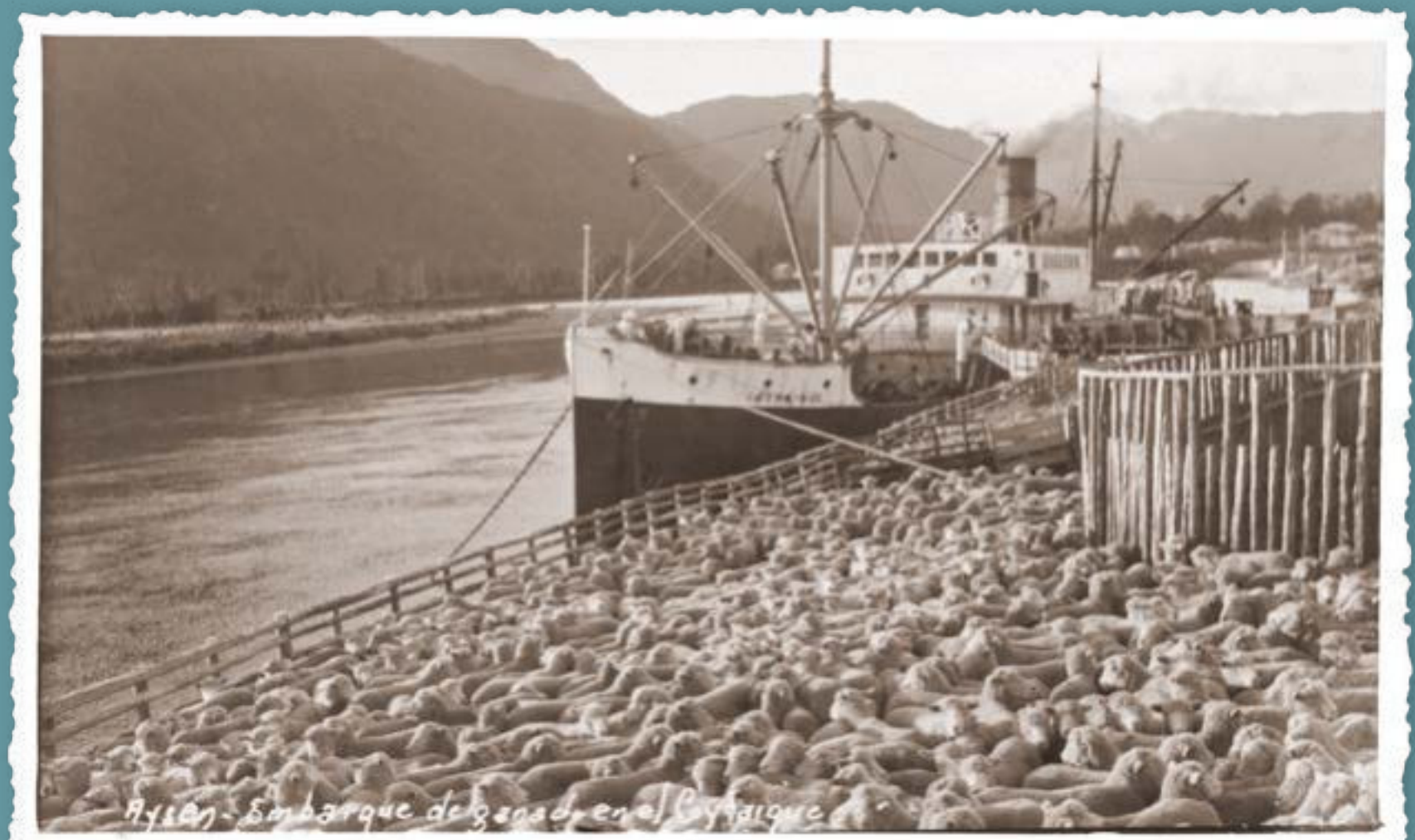


Punta de proyectil (izqda.) y fragmento de cuchillo de calcedonia (dcha.), recuperados en la comuna de Coyhaique en 2016. Ambas piezas corresponden a restos arqueológicos del sitio El Blanco. Fotografías de Ángel Cabezas, 2017.

Izqda.: Retrato del capitán de fragata Enrique Simpson Baeza. Fue el primero en reconocer el área en que actualmente se emplaza la ciudad de Coyhaique, luego de remontar, a fines del año 1872, el cauce del río Aysén. Fotografía en formato cabinet del estudio E. Garreaud y Cía., *ca.*1875. Colección Archivo Histórico de la Armada.

Dcha.: Reserva Nacional Río Simpson, Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo. Este parque, que debe su nombre al río Simpson, uno de los más apetecidos para la pesca con mosca, se caracteriza por un relieve accidentado y cumbres superiores a los 1.600 metros. Fotografía Sernatur, 2018.







^

Arriba: Embarque de ganado en el barco *Coyhaique*, Puerto Aysén. Archivo Zig-Zag/Quimantú. Postal fotográfica, gelatina sobre papel. Colección Museo Histórico Nacional.

Abajo: Pobladores de la Estancia Vieja Coyhaique frente a instalaciones de la Sociedad Industrial del Aysén en Coyhaique Alto, mostrando un gato montés (*Felis silvestris*). Fotografía de Horacio Cummins, 1935. Gentileza de familia Cummins Murasso. Colección Museo Regional de Aysén.

›

Ciudad de Coyhaique. Tras ella, el omnipresente cerro Mackay en el cordón Divisadero y al fondo, la cordillera. Fotografía de Guy Wenborne, 2017.

El río Simpson, en cambio —que corresponde sobre todo a una zona boscosa (al menos hasta antes de los grandes incendios del siglo XX)—, no presenta evidencias de una ocupación comparable. Se ha hablado de una «baja intensidad» de ocupación basada en la frecuencia de hallazgos superficiales,[4] pero considerando lo alterado de la zona (incendios forestales, plantaciones de pino, ganadería), los hallazgos en poder de pobladores (incluyendo boleadoras y puntas), los relatos del explorador Ap Iwan (1896), el hallazgo de sitios con pinturas rupestres, de restos esqueletarios y algunos desechos de talla e incluso unas pocas fechas radiocarbónicas que se remontan al año 2000 antes del presente hacen pensar que hubo ocupaciones regulares y más o menos numerosas. Se excavó incluso una estructura sospechosa de ser un «chenque» (túmulo funerario de piedra) a pocos metros de un conjunto arqueológico confirmado, sin resultados.

Algunas pinturas rupestres en el lago Elizalde y las cercanías de Coyhaique se encuentran a metros de aleros perfectamente aptos para la ocupación humana, cuya excavación también ha resultado curiosamente estéril.



El registro de «rumores» y prospecciones más o menos sistemáticas en otros grandes tributarios del río Aysen, como el Mañihuales o el Blanco Oeste, ni siquiera han revelado hallazgos aislados, por lo que sólo podemos decir por el momento que la señal es confusa. Estamos en la etapa inicial de registrar cualquier indicio, a riesgo incluso de que la obsesión por saber algo del pasado del valle que actualmente concentra a la gran mayoría de la población regional nos lleve a ser muy propositivos y ver restos culturales en una piedra pisoteada por un caballo...

Lo que está claro, sin embargo, es que no fueron estos ríos cordilleranos, sino aquellos tributarios que nacen en la «pampa», cerca de la frontera argentina, la ruta de entrada de un importante contingente poblacional, que traía muchos hábitos y costumbres del país vecino. Comenzó a ingresar a la cuenca del río Aysen primero a través del valle del río Simpson, donde naciera en 1917 el poblado más antiguo de la región: Balmaceda. En los cercanos valles del Coyhaique y el Ñirehuao se instala en 1904 la Sociedad Industrial del Aysén (SIA), una gran estancia ganadera que, aunque dio trabajo a unos pocos hombres solos que conocían el oficio, ya sea por provenir de Argentina o por ir regularmente a trabajar allá como comparsas chilotas, competía por las tierras ocupadas por estas familias autónomas y no veía con buenos ojos sus intenciones de vivir como cualquier otro chileno, en tierras propias y ajenos a las arbitrariedades de esta poderosa concesión. Luego de una compleja serie de conflictos, en que los pobladores del valle del Simpson defendieron sus tierras y la SIA luchó por el dominio exclusivo del río Coyhaique y su valle, la presión ciudadana logró rebalsar hacia el sector donde nacería la ciudad. Las comunicaciones con la zona de Puerto Aysén mejoraron, produciéndose un acercamiento y una mezcla cada vez mayor entre las poblaciones venidas de ambos extremos de la cuenca, lo que no se dio en la prehistoria.

Hoy esta cuenca concentra más de la mitad de la población regional, principalmente en dos grandes ciudades: Coyhaique y Puerto Aysén. También y a partir de procesos de desarrollo dirigidos por políticas estatales desde los años sesenta del siglo pasado en adelante, han surgido diversos poblados rurales que dan un aspecto interesante a la configuración humana en la zona.



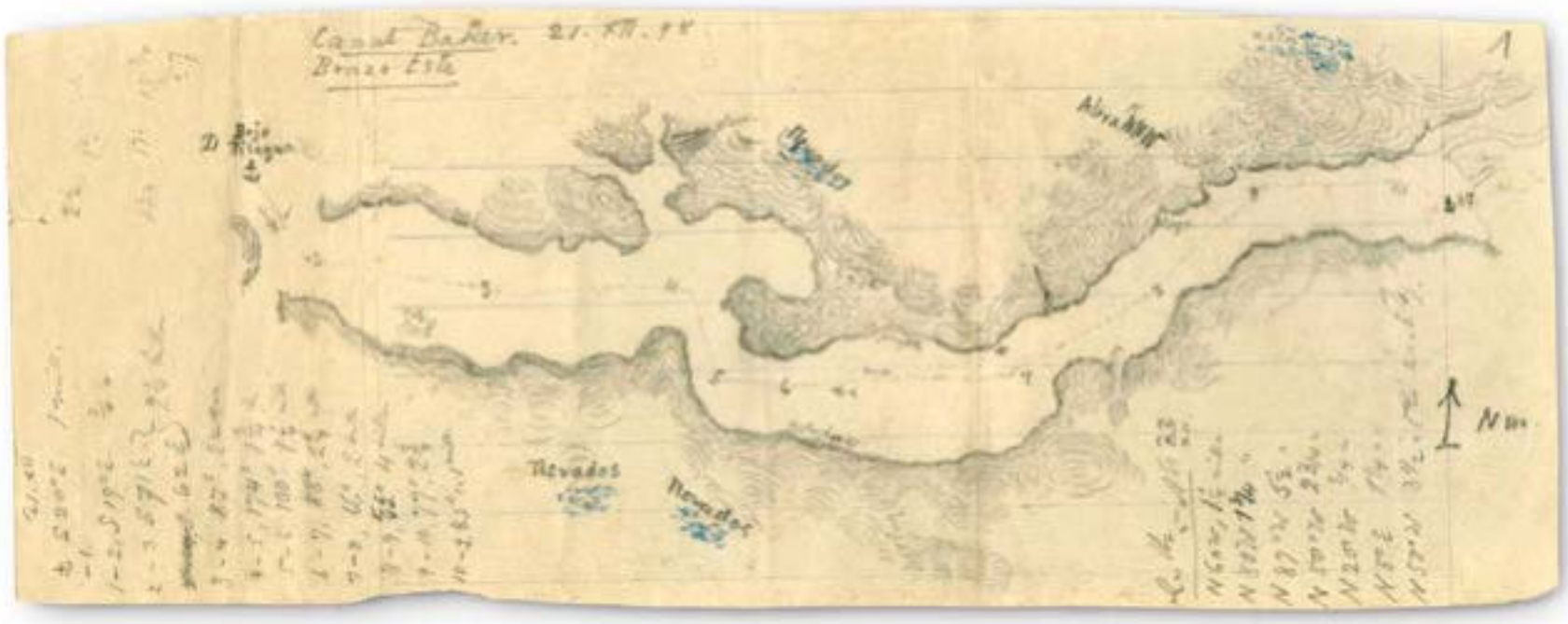
BAKER

Mucho más que un río

Francisco Mena · Mauricio Osorio

El Baker fluye en dirección sur, como buscando otras coordenadas sobre la tierra. En su lento andar, acogió generosamente las aguas de grandes lagos que son un mundo tan enorme que olvidamos constituyen su fuente.





El Baker busca el sur desde hace milenios, cuando comenzó a romper rocas con paciencia de río antiguo. Fue pacífico su andar, ancho, incluso, en su «nacimiento», y más ancho a medida que avanzaba su viaje sureño para encontrar el mar Pacífico *enfiordado*.

Pero sus tributarios han sido impetuosos, unos más que otros. Como el Colonia, que parece un río breve y pequeño, y de pronto irrumpe encauzando con fuerza el agua de lagos glaciares e inundándolo todo. O el río Nef, aguas arriba, vehemente en su encuentro con las aguas aturquesadas que bajan por el Baker inicial desde el lago Bertrand. Esa confluencia es un espectáculo de fuerzas desatadas, escenario furibundo del agua que a los pocos metros comienza a calmarse por un breve espacio de tiempo, cuando es interrumpido por el encuentro con el río Chacabuco, que avanza desde el este para embestirlo en el costado. Y aun así, el tranquilo caudal bakeriano sigue su curso, sureando paisajes boscosos y recibiendo sobre ambas riberas tributarios que corren desde las montañas.

Toda esa potencia antigua y radical de pronto encuentra un desnivel que provoca una caída de agua llena de poder. Es el Saltón del río Baker, furibundo. La coloración del gigante ha cambiado a estas alturas, se ha vuelto lechosa, debido a la carga de sedimentos y materia vegetal. Se mantendrá así hasta encontrarse con el canal que le regaló su nombre occidental allá por 1898, en voz y emoción exploradora de Hans Steffen y su equipo. Milenios han pasado en ese abrazo de aguas dulces y salinas, milenios de flujos sedimentarios han forjado el amplio delta que parece apagar la fuerza ostentosa del Baker.

^

Brazo este del canal Baker. Hans Steffen, 1898.
Río Baker-Gebiet. Santiago de Chile [u.a.]: N.p., 1902. Print.
Colección Ibero-Amerikanisches Institut.

‹

Confluencia de los ríos Baker y Nef.
Un desnivel de más de diez metros entre ambos ríos provoca un salto de agua de magnitud y con un marcado contraste entre las turquesas aguas del Baker y las lechosas aguas del Nef.
Fotografía de Cristián Aguirre Duffourc, 2019.

«

Delta del río Baker, Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo.
Antes de desembocar en el océano Pacífico, el Baker se ramifica en dos brazos principales, de los cuales sólo el norte es navegable.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.



Sólo es apariencia, porque aquella potencia de río antiguo y caudaloso no la ha perdido jamás, ni la perderá —esperamos sus habitantes, que la sentimos con sólo observarle el movimiento— en lo venidero.

Tanto en las islas del delta como en la ribera sur de la desembocadura y también aguas arriba, las familias pobladoras mantienen el ganado pastando rotativamente. Ganado que se adaptó a la vida del bosque lluvioso y denso, ganado que continúa —como en los inicios del poblamiento occidental, a principios del siglo XX— siendo uno de los sustentos del poblamiento. La vida está también en los bosques de ciprés, que pese a ser intensamente explotados durante el mismo siglo, hoy muestran signos de lenta renovación.

La muerte está también presente en toda su transparencia y real gesto. Dos cementerios se han erigido en el delta del río: el que fue creado por una tragedia obrera ocurrida en 1906 —la Isla de los Muertos— y el que la comunidad de Caleta Tortel levantó en otra de sus islas, para sepultar a las

vecinas y vecinos que van partiendo. Cruces aisladas se sostienen en algunas de las islas del canal Baker: un marinero enfermo que debió ser sepultado por sus compañeros, trabajadores chilotes que en 1905 se ahogaron por una mala maniobra. Remontando el río, seguimos encontrando las señales de la muerte en tumbas aisladas de mujeres y hombres. Y también el mudo gesto del río acogiendo a quienes tuvieron la mala estrella de hundirse en sus aguas y que sólo son recordados por las memorias pobladoras. En ese delta se abrazan los sueños y las memorias de pueblos canoeros, colonos criollos y neocolonos del siglo XXI.

Desde allí y como lo hicieran los exploradores de fines del siglo XIX y los colonos criollos del siglo XX, remontaremos el río, que se hace navegable hasta llegar al gran Saltón. Frente a él se puede apreciar una obra de ingeniería en roca, túnel incluido, que permitió dar continuidad a la senda que se internaba en los valles cruzados por el gigante fluvial. Iniciaba el siglo XX y el Baker ingresaba a un nuevo ciclo de ocupación humana, pero esta vez sus tierras se valoraban en tanto su capacidad para soportar ganado en su curso superior y medio y para entregar maderas en su curso inferior.

Más arriba, en el Valle Grande, inundado cada tanto por el río Colonia y las mismas crecidas del Baker, se instaló entre 1904 y 1908 la Compañía Explotadora del Baker o «Compañía Vieja», como la nombraron los antiguos pobladores, con los primeros ejemplares de ganado vacuno que oficialmente ingresó al territorio del *Áysen*. Era ganado criollo, traído desde valles argentinos más al norte. La empresa ganadera fracasó y el ganado se hizo dueño de los valles, transformándose en bagual con los años, objetivo regular de los ocupantes criollos que frecuentaban el valle Chacabuco en las primeras décadas del siglo XX.

^

Río Baker, Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo. El río más caudaloso de Chile recibe expertos del rafting y del kayak de todos los rincones del mundo, en parte por sus fuertes rápidos pero también por el paisaje natural que lo rodea. Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

‹

Detalle de tumbas en la Isla de los Muertos, Caleta Tortel, provincia Capitán Prat, Región de Aysén. Las cruces de madera son vestigios de una serie de tumbas individuales que datan de 1906. Fotografía de Guy Wenborne, 2013.



^

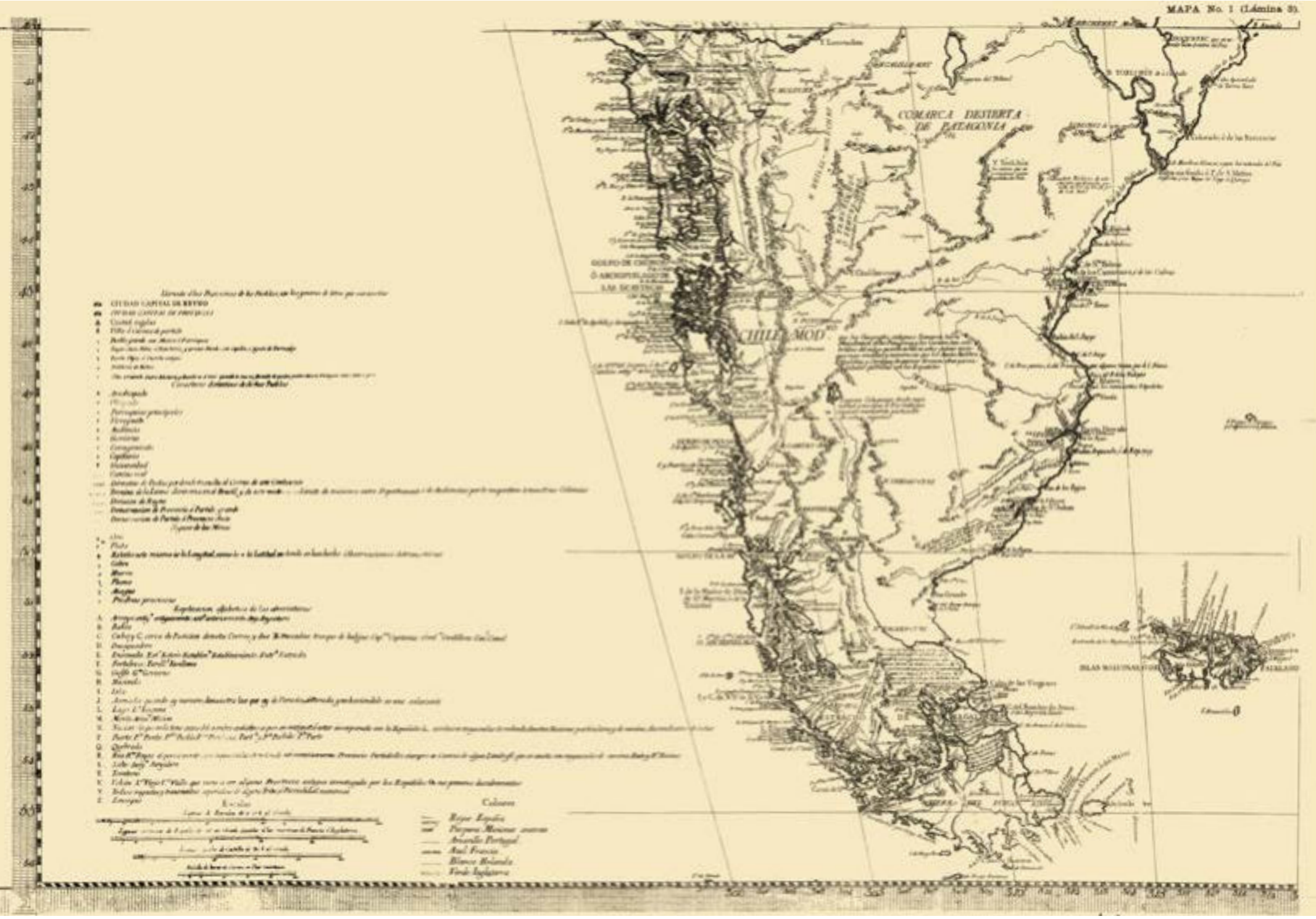
Museo rural Pioneros del Baker.
Ubicada frente al río Baker, la Casa el Manzano constituye
uno de los pocos testigos de las construcciones
en la antigua estancia Valle Chacabuco.

›

«Mapa geográfico de América Meridional.
Dispuesto y grabado teniendo presentes varios mapas y noticias
originales con arreglo a observaciones astronómicas de la época.»
Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, 1775.
Colección Memoria Chilena Biblioteca Nacional de Chile.

La segunda compañía ganadera, Estancias, Posadas, Hobbs y Cía. (1916-1942), levantó sus instalaciones en el extremo oriental del valle Chacabuco; Entrada Baker lo llamamos hoy en día. Desde allí organizó la actividad lanar y vacuna, generando una dinámica colonizadora que duraría cerca de cuarenta años, con altos y bajos, pero aportando una dinámica sociocultural que tributó a la cultura ganadera del Baker. Un cementerio antiguo es mudo testigo de los primeros años de la segunda estancia ganadera. Con un nuevo nombre desde principios de la década de los cuarenta –Sociedad Anónima Ganadera Valle Chacabuco– y una superficie más reducida en arrendamiento, esta empresa continuó operando hasta 1960.

Milenios antes, grupos de seres humanos incursionaron por primera vez sobre los valles superiores del paisaje bakeriano: en las riberas del gran lago que le da su origen mayor, los terrenos abiertos por uno de sus principales afluentes, el río Chacabuco, y más al sur, no sabemos bien hasta dónde. Estos cazadores-recolectores fueron los primeros en



observar y explorar la grandeza del Baker rumbo al sur, admirar su coloración cambiante y tal vez intentar su peligroso cruce en el afán de conocer nuevas tierras.

En la desembocadura en tanto, otros grupos humanos, esta vez de cazadores marítimos, incursionaron también río arriba, no se sabe aún hasta qué punto. Pero persiste la idea de que este espacio de inmensidad y fuerza pudiera haber sido escenario de encuentro entre comunidades de cazadores-recolectores terrestres y marítimos.

Hoy sabemos, por relatos recogidos desde las últimas décadas del siglo XX, que si bien los navegantes kawésqar de principios de dicho siglo no tenían un nombre especial para el río Baker, sí lo conocían por sus dimensiones y la tonalidad lechosa de sus aguas, mientras que al fiordo Baker sí le tenían un nombre, *Maséjen-asé*, y lo frecuentaron en algunos viajes para visitar a los ocupantes blancos en plan de obtener comida y elementos occidentales.

El padre José García dejó escrito otro nombre para aquel fiordo: «Estero Mesier, no se save el fin.» Para 1775, en el enigmático mapa de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla se dibujaba en aquellas latitudes del golfo de Penas una gran entrada de mar en la que desaguaba un río nombrado como «de los Caucaos brabos», que a su vez nacía de un lago «Chelenco», muy cercano a otro lago de mayores dimensiones denominado «Coluguape».

Para 1835, la cartografía europea corregía la imagen de estos hitos, haciendo desaguar el gran río de los Caucaos —que con el tiempo fue considerado como el Baker— desde el gran lago Lago General Carrera/Buenos Aires (conocido también como Coluguape y/o Colhue Huapi).

La danza de las rocas

Sólo un río con mucha fuerza pudo romper la cordillera y separar en dos el Gran Campo de Hielo patagónico, entre quince mil y ocho mil años atrás. Este largo período no sólo refleja la incertidumbre de nuestro conocimiento, sino también que la apertura del río fue un proceso que duró miles de años, lo que es breve si consideramos el largo tiempo del que nos hablan las rocas que corta en su recorrido. Al margen de los cientos de millones de años en que la zona estuvo intermitentemente bajo o sobre el nivel del mar o sujeta a las grandes erupciones volcánicas del Jurásico, la historia de este cauce comienza hace alrededor de un millón y medio de años con la creación de una serie de fallas por efecto de la misma compresión que deformó las rocas preexistentes y venía dando origen paulatino a la cordillera de los Andes. En asociación a estas fallas, se habría producido el descenso de grandes bloques que recibieron los glaciares que bajaban de la cordillera al oeste y formaron en su frente grandes lagos como los actuales General Carrera/Buenos Aires y Cochrane/Pueyrredón. Estas fallas, que canalizarían milenios más tarde el río Baker, yacían en las profundidades, cubiertas por una gruesa capa de hielo, y aquellos grandes lagos drenaban al Atlántico. Al comenzar el retroceso y adelgazamiento de los glaciares, sin embargo, el efecto erosivo de estos cauces —cada vez más líquidos— y el mismo peso de las aguas de los lagos rompieron la resistencia de morrenas y lenguas de hielo y el agua se abrió paso hacia el Pacífico hace unos trece mil años por el derrumbe de una morrena en el sector Los Ñadis. Es entonces cuando nace



el río Baker como lo conocemos hoy. Antes era unos cien kilómetros más corto y aunque ya drenaba hacia el Pacífico algunos de los ríos del Campo de Hielo Norte y varios cauces alimentados por los hielos del Monte San Lorenzo o Cochrane, aumentó significativamente su caudal cuando capturó las aguas de estos grandes lagos andinos. A pesar de que su pendiente no es muy abrupta (corre unos ciento setenta kilómetros hacia el suroeste y tiene una diferencia de nivel de unos doscientos metros entre su «nacimiento» y su desembocadura en el mar), es este gran aporte de aguas el que hace de él el río más caudaloso de Chile.[1]

Pero que lleve mucha agua, no significa que ofrezca mucho alimento para los seres humanos. De hecho, como veremos, para encontrar evidencias de presencia humana debemos enfocarnos en los extremos de la cuenca, lejos de lo que hoy conocemos como el río Baker propiamente tal.

Laguna terminal del glaciar Colonia, afluente del río Baker, Campo de Hielo Norte, Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo. Aquí se producen los desprendimientos de hielo que originan los témpanos. Este glaciar desemboca en una apacible laguna no sometida a mareas. Fotografía de Guy Wenborne, 2013.





Entrada Baker y más allá

Para llegar al Baker desde el oriente, el camino más fácil es el de Valle Chacabuco y para los colonos criollos esa debe haber sido la principal importancia de este afluente: ser una puerta de acceso al territorio del Baker, al punto de referirse al curso alto del río Chacabuco como «Entrada Baker». Para los antiguos indígenas, sin embargo, este territorio era un último rincón, un callejón sin salida.

En un principio, hace unos seis o siete mil años, esta zona alta parece haber sido visitada exclusivamente en verano, aunque es preciso reconocer que la evidencia es aún muy pobre aparte de la simple apreciación de sentido común de que es una zona alta, usualmente nevadora e inhóspita en invierno. Podemos especular incluso que una de las motivaciones principales de estas visitas estivales fue la caza de «chulengos» o guanacos neonatos, lo que parece bastante razonable de pensar para Alero Entrada Baker (RCh-2), donde se han hallado puntas de proyectil en cantidades que sugieren escondrijos intencionales para usarlas al año siguiente y restos cerámicos para almacenar grasa.[2] Por lo demás, esta sección superior de Valle Chacabuco comparte características climáticas, vegetacionales y faunísticas con las estepas orientales y su explotación no debió requerir ninguna «adaptación» especial, realizándose fundamentalmente desde bases residenciales ubicadas en el lago Ghio o el Zeballos, en actual territorio argentino.

Pero no toda la evidencia es consistente con sistemas de movilidad y subsistencia tan pautados. Hay otros sitios que revelan visitas más oportunistas, en diversos momentos del año y orientadas a recursos variados. Es probable que estas diferencias en grado de planificación respondan a diferentes «pulsos» o etapas de familiarización y mayor conocimiento del entorno.

La abundante presencia de raspadores tampoco es esperable en sitios de caza y suele asociarse a tareas domésticas usualmente femeninas, realizadas en campamentos residenciales, pero bien puede ser que estas expectativas tan restrictivas sean prejuicio de nosotros los investigadores. Que viajaran con mujeres, que los hombres trabajaran los cueros aprovechando las estadía de caza, que se fabricaran capas y otros utensilios de cuero en diversos momentos del año aunque fuera para usarlas en invierno, etc. De hecho, tampoco esperaríamos tantos sitios con fogatas a pleno viento antes de que la adopción del caballo permitiera el traslado de pesados postes para elaborar toldos, pero es probable que usaran un pequeño y liviano biombo cortaviento o que simplemente se arrimaran a arbustos o rocas con mínima implementación. Lo que está claro es que en la zona de las nacientes del río Chacabuco hubo presencia humana durante muchos milenios, aunque es probable que haya sido muy discontinua hasta hace unos mil o quinientos años, cuando la señal arqueológica es fuerte, sugiriendo una presencia regular.

^ Panorámica de Valle Chacabuco, Parque Nacional Patagonia, Cochrane, Aysén. En la sección alta del valle, también conocida como Entrada Baker, se distingue el cerro Lucas Bridges en el centro. Fotografía de Javier Carranza Elola, 2019.



Esta señal se va apagando a medida que nos internamos al oeste, aunque ello puede deberse a que el piso del valle está en gran parte anegado, lo que representa una dificultad para que los investigadores busquen restos arqueológicos y para que los indígenas prehistóricos se hayan asentado o hayan desarrollado actividades ahí. Existen datos de sitios en la vertiente sur del cordón montañoso que cierra el valle, donde hay lagos y arroyos que fluyen al lago Cochrane/Pueyrredón, pero esa zona no ha sido prospectada sistemáticamente como para evaluar si esta tendencia a la disminución de sitios hacia el oeste se cumple o si, por el contrario, cuando se estudie esta zona se va a encontrar una intensidad de ocupación comparable a la de Entrada Baker.

Lo que sí está claro es que ya había presencia humana en el sector medio del valle hace unos dos mil o tres mil años, como revelan varias fechas por termoluminiscencia en conjuntos líticos hallados en las márgenes o cauces tributarios al río y por radiocarbono en Alero Gianella (RCh-1).[3] Esto es particularmente interesante porque aunque todo el Valle Chacabuco está dominado por una vegetación propia de ambientes semiáridos, estos pisos altos no sólo presentan un relieve radicalmente distinto al de las planicies del oriente, sino mayor presencia de bosques deciduos, más compactos a medida que avanzamos hacia el oeste. Ello implicó la inclusión de otros recursos a la dieta (por ejemplo, huemul y probablemente vegetales) aunque sigue habiendo caza de guanaco y ñandú, hoy ausente en esta zona media.

A medida que descendemos por el piso principal del valle las evidencias son aún más escasas y, suponemos, más recientes, aunque todavía no se dispone de fechas.

La obsidiana procedente de las estepas orientales está circulando en todo el valle y al parecer en todos los tiempos, pero hay un mayor uso de rocas de procedencia desconocida, probablemente local. Llama la atención también que —sin ser abundantes— se encuentren acá más pinturas rupestres que en el resto del valle (incluyendo negativos de manos de niños). Afortunadamente, se están llevando a cabo estudios orientados a fechar y documentar mejor este registro con la esperanza de que ello ayude a dilucidar si se trata de la última frontera de un sistema muy contactado con los espacios orientales o, por el contrario, de un evento de relativa clausura y autonomía.

Interesa saber también si estos grupos llegaron a la confluencia del río Chacabuco con el Baker porque aunque por ahora no hay evidencias de presencia humana en la zona, las hay a corta distancia, así como datos arqueológicos sin confirmar en las costas del lago Bertrand y la orilla suroeste del lago General Carrera, adonde lo más lógico es que hayan llegado remontando el río Baker. La evidencia disponible, sin embargo, sugiere que hemos llegado al fin del callejón y ante los ojos de los antiguos cazadores se abre el amplio mundo vacío del Baker, tan valorado por los que llegarían después.[4]

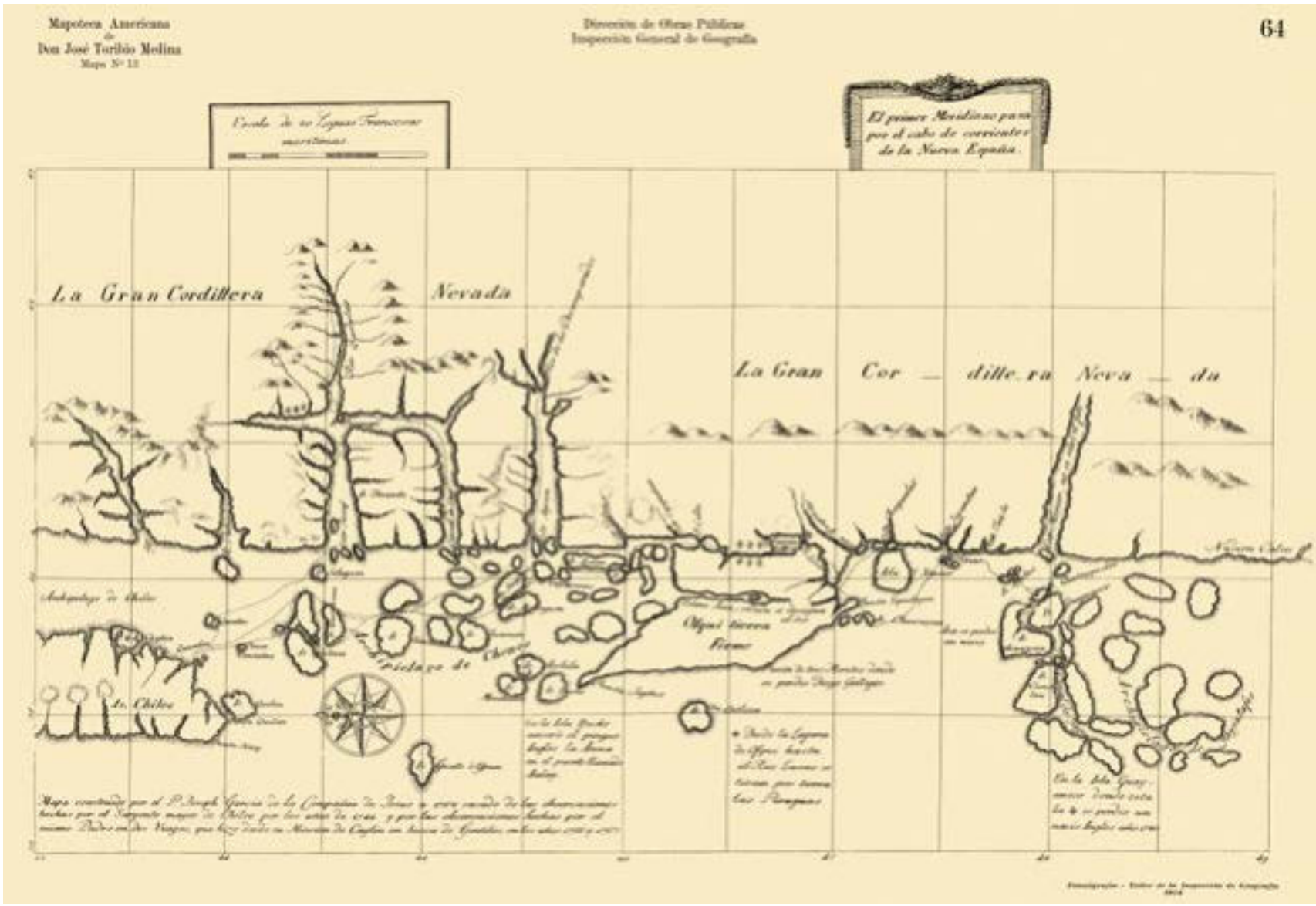
¿Cazadores marítimos en la desembocadura del Baker?

Aún más desconocida es la presencia humana en el espacio donde el río llega a verter su gran caudal. Una geografía de amplios canales que se internan cerca de ochenta kilómetros al este desde el golfo de Penas. Donde las lenguas de los glaciares Montt y Steffen son las exponentes de los grandes Campos de Hielo Sur y Norte.

Se sabe que hacia fines del siglo XIX y hasta mediados de la primera mitad del siglo XX, pequeños grupos kawésqar incursionaban en estas aguas y llegaban a comerciar con trabajadores de la vieja Compañía Explotadora del Baker, primero, y posteriormente con los primeros colonos que se fueron asentando en el curso inferior del río (Becerra, Sandoval, Cheuquemán, Mancilla), así como los empleados de Estancia Posadas, Hobbs y Cía., que tenía un pequeño asentamiento con bodegas, pulpería y muelle en la ribera norte del delta del río, justo en la zona de la desembocadura, lugar conocido como Bajo Pisagua. La memoria oral kawésqar, ampliamente compartida por las actuales comunidades de este pueblo,[5] incorpora en su territorialidad esta área, que forma parte del *Jáutok*, espacio territorial del mar interior, compuesto por la red de canales de los archipiélagos australes, y que habría sido ocupada por las comunidades *Saélam*, habitantes de la zona norte, desde el golfo de Penas hasta aproximadamente el canal Adalberto hacia el sur. Como vimos en la introducción, al gran fiordo Baker lo conocen bajo el nombre de Maséjen-asé y si bien reconocen que en sus riberas, playas sobre islas e islotes, la presencia de alimentos es escasa o nula, considerando este fiordo como un «seno negro», las motivaciones para recorrerlo en las primeras décadas del siglo XX fueron siempre el contacto e intercambio con los habitantes blancos del sector.

La presencia de cazadores marítimos también se puede evaluar a partir de breves anotaciones de los distintos exploradores de fines del siglo XIX que





recorrieron el gran canal Baker y su red, quienes indicaron hallazgos de campamentos, pequeños fogones apagados y restos de viviendas temporales hechas con ramaje y cueros.[6]

Pero ¿hubo una ocupación de cazadores-recolectores marítimos en el pasado? Gracias al registro escrito que dejara el misionero jesuita José García (1768), como a las referencias del historiador jesuita Enrich (1891), sabemos que en el archipiélago Guayaneco, al sur del golfo de Penas, habitaban grupos canoeros nombrados caucahues a partir de la información inicial recogida por el misionero Pedro Flores, quien ya en 1741 y 1743 había llegado al área, «descubriendo» a esta nación indígena y llevando algunas familias a Chiloé. Es interesante esta referencia, pues hace suponer que este grupo caucahue se habría internado hacia el sur de la península de Taitao, pues en el siglo XVII varios navegantes hispanos ya los habían identificado en el archipiélago de los Chonos, más al norte.

El padre García en su viaje de 1766-67 logra reconocer más al sur y probablemente más al este de Guayaneco, identificando así un estero (del que, dice, no se conoce el fin) al que llama Mesier, además de situar a otro grupo canoero que habitaba al sur de los caucahues, los calenes, de los que ya habían llegado algunos representantes a Chiloé.

Pocos años después del viaje del padre García y residiendo ya él en Europa, aparecerá el mapa de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, cartógrafo de la corona española, quien dibuja en el área donde se ubica el río Baker el «río de los Caucaos brabos», única referencia que tenemos de un nombre colonial para este.[7]

La arqueología aún no ha desarrollado un trabajo siquiera de prospección en el área, por lo que sólo se cuenta con estas fuentes etnohistóricas que sugieren una ocupación de cazadores-recolectores marítimos en la zona.

Mapa construido por el padre José García de la Compañía de Jesús, 1768. «Sacado de las observaciones hechas por el sargento mayor de Chiloé por los años de 1744 y por las observaciones hechas por el mismo padre en dos viajes que hizo desde su Mission de Caylin en busca de gentiles en los años 1766 y 1767». Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Memoria Chilena.

Glaciar Steffen, Parque Nacional Laguna San Rafael, Región de Aysén. Es el glaciar de salida más austral del Campo de Hielo Norte y termina en una laguna de la que nace el río Huemules. Fotografía de Guy Wenborne, 2008.

De río de los Caucaos brabos a río Baker

Si bien el nombre «río de los Caucaos brabos» se replicó en algunos mapas de las primeras décadas del siglo XIX, en la práctica fue desechado por la cartografía internacional. El viaje científico-militar de la escuadra inglesa al mando de Robert FitzRoy (1827-1832) aportaría nuevos antecedentes para comprender el espacio marítimo cercano a la desembocadura del gran río y plasmaría sobre un grupo de islas que ocultaban la entrada al gran fiordo de rumbo este el nombre «Baker», que décadas después sería usado para bautizar también el río.

Pasará poco más de un siglo desde la publicación del mapa de Cano y Olmedilla, para que se produjese el descubrimiento definitivo del río y su consecuente bautizo, no exento de polémica entre los exploradores que estaban en la carrera por reconocer los espacios de la Patagonia central y occidental. El escenario de fines del siglo XIX era de tensión limítrofe entre Chile y Argentina. La frontera, tal como se la conocía hasta el seno de Reloncaví, no podía ser trazada de igual manera en la región patagónica. Argentina buscaba aplicar el criterio de las altas cumbres como definitorio de los límites, lo que significaba en algunos sectores, estar a pocos kilómetros del océano Pacífico.

Sus exploradores habían iniciado viajes incluso antes del tratado de 1881, logrando descubrir varios hitos geográficos que les permitirían hipotetizar la predominancia del criterio de las altas cumbres por sobre el de la divisoria continental de aguas, que era para Chile el que se debía aplicar. La cuenca del río Baker era una de las que debía explorarse y reconocerse para zanjar las diferencias entre ambos países.

El explorador argentino Carlos Moyano había descubierto en 1880 un gran lago, llamándolo Buenos Aires, y al no encontrar su desagüe hacia el Atlántico, se comenzó a especular sobre una posible salida al Pacífico. En 1896-1897, las comisiones argentinas exploraron este lago hasta su desagüe que, efectivamente, corría hacia el océano Pacífico, pero sin lograr identificar el curso del río que se formaba más al sur, sólo establecieron su existencia. La temporada siguiente, 1897-1898, el perito argentino Francisco Moreno organiza una expedición por el Pacífico con la intención de resolver, entre otros temas, el problema del río que desaguaba al gran lago. Ya se conocían antecedentes sobre el gran complejo de canales que se internaban al este frente al golfo de Penas y se sabía que el comandante chileno de la escampavía *Toro*, Adolfo Rodríguez, había logrado reconocer hasta el fondo del canal más largo, al que llamó Baker por estar frente a un pequeño grupo de islas bautizadas así por la expedición inglesa de FitzRoy. En dicho reconocimiento, el marino chileno identificó someramente los tres ríos que desembocaban por el sur, este y norte en el canal, pero no les dio mucha importancia, y más bien los consideró cursos fluviales menores.

Con estos y otros antecedentes, el viaje de Moreno y su comitiva logró dar con aquel río, evaluar su tamaño al recorrer el delta formado en la desembocadura y de este modo, hipotetizar que debía tratarse del río que desaguaba al gran lago Buenos Aires. Si bien le dio el nombre de río Las Heras, y al gran cerro que se erigía en la ribera norte lo bautizó de igual modo, no publicó oficialmente su descubrimiento sino hasta 1899, fecha posterior a la del explorador Hans Steffen, informando los resultados de su exploración al mismo río en la temporada 1898-1899, en la que pudieron remontarlo, demostrando con ello que efectivamente se trataba del río que desaguaba al lago Buenos Aires. Steffen bautizó con el nombre Baker a este río y su equipo de trabajo nombró también los otros dos ríos que llegaban al fiordo Baker: río Bravo al que bajaba desde el este y río Pascua al que llegaba por el sur.

Es irónico que unos islotes insignificantes hayan terminado imponiendo su nombre a uno de los ríos más importantes de Chile y que Steffen, aunque alemán, haya respetado con rigor científico el nombre de un almirante de la escuadra inglesa.

›

Izqda.: Hans Steffen (tercero desde la izquierda) con miembros de la expedición al río Palena, 1893. Steffen contribuyó, por encargo del gobierno chileno, a la aclaración de la frontera disputada entre Chile y Argentina, especialmente por sus expediciones de exploración a las cuencas de la cordillera de la Patagonia occidental. Fotografía de Jerman Wiederhold, Osorno. Blanco y negro, 18 x 24,5 cm,

Dcha.: Mapa del área del río Baker. Hans Steffen, *ca.* 1900. *Río Baker-Gebiet*. Santiago de Chile [u.a.]: N.p., 1902. Print.

Ambas imágenes pertenecen a Colección Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín.





Resuelto el problema del río que encauzaba las aguas de la cuenca lacustre más grande de Patagonia, evaluada su grandeza, incluyendo, por ejemplo, el potencial energético del gran Saltón ubicado en el valle de Los Ñadis-San Carlos[8] y teniendo un conocimiento más acabado de esa compleja geografía, quedaba la disputa verdadera entre las propuestas chilena y argentina para fijar el límite internacional, lo que finalmente se zanjaría con la intervención de la Corona inglesa como árbitro, de acuerdo a lo establecido en el tratado de 1881.

Por otra parte, las exploraciones de fines del siglo XIX en todos los espacios de la Patagonia central y occidental y, en especial, en el espacio surcado por el Baker, despertaron el interés de distintos grupos por las tierras que se iban descubriendo: de un lado, conglomerados económicos dedicados a la explotación ganadera, situados en Magallanes, Santiago-Valparaíso, Argentina e incluso Inglaterra; del otro, trabajadores chilotes, criollos e indígenas que, prestando sus servicios a las comisiones exploradoras, vieron la oportunidad de ocupar tierras en el vasto territorio. En el Baker, el proceso de ocupación se inició a principios del siglo XX y nuevamente desde los extremos del río, como veremos a continuación.



^

Documentos contables Estancia Posadas,
Hobbs y Compañía, oficina central de San Julián, 1927.
Colección Museo Regional de Aysén.

›

Lago General Carrera/Buenos Aires, el más grande de Chile.
Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2019.

La ocupación criolla y estanciera: otra vez los extremos de la cuenca

Luego del laudo arbitral de 1902-1903, que permitió establecer de manera definitiva la línea de frontera entre Chile y Argentina entre los paralelos 42° y 52° latitud Sur,[9] el territorio que recorre el río Baker —al igual que los demás valles de lo que hoy es la Región de Aysén— fue entregado por el Estado de Chile en concesión a personas naturales, que luego cedieron estas autorizaciones a grupos económicos que levantaron proyectos empresariales tanto ganaderos como de colonización.

Es así que a mediados de 1904 se formó la Compañía Explotadora del Baker, empresa ganadera que intentaría por primera vez explotar el territorio del río, específicamente los valles sobre su ribera suroriental, incluyendo toda la ribera sur del lago General Carrera/Buenos Aires por el norte y noreste y el paralelo 47° 50' como límite sur. La iniciativa, de capitales santiaguinos y porteños, fracasaría estrepitosamente tres años después, dejando una estela de tragedia en la desembocadura del río Baker, donde quedaron sepultados en al menos dos cementerios[10] cincuenta y nueve trabajadores chilotes que fallecieron el invierno de 1906 debido al abandono en que la ganadera dejó al contingente de más de doscientos obreros y la consecuente hambruna y crisis sanitaria del campamento. A fines de septiembre de 1906, un vapor contratado en Punta Arenas rescató a más de ciento cincuenta personas en el puerto Bajo Pisagua y los retornó a Chiloé.[11] Este intento empresarial dejó también una importante cantidad de ganado vacuno —y en menor medida, ovino— en los valles Chacabuco y Colonia, que se convirtieron en una atracción importante para la ocupación espontánea de las tierras por parte de familias campesinas de origen chileno y argentino, las que comenzaron a poblar el valle Chacabuco en toda su extensión, arreando este ganado y formando así sus propias haciendas.

De igual modo, familias campesinas que habían ingresado a territorio chileno sobre la margen sur del lago General Carrera/Buenos Aires, se irían internando cada vez más al oeste, llegando de este modo a poblar las zonas cercanas al nacimiento del río Baker.

Luego del fracaso de la Compañía Explotadora del Baker, nuevos intentos empresariales se generaron durante la segunda década del siglo XX, culminando en el arrendamiento de las tierras de la margen sureste del río Baker por parte de la sociedad ganadera Estancia Posadas, Hobbs y Cía., que tenía intereses también en el territorio argentino aledaño a la frontera internacional. Esta sociedad logró implementar



y sostener una actividad ganadera a gran escala, conviviendo con la ocupación de familias campesinas —no sin tensión y conflicto— durante al menos veinte años más de la primera mitad del siglo XX. Los conflictos entre los pobladores y esta empresa ganadera provocaron en los años veinte una migración forzada de ocupantes hacia dos puntos de la gran cuenca: las nacientes del río Baker propiamente tal y la margen occidental del lago General Carrera, así como el curso inferior del río, desde el sector Los Ñadis hasta la desembocadura. Toda esta actividad se tradujo en grandes quemas orientadas a abrir campo para la cría de animales y aunque en muchos casos se logró mantener el fuego confinado al terreno en que querían ponerlos, el viento y la eventual presencia de materia seca produjeron que muchas veces el fuego se escapara, quemando miles de hectáreas. Hubo días en que el humo tapó el sol, mientras el fuego abrasaba las cumbres.

Por su parte, la empresa debió habilitar el pequeño muelle de Bajo Pisagua y la huella abierta por las comisiones de límites en 1900 para sacar e ingresar sus productos, pero hacia los años treinta solicitó al Estado cambiar el circuito de flujo de mercaderías hacia el lago General Carrera, contribuyendo de este modo a la dinamización de la vida en la cuenca lacustre y al surgimiento de una población en la zona media del Baker, que con posterioridad se convertiría en la ciudad de Cochrane.

Los pobladores que ocuparon tierras sobre los márgenes de la concesión ganadera, prosperaron y desarrollaron lo que hoy se reconoce como la «cultura del Baker», basada en la actividad ganadera, el cultivo en huertas familiares, la producción de pasto para los animales, la extracción de madera, especialmente de ciprés de las Guaitecas, temporadas de trabajo masculino en estancias argentinas y la consolidación de poblados como Caleta Tortel en la desembocadura del río, Cochrane en el curso medio y Bertrand en el lago homónimo que intermedia entre las nacientes del Baker propiamente tal y una de sus grandes y remotas fuentes.



El rincón de las pinturas

Somos más conscientes de habitar en un pequeño sistema solar en un brazo periférico de una galaxia espiral, de lo que fueron los antiguos habitantes del río Ibáñez de que sus aguas formaban parte de la gran cuenca del río Baker y terminaban vertiéndose al Pacífico a más de doscientos kilómetros de bosques, montes y torrentes. En una escala humana y desde la percepción de los mismos indígenas, estaban mucho más cerca del Atlántico (no deben ni haber sospechado que existía otro océano —más cerca— al otro lado de las montañas) y de las grandes planicies esteparias al oriente que del gran río Baker. Es poco probable incluso que supieran de la gente de Entrada Baker, aunque, de ser así, las noticias y una que otra persona circularon por esas planicies y no por el oeste del gran lago ni la zona del Baker.

Pero el valle del Ibáñez era también un rincón remoto desde el oriente... Pareciera que los seres humanos llegaron varios miles de años después de visitar algunos parajes en las estepas orientales de la Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo, cerca de la actual frontera con Argentina. Hasta el momento, al menos, no se ha hallado ninguna evidencia arqueológica de más de seis mil años y, considerando que hay claras huellas de presencia humana en lugares mucho más inhóspitos, es tentador especular que ello se debe a que el valle no es directamente accesible ni visible desde el oriente, aunque es cierto que pudieron «costear» rodeando las montañas y tal vez simplemente no hemos hallado restos de presencia más antigua... Puede haber influido también en esta llegada relativamente tardía la gran erupción del volcán Hudson, ocurrida pocos siglos antes.

En todo caso, una vez descubierto, el valle debió ser ocupado bastante intensivamente (entre el 6.500 y el 4.500 AP) y la evidencia hoy disponible no revela una transición gradual a la caza del huemul, que domina todos estos conjuntos iniciales. Probablemente no era tan distinto del guanaco, a cuya caza estaban habituados, y es razonable pensar también que la sequía registrada para esos tiempos en la vecina zona esteparia del río Deseado haya favorecido la ocupación más intensiva de estos espacios cordilleranos.

Estos restos parecen haber sido fruto de visitas relativamente infrecuentes en comparación con la señal que vemos durante los últimos mil o dos mil años, cuando hubo una mayor presencia o al menos se refleja en abundantes pinturas rupestres. Aunque pareciera que, por entonces, hubo un aumento demográfico en diversos valles de la región (quizás asociado a condiciones climáticas más templadas), en ningún otro esto vino aparejado a tal eclosión de sitios con arte rupestre. Registros exhaustivos en la zona del Ibáñez medio revelan veintinueve sitios y en el curso bajo del río y áreas aledañas a su desembocadura (en cuencas que drenan directamente al lago General Carrera/Buenos Aires) se sabe de una decena más. Aunque hay algunos registros excepcionales, la gran mayoría corresponde a pinturas de manos en negativo y positivo en color rojo. Pese a que este estilo de pintura pueda parecer monótono, ofrece una vía privilegiada de información acerca de los pintores y/o sus modelos, pudiendo identificar —si no sexo, identidad o edad precisa—, al menos bebés, niños y adultos participando del proceso de estampado de manos. Todos los intentos por fecharlos han resultado infructuosos y sin duda hay algunas pinturas más antiguas que otras.[12]

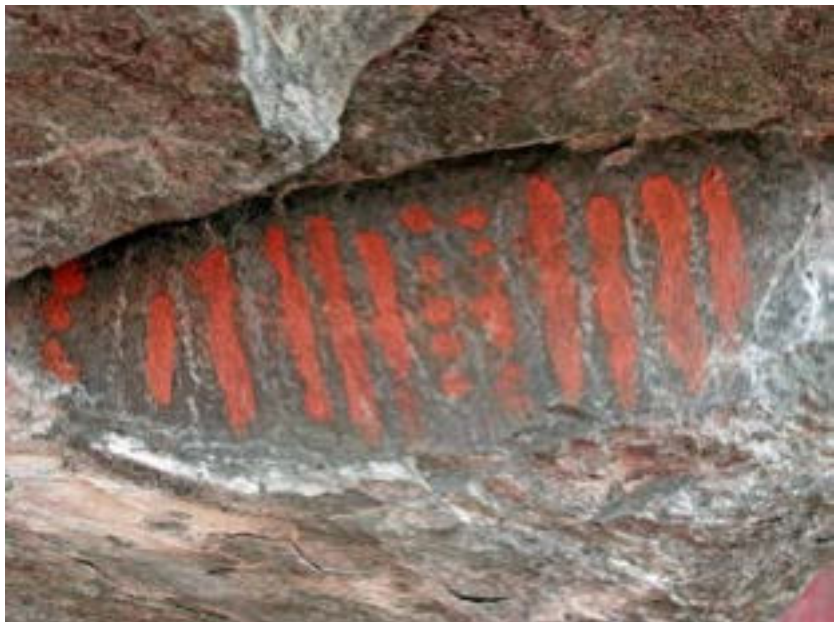
‹

Valle del río Ibáñez.
Fotografía de Cristián Aguirre Duffourc, 2018.

›

Paredón de las manos (o Río Ibáñez 1).
Con una data que bordea los diez mil años, es el sitio arqueológico más conocido de la Región de Aysén.
Museo Escuela de Villa Cerro Castillo, Comuna de Río Ibañez. Fotografía *ca.* 2016.
Colección Municipalidad de Río Ibáñez.







La excavación de varios de estos aleros revela que se pintó en sitios menores —como oteaderos de caza ocupados por poca gente, tal vez por una noche— y que los sitios donde hay mucha pintura debieron ser lugares de agregación social (quizás con alguna connotación de espacios «poderosos», lo que sería reforzado por pinturas preexistentes, atribuibles a los ancestros), muchas veces lejos del agua y rara vez ocupados como campamento residencial.

En otros valles hay tanta roca adecuada como soporte y no se pintó tanto. En otros valles también hay óxido rojo que pudo usarse como pigmento y no se pintó tanto. En otros valles hay tantos o más sitios arqueológicos registrados, por lo que no pareciera convincente la simple «explicación» de que acá hubo más gente o visitas más reiteradas. Especulando que estas pinturas podrían reflejar una cierta «identidad» y reforzar el sentimiento de pertenencia a un grupo relativamente «cerrado», distinto de otros, se han estudiado no sólo los «patrones estilísticos» en las pinturas mismas, sino también la disponibilidad local de las piedras usadas para hacer artefactos o la distribución y funcionalidad de los sitios, sin resultados concluyentes.[13] Si hubo algún grado de autonomía —como suele ocurrir en instancias de marginalidad extrema—, no fue total ni duró demasiado tiempo. Bien puede ser que los que hicieron las pinturas en el Ibáñez hayan sido los mismos individuos que estuvieron en otros valles donde, simplemente, no pintaron o pintaron mucho menos. ¿Pintaban en determinada estación del año en que estaban en este valle? ¿Se desarrollaban entonces ciertos ritos relacionados con rasgos del paisaje, como el Cerro Castillo? No lo sabemos y quizás nunca lo sepamos, pero la pregunta es ineludible... En gran parte para responderla se ha hecho un amplio registro de distribuciones,

^

Pintura rupestre en el Alero Fontana.
Río Ibáñez, Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo.
Fotografía de Francisco Mena, 2013.

›

Formaciones de rocas en el borde de la Reserva Nacional
Lago Jeinemeni, Chile Chico, Región de Aysén
del General Carlos Ibáñez del Campo. Estas formaciones,
con agujeros y de tonalidades rojizas, han sido causadas
por la fuerza del viento, que ha erosionado las rocas.
Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2018.



pero, como también hemos dicho, la cantidad de fechas disponibles aún es insuficiente como para interpretar que un sitio con varios motivos fuera la cabecera nodal de una serie de sitios menores periféricos, especulación tentadora con una mirada a las distribuciones, pero supone una contemporaneidad indefendible sin un mayor número de fechas absolutas.

Reconociendo esta carencia y funcionando con los pocos datos que tenemos, sin embargo, pareciera que en este valle de «las cabeceras del Baker» se dio un proceso de avance en pulsos, similar al que vemos en el valle del Chacabuco. Desgraciadamente, no tenemos en esta región claros marcadores cronológicos, como pueden ser los «estilos» cerámicos o incluso el tamaño y forma de las puntas, que reflejan la adopción del arco y la flecha (que debió ocurrir por entonces), pero los fechados radiocarbónicos y, sobre todo, la ausencia de restos arqueológicos bajo el nivel de piroclastos de una gran erupción del volcán Hudson hace unos tres mil quinientos o cuatro mil años, sugieren que los seres humanos no incursionaron al oeste del lago Las Ardillas hasta después. A diferencia de lo que vemos en el Chacabuco, donde el número de sitios va disminuyendo hacia el oeste sin que haya un claro desfase cronológico, la cantidad de sitios conocidos en este extremo oeste del Ibáñez medio sugiere que la presencia humana fue tan intensa en esta zona como más al este, terminando abruptamente en el río Manso, al oriente del cual no se ha encontrado evidencia arqueológica alguna. Ello no parece ser mero efecto de una mayor cobertura vegetacional que dificulte su hallazgo y la misma transitabilidad por estos paisajes, ya que en la orilla izquierda del río, frente a la zona de mayor densidad de sitios con pinturas y en un paisaje de vegetación relativamente rala —más abierto que en la zona alta, al sur— tampoco se ha hallado prácticamente ningún resto arqueológico, que son abundantes río abajo. Un vistazo superficial a las distribuciones induce a pensar incluso en que el río fue una barrera importante y que las ocupaciones esteparias río abajo en su orilla izquierda corresponden a otro grupo que el que circuló en los bosques y lagos altos del curso medio, pero, como hemos dicho, este acercamiento tiene muchas limitaciones y a lo más puede gatillar ideas interesantes que se traduzcan a la larga en hipótesis y programas de investigación guiados por ellas.

Lo que resulta indudable es que el paisaje y espacio de recursos del Ibáñez medio presenta condiciones muy distintas de las del Ibáñez bajo o el valle del Chacabuco. Para grupos adaptados a un ambiente estepario abierto, esta zona de bosques, lagos y grandes montañas pudo ser un espacio especial, marginal a aquellos recorridos habitualmente en las «pampas» orientales, o bien pudo ser un espacio restringido al que se adaptaron gradualmente, limitando su movilidad al valle. En un período de seis mil años, por lo demás, bien pudieron darse ambas situaciones.

Por el momento, sin embargo, las pinturas rupestres (que incluyen incluso algunas raras representaciones de guanacos), el repertorio instrumental (igual aunque menos abundante que el de sitios al oriente) y la presencia de piedras originarias de las estepas orientales (por ejemplo, obsidiana) revelan una relación estrecha con esos ambientes. Aparte de la abundancia de pinturas rupestres y otros rasgos propios del Ibáñez medio que podrían interpretarse en términos de una relativa clausura y autonomía, lo único que representaría una cierta «adaptación» a este ambiente es la caza del huemul, que es lo que había y, como hemos dicho, pudo no ser muy distinta a la del guanaco, común en las planicies esteparias. Las investigaciones sobre pesca, navegación y uso de vegetales están recién en sus inicios y hasta el momento hay muy pocos datos, dado que sus evidencias son perecibles y difíciles de detectar. No pensaríamos lo mismo del caballo, por ejemplo, y el hecho de que no se haya encontrado ningún hueso de este animal, aperos u otro artefacto asociado a su uso se ha interpretado como evidencia de que simplemente no se usó en la zona, pero curiosamente no se ha hallado este tipo de restos en ninguna parte, ni siquiera en las áridas planicies orientales, donde esperaríamos una mejor conservación y de donde provienen numerosas observaciones y hasta fotografías de este animal traído por los españoles a Buenos Aires y adoptado por varios grupos indígenas del Cono Sur en los siglos XVI y XVII.

En todo caso, pareciera que en los últimos siglos el valle del río Ibáñez fue abandonado, total o casi totalmente, por razones que desconocemos, pero que se relacionarían con que el paisaje social (estancias orientales, «boliches» de frontera, caminos y rastrilladas ecuestres, prestigio del caballo y lo mapuche) pasó a tener mucha más importancia que el paisaje natural de estos parajes, percibidos ahora como remotos y aislados (antes era igual de aislado un valle costero donde después se instaló un pueblo y lo que importaba era el paisaje natural local). En todo caso, a juzgar por lo que se conoce en territorio argentino, no podemos descartar un sesgo intencional o no por invisibilizar la presencia indígena, más aún si eran muy pocos y ya sedentarizados y mezclados con pioneros criollos y mapuche.

De todos modos estaban más relacionados con poblaciones distantes de lo que pudiera imaginarse, incluso antes del caballo. El hallazgo de unos pocos restos cerámicos sugiere el intercambio —o al menos la circulación de información acerca de cómo hacerla— con grupos más sedentarios de más al norte, no sabemos si del área mapuche o del noreste. Aunque parezca paradójico, este elemento fue más importante más al sur que en



el Ibáñez mismo (incluso en Alero Entrada Baker, aunque se han hallado fragmentos también a orillas del lago, hacia la frontera con Argentina) y la ausencia de hollín o sectores quemados sugiere que se usó más para almacenar líquidos o grasa que para cocinar.[14]

Esta comunicación a larga distancia debió ser facilitada por la adopción del caballo, aunque funcionaba desde antes, sobre todo con los grupos transicionales entre los mapuche propiamente tal (con cerámica y horticultura) y los pueblos más cazadores del sur. Grupos como los llamados por los observadores «occidentales» manzaneros y puelches de Río Negro o incluso los pehuenche del Neuquén siempre mantuvieron fluidas relaciones con el otro lado de la cordillera y como parte de su subsistencia dependía de la caza, contactaban frecuentemente con aquellos que ellos llamaban «tehuelches», registrándose desde matrimonios hasta encuentros violentos. Es posible que algunos rasgos mapuche hayan llegado a estas latitudes en tiempos precolombinos, pero el arribo de personas de esa cultura tuvo que ver con las campañas militares (1878-1884), que eliminaron y empujaron al sur a muchos, intensificando la relación con los indígenas locales frente al enemigo común y al avance de las estancias. La mayor presencia de los mapuches en el valle del Ibáñez, sin embargo, tuvo que ver precisamente con el poblamiento criollo de principios del siglo XX. Mientras que las grandes estancias ganaderas se apropiaban de las planicies esteparias, estos territorios montanos y boscosos constituyeron el blanco preferido de familias independientes provenientes de la Araucanía que habían vivido varios años en Argentina. Entre estos pobladores criollos venía un contingente importante de mapuche-huilliches y, conforme a su costumbre de vivir en compañía de los suyos, invitaron a sus amigos y parientes, así como a vecinos del mismo origen, lengua y hábitos, estableciendo en pocos años verdaderos núcleos de esta etnia, uno de ellos en el Ibáñez.

Tanto ellos como los pobladores criollos compartían el interés por defender las tierras ocupadas contra los afanes expansivos de las grandes compañías ganaderas, que, como hemos dicho, anhelaban más las zonas esteparias y ejercieron fuerte presión para expulsar a estos colonos autónomos. Ello no sólo incidió en la llegada a sectores como el Ibáñez de refugiados expulsados de tierras más aptas para la ganadería ovina, sino en conflictos abiertos en estos últimos, lugares como Entrada Baker o Chile Chico, afluente del lago General Carrera/Buenos Aires (parte también de la gran cuenca del Baker), donde la violencia escaló al punto de que uno de los eventos más simbólicos de esta tensión ha pasado a la historia como la «guerra» de Chile Chico.





Guanacos (*Lama guanicoe*) en la Patagonia.
Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2012.

Familia de huemules (*Hippocamelus bisulcus*) en Parque Nacional Cerro Castillo.
Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2019.

Valle del río Ibáñez. Este paisaje típico del sur de la Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo, denominado bosque muerto, se produjo con la acumulación de cenizas de la erupción del volcán Hudson en 1971, la cual provocó el desvío del curso del río Ibáñez, ahogando a los árboles.
Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2019.



^

Aserradero de la Sociedad Naviera Chile Chico, Puerto Murta.
Autor anónimo. Gentileza de familia Cosmelli Pereira.
Colección Museo Regional de Aysén.

›

Tortel, provincia Capitán Prat, Región de Aysén
del General Carlos Ibáñez del Campo.
La accidentada geografía del lugar, con infinitud de islas, canales
y estuarios y escarpadas cordilleras coronadas por glaciares,
ha obligado a construir una serie de pasarelas a modo de calles con
madera nativa de ciprés de las Guaitecas (*Pilgerodendron uviferum*).
Existe una larga pasarela al borde del mar y otras a mayor altura,
interconectadas por interminables escaleras.
Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2018.

La aventura y conflictos de poblar

También conocidos como los «sucesos del lago General Carrera/Buenos Aires»,[15] estos tuvieron su origen en el hecho de que Estancia Posadas, Hobbs y Cía., la segunda empresa ganadera en establecerse en los valles del Baker, había arrendado gran parte de la cuenca, pero quedó fuera el territorio de la ribera sur del lago Buenos Aires, que el Estado chileno decidió sacar a remate en otro proceso de arrendamiento el año 1917. En esa zona ya había gran cantidad de familias pobladoras, que habían iniciado un lento proceso de ocupación desde principios del siglo XX. El arrendamiento tuvo una serie de irregularidades para finalmente ser adjudicado a un ciudadano sueco nacionalizado chileno, Carlos Flach, quien firmaba en todas partes como Von Flack o Von Flach para darse aires de aristócrata.

Una vez obtenido el arrendamiento, Flach solicitó la inmediata tasación de las mejoras en los terrenos ocupados y el desalojo de los pobladores. La tensión fue creciendo ese año 1917 y explotó definitivamente en 1918, cuando el arrendatario se dirigió al la ribera sur del lago acompañado de personal policial, a la espera del funcionario que tasaría las mejoras. El abuso de parte del sueco-chileno no se hizo esperar y con apoyo del teniente de carabineros Leopoldo Miquel, comenzaron a hostigar y violentar a los pobladores, que decidieron oponerse a las intenciones de desalojo. Los hechos escalaron rápidamente, produciéndose quema de casas, apaleos de civiles, maltrato a infantes y mujeres. Los pobladores tomaron las armas para defenderse y en un enfrentamiento armado que duró varias horas, dos carabineros y un civil resultaron muertos, además de otros tantos heridos. El agrimensor Carlos Lemus, que había llegado a la zona para realizar la tasación de las mejoras, también fue víctima de la violencia generada por el arrendatario y el oficial de carabineros.[16] Los hechos llegaron a ser conocidos en Santiago, denunciados en el Parlamento, seguidos por la prensa nacional y finalmente todo desembocó en el abandono del área por parte del arrendatario y las fuerzas policiales, mientras que los pobladores se mantuvieron en sus tierras, alertas a cualquier otro intento de desalojarlos.

El poblamiento del curso inferior de la cuenca comenzó recién en los años treinta del siglo pasado, protagonizado por ocupantes que debido a las tensiones con la sociedad ganadera, deciden «bajar» a los valles inferiores del río, sabiendo que la vida allí sería más difícil por tratarse de una zona de bosque tupido. Pero persistieron en su colonización, llevaron el poco ganado del que disponían y se dieron a la tarea de abrir esas tierras a la vida campesina que conocían.

De este modo, colonos como Sandoval, Becerra, Mancilla y Cheuquemán serán los primeros en habitar el área. Con el tiempo, algunos de ellos decidieron trabajar en la corta y preparación de madera de ciprés, industria que sabían que se había desarrollado en la época trágica de la Compañía Vieja, como llamaban a la Explotadora del Baker. Para conseguir mercado seguro, los pobladores decidieron pedir apoyo al Estado de la manera más insólita, realizando un memorable viaje en bote, desde la desembocadura del Baker hasta Puerto Edén, para pedir el apoyo de la Armada en la compra y traslado de la madera de ciprés y un apostadero en la bahía cercana a la desembocadura del río. Esta odisea dio resultados y de este modo la marina chilena se involucra en la fundación de Tortel hacia 1955, dinamizando la actividad de los pobladores, que entonces comenzaron con más ímpetu la explotación del ciprés en sus campos y áreas aledañas.





La navegación de los cuerpos de agua de la cuenca

La navegación fue una actividad regular durante el siglo XX en ríos y lagos de la cuenca. Pobladores ribereños mantenían pequeñas embarcaciones que les permitían trasladarse entre diversos puntos del amplio territorio. Hoy conocemos testimonios del uso de embarcaciones monóxilas de tradición huilliche, botes a remo de tradición chilota, embarcaciones metálicas traída por extranjeros y botes de tela inflables usados por exploradores. Todas ellas movilizándose por el Baker, el lago Cochrane, el lago General Carrera y cursos de agua menores.

Pero, sin duda, es la actividad naviera en el gran lago la que ha dejado huellas imborrables en la memoria de los pobladores. Iniciada a fines de la segunda década del siglo XX como un negocio orientado al traslado de madera, leña y pasajeros entre los distintos puntos que comenzaban a poblarse, tuvo su apogeo durante el ciclo minero de Puerto Cristal y Mina Las Chivas, entre los años cincuenta y setenta. Uno de los barcos más recordados es el *Andes*, traído por tierra desde Argentina y que sirvió en la zona por varias décadas. Comerciantes y empresas mantuvieron embarcaciones en el lago, sirviendo al transporte de pasajeros y mercaderías.

Entre la desembocadura del río Baker y su curso medio, por otra parte, los pobladores que se asentaron al interior de los bosques de ciprés supieron surcar esta corriente en botes y balsas de ciprés, llevando los preciados postes hasta las zonas de acopio y retornando a sus campos a fuerza de pequeños motores y remo. La empresa ganadera Hobbs y Cía. intentó introducir una embarcación mediana para la carrera entre Bajo Pisagua y el puerto San Carlos, en las cercanías del Saltón del Baker. Lamentablemente esta se hundió irremediablemente a los pies del cerro Las Heras, no muy lejos de la desembocadura.

En la actualidad, la navegación fluvial y lacustre está íntimamente ligada a la actividad turística. De este modo, pueden verse kayaks, balsas de *rafting* y botes turísticos recorrer las aguas inmensas del río Baker y los grandes lagos que lo alimentan.





Los ciclos mineros en torno al lago General Carrera

Los curiosos ojos de la niña Guillermina Inallao se posaron sobre el brillo azulado y metálico de una piedra bajo una mata de calafate. La pequeña había ido a la falda del cerro junto a su hermano a dejar los caballos de la familia para que pastaran. Por un instante se olvidó de su tarea y recogió la piedra para mostrársela a sus padres. Era 1936 y la fiebre minera del lago General Carrera estaba a punto de iniciarse sobre su ribera norte. Tiempo después, la familia encontró más piedras y el padre decidió enviárselas a José Antolín Silva Ormeño, devenido cateador de minas luego de haber abandonado Balmaceda, el pueblo que fundó, para dedicarse a la exploración minera.

Las piedras enviadas desde el sector Los Caracuces encendieron vivamente el interés de Silva Ormeño, quien rápidamente inscribió pertenencias mineras en el área y comenzó una frenética búsqueda de capitales para explotar los minerales identificados: plomo, estaño, zinc, algo de plata, tal vez oro también. Pero no fue el único en inscribir las primeras pertenencias, ya que en la ribera sur un grupo de pobladores anunciaba el hallazgo de minerales en los alrededores de Laguna Verde y más al sur, entre el lago Cochrane y la laguna Esmeralda, otros pobladores inscribían vetas minerales.

^

Barco *Don Cote* en Puerto Cristal, 1946. Propiedad de la Empresa Minera Aysén (E.M.A), en él se ensacaban los minerales y concentrados para llevarlos a Chile Chico. Autor anónimo. Puerto Cristal, Provincia de General Carrera, Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo. Colección Museo Regional de Aysén.

‹

Desagüe del lago General Carrera. Sus aguas desembocan en el lago Bertrand, del que se origina el río Baker. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2019.





^

Panorámica de Puerto Cristal.
Antiguo centro de la minería del plomo y zinc,
hoy está abandonado. Autor Foto Ribet, 1953.
Colección Museo Regional de Aysén.

Minera Puerto Cristal, planta de procesamiento, 1953.
El material extraído era bajado en carros desde la alta montaña
hasta la planta de procesos por medio de la gravedad.
Autor anónimo. Gentileza de familia Cosmelli Pereira.
Colección Museo Regional de Aysén.

›

Esquila de ovejas en el rancho Lago Esmeralda,
cerca de Cochrane, Región de Aysén del General
Carlos Ibáñez del Campo.
Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2019.

Diez años después de estas primeras inscripciones, comenzaba la explotación en las tierras del arroyo Cristal por parte de la Compañía Minera Aysén, de capitales santiaguinos y ya sin la intervención de Silva Ormeño, menos de la familia Inallao, ocupantes sin título del predio donde se ubicaba el yacimiento minero. La explotación de plomo y zinc generó en las décadas posteriores un enclave minero de gran relevancia para el desarrollo de la cuenca del lago General Carrera: Puerto Cristal.

Los estudios técnicos del área no se hicieron esperar y ya para la década del cincuenta se habían identificado varios puntos de potencial minero, lo que elevó el interés y apoyo financiero del mismo Estado en la zona. Los más importantes fueron el yacimiento Las Chivas, en la zona conocida como Las Malvinas, sobre el brazo noroccidental del lago, donde surgirá otro campamento minero que posteriormente dará origen al pueblo de Puerto Sánchez; y el yacimiento La Escondida, sobre la ribera sur del lago, en la zona conocida como «Ushuaia» en la época. Pese a las dificultades para el transporte del mineral fuera del territorio, la actividad generó ganancias por algunas décadas, pero el ciclo del plomo y el zinc comenzó a declinar hacia fines de los años sesenta, apagando por completo su brillo azulado en los años noventa del siglo pasado, situación que obligó a la totalidad de los habitantes de Puerto Cristal a una migración forzada, quedando el pueblo abandonado. Diversos proyectos de recuperación patrimonial han logrado durante el presente siglo recuperar la historia y la materialidad del principal pueblo minero de la historia de Aysén.

Por otra parte, en el territorio de Aysén la búsqueda del metal más preciado, el oro, se remonta a fines del siglo XIX. Por referencias de Hans Steffen y Llwyd ap Iwan, se sabe de una partida de mineros ingleses que realizó algunos hallazgos. También los galeses que exploraron los márgenes orientales del territorio lograron dar con algo de este mineral en arroyos y cursos menores de agua. Otro tanto hicieron aventureros en las islas Ipún y Stokes del archipiélago de Los Chonos. Pero es altamente probable que los pobladores asentados en la ribera sur del lago General Carrera descubrieran y mantuvieran en secreto la explotación artesanal de este mineral. Sólo a principios de los noventa del siglo pasado, la prospección industrial logró identificar con seguridad la existencia de este codiciado mineral en cantidades que justificaron el inicio de un nuevo ciclo minero, en el que actualmente se encuentra la cuenca, con altos y bajos, de acuerdo al agotamiento de las vetas y hallazgo de nuevos sectores con potencial.



Siglo XXI:
¿megaproyectos o desarrollos locales en la cuenca del Baker?

En el presente siglo, el río Baker y toda su cuenca han sido escenario de una disputa por su uso en tanto territorio de importantes recursos económicos y culturales. De una parte, se ha intentado implementar megaproyectos económicos como las centrales de generación de electricidad, con la idea de incorporar esta producción a la matriz energética del país, proyecto que finalmente no se logró concretar por la presión ciudadana regional, nacional e internacional; y otros de carácter conservacionista, bajo la modalidad de compra de grandes extensiones de tierra para convertirlas en parques naturales, cuya máxima expresión es hoy en día el Parque Patagonia, que ocupa gran parte del valle Chacabuco, fundado y preparado por el matrimonio Tompkins-McDivitt y posteriormente donado al Estado chileno, siguiendo un programa de filantropía medioambiental que cuenta con otros tantos parques en Chile y Argentina.

Al sur del canal Baker, hacia la zona del ventisquero Montt, la Fundación La Tapera, de la familia Luksic, intenta otro megaproyecto privado conservacionista, pero a diferencia del primero, pretende seguir siendo privado.

Desde otra perspectiva, se intentan procesos locales de desarrollo asociados a la actividad turística,



a la ganadería a pequeña escala y a la revalorización de lo que se ha denominado «la cultura del Baker», forjada por los procesos de ocupación anteriormente descritos.

La tensión entre estos dos polos de actividad y desarrollo impulsados por el ser humano en esta gran cuenca aún no ha bajado. El interés por la generación eléctrica, dado el potencial comprobado que tiene el río, está aún latente. La actividad conservacionista a gran escala sigue presionando el área y los actuales pobladores, descendientes de aquellos que se asentaron en las primeras décadas del siglo XX, junto a los que han llegado desde principios de este siglo, se ven enfrentados no sólo a estas presiones, sino además a las erráticas políticas de Estado que no alcanzan para resguardar el derecho de la cultura del Baker y sus exponentes a vislumbrar un futuro cierto.

‹

Dentro del corte San Carlos
o paso Lucas Bridges, Tierra del Fuego.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

›

Pasarela El Manzano, río Baker.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.







›

A lo largo de todo el país, existen infinidad de ríos en los que practicar la pesca con mosca, pudiéndose capturar truchas fario (*Salmo trutta fario*) o truchas arcoíris (*Oncorhynchus mykiss*) de gran envergadura, además del preciado salmón chinook o king (*Oncorhynchus tshawytscha*) y otras especies salmonídeas. Fotografía de Niccolo Cantarutti, 2015.







SERRANO

Presencia humana desde hace 4.500 años

Francisco Mena · Mauricio Osorio



«La historia de un arroyo, incluso la de aquel que nace y se pierde en el musgo, es la historia del infinito. Estas pequeñas gotas que centellean han atravesado el granito, la caliza y la arcilla; han sido nieve en la fría montaña, molécula de vapor en la nube, blanca espuma en la cresta de las olas; el sol, en su curso diario, las hace resplandecer con reflejos brillantes; la pálida luz de la luna las hace vagamente iridiscentes; el rayo les saca hidrógeno y oxígeno, y luego de nuevo un choque hace correr como agua estos elementos primitivos. Todos los agentes de la atmósfera y del espacio, todas las fuerzas cósmicas han trabajado en concierto para modificar incesantemente el aspecto y la posición de la pequeña gota imperceptible; ella misma es también un mundo como los astros enormes que giran en los cielos y su órbita se desenvuelve de ciclo en ciclo gracias a un movimiento sin reposo.»

Élisée Reclus, *Historia de un arroyo.*

^

Glaciar Pío XI, también conocido como glaciar Brüggen, Campo de Hielo Sur, Región de Magallanes y de la Antártica Chilena. Es de los pocos glaciares del mundo en avance de que se tiene registro. Fotografía de Tomás Munita Philippi, 2018.

‹

Río Serrano, Parque Nacional Torres del Paine. Este torrente se origina en los deshielos de glaciares andinos y va a parar a la Bahía Última Esperanza. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2016.



^

Puerto Consuelo, Seno Última Esperanza,
Región de Magallanes y de la Antártica Chilena.
Fotografía de Guy Wenborne, 2008.

›

Chenque (túmulo funerario) en la cima
del Cerro Guido, ubicado en sierra Contreras,
zona nororiental de la provincia de Última Esperanza,
Región de Magallanes y de la Antártica Chilena.
Se trata del cementerio indígena más alto
(1.270 m.s.n.m.) encontrado en la Patagonia austral.
Fotografía de Thierry Dupradou, 2012.

A diferencia de las zonas desérticas, donde los ríos son cintas de vida que atraen a las poblaciones humanas, en la Patagonia meridional el agua está dispersa en miles de arroyos y ríos menores[1] y los restos arqueológicos pueden hallarse en cualquier lugar, no necesariamente en el curso de los ríos. Hemos decidido centrar esta discusión en la cuenca del río Serrano por su gran tamaño[2] y por ser la primera cuenca después del Campo de Hielo Sur que vierte sus aguas al océano Pacífico a través del seno Última Esperanza. Atraviesa varios ambientes a su paso, desde la estepa semidesértica al bosque siempreverde, alimentándose de varios ríos y lagos que rodean las afamadas Torres del Paine. Esta cuenca constituye una unidad interesante para articular una serie de hallazgos más o menos aislados. La mayoría de los valles de sus afluentes que provienen del este, como el rio Don Guillermo, el Baguales, Vizcachas y Las Chinas, muestran abundante presencia humana a través de variados sitios arqueológicos que incluyen talleres líticos o sitios habitacionales de distintos tamaños y componentes. Algo similar ocurre en las orillas de sus lagos; si sumamos el lago endorreico Sarmiento, se pueden añadir, además, pinturas rupestres.

La cuenca, en un sentido geológico, es reciente. Algunos de sus afluentes se liberaron del hielo hace unos pocos miles de años. Los avances y retrocesos provenientes del oeste fueron disminuyendo paulatinamente en fuerza.

El primer supuesto indicio de ocupación humana antigua de la cuenca lo entrega Calvin Heusser al señalar que la presencia de micropartículas de carbón en un testigo cercano a Torres del Paine de 10.800 años de antigüedad sería producto de agencia humana.

La mayor antigüedad de la presencia humana en el área la posee el sitio Alero Cerro Castillo 1, excavado por San Román y Morello,[3] primeramente, y por Legoupil y colaboradores más tarde.[4] Las evidencias muestran a una población de cazadores-recolectores terrestres que comienzan a ocupar este alero hace cerca de 4.500 años. Sin embargo, también se halló un osteodermo de milodón en el nivel más profundo del sitio, aunque sin asociación cultural alguna.

La presencia de puntas de obsidiana gris veteada y calcedonias provenientes de la zona del río Baguales, así como obsidiana verde del seno Otway y obsidiana negra proveniente de la Pampa del Asador (Santa Cruz, Argentina), sugieren un enclave con un uso pluridireccional de materias primas. El río Don Guillermo, en cuyo valle se ubica este alero, posee una gran cantidad de sitios en sus orillas, tanto en Chile como en su continuación hacia sus nacientes en Argentina.[5] Más al norte, el valle del río de las Chinas está también jalonado de sitios arqueológicos en sus orillas; igual que el río Baguales[6] y el Vizcachas.

Un chenque (túmulo funerario de piedras) hallado en la cima de Cerro Guido (a una altura de 1.260 m.s.n.m.) hace ya más de un siglo, pero estudiado recientemente, pudo arrojar algunos resultados de importancia para conocer la dinámica humana de sus alrededores, pese a los sucesivos saqueos a que fue sometido. Los restos fragmentarios correspondían, al menos, a siete individuos, datados algunos con una máxima antigüedad de un milenio.[7]

Un par de extensos osarios de restos de guanaco y algún material lítico hallados en la orilla del lago Toro fueron datados con fechas superiores a tres milenios,[8] mientras que más al oeste un sitio erosionado, a cielo abierto, cerca de la vega de la Administración del Paine, arrojó una fecha de hace 4.340 años para un pequeño fogón junto a escasos restos líticos.



›

Arriba: Frigorífico Bories, 1925.
Última Esperanza, Puerto Natales,
Región de Magallanes y de la Antártica
chilena. Vista general del frigorífico
de Puerto Bories, de la Sociedad
Explotadora de Tierra del Fuego.
Colección Museo Histórico Nacional.

Centro: Estancia Última Esperanza, *ca.*
1930. Obreros en faena de esquila.
Pool fotográfico Zig-Zag.
Colección Museo Histórico Nacional.

Abajo: Aónikenk (tehuelches)
junto a un toldo, Magallanes.
Fotografía de Emilio Garreaud, 1900.
Negativo sobre vidrio, 12 x 9 cm.
Colección Museo Histórico Nacional.

˅

Río Paine en la zona del Salto Grande,
Parque Nacional Torres del Paine.
El Paine abastece de aguas al lago
Nordenskjold, del que sale en forma
de cascada con un gran caudal.
Al fondo se divisan los impresionantes
cuernos del Paine.
Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2016.

Respecto al resto de los sitios de la cuenca, los más importantes son extensos talleres líticos y algunos sitios de cacería o habitacionales de cierta importancia a orillas de los afluentes del Serrano.

Ahora bien, los ríos de la zona, como muchos otros, han sufrido varias inundaciones en tiempos históricos. Estas pudieron arrasar con buena parte de la evidencia arqueológica y sería de esperar que mientras mayor fuera la fuerza de estas, mayor será la ausencia de evidencia. Esto es especialmente notable en el curso inferior del río Serrano, que parece muy dinámico.

Sea como sea, al parecer, la presencia humana va decreciendo en antigüedad de este a oeste. Los últimos vestigios humanos conocidos se ubican en un gran taller lítico en la laguna de los Choros, a los 73° de longitud oeste, en pleno bosque siempreverde y cerca nada menos que de un ciprés de las Guaitecas. Se trata de la evidencia de una de las excursiones más occidentales por parte de los cazadores terrestres.

Si los ríos pudieron o no actuar como límites para las poblaciones humanas del pasado es difícil de decir. La cuenca del Serrano pudiera ser un buen ejemplo. La mayoría de sus ríos posee sitios arqueológicos en ambas orillas. En el curso medio del Serrano, donde afluentes como el río Paine o el Grey podrían ser obstáculos al paso humano, se observan sitios en ambas orillas.









Hay períodos de crecidas en que los ríos ciertamente se transforman en pasos infranqueables, pero hacia fines del verano pudieron cruzarse a pie seguramente, o incluso en invierno, cuando estaban congelados. Las últimas evidencias indígenas en la zona se remontan a principios del siglo XX en que una parcialidad aónikenk liderada por el cacique Francisco Blanco (Painakan) deambulaba entre el río Vizcachas y el Tres Pasos.

A pesar de este antiguo enjambre temporal humano en el área, las poblaciones urbanas posteriores no proliferaron en la cuenca. En la competencia soberana entre Chile y Argentina se fue entregando tierras, principalmente a colonos europeos. En Última Esperanza primaron los alemanes, algunos ingleses y pocos chilenos. Más tarde, con los remates de tierras de principios de siglo, entraría el latifundio.

El territorio se explotó ganaderamente donde se podía, especialmente las grandes estancias ovinas de Cerro Guido y Cerro Castillo de la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego, que aprovechaban las estepas del oriente de la cuenca y requerían de puertos en los canales del Pacífico. Las poblaciones de fines del siglo XIX, como los puertos Consuelo, Prat y Cóndor y, finalmente, Puerto Natales a principios del siglo XX, se nutrían de la ganadería ovina de esas grandes estancias y otras más pequeñas y los frigoríficos.

Muchas de esas estancias se instalaron —como hemos visto— en la gran cuenca del río Serrano, que constituye un caso emblemático de lo que ha sido la acción humana en estas latitudes. Aunque en ríos menores de Magallanes continental y Tierra del Fuego se han hallado restos arqueológicos aislados, esta cuenca es el mayor sistema hídrico de la región y ofrece un potencial arqueológico particularmente rico.

[...] Canta el Baker y los ríos
de las aguas más heladas que aún
no tienen nombres. [...]

Raúl Zurita, «Primer canto de los ríos».
En *Canto de los ríos que se aman*.



Ñirres. Paola Vezzani, 2020.
Escultura en plancha de acero calada manualmente con la técnica de corte por plasma. 115 x 96 cm.
Colección particular.

LOS RÍOS DE CHILE

Una ética del cohabitar para su conservación biocultural

Ricardo Rozzi

Sueños y pasos que me unían
a la voz del río,
seres en movimiento,
golpes de luz en la historia,
tercetos encendidos como lámparas.
El pan y la sangre cantaban
con la voz nocturna del agua.

Pablo Neruda, 1950.

Los ríos son mucho más que meros canales de agua. Son comunidades bioculturales donde se ensamblan elementos biofísicos y culturales, y tal como ilustran los capítulos de este libro, la mayoría de las culturas de Chile ha surgido asociada a ellos. Los ríos representan relaciones ancestrales con los pueblos precolombinos y a la vez mantienen complejas relaciones con la ganadería, la agricultura, la minería, la energía y la urbanización contemporáneas. Bajo una perspectiva biocultural, los ríos de Chile nos invitan a repensar la concepción unidimensional prevaleciente durante la modernidad acerca de su importancia para la vida.

El río concebido unidimensionalmente como un flujo de agua es un mito, pero uno engañoso. Hoy muchos gobernantes aseguran que si no se construyen represas o canales, el agua de los ríos se pierde irreversiblemente al llegar al mar. El expresidente de Perú, Alan García, escribió un impopular artículo titulado «El síndrome del perro del hortelano»[1] donde criticaba que «los ríos corren por ambos lados de la cordillera, desembocan en el océano sin producir energía eléctrica» debido a las comunidades locales que tienen recursos que no explotan y que no permiten que nadie más explote. Su visión expresa el espíritu modernista e individualista de Thomas Hobbes, incapaz de comprender la interdependencia entre las culturas y los ríos.

Los proyectos de infraestructura hídrica a gran escala se convirtieron en paradigmas del siglo XX. Los ríos se bombearon, canalizaron, estratificaron, represaron y desviaron, transformando masas de agua muy diversas (ríos, arroyos, lagos, humedales, estuarios y acuíferos) para la agricultura de regadío, energía, abastecimiento de zonas urbanas o simplemente para favorecer intereses económicos. La Comisión Mundial de Represas estima que a nivel mundial, entre 1945 y 2000 ochenta millones de personas fueron desalojadas para construir grandes represas, afectando principalmente a pueblos indígenas y minorías étnicas[2] que se vieron obligadas a migrar de sus territorios ancestrales inundados. Como consecuencia, más de quinientos millones de personas dependientes de los ríos han perdido sus hábitos de vida y degradado su bienestar.[3] La transformación de lagos, ríos y acuíferos naturales genera gran impacto y drásticas pérdidas de diversidad biocultural e hidroecológica.





«

Salto de la Princesa, Parque Nacional Tolhuaca, Curacautín.
De unos 25 metros de alto, es producto de un desnivel que produce
que el estero La Gloria pase a vaciar sus aguas al río Cautín.
Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2015.

‹

Pescador en la barra de la desembocadura del río Toltén.
Este sector constituye una pintoresca caleta de pescadores.
Fotografía de Guy Wenborne, 2013.

El agua «ha fluido» hacia el siglo XXI homogeneizada. Bajo el esquema de las «3Hs» de la ética biocultural[4] distinguimos cómo el hábito de represar, canalizar, vender y desviar los cursos de agua conduce a hábitats homogéneos caracterizados por grandes infraestructuras, pavimentos y acueductos, con la consiguiente eliminación de comunidades de cohabitantes humanos y otros-no-humanos. Al mismo tiempo, el enfoque de las «3Hs» nos puede orientar para generar reconexiones de las sociedades humanas con los ríos. Hoy los ríos nos abren oportunidades para la revalorización, revitalización, reinvención y recuperación de las relaciones fluviales dentro de los procesos de conservación biocultural.[5] Una ética del cohabitar cuida los hábitats, amplía el espectro de sobrevivencia y defiende el bienestar de los diversos cohabitantes.[6]

Para facilitar una comprensión biocultural de la relevancia del cauce natural de los ríos, la filósofa Irene Klaver resalta el concepto de meandro o serpenteo sinuoso de las aguas.[7] Desde la modernidad temprana, los ríos se han homogeneizado, canalizándolos para el transporte fluvial comercial, la determinación de los límites de las propiedades y la planificación urbana. «Serpentear» adquirió una connotación negativa, sinónimo de deambular sin rumbo y divagar a través de una discusión interminable, lo opuesto al «progreso».[8] Sin embargo, a fines del siglo XX se comenzó a re-comprender los valores ecológicos y culturales de los meandros.[9]

Las nuevas comprensiones del caos y la complejidad[10] permiten revalorizar el serpenteo para percibir los ríos como *algo más* que meros canales de agua o líneas azules dibujadas en los mapas. Los ríos son «in-fluidos por» e «in-fluyen sobre» la geología, el aire, los suelos, los conjuntos de seres vivos y las culturas que los cohabitan.[11] Los ríos crean sus propias hidrosferas, biosferas y atmósferas, sustentando intrincadas redes de relaciones en una «ciudadanía hidráulica», en términos del antropólogo Nikhil Anand.[12] La ciudadanía hidráulica integra dimensiones biofísicas, sociales, políticas, estéticas, emocionales y culturales en nuestra cohabitación con los ríos. La ecóloga dulceacuícola chilena Tamara Contador[13] ha desarrollado nuevos métodos de estudio donde los «bichitos de los ríos» no son capturados para colecciones científicas, sino cuidadosamente estudiados en sus hábitats y considerados sujetos, esto es, «seres con un interés propio y capacidad de sentir dolor y placer».

›

Río Maipo, sector Las Melosas. La formación geológica
Las Melosas se originó producto de la erosión del viento
y el paso del río Maipo por una de sus quebradas más estrechas,
lo cual esculpió con suavidad y ondulaciones la superficie de las rocas.
Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2016.



Esta visión científica converge con la cosmovisión ancestral y valores mapuche, como expresa el poeta pehuenche Leonel Lienlaf:[14]

Mañkean ñi dungu
Umagtuken
lafken pewmamu ina nepeken
challwa nepenmu.
Ayeken kümemew,
Ngümaken mawünmew
feley ta ñi mongen,
feley ta ñi nütram,
fewla umagtuan.

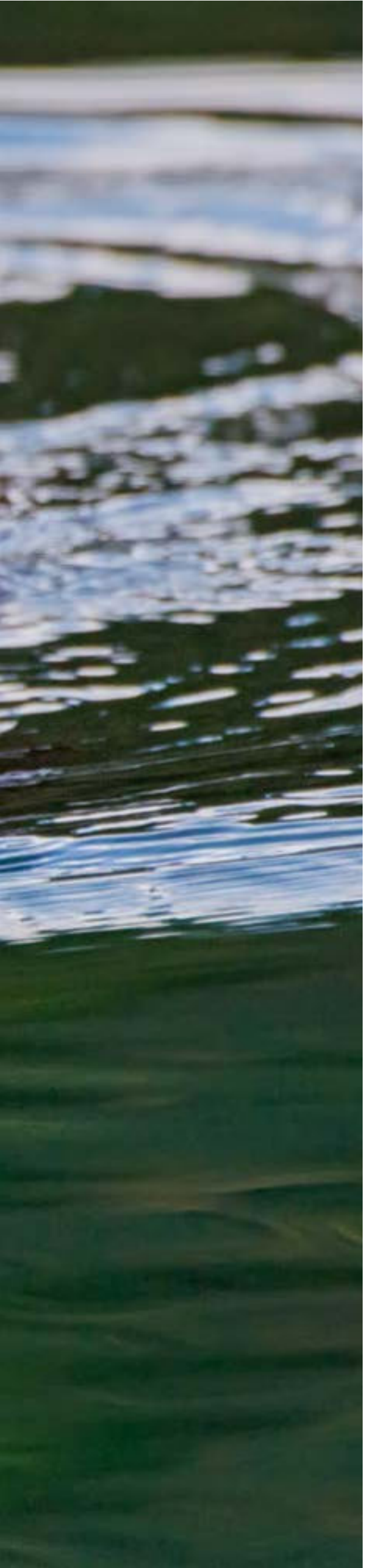
El sueño de Mañkean
Mi risa es el sol del mediodía,
mis lágrimas las vertientes.
Mi sueño el descanso del amor,
y mi despertar la vida de los peces.
Es así mi existir,
es así mi palabra,
y las aguas me continúan cantando.

El poema bilingüe (mapudungun y español) de Lienlaf expresa la conciencia de una genealogía común de cohabitantes humanos y otros-no-humanos, cuyos flujos de energía y materia están interconectados. Los humanos y otros seres caminan juntos. El dolor de uno es el dolor del otro. El agua del manantial es el agua de las lágrimas. La diversidad biológica y la diversidad cultural fluyen juntas. Visiones ancestrales de pueblos originarios y contemporáneas científicas afirman que el bienestar de los seres humanos y otros seres van de la mano.[15]

Con este enfoque biocultural, los modelos geométricos y homogeneizadores de los ríos dan paso a modelos de complejidad e indeterminación.[16] No sólo los flujos de agua, sino las dinámicas de culturas y su cohabitación con diversas comunidades humanas e intereses, animales, plantas, sedimentos, infraestructuras, capital, energía, turistas, dinero, intercambios y experiencias nos convocan a una nueva cosmovisión y relación con los ríos para una conservación biocultural en Chile y el mundo.







‹

Huillín (*Lontra provocax)*, Patagonia.
La nutria de río o huillín es un mamífero acuático
que habita en ríos y lagos de la Patagonia.
Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2014.

Los ríos en la nueva Constitución de Chile

Para embarcarse en la conservación biocultural de los ríos, es necesario comprenderlos como bienes comunes. Debemos desprendernos de la prevalencia de derechos individuales y adoptar los derechos comunes.[17] El agua proporciona la materialidad, el medio y el marco para pensar y cohabitar en común. Para ello, varios países han adoptado la figura de los derechos bioculturales.

El nuevo constitucionalismo latinoamericano ha ampliado y transformado el entendimiento de los derechos del medio ambiente, y como ha documentado el filósofo Baird Callicott,[18] el reconocimiento de derechos a la naturaleza forma parte de las cosmovisiones de diversos pueblos y tradiciones culturales. El cambio surge a raíz de la aceptación de fenómenos críticos como el cambio climático y el agotamiento de los recursos naturales. En octubre de 2020 y mediante un plebiscito, la población chilena expresó la fuerte motivación por generar un nuevo texto constitucional que fuera reflejo de los acuerdos y deseos de la comunidad, incluyendo entre ellos la mejora de nuestra relación con la naturaleza. En medio de la actual crisis ecológica y climática que vivimos a nivel nacional e internacional, afirmar los derechos de la naturaleza surge como una opción frente a la desconexión de los seres humanos del mundo natural.

A fines de la década de los setenta, el jurista checo Karel Vasak[19] identificó tres generaciones de derechos humanos, en un paralelo con los conceptos centrales de la Revolución francesa: la primera generación está vinculada al concepto de *libertad* e incluye derechos políticos y civiles fundamentales; la segunda, al concepto de *igualdad* e incluye derechos económicos, sociales y culturales; y la tercera, al concepto de *solidaridad* e incluye derechos tanto de los pueblos originarios como de la naturaleza. El derecho a vivir en un medioambiente sano reconoce la relación entre la salud de los seres humanos y del conjunto de seres que cohabitan en los ríos, montañas, bosques, mares y otros ecosistemas.

Un hito histórico reciente que expresa el cambio de cosmovisión en la relación con los ríos corresponde a la atribución de derechos bioculturales al río Atrato en la Constitución de Colombia en 2016, al río Whanganui a partir de un acuerdo de Nueva Zelanda en 2017, y a los ríos Ganges y Yamuna por parte del Tribunal Superior de Uttarakhand en la India en 2017. Estos derechos bioculturales se implementan a través del cuidado que asumen las comunidades, especialmente los pueblos originarios y otras comunidades locales, científicos, autoridades, educadores y la ciudadanía en general.

›

Río Grey, Parque Nacional Torres del Paine.
Este cauce nace en el lago Grey y fluye a través del Parque Nacional Torres del Paine para desembocar en el río Serrano.
Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2016.

Los derechos bioculturales reconocen la relación entre los hábitos de vida de las comunidades y los hábitats donde se desarrollan, como también la relación entre diversidad biológica y cultural. En términos de la Constitución de Colombia:

> *Los denominados derechos bioculturales (...) resultan del reconocimiento de la profunda e intrínseca conexión que existe entre la naturaleza, sus recursos y la cultura de las comunidades étnicas e indígenas que los habitan, los cuales son interdependientes entre sí y no pueden comprenderse aisladamente. De esta manera, se reconfigura la noción y ejercicio de los derechos del medioambiente, pues reconoce a entidades del ecosistema como sujetos de derecho y define que su amparo se derive de la acción de tutela por custodios de la naturaleza para implementar los derechos bioculturales.*[20]

Los ríos están resurgiendo gracias tanto a prácticas de restauración ecológica como a una nueva imaginación biocultural. Los meandros y los cursos de agua se restauran hoy a menudo por las mismas empresas de ingeniería que en el siglo XX canalizaron las vías fluviales.[21] Las nuevas prácticas escuchan a los ríos, como hiciera el poeta Pablo Neruda, cohabitan con ellos para generar pan y evitar el derramamiento de sangre.

Los meandros nos convocan a una ética biocultural que fluye en procesos políticos y de deliberación social que integra lo tecnológico y lo natural en una dinámica continua. Con sus serpenteos recorren los hábitats más lentamente, infiltrándose en profundidades biofísicas y culturales, escuchando los murmullos de múltiples voces comunitarias, científicas, poéticas y legislativas.

Los meandros nos abren hacia horizontes de reencuentro con los ríos y de conservación biocultural. Como afirma el antropólogo y kayakista Jens Benöhr, es «a través de la articulación entre comunidades y la generación de un vínculo activo con los ríos, donde lograremos cohabitar ya sea a través de la ciencia, el deporte y el turismo».[22]

En los albores de la civilización occidental el filósofo presocrático Heráclito nos advertía que uno no puede bañarse dos veces en el mismo río. En diferentes momentos encontraremos diferentes aguas, diferentes materiales sedimentarios transportados y depositados, con cambios algunas veces imperceptibles y otras, perturbadores. Si bien no es posible devolver ningún río a una configuración anterior, las palabras de Heráclito nos alientan a tomar medidas para que libre, clara, respetuosa y asombrosamente fluyan las aguas de los ríos de Chile con bienestar para el conjunto de cohabitantes de las diversas culturas y especies que somos generosamente nutridos por estas arterias que surcan nuestros hábitats compartidos.









NOTAS

I RÍOS DEL NORTE
DESDE EL LLUTA AL LIMARÍ

LLUTA Y AZAPA

Valles que interrumpen el desierto

1 Vivar 1966 [1558]: 8-9, Cap. III.
2 Lumbreras 1981; Núñez 1979.
3 Schiappacasse, Castro y Niemeyer 1989.
4 Wachtel 1997; González, Ross y Ovando 2016.
5 Keller 1946.
6 Álvarez 1991; Keller *op. cit.*
7 Keller *op. cit.*: 139.
8 Hidalgo 2009.
9 Keller *op. cit.*.154.
10 Hidalgo *op. cit.*
11 Castro 2004.
12 Al respecto, Hidalgo señala: «No sabemos cuánto de este proyecto fue idea original de O'Brien o si se limitó a sistematizar viejas aspiraciones de los habitantes de la región» (2009: 12).
13 Ugalde *et al.* 2021.
14 Muñoz 2004, 2012; Rivera 1987.
15 Standen *et al.* 2021.
16 Uribe *et al.* 2020.
17 Espoueys *et al.*1995; Horta 1997; Santos y Romero 2006; Schiappacasse, Castro y Niemeyer *op. cit.*
18 Arriaza *et al.* 2018; Byrne *et al.* 2010; Swift *et al.* 2015.
19 Parcero-Oubiña *et al.* 2016.
20 Osorio y Santoro 1989.
21 McRostie *et al.* 2018.

LOA

Un corredor de vida en la aridez
más extrema del planeta

1 Niemeyer 1980, 1979; Hoffman y Armesto 2014; Maldonado *et al.* 2016.
2 Hoffman y Armesto *op. cit.*
3 Aldunate *et al.* 1981, 1983; Villagrán y Castro 2003.
4 Gallardo *et al.* 1993; Carrasco *et al.* 2003.
5 Aldunate *et al.* 1986; Castro *et al.* 2018.
6 Castro y Aldunate 2003; Castro y Ceruti 2018.
7 Berenguer *et al.* 1984; Castro y Aldunate 2003.
8 De Souza *et al.* 2021.
9 De Souza 2004a; Santoro *et al.* 2016.
10 Aldunate *et al.* 1986; De Souza 2004a; Núñez *et al.* 2006 a; Santoro *et al.* 2016; Castro *et al.* 2018.
11 Núñez 1985; Berenguer *et al.* 1985; Gallardo *et al.* 1990; Núñez y Castro 2011; Berenguer, este volumen; Gallardo 2018.
12 Gallardo *et al.* 2017; Ballester y Clarot 2014; Núñez 1965b; Núñez *et al.* 2016.
13 Núñez 1992; Berenguer 2004.
14 Sinclaire 2004; Castro *et al.* 2016.
15 Cartajena 2011; Cartajena *et al.* 2009.
16 Benavente 1978, 1992; Núñez *et al.* 2006, 2016; Núñez y Santoro 2011; Santoro *et al.* 2016.
17 Núñez *et al.* 2006; Núñez y Santoro 2011; Gallardo *et al.* 2017; Castillo *et al.* 2017.
18 Aldunate *et al.* 1986; Sinclaire 2004.
19 Gallardo 2018, 2004.
20 Sinclaire 2004.
21 Aldunate *et al.* 1986; Sinclaire 2004.
22 Aldunate *et al.* 1986; Castro *et al.* 1994; Sinclaire 1985.
23 Aldunate y Castro 1981; Aldunate *et al.* 1986; Castro *et al.* 1994; Rees y De Souza 2004; Martínez 1985b; Gallardo *et al.* 2012; Castro *et al.* 2016.
24 González y Westfall 2010.
25 Thomas C. *et al.* 1995; Mc Rostie *et al.* 2019; Capriles *et al.* 2021.
26 Mc Rostie *et al.* 2019.
27 Hermosilla y Barrera 2010.
28 De Ugarte y Gallardo 2017; Castillo *et al.* 2017.
29 Artigas y García 2010.
30 Briones *et al.* 2005; Pimentel *et al.* 2017.
31 Agüero 1997; Cervellino y Téllez 1980; Agüero *et al.* 2004; Gallardo *et al.* 2017.
32 Agüero *et al.* 2004.
33 Núñez 1971; Núñez *et al.* 1916.
34 Núñez 2006.
35 Núñez 1999.
36 Salazar y Salinas 2008.
37 Gallardo 2018; Gallardo y Yacobaccio 2005, 2007; Castro *et al.* 2016.
38 Berenguer, este volumen.
39 Berenguer 1993,1998; Castro *et al.* 2016.
40 Berenguer y Daulsberg 1989; Sinclaire 2004; Adán y Uribe 2005; Berenguer 2004a; Castro *et al.* 2018.
41 Núñez y Dillehay 1978; Berenguer 2004.
42 Correa y García 2014; Pimentel 2003.
43 Briones *et al.* 2005.
44 Aldunate *et al.* 1982, 2003; Berenguer *et al.* 1984; Castro *et al.*1993.
45 Pollard 1970; Thomas 1978; Sinclaire 1994; Berenguer 2004.
46 Mostny 1952; Núñez 1978.
47 Aldunate *et al.* 1986; Urbina 2007, 2010; Salazar *et al.* 2013.
48 Aldunate *et al.* 1986; Urbina 2007.
49 Field 1966; Aldunate y Castro 1981; Castro 1988.
50 Parcero-Oubiña *et al.* 2016; Urbina 2010, 2007; Adán y Uribe 1995; Schiappacasse *et al.* 1989; Aldunate y Castro 1981.
51 Berenguer 2004; Mercado 2020.
52 Berenguer 2004.
53 Artigas y García 2010.
54 Aldunate y Castro 1981; Castro *et al.* 1979.
55 Aldunate 1993; Aldunate *et al.* 1986, 2003; Berenguer *et al.* 1984; Castro *et al.* 1993; Castro *et al.*. 1984; Schiapacasse *et al.* 1989; Castro *et al.* 2016; González 2017.
56 56 Adán y Uribe 1995.
57 57 Villagrán y Castro 1999.
58 Adán y Uribe 1995; Schiappacasse *et al.* 1989; Uribe y Adán 1995.
59 Aldunate *et al.* 2003.
60 Thomas 1978.
61 Contreras 2020.
62 Carmona 2016.
63 Gallardo *et al.* 1993; Uribe 2003; Carrasco *et al.*2003 .
64 64 Cornejo-Bustamante 2014.
65 Castro *et al.* 2004; Berenguer *et al.* 2005.
66 Berenguer y Cáceres 2008.
67 Sanhueza 2004.
68 Hyslop 1992; Matos Mendieta y Barreiro (eds.) 2015.
69 Castro y Varela 2000; Aldunate 2001; Castro *et al.* 2004.
70 Berenguer y Cabello 2004; Berenguer 2005, 2007; Berenguer y Cáceres 2008; La Mura 2014.
71 Castro 1992; Berenguer 2017; Aldunate 1993; Castro *et al* 1993; Aldunate 2001 b; Urbina 2007; La Mura 2014.
72 Núñez 1999; Salazar 2005.
73 Uribe 1999; Uribe y Carrasco 1999; Varela 1999.
74 Villagrán y Castro 1999; Villagrán *et al.* 1998.
75 Uribe 1996, 1999; Uribe y Adán 2000.
76 Ziólkowski 1997; Zuidema 1989.
77 Castro y Uribe 2004.
78 Gallardo 2018; Castro y Varela (eds.) 1994.
79 Troncoso *et al.* 2019.
80 Gallardo y Vilches 2001.
81 Castro y Martínez 1996; Castro y Varela 1992, 2000.
82 Varela 1999; Urbina 2007.
83 Martínez 2006.
84 Mellafe 1976; Castro 1997.
85 Cañete y Domínguez 1952 [1787]; Casassas 1974; Hidalgo 1984b; Sanhueza 1991; Castro 1997.
86 Vibar 1966 [1558]: 14.
87 Díaz de Guzmán 1835 [1612].
88 Martínez 1988.
89 Castro 1992.
90 Hidalgo 1986.
91 Castro 1998; Barnadas 1988; Vargas Ugarte 1953; Casassas 1974.
92 Téllez y Silva 1989.
93 Casassas 1974.
94 Hidalgo 1986.
95 Castro 1997.
96 Casassas 1974.
97 Castro 1997.
98 Castro y Uribe 1994 (reimpreso 2016).
99 Casassas 1974 a y b.
100 Probanza de méritos de Francisco Otal (siglo XVII), en Castro 1997.
101 Castro 1997, 2004.
102 Hidalgo 1986.
103 Castro 1997.
104 Conti 2006; Conti y Sica 2011; Sanhueza y Gundermann 2007.
105 Sanhueza 1991.
106 Aldunate *et al.* 2010; Letelier y Castro 2016.
107 Molina 2017 a y b.
108 Arenas *et al.* 2018; Gallardo 2018; Gallardo *et al.* 1990.
109 Barros 2008.
110 Sanhueza y Gundermann 2007.
111 Ver entre otros: Castro 1988b; Castro y Aldunate 2003; Castro y Varela 2004; Castro y Varela (eds.) 2004; Castro 2017; Gómez y Gómez 2015; Melero *et al.* 2015; Mercado 2020; Manríquez 2019, 2017; Miranda 2019; Villagrán y Castro 2003.
112 Melero *et al.* 2015; Mercado 2020.
113 Berenguer 1994 a y b, 1995 a y b, 1999; Berenguer y Cáceres 1989; Berenguer *et al.* 1975.
114 Castro y Varela 1982; Castro y Varela (eds.) 1994; Manríquez 2017, 2019; Martínez 1985.
115 Aldunate 1985; Cavieres 1985; Castro 1997b.
116 Castro y Aldunate 2003; Castro y Varela (eds.) 2004; Manríquez 2019.
117 Manríquez 2017, 2020.
118 Aldunate *et al.* 1981.
119 Castro y Varela 1992; Castro y Varela 1997; Aldunate 2001c.
120 Castro y Varela 2000.
121 Castro y Varela 1992.
122 Castro y Varela (eds.) 1994.
123 Aldunate *et al.* 1981, 1983; Villagrán y Castro 1999, 2003; Villagrán *et al.* 1998.
124 Mc Rostie *et al.* 2017.
125 Aldunate *et al.* 1981, 1983; Villagrán y Castro 2003; Castro 1986; Castro y Rottmann 2016; Villagrán y Castro 1998, 1999; Miranda 2019 [1997].
126 Aldunate *et al.* 1981, 1983; Villagrán y Castro 2003.
127 Ver Castro 1986; Castro y Rottmann 2018.
128 Cartajena *et al.* 2003.
129 Cartajena 2003; Castro *et al.* 2018.
130 Castro y Martínez 1996.
131 Aldunate y Castro 1981; Martínez 1985; Castro *et al.* 2018.
132 Melero *et al.* 2015; Mercado 2018.
133 Villagrán y Castro 2003.
134 Villagrán y Castro 1999.
135 Aldunate 1985, 1997; Castro 1997b; Molina y Yáñez 2011; Prieto 2015, 2017; Rowlands 2018.
136 Gómez y Gómez 2015.
137 Villagrán y Castro 2003.
138 Salazar y Vilches 2014.
139 Manríquez 2018.
140 González 1999.
141 Aldunate 1997.
142 Rowland 2018; Molina 2005; Molina y Yáñez 2011.
143 Carrasco 2014, 2020 .
144 Niemeyer 1979.
145 Santoro *et al.* 2018.
146 Castro *et al.* 2018.

ARTE RUPESTRE

Obras maestras en la cuenca del Loa

1 Berenguer 2017; Berenguer *et al.* 1985; cf. Niemeyer 1967: Fig. 3-5.
2 Núñez y Santoro 1988.
3 Núñez y Santoro 1988: 51-52.
4 Berenguer 1999; Berenguer 2017.
5 Gallardo y Yacobaccio 2004.
6 Horta 1996.
7 Berenguer 1996.
8 Gallardo 2001: 89 y ss.; Le Paige 1965: Lám. 17a.
9 Gallardo *et al.* 1999: 64, 84.
10 Gallardo y Yacobaccio 2004.
11 Berenguer *et al.* 1985.
12 Sinclaire 1997.
13 Berenguer 1999: 34, 39; Gallardo *et al.* 1999: 71, 75.
14 Aldunate 1993.
15 Berenguer 2004: 430-435.
16 Berenguer 1999.
17 Berenguer *et al.* 2007; Gallardo y Vilches 1995.

COPIAPÓ

De *Mama Copayapu*
a San Francisco de la Selva

1 Estudiosos como Carlos María Sayago, José Toribio Medina, Gualterio Looser, Ricardo Latcham, Francisco Cornely o Jorge Iribarren. Desde 1961 se asienta la figura de Hans Niemeyer, quien renovó las posibilidades de investigaciones arqueológicas en el valle, sumándose en la década de 1980 Miguel Cervellino

y Gastón Castillo; tiempo que culmina en 1995 cuando, tras el polvo de excavaciones sistemáticas, cristaliza la reunión de resultados en la edición del libro *Culturas prehistóricas de Copiapó* (1998). La natural renovación de estudios en el valle de Copiapó se ha basado en la presencia de investigadores de la talla de Carlos González y Francisco Garrido; este último retomó con su equipo de trabajo el estudio de los clásicos asentamientos de Punta Brava, La Puerta, Viña del Cerro e Iglesia Colorada.
2 Niemeyer 1998: 109.
3 Niemeyer 1985: 165-232.
4 Especialmente Ojos del Salado que, a pesar de ser un adoratorio modesto, según Johan Reinhard (1991), es la cumbre más alta del territorio nacional, llegando a los 6.893 m.s.n.m.
5 Limón 2006: 85-111.
6 Niemeyer 1985; Niemeyer, Cervellino y Muñoz 1983: 32-35.
7 Garrido 2020.
8 *Ibídem*.
9 *Ibídem;* Kaempffer 1904.
10 Betanzos 1987.
11 *Ibídem*.
12 Alcedo 1788; Barreiro 1929.
13 Cortés Larravide 2021.
14 Astudillo Pizarro 2018.
15 Los relatos colla argumentan que la escasez de agua ha sido recurrente en las economías familiares a causa de las sequías –«los años malos»–, una desigual competencia por el recurso con la minería, los conflictos con agricultores que ocuparon espacios similares y la contaminación provocada por la fundición de Paipote, lo que, según los afectados, en buena parte los llevó a terminar con los ganados (Molina Otárola 2014).
16 Recuerdos de Sixto Aróstica en sus correrías de hacendado, estanciero y arriero (18 de agosto de 1988).
17 Santillán 1558 en Cortés Olivares 2004: 12-241. Desde la descripción de los «camanchacas pescadores» pertenecientes a la encomienda de Copiapó y Morro Moreno («El Morro», costa de Caldera) arranca el conocimiento histórico sobre los changos, cuyo desarrollo a partir del siglo XVIII se perfilará mediante una fuerte relación familiar entre Paposo y Cobija.
18 Al tenor del dinámico tejido social, una percepción en blanco y negro se aviene con el interés por blanquear la piel amerindia, sin extrañar entonces que en 1913 se diera por sentado que «no había indios ni sangre india en Copiapó» al consultársele a un vecino acerca de «niños tan morenos y de piel tan oscura» (Bowman 1941: 267-330).
19 Camus 2004.
20 Astudillo Pizarro *op. cit*. El autor se refiere a una observación escrita por Claudio Gay en 1865 que, en términos similares, plantea María Piedad Alliende Edwards respecto a La Copiapó, el primer ferrocarril chileno, de Caldera a Copiapó, inaugurado para la Navidad de 1851.
21 Sayago 1973 [1874].
22 Camus *op. cit*. Es preciso señalar que las familias de tradición montañesa, que en varios casos relatan antiguos parentescos con pueblos fronterizos argentinos, sobreviven mediante siembras de alfalfa y algo de chacarería regada con agua de vertiente represada durante la noche en torno a las vegas de cordillera que Hans Niemeyer (1983) comenzó a realzar desde 1961, familiarizándose tanto con los habitantes de aquellos parajes como con la profusión de tamberías, que año a año fue relevando topográficamente. Las mismas veranadas en que estuvieron los incas contribuyen a la fructificación de una ganadería menor, colindando en las últimas décadas con el auge de la industrialización agrícola basada en el monocultivo, que ha trepado tras el agua de pozo hasta las puertas de las antiguas rutas del alto Copiapó.
23 Se agradece la amable colaboración del lingüista ovallino Luis Guerrero Rojas por la entrega de esta certidumbre.

EL OLIVAR
En busca de la identidad Diaguita
1 Cornely 1944, 1956.
2 Troncoso *et al.* 2016.
3 Ampuero 1972-73; Troncoso *et al.* 2016.
4 Cornely 1956.
5 González 2017; Cantarutti y González 2021.
6 Cantarutti y González 2021.
7 *Ibídem*.
8 Cartagena 2018.
9 González 2016.
10 Cerda 2019

ELQUI
Historia de un valle
1 Carvajal Lazo 1993: 168.
2 Mariño de Lobera 1867: 78.
3 Carta de Pedro de Valdivia al emperador Carlos V. Valdivia 1955: 37.
4 Thayer Ojeda 1911: 39-41.
5 Sobre la refundación de La Serena, Silva Lezaeta 1953: 147-153.
6 Thayer Ojeda *op. cit.*: 45-48.
7 Guarda 1986.
8 Sepúlveda G. 1959: 18.
9 Ramos 1967: 12 y 30-31.
10 Carmagnani 1963: 41-48.
11 *Ibídem:* 37-38.
12 Greve 1938: 556-559.
13 Herrera Vega 2011: 126-135.

II RÍOS DEL CENTRO DESDE EL CHOAPA AL MAULE

CHOAPA
Los pastores trashumantes del Norte Chico
1 En esta parte se sigue a Niemayer (2000), pp. 25-26.
2 *Proyecto de limitación territorial entre las provincias de Aconcagua i Coquimbo y entre los departamentos de Illapel y Petorca*, 1864.
3 De aquí en adelante, seguimos a Maino 2015.

ACONCAGUA Y MAIPO
Ríos que dieron vida a los primeros habitantes
1 Para una descripción ampliada de la ocupación de las cuencas del Aconcagua-Maipo por parte de cazadores-recolectores, ver Cornejo *et al.* 2016.
2 Sanhueza y Falabella 2010.
3 Planella *et al.* 2005.
4 Para una descripción ampliada de la ocupación de las cuencas del Aconcagua-Maipo entre los años 300 a.C. y 1450 d.C., ver Falabella *et al.* 2016.
5 Planella *et al.* 2014.
6 Planella *et al.* 2010.
7 Planella *et al.* 2014.
8 Falabella *et al.* 2020.
9 Sanhueza *et al.* 2019.
10 Pavlovic *et al.* 2019.
11 Garceau *et al.* 2007.
12 Stehberg y Sotomayor 1999.
13 Martínez 2011.
14 Nos referimos a las dependencias de la Catedral Metropolitana, el Museo Chileno de Arte Precolombino, el Congreso Nacional, el Museo Histórico y los Bomberos de Santiago.
15 Cornejo y Saavedra 2018; Stehberg *et al.* 2017a.
16 Pavlovic *et al.* 2019.
17 Stehberg *et al.* 2017b.
18 Mostny 1947.
19 Mostny 1957.
20 Cornejo *et al.* 2006.
21 Esto es válido, por ejemplo, en la zona de Quinta Normal, como también hacia Talagante, Melipilla, el valle de Pomaire y la costa.
22 Stehberg et al. 2017c.
23 Stehberg 2013.
24 Falabella *et al.* 2008.

ACONCAGUA
El valle de Chili
1 Vivar 1987: 46-48.
2 Vera 2011: 68 y 72.
3 Mellafe 1984: 226. Investigaciones posteriores establecieron que los negros eran menos, por haber sumado varias veces la misma cantidad.
4 Ocaña 1995: 32-33.
5 Villalobos *et al.* 1979: 145 y 148.
6 Borde y Góngora 1956: 46.
7 Vera 2011: 85-90.
8 Góngora 1971: 210.
9 Soler Pascual 2002: 201.
10 Palma y Rosales 2013: 27.
11 Villalobos *et al.* 1979: 170.
12 Villalobos (introd.) en Gay (1973): 31.
13 Lebon 1993: 42.
14 Arias Divito 1978: 96.
15 Humboldt 1991: 409, 423-425, 467 y 494.
16 Poeppig 1960: 128 y 130.
17 Maino 2017: 14-15.
18 Figueroa 1931: 198-199.
19 Pereira, Rodríguez y Maino 2004: 54 y 56.
20 Marín Vicuña 1912: 136-137.
21 Velasco del Real 1892: 233-236.
22 Valdivia 2005: 38-40.
23 Nazer 1993: 101 y 130.
24 Ibáñez Santa María 1982: 36 y 38.
25 Espinosa 1897: 173-174 y 179-180.
26 Márquez 1916: 315, 328-331.
27 Valenzuela 1923: 16, 21, 39 y 41.
28 Cortés Douglas, Butelmann y Videla 1981: 174 y 175.

MAIPO Y MAPOCHO
Cursos que definen el centro demográfico de Chile
1 Estos se encontraban dispersos en Lampa, Chicureo, Colina, Huechuraba, Collo (actual El Salto), Guaycoches (La Dehesa), Huelén, Apoquindo, Ñuñoa, Tobalaba, Macul y Maipo (Echaiz 1975).
2 El lonko se llamaba Millacaza, según algunas fuentes, o Loncomilla, según otras.
3 Según las actas del Cabildo de Santiago, rehechas en 1544, la ceremonia oficial de fundación de Santiago de Nueva Extremadura habría tenido lugar el día 12 de febrero de 1541, pese a que Pedro de Valdivia informó a la corona de que ese acto ocurrió el día 24 del mismo mes (De Ramón 2018 [2007]: 22-28).
4 Se dice que asistieron los lonkos o cabezas de familia Huara Huara (Huelén), Incagorongo (Apochame o Cerrillos), Millacura (Maipo), Quilicanta (Colina), Apoquindo, Guachumpilla (Tango), Vitacura, Quiñalpangui (Lampa), Talagante, Melipilla, Pico y Puangue, y que llegaron, además, del valle de Aconcagua Michimalonko y Tanjalonko, y del sur, los de Teno, Gualemo, Peumo y Cachapoal.
5 Borde y Góngora 1956, Ginés de Lillo [1602-1605] 1942.
6 Contreras 2019.
7 Vivar 1979 [1558].
8 Esto ocurría el 11 de septiembre de 1541.
9 En la cuenca de Santiago se entregaron encomiendas en Lampa, Chacabuco, Chicureo, Colina, Quilicura, El Salto, Apoquindo, Macul, Ñuñoa. En el Maipo, se entregaron encomiendas a Alonso de Córdova y Rodrigo de Quiroga en río Clarillo, El Principal (o Cochoncachi) y Pirque. Hubo otro conjunto temprano de encomiendas estimuladas por los caminos, como el camino de Santiago a la mar, que desde la ribera del Maipo se internaba por el valle de Puangue, pasaba por Casablanca y llegaba a Valparaíso, luego conocido como el «camino real de carretas». Menciones a este camino existen desde 1553. Las encomiendas fueron dadas en Melipilla, Llopeo (El Monte), Pico, Malloco, Talagante, Pelvín, Puangue y Maipo.
10 Borde y Góngora 1956.
11 Echaiz 1975: 59.
12 Borde y Góngora 1956: 39.
13 Borde y Góngora 1956.
14 Borde y Góngora 1956.
15 Contreras 2019.
16 Contreras 2009.
17 Se formaron las estancias de Maytencalán, Carén, Curacaví, Cuyuncaví, San Francisco de Puangue, Quilguica, Quedeuco, La Marquesa, Bidulaque, Mallarauco y San Diego, entre otras (Borde y

Góngora 1956, mapa predial en 1690). Ocurrió lo mismo en la cuenca de Santiago, con la conformación de las haciendas de Colina, Chacabuco, Peldehue, Chicureo y Quilapilún y, al sur del río Maipo, en Aculeo y Chada.
18 Borde y Góngora 1956 118-19.
19 En el Valle Central, entre los ríos Mapocho y Maipo, a comienzos de siglo XVIII existían Tobalaba, Apoquindo, Macul, Lampa y los Guaycoches. A mediados de siglo habían desaparecido Apoquindo, los Guaycoches y Tobalaba. En 1785 Martínez de Rozas informaba que en Santiago quedaban los pueblos de Lampa, con nueve familias, Macul, con diez familias, y Curamapu y Talagante, con seis familias. En Melipilla se mantenían Llopeu, con ocho, Chiñigue y El Bajo de Melipilla, con seis, y Pomaire, con veinticuatro (Silva Vargas 1962). El pueblo de indios de Chada a fines de siglo XVII contaba sólo con «quatro ranchos» (Odone 1997), de los que sólo tres llegaron a la era republicana: Chiñigüe, Talagante y Llopeu (Echaiz 1975).
20 Echaiz 1975.
21 Méndez 1990.
22 Castillo 2018.
23 Los datos sobre las inundaciones y tajamares son tomados de Vicuña Mackenna 1970 [1877] y Piwonka 1999.
24 Castillo 2018.
25 Sociedad del Canal de Maipo 1997.

CACHAPOAL
Reparto de indios, haciendas y agricultura
1 Vivar 1558 [1979]: 68.
2 Mariño de Lobera 1580 [1960].
3 Miranda Salas 1966.
4 Michieli 1976.
5 Citado por Del Río y Tagle 2001.
6 Sanhueza et al. 2007.
7 Planella 1988.
8 Planella *et al.* 1993.
9 Rossen *et al.* 2010.
10 Planella 1988.
11 Planella *et al.* 1997.

MAULE
¡Al fin, un río navegable!
1 Pomar 1962: 324-327.
2 Correa Rodríguez 1972.
3 Charme 1858: 232.
4 Tornero 1872: 307.
5 Fernández 1865: 39-41.
6 Cuadra 1868: 123-124.
7 Jorge Swinburn Pereira fue tripulante de un viaje igual en 1960.
8 Covarrubias Ortúzar 1865: 21.
9 Brüggen 1950: 327-328.
10 González Colville 2015: 57-83.
11 Acuña Núñez 1944: 116.
12 Archivo Sergio Fernández Larraín, Vol. XLIII, pieza 115.
13 Memoria de Marina 1853: documento N° 1.
14 Maino y Astorquiza 1988.

III RÍOS DEL SUR
DESDE EL ITATA AL BUENO
BIOBÍO
Testigo de una frontera y esperanza de un encuentro
1 Lope de Vega Carpio 1963 [1625]: 272.
2 Bengoa 2003: 30.
3 Boccara 2007: 83.
4 Aldunate 1996: 112-117.
5 Coña 1995.
6 Rosales 1989 T. 1: 242.
7 Niemeyer y Cereceda 1984: 169 y ss.
8 Aldunate 1989: 329-348.
9 Adán *et al.* 2016: 401-441; Quiroz y Sánchez 2004: 289-302.
10 Bustos y Vergara 2004: 283-288; Torres, Silva y Lucero 2007: 71-93; Seguel 1969: 327-350, 2003; Bahamondes *et al.* 2012: 515-525.
11 Adán y Mera 2011: 334-345; Donoso *et al.* 2016; Molina 1997.
12 Fernández 1988-1990: 43-45.
13 Cañas Pinochet 1902: 199.
14 Rosales *op. cit.*: 185; Poeppig 1826-1829: 413.
15 Mera y Adán 2000; Quiroz 2010; Quiroz y Sánchez 2005; Campbell *et al.* 2017.
16 *Ibídem.*
17 Roa et al. 2018.
18 Bahamondes 2010.
19 *Ibídem.*
20 Valdivia 1551.
21 Rosales op. cit. T. 1: 243.
22 Adán 2014.
23 Gerónimo de Vivar en 1552 lo describe así para la gente de la provincia de la ciudad de Concepción: «Tienen etsa horden entre ellos: que cada lebo (qu'es vna parçialidad) tienen vn señor. Y estos prençipales obedecen aquella cabeça. Terna vn lebo d´estos IUD y dos mil indios y otros más. Y todos de ajuntan en çiertos tienpos del año en vna parte señalada que tienen para aquel efeto. Y ajuntados allí comen y beven, y averiguan daños,/ y hazen justicia al que la merece. Y allí conçiertan y ordenan y mandan. Y esto es guardado. Y esto es como quando entran a cabildo». Vivar 1979 [1552]: 184.
24 Zavala y Dillehay 2010.
25 Goicovich 2002: 75.
26 Zavala y Dillehay *op. cit.*; Goicovich *op. cit.*; Foerster 2004.
27 Oña 1918: 139.
28 Mariño de Lobera 1865: 215.
29 Boccara *op. cit.*: 85.
30 Título de encomienda de indios dado por Rodrigo de Quiroga al licenciado Julián Gutiérrez Altamirano, 3 de junio de 1566. CDI, Segunda, T. I, 64.
31 Camus 2006.
32 Góngora Marmolejo 1862: 143.
33 Memorial del padre Luis de Valdivia, de la Compañía de Jesús, sobre hacer la guerra defensiva a los indios. AAS, Gobierno, Vol. 51, fj. 405.
34 Ruiz-Esquide 1993: 19.
35 Relación breve a Claudio Acquaviva (1612-1613). En Díaz Blanco 2011: 271.
36 Campos Harriet 1979; Guarda 1978.
37 Dunbar 1950.
38 Stewart 2015.
39 Barros Arana 1999; Guarda 1990.
40 Quiroga 1979.
41 Chuecas 2018.
42 Zavala 2008.
43 Zavala *op. cit.*: 166.
44 Payas, G. (2018). *Los Parlamentos hispano-mapuches. 1593-1803, textos fundamentales.* Temuco: Ediciones de la Universidad Católica de Temuco.
45 Guarda 1990.
46 Guarda 1978: 104-105.
47 Guarda 1968: 21-25.
48 *Íbidem:* 21-38.
49 Lorenzo 1983.
50 Lacoste, Premat y Bulo 2014: 85-106; Inostroza 2011.
51 Cartes 2010: 24-29.
52 Espinoza Olivares 2018: 47-55.
53 Vid. Carta al Emperador Carlos V. Concepción, 25 de septiembre de 1551. En Rojas-Mix 1991: 165.
54 Errázuriz 1914: 146-148. El capítulo IX de esta obra se titula «El combate del Biobío».
55 Campos Harriet 1999.
56 Carta de Alonso de Ribera a su Majestad. Febrero 22 de 1604. En Medina 1952-1982: VII, 540.
57 Es la conclusión del documentado estudio de Torrejón, Cisternas y Herrera (2004), que nos ha resultado muy útil e informativo.
58 Amat 1927: 396-397.
59 Vergara Paredes 2019.
60 Barros Arana 1999 Tomo XI: 11.
61 Maino Prado 2019: 153.
62 Thompson 1863.
63 63 *Íbidem:* 142.
64 Vid. Binimelis 1864; Márquez Ochoa 2018.
65 El Faro del Bio-Bio, Concepción, 19 de febrero de 1834.
66 Márquez y Castro 2021.
67 Memoria del intendente de Concepción, 1855, *cit.* en Pacheco 2003: 83.
68 Subercaseaux 1936 Tomo I.
69 Torrejón *op. cit.*: 22.
70 Informe del Ferrocarril entre Chillán y Talcahuano 1877.
71 VV. AA. 2013; Espinoza Olivares 2011.
72 Márquez y Castro *op. cit.*
73 Brassey 1891.
74 *Íbidem:* 157.
75 El Correo del Sur, 28 de julio de 1857.
76 Cartes 2010: 109-115.
77 Oviedo Figueroa 2001.
78 Zapatta Silva y Echeverría 1946.
79 Lassalle y Cabrera 2000.
80 Matthei 1989.
81 Corporación Prorío 1991.
82 Campos Harriet 1958.
83 Echeñique y Rodríguez 1996, 1996b.
84 Rosales *op. cit.* Tomo I: 267.
85 Domeyko 1978 Tomo I: 631.
86 Cartes 1997.
87 Salvo González 2016.
88 Poeppig *op. cit.*: 302-303.
89 Carta a El Sur, 9 de agosto de 1896.
90 El Correo del Sur, 25 de noviembre de 1852.
91 Cartes 2014: 48-50.
92 Carta al corregidor Ambrosio Lobillo. Concepción, septiembre 1754. C.G., Vol. 677, fs. 163.vta. *Cit.* en Mazzei y Pacheco 1985: 52-53.
93 Campos Harriet 1974: 21.
94 Alarcón 2000; Muñoz y Arcas 2007.
95 Andrade *et al.* 2020.
96 Pacheco 2012.
97 Espinoza Olivares *op. cit.*
98 Muñoz 2011.
99 Montero de Tórtora 1967.
100 Venegas 2014.
101 Campos Harriet 1974.
102 Chuecas *op. cit.*
103 Espinoza 2011.
104 Navarrete y Riquelme 2013.
105 CMPC 2000: 76-83.
106 Navarrete y Carrasco 1999: 235-251.
107 Toloza 2019.
108 *La Casa Gleisner cuenta su historia* 1955: 7; Mazzei 1990.
109 Solano Asta-Buruaga 1867: 409-410.
110 Thompson *op. cit.*: 43.
111 Bengoa 1996.
112 Navarro 2008.
113 Pinto e Inostroza 2014; Correa y Mella 2010.
114 León 2016; López Parra 2016.
115 Sobre el tema, una obra clásica y un trabajo reciente: Sepúlveda 1959; Inostroza, Flores y Pinto 2020.
116 Leiva 1984.
117 Señoret 1862.
118 Elgueta 2015.
119 Pizarro Soto 1991.
120 Sánchez 1953.
121 Hermosilla 1999.
122 Agencia General de Colonización 1895; Grin1987.
123 Ferrari 2004.
124 Meyer 1910; versión en castellano 1984.
125 Mazzei 1994.
126 Bengoa 2014.
127 Retamal y Parentini 2014: 87.
128 Ojeda 1803 en Anrique 1898: 219-292.
129 Testimonio de E. Martínez en Servicio País Cultura 2011: 12. Ver, además, Sepúlveda 2009.
130 VV.AA. 2000.
131 González y Torrejón 1993.
132 Parra 1996: 30-40.
133 VV.AA. 2008: 25-27.
134 Recart 1971: 277-281.
135 Opaso 2012.

CAUTÍN O IMPERIAL
Arterias del *Ngulumapu*
1 Verniory 2005: 342.
2 Valdivia 1551: 219-221.
3 Vivar 1558: 150-151.
4 *Ibídem:* 168.
5 Fundación Patricio Aylwin, disponible en http://fundacionaylwin.cl/wp-content/uploads/2018/06/2.-Acuerdo-NuevaImperial_1dic1989.pdf (fecha de consulta: 15 de diciembre 2020).
6 Vicuña Mackenna 1881: 94.
7 Domeyko 1846: 51.
8 Flores y Azócar 2017.

NOTAS

TOLTÉN
Historias del *Troltrén*

1 Moesbach 1936.
2 *Ibídem:* 290.
3 *Ibídem:* 316.
4 Se registran dos traducciones posibles para el topónimo: la primera alude a la onomatopeya emanada del sonido del agua a modo de olas; la segunda, a lugar con cardos (troltro).
5 Ancán 2019: 199.
6 «Más de un millón de personas vivían en los bordes de los ríos de La Araucanía. Eran enormes afluentes de agua que bajaban impetuosos de la cordillera y que se tranquilizaban en los valles hasta llegar al mar. Las canoas, algunas de gran tamaño, los surcaban produciendo un continuo desplazamiento, especialmente de mujeres y productos.» Bengoa 2007: 29.
7 Treutler 1861: 183-8, 190.
8 «En esta frontera ocupará Pitrufquén un lugar preferente, por estar situado a la entrada del valle central i en el pasaje más cómodo que tiene el río, para comunicarse los indios del sur con las numerosas tribus de Huilío, Maquehue, Boroa i otras...». Saavedra 1870: 162.
9 Vidal Gormaz 1867: 498. El concepto «recogido y caudaloso» referido al río Toltén figura en esta obra (p. 63).

VALDIVIA
De bastión colonial a cuenca citadina y cultural

1 Niemeyer 1984.
2 Adán *et al.* 2017.
3 Adán *et al.* 2007; Godoy *et al.* 2020.
4 Blancpain 1987; Molina 2017.
5 Collet y Molina 2008.
6 Adán *et al.* 2021.
7 Vivar 1979 [1558].
8 Mariño de Lobera 1865 [1580]:136.
9 Guarda 2001: 22.
10 Vivar 1979 [1558]: 188, 197.
11 Góngora y Marmolejo 1962 [1575]: 27-28.
12 Lizárraga 1987 [1605]: 447.
13 Guarda 1994; Chamorro y Urbina 2018.
14 Bengoa 2000: 37-38.
15 Guarda 2001: 142-146.
16 Aguirre 1923 [1647]; Guarda 2001: 170.
17 Vergara 2005: 78-79.
18 Guarda 1999.
19 Guarda 1970: 101-109.
20 Bernedo 1999; Almonacid 2013.
21 Saelzer y Urbina 2015.

RÍO BUENO
Wenu lewfu, el lugar de los antepasados

1 Rosales 1877 [1674]: 276. Además, en la p. 475, dice que al poco de la fundación de Osorno, en honor al gobernador García Hurtado de Mendoza, natural de Cuenca, los españoles llamaron Huecar al río Bueno, pero el nombre no perduró.
2 Solano Asta-Buruaga 1899: 662.
3 Espinoza 1897: 414.
4 Vergara, Mascareño y Foerster 1996: 247.
5 *Ibídem*.
6 Vivar 1988: 284.
7 Urbina 2009.
8 Ávila 1961: 70.
9 Merino Heredia 1767 en Medina 1965 T. II: 589-596.
10 La creencia en una ciudad de españoles, indios o de ambos, de gran riqueza y oculta, nació aun antes de la fundación de Santiago de Chile. Alimentada por informaciones dadas por indígenas, a lo largo de tres siglos la ciudad de los Césares fue cambiando de ubicación.
11 En este contexto, «auca huincas» son guerreros españoles. «Relación del feliz suceso que la noche del 27 de enero de este año de 1759 tuvieron las armas de España en el reino de Chile contra los indios juncos y veliches en el fuerte San Fernando a orillas del río Bueno», Archivo Nacional de Chile, Fondo Varios, Vol. 790, pieza 10, fjs. 91-92.
12 El presidente Jáuregui al ministro José de Gálvez, 17 de julio de 1778. Archivo General de Indias, Audiencia de Chile, legajo 191.
13 Señoret 1878: 25-62.
14 Publicado en 1878 en el *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile.*
15 Vidal Gormaz 2013: 426 y 181-182.
16 *Ibídem*: 181.
17 Espejo 1907: 187 y 190.
18 Muñoz-Morandé, Möller y Muñoz-Pedreros 2013.
19 Dirección General de Aguas: 17.

IV RÍOS DEL EXTREMO SUR AL SUR DEL RÍO PUELO

CISNES Y PALENA
¿Vías de circulación o caminos cortados?

1 Méndez *et al.* 2011: 223-242.
2 Bate, Felipe y Mena 2006: 675-80; Mendez *et al.* 2006: 101-15.
3 Los equipos liderados por Reyes y Méndez han desarrollado intensas investigaciones en el valle. Aunque hay publicaciones más recientes, para una buena síntesis véase Reyes *et al.* 2009: 91-107.
4 Méndez *et al.* 2016.
5 El valle del río Palena fue objeto de exploraciones por el marino Ramón Serrano Montaner (1883-1885), el geógrafo Hans Steffen (1894-1895), el encargado de la colonia de Palena, Elías Rosselot (1894), y hacia 1901, uno de los últimos agentes de dicha colonia, Mauricio Deffarges, quien en 1927 volverá a realizar otra expedición, esta vez desde el valle del río Figueroa hacia el oeste.
6 Barros 1984.
7 Osorio y Martínez 2011: 211-220.

AYSÉN
El río que da nombre a una región

1 Steffen 1910.
2 La expedición de Steffen y las que siguieron no sólo revelaron a los chilotes que por el cauce del río Aysén se podía llegar al interior de las montañas, sino incluso a las estancias y poblados argentinos. Desde el otro extremo, también atrajeron a muchos chilenos que deambulaban por territorio argentino, enterándose de que había tierras libres para poblar al oeste.
3 De hecho, la gran cuenca del río Aysén permanece en gran parte desconocida y aunque hay hallazgos importantes en subcuencas como la del río Ñirehuao o la misma zona de Punta del Monte (Alto Río Coyhaique), en este recuadro nos limitamos a la parte superior del río Simpson, antes de la confluencia del río Coyhaique, donde se emplaza la capital regional.
4 Méndez *et al.* 2011.

BAKER
Mucho más que un río

1 Para componer esta síntesis de la historia geológica del Baker agradecemos a todos quienes respondieron nuestras preguntas y especialmente a Felipe Andrade, José Benado, Enrique Bostelmann, Paulo Quezada y Robert McCulloch.
2 Mena y Jackson 1991: 169-203.
3 Mena *et al.* 2012: 259-265.
4 Para una discusión más técnica y detallada, véase Mena y Blanco 2017: 199-217.
5 Aguilera y Tonko 2020.
6 Steffen 1910; Steffen 2015; Neff 1903 Tomo 24: 3-30.
7 Para una visión global de los documentos coloniales referidos a los archipiélagos de Patagonia Occidental véase los dos volúmenes de Urbina (2014 y 2018).
8 Steffen 1910.
9 Aún hay controversia en un punto específico del Campo de Hielo Sur.
10 Uno conocido bajo el nombre de cementerio Isla de los Muertos, declarado Monumento Nacional en 2001, mientras que el otro aún no ha sido identificado.
11 Osorio 2015.
12 Cordero, Muñoz y Artigas 2019: 37-55.
13 Mena 2016: 48-57.
14 El hallazgo de un par de aros metálicos provenientes del Norte Chico, aunque excepcional, simboliza el enorme alcance de los circuitos de intercambio. Méndez *et al.* 2017: 379-395.
15 El estudio más completo de estos hechos está en Ivanoff 1999.
16 Carlo Lemus escribió un «diario de campaña» donde relata pormenorizadamente los acontecimientos a partir de su arribo al territorio de Aysén y en especial desde su llegada a la zona del conflicto. Ver Lemus 2021.

RÍOS DEL EXTREMO SUR DE CHILE
Presencia humana desde hace 4.500 años

1 A diferencia de lo que ocurre en Aysén, no existen grandes valles transversales ni cauces que articulen la estepa con la costa y hayan canalizado el poblamiento indígena ni colonizador, ni existe la dependencia del agua propia de los pueblos agricultores.
2 6.673 km2.
3 San Román y Morello 2003.
4 Legoupil 2009.
5 Pallo y Borrero 2015.
6 San Román y Morello 1999.
7 Morano, Sierpe y Prieto 2010.
8 Una estrategia común en arqueología es recopilar datos aislados, en espera de juntar información y articular ideas que justifiquen un escrito más profundo y extenso. Este tipo de escritos breves y generales permite dar a conocer datos como este, que aún permanecen inéditos.

LOS RÍOS DE CHILE
Una ética del cohabitar para su conservación biocultural

1 García 2007.
2 Johnston 2012; WCD 2000.
3 Richter et al. 2010.
4 Rozzi 2013.
5 Rozzi 2018.
6 Rozzi 2012.
7 Klaver 2018.
8 Rozzi et al. 1998.
9 Klaver 2012, 2013.
10 Law y Urry 2005.
11 Klaver 2012.
12 Anand 2017.
13 Contador 2018: 193.
14 Lienlaf 1989.
15 Rozzi 2001.
16 Klaver 2013.
17 Harvey 2008.
18 Callicott 2017.
19 Vasak 1977.
20 Sentencia T-622, 2016.
21 Klaver 2018.
22 Lynch 2018: 19.

REFERENCIAS

Acuña Núñez, Carlos (1944). *El nacimiento de Nueva Bilbao*. Santiago: Imprenta Stanley.

Adán, Leonor (2014). *Los reche-mapuche a través de su sistema de asentamiento* (s. XV-XVII). Tesis doctoral. Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

Adán, L. y M. Uribe (1995). Cambios en el uso del espacio en los períodos agroalfareros: Un ejemplo en ecozona de Quebradas altas, la localidad de Caspana (Provincia El Loa, II Región). *Actas del II Congreso de Antropología Chilena*. Valdivia: Colegio de Antropólogos, Vol. 2, pp. 541-555.

Adán, L. y M. Uribe (2005). El dominio inca en la localidad de Caspana: un acercamiento al pensamiento político andino (río Loa, norte de Chile). *Estudios Atacameños* 29: 41-66.

Adán, L., R. Mera, F. Bahamondes y S. Donoso (2007). Síntesis arqueológica de la cuenca del río Valdivia: proposiciones a partir del estudio de sitios alfareros prehispánicos e históricos. *Revista Austral de Ciencias Sociales* 12: 5-30.

Adán, L. y R. Mera (2011). Variabilidad interna en el Alfarero Temprano del Centro-Sur de Chile: el Complejo Pitrén en el valle central del Cautín y en el ámbito lacustre cordillerano. *Chungará* 42: 334-345.

Adán, L. et al. (2016). Historia prehispánica en la región Centro-Sur de Chile: cazadores-recolectores holocénicos y comunidades alfareras. En Falabella, F., M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo (eds.). *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas*. Santiago: Editorial Universitaria, 401-441.

Adán, L., S. Urbina, D. Munita, R. Mera, M. Godoy y M. Alvarado (2021). Valdivia: inter-cultural relations along the southern frontier of the Spanish empire in America during the Colonial period (1552-1820). *Historical Archaeology* 55 (1). En prensa.

Agencia General de Colonización (1895). *Memoria de los trabajos ejecutados por la Agencia General de Colonización de Chile en Europa en 1894*. París.

Agüero, Carolina (1997). Una versión sobre el encuentro de Atacama y Tarapacá en el Loa Inferior a partir de los textiles de los cementerios de Quillagua (PIT). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 24: 20-22

Agüero, Carolina y Bárbara Cases (2004). Quillagua y los textiles formativos del Norte Grande de Chile. *Chungará* 36 (suplemento especial): 599-617.

Aguilera, Óscar y J. Tonko (2020). Gente de los canales. *Relatos de vida de los Kawésqar*. Punta Arenas: Corporación Nacional de Desarrollo Indígena.

Aguirre, M. (1647) [1923]. *Población de Valdivia. Motivos y medios para aquella fundación*. En VV. AA. *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional,* Tomo XLV. Santiago: Imprenta Universitaria.

Alarcón, Mario (2000). *San Pedro de la Paz: Notas para una Historia 1544-2000*. Concepción: Imprenta Valverde.

Alcedo, Antonio de (1788). *Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales o América*. Tomo III. Madrid: Imprenta de Blas Román.

Aldunate, Carlos (1985). Desecación de las vegas de Turi. *Chungará* 14: 135-139.

—— (1989). Estadio alfarero en el sur de Chile. En Hidalgo, J., V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (eds.). *Culturas de Chile. Prehistoria*. Santiago: Editorial Andrés Bello.

—— (1993). Arqueología en el Pukara de Turi. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología*. Temuco: vol. 2, pp. 61-78.

—— (1996). Mapuche: gente de la tierra. En Hidalgo, J., V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate y P. Mege (comp.). *Etnografía. Sociedades indígenas contemporáneas y su ideología*. Santiago: Editorial Andrés Bello.

—— (2001a). El Inka en Tarapacá y Atacama. En Aldunate, C. y L. Cornejo (eds.). *Tras la huella del Inka en Chile*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/ Banco Santiago, pp. 18-33.

—— (2001b). El dominio del Tawantinsuyu sobre Turi. En Aldunate, C. y L. Cornejo (eds.). *Tras la huella del Inka en Chile*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/ Banco Santiago, pp. 38-43.

—— (2001c). Arquitectura y poder. En Aldunate, C. y L. Cornejo (eds.). *Tras la huella del Inka en Chile*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/ Banco Santiago, pp. 44-51.

Aldunate, C., J. Armesto, V. Castro y C. Villagrán (1981). Estudio etnobotánico en una comunidad precordillerana de Antofagasta: Toconce. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 38: 183-223.

Aldunate, C., J. Berenguer y V. Castro (1982). La función de las chullpas de Likán. En *Actas del VII Congreso de Arqueología Chilena*. Valdivia: Kultrún, pp. 129-174.

Aldunate, C., J. Armesto, V. Castro y C. Villagrán (1983). Ethnobotany of Pre-Altiplanic Community in the Andes of Northern Chile. *Economic Botany* 37 (1): 120-135.

Aldunate, C., J. Berenguer, V. Castro, L. Cornejo, J. L. Martínez y C. Sinclaire (1986). *Cronología y asentamiento en la Región del Loa Superior*. Santiago: Dirección de Investigación y Bibliotecas, Universidad de Chile.

Aldunate, C., V. Castro y V. Varela (2003). Antes del Inka y despues del Inka: paisajes culturales y sacralidad en la puna de Atacama, Chile. *Boletín de Arqueología PUCP* 7: 9-26.

Aldunate, C., V. Castro y V. Varela (2010). Los Atacamas y el Pescado de Cobija. En homenaje al maestro John Victor Murra. *Chungará* 42: (1): 337-343.

Alliende Edwards, María Piedad (1993). *Historia del Ferrocarril en Chile*. Santiago: Pehuén Editores y Goethe Institut.

Almonacid, F. (2013). *La industria valdiviana en su apogeo, 1870-1914*. Valdivia: Ediciones Universidad Austral de Chile.

Álvarez, Luis (1991). Etnopercepción andina: valles dulces y valles salados en la vertiente occidental de los Andes. Diálogo Andino 10: 9-20.

Amat, Manuel de (1927). Historia geographica é hidrographica con derrotero general correlativo al Plan de el Reyno de Chile. Revista Chilena de Historia y Geografía 56: 396-397.

Ampuero, G. (1972-73). Nuevos resultados de la arqueología del Norte Chico. *Boletín de Prehistoria, Número Especial. Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp. 310-337.

Anand, Nikhil (2017). *Hydraulic City: Water and the Infrastructures of Citizenship in Mumbai*. Durham, NC: Duke University Press.

Ancán, José (2019). Los *nampülkafe*, viajeros del Wall Mapu. En VV. AA. *La cordillera de Los Andes. Al sur de América*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino, pp. 192-201.

Andrade, Pedro et al. (2020). De desterrados y marginales: reconstrucción bioarqueológica de la población de la misión colonial de San José de la Mocha, Concepción, Chile (siglo XVII al siglo XIX). *Chungará* 52 (1): 57-75.

Archivo General de Indias. Audiencia de Chile, legajo 191. Sevilla.

Archivo Nacional de Chile. Fondo Sergio Fernández Larraín. Santiago: vol. XLIII, pieza 115.

Arias Divito, Juan Carlos (1978). *Expedición científica de los hermanos Heuland 1795-1800*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación.

Arriaza, Bernardo, Dulasiri Amarasiriwardena, Vivien G. Standen, Jorge Yáñez, John Van Hoesen y Leonardo Figueroa (2018). Living in poisoning environments: Invisible risks and human adaptation. *Evolutionary Anthropology* 27: 188-196.

Artigas, D. y J. García (2010). Quebrada Amarga: El encuentro de albacoras y llamas. *Global Rock Art. Anais do Congresso Internacional de Arte Rupestre IFRAO (Fundhamentos IX)* 4: 1365-1380.

Astudillo Pizarro, Francisco (2018). De la regionalidad política a la regionalidad económica: Agua, minería y territorio en Atacama (Siglos XVIII-XIX). *Boletín Americanista* 2 (77): 81-103, doi: 10.1344/BA2018.77.1005.

Ávila Martel, Alamiro de (1961). Instrucciones para la Guerra de Arauco dadas por Acuña y Cabrera para las campañas de 1654 y 1655. *Revista Chilena de Historia del Derecho* 1.

Aylwin, Patricio (1989). *Acuerdo Nueva Imperial: Acta de compromiso*. Fundación Patricio Aylwin. Disponible online en http://fundacionaylwin.cl/wp-content/uploads/2018/06/2.-Acuerdo-NuevaImperial_1dic1989.pdf (fecha de consulta: 15 de diciembre 2020)

Bahamondes, F. (2010). Las poblaciones tardías de Araucanía septentrional: el Complejo el Vergel y su relación con el proceso de andinización. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena,* 451-461.

Bahamondes, F. *et al.* (2012). Coronel 2 y 3: dinámicas de ocupación espacial desde el período Arcaico al Alfarero (6630-470 AP). *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena, 515-525.*

Ballester, B. y A. Clarot (2014). *La gente de los túmulos de tierra. Mejillones*: Marmot Impresores.

Barreiro, P. Agustín (1929). *El viaje de Conrado y Cristián Heuland a Chile y Perú, organizado por el Gobierno español en 1795*. Madrid: Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica.

Barros Arana, D. (1999). *Historia General del Reino de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.

Barros, F. Miguel (1984). *Palena: un río, un arbitraje*. Santiago de Chile: Ed. Santillana.

Bate, L. Felipe y F. Mena (2006). Alero El Toro: un campamento indígena en el bosque siempreverde cercano al litoral en Aisén. *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*: 675-80.

Benavente, A. (1982). Chiu-chiu 200: una comunidad pastora temprana en la Provincia del Loa (II región). *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena (La Serena)*, pp. 75-94.

Bengoa, José (1996). *Historia del pueblo mapuche*. Santiago: Ediciones Sur.

—— (2003). *Historia de los antiguos mapuches del sur*. Santiago: Editorial Catalonia.

—— (2014). *Mapuche, colonos y el Estado Nacional*. Santiago: Editorial Catalonia.

Berenguer, José (1995a). Impacto del caravaneo prehispánico tardío en Santa Barbara, Alto Loa. *Actas del XIII Congreso de Arqueología Chilena (Antofagasta)*, vol. 1, pp.185-202. 2: 35-50.

—— (1995b). El arte rupestre de Taira en el contexto de los problemas de la arqueología atacameña. *Chungará* 27 (1): 7-43.

—— (1996). Identificación de camélidos en el arte rupestre de Taira: ¿Animales silvestres o domésticos? *Chungará* 28 (1-2): 85-114.

—— (1999). El evanescente lenguaje del arte rupestre en los Andes atacameños. En Berenguer, J. y F. Gallardo (eds.). *Arte rupestre en los Andes de Capricornio*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino, pp. 10-56.

—— (1998). La iconografía del poder en Tiwanaku. Su rol en la integración de zonas de fronteras. *Boletín del Museo de Arte Precolombino* 7: 19-37.

—— (2004a). *Caravanas, interacción y cambio en el desierto de Atacama*. Santiago: Sirawi Ediciones.

—— (2004b). Cinco milenios de arte rupestre en los Andes atacameños: Imágenes para lo humano, imágenes para lo divino. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 9: 75-108.

—— (2010). Estrategias ocupacionales incaicas en dos espacios internodales del norte de Chile. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena,* vol. 2, pp. 1389-1401.

—— (2017). Taira, el amanecer del arte en Atacama / *Taira, the dawn of art in Atacama*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino / BHP Minera Escondida.

Berenguer, J. y G. Cabello (2004). Late Horizon Rock Art in Atacama. A view from the Inka Road. *Rock Art Research* 22: 83-86.

Berenguer, J., I. Cáceres, C. Sanhueza y P. Hernández (2005). El Qhapaqñan en el Alto Loa, norte de Chile: un estudio micro y macromorfológico. *Estudios Atacameños* 29: 7-39.

Berenguer, J., G. Cabello y D. Artigas (2007). Tras la pista del Inca en petroglifos paravecinales al qhapaqñan en el Alto Loa, Norte de Chile. *Chungará* 39 (1): 29-49.

Berenguer, J. e I. Cáceres (2008). *El Qhapaq Ñan en Chile. Tramo 2. Miño-Lasana, Región de Antofagasta*. Santiago: Tagua Tagua consultores.

Berenguer, J. y D. Salazar (2017). Territorialización del modelo minero en el río Salado. Una aglomeración productiva entre Lípez y San Pedro de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 22 (1): 51-69.

Bernedo, P. (1999). Los alemanes industriales de Valdivia, 1850-1914. *Revista Historia* 32: 5-42.

Betanzos, Juan de (1987). *Suma y narración de los Incas*. Madrid: Ediciones Atlas.

Binimelis, Pascual (1864). *Ferrocarril entre Talcahuano, Concepción y Chillán*. Concepción: Imprenta del Liceo.

Blancpain, J. P. (1987). *Los alemanes en Chile (1846-1945)*. Tesis doctoral. Valdivia: Fondo Histórico Biblioteca Universidad Austral de Chile.

Boccara, G. (2007). Los vencedores. *Historia del pueblo mapuche en la época colonial*. San Pedro de Atacama: IIAM Universidad Católica del Norte y Universidad de Chile.

Borde, Jean y Mario Góngora (1956). *Evolución de la propiedad rural en el Valle del Puangue*. Santiago: Editorial Universitaria.

Bowman, Isaiah (1941). Los senderos del desierto de Atacama. *Revista Chilena de Historia y Geografía* XC (98): 267-330.

Brassey, Mrs. (1891). *A Voyage in the Sunbeam*. Londres: Longmans, Green and Co.

Briones, L., L. Núñez y V. Standen (2005). Geoglifos y tráfico prehispánico de caravanas de llamas en el desierto de Atacama (norte de Chile). *Chungará* 37: 195-223.

Brüggen, Juan (1950). *Fundamentos de la Geología de Chile*. Santiago: Instituto Geográfico Militar.

Bustos, V. y N. Vergara (2004). Modelos de ocupación temprana en la bahía de Concepción y Golfo de Arauco. *Chungará* 36: 283-288.

Byrne *et al.* (2010). Were Chinchorros exposed to arsenic? Arsenic determination in Chinchorro mummies' hair by laser ablation inductively coupled plasma-mass spectrometry (LA-ICP-MS). *Microchemical Journal* 94: 28-35.

Callicott, J. Baird (2017). *Cosmovisiones de la Tierra.* México D.F.: Plaza y Valdés.

Campos Harriet, F. (1958). *Los defensores del Rey.* Santiago: Editorial Andrés Bello.

—— (1974). *Leyendas y tradiciones penquistas.* Santiago: Editorial Orbe.

—— (1979). *Historia de Concepción 1550-1970.* Santiago: Editorial Universitaria.

—— (1999). *Alonso de Ribera, Gobernador de Chile.* Concepción: Cuadernos del Bío-Bío.

Camus, Pablo (2004). Los bosques y la minería en el Norte Chico, S. XIX. Un mito en la representación del paisaje chileno. *Historia* 37 (II): 289-310.

—— (2006). *Ambiente, bosques y gestión forestal en Chile.* 1541-2005. Santiago: DIBAM.

Cantarutti, G. y P. González (2021). Nuevos antecedentes sobre la cultura Diaguita chilena en el valle del Elqui a partir del sitio El Olivar. En Actas del XXI Congreso Nacional de Arqueología Chilena. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología.* Número Especial (en prensa).

Cañas Pinochet, A. (1902). La religión en los pueblos primitivos. El culto de la piedra en Chile i como se hallaba difundida por el Globo. *Actas de la Sociedad Científica de Chile.* Santiago: Imprenta Cervantes.

Capriles, José et al. (2021). Pre-Columbian trans-regional captive rearing of Amazonian parrots in the Atacama Desert. PNAS 118 (15); doi: https://doi.org/10.1073/pnas.2020020118

Carmagnani, Marcello (1963). *El salariado minero en Chile colonial. Su desarrollo en una sociedad provincial: el Norte Chico, 1690-1800.* Santiago: Universidad de Chile.

Carmona, J. (2016). *Minería industrial y estructuras agrarias «locales» en el desierto de Atacama*. Genealogía de una crisis agrícola (Quillagua, s. XIX-XXI). Estudios Atacameños 52: 91-112.

Carrasco, Anita (2014). Entre dos aguas: identidad moral en la relación entre corporaciones mineras y la comunidad indígena de Toconce en el desierto de Atacama. *Chungará* 46 (2): 247-258.

Carrasco, Carlos, Carolina Agüero, Patricia Ayala, Mauricio Uribe y Bárbara Cases (2003). Investigaciones en Quillagua: difusión del conocimiento arqueológico y protección del patrimonio cultural. *Chungará* 35 (2): 321-3216.

Cartajena, I. (1994). Determinación de restos óseos de camélidos en dos yacimientos del Loa Medio (II región). *Estudios Atacameños* 11: 25-52.

—— (2018). *Análisis osteométrico de los restos de camélidos dispuestos como ofrendas provenientes del sitio El Olivar*. Manuscrito.

Cartes, Armando (1997). *Pedro del Río Zañartu. Patriota, filántropo y viajero universal.* Concepción: Editorial Aníbal Pinto.

—— (2010). *Crónicas del Bicentenario.* Concepción: Ediciones Universidad San Sebastián.

——— (2014). *Las Tres Pascualas, Patrimonio Natural y Cultural de Concepción.* Concepción: Ediciones Universidad San Sebastián.

Carvajal Lazo, Herman (1993). *Vicuña y la toponimia del valle de Elqui*. La Serena: Universidad de La Serena.

Casassas, José María (1974). *La región atacameña en el siglo XVII.* Antofagasta: Universidad del Norte.

Castillo, Simón (2018). *El río Mapocho y sus riberas.* Santiago: Universidad Alberto Hurtado.

Castro, Victoria (1986). An approach to the Andean ethnozoology: Toconce. En Ingold, Tim y Mark Maltby (org.). *Cultural attitudes to animals, including birds, fich and invertebrates.* Londres: Allen and Unwin, vol 2, pp. 1-17.

—— (1988a). Una vieja tecnología para las nuevas generaciones. Creces 88 (2): 7-12.

—— (1988b). Entrevista a un yatiri de la localidad de Toconce, II Región, Chile (Agosto, 1979). En Farga, C., J. Lastra y A. Hoffmann (eds.). *Plantas medicinales de uso común en Chile.* Santiago de Chile: tomo III, pp. 117-119.

—— (1992). Nuevos registros de la presencia Inka en la provincia del Loa, Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* 21: 139-154.

—— (1997b). Fragilidades, equilibrios, ética. Sobre patrimonios culturales y naturales. *Boletín del Movimiento Agroecológico Chileno (MACH)* 5 (18): 23-27.

—— (2002). Ayquina y Toconce: Paisajes culturales del norte árido de Chile. En Mujica Barreda, Elías (ed.). *Paisajes culturales en los Andes.* Lima: UNESCO, pp. 193-206.

—— (2004). El Picaflor de la Gente (Sotar Condi). *Ornitologia Neotropical* 15: 409-417.

Castro V. *et al.* (1979). Antecedentes de una interacción altiplano-área atacameña durante el Período Tardío: Toconce. *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile.* Santiago de Chile: Ed. Kultrún, vol. II, pp. 477-498.

Castro, V., C. Aldunate y J. Berenguer (1984). Orígenes altiplánicos de la fase Toconce. *Estudios Atacameños* 7: 209-235

Castro, V. y V. Varela (1992). Así sabían contar. *Oralidad* 4: 4-16.

Castro, V., F. Maldonado y M. Vásquez (1993). Arquitectura en el Pukara de Turi. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología (Temuco)*, vol. 1, 79-106.

Castro V. y V. Varela (eds.). (1994). *Ceremonias de tierra y agua. Ritos milenarios andinos.* Santiago de Chile: FONDART, Ministerio de Educación / Fundación Andes.

Castro, V. y Aldunate, C. (2003). Sacred Mountains in the Highlands of the South-Central Andes. *Mountain Research and Development* 23 (1), pp. 73-79.

Castro, V. y M. Uribe (2004a). Dos dados de Caspana, el juego de la Pichica y el dominio Inka en el Loa Superior. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena (Arica). Chungará,* número especial: pp. 879-892.

Castro, V., V. Varela, C. Aldunate y E. Araneda (2004b). Principios orientadores y metodología para el estudio del Qhapaqñan en Atacama: desde el Portezuelo del Inka hasta Río Grande. *Chungará* 36 (2): 463-481.

Castro, V. y J. Rottmann (2016). Aspectos de la etno-ornitología de la provincia de El Loa, norte de Chile. *Boletín Chileno de Ornitología* 22 (1): 64-78.

Castro, V. y C. Ceruti (2018a). El culto a las montañas en los Andes. En Shimada, Izumi (ed.). *El Imperio Inka.* Lima: Pontificia Universidad del Perú.

Castro, Victoria *et al.* (2018b). Tradiciones culturales y biodiversidad. En *Biodiversidad en Chile. Patrimonio y Desafíos*, Tomo II: 147-192. Santiago: Ministerio del Medio Ambiente.

Castro, Luis (2004). Recursos hídricos altoandinos, estrategias de desarrollo económico y proyectos de riego: Tarapacá, 1880-1930. *Chungará* 36: 205-220.

Cerda, P. (2019). *Andacollo. Orígenes históricos, música y danzas rituales (1550- 2014).* La Serena: Editorial Chañar.

Chamorro, C. y S. Urbina (2018). Expresión cartográfica y atributos urbanísticos de Valdivia y Nueva Imperial (sur de Chile): un análisis comparado. *Revista de Urbanismo* 39: 1-16.

Charme, Augusto (1858). Observaciones generales sobre las vías de comunicación en Chile. Memoria del Ministerio del Interior. En *Documentos Parlamentarios.* Santiago: Imprenta El Ferrocarril, Tomo IV.

Chuecas, I. (2018). *Dueños de La Frontera. Terratenientes y sociedad colonial en la periferia chilena, Isla de la Laja (1670-1845).* Santiago: Ediciones Biblioteca Nacional.

CMPC (2000). *CMPC, Tradición y Futuro, 1920-2000.* Santiago: Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones.

Collet, T. y R. Molina (2008). *Culturas del mundo en la tierra de los ríos.* Valdivia: Alianza Francesa, Universidad Austral de Chile y Corporación Cultural Municipal de Valdivia.

Congreso Nacional (1864). *Proyecto de limitación territorial entre las provincias de Aconcagua i Coquimbo y entre los departamentos de Illapel y Petorca.* Santiago de Chile: Imprenta Chilena.

Contador, Tamara *et al.* (2018). Sumergidos con lupa en los ríos del Cabo de Hornos: valoración ética de los ecosistemas dulceacuícolas y sus habitantes. *Magallania* 46 (1): 183-206.

Conti, V. (2006). La ruta de los arrieros y el salitre. En Cabezas, Ángel, María Isabel Hernández, Lautaro Núñez y Mario Vázquez (eds.). *Las rutas del Capricornio Andino.* Santiago: Consejo de Monumentos Nacionales, pp. 93-104.

Conti, V. y G. Sica (2011). Arrieros andinos, de la colonia a la independencia. El negocio de la arriería en Jujuy, Noroeste Argentino. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], doi: https://doi.org/10.4000/nuevomundo.60560

Contreras, Hugo (2009). *Encomienda y servicio personal entre las comunidades indígenas de Chile central, 1541-1580.* Tesis para optar al grado de Doctor en Historia, Universidad de Chile.

Contreras, Hugo (2019). Discontinuidad territorial y complementariedad ecológica indígena en la cuenca del río Mapocho durante los primeros años de la ocupación castellana. Revista Tiempo Histórico 18: 123-145.

Coña, P. (1995). *Lonco Pascual Coña ñi tuculpazugun. Testimonio de un cacique mapuche.* Texto dictado al padre Ernesto Wilhelm de Moesbach. Santiago: Pehuén Editores.

Cordero, Rosario, C. Muñoz y D. Artigas (2019). Reinterpretando paredes: interacción e intercambio de información en el Ibáñez medio, Patagonia central, Chile. *Boletín el Museo Chileno de Arte Precolombino* 24 (1): 37-55.

Cornejo, Luis y Miguel Saavedra (2018). El centro político Inka en el extremo austral del Tawantinsuyu (Chile Central). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 23 (1): 133-158.

Cornejo, Luis, Miguel Saavedra y Héctor Vera (2006). Nuevos registros de asentamientos Inka en la cordillera andina de Chile Central. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 39: 7-18.

Cornely, F. (1944). Cultura de El Molle. *Revista Chilena de Historia Natural* XLVIII: 28-48.

—— (1956). *Cultura Diaguita chilena y cultura El Molle.* Santiago: Editorial del Pacífico.

Corporación Prorío (1991). *Recuperación de la navegabilidad del Biobío.* Concepción: Renacimiento.

Correa Rodríguez, Enrique (1972). *Historia de mis años.* Primera Parte: 1885-1900. Manuscrito.

Correa, Martín y Eduardo Mella (2010). *Las razones del illkun/enojo, memoria, despojo y criminalización en el territorio mapuche de Malleco.* Santiago: LOM Ediciones.

Cortés Douglas, Hernán, Andrea Butelmann y Pedro Videla (1981). Proteccionismo en Chile: una visión retrospectiva. *Cuadernos de Economía* 54-55: 174-175.

Cortés Larravide, Enrique (2021). La pérdida de las tierras de los indios de Copiapó (siglos XVI-XIX): Economía extractivista colonial hispana en el Norte semiárido chileno. *Diálogo Andino* 64: 187-198.

Covarrubias Ortúzar, Álvaro (1865). *Reglamento para la navegación de las embarcaciones menores en los ríos Maule y Loncomilla y en la vía de Constitución.* Santiago: Imprenta Nacional.

Cuadra, Pedro Lucio (1868). *Geografía descriptiva de Chile.* Santiago: Anales de la Universidad de Chile.

Lebon, F. Jorge David (1993). *Trigo en Chile. Una historia desconocida.* Santiago: Ediciones del Día.

De Souza P. et al. (2021). Late Pleistocene–Early Holocene human settlement and environmental dynamics in the southern Atacama Desert highlands (24.0°S–24.5°S, Northern Chile). *Geoarchaeology*: 1-19.

Del Río C. y B. Tagle (2001). *Región de O´Higgins. Breve relación del patrimonio natural y cultural*. Rancagua: Corporación de Desarrollo Pro O'Higgins.

Díaz Blanco, J. M. (2011). *El alma en la palabra. Escritos inéditos del P. Luis de Valdivia.* Santiago: Ediciones Alberto Hurtado.

Dirección General de Aguas (2003). *Diagnóstico y clasificación de los cursos y cuerpos de agua según objetivos de calidad.* Santiago: CADE-IDEPE.

Domeyko, Ignacio (1846) [2010]. L*a Araucanía y sus habitantes.* Santiago: Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile.

Domeyko, Ignacio (1978). *Mis viajes.* Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.

Donoso, Soledad, Diego Fuenzalida, Claudia Silva y Óscar Toro (2016). *Biobío Futaleufu.* Santiago: Colbun y Earth Chile Archaeological Consultant.

Dunbar, E. (1950). El testamento inédito de doña Beatriz Clara Coya de Loyola, hija del Inca Sayri Túpac. *Fénix. Revista de la Biblioteca Nacional del Perú* 7: 109-122.

Durán, E., M. Kangiser y N. Acevedo (2000). *Colección Max Uhle. Expedición a Calama 1912.* Santiago: Publicación ocasional del Museo Nacional de Historia Natural 56.

Echaiz, René León (1975). *Historia de Santiago.* Santiago: Corporación Cultural de la Municipalidad de Santiago.

Echeñique, Antonia y Concepción Rodríguez (1996). *Historia de la Compañía de Acero del Pacífico S.A., Huachipato: consolidación del proceso siderúrgico chileno, 1905-1950.* Santiago: Ograma.

—— (1996b). *Historia de la Compañía de Acero del Pacífico S.A.: cincuenta años de desarrollo siderúrgico en Chile*, 1946-1996. Santiago: Morgan Impresores.

Elgueta, Carlos (2015). *Molcheñ, el Halcón Guerrero*. Los Ángeles: Helvetia.

Errázuriz, C. (1914). *Don García de Mendoza. 1557-1561.* Santiago: Imprenta Universitaria.

Espejo, Rodemedil (1907). *Valdivia. Guía ilustrada, industrial y comercial,* 1907-1908. Valparaíso: Wescott & co.

Espinoza, Enrique (1897). *Jeografía Descriptiva de la República de Chile*. Santiago: Imprenta y Encuadernación Barcelona.

Espinoza Olivares, Luis H. (2011). *Crónicas del ferrocarril corto del Laja: un viaje por las tradiciones*. Manuscrito.

—— (2018). L*a Ruta del Oro en la frontera del Bio-Bio*. Concepción: Ediciones del Archivo Histórico de Concepción.

Espoueys, Óscar, Virgilio Schiappacasse, José Berenguer y Mauricio Uribe (1995). En torno al surgimiento de la Cultura Arica. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Antofagasta: Universidad de Antofagasta, vol. 1, pp. 171-184.

Hayashida, F., C. Borie y M. Pino (2016). Sistemas agrohidráulicos en el Loa Superior: el caso de Topaín. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46: 23-42.

Falabella, Fernanda, M. Teresa Planella y Robert H. Tykot (2008). El maíz (Zea mays) en el mundo prehispánico de Chile central. *Latin American Antiquity* 19 (1): 25-46.

Fernández, J. (1988-1990). La Cueva de Haichol. Arqueología de los pinares cordilleranos del Neuquén. *Anales de Arqueología y Etnología* 43-45.

Fernández, Manuel Salustio (1865). *Memoria que el intendente del Maule presenta al Ministerio del Interior dando cuenta de todos los ramos de la administración en la provincia de su mando*. Santiago: Imprenta Nacional.

Ferrari, Stefano (2004). *Capitán Pastene, una tierra de promesas*. Italia: Editorial Yema.

Figueroa, Virgilio (1931). *Diccionario histórico biográfico y bibliográfico de Chile (1800-1930)*. Santiago: Establecimientos Gráficos Balcells & Co.

Flores, Jaime y Azócar, Alonso (2017). *«Rulpachen ka wigkachen pu mapuche. Az nentulelu pu kapuchinu patiru mapuche mapu mew.» Evangelizar, civilizar y chilenizar a los mapuche. Fotografías de la acción de los misioneros capuchinos en la Araucanía*. Sevilla: Universidad de Sevilla y Universidad de La Frontera.

Foerster, R. (2004). *¿Pactos de sumisión o actos de rebelión? Una aproximación histórica y antropológica a los mapuches de la costa de Arauco*. Leiden: Universidad de Leiden.

Fuenzalida, Humberto (1950). *Geografía económica de Chile*. Santiago: CORFO.

Gallardo, F. (2001). Arte rupestre y emplazamiento durante el Formativo Temprano en la cuenca del río Salado (desierto de Atacama). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 8: 83-97.

—— (2004). El arte rupestre como ideología: un ensayo acerca de pinturas y grabados en la localidad del Río Salado (desierto de Atacama, norte de Chile). *Chungará* 36, suplemento especial, t. 1: 427-440.

—— (2005). Códigos visuales de las pinturas rupestres Cueva Blanca: Formas, simetría y contexto. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 10 (1): 55-72.

—— (2018). Estilos de arte rupestre e interacción social en el desierto de Atacama (norte de Chile). *Mundo de Antes* 12 (enero-junio): 13-78.

Gallardo, F., L. Cornejo, R. Sánchez, B. Cases, A. Román y A. Deza (1993). Arqueología en el valle de Quillagua, río Loa, norte de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* 23, 125-138.

Gallardo, F. y F. Vilches (1995). Nota acerca de los estilos de arte rupestre en el pukara de Turi (norte de Chile). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 23: 31-33.

Gallardo, F. y H. Yacobaccio (2005). Wild or domesticated? Camelids in early formative rock art of the Atacama Desert (Northern Chile). *Latin American Antiquity* 16 (2): 115-130.

Gallardo, F. y H. Yacobaccio (2007). ¿Silvestres o domesticados? Camélidos en el arte rupestre del Formativo Temprano en el desierto de Atacama (norte de Chile). *Boletín del Museo de Arte Precolombino* 12 (2): 9-31.

Gallardo, F., G. Cabello, G. Pimentel, M. Sepúlveda y Luis Cornejo (2012). Flujos de información visual, interacción social y pinturas rupestres en el desierto de Atacama (norte de Chile). *Estudios Atacameños* 43: 35-49.

Gallardo, F., B. Ballester y N. Fuenzalida (eds.) (2017). *Monumentos funerarios de la costa del desierto de Atacama*. Santiago: Centro de Estudios Interculturales e Indígenas.

García, Alan (2007). El síndrome del perro del hortelano. *El Comercio*, 28 octubre 2007.

Garrido, Francisco (2020). Las dinámicas incaicas al sur del desierto de Atacama. En *Ciclo de charlas organizado por el Centro de Estudiantes de Arqueología*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado.

Godoy, M., L. Adán y S. Urbina (2020). Puertos fluviales en la jurisdicción de Valdivia: territorio y movilidad desde una perspectiva arqueológica y etnográfica. *PORTUS (en línea)* 39.

Goicovich, F. (2002). La etapa de la conquista (1536-1598): origen y desarrollo del «Estado Indómito». *Cuadernos de Historia* 22: 53-110.

Góngora Marmolejo, A. (1575) [1862]. *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.

Góngora, Mario (1971). *Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la constitución social aristocrática de Chile después de la conquista (1580-1660)*. Santiago: Universidad de Chile.

González Colville, Jaime (2015). *Los ramales ferroviarios del Maule*. Talca: Editorial Universidad de Talca.

González, P. (2016). La tradición de arte Chamánico Shipibo-Conibo (Amazonía Peruana) y su relación con la cultura Diaguita chilena. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 21 (1): 27-47.

—— (2017). Sitio El Olivar: su importancia para la reconstrucción de las comunidades agroalfareras del norte semiárido chileno. *Colecciones Digitales*. Santiago: Subdirección de Investigación. DIBAM.

González R., Luis Alberto, Manuel Antonio Toral I. y Rafael Navarro C. (2017). *Palma chilena: una especie emblemática que Chile necesita recuperar*. Santiago: Minera Los Pelambres, Universidad de Chile y ORIGO Ediciones.

González, Sergio, César Ross y Cristián Ovando (2016). «La cuestión del Río Lauca» desde la perspectiva multiescalar: ¿Un juego de suma cero de las diplomacias boliviana y chilena? *Diálogo Andino* 51: 57-72.

González, Tulio y Fernando Torrejón (1993). *La Región del Bío-Bío, un espacio, una historia*. Eula: Universidad de Concepción.

Greve, Ernesto (1938). *Historia de la ingeniería en Chile*. Santiago: Imprenta Universitaria.

Grin, Francisco (1987). *Las colonias suizas en la Araucanía*. Santiago: Grupo de Estudios Agro-Regionales.

Guarda, Gabriel (1968). *La ciudad chilena del siglo XVIII*. Buenos Aires: Centro Editorial de América Latina.

—— (1970). *La Toma de Valdivia*. Santiago: Zig-Zag.

—— (1978). *Historia urbana del Reino de Chile*. Santiago: Andrés Bello.

—— (1986). *Capillas del valle de Elqui*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.

—— (1990). *Flandes Indiano. Las fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.

—— (1994). *Valdivia. Una ciudad chilena del siglo XVI*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.

—— (1999). Historia de la Iglesia en Valdivia. Valdivia/ Santiago: Museo de la Catedral de Valdivia/ Fundación CorpArtes y Corporación del Patrimonio Religioso.

—— (2001). *Nueva Historia de Valdivia*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.

Guarda, G. y R. Moreno (2010). *Monumenta Cartographica Valdiviensae. Misión, territorio y defensa*. Santiago: Corporación Patrimonio Cultural de Chile.

Harvey, David (2008). The Right to the City. *New Left Review* II (53): 23-40.

Hermosilla, Clímaco (1999). *Cañete de la Frontera y las fortificaciones coloniales y republicanas de su entorno*. Concepción: Trama Impresores.

Herrera Vega, Héctor Hernán (2011). *Erque, Elqui, Vicuña. Anales de su historia*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.

Hidalgo, Jorge (2009). Civilización y fomento: la «Descripción de Tarapacá» de Antonio O'Brien, 1765. Antropología Histórica. *Chungará* 41: 5-44.

Hoffmann, A. y J. Armesto (2014). *Ecología del Agua*. Santiago: Instituto de Ecología y Biodiversidad (IEB).

Horta, Helena (1996). Taira: Definición estilística e implicancias iconográficas de su arte rupestre. *Chungará* 28 (1-2): 395-417.

—— (1997). Estudio iconográfico de textiles arqueológicos del valle de Azapa, Arica. *Chungará* 29: 81-108.

Museo Arqueológico La Serena. *El sitio arqueológico El Olivar*. http://www.museoarqueologicolaserena.gob.cl/sitio/Contenido/Colecciones-digitales/83495:El-sitio-arqueologico-El-Olivar

Humboldt, Alejandro (1991). *Ensayo político sobre el Reino de Nueva España*. México: Ediciones Porrúa.

Ibáñez Santa María, Adolfo (1982). División de la propiedad agraria en Panquehue 1858-1980. *Revista Historia* 17: 36-38.

Informe del Ferrocarril entre Chillán y Talcahuano (1877). Valparaíso: Imprenta del Universo.

Inostroza, C. (2011). *Conjunto jesuita de Rere. Consolidación de un asentamiento estratégico de La Frontera*. Concepcion: Editorial Universidad de Concepción.

Inostroza, Iván, Jaime Flores y Jorge Pinto (2020). La actividad económica del empresario José Bunster en la frontera de la Araucanía, 1857-1903. *RIVAR* 7 (20): 121-144.

Ivanoff, Danka (1999). *La guerra de Chile Chico o los sucesos del lago Buenos Aires*. Santiago: LOM.

Johnston, Barbara Rose (2012). Water, Culture, Power: Hydrodevelopment Dynamics. En Johnston, Barbara Rose, Lisa Hiwasaki, Irene J. Klaver, A. Ramos Castillo y Veronica Strang (eds.). *Water, Cultural Diversity & Global Environmental Change: Emerging Trends, Sustainable Futures?* The Hague: UNESCO International Hydrological Program, pp. 295-318.

Kahn, Charles H. (1979). *The Art and Thought of Heraclitus*. Cambridge: Cambridge University Press.

Keller, Carlos (1946). *El Departamento de Arica, Censo Económico Nacional*. Santiago: Ministerio de Economía y Comercio.

Kibel, Paul Stanton (2007). Bankside Urban: An Introduction. *Rivertown: Rethinking Urban Rivers*. Cambridge: The MIT Press, pp. 1-22.

Klaver, Irene J. (2012). Placing Water and Culture. En Johnston, Barbara Rose, Lisa Hiwasaki, Irene J. Klaver, A. Ramos Castillo y Veronica Strang (eds.). *Water, Cultural Diversity & Global Environmental Change: Emerging Trends, Sustainable Futures?* The Hague: UNESCO International Hydrological Program, pp. 9-29.

—— (2013). Environment Imagination Situation. En Rozzi, Ricardo, Steward T. Pickett, Clare Palmer, Juan J. Armesto y J. Baird Callicott (eds.). *Linking Ecology And Ethics For A Changing World: Values, Philosophy, and Action*. Dordrecht: Springer Press, pp. 85-105.

—— (2018). Reclaiming Rivers from Homogenization: Meandering and Riverspheres. En: Rozzi, R. *et al.* (eds.). *From Biocultural Homogenization to Biocultural Conservation*. Ecology and Ethics, vol. 3. Springer: Dordrecht, pp. 49-69.

La Casa Gleisner cuenta su historia (1955). Concepción: Litografía Concepción.

La Mura, N. (2014). *Estructuración de prácticas sociales y uso del espacio en las instalaciones arqueológicas de Miño (Alto Loa, Región de Antofagasta)*. Tesis para optar al Título de Arqueóloga, Universidad de Chile.

Lacoste, P., E. Premat y V. Bulo (2014). Tierra cruda y formas de habitar el Reino de *Chile*. *Universum 29 (1): 85-106*.

Lassalle, Adrián y César Cabrera (2000). *Memorias a orillas del Bio-Bio*. Concepción: autoedición.

Law, John y John Urry (2005). Enacting the Social. *Economy and Society* 33 (3): 390-410.

Le Paige, G. (1965). *San Pedro de Atacama y su zona*. Antofagasta: Anales de la U. del Norte 4.

Legoupil, Dominique (2009). La ocupación del alero de Cerro Castillo: un sitio residencial en un mirador panorámico. *Magallania* 37: 47-60.

Leiva, Arturo (1984). *El primer avance a la Araucanía, Angol 1862*. Temuco: Universidad de la Frontera.

Lemus, Carlos (1927). Diario de viaje al lago Buenos Aires. *Revista Chilena de Historia y Geografía* LIII (57): 331-367.

León, Leonardo (2016). Ventas, arriendos y donaciones de tierras mapuches en Arauco: sujetos, terrenos y valores, 1858-1861. *Historia* 1 (49): 133-183.

Lienlaf, Leonel (1989). *Se ha despertado el ave de mi corazón*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Lillo, Ginés de (1602-1605) [1942]. *Mensura general de tierras*. Santiago: Imprenta Universitaria.

Limón Olvera, Silvia. (2006). Entidades sagradas y agua en la antigua religión andina. *Latinoamérica* 43 (2): 85-111.

Lizárraga, R. (1605) [1987]. *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. Madrid: Historia 16.

Lope de Vega Carpio, Félix (1625) [1963]. *Arauco Domado por Excmo. Señor Don García Hurtado de Mendoza, Tragicomedia famosa de Lope De Vega Carpio. Dedicada a don Hurtado de Mendoza, su hijo, Marqués de Cañete*. Santiago: Biblioteca Hispano Chilena.

López Parra, María (2016). *Ventas de tierras tribales en la Araucanía: el régimen de excepción jurídica de Lebu y Cañete, 1876-1884*. Seminario para optar al grado de Licenciado en Historia. Santiago: Universidad de Chile.

Lorenzo, S. (1983). *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII*. Valparaíso: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

REFERENCIAS

Lumbreras, Luis G. (1981). *Arqueología de la América Andina.* Lima: Milla Batres.

Lynch, Patrick (2018). Futaleufú XL: «Los ríos están vivos». *Patagon Journal* 13: 21.

Maino, Valeria (2019). La navegación fluvial en la Araucanía 1850-1912. En Hermosilla, C. (ed.). *Historia de Arauco, Garciadas Cañetinas. Conferencias Escogidas, 2004-2018.* Cañete: Agrupación Cultural Artis.

Maino, Valeria (2015). *La trashumancia en el valle del Choapa.* Santiago de Chile: Minera Los Pelambres y Origo Ediciones.

Maino, Valeria (2017). *Recuerdos de nuestra vida de campo.* Santiago: Andros Impresores.

Maino, Valeria y Pilar Astorquiza (1987). Impacto de los cambios tecnológicos en la navegación del río Maule 1840-1900. *Revista UNIVERSUM*, 2° semestre 1987: 43-52.

Maino, Valeria y Pilar Astorquiza (1988). La navegación a vapor en el río Maule. *Revista UNIVERSUM*, primer semestre 1988.

Manríquez, V. (editora y entrevistas) (2017). *Así era la vida antes. Nosotros así pasábamos. Relatos de vida de los adultos mayores de Ayquina-Turi.* Santiago: Pehuén.

Marín Vicuña, Santiago (1912). *Los Ferrocarriles de Chile.* Santiago: Imprenta Barcelona.

Mariño de Lobera, P. (1580) [1865]. *Crónica del Reino de Chile, dirigida al Excmo. Señor Don García Hurtado de Mendoza, reducida a Nuevo Método y Estilo por el padre Bartolomé Escobar, de la Compañía de Jesús, CDHCH.* Santiago: Imprenta del Ferrocarril.

Márquez B., Alberto (1916). *Libro Internacional Sud-Americano. Sección comercial chilena, Chile Central,* tomo I. Santiago: Imprenta Universo.

Márquez, Boris (2018). *Pascual Binimelis y Campos, constructor del Concepción moderno, 1819-1890.* Concepción: Ediciones del Archivo Histórico de Concepción.

Márquez, Boris y Ángelo Castro (2021). *Libro de Oro de la historia de Santa Juana.* Concepción: Gobierno Regional.

Martínez, Andrea (2011). *Reevaluación del sitio Cerro La Cruz. Su función en las estrategias de dominio incaico en el curso medio del Aconcagua. Memoria para optar al título de arqueólogo.* Santiago: Universidad de Chile.

Martínez, José Luis (1985). La formación del actual pueblo de Toconce, s. XX. *Chungará* 15, 99-124.

—— (1988). Dispersión y movilidad en Atacama colonial. *Encuentro de Etnohistoriadores, serie Nuevo Mundo: cinco siglos* (1): 53-69.

—— (2006). Invasión y Resistencia. En Cabezas, Ángel, María Isabel Hernández, Lautaro Núñez y Mario Vázquez (eds.). *Las rutas del Capricornio Andino.* Santiago: Consejo de Monumentos Nacionales, pp. 79-92.

Matthei, Enrique (1989). Navegabilidad del Bío-Bío: pasado, presente y futuro. *Revista de la Sociedad de Historia de Concepción* 3: 17-19.

Mazzei, Leonardo (1990). *Sociedades comerciales e industriales y economía de Concepción 1920-1939.* Santiago: Editorial Universitaria.

—— (1994). Origen del establecimiento británico en la región de Concepción y su inserción en la molinería del trigo y en la minería del carbón. *Historia* 28 (1): 217-239.

Mazzei, Leonardo y Arnoldo Pacheco (1985). *Historia del Traslado de la Ciudad de Concepción.* Concepción: Editorial de la Universidad de Concepción.

McRostie, Virginia, Eugenia Gayo, Calogero Santoro, Ricardo de Pol-Holz y Claudio Latorre (2017). The pre-Columbian introduction and dispersal of Algarrobo (*Prosopis*, Section Algarobia) in the Atacama Desert of northern Chile. PLoS ONE 12 (7).

—— (2018). *Pre-Columbian introduction of legume trees Prosopis algarobia section and Geoffroea decorticans into the Atacama Desert of northern Chile during the Late Holocene*. Ponencia presentada en el 83rd Annual Meeting Society for American Archaeology, Washington DC.

Medina, J. T. (1952-1982). *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile. Segunda Serie.* Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.

Melero, Diego y Diego Salazar (2003). Historia colonial de Conchi Viejo y San José del Abra, y su relación con la Minería en Atacama. *Revista de Historia Indígena* 7: 55-86.

Melero, D., D. Salazar y D. Briones (2015). *Por los caminos del desierto. La historia de Leandro Aymani.* Santiago: Imprenta Andros.

Mellafe, Rolando (1984). *La introducción de la esclavitud negra en Chile.* Santiago: Editorial Universitaria.

Memoria de Marina (1853). Documentos Parlamentarios. Santiago: Imprenta El Ferrocarril.

Mena, Francisco (ed.) (2016). *Arqueología de la Patagonia: de mar a mar.* Coyhaique: CEIP/ Ñire Negro.

Mena, Francisco y Donald Jackson (1991). Tecnología y subsistencia en Alero Entrada Baker (Región de Aisén, Chile). *Anales del Instituto de la Patagonia* 20: 169-203.

Mena, Francisco y José Blanco (2017). Estado de la investigación arqueológica del valle de Chacabuco, Andes Centropatagónicos, Región de Aisén, Chile. *Magallania* 45 (2): 199-217.

Méndez, C., H. Velásquez, O. Reyes y V. Trejo (2006). Tras los moradores del bosque. Análisis de los conjuntos arqueológicos de Alero El Toro (Valle del rıo Cisnes, Región de Aisén). *Werken* 8: 101-115.

Méndez, César *et al.* (2011). Ocupaciones humanas en la margen occidental de Patagonia Central: Eventos de poblamiento en Alto Río Cisnes. *Magallania* 39 (2): 223-242.

Méndez, C. *et al.* (2016). Human Effects in Holocene Fire Dynamics of Central Western Patagonia (~44° S, Chile). *Frontiers in Ecology and Evolution*; doi: https://doi.org/10.3389/fevo.2016.00100

Méndez, César, O. Reyes, A. Nuevo-Delaunay y E. Latorre (2017). Chenques en el centro oeste de Patagonia (Holoceno tardío final, Valle de Ñirehuao, 45°S, Chile). *Chungará* 49 (3): 379-395.

Méndez, Luz María (1990). Espontaneismo y cálculo durante la colonia. En Villalobos, Sergio (ed.). *Historia de la ingeniería en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.

Mera, R. y L. Adán (2000). Comunicación de nuevos sitios Pitrén a partir del estudio de colecciones. Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Copiapó: Sociedad Chilena de Arqueología, pp. 345-367.

Mercado, C. (2018). Filmando escenas de la quebrá. En Art/Encuentro 3: 73-110.

—— (2020). Eso decía la gente Antigua. Memorias de Taira. En Art/Encuentro 4.

Meyer, Albert (1910). Geschichte der Colonie Contulmo; (1984) (trad. castellano). Historia de la colonización de Contulmo. Santiago: Imprenta Universitaria.

Michieli, C. (1976). Panorama etnohistórico del sector oriental de los Andes Centrales argentino-chilenos. *Actas y Memorias IV Congreso Nacional de Arqueología* Argentina, Tomo III: 207-225.

Miranda Salas, F. (1966). *Crónicas de Rancagua.* Rancagua: Editorial Talamí.

Miranda, P. (1997) [2019]. *Julián Colamar recuerda. Un testimonio atacameño*. San Pedro de Atacama: Ediciones del Desierto.

Moesbach, Ernesto Wilhelm de (1936). *Vida y costumbres de los araucanos en la segunda mitad del siglo XIX.* Santiago: Imprenta Universitaria.

Molina, Raúl (1998). Descripción de las comunidades mapuche del Queuco y el Alto Biobío. En Morales, R. (comp.). *Ralco. Modernidad o Etnocidio en territorio mapuche.* Temuco: Instituto de Estudios Indígenas. Universidad de la Frontera.

—— (2011). Los *otros* arrieros de los valles, la puna y el desierto de Atacama. *Chungará* 43 (2): 177-187.

—— (2014). Marcas memorables en los relatos collas de Atacama. *Chungará* 6 (4): 669-680.

—— (2017). *«En la Huella está el peligro.»* Arrierías de Puna y Desierto. Santiago: Ocho Libros.

—— (2017). El Estado chileno y la colonización alemana de Llanquihue. En Anwandter, Carl. *De Hamburgo a Corral. Diario de viaje a bordo del Velero Hermann.* Valdivia: Ediciones Universidad Austral de Chile.

Molina, R. y N. Yáñez (comp.). (2011). *Las aguas indígenas en Chile.* Santiago: LOM.

Montané, J. (1969). En torno a la cronología del Norte Chico. *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 167-183.

Montero de Tórtora, Elsa (1967). *Lo que fue Catirai y es Santa Juana de Guadalcázar.* Santiago: Editorial Universitaria.

Morano, Susana, V. Sierpe y A. Prieto (2010). Rescate del «Chenque de Cerro Guido». En Salemme, Santiago et al. (eds.). *Arqueología de Patagonia: una mirada desde el último confín.* Ushuaia: Editorial Utopías.

Mostny, Grete (1947). Un cementerio incásico en Chile central. *Boletín Museo Nacional de Historia Natural* 23: 17-41.

—— (1952-56). Una tumba de Chiuchiu. *Boletín Museo Nacional de Historia Natural* 26: 1-55.

—— (1957). La momia del Cerro El Plomo. *Boletín Museo Nacional de Historia Natural* 27 (1): 3-118.

Muñoz, Andrés (2011). *Las villas olvidadas. Hualqui, Rere, Florida, Yumbel y Copiulemu. Con genealogía de las familias Muñoz, Cruz, Melo, Jara y Freire y notas de Herrera, González, Castelblanco y Casanueva.* Santiago: Cea Ediciones.

Muñoz, Carlos y Gladys Arcas (2007). *San Pedro de la Paz, del fuerte a la comuna.* Hualpén: Impresos Andalién.

Muñoz, Iván (2004). Ocupación del espacio doméstico y áreas de actividad generadas en el asentamiento prehispánico de San Lorenzo. *Diálogo Andino* 24: 53-97.

—— (2012). Agua y monumentalidad en el valle de Azapa: indicadores del uso del espacio en las poblaciones Alto Ramírez, período Formativo, norte de Chile. *Chungará* 44: 571-592.

Muñoz-Morandé, M., P. Möller y A. Muñoz-Pedreros (2013). Patrimonio arqueológico e histórico asociado a un humedal lacustre, el lago Ranco, en la Región de Los Ríos, sur de Chile. *Gestión ambiental* 26: 5-30.

Navarrete, Ivonne y José Gastón Riquelme (2013). *Laja: entre dos ríos. Cuentos, relatos y leyendas para compartir.* Concepción: Ediciones Etcétera.

Navarrete, Ramón y Claudio Carrasco (1999). *Historia de Nacimiento.* Santiago: Imprenta Universitaria.

Navarro, Leandro (2008). *Crónica militar de la conquista y pacificación de la Araucanía.* Santiago: Pehuén.

Nazer, Ricardo (1993). José Tomás Urmeneta (1808-1878). Un empresario minero del siglo XIX. En Pinto, J., J. Jofré y R. Nazer (eds.). *Ignacio Domeyko, José Tomás Urmeneta, Juan Brüggen.* Santiago: Instituto de Ingenieros de Minas de Chile.

Neff, F. (1903). Levantamiento del Seno Baker i canales interiores por la cañonera Magallanes en 1900-1901. *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile,* Tomo 24, pp. 3-30.

Neruda, Pablo (1954). *Las uvas y el viento.* Santiago de Chile: Editorial Nascimento.

Niemeyer, H. (1967). Un nuevo sitio de arte rupestre en Taira (Río Loa, Prov. Antofagasta, Chile). *Revista Universitaria* 52: 159-164.

—— (1979). *Estudio de racionalización del área de riego del río Loa, II Región.* Santiago: Ministerio de Obras Públicas.

—— (1980). *Hoyas hidrográficas de Chile. 2a Región de Antofagasta.* Santiago: Ministerio de Obras Públicas.

—— (1983). Reconocimiento de un camino internacional en la cordillera de Copiapó. *Contribuciones Históricas* (Museo Regional Atacama de Copiapó) 3: 61-107.

—— (1998). *Culturas prehistóricas de Copiapó.* Santiago: Imprenta Universitaria.

—— (2000). La hoya del río Choapa y su vegetación. En Castillo, Gastón (ed.). *Arqueología del valle del Cuncumén.* Santiago de Chile: Minera Los Pelambres y Editorial Antártica.

Niemeyer, H., M. Cervellino y E. Muñoz (1983). Viña del Cerro, expresión metalúrgica inca en el valle de Copiapó. *Revista Creces* 4 (4): 32-35.

Niemeyer, H. y P. Cereceda (1984). *Hidrografía. Tomo VIII Geografía de Chile*. Santiago: Instituto Geográfico Militar.

Núñez, Lautaro (1965a). Prospección arqueológica en el Norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* 1: 9-35.

—— (1965b). Desarrollo cultural prehispánico del Norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* 1: 37-115.

—— (1971). Secuencia y cambio en los asentamientos humanos de la desembocadura del río Loa en el norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile* 112: 3-25.

—— (1976). Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. *Homenaje al Dr. R.P. Gustavo Le Paige S.J.* Antofagasta: Universidad del Norte, pp. 147-201.

—— (1979). Comentario sobre el área Centro-Sur Andina. En *Primer Coloquio Internacional de Arqueología Andina, Paracas, Perú*. Antofagasta: UNESCO, Instituto Nacional de Cultura Perú, Universidad del Norte, pp. 1-36.

—— (1992a). Cultura y conflicto en los oasis de San Pedro de Atacama. Santiago: Editorial Universitaria.

—— (1999). Valoración minero-metalúrgica circumpuneña: menas y mineros para el Inka Rey. *Estudios Atacameños* 18: 177-221.

Núñez, L. y T. Dillehay (1978). *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de tráfico e interacción económica.* Antofagasta: Universidad del Norte.

Núñez, L. y C. Santoro (1988). Cazadores de la Puna seca y salada del área centro-sur andina (norte de Chile). *Estudios Atacameños* 9: 11-60.

Núñez, L., Carolina Agüero, Bárbara Cases y Patricio de Souza (2003). El campamento minero Chuquicamata-2 y la explotación cuprífera prehispánica en el Desierto de Atacama. *Estudios Atacameños* 25: 7-34.

REFERENCIAS

Núñez, L., I. Cartajena, C. A. Carrasco, P. de Souza y M. Grosjean (2006). Emergencia de comunidades pastoralistas formativas en el sureste de la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños* 32: 93-117.

Núñez, L. y V. Castro (2011a). ¡Caitunar, Caitunar!: pervivencia de ritos de fertilidad prehispánica en la clandestinidad del Loa (norte de Chile). *Estudios Atacameños* 42: 153-172.

Núñez, L. y A. Nielsen (2011b). Caminante, sí hay caminos: Reflexiones sobre el tráfico sur andino. En Núñez, L. y A. Nielsen (eds.). *En Ruta. Arqueología, Historia y Etnografía del Tráfico Sur Andino.* Córdoba: Brujas, pp. 11-41.

Núñez, L. y Calogero Santoro (2011c). El tránsito Arcaico-Formativo en la circumpuna y valles occidentales del centro sur andino: Hacia los cambios «neolíticos». Chungará 43: 487–530.

Ocaña, Fray Diego de (1995). *Viaje a Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.

Odone, Carolina (1997). El valle de Chada: La construcción colonial de un espacio indígena de Chile central. *Historia* 30: 189-209.

Ojeda, Juan de (1803). Informe descriptivo de la frontera de la Concepción de Chile, por el coronel don Juan de Ojeda. En Anrique, Nicolás (1898). *Biblioteca Jeográfico-Hidrográfica de Chile*. Santiago: Imprenta Elzeviriana, pp. 219-292.

Oña, Pedro de (1918). *Arauco Domado*. Santiago: Imprenta Universitaria.

Opaso, Cristián (2012). *Biobío rebelde. De Ranquil a Ralco.* Santiago: Ceibo Ediciones.

Osorio, Alfonso y Calogero Santoro (1989). Trasvase prehispánico Vilasamanani-Socoroma, norte de Chile. *Idesia* 11: 37-43.

Osorio, Mauricio y E. Martínez (2011). Palena y La Junta: Revisión de dos topónimos del valle del Palena, extremo norte de la Región de Aysén. *Magallania* 39 (1): 211-220.

Oviedo Figueroa, Luis (2001). *Puente Llacolén del Gran Concepción*. Concepción: Impresos Frey.

Pacheco, Arnoldo (2003). *Economía y sociedad de Concepción, siglo XIX*. Concepción: Universidad de Concepción.

—— (2012). *Historia de Chiguayante*. Concepción: Universidad de Concepción.

Pallo, Cecilia y L. A. Borrero (2015). Arqueología de corredores boscosos en Patagonia meridional: el caso del río Guillermo (SO de la provincia de Santa Cruz, Argentina). I*ntersecciones en Antropología* 16 (2): 313-326.

Palma, Carolina y María Esperanza Rosales (2013). *Caballo chileno, patrimonio vivo.* Santiago: Sociedad Nacional de Agricultura.

Parcero-Oubiña, César et al. (2016). Sistemas agrohidráulicos en el Loa Superior: el caso de Topaín. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46: 23-42.

Parra, Óscar (1996). *El río Bio-Bio*. Concepción: Cuadernos del Bio Bio.

Pavlovic, Daniel *et al.* (2019). Rituales de la vida y de la muerte: Dinámicas de interacción entre el Tawantinsuyu y las poblaciones locales en la cuenca del Maipo-Mapocho, Chile central. *Estudios Atacameños* 63: 43-80.

Pereira, Teresa, Hernán Rodríguez y Valeria Maino (2004). *Casas de campo chilenas, desde el valle del Elqui hasta el valle del Maipo*. Santiago: RE Producciones.

Pimentel, G. (2003). Identidades, caravaneros y geoglifos en el Norte Grande de Chile: una aproximación teórico-metodológica. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 35 (36): 67-80.

Pinto, Jorge e Iván Inostroza (2014). *Expansión capitalista y economía mapuche: 1680-1930*. Temuco: Ediciones Universidad de la Frontera.

Piwonka, Gonzalo (1999). Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999. Los primeros doscientos años (1541-1741). Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y Editorial Universitaria.

Pizarro Soto, Alejandro (1991). *Lebu. De la Leufumapu a su Centenario 1540-1962.* Santiago: Ñielol.

Planella, María Teresa (1988). *La propiedad territorial indígena en la cuenca de Rancagua a fines del siglo XVI y comienzos del XVII*. Tesis para optar al título de Magíster en Historia, mención en Etnohistoria. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago.

Planella, M. T., R. Stehberg, B. Tagle, H. Niemeyer y C. del Río (1993). La fortaleza indígena de Cerro Grande de La Compañía (valle del Cachapoal) y su relación con el proceso expansivo meridional Incaico. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena,* Tomo 2: 403-420.

Planella, M. T., F. Falabella, B. Tagle y V. Manríquez (1997). *Fundamentos prehispánicos de la población «promaucae» histórica.* Santiago: manuscrito.

Planella, M. T., Luis Cornejo y Blanca Tagle (2005). Alero Las Morrenas 1: evidencias de cultígenos entre cazadores recolectores de finales del período Arcaico en Chile Central. *Chungará* 37: 59-74.

Poeppig, Eduard (1960). *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829).* Santiago: Zig-Zag.

Pomar, José Manuel (1962). Cambios en los ríos y en la morfología de la costa de Chile. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 130, pp. 324-327.

Prieto, M. (2015). Privatizing Water in the Chilean Andes: The Case of Las Vegas de Chiu-Chiu. *Mountain Research and Development 35* (3): 220-229.

—— (2017). El riego que el mercado no quiere ver: historia del despojo hídrico en las comunidades de Lasana y Chiu-Chiu (desierto de Atacama, Chile). *Journal of Latin American Geography* 16 (2): 69-91.

Quiroga, J. (1979). *Memorias de los sucesos de la Guerra de Chile*. Santiago: Andrés Bello.

Quiroz, D. (2010). Ocupaciones El Vergel en las costas septentrionales de la Araucanía: una secuencia cronológica por termoluminiscencia. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena (Valdivia)*, pp. 441-450.

Quiroz, D. y M. Sánchez (2004). Poblamientos iniciales en la costa septentrional de la Araucanía (6500-2.000 AP). *Chungará* 36: 289-302.

—— (2005). La secuencia Pitrén-El Vergel en Isla Mocha: soluciones de continuidad y distinciones culturales. *Actas de XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Concepción: Sociedad Chilena de Arqueología. Museo de Historia Natural de Concepción, pp. 369-378.

Ramírez, J. M. (1868). *El apresamiento del Paquete del Maule*. Valparaíso: Imprenta El Mercurio.

Ramón, Armando de (2007). *Santiago de Chile. (1541-1991) Historia de una sociedad urbana*. Santiago: Catalonia.

Ramos, Demetrio (1967). *Trigo chileno, navieros del Callao y hacendados limeños entre la crisis agrícola del siglo XVII y la comercial de la primera mitad del XVIII*. Madrid: CSIC.

Recart, Alberto (1971). *El Laja: un río creador*. Santiago: Editorial Jerónimo de Vivar.

Rees, Charles y Patricio de Souza (2004). Producción lítica durante el período Formativo en la subregión del Río Salado. *Chungará* 36, suplemento, tomo 1: 453-465.

Retamal, Julio y Luis Carlos Parentini (2014). *Santa Bárbara. Su tierra y su gente*. Santiago: Marcelo Rojas editor.

Richter, Brian D. et al. (2010). Lost in development's shadow: The downstream human consequences of dams. *Water Alternatives* 3 (2): 14-42.

Rivera, M. A. (1987). Tres fechados radiocarbónicos de Pampa Alto Ramírez, norte de Chile. *Chungará* 18: 7-13.

Roa, C. et al. (2018). Entre la pampa y el Pacífico Sur. Evaluando la dispersión más austral de cultígenos en el Cono Sur americano desde la evidencia arqueobotánica y radiométrica de Isla Mocha y Cueva de los Catalanes. *Anales de Arqueología y Etnología* 73 (2): 189-220.

Rosales, Diego de (1674) [1877]. *Historia General del Reino de Chile. Flandes Indiano*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.

Rossen, J., M. T. Planella y R. Stehberg (2010). Archaeobotany of Cerro del Inga, Chile, at the Southern Inka Frontier. En Malpass, M. y S. Alconini (eds.). *Distant Provinces in the Inka Empire*. Iowa: University of Iowa Press, pp. 14-43.

Rozzi, Ricardo (2001). Éticas ambientales latinoamericanas: raíces y ramas. En Primack, R., R. Rozzi, P. Feinsinger, R. Dirzo y F. Massardo (eds.). *Fundamentos de Conservación Biológica: Perspectivas Latinoamericanas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, pp. 311-362.

—— (2012). Biocultural ethics: the vital links between the inhabitants, their habits and regional habitats. *Environmental Ethics* 34: 27-50.

—— (2013). Biocultural Ethics: From Biocultural Homogenization Toward Biocultural Conservation. En Rozzi, R. *et al.* (eds.). *Linking Ecology and Ethics for a Changing World: Values, Philosophy, and Action. Ecology and Ethics* vol. 1. Springer: Dordrecht, pp. 9-32.

—— (2018). Biocultural Homogenization: a wicked problem in the Anthropocene. In: Rozzi, R. *et al.* (eds.). *From Biocultural Homogenization to Biocultural Conservation. Ecology and Ethics book series*, vol 3. Springer: Dordrecht, pp. 21-47.

Ruiz-Esquide, A. (1993). *Los indios amigos en la frontera araucana*. Santiago: DIBAM.

Saavedra, Cornelio (1870). *Documentos relativos a la ocupación de Arauco*. Santiago: Imprenta de la Libertad.

Saelzer, G. y S. Urbina (2015). Urbanismo fluvial en el apogeo industrial de Valdivia: desaparición y recuperación (ca. 1850-2012). *Revista de Urbanismo* 33: 97-123.

Salazar, D. (2005). Investigaciones arqueológicas sobre la minería incaica en San José del Abra (II Región, norte de Chile). *Xama* 15-18: 101-118.

Salazar, D., J. Berenguer y G. Vega (2013). Paisajes minero-metalúrgicos inkaicos en Atacama y el Altiplano sur de Tarapacá (norte de Chile). *Chungará* 45 (1): 83-103.

Salvo González, Luis (2016). *Historia de Hualpén en el tiempo y en el espacio (4500 AP-2010 d.C.).* Hualpén: Trama Impresores.

San Román, Manuel y Flavia Morello (1999). Caracterización arqueológica preliminar de la cuenca del Río Baguales. *Anales del Instituto de la Patagonia* 27: 199-208.

—— (2003). Nota sobre una excavación de sondeo en el alero de Cerro Castillo 1, Provincia de Última Esperanza, Magallanes (Chile). *Magallania* 31: 139-147.

Sánchez, Víctor (1953). *Angol, la ciudad de los Confines*. Santiago: Imprenta Atenea.

Sanhueza, C. (2004). Medir, amojonar, repartir: territorialidades y prácticas demarcatorias en el camino incaico de Atacama (II Región, Chile). *Chungará* 36 (2): 481-492.

Sanhueza, C. y Gundermann, H. (2007). Estado, expansión capitalista y sujetos sociales en Atacama (1879-1928). *Estudios atacameños* 34: 113-136.

Sanhueza, Lorena, L. Cornejo y F. Falabella (2007).Patrones de asentamiento en el período Alfarero Temprano de Chile Central. *Chungará* 39 (1): 103-115.

Sanhueza, Lorena y Fernanda Falabella (2010). Analyses of Stable Isotopes: From the Archaic to the Horticultural Communities in Central Chile. *Current Anthropology* 51 (1): 127-136.

Sanhueza, M. C. (1991). *Origen y desarrollo de la arriería indígena colonial en Atacama, siglos XVI-XVII*. Tesis para optar al grado de Licenciada en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.

Santoro, C. *et al.* (2008). Acta de Tarapacá. «Pueblo Muerto, Pueblo sin Agua». *Chungará* 59 (2): 169-174.

Santos, Mariela y Álvaro Romero (2006). Íconos de Arica. Diseño local prehispánico. En Barraza, José (ed.). *Arica Parinacota. Manual de Patrimonio Cultural y Natural*. Arica: Ministerio de Educación y Consejo de Monumentos Nacionales, pp. 117-125.

Sayago, Carlos María [1874] (1973). *Historia de Copiapó*. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre.

Schiappacasse, Virgilio, Victoria Castro y Hans Niemeyer (1989). Los desarrollos regionales en el Norte Grande (1000-1400 d.C.). En Hidalgo, Jorge, Virgilio Schiappacasse, Hans Niemeyer, Carlos Aldunate e Iván Solimano (eds.). *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Santiago: Andrés Bello, pp. 181-220.

Seal, Jeremy (2012). *Meander: East to West, Indirectly, Along a Turkish River*. New York: Bloomsbury.

Seguel, Z. (1969). Excavaciones en Bellavista-Concepción. *Actas del V Congreso de Arqueología Nacional Chilena*, pp. 327-350.

—— (2003). *Asociación de la fauna marina de los conchales antrópicos con los cambios climáticos holocénicos en las Bahías de Concepción y Arauco. Compendio de notas sobre las investigaciones arqueológicas en las Bahías de Concepción y Arauco. VIII Región. Chile*. Manuscrito.

Sentencia T-622 (2016). Principio de precaución ambiental y su aplicación para proteger el derecho a la salud de las personas-caso de comunidades étnicas que habitan la cuenca del río Atrato. Sentencia T-622 Corte Constitucional de Colombia. Disponible en: https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=72478 [1 de agosto de 2021].

Señoret, Leoncio (1862). Exploración hidrográfica de la Costa de Arauco. *Anales de la Universidad de Chile,* tomo 21, serie 1; doi:10.5354/0717-8883.2010.2580

Señoret, Manuel (1878). Exploración del río Bueno y lago Ranco. *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile* 4, pp. 25-62.

Sepúlveda, César (2009). *Historia de Quilaco*. Tomé: Al Aire Libro Editorial.

Sepúlveda, Sergio (1959). *El trigo chileno en el mercado mundial*. Santiago: Editorial Universitaria.

Servicio País Cultura (2011). *Quilaco: Relatos e imágenes*.

Silva Lezaeta, Luis (1953). *El conquistador Francisco de Aguirre*. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina.

Silva Vargas, Fernando (1962). Tierras y pueblos de indios en el Reino de Chile. *Estudios de Historia del Derecho Chileno* 7.

Sinclaire, C. (1985). Dos fechas radiocarbónicas del alero Chulqui, río Toconce: Noticia y comentario. *Chungará* 14: 71-79.

—— (1997). Pinturas rupestres y textiles formativos en la región atacameña: paralelos iconográficos. *Estudios Atacameños* 14: 327-338.

—— (2004). Prehistoria del período Formativo en la cuenca alta del río Salado (Región del Loa Superior). *Chungará* vol. especial: 619-639.

Sociedad del Canal de Maipo (1997). *Sociedad del Canal de Maipo 170 Años*. Santiago: Morgan Impresores.

Solano Asta-Buruaga, Francisco (1867). *Diccionario Jeográfico de la República de Chile*. Nueva York: D. Appleton.

Soler Pascual, Emilio (2002). *Viajes de Jorge Juan y Santacilia. Ciencia y política en la España del siglo XVIII*. Barcelona: Ediciones B.

Standen, Vivien G. *et al.* (2021). Violence among the first horticulturists in the Atacama Desert (1000 a.C.-600 d.C.). *Journal of Anthropological Archaeology* (aceptado).

Steffen, Hans (1910). *Viajes de Esploración i Estudio en la Patagonia Occidental 1892-1902*. Santiago: Imprenta Cervantes.

—— (2015). *Problemas limítrofes y viajes de exploración en la Patagonia. Recuerdos de la época del conflicto fronterizo entre Chile y Argentina*. Santiago: DIBAM.

Stehberg, Rubén (2013). Caminos, guacas y el reducto fortificado de cerro El Peral: instalaciones para el control inca del paso de Chada, Chile central. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 62: 129-146.

Stehberg, Rubén y Gonzalo Sotomayor (1999). Cabis, guacas-fortalezas y el control incaico del valle de Aconcagua. *Estudios Atacameños* 18: 237-250.

Stehberg, Rubén, Claudia Prado y Pilar Rivas (2017a). El sustrato incaico de la Catedral Metropolitana (Chile). *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 66 (2): 161-208.

Stehberg, Rubén, Gonzalo Sotomayor, Claudia Prado y Carolina Gatica (2017b). Caminos paralelos incaicos en Mapocho Norte, Chile. *Boletín Museo Chileno de Arte Precolombino* 22 (1): 151-162.

Stewart, D. (2015). Las viñas de Concepción: distribución, tamaño y comercialización de su producción durante el siglo XVII. *Rivar* 2 (4): 106-124.

Subercaseaux, Ramón (1936). *Memorias de ochenta años*. Santiago: Editorial Nascimento.

Swift, Jaime *et al.* (2015). Skeletal arsenic of the Pre-Columbian population of Caleta Vitor, northern Chile. *Journal of Archaeological Science* 58: 31-45.

Thayer Ojeda, Tomás (1911). *Las antiguas ciudades de Chile*. Santiago: Imprenta Cervantes.

Thomas, Carlos (1978). Estudio arqueológico del poblamiento prehispánico tardío de Chiu-Chiu. *Revista Chilena de Arqueología* 1: 85-104.

Thomas, C., A. Benavente, I. Cartajena y G. Serracino (1995). Topater, un cementerio temprano: una aproximación simbólica. *Hombre y Desierto* 9: 159-170.

Thompson, Manuel (1863). Informe de la comisión exploradora del río Bio-Bio y sus afluentes, pasado al Gobierno por don Manuel T. Thompson, jefe de la expedición, el 20 de junio de 1863. *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XXIII, agosto de 1863. Santiago: Imprenta Nacional.

Toloza, Luis (2019). Las murallas del fuerte de Nacimiento, la construcción de un enclave defensivo del silgo XVIII en la frontera del Biobío. Actas del Undécimo Congreso Nacional de Historia de la Construcción, Vol. 2. Soria: Instituto Juan de Herrera.

Tornero, Recaredo Santos (1872). *Chile Ilustrado. Guía Descriptiva del territorio de Chile, de las capitales de provincias, de los puertos principales*. Valparaíso: Imprenta El Mercurio.

Torrejón, F., M. Cisternas y F. Herrera (2004). La navegabilidad histórica del río Biobío, mito y realidad. *Revista Geográfica Terra Australis* 49: 7-30.

Torres, J., C. Silva y M. Lucero (2007). El rol de la pesca en la intensificación de las ocupaciones costeras durante el holoceno medio-tardío (Bahía de Concepción, Región del Bío-Bío, Chile). *Magallania* 35 (1): 71-93.

Treutler, Pablo (1861). *La provincia de Valdivia y los araucanos*. Santiago: Imprenta Chilena.

Troncoso, A., G. Cantarutti y P. González (2016). Diversidad y heterogeneidad cultural y social en Chile Central durante los períodos Alfarero Temprano e Intermedio Tardío (300 a.C. a 1450 d.C.). En Falabella, F., M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo (eds.). *Prehistoria en Chile: Desde sus primeros habitantes hasta los Incas*. Santiago: Editorial Universitaria, pp. 319-364.

Troncoso, A., D. Salazar, C. Parcero-Oubigna, F. Hayashida, P. Fábrega-Álvarez y P. Larach (2019). Maquetas incaicas en Chiu-Chiu: paisaje y ritualidad agraria en el desierto de Atacama. *Estudios atacameños* 63: 3-23.

Ugalde, Paula, Virginia McRostie, Eugenia Gayo, Magdalena García, Claudio Latorre y Calogero Santoro (2021). 13,000 years of sociocultural plant use in the Atacama Desert of northern Chile. Vegetation History and Archaeobotany 30: 213-230.

United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Population Division (2014). *World Urbanization Prospects: The 2014 Revision, Highlights (ST/ESA/SER.A/352)*. Nueva York: United Nations. https://esa.un.org/unpd/wup/Publications/Files/WUP2014-Highlights.pdf/ [1 de agosto de 2021].

Urbina, Simón (2007). Estudio arquitectónico del Pucara de Topaín (Río Salado, Norte de Chile). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 40: 29-46.

Urbina, S. y C. Chamorro (2016). Cartografía histórica comparada de los castillos de Valdivia, el estuario (bahía de Corral) y el río Cruces. Siglos XVII-XVIII. En *Arqueología de Patagonia: de Mar a Mar*. Coyhaique: CIEP, pp. 505-514.

Urbina, Ximena (2009). *La frontera de arriba en Chile colonial. Interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos, 1600-1800*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Uribe, Mauricio (1997). La alfarería de Caspana en relación a la prehistoria tardía de la subárea circumpuneña. *Estudios Atacameños* 14: 243-62.

—— (1999-2000). La arqueología del Inka en Chile. *Revista Chilena de Antropología* 15: 64-97.

—— (1999). La alfarería Inka de Caspana. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 27: 11-19.

—— (2002). Sobre alfarería, cementerios, fases y procesos durante la prehistoria tardía del desierto de Atacama (800-1600 d.C.). *Estudios atacameños* 22: 7-31.

—— (2003). Reflexiones desde el desierto de Atacama. *Chungará* 35 (2): 295-304.

—— (2004). El Inka y el Poder como problemas de la arqueología del Norte Grande de Chile. *Chungará* 36 (2): 313-324.

Uribe, Mauricio y Leonor Adán (1995). Tiempo y espacio en Atacama: la mirada desde Caspana. *Boletín de la Sociedad Chilena de Antropología* 21: 35-36.

Uribe, M. y L. Adán (2004). Acerca del Dominio Inka, sin miedo, sin vergüenza. *Chungará* 36: 467-480.

Uribe, M., L. Adán y C. Agüero (2002). El dominio del Inka, identidad local y complejidad social en las tierras altas del desierto de Atacama, Norte Grande de Chile (1450-1541 d.C.). *Boletín de Arqueología PUCP* 6: 301-336.

Uribe, Mauricio *et al.* (2020). El Formativo en Tarapacá (3000-1000 AP): Arqueología, naturaleza y cultura en la Pampa del Tamarugal, desierto de Atacama, norte de Chile. *Latin American Antiquity* 31: 81-102.

Valdivia, Macarena (ed.) (2005). *El esquí en Chile*. Santiago: Editorial Huerquehue.

Valdivia, Pedro de (1551). Carta al emperador Carlos V, Concepción, 25 de septiembre de 1551. En Toribio Medina, José (1929). *Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de Chile*. Sevilla: Establecimiento Tipográfico de M. Carmona, pp. 219-221.

—— (1955). *Cartas*. Santiago: Editorial del Pacífico.

—— (1991). *Cartas de don Pedro de Valdivia Cartas que tratan del descubrimiento y conquista de la Nueva Extremadura. Edición facsímil realizada en conmemoración del Quinto Centenario del Encuentro entre dos Mundos*. Barcelona/ Santiago: Lumen/ Andrés Bello.

Valenzuela, Juvenal (1923). *Álbum Zona Central de Chile 1923. Agricultura: fundos, haciendas y sus productos*. Santiago: Editor Juvenal Valenzuela O.

Varela, V. (1999). El Camino del Inca en la cuenca superior del río Loa, desierto de Atacama, norte de Chile. *Estudios Atacameños* 18: 89-105.

Vasak, Karel (1977). Human rights: A thirty year struggle. The sustained efforts to give force of law to the Universal Declaration of Human Rights. *UNESCO Courier*, 30: 29-32.

Velasco del Real, Octavio (1892). *Viaje por América del Sur. Impresiones y recuerdos*. Barcelona: Establecimiento Tipográfico de Ramón Molinas.

Venegas, Fernando (2014). *De Tralcamawida a Santa Juana*. Despliegue histórico de una localidad en la frontera del Bío-Bío (1550-1980). Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Vera, Jaime J. (2011). *Del valle de Chile. Miscelánea histórica de la Quinta Región*. Saarbrücken: Editorial Académica Española, LAP LAMBERT Academic Publishing.

Vergara Paredes, Sandrino (2019). Los 200 años del combate de San Pedro, miércoles 29 de diciembre de 1819. *Anaqueles de la Historia*. Santiago: Academia de Historia Militar.

Vergara, Jorge (2005). *La herencia colonial del Leviatán. El Estado y los Mapuche-Huilliches (1750-1881)*. Tesis Doctoral, Universidad Libre de Berlín, Iquique.

Vergara, Jorge, Aldo Mascareño y Rolf Foerster (1996). *La propiedad huilliche en la provincia de Valdivia*. Santiago: CONADI.

Verniory, Gustave (2005). *Diez años en Araucanía, 1889-1899*. Santiago: Pehuén.

Vicuña Mackenna, Benjamín (1881). *La edad del oro en Chile*. Santiago: Imprenta Cervantes.

—— (1877) [1970]. *El clima de Chile*. Santiago: Editorial Francisco de Aguirre.

Vidal Gormaz, Francisco (1867). *Hidrografía. Descripción de la costa de Arauco por el teniente 1° de la Escuadra Nacional don Francisco Vidal Gormaz, mandada practicar por orden del Supremo Gobierno*. Santiago: Anales de la Universidad de Chile, pp. 474-511.

—— (2013). *Geografía náutica de Chile*. Santiago: Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile.

Villagrán, Carolina, V. Castro, G. Sánchez y J. Colamar (1998). Etnobotánica y percepción del paisaje en Caspana (Provincia El loa, Región de Antofagasta, Chile). *Estudios Atacameños* 16: 107-170.

Villagrán, Carolina y Victoria Castro (1999). Etnobotánica y manejo ganadero de las vegas, bofedales y quebradas en el Loa superior, Andes de Antofagasta, Segunda Región, Chile. *Chungará* 29 (2): 275-304.

Villagrán, C. y V. Castro (2003). *Ciencia indígena en los Andes de Sudamérica*. Santiago: Editorial Universitaria.

Villalobos, Sergio. Introducción. En Gay, Claudio (1973). *Historia física y política de Chile. Agricultura* (ed. facsimilar). Santiago: ICIRA.

Villalobos, Sergio, Osvaldo Silva, Fernando Silva y Patricio Estellé (1979). *Historia de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.

Vivar, Gerónimo de (1558) [1979]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile (1558)*. Berlín: Coloquium Verlag.

—— (1558) [1966]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile*. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.

—— (1558) [1987]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.

VV. AA. (2000). *10 años Centro Eula-Chile, 1990-2000*. Concepción: Eula.

VV. AA. (2008). Enciclopedia Regional del Bio Bio. Santiago: Pehuén.

VV. AA. (2013). «Me lo contaron mis viejos». Historias ferroviarias de San Rosendo. Concepción: FESUB/ Fundación CEPAS.

Wachtel, Nathan (1997). Dioses y Vampiros. Regreso a Chipaya. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

World Commission on Dams (2000). *Dams and development: A new framework for decision-making*. Londres: Earthscan Publications. Disponible en http://www.dams.org/report/contents.htm

Zapatta, Francisco y Jaime Echeverría (1946). Municipios de Concepción. Concepción: Litografía Concepción.

Zavala, J. M. (2008). Los mapuches del siglo XVII. Dinámica interétnica y estrategias de resistencia. Santiago: Editorial U. Bolivariana.

Zavala, J. M. y T. Dillehay (2010). El «Estado de Arauco» frente a la conquista española: estructuración socipolítica y ritual de los araucano-mapuches en los valles nahuelbutanos durante los siglos XVI y XVII. Chungará 42 (2): 433-450.

Zuidema, T. (1989). El juego de los ayllus y del amaru. En Burga, M. (comp.). Reyes y guerreros. Ensayos de cultura andina. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 256-272.

«

Páginas 352 y 353. Lago Conguillío. Originado como un estancamiento de aguas producido por las constantes erupciones del volcán Llaima y el deshielo del volcán Llaima y de la Sierra Nevada, el otoño en su orilla es un espectáculo. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2016.

›

Salto del Arcoíris, Río Maule. En el Valle de los Cóndores, acompañando atractivas formaciones geológicas encontramos el mermado río Maule, el cual salta de una plataforma a otra, creando imponentes cascadas como la Arcoíris, de unos 45 metros de altura y que termina en un gran pozón de agua turquesa. Fotografía de Jean Paul de la Harpe, 2013.



LOS AUTORES

Leonor Adán Alfaro
Arqueóloga y doctora en Historia con mención en Etnohistoria. Ha realizado investigaciones acerca de las poblaciones prehispánicas de la zona Centro Sur de Chile y sobre las relaciones interculturales en torno a los centros urbanos durante los períodos coloniales. Trabaja en la dirección museológica y la Escuela de Arqueología de la Universidad Austral de Chile.

José Ancán Jara
Licenciado en Artes, Universidad de Chile; máster en Antropología, Universitat Autònoma de Barcelona (España); doctor en Estudios Culturales Latinoamericanos, CECLA, Universidad de Chile. Miembro del Centro de Estudios y Documentación Mapuche Liwen de Temuco. Desde 2014 ha estado a cargo de la actual Subdirección de Pueblos Originarios del Servicio Nacional del Patrimonio, Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

José Berenguer
Ph. D. en Antropología en la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign, licenciado en Prehistoria y Arqueología en la Universidad de Chile, curador emérito del Museo Chileno de Arte Precolombino. Especialista en la arqueología del norte de Chile, muchas de sus publicaciones pueden encontrarse en www.precolombino.academia.edu/JBerenguer

Armando Cartes Montory
Abogado, doctor en Historia, profesor titular de la Universidad de Concepción, director del Archivo Histórico de Concepción.

María Catrileo
Nacida en Boroa, comuna Nueva Imperial, el 11 de julio de 1945. Estudios básicos y secundarios en la Escuela Misional Rangintulewfü, Escuela No. 7 y Liceo de Niñas Gabriela Mistral de Temuco. Estudios universitarios en Universidad de Concepción y Universidad de Chile. M.A. Linguistics en la UTEP (Texas). Profesora titular (R) de Lingüística Inglesa y Mapuche en la Universidad Austral de Chile, Valdivia.

Gastón Castillo Gómez
Arqueólogo titulado en la Universidad del Norte, sede Antofagasta. Estudios de doctorado en Ciencias Antropológicas en la Universidad de Buenos Aires. Participación desde 1975 a la fecha en estudios arqueológicos, etnohistóricos y etnográficos en las regiones de Atacama y Coquimbo.

Victoria Castro
Profesora de Estado en Filosofía, arqueóloga, magíster en Etnohistoria. Académica del Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales. Profesora Emérita de la Universidad de Chile.

Miguel Cervellino Giannoni
Arqueólogo titulado en la Universidad Católica del Norte (1976). Director del Museo Mapuche de Cañete (1976-1978) y del Museo Regional de Atacama (1978-2012). Estudios arqueológicos en la Región de Atacama, publicaciones en revistas de la especialidad y estudiante de cursos de posgrado en ICCROM, Roma, y Universidad de Buenos Aires.

Fernanda Falabella
Arqueóloga, académica del Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, desde 1977. Ha desarrollado una línea de estudios sobre las sociedades prehispánicas del centro de Chile con especial énfasis en estrategias metodológicas, especialmente en el análisis cerámico.

Jaime Flores Chávez
Académico de la Universidad de La Frontera. Se especializa en Historia de Chile y La Araucanía en los siglos XIX y XX. Sus investigaciones y publicaciones han abordado el impacto que tuvo y tiene la irrupción del Estado-nación chileno en los sujetos y territorio al sur del río Biobío en el período de 1850 a 1950.

Paola González
Arqueóloga y abogada indigenista de la Universidad de Chile. Autora de los libros *Lenguajes visuales de los Incas, Minería y Monumentos Nacionales, Arte y cultura Diaguita chilena: simetría, simbolismo e identidad* y *Alfarería del sitio El Olivar: memoria renacida a partir de sus fragmentos*. Investigadora sobre arte rupestre y arqueología desde 2005. Desarrolla investigaciones en la Amazonía peruana sobre el pueblo shipibo conibo y dirige el proyecto «Rescate arqueológico del sitio El Olivar».

Valeria Maino Prado
Estudió Pedagogía en Historia y Geografía y luego Geografía en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctora por la Universidad de Barcelona. Fue profesora en las universidades Gabriela Mistral, Los Andes y Católica de Chile. Miembro de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile. Tiene publicaciones en Italia, Argentina y Chile. Sus libros más conocidos son *La navegación del Maule 1794-1898, Características de la inmigración italiana en Chile 1880-1987* y *Los testimonios del YO*.

Francisco Mena Larraín
Doctor en Antropología. Fue subdirector del Museo Chileno de Arte Precolombino. Dedicado a la arqueología de Aysén, reside en Coyhaique y se desempeña como investigador residente en el Centro de Investigación en Ecosistemas de la Patagonia hasta junio de 2019, cuando renuncia por motivos de salud.

Ricardo Molina Verdejo
Profesor de Estado en Historia y Geografía (Universidad de Chile) y magíster en Historia (Pontificia Universidad Católica de Valparaíso). A la fecha es académico e investigador del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile, Valdivia.

Mauricio Osorio Pefaur
Antropólogo social de la Universidad de Chile, artesano textil y escritor. Reside y trabaja en la Región de Aysén desde 1996. Ha escrito libros para la infancia, poemarios, libros y artículos de antropología e historia.

María Teresa Planella Ortiz
Arqueóloga y magíster en Historia, mención Etnohistoria, por la Universidad de Chile. Premio Miguel Cruchaga Tocornal 1989 de la Academia Chilena de la Historia. Miembro de la Sociedad Chilena de Arqueología. Autora y coautora de publicaciones científicas en revistas y libros nacionales e internacionales.

Alfredo Prieto
Profesor de Estado en Filosofía (Universidad de Concepción), master en Arqueología (Universidad de Cambridge, Gran Bretaña), doctor en Arqueología Prehistórica (Universidad Autónoma de Barcelona). Investigador del Centro Gaia Antártica de la Universidad de Magallanes. Especialista en Arqueología y Etnografía de Fuego-Patagonia con cerca de 70 publicaciones (artículos, libros y capítulos de libros) en medios nacionales e internacionales.

Ricardo Rozzi
Ecólogo y filósofo, profesor titular de la Universidad de Magallanes y de la University of North Texas (Estados Unidos) y director del Centro Internacional Cabo de Hornos. Ha desarrollado los conceptos de conservación biocultural y ética biocultural, y la metodología de la filosofía ambiental de campo. Ha liderado la creación de la Reserva de la Biosfera Cabo de Hornos, del Parque Etnobotánico Omora, del Parque Marino Islas Diego Ramírez-Paso Drake y del Centro Subantártico Cabo de Hornos.

Calogero M. Santoro
Arqueólogo nacido en Antofagasta, magíster y doctorado en las Universidades de Cornell y Pittsburgh (Estados Unidos). Por más de cuarenta años se ha dedicado a tratar de comprender los sistemas de vida humana que se han desarrollado en los ecosistemas del desierto de Atacama, transformándolos, desde el pasado más remoto hasta la actualidad, para contribuir al debate sobre el futuro de la humanidad.

Fernando Silva
Profesor de Historia de Chile en el Departamento de Historia y Geografía de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1964-1968); profesor de Historia del Derecho en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile (1968-1974); profesor del Instituto de Historia en la Pontificia Universidad Católica de Chile (1974-1993); miembro de número de la Academia Chilena de Historia desde 1972 y su presidente entre 2004 y 2009. Autor de varias publicaciones sobre historia de Chile.

Vivien G. Standen
Especialista en Bioarqueología, su investigación está centrada en el estudio de las adaptaciones humanas del pasado en el desierto de Atacama. Obtuvo su doctorado en Antropología en la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es profesora titular del Departamento de Antropología de la Universidad de Tarapacá, en Arica.

Simón Urbina Araya
Arqueólogo, doctor en Historia. Realiza investigación en patrones de asentamiento, urbanismo colonial y etnohistoria andina. Desde 2011 forma parte de la Sociedad Chilena de Arqueología y desde 2013, de la Red de Educadores Patrimoniales de la Región de Los Ríos. Profesor asociado de la Escuela de Arqueología, Universidad Austral de Chile, Sede Puerto Montt.

María Ximena Urbina Carrasco
Doctora en Historia por la Universidad de Sevilla, es profesora titular del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, donde enseña Historia de América Colonial. Es Miembro de Número de la Academia Chilena de la Historia. Investiga sobre historia de la navegación en el Pacífico americano en la época moderna.

Daniela Valenzuela
Arqueóloga graduada de la Universidad de Chile, su investigación se focaliza en la arqueología andina, economía prehispánica, interacciones humano/animal, producción y uso del arte rupestre. Es profesora titular del Departamento de Antropología, Universidad de Tarapacá, en Arica.

AGRADECIMIENTOS

INSTITUCIONES: Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile · Archivo Histórico de la Armada · Archivo Nacional Histórico · Archivo Patrimonial Brügmann · Archivo Provincial Sociedad del Sagrado Corazón, Santiago, Chile · Biblioteca del Congreso Nacional de Chile · Biblioteca Digital Hispánica · Biblioteca Nacional de Chile · CENFOTO UDP, Universidad Diego Portales · Chungara Revista de Antropología Chilena · Departamento de Antropología Universidad de Chile · Fundación Cultural Santos y Eva Chávez · Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín · I. Municipalidad de Illapel · I. Municipalidad de Río Ibáñez · John Carter Brown Library, Brown University, Providence · Ministerio de Cultura y Deporte de España. Archivo General de Indias · Museo Arqueológico R. P. G. Le Paige, S. J., San Pedro de Atacama · Museo de Bellas Artes de Valparaíso · Museo de Historia Natural de Concepción · Museo de Historia Natural de Valparaíso · Museo Histórico Nacional · Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna · Museo Nacional de Bellas Artes · Museu Nacional d'Art de Catalunya · Museo Nacional de Historia Natural de Chile · Museo O'Higginiano y de Bellas Artes de Talca · Museo Marítimo Nacional · Museo Regional de Atacama · Museo Regional de Aysén · Museo Regional de Rancagua · Noir Lab, Fundación Nacional para las Ciencias (NSF) · ONG Aumen · Sernatur · Sociedad de Historia y Geografía de Aysén, SOHIGEO · Wikimedia Commons

PERSONAS: Soledad Abarca · Pedro Andrade · Alejandra Araya · Carolina Barra · Nicole Barreaux · Cristian Becker · José Berenguer · Jorge Brantmayer · Constanza Bravo · Ricardo Brodsky · Ángel Cabezas · Karen Calderón · Duncan Campbell · Eva Cancino · Javier Carranza · Mario Castro · Guillermo Cortés · Francisco Croxatto · Francisco J. Croxatto · Andrea Durán · Felipe Farah · María A. Fuentes · Isabel García RSCJ · Karla General · Héctor González · Paola González · Vicente González · Familia Grosse · Cecilia Guzmán · Ricardo Herrera · Lilian López · Pedro Maino · Marta Monares · Francisco Mora · Paula Morales · Juan Pablo Morgan · José Neira · Paola Obreque · Karina Ocampo · María Olivares · Gonzalo Olmedo · Jorge Pereira · Macarena Ponce de León · Alejandro Quiroga · Solmaría Ramírez · Emma de Ramón · Mario Rojas · Benito Rojo · Eugenia Rosello · Jaime Rosenblitt · Gerardo Saelzer · Samuel Salgado · Sebastián Salinas · Josefa Scarella · Juan P. Scarella · Daniela Schutte · Sol Serrano · Carolina Suaznábar · Alexandrine de la Taille · Alan Trampe · Juan Pablo Varela · Paola Vezzani · Eduardo Vilches · Enrique Zamudio · Cristián Zegers · Jenny Ziehlmann

Editores
Carlos Aldunate del Solar · Hernán Rodríguez Villegas

Coordinación General
Gema Swinburn Puelma

Coordinación Editorial
Arantxa Martínez

Coordinación Corporativa
Josefina García Mekis

DISEÑO Y PRODUCCIÓN
Virtual Libros

Dirección General
Andrés Urrutia Rodríguez

Dirección de Arte
Carolina Videla Herrera

Gestión de Iconografía
Miguel Ángel Passalacqua

Gestión de Color
Bernardo Kusjanovic Díaz

Post-producción de imágenes
Juan González

Corrección de texto
Óscar Aedo Inostroza

IMPRESIÓN
Ograma Impresores

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede reproducirse
o transmitirse por ningún medio, sin previa autorización del editor.
Los editores señalan que se han tenido que modificar topónimos, incluso en citas textuales, a solicitud de DIFROL.

ISBN 978-956-243-087-6

Autorizada su circulación por Resolución N° 111 del 4 de noviembre de 2021 de la Dirección Nacional de Fronteras y Límites del Estado. La edición y la circulación de mapas, cartas geográficas u otros impresos y documentos que se refieran o relacionen con los límites y fronteras de Chile, no comprometen, en modo alguno, al Estado de Chile, de acuerdo con el Art. 2°, letra g) del DFL N°83 de 1979 del Ministerio de Relaciones Exteriores.
El tratamiento de los antecedentes, citas y opiniones relacionados con los límites y fronteras internacionales de Chile contenidos en esta obra, son de exclusivaresponsabilidad de sus autores.

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2021.
Primera edición de 1.500 ejemplares.

Colección Santander
Museo Chileno de Arte Precolombino

La colaboración editorial entre Banco Santander
y Museo Chileno de Arte Precolombino consta de las siguientes obras:

2020	Magallanes, tres descubrimientos
2019	La Cordillera de los Andes, al sur de América
2017	Cabo de Hornos
2016	Chiloé
2014	Mar de Chile
2012	Atacama
2010	Santiago de Chile: Catorce mil años
2008	Rapa Nui: El ombligo del mundo
2007	Patagonia andina: Inmensidad humanizada
2006	Awakhuni: Tejiendo la historia andina
2005	Joyas de los Andes: Metales para los hombres, metales para los dioses
2004	Cocinas Mestizas de Chile: La olla deleitosa
2003	Con mi humilde devoción: Bailes chinos de Chile Central
2002	Voces Mapuches: Mapuche dungu
2001	Tras la huella del Inka en Chile
2000	Tiwanaku: Señores del lago sagrado
1999	Arte rupestre en los Andes de Capricornio
1998	América precolombina en el Arte
1997	Rostros de Chile precolombino
1996	Nasca
1995	Sonidos de América
1994	La cordillera de los Andes: Ruta de encuentros
1993	Identidad y prestigio de los Andes: Gorros, turbantes y diademas
1992	Colores de América
1991	Los orfebres olvidados de América
1990	Artífices del barro
1989	Arte mayor de los Andes
1988	Obras maestras
1987	Hombres del Sur
1986	Diaguitas, pueblos del norte
1985	Arica, diez mil años
1984	Tesoros de San Pedro de Atacama
1983	Platería araucana
1982	Museo Chileno de Arte Precolombino







Consejo Nacional de la Cultura y las Artes
Gobierno de Chile

MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

FUNDACIÓN FAMILIA LARRAÍN ECHENIQUE

ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO

Santander

ACOGIDO A LEY DE DONACIONES CULTURALES